



CENIT

sociología
ciencia - literatura



Hace 30 años tuvo lugar en varias zonas españolas una manifestación obrera de tipo subversivo. En efecto, el día 8 de enero de 1934, los trabajadores de varios sindicatos se echaron a la calle, viendo en dicha actitud la única manera de demostrar su descontento y de acabar con la injusticia. Anteriormente, apenas un año antes, el 8 de diciembre de 1933

1964 - n. 156 - 161 (1)

Plácido Bravo: El desarrollo intelectual.—Francisco Pi y Margall: Revolución y libertad.—F. Alaiz en «Soli» de Sevilla.—Floreal Ocaña: La voluntad libertaria. Eugen Relgis: De mi calendario.—Ugo Fedeli: La vida y los libros.—Herbert Read: Concepción anarquista de la sociedad.—Dos conferencias de Muñoz Congost en Casablanca.—Puyol: Mil pesetas.—C. C.: Recorrido literario a través de Montiel Ballesteros.—Fabian Moro: Discurso del hombre libre. A. Carsi: La flora marina. M. C.: El universo de Alaiz. Denis: Los tres amigos.—Han Ryner: Colgando los hábitos (folletón).

19 de Julio
1936



156

ENERO - FEBRERO 1964

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,20 F.

4º P-5523

NUESTRA PORTADA

(Continuación)

tuvieron lugar sucesos parecidos en otras zonas, también, como en 1934, de influencia anarcosindicalista.

Debía haber muchos motivos para actos, que nosotros llamamos de desesperación, porque si las dos revueltas citadas se llevaban a cabo por los trabajadores de la C.N.T. exclusivamente, la que se produjo en octubre de 1934 fue realizada por la conjunción de las masas militantes de la C.N.T. y de la U.G.T.

No es, pues, la C.N.T. la que tiene la exclusiva de las revueltas en Iberia. Que esta Organización sea la que más arrojo ha demostrado en la pelea y más veces ha demostrado su arrojo, no quita que, cuando lo han creído conveniente, también la U.G.T. haya optado por la lucha abierta. El 6 de octubre de 1934 y el 19 de julio de 1936 son pruebas irrefutables.

El principio de conducta como principio queda equiparado entre ambas centrales sindicales.

Que haya coincidencia en la apreciación de las cosas y acuerdo sobre la hora, y otra vez los obreros de la U.G.T. y de la C.N.T. volverán a ir juntos.

CENIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores

José Feirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelic G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Dr. Pedro Vallina, J. Capdevila, G. Espleas, Osmán Desiré, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux, Muñoz Congost

Precios de suscripción

Francia:	
Semestre	7,00 F.
Año	14,00 F.
Número suelto	1,20 F.
Exterior:	
Semestre	8,00 F.
Año	16,00 F.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.C. 1197-21
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aiente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

GENIIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIV

Toulouse, Enero-Feb. 1964

Nº 156

El desarrollo intelectual



¿Qué es la inteligencia?

¿Es un producto secretado por las células cerebrales, un fluido que irradia de la central nerviosa del transformador sensorial? ¿Es algo así como la insulina fabricada por las glándulas del páncreas, una especie de secreción biliar como la que produce la viscera hepática y que nos ayudaría a digerir lo que ingerimos por los sentidos, a calibrar y asimilar las diversas percepciones?

Sobre hipótesis tan sugestivas, pero de bases tan frágiles y experiencias tan relativas, célebres fisiólogos siquiatras y psicoanalistas pronostican de forma reservada. Cuanto más debemos serlo los iniciados novicios de nuestra categoría para no contar, pues pese a conocer algunas notas y teclas, desconocemos totalmente los secretos recelados por tal pentágono.

Ello, no obstante, no nos impedirá lacerar algunos de los infundios más pertinaces, propalados por rollizos teólogos y filósofos obesos, en su manía de desconsiderar el cuerpo y divagar por las aleatorias regiones del alma.

Siempre nos insubordinamos contra el dualismo obtuso, remachado por algunos científicos siguiendo huellas cartesianas, intentando poner barreras entre el cuerpo y el alma mediante férreos tabiques escolásticos y punzantes alambradas míticas.

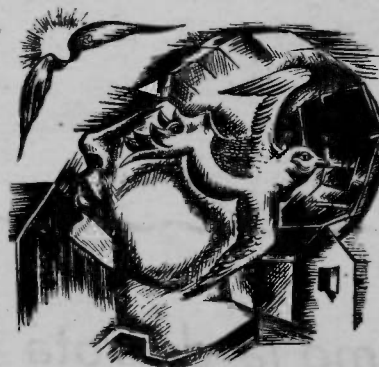
No hay linde posible en tal materia, como no hay extracción de esencia prescindiendo del alambique y de las hierbas de la floresta.

Como fantasía —pese a sus designios malévolos— aceptaríamos aquello del vuelo migratorio de las almas por las regiones estratosféricas para presentarse ante la audiencia divina en espera de un cacho de gloria, una ración de purgatorio o un rincón en el caldeado infierno. Nunca pudimos admirar, ni siquiera intuir el majestuoso vuelo de tales aves, mientras el cuerpo se pasma y agusana. Ciertamente que, para ver y saber, al hombre fanatizado le basta cerrar los ojos y hacerse el sordo cuando habla la razón.

Sin embargo, racionalistas, librepensadores y hombres de ciencia siguen haciendo buen caldo

a esta aberración dualista cuando hablan separadamente del cuerpo y del alma, del organismo y del espíritu; y enseñan la oreja y se pisan el rabo los impenitentes que siguen calificando la inteligencia de sublime y divina, diabólica y satánica. Pero no seamos rigurosos ni rencorosos: ¡Es tan fuerte la costumbre y fácil el propio desliz! ¿Acaso españoles, galos y anglosajones no seguimos llamando a las tierras del confin atlántico Finisterre? Y sin embargo, todos sabemos que más allá del Atlántico hay tierra.

Del organismo sin vitalidad toda manifestación vital desaparece ipso facto, inclusive aquellas consideradas espirituales. Es tanta la interdependencia funcional del organismo que lo siquico o anímico puede originar la anemia, y hasta trastornar y perturbar la siquis más robusta y equilibrada. Paradójico; en ocasiones la tisis puede producir fenómenos de precocidad; iluminar al precursor, cantar al bardo y chispear los genios en letargo. No obstante, si se sabe de pociones, para adelgazar, aligerar el peso y reducir el volumen grasiento, pocas nociones se tienen que sirvan, para afilar la inteligencia y derretir el sebo de la ignorancia. De las que se expenden en farmacia no hablemos; mentamos las que se distribuyen en escuelas, institutos y universidades, es decir, en laboratorios y centros pedagógicos.



El filósofo positivista, circunspecto en cuanto al origen y esencia de la inteligencia, no por ello la considerará una entelequia. Categórico nos dirá que las facultades intelectuales del hombre son sus atributos supremos; sin ellos su historia no habría rebasado el lustro, es decir, que sin poder instruirnos e ilustrarnos así nos luciríamos. Son estos atributos los que permiten filtrar y condensar las percepciones sensoriales: gracias a ellos las experiencias no son de balde ni en balde; pues entre ellos está el tamiz crítico que nos permite seleccionar, y el registro de la memoria que nos hace posible el recuerdo; esto sin contar con la fertilidad imaginativa que nos permite el sueño hallando nuevos caminos, en los cuales a menudo nos perdemos, y sin los cuales estaríamos perdidos; las antenas instintivas escondidas no se sabe donde y los fenómenos inspirativos. Pero dejemos esto; entrariamos de lleno ya en el hipotético campo telepático, en el que mucho se divaga y poco se demuestra.

Sin estas facultades todo estaria aún rodeado de misterios, saturado de magia, hechizos y milagrias.

La inteligencia elabora ciencia y labra nuestra conciencia.

La pedagogia-ciencia que trata del desarrollo intelectual del hombre tiende a arrollar y arrullar las inteligencias. El intelecto del niño quiere forzarse a empujones y empellones, cuando no es arteramente mecido por sonsonetos para amodorrarlo.

Tanto o más que lo que se enseña, se muestra y se demuestra, importa la manera, la perspectiva favorable.

A cuento viene la siguiente anécdota para atalaylar lo antedicho.

Dicese que cierto emperador —algunos dicen que Anibal— pidió a un escultor de fama le esculpiera su busto. Como quiera que el mandamás era

tuerto y el artista realista, tuerto apareció en el pétreo relieve el monarca. Retorciéndose para contenerse, mandó a paseo al osado escultor. Encargo idéntico hizo a un segundo. Este era idealista extremado, he hizo un busto tan delicado y fino, idealizó tanto sus ojos, sus facciones todas, que ni el mismo monarca se reconocía.

Creyéndose ofendido y burlado el supuesto emperador cartaginés, despidió con cajas destempladas al atrevido artista. Concurrió, con idénticos propósitos un tercero. Muy sagaz, y aleccionado por la triste suerte de sus colegas ¿sabéis como esculpió al monarca?... De perfil. Escogiendo el lado sano. Su ingeniosidad, más que su arte, fue premiada.

Claro que esto, es esconder media verdad; doble crimen como apuntara nuestro gran Machado. No es menos cierto que una misma cosa, dicha con o sin modos, nos convencerá o nos ofenderá. Y como quiera que la inteligencia tiene estrecha relación con la sensibilidad, siempre resulta muy susceptible.

Insistimos; el guisado que se prepara a las inteligencias infantiles es indigesto. Más aún con ingredientes de erudición, con pedazos de latín y griego, lenguajes muertos. No se tiene en cuenta ni el gusto ni el estómago de cada uno. Ya se está arto de ranchos desaliñados, de pucheros colectivos, inapetentes y repulsivos.

Todos tenemos nuestra inteligencia innata. Pero para desarrollarla precisamos de estímulos. Despertad la curiosidad, el interés, el apetito de cada cada uno y los veréis así de voraces. Servirles los alimentos en frio y en crudo. Y luego que cada cual se los guise a su guisa. Dejad que cada quisque se trace y siga su camino.

Pero la inteligencia vale por los servicios que rinde, que no son precisamente los del Intelligence Service.

PLACIDO BRAVO

Como la derrota consume, el éxito robustece

Revolución y libertad

A democracia, cosa rara, empieza a admitir la soberanía absoluta del hombre, su única base posible; mas rechaza aún esa «anarquía», que es una consecuencia indeclinable. Sacrifica la lógica, como los demás partidos, o ante los intereses del momento, o cuando no, considera ilegítima la consecuencia por no comprender la conservación de la sociedad sin un poder que la gobierne. Este hecho es sumamente doloroso. ¿Se reconocerá, pues, siempre mi soberanía sólo para declararla irrealizable? ¿No seré nunca soberano sino de nombre? ¿Con qué derecho combatiré entonces a los que combaten mi sistema?

Yo, que no retrocedo ante ninguna consecuencia, digo: **El hombre es soberano**, he aquí mi principio; **el poder es la negación de su soberanía**, he aquí mi justificación revolucionaria; **debo destruir este poder**, he aquí mi objeto. Sé de este modo de dónde parto y a dónde voy, y no vacilo.

¿Soy soberano?, continúo; **soy, pues, libre**. Mi soberanía no consiste sino en la autonomía de mi inteligencia: ¿Cuándo la ejerzo positivamente? Sólo cuando dejo de obedecer a toda influencia subjetiva, y arreglo a las determinaciones de la razón todos mis actos. ¿Es otra cosa mi libertad que esa independencia de mis acciones de todo motivo externo?

Mi soberanía, sigo observando, no puede tener límites, porque las ideas de soberanía y limitación son entre sí contradictorias; si mi libertad no es, por lo tanto, más que mi soberanía en ejercicio, **mi libertad no puede ser condicional; es absoluta**.

Pero yo, me replico, no vivo aislado del resto de la especie; ¿cómo he de conservar entre mis asociados la plenitud de mi libertad ni la de mi soberanía? ¿Las habré verdaderamente sacrificado en parte a los intereses colectivos? Mas lo absoluto, me contesto, es, sólo, por ser tal indivisible; sacrificios parciales de mi soberanía ni de mi libertad, no cabe siquiera concebirlas. ¿Para qué puedo, además, haberme unido con mis semejantes? Cuando esta libertad, y esta soberanía me constituyen hombre, ¿no habrá sido naturalmente para defenderlas contra todo ataque? Entre dos soberanías en lucha, reducidas a sí mismas, era posible un solo árbitro, la fuerza; la sociedad política no puede ser establecida con otro objeto que con el de impedir la violación de una de las dos soberanías o la de sus contratos, es decir, con el de remplazar la fuerza por el derecho, por las leyes de la misma razón, por la soberanía misma. Una sociedad entre hombres, es evidente que no pudo ser concebida sobre la base de la destrucción moral del hombre. **Mi libertad, por consiguiente, aun dentro de la sociedad, es incondicional, irreductible.**

¿Ha existido, sin embargo, una sola sociedad que no la haya limitado? Ninguna sociedad ha descansado hasta ahora sobre el derecho, todas han

sido a cual más anómalas y, perdonésemela la paradoja, antisociales. Han sentado sobre las ruinas de la soberanía y de la libertad de todos, las de uno, las de muchos, las de las mayorías populares; las sientan todavía. Su forma no ha alterado esencialmente su principio, y por esto **condeno aún como tiránicos y absurdos todos los sistemas de gobierno, o lo que es igual, todas las sociedades, tales como están actualmente constituidas.**

La constitución de una sociedad de seres inteligentes, y por lo mismo soberanos, prosigo; ha de estar forzosamente basada sobre el consentimiento expreso, determinado y permanente de cada uno de sus individuos. Este consentimiento debe ser personal, porque sólo así es consentimiento; recaer de un modo exclusivo sobre las relaciones sociales, hijas de la conservación de nuestra personalidad y del cambio de productos, porque implica que recaiga sobre lo absoluto; estar constantemente abierto a las modificaciones y reformas, porque nuestra ley es progreso. Busco si es verdad esta aserción, y encuentro que sin este consentimiento la sociedad es toda fuerza, porque el derecho está en mí, y nadie sino yo puede traducir en ley mi derecho. **La sociedad, concluyo por lo tanto, o no es sociedad, o si lo es, lo es en virtud de mi consentimiento.**

Mas examino atentamente las condiciones de esta nueva sociedad y observo que para fundarla, no sólo es necesario acabar con la actual organización política, sino también con la económica; que es indispensable, no ya de reformar la nación, sino cambiar la base; que a esto se oponen infinitos intereses creados, una preocupación de siglos que nadie aún combate, una ignorancia casi completa de la forma y del fondo de ese mismo contrato individual y social que ha de substituir a la fuerza; que esta oposición, hoy por hoy, hace mi sociedad imposible. No por esto retrocedo; digo: **La constitución de una sociedad sin poder es la última de mis aspiraciones revolucionarias; en vista de este objeto final he de determinar toda clase de reformas.**

Francisco PI Y MARGALL.



Hace 40 años...



F. Alaiz en «Soli» de Sevilla

FELIPE Alaiz murió, como murieron Carbó, Isaac Puente, José Villaverde y centenares de queridos militantes de la C.N.T. Unos en lucha heroica contra los sicarios de Franco, otros asesinados en las tapias trágicas de los cementerios, y otros también en las tierras tristes del exilio, pero con el pensamiento puesto en España, y la esperanza de verla algún día libre de las garras maldistas del fascismo...

Al leer en las páginas de CENIT y de «Umbral» algo sobre su magnífica obra cultural e ideológica, recuerdo días ya muy lejanos, días intensos de lucha y de emoción vividos al lado del inolvidable amigo y compañero en las tierras mártires y generosas de Andalucía...

Acude entonces a mi mente el recuerdo de los años de 1921 a 1923, y entre estos recuerdos la huelga heroica de «Río Tinto», la brutal represión de Sevilla, contra la militancia de la C.N.T., la huelga de la «Canadiense», las deportaciones a la Mola (Menorca) y la justa ejecución del fatídico Eduardo Dato, el feroz discípulo de Antonio Maura, el asesinato del gran mártir del libre pensamiento, Francisco Ferrer Guardia...

Cuando el desastre de Anual y la ejecución de Dato, yo estaba desterrado en el pueblecito de Cabezas Rubias (Huelva), víctima del crimen que representaban las llamadas «Deportaciones por carretera», de la cual fueron víctimas igualmente gran número de militantes de Andalucía, entre ellos el querido Pedro Vallina...

Con la muerte de Dato y la subida al poder de Sánchez Guerra fueron restablecidas las llamadas «Garantías Constitucionales», lo que permitió el regreso de los deportados a sus puntos de origen, por cuyo motivo, ya entrado el año de 1922, volví a mi querida Sevilla dispuesto a luchar por el resurgimiento de la C.N.T.

ALAIZ EN SEVILLA

He extrañado mucho, que cuando se habla de la vida intensa de Alaiz se olvide su magnífica actuación en Andalucía en cuyas tierras dejó recuerdos inolvidables... Veamos pues.

Con la vuelta de los deportados y la libertad de los presos en 1922, surgió, como era natural, el noble deseo de poner en marcha los sindicatos, organizar las Federaciones Locales, y como cierre de oro la Regional de Andalucía y su órgano en la prensa.

Queríamos publicar un periódico que estuviera a la altura del prestigio de nuestra organización regional, y aun existiendo compañeros muy competentes para organizar su redacción alguien recordó la conveniencia de invitar para el cargo de director de «Soli» al querido Felipe Alaiz, que por razones que ignorábamos había dejado la dirección de «Solidaridad Obrera» de Valencia, que era motivo de orgullo para la militancia de Levante.

Uno de los que intervinieron para su traslado a Sevilla fue Rafael Vidiella, entonces en propaganda por Andalucía, el cual había de dejarnos más tarde, ingresando en el Partido Socialista después de difamar por la prensa a la C.N.T. para terminar en las filas del comunismo, y aún hoy, según se afirma está en Rusia al lado de la Pasionaria.

Alaiz llegó a Sevilla en compañía de su buena compañera Carmen —mi Gitanita—, como él la llamaba, y se entregó de cuerpo y alma a la labor que le habíamos confiado. Recuerdo bien, que en la reunión que tuvimos con el fin de organizar la redacción y marcar la orientación de «Soli», él nos decía con su natural sinceridad:

«Chicos, tenemos que hacer un periódico digno de nuestra Organización, para demostrar a estos señoritos de Andalucía que los trabajadores, los anarquistas, tienen cultura y capacidad para abordar todos los problemas humanos.

» Nuestra «Soli» —continuó— debe estudiar y exponer los problemas del campo, fundamentales para la existencia del pueblo andaluz, y al mismo tiempo exponer doctrinas, discutir las bases para organizar la Sociedad del porvenir, sin olvidar las luchas sindicales, las relaciones en el orden regional, nacional e internacional, y más que nada la educación del proletariado en el terreno táctico e ideológico.»

Y «Soli» de Sevilla salió a la calle causando verdadero entusiasmo en toda la región, principalmente entre los buenos y heroicos campesinos, de los cuales me dijo un día el buen Alaiz: «Pérez, estos campesinos de Andalucía, aún los que carecen de instrucción, porque sobran tabernas y faltan escuelas, tienen una

cultura social y un conocimiento tan profundo del anarquismo que causan verdadero chasco a los militantes más capacitados.

Formaron en la redacción con Alaiz, Vidie-la, Amelio Quilez, Manuel Adame, Ramón Mazón, y yo que les prestaba mi concurso, ya que tenía cargo en el Ramo de la Madera.

Tenia como director una paciencia extraordinaria, principalmente con las crónicas que llegaban de los pueblos, a las cuales daba forma literaria sin tocar en absoluto en su exposición doctrinal, pero era intransigente con los vanidosos, los que apenas se preocupaban con ver su nombre en las páginas de «Soli», que para él lo fundamental era el contenido ideal.

Recuerdo, que un militante de unos de los pueblos de Sevilla envió una crónica, por cierto de poco valor ideológico, acompañada de una carta que decía: «Cuando publiqués mi crónica enviad 40 ejemplares de «Soli».

Alaiz nos leyó la carta y la crónica, después dijo al secretario de redacción: «Creo que la crónica debe ir al cesto de los papeles, y a este vanidoso le enviaremos los 40 ejemplares para darle una lección de moral.»

Otro caso muy interesante que nos emocionó a todos fue con una crónica sobre el Anarquismo y el Problema Agrario, enviada por un campesino de Ecija, que Alaiz leyó con el mayor interés para decirnos después:

«Como véis, esta crónica está escrita en puro estilo andaluz, que hace tan simpáticos a los campesinos de la región, carece de respeto gramatical, pero es tan bella la exposición que hace del anarquismo en la solución de los graves problemas humanos, que si le damos forma literaria perderá el valor grandioso que tiene.»

«¿Qué hacemos entonces?» pregunté yo,

«Pues publicarlo tal como está», respondió Alaiz.

Y la crónica salió en la «Soli» con este título en destaque «Tal como viene», sin olvidar al fin de la misma una nota de la redacción exponiendo las razones que existieron para dejar, tal como lo escribiera el buen campesino, aquella magistral exposición de idealismo. Era así Felipe Alaiz.

SU LABOR DE PROPAGANDA

Alaiz tenía verdadero orgullo con su libro «Quinet», verdadera joya literaria, y durante su permanencia en Sevilla escribió una pequeña novela semanal cuyo título era «Oro molido», linda también y plena de idealismo.

Acudía a los sindicatos a dar palestras casi todas las semanas, como igualmente iba a los pueblos de la provincia y al Ateneo Popular entonces existente en Sevilla, como Isaac Puente, Alaiz no era orador, pero con su gran cultura y la sencillez de sus palabras entusiasmaba al auditorio.

En Córdoba, donde fue para dar una conferencia sobre Historia y Civilización, en el famoso «Círculo de la Amistad», academia de la intelectualidad de aquella ciudad, causó verdadero asombro, a tal punto que le invitaron para una serie de palestras a lo que no accedió por su trabajo en «Soli».

Varios meses permaneció Alaiz en Sevilla, y bajo su dirección se publicaron 25 números de «Solidaridad Obrera», y en el último de ellos, con la sinceridad que le era peculiar, expuso las razones de su marcha.

Un grupito entonces muy activo en Sevilla, del cual formaban parte Adame, Pepe Díaz, Barneto, Cobeña, Delicado, Mije y varios otros, los mismos que más tarde fudaron la sección del Partido comunista de Sevilla, y cometieron después una infamia contra el Sindicato de Obreros del Puerto, uno de los más potentes de Sevilla, para formar otra con el nombre de Autónomo, iniciaron en la sombra una campaña de insidias contra la orientación que Alaiz daba al órgano regional, y entre bajar a la vulgaridad haciendo un periódico apenas demagógico o mantener lucha ingrata él prefirió dejarnos y regresar a Valencia.

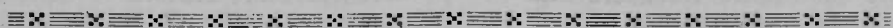
Siempre mantuve relaciones con el querido Alaiz, y aun hace poco tiempo me escribía desde París manifestando su desespero al ver que la cobardía internacional permitía que España continuara bajo la opresión franquista. Y se ha ido con esa amargura, dejando en nuestros corazones un sentimiento profundo de dolor y de recuerdo.

Y al recordarle en esta crónica, evocó aquel año de 1922, cuando regresé a Sevilla de mi destierro, pero con la pena de no saber —por que 72 años pesan mucho en la existencia de un luchador—, si algún día, como en aquella época, podré aún volver a Sevilla, para luchar por la reorganización de sus sindicatos, de su regional, y de su querido órgano «Solidaridad Obrera», al lado de los que mantienen vivo el espíritu de lucha de aquella regional mártir y heroica que dio al anarquismo Sánchez Rosas, Manuel Viejo, Sebastián Oliva, Pedro Vallina y tantos otros cuyos nombres figuran en la galería de recuerdos de nuestros corazones.

Ojalá, y ello sea posible un día no muy lejano, pueda yo, como hace 40 años, escribir mis crónicas en un rinconcito de la Alameda de Hércules, que era, cuando allí estaba el querido Alaiz, punto preferido de nuestras reuniones.



POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR



La voluntad libertaria

(Continuación)

EL INDETERMINISMO Y EL SER, LA ANTIMATERIA Y LOS QUANTA. RESPUESTAS HUMANAS DEL HOMBRE

CONSIDERAMOS que la conducta humana es una actitud moral, mental y social digna o indigna del hombre ante la vida, respuesta que da, voluntaria, forzosamente, coaccionado por una necesidad, de cualquier clase, en medio de una o de varias situaciones que vive con mayor o menor contenido afectivo y vital dinámico.

Cada respuesta del individuo humano a un problema determinado puede ser acertada, relativamente hablando, contener cierta parte de error o ser completamente errónea. Pero el sujeto con conciencia moral, animado por buenas intenciones — o siendo inmoral por malas, persiguiendo objetivos opuestos — decide, casi siempre, sin desalentarse, buscar mejores respuestas. Estas, sin embargo son tan variables como él mismo de acuerdo con las situaciones vitales que va viviendo o anhelando vivir como individualidad independiente, con personalidad propia, en el hogar y en el medio social.

Ahora bien, las respuestas que el hombre va dando a cada uno de los problemas que la plantea la vida en sociedad son realmente humanas cuando no persiguen beneficiar exclusivamente a su naturaleza, a su forma transitoria de ser consciente, dilapidando bienes, perjudicando a la mayoría de sus semejantes, sino cuando benefician, en mayor o menor grado, de acuerdo con sus posibilidades, a su especie toda. Esta es, a nuestro entender, la verdad primordial, esencial e irrefutable, que precisa ser defendida y practicada porque, en definitiva, beneficiándose aquélla se benefician, en general, todos los individuos humanos que la componen.

Casi obvio resulta, pues, señalar, después de lo dicho, que respuestas inhumanas o sin calidad humana, son las que dan los representantes de los sistemas autoritarios, defensores de las clases privilegiadas, parasitarias, detentadoras de las riquezas, que se oponen al triunfo de la precitada verdad, racional y humanitaria, válida para todo género humano.

De forma escueta y llana hemos expuesto qué entendemos por respuesta humana e inhumana, globalmente, sus respectivos valores cualitativos buenos y malos, positivos y negativos.

Por error o interesadamente se dice que lo considerado malo por unos sujetos, otros individuos

humanos lo consideran bueno, y que no es posible, por lo tanto, definir qué es el Bien. Pero no caben lo malintencionado, la confusión, ni el yerro: lo malo es cuanto hace mal al mayor número de nuestros semejantes, y lo bueno cuanto tiende a hacer bien a todos o a la mayoría de aquéllos. Y para obtener este óptimo resultado es preciso luchar en defensa de lo humano del hombre, de lo que le da verdadera categoría humana y la posibilidad de lograr — para él y su propia especie — la máxima felicidad y la mayor longevidad que permite su naturaleza.

Por otra parte, es del fondo más sensible de la Psiquis, de los impulsos estrictamente humanos y de los dinamismos psicológicos superiores que surgen también sorprendentes y maravillosas respuestas que aprovechan los hombres que trabajan en el campo de la ciencia pura para ampliarlo más y más. Y es de éstas que vamos a ocuparnos, en primer lugar, dejando para más adelante el hablar de otras respuestas humanas: del hombre ante la vida y ante la muerte, creyendo o no en el alma y en la inmortalidad, frente a la libido, humanizándose o deshumanizándose, devorado por aquélla, como actor, en fin, positivo o negativo, influyendo en el universo social.

Cierto es que luchando por el bien general de la especie humana el sujeto haya el suyo más bien para sus propios descendientes, como asimismo es verdad, rotundamente, que a las corazonadas, a las experiencias sensibles, a las repentinas expresiones de la Psiquis, enriquecida con buena cultura, debemos gran número de nuevos conocimientos que contribuyeron y siguen contribuyendo a ampliar y a consolidar las bases fundamentales de la ciencia moderna y de la misma filosofía libertaria.

Razonemos, pues, de acuerdo con la realidad biológica y psicológica que representamos en el concierto social, universal y cósmico no dejando que inhibiciones mentales y psíquicas, negativas, tomen las riendas de la conducta y de la voluntad humana frenándola e inutilizándolas, sometiéndonos a lo conocido solamente; permitamos que nuestro ser psíquico o voz interior hable sin oponerle ideas hechas y temores de todas las clases que impedirían sus revelaciones.

Téngase en cuenta lo que el raciocinio y las mismas experiencias sensibles nos enseñan con pruebas irrefutables miles de veces comprobadas: que los frios y muy meditados razonamientos realizados con la ayuda de todos los elementos conocidos por un sujeto, por sabiamente que éste los ponga en juego o los combine y alcancen los más altos niveles del razonar no pueden superar a la Psiquis, que engloba todos los afectos dinámicos,

que son determinativos, generalmente hablando, interviniendo en la solución de problemas simples y complejos de todas las clases, y en la iniciación de nuevas actividades humanas.

Las incógnitas que rodean al hombre, por decirlo así, son un reto al mismo y coaccionado por la necesidad de saber brotan de su ser las respuestas intuitivas afirmándose que lo psicológico supera al raciocinio en el sentido que éste no puede anticiparse a la percepción, que es la respuesta inmediata sin previa reflexión.

Más todavía : al circunscribirse el sujeto a la lógica matemática, cien por cien, decidido a no salirse de sus límites, a dar sólo validez a lo exacto y comprobable, matemáticamente hablando, reduce su potencial investigador, descubridor, su ingenio inventivo y creador. Por brillante y sobresaliente que sea su cerebro para el estudio, la investigación, el análisis y la síntesis de conceptos, ideas e hipótesis, de teorías y de hechos, su pensamiento se invalida, en gran parte, al quedar preso de los rígidos métodos científicos puros que exigen, para todas las cosas, exactitud, plena y rigurosa comprobación.

Si el científico más rigorista, amante de la ciencia pura, no se rebelara — rebelión de la Psiquis y respuesta de la dignidad humana —, más de una vez contra la encantadora rigidez del mecanismo matemático no descubriría algo de lo ignoto o inadvertido que lo descubre o advierte, en un feliz momento dado, el ser humano intuitivo-imaginativo. La explicación por medio del raciocinio, en más de un tiempo es ulterior.

Para una mayor comprensión de esta tesis comparemos y contrastemos las mentes cumbres, de alcances universales, de dos hombres de ciencia que simbolizan, a nuestro entender, relativamente hablando, los dos polos o aspectos del problema planteado : la Razón y la Psiquis o más claro y mejor dicho : predominando ésta o aquella más en un sujeto que en otro individuo humano. Siendo inseparables en el cuerpo las desligamos convencionalmente considerando, además, que en la naturaleza humana no son opuestas ni tienen por qué estar en conflicto. Al contrario : cuando Razón y Psiquis se desarrollan libremente, con todas sus potencias, en el sujeto que bien las cultiva, surge el genio que se ignora capaz de descifrar una o más de las intrincadas incógnitas del universo.

Alberto Einstein y Enrique (Henry, gran matemático francés) Poincaré son los sabios que elegimos para realizar el contraste cualitativo entre el sentir y el razonar, entre el intuir valeroso y apasionado que enciende el entusiasmo heroico, humanístico, por noble afán de saber, de comprender, poder explicar y alcanzar un objetivo címico en la vida universal, y el metódico, calculador y frío raciocinio del sujeto que puede estar alentado, también, por los mismos propósitos. Pero éste al carecer del espontáneo calor humano que produce el desencadenamiento de todas las energías inconscientes y conscientes psíquicas, afectivas y mentales, queda falto de audacia científica humana, de impulsos y cualidades que pierden la oportunidad

de iniciarse o de desarrollarse, de aptitudes y de aspiraciones que brotan, particularmente, de la asociación intuitivo-imaginativa. Y es que a la inmensa mayoría de nuestros semejantes, incluyendo a muchos deterministas, se les escapa que somos más emoción y palpitación de vida que cerebración.

Es sabido que tanto Einstein como Poincaré fueron genios matemáticos, pero consideramos que las obras escritas por el segundo sobre dicha materia revelan que es mejor matemático que el primero, sin que esto signifique que sea superior como hombre de ciencia.

Cierto que Poincaré contaba con más base matemática, con mayor capacidad para registrar datos y comprobar hipótesis, pero era inferior al científico y humanista Einstein en algo que éste poseía en grado superlativo : intuición e imaginación portentosas que asociadas a su entendimiento extraordinario hicieron de él uno de los genios más eminentes de la ciencia.

Newton por intuición explicó, asimismo, el problema de la fuerza de atracción que se conoce por fuerza de gravedad, de la que hablamos más abajo. De haber vivido en su tiempo lo mismo habría hecho Einstein, seguramente, al que le debemos la explicación luego por el raciocinio. Este sabio, también en un instante, intuyó y vio con la imaginación algo más complejo : el nuevo cuadro de la relatividad en el universo. Faltaba probarlo. Y su mente esclarecida, genial pronto pudo exponer y explicar sus célebres teorías de la relatividad.

A título de curiosidad, como recordatorio, y por confirmar nuestra tesis sobre la importancia de las intuiciones añadimos que la teoría de la relatividad también fue estudiada por Enrique Poincaré, por Lorentz y Maximiliano Planck, entre otros científicos, pero Alberto Einstein, por poseer un mayor caudal intuitivo y nervioso encauzado en este sentido de la investigación científica se les adelantó formulando en 1905 la teoría de la relatividad especial y once años después, en 1916, formuló la teoría de la relatividad general.

Enrique Poincaré, conspicuo exponente de la ciencia pura, metódica, extraordinario espíritu razonador, analítico y sintetizador del pensamiento matemático, pese a ser casi la esencia misma de las Matemáticas, dado su absorbente mecánico proceder en el campo científico, por sobresaliente que fuera en ese sentido del saber, salpicado de vacilantes intuiciones, que de mucho le sirvieron en sus estudios, tenía menos posibilidades de hacer descubrimientos como los hechos por Newton y Einstein, maravillosos científicos intuitivos.

Sin embargo, si alguna duda despierta algo de lo que han descubierto o inventado otros semejantes, aunque los consideremos genios no hemos de silenciarlas por profanos que seamos en la materia. Y al estar escribiendo y pensando en Einstein una duda se ha despertado en nosotros — otros quizá coincidan con el firmante — súbitamente. La exponemos en seguida. La señalamos, y al no poder dar nosotros la respuesta adecuada el anhelo de aprender nos hace pedir que la busquen y

nos la den, si cabe, los hombres de ciencia especializados en los problemas físicos-matemáticos.

Veamos: Einstein hizo posible la desintegración del átomo al descubrir, como es sabido, la verdadera esencia de la masa y de la energía. Y a él se debe la siguiente ecuación: $E = mc^2$, o sea, que la energía que puede obtenerse de un cuerpo al desintegrar sus átomos es igual al producto de la masa del cuerpo por el cuadrado de la velocidad de la luz.

Ahora bien, dudamos sobre la exactitud absoluta de la ecuación de Einstein que multiplica la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz en momentos en que empieza a creerse posible existan movimientos más veloces en el Cosmos.

A su debido tiempo comentamos el Congreso de Astronomía que se celebró en México en 1960, al que asistieron 150 astrónomos de todo el continente americano. Y tomaron en consideración la precitada posibilidad. Se afirmó que si existieran velocidades más altas que las de la luz no permitirían ser observadas por el hombre, porque esas ondas de luz o energía emitidas, por ejemplo, por ciertas galaxias serían arrastradas. Y es posible que tal fenómeno físico esté ocurriendo y faltos los científicos, en el presente, de medios para descubrirlas carezcamos de datos que permitan obtener un mayor conocimiento del universo.

Ignoramos si por medio de la revolucionaria fórmula de Werner-Heisenberg y demás colaboradores científicos del Instituto «Max Planck», de Alemania se sabe algo al respecto y se lo callan por motivos obvios. Lo cierto es que en la ecuación de Einstein interviene el cuadrado de la velocidad de la luz. Bien que no varíe lo fundamental: que la masa es igual a la energía, pero si existieran velocidades superiores a la de la luz ¿sería exacta la ecuación de Einstein? Opinamos que no. Pero si va adquiriendo más valor el principio del indeterminismo aplicado a todos los estudios e investigaciones que se hacen sobre el movimiento de la materia cósmica.

Hablando sobre respuestas dadas por hombres de ciencia que van explicando lo que fueron enigmas del universo no podemos pasar por alto lo que casi acaba de darse confirmando la Teoría de los Cuanta que formuló Max Planck en 1900. Y bien saben los deterministas que se debió, en particular a una genial intuición del precitado sabio alemán.

EN el número 128 de CENIT, aparecido en agosto de 1961, sólo hicimos una alusión a la misma. Decimos en la segunda columna de la página 3452: «Nuestra impreparación científica nos impide profundizar en la teoría cuántica, en el indeterminismo y hasta en la ley llamada de causalidad. Confesamos nuestra ignorancia: no podemos defender el principio del indeterminismo desde el punto de vista físico y matemático. Pero ¿quién es capaz de atacarlo y negarlo científicamente?».

No hemos obtenido respuesta. Sólo los científicos investigan, al margen de las pasiones, con serenidad, en busca de la verdad. Pero un viejo contradictor, en vista que confesamos ignorar tan-

to en el terreno científico creyó, al parecer, que nada podíamos decir sobre el cuántum y pretendió utilizar la Teoría de los Cuanta en beneficio de su particular posición determinista. Y después de más de dos años de haber escrito nosotros lo precitado en el número de una valiosa revista que aparece en México, el contradictor transcribe y comenta, caprichosa y gratuitamente, un artículo sobre dicha teoría debido a la pluma del Doctor F. K. (?).

En el mismo escrito se publica lo esencial que De Broglie escribió cuarenta años después de ser formulada aquella. Hace, pues, casi un cuarto de siglo que este escritor lo publicó sin haber podido, por consiguiente, añadir algo nuevo a lo sabido desde 1900 como defensor de la Teoría de los Cuanta frente a los científicos que la rechazaban.

Nada de malo tiene que nuestro «contradictor» comente lo conocido sobre los **cuanta** desde el último año del siglo XIX. Si es erróneo no tenga en cuenta el **principio del indeterminismo** y la fórmula de Werner Heisenberg, Premio Nobel de Física, premio que también recibió Wolfgang Pauli en 1945 que colaboró, últimamente, con el primero en la formulación de la ecuación del universo unificado. Nos habla del **determinismo** como en el pasado, como si el tiempo no transcurriera, sin recordar que todo se va superando, que la misma técnica de la radioastronomía solar, por ejemplo, que tanto ayuda en el presente a determinar la estructura de la atmósfera y al conocimiento de la estrella que sostiene la vida de las especies biológicas en la tierra apenas hace veinte años que apareció como ciencia.

Sobre la teoría **cuántica** bien está repetir, por ser oportuno —como veremos más adelante ignorándolo quizá nuestro «contradictor»—, lo que sábase desde hace sesenta y tres años, pero añadiendo los conocimientos que la comprobaron en 1962 y que, según nosotros, confirman el **principio de indeterminación**. Démosle sólo el valor propio que tiene: Como hallazgo científico, hoy comprobable, que no establece, por sí mismo, ley alguna de la naturaleza a la que se le deba la existencia misma del Cosmos, como afirma, tan atrevidamente, el contradictor.

Con nuestros escritos intentamos deshacer errores y defender lo que consideramos verdadero; clarificar y comprobar para favorecer el desarrollo de la **buena cultura** en el terreno humano. ¿Por qué, entonces, quienes menos debieran hacerlo, tergiversan o falsean nuestros conceptos o bien lo hacen cuando creen que estamos ayunos de ciertos conocimientos e incapacitados para replicarles? ¿Qué clase de superioridad o de inferioridad pretenden poner en evidencia? Preferimos no ahondar más el respecto.

Si en nuestro artículo de CENIT nos reducimos a mencionar la **Teoría de los Cuanta** como se atreve el «contradictor» a decir: «No se puede dejar de apuntar que hay quienes creen ver una incompatibilidad entre las teorías einstenianas y el descubrimiento de Planck, y ello no es cierto.» Juzguen los mismos lectores al leer lo que dijimos, realmente, transcrito más arriba, donde ha-

«cemos constar nuestra «impreparación científica», y lo que dicen las líneas que acabamos de reproducir de nuestro «contradictor». Al manifestar éste que «no puede dejar de apuntar —con tal mala puntería— nosotros tampoco podemos dejar de señalar lo falso de lo apuntado. Jamás escribimos nada parecido, a lo que nos imputa, hablando sobre Einstein y Heisenberg. Este contribuyó tanto en la elaboración de la teoría ondulatoria como en la teoría matemática de los **quanta**, sin dejar de ser **indeterminista** consecuente. Por lo tanto no puede atribuirsele que «crea incompatibles las teorías einstenianas y el descubrimiento de Planck, y menos a nosotros.

Hemos mencionado la colaboración de Heisenberg «en la teoría matemática de los **quanta**», porque es como la formuló Planck, pero sepa el «contradictor» que faltaba comprobarla. Recuerde, por ejemplo, que el matemático y astrónomo Halley «predijo» que, según sus cálculos, a los setenta y siete años volvería a verse el cometa que lleva su nombre, que lo descubrió en 1682, y no se admitió su teoría matemática hasta comprobarse en 1759. Más difícil era comprobar la **Teoría de los Quanta**. Pasaron décadas sin encontrar el **quanto**, la partícula de materia que la confirmara.

Lo poquísimo que el «contradictor» dice —que lo repite desde hace decenios— en favor del viejo **determinismo-mecanicista** está contestado, de cien y más formas, en los escritos que publicamos, semanalmente, en la querida «Solidaridad Obrera» de París, desde fines de junio a noviembre de 1961, hablando sobre la vida en el Cosmos, y durante varios meses en números de CENIT. Por nuestra parte, a los mismos nos atenemos, porque no queremos pasar el tiempo dando «vueltas a la noria» como aquél hace. Volviendo atrás, como pretende llevarnos nuestro «contradictor», dejaríamos por hacer algo de lo mucho que tenemos delante. Ya lo llevaremos tras la pista del **quanto**, y comprobará cuán despitado anda al respecto, por ser aquél una infinitesimal partícula de materia, pequeñísima parte de ésta a la que le debe su existencia, y no que «sin el **quanto** no habría materia», como él dice.

Cuando una persona cualquiera pretende que la ciencia se ponga al servicio de sus ideas particulares, aunque no coincida con éstas ni pueda servirle de base para sostener sus errores, se obceca y comete terribles y lamentables desatinos. Ved al contradictor escribir yendo más allá que Planck, que Einstein, que Heisenberg, etc., lo siguiente: «Sin el **quanto** no habría luz ni materia; el Cosmos sería diferente... Y añade que «el **quanto** puede casi considerarse como el último elemento de todos los acontecimientos del Universo».

En qué quedamos : ¿Es que acaso la luz no es también materia o energía? Además en las líneas anteriores dice «que todos los fenómenos del mundo físico no son más que intercambios de energía.» Y en esto sí que estamos de acuerdo, pero contradice lo esencial de su artículo : esos son los fenómenos o procesos físico-químicos, indeterminados

que, en verdad, ocurren en el Cosmos, y los **quanta** no se formarían sin la existencia de aquél : es decir, que no se comprende la existencia de los **quanta** sin ser el Cosmos como es, y sin poder hacerlo diferente como nada puede hacer el ser humano concebido para ser distinto a la herencia biológica aunque más tarde, al ser consciente y adquirir conciencia moral puede mejorarla gracias a sus potencias psíquicas y mentales que no están al alcance de los **quante**.

Por otra parte nuestro contradictor parece ignorar, o prefiere no tenerlo en cuenta, que el elemento Laurencio se ha descubierto setenta y un años después que se formuló la Teoría de los Quanta. Los científicos lo descubrieron el 14 de febrero de 1961 y la prensa lo hizo público el 13 de abril, es decir, dos meses después, manifestando que «lograron aislar un nuevo elemento que se cree desapareció durante los primeros tiempos del Universo.»

He aquí unas pocas líneas de la información científica que comentamos en «Soli» de París en el precitado año : «Este descubrimiento permitirá verificar — y no el **quanto**, añadimos nosotros — la teoría de Seaborg sobre el orden cronológico de la aparición de los productos químicos en el Universo.»

«Los elementos 104 — se refiere al Laurencio — y siguientes son, de acuerdo con esta teoría, los que formaron el universo antes de la aparición de los elementos conocidos actualmente, y sus propiedades son, por consiguiente, distintas.»

«El descubrimiento del Laurencio, quizá el último elemento de las especies conocidas, puede iniciar una nueva etapa en el estudio del origen del Universo.»

Este y otros descubrimientos científicos al comentarlos entonces, entre otras cosas decimos : «Ignoramos si tendrá o no utilidad práctica el elemento 104 y los elementos que se seguirán descubriendo. Lo que no creemos es en la «aparición de productos químicos que formaron el Universo, de elementos que podemos ya afirmar que existieron siempre aumentando y disminuyendo sus potencias de acuerdo con combinaciones equis determinadas. El elemento débil hoy puede aumentar su potencia mañana, como fue potente en un ayer lejano que el hombre no ha podido estudiar y calcular.»

FLOREAL OCANA

(Continuará)

No es justo identificar los fines del fascismo y del comunismo ruso. El primero constituye la exaltación del verdugo por el verdugo mismo. El segundo, más dramático, la exaltación del verdugo por sus víctimas.

A. CAMUS

DE MI CALENDARIO

12 de Abril

¿Cómo habían desaparecido los grandes saurios —esos horrendos gigantes de la naturaleza— en los primeros tiempos de irrefrenada exuberancia vegetal y animal de la vida? Según algunos biólogos, la ley del gigantismo, eso es, la tendencia de crecimiento desmesurado, conduce inevitablemente a la brusca desaparición de los seres supranormales, que destruyen ellos mismos, por su voracidad insaciable, los medios de subsistencia. Así se restablece el «equilibrio vital» en la naturaleza. El biólogo americano Cope ha emitido otra hipótesis: la desaparición de los grandes saurios jurásicos se debería a los pequeños mamíferos. Estos, no pudiéndolos atacar de frente, habrían destruido los huevos de los enormes ovíparos.

Eso nos recuerda un episodio humano, más o menos histórico, de David que ha derrotado al gigante Goliat con la piedrecita lanzada por su honda. Entre la fuerza ciega, por inmensa que fuera, y la fuerza dirigida por la inteligencia, vence siempre esta última. Los pequeños mamíferos que destrozaban con sus dientes los huevos de los saurios son los verdaderos precursores de los monos, los antropoides de los hombres cuya primera arma en la «lucha por la existencia» ha sido y es el «progreso cerebral». Es decir, el desarrollo de la inteligencia, de la razón, de la fuerza espiritual. Napoleón, uno de los «saurios» de la historia moderna, estaba asombrado por la impotencia de la fuerza bruta para organizar algo. La guerra más organizada, llegada a la cumbre de su perfección técnica, termina con la caída en el abismo de la destrucción y de la muerte. Las bombas atómicas, termonucleares, etc. llevan a la guerra a su propia desaparición, ya que no hay más límites a sobrepasar: no hay ni vencedores ni vencidos, sino la destrucción total, la nada. El instinto vital, de conservación, refrena la fuerza bruta con la potencia del intelecto. Y «en la lucha que rige entre el sable y el espíritu —ya lo dijo Napoleón mismo— vence siempre el espíritu».

11 de Abril

«La idea es una simiente de este mundo, que fructifica en el otro, que la visión procedente del otro mundo no aporta absolutamente nada de nuevo».

Esta frase, cuya primera parte puede ser interpretada de un modo positivo por los idealistas (o los espiritualistas) mientras que la segunda parte conviene, desde luego, a los realistas (o los materialistas), es de Rudolf Steiner en «Los dos caminos» (Ed. Kier, Buenos Aires, 1938). Sobre el teórico y animador de la Antroposofía he escrito algu-

nas páginas en «El Humanitarismo», analizando una de sus obras más «realistas» consagrada a los problemas sociales. Su influencia, más evidente después de la Primera Guerra Mundial, en su escuela de Waldorff y mantenida después de su muerte (1927) por discípulos fieles, perdura todavía de una manera difusa en las corrientes ideológicas que defienden la «primacía del espíritu».

Rudolf Steiner no ignoraba, empero, la correlación física entre el cerebro y el pensamiento, igual que Jorge Federico Nicolai en su «Psicogénesis». Decía, por ejemplo, que la acción del pensamiento, tiende a simplificar las circunvoluciones cerebrales. Estas son más lisas en los grandes pensadores, mientras que en un hombre que no piensa son muy complicadas. Pese a esta diferencia estructural, Steiner afirmaba que hubo un tiempo en que todos los seres humanos eran clarividentes. Y a la pregunta: ¿Por qué la gran mayoría ha perdido la memoria de sus vidas pasadas? contestó: «Porque la mayoría no había pensado sus propias visiones... Porque en los tiempos antiguos el hombre no cultivó paralelamente con esa clarividencia las fuerzas del yo, de la personalidad». Lo esencial «no es ver, sino poseer el poder interno necesario para asimilar lo que se ve».

Eso quiere decir que el pensamiento también es una fuerza de la naturaleza misma; y que «asimilar lo que se ve» no es más que el ejercicio de la energía creadora, vuelta consciente mediante el cerebro y aplicada en el medio ambiente. Materia y espíritu son, pues, manifestaciones y formas—de infinitos grados y matices— de la misma energía que perdura en el cosmos y en la sucesión de sus seres más o menos evolucionados, microscópicos o «clarividentes».

7 de Diciembre

Acto de recordación del poeta Julio J. Casal, junto al árbol que lleva su nombre, en la Quinta Morales, frente al Museo municipal Juan M. Blanes. En este parque, uno de los pocos todavía intactos, en la capital Uruguaya invadida por el urbanismo moderno, un magnífico cedro de Líbano nos cubría con su sombra en la tarde de verano opulento. Los asistentes, casi todos poetas y sus familiares. Y los tres hijos de Casal, poetas también. Un poeta ha evocado al animador del grupo y la revista «Alfar», otro hizo una breve exégesis de su poema «Plegaria». Diez más se sucedieron: Carlos Sabat Ercaasty, Humberto Zarrilli, Manuel de Astro, Uruguay González Poggi, Cipriano Vitureira, Generoso Medina, Casravilla Lemos, Mireya Dotti, Juvenal Ortiz Saralegui, Vicente Basso Maglio, Alfredo Mario Ferreiro (los tres últimos

fallecidos, ellos también, poco después). Al lado del sencillo monolito, han leído su poesía que, más que de circunstancia, reflejaba lo mejor, lo más lucido de cada uno en el umbral del «más allá».

Cerca del otro lago de las rejas del parque, el estruendo de la calle, con sus autobuses atestados y los relucientes coches de los turistas dominigueros, no podía perturbar el recogimiento de los fieles servidores de los sueños y de los ideales. Apenas uno que otro paseante se detenía por algunos momentos, para contemplar la extraña ceremonia susurrante de cadencias e imágenes. Pero la primera y la última palabra la tuvo el recordado vate, con sus versos grabados en la piedra griácea:

Quando acaso regreses
Al último viaje
De acogedora tierra,
Me encontrarás al fin
En un temblor de hoja
Que mecerá tu sueño....

••

10 de Abril

Esta carta de A. V., un paisano mio extraviado en Río Janeiro después de haber abandonado París, donde había practicado abogacía durante muchos años, lleva el sello de Belem, Estado de Pará. Acompañaba, como «intermediario», a algunos norteamericanos, negociantes en maderas.

«Hoy recibí tu carta —le contesté— tan arrugada y pegada por fuera y por dentro, que apenas pude sacarla, desmenuzando el sobre y sacrificando así algunos párrafos. Supongo que esa es tu costumbre, para asegurar de este modo el... secreto de la correspondencia. O, quizás, alguien la había abierto, buscando «valores» como sucede a menudo con cartas de México, de Venezuela y, sobre todo de Estados Unidos. Pero tus impresiones garabateadas a la sombra de la selva del Amazonas me han conmovido. Más aún: me han puesto inquieto, porque sospecho qué trastornos provocan en ti estas grandes tensiones físicas (yo diría: aventuras)

después de haber roto bruscamente con la cultura refinada, con la magia de la supercivilización parisiense. En verdad, hace falta un firme dominio de sí mismo, para poder resistir y aun superar esta doble fiebre: la de la selva, llena de misterios y peligros, y la de los negocios, llenos también de riesgos y astucias. Espero que saldrás a salvo —*sain et sauf*— de estas pruebas agotadoras. Y que volverás a encontrar el equilibrio del alma y la mente, para trabajos más placenteros, aunque muy poco «rentables» (como los míos, por supuesto...).

«Sí, sería una honda alegría si pudiéramos encontrarnos aquí, los próximos meses de primavera o verano. Dice mi esposa que Montevideo, con sus playas, y los balnearios a lo largo del litoral, constituyen un refugio neutral —de paz y descanso— entre la pampa argentina y la selva brasileña. Vale decir, que aquí es un lugar más conveniente para los intelectuales europeos que no quieren o no pueden «hacerse la América». Yo agregó: un lugar donde uno tiene todas las libertades —sociales y políticas, culturales y espirituales— pero no también la posibilidad de vivir por (y con) su trabajo intelectual. Eso es otro cuento, largo, penoso, y no quiero desengañarte. He expresado ya en algunas páginas de mi Calendario lo que es arriesgado decir —sin preámbulo— a uno que está vagando por el inconmensurable «océano verde» en compañía de algunos yanquis plétóricos de arrogancia y repletos de dólares.

Eugen RELGIS



EL AMOR Y EL HUMOR

Una clienta remueve los libros y al momento designa uno :

- ¿Es bonita esta novela?
- Oh, sí, responde el librero un poco titubeante.
- Ah, replica la mujer, lo ha dicho usted un poco frío. ¿No me aconseja leerlo?
- Oh, sí, pero... es un poco triste.
- ¿Por qué? ¿Termina mal?
- Oh, sí, ella muere, y él vuelve con su mujer.

LA VIDA Y LOS LIBROS

UN HIMNO A LA LIBERTAD: THYL ULENSPIEGEL

La violencia no ha podido nunca impedir al pensamiento rebelde exponer una verdad y proclamar la libertad. Siempre que en el curso de la historia humana se ha propuesto la fuerza bruta y liberticida ahogar la libre manifestación del pensamiento, éste ha encontrado nueva forma para mejor convertirse en sangre fecunda del pueblo. Y cuando para mejor frustrarle en el cerebro de muchos pensadores resolvió decapitar a éstos, o cuando creyó poder ahogarlo en los labios de sus expositores ahorcándolos, el pensamiento no cesó nunca de vivir, no cesa en su acción revolucionaria y emerge más demoledor que nunca. Algunas veces buscará formas indirectas de expresión, no por indirectas menos eficaces, y conseguirá, más o menos tarde, romper las cadenas de la tiranía.

Este su esfuerzo para permanecer vivo y fecundo lo veremos muy claramente en algunas obras maestras de la literatura mundial que, perdurando a través de las reacciones despóticas, llegaron hasta nosotros para fecundarnos con sus enseñanzas. Ejemplo de ello es la obra de Rabelais, gran pensador que podemos situar entre los precursores del pensamiento libertario, y la de Carlo de Coster (1827-1879), autor de una obra verdaderamente maestra, su « Leyenda y aventuras de Thyl Ulenspiegel y de Lamme Goedzak en el país de Flandes », verdadero poema en prosa lleno de amores, de aspiraciones a la libertad y a la justicia y de rebelión contra todos los tiranos.

De Coster ha querido crear con el protagonista de esta obra, Thyl, la antítesis de Felipe II; oponer la alegría y la libertad a la tiranía y a la miseria. De ahí que el hijo del carbonario sea sereno, abierto, sincero bueno, mientras que tétrico, taciturno, y cruel el Absburgo español. Y mientras que el raterillo de Lamme crece en medio de la alegre malicia, el hijo de Carlos V vegetará en la melancolía. El primero amará la luz y la libertad; el segundo preferirá las tinieblas, exaltándolas, como el Franco de hoy, cual emblema de hosca tiranía.

En una página verdaderamente maestra, en la que se encontrará la síntesis y la esencia de su obra, De Coster describe el nacimiento de dos niños: el que será un tirano feroz y el futuro hombre libre, el rebelde a toda tiranía:

« Dos niños han nacido, uno en España, que es el infante Felipe, y el otro en el país de Flandes, hijo de Claes, que será llamado un día Ulenspiegel. Engendrado por Carlos V, Felipe se convertirá en verdugo de nuestro país. Ulenspiegel será gran doctor en burlas alegres y locuras juveniles, pero tendrá buen corazón y por padre a Claes, ilustre peón de albañil que sabe ganar el pan con bravura y honestidad. Carlos emperador y Felipe rey sem-

brarán el mal con batallas, vejaciones y otros crímenes. Claes, trabajador cotidiano, vivirá de acuerdo con la justicia, en el respeto a la ley, riendo siempre en vez de quejarse por la ruda fatiga. Será modelo de la Flandes laboriosa. Ulenspiegel, siempre joven, inmortal, recorrerá el mundo sin detenerse en ninguna parte. Y será a un tiempo campesino, noble, pintor, escultor. Y andará por el mundo loando la bondad y belleza, y burlándose a sus anchas de la estupidez humana. Claes es tu coraje, noble pueblo de Flandes. Soerkin es tu valerosa madre. Ulenspiegel es tu espíritu. Una preciosa cuan gentil rapaza, compañera de Ulenspiegel, e inmortal como él, será tu corazón. Y el obeso Lamme Goedzak será tu estómago. En las alturas están los devoradores de pueblos; abajo las víctimas; arriba los zánganos; debajo las laboriosas abejas. »

¿Pero qué es y qué significa Ulenspiegel? El espíritu de libertad levantándose contra la tiranía.

En las narraciones de la Edad Media, aparece, medio auténtico y medio legendario, un tipo de vagabundo germano que se burla de todo, que no transige con ninguna autoridad. Es conocido por Thyl Eulenspiegel (espejo del espíritu popular insumiso a la autoridad).

Nace De Coster, como su simpático protagonista, en Mónaco de Baviera, en agosto de 1827. Sus padres son belgas y muy religiosos, y hubieran querido encauzar al hijo por los senderos eclesiásticos. Estas esperanzas no fueron de larga duración. Pronto se convencieron los padres de que el espíritu inquieto del hijo, nada afecta a la religión, su amor a la libertad y a la justicia, no podían hacer de él un buen cura. Libre y batallador, se siente éste atraído por la causa contra la miseria y el sufrimiento.

Con su libro « La leyenda de Ulenspiegel », De Coster ha querido entonar un himno a la vida y a los combatientes por la libertad: « Hijo mío, no prives nunca a ninguna criatura, sea hombre o bestia, de la libertad, que es el más grande bien de este mundo. Deja que busque el sol quien tiene frío y la sombra quien sienta calor. »

El bien de la libertad es el bien supremo. Thyl lo ha aprendido de pequeño como todo niño debiera aprenderlo:

« Un día de clara y fresca primavera, cuando la tierra es todo amor, Soerkin discurría cerca de la ventana y Claes canturreaba cualquier « ritornello ». El pequeño Thyl divertíase cubriendo la cabeza de su perro con un birrete de juez. El can agitaba la pata como queriendo expresar cualquier juicio, pero realmente para desembarazarse de aquel objeto fastidioso. Súbitamente, Thyl cierra la ventana y empieza a corcovear por la estancia, ora saltando sobre una silla, ora sobre la mesa, extendiendo ahora los brazos hacia el artesonado. Soerkin y Claes se dan pronto cuenta de las inten-

ciones de Thyl, que no son otras que atrapar un pajarillo, quien trémulas las alas, templando de miedo, yace arrinconado en un ángulo del artesón. Thyl quiere atraparlo a toda costa cuando Claes le reprende con viveza.

— ¿Por qué saltas así?

— Para cogerlo, meterlo en jaula, alimentarlo con grano y hacerle cantar para mí.

Entretanto el pájaro revoloteaba por la estancia chocando con su débil cabecita contra los vidrios de la ventana. Y como Thyl no cesaba de dar saltos, Claes le puso pesadamente una mano sobre la espalda :

— Préndelo, mételo en jaula y hazlo cantar para ti. Y yo también te encerraré entre barrotes de hierro y te obligaré a cantar. Te gusta correr y no podrás hacerlo. Estarás a la sombra cuando haga frío y al sol cuando haga calor. Después, un domingo, saldremos de casa olvidándonos de darte de comer y estaremos ausentes hasta el jueves. De regreso encontraremos a Thyl muerto de hambre y ya seco.

Soerkin, la madre, lloraba. Thyl, conmovido, bajó de la mesa.

— ¿Qué haces?

— Abrir la ventana para que vuele el pájaro.

El verderol lanzóse como una flecha hacia el

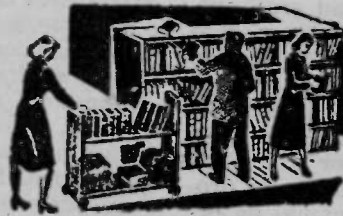
espacio libre. Posóse sobre un penal y, desde allí, con su idioma de pájaro, lanzó mil invectivas contra el pequeño Thyl. »

Es este un pequeño episodio que se pierde en el vasto mar de episodios de esta gran obra. En éste, Thyl aprende de sus padres. Es un grano de sal de que tan sazónada se halla toda la obra del gran escritor belga, obra inspirada en el más puro espíritu libertario.

Aunque la lucha que llevan a cabo los protagonistas es sangrienta y abundan las hogueras, no es éste un libro tétrico y deprimente. Todo lo contrario, abre el corazón y la mente a la esperanza y la tristeza de los hombres hacen más humanas estas páginas en que se cantan las luchas del pensamiento libre del pueblo de Flandes, un pueblo que no quiere ser atropellado, dispuesto a defender las viejas libertades y a combatir por otras nuevas. Un pueblo erguido contra el tirano Felipe II y su representante en nefandas proezas : el duque de Alba. Actualmente, estos nombres podrían ser muy bien sustituidos por otros nombres y la substancia del libro permanecería invariable.

Es el libro de todos los héroes que se levantan en todos los siglos y en todos los países por la libertad de todos.

UGO FEDELI



GUERRA DE EDADES

Tkachev, discípulo de Nechaiev y maestro de Lenin, propuso de suprimir todos los rusos que tuviesen más de 25 años.

CAMUS (« El hombre rebelde »)

CONCEPCION ANARQUISTA DE LA SOCIEDAD

EL error de todo pensamiento político desde Aristóteles hasta Rousseau, ha sido debido al uso del concepto abstracto **hombre**. Sus sistemas dan por sentado la sustancial uniformidad de esta criatura de su imaginación, y lo que actualmente proponen son varias formas de autoridad para forzar al hombre a una uniformidad.

Pero el anarquista reconoce la individualidad de la persona y sólo cede a la organización en el grado en que la persona precisa de simpatía y ayuda mútua entre sus semejantes. En realidad el anarquista, por lo tanto, reemplaza el contrato social por el contrato funcional, y la validez del contrato sólo se extiende hasta el cumplimiento de una función específica.

Los políticos unitarios conciben la sociedad como un equilibrio o armonía entre grupos, y la mayoría de nosotros pertenecemos a uno o más de tales grupos. La sola dificultad estriba en su interrelación armónica.

Pero, ¿es esto tan difícil? Ciertamente es que las organizaciones de los trabajadores se enemistan algunas veces entre ellas, pero analizad esas enemistades y encontraréis que en uno y otro caso proceden de causas ajenas a la función de las organizaciones (tales como sus distintas concepciones del lugar que deben ocupar en una sociedad no-funcional, capitalista), o a rivalidades personales, que son reflejo de la lucha por sobrevivir en un mundo capitalista. Tales diferencias de propósitos nada tiene que ver con el principio de organización voluntaria y son en verdad eliminados por este concepto. En general, las organizaciones de trabajadores pueden ponerse bastante bien de acuerdo, incluso en una sociedad capitalista, a pesar de todas las instigaciones a la rivalidad y a la agresividad... Si saliéndonos de nuestro tiempo tomamos la Edad Media, por ejemplo, encontramos que la organización funcional de la probaba como enteramente posible, y su gradual por el resurgimiento del capitalismo. Otros períodos y otras formas de sociedad, como ha señalado Kropotkin, confirman de lleno la posibilidad de una interrelación armónica de los grupos funcionales.

Admitiendo, puede decirse, que podamos transformar todas las funciones económicas del Estado en tal sentido, ¿qué ocurriría con otras funciones: la administración de las leyes contra el crimen, las relaciones con países extranjeros no evolucionados a ese mismo nivel social, la educación, etc.?

Para esta pregunta el anarquista tiene dos respuestas. En primer lugar replica que la mayor parte de esas actividades no funcionales son efectos incidentales de un estado no funcional —el cri-

men, por ejemplo— es en más grande aspecto una reacción contra la institución de la propiedad privada, y las relaciones exteriores tienen origen y motivación en su mayor parte como ciertos aspectos de leyes comunes, la educación de los niños, la moral pública, que pueden estar al margen de las organizaciones funcionales. Y replica que hay aspectos de sentido común, solucionables si se toma por referencia el innato buen deseo de la comunidad. Pero la comunidad, para este propósito, no tiene que ser necesariamente algo tan impersonal y grandioso como un Estado. De hecho la comunidad será efectiva en relación inversa a su tamaño. La comunidad más afectiva es la más pequeña: la familia. Más allá de la familia está el barrio, la local asociación de los hombres en moradas contiguas. Tales asociaciones locales pueden formar su municipio y estos municipios son suficientes para administrar una ley común basada en el sentido común. Las pequeñas cortes de justicia de la Edad Media, por ejemplo, intervenían exclusivamente en todos los crímenes y fechorías, salvo en aquellos cometidos contra las entidades artificiales del Estado y la Iglesia.

En este sentido el anarquismo implica una descentralización universal de la autoridad, y una simplificación universal de la vida. Entidades tan inhumanas como las ciudades modernas desaparecerán. Pero el anarquismo no implica necesariamente una reversión de los oficios y del saneamiento público. No existe ninguna contradicción entre transporte aéreo, anarquismo y división del trabajo, anarquismo y eficiencia industrial. Puesto que los grupos funcionales trabajarán en provecho mutuo, y no en provecho de otras gentes ni para la destrucción mutua, la medida de la eficiencia será el anhelo de una vida integral.

Herbert READ

DEFINICIONES :

- Cuando un hombre habla solo, se dice que es un monólogo.

Caundo dos mujeres hablan, es un catálogo.

J. STEINBECK

★

- El tacto consiste en saber hasta dónde se puede ir demasiado lejos.

J. COCTEAU

★

- La imaginación es una persona que se arrima a las mujeres cuando el marido se va a rondar.

M. D.

Dos conferencias en Casablanca

..... por Muñoz Congost

(Continuación)

Si tras del final de ese régimen que combatimos, no hiciéramos tabla rasa de todas las instituciones creadas por el mismo, dejaríamos vivir en nuestro seno, el microbio destructor, la lacra pernicioso, el punto de partida de futuras infecciones.

Es posible que aquellos jóvenes que nos escuchen o que sepan que esta es nuestra opinión, en lo que al fin del régimen se refiere, se lleven las manos a la cabeza diciéndose: «ciertos eran nuestros temores», sin Franco iremos de nuevo a la debacle, al desorden, a la revolución violenta.

Ni desorden por desorden, ni violencias por violencias. Se impone la reflexión y el sano juicio. No somos partidarios de imponer a nuestro sacrificado pueblo del que somos entraña y carne, años de sacrificio, dolores y cruenta guerra civil. Muy al contrario nuestros esfuerzos tienden a buscar periodos de normalidad, con garantías de continuidad. Expliquémosnos pues, para dar mayor claridad a lo que puede parecerles un contrasentido sin serlo.

Modelo de soluciones incruentas, como la ahora preconizada, con ese pretendido régimen de transición que habíamos de comprometernos a respetar, fue esa República que el 14 de Abril de 1931 se proclamara después de las elecciones municipales y de la abdicación de Alfonso XIII.

La alegría de las masas populares, el gozo del triunfo fácilmente logrado, ahogó en el estampido de los fuegos artificiales, de las fiestas de la proclamación, todas las inquietudes, todos los resquemores, todas las precauciones.

Puestos los destinos del país en manos de ateístas, intelectuales, políticos de mitin y opereta, conjunto de incapacidades sin más visión que la de unas ilusorias realizaciones modestísimas que nos dejaban a la zaga de la vida social de otros pueblos, se dejaron vivir en el seno de la vida política a todos los pilares del régimen desaparecido.

Un ex-ministro de Alfonso XIII, se vió elevado a la presidencia efectiva de la República, aun sabiéndole sometido a los consejos del confesionario. Tristes figuras de los años de la dictadura, siguieron en la palestra con sus antiguas etiquetas y sin haberles exigido responsabilidades. Siguió el ejército encuadrado en una oficialidad que hizo de los cuartos de banderas y casinos militares centros de conspiración, nombres de triste recuerdo, se encontraron a la cabeza del país. Teníamos la República, una república modosa y tímida, que no se atrevió nunca a enfrentarse con sus enemigos y que celosa defensora de los privilegios de siempre, no acertaba a realizar el imposi-

ble concierto entre las ansias de la inmensa mayoría del pueblo español, y los turbios intereses de las manadas voraces de los eternos aprovechadores.

Y aun sin realizaciones sociales, con sus características pobres de república burguesa, que no hería más que los intereses de las clases populares, atreviose a separar la Iglesia del Estado rompiendo el Concordato pasado con el Vaticano, osó poner en decoroso retiro algunas figuras militares y... legisló una tímida Reforma Agraria...

Y esas simples medidas, fueron suficiente para que el enemigo infiltrado en los rodajes del Estado, comenzase a tomar las medidas para la total recuperación del Poder.

Y fue desde el mismo ministerio de la Guerra, en manos de Gil Robles, el hombre que vuelve a tomar relieve de figura del futuro español, desde donde se fraguó la conspiración, fortificando el Guadarrama. Y fue la alta oficialidad española, la que preparó los contactos con Alemania e Italia.

Y Franco que fue el autor de tales medidas seguía con sus prerrogativas y Queipo de llano grotesco segundo, era el hombre de confianza de la República, cuando llegó el estallido de la rebelión.

Y se permitió y legalizó la existencia de las organizaciones Fascistas, Falange, las Jons, etc.etc...

Y el hombre que algunos presentan como esperanza del futuro D. Juan, Conde de Barcelona, fotografiábase con el uniforme de Falange y la boina roja del requeté esperando alistarse en las filas de la insurrección.

Dato que señalamos no es sino un episodio de las luchas políticas españolas. Los hombres de la democracia española de todos los tiempos, legislaron mucho, tomaron muchas medidas sobre el papel, pero la realidad de la política española fue siempre un permanente abrazo de Vergara entre los sedicentes enemigos. Y lo legislado fue siempre letra muerta al brillar de las espadas de los generales, expertos en pronunciamientos.

Los republicanos no supieron darse cuenta de que era imposible gobernar sin apartar del alto poder y de la política local de los pueblos (donde es más eficaz), y del poder económico que la exprimía, los representantes de la represión.

La republica de 1873 vino cuando aún no había en España un proletariado fuerte. La de 1931 vino con retraso, cuando el proletariado exigía ya reformas sociales, en un mundo que en su evolución estaba ya más lejos que los propósitos republicanos.

Y antes de que esa República entrara en acción ya las fuerzas feudales habían reaccionado. La historia de esa República se divide en tres etapas.

1° La pequeña burguesía vacila entre el feudalismo y la gran burguesía de un lado y el proletariado y campesinado de otro y contemporiza con las fuerzas feudales. (Es la época de Azaña).

2° La República incorpora las fuerzas feudales (Lerroux y Gil Robles).

3° La República intenta aplastar las fuerzas feudales pero sin incorporarse las obreras... y fracasa.

Pero en todos los momentos de su existencia se encontraron las pretendidas fuerzas republicanas con el problema religioso; con una Iglesia no dispuesta a abandonar su monopolio espiritual.

Cuando se proclama la libertad de cultos, los obispos la combaten con cartas pastorales (obispos de Valencia, Málaga y Toledo), donde seguía Segura, amigo personal y consejero durante muchos años de Alfonso XIII.

Protesta la Iglesia contra la secularización de los cementerios, contra la prohibición a los militares de asistir con uniforme de gala a las ceremonias religiosas, contra la exclusión de los eclesiásticos del Consejo Superior de Instrucción Pública.

Se permite al Cardenal Segura que incluya en sus cartas pastorales las expresiones de gratitud de la Iglesia a la Monarquía.

Poseía la Iglesia en España cerca de 12.000 propiedades rurales, ocho mil urbanas, cuatro mil terrenos, más de 85.000.000 de pesetas, 2912 conventos, 763 monasterios, 36.569 monjas, 8.396 frailes y 35.000 sacerdotes (80.000 personas pagadas por el Estado) y en estas cifras no se cuentan los bienes de los jesuitas, nunca declarados a su nombre.

¿Y su posición frente al Ejército? Plétora de altos grados superabundancia de oficiales sin nada que hacer y fervientes monárquicos.

Ejército que no supo nunca vencer en guerra alguna y que se sublevaba a cada intento de reforma. 632 generales, 21.996 oficiales y 105.000 soldados, es decir, un general mandando 170 soldados, un oficial para 4 soldados. Más oficiales que el ejército alemán en 1939 y más generales que el Ejército americano en 1945.

Prestaron los generales, y entre ellos Franco, Queipo, Mola, Goded, Kindelán, la promesa de respeto y obediencia a la República.

Al reducir los efectivos de 16 Divisiones a 8 se prometió a los oficiales que se retirasen voluntariamente la paga íntegra como retiro con el grado superior al que consiguieron en las derrotas de Cuba, Filipinas y Marruecos (115 millones de pesetas anuales). Se rehacen los republicanos.

Decía Joaquín Costa : « Debemos abreviar el curso de la Historia y dar un salto de cuatro siglos si queremos alcanzar a los que nos avanzaron y con los que debemos vivir. »

La República, en lugar de dar ese salto de cuatro siglos en la Historia prefirió hacer leyes. Y votó la Constitución de 1931, inspirada en la de Weimar, que entraba en la agonía. Hacer una Constitución es lo más fácil del mundo. Bastan tres días. Y es lo último a hacer si se acepta antes afianzar el orden nuevo, será siempre efímera, decía Fernand Lasalle. Y la República en lugar de terminar con un texto, abría con él la discusión.

¿La reforma agraria? Expropiación de tierras con indemnizaciones para establecer 50.000 campesinos por año. (Programa de 40 años).

Y el crédito anual de 150 millones votado no fue nunca alcanzado. He aquí la labor de esas Cortes que Ossorio y Gallardo llamó « Cortes de señoritos en chancletas ».

Por contra, cara al Pueblo, la « Ley de Defensa de la República » entra en vigor. La « Ley de Fugas » se aplica en Sevilla y Barcelona y en las Cortes un diputado canta la copla andaluza :

¿Cuándo querrá Dios del cielo
que la justicia se vuelva
y los pobres coman pan
y los ricos coman hierba?

La Comisión de Responsabilidades de la dictadura se ahoga en toneladas de papel y nada sale de los sumarios.

He aquí el Balance negativo de la República:
Ley de Orden Público.

Constitución sin audacia.

Ausencia de derechos políticos a la juventud.

Combate contra el anarcosindicalismo y represión.

Utilización de los caciques.

Falta de innovaciones sociales.

Actitud neutra ante la intervención de la Iglesia en el problema de la enseñanza.

Respeto a la fuerza económica de la Iglesia y del Ejército.

Falta de reformas en la administración.

Aumento de la burocracia estatal.

Falta de reformas en la Magistratura.

Aumento de las Clases pasivas.

Falta de reforma en las administraciones locales y provinciales.

Falta de elecciones locales.

Negativa a los estatutos de Euzkadi y Galicia.

Poca energía en sanciones contra Italia.

Sin embajador en Moscú.

Carencia de política marroquí.

Ninguna democratización en el cuerpo diplomático.

Déficit creciente.

Insuficiencia en el control de divisas.

Neutralidad ante el sabotage económico del régimen.

Vacilaciones en la Reforma Agraria.

Insuficiencia de control sobre los Bancos y riquezas de la Iglesia.

Benevolencia excesiva con March.

Mantenimiento de los monopolios de hecho.

El del hierro (inglés).

Ferrocarriles, Gas y Electricidad, Transportes marítimos.

Industrias de Guerra (Wickers y Krup). Telefónica

Respecto a los trusts Urquijo, 134 Consejos de Administración.

Valentin Ruiz Seven, escribiente de notario, gerente de los jesuitas, 45 Consejos de Administración.

Ignacio Herrera, 22 S. Anónimas; Echevarría 33.

Y las riquezas españolas en manos del extranjero :

Telefónica (EE. UU.).

Electricidad, Tranvías, Construcción Naval, Industrias Militares, Minas País Vasco (Inglaterra y Canadá).

Industrias Químicas de Guerra, Electricidad Alemania.

Pirelli (Italia).

Minas Asturianas, Potasa (Bélgica y Suiza).

Gas, Tranvías, Minas Astures y Andaluzas (Francia).

Para augurar ese mañana que queremos, la actitud enérgica frente a los cinco peligros y amenazas constantes.

LA TIERRA

70 % de la población activa trabaja en la agricultura y pequeñas industrias anexas: Sólo el 7 % de ese porcentaje posee más de la mitad de las tierras. La población activa es el 40 % de la población española. Es decir 84 españoles poseen más de la mitad de la tierra.

El 90 % de los campesinos no son propietarios de la tierra que poseen, es decir, 7 millones y medio son asalariados.

Y más de 800.000 se reparten como pequeños propietarios el 49 % de las tierras.

País lluvioso en el Norte, Cataluña y Mediterráneo, seco en el Centro y Sur, estas diferencias determinan las diferencias del régimen de propiedades.

En Cataluña y el Cantábrico pequeñas propiedades. (En Cataluña la remensa o rabasa, tierras en arrendamiento, de propietarios que apenas las visitan y reciben el 50 % de las cosechas.

Igual en el País Vasco y en Valencia.

En Galicia es aún peor. Campos de menos de una hectárea con tres propietarios: uno la tierra, otro el agua, otro los árboles.

En las regiones secas, donde aún rige el sistema de irrigación que legaron los árabes, y donde las tierras se repartieron en enormes dominios a la Reconquista, es el latifundio. Aceite y cereales. El propietario es un noble que vive en Madrid o en el extranjero y que nombra a un administrador. Los obreros viven en los poblados, trabajan un promedio de 100 días por año y el resto en paro forzoso. Vida miserable y de sobriedad extremada. Muchas de estas tierras se consagran únicamente al pastoreo de los toros de lidia. Las otras son explotadas con medios primitivos produciendo mucho menos que su capacidad.

España se divide en cuatro regiones: Cataluña (vinos), Andalucía (aceite), Castilla (trigo) y Levante (arroz y frutas).

Pero la población pasó de 1900 a 1930 de 17 a 23 millones de habitantes y la producción no aumentó.

Y si cada alemán dispone de 247 kilos de trigo por año, y cada francés de 241, cada español de 160 kilos. (Decía Costa que el español se acuesta sin cenar).

El poder adquisitivo de las masas campesinas es uno de los más bajos del mundo.

En Teruel hay pueblo sin carretera ni telégrafo, y donde el vidrio para las ventanas es desconocido.

En condiciones tales de explotación, la produc-

ción es insuficiente para el país. Los grandes propietarios obligan al Estado a establecer derechos aduaneros sobre los cereales extranjeros para vender a fuerte precio los granos del país. Y la industria sufre en repercusión, al ver aumentar los derechos de aduana para los productos manufacturados.

Añadamos a esto la MESTA que dura desde la Reconquista.

Asociación de grandes explotantes que posee los caminos de trashumancia.

Y en las provincias españolas, no olvidemos los « pueblos de señoría », donde desde la Iglesia, las casas, tierras, todo... pertenece a un solo propietario.

Y es sobre este fondo de dificultades españolas que se destacan todos los problemas españoles. Sin solución para éste no hay solución para los otros.

El segundo problema: El centralismo, del que ya hemos hablado en otras ocasiones.

El tercero: El Ejército.

Nace el militarismo español en la Guerra de la Independencia. Es la supervivencia de la resistencia a Napoleón. La mayoría de los militares así formados eran de tendencia liberal y salidos del pueblo.

Bajo Fernando VII la reacción feudal les incitó a interesarse a los problemas políticos y se instituyeron en defensores de los principios que el soberano combatía. Nace así la tradición del golpe de Estado, al que se recurre para exponer el descontento: Riego fue el primero.

Después, cuando el Ejército pierde su carácter liberal las intervenciones fueron más frecuentes. A partir de Prim el ejército fue el defensor de los grandes propietarios. La Marina fue siendo de la aristocracia.

Y los cuadros del Ejército aumentan en desproporción con los soldados; a mediados del siglo XIX uno oficial para 10 soldados; a principios del XX uno por cuatro soldados.

Cuando las guerras civiles entre carlistas e isabelinos terminan, el Ejército impone las guerras coloniales. Derrotado en Cuba busca el desquite en Marruecos con el malestar consiguiente en el país esencialmente antimilitarista, y provocando incidentes con motivo de funestas intervenciones militares. El estado de guerra se proclama cada dos por tres para reprimir los conflictos sociales.

Y el cuarto y más importante de los problemas es el Clero.

A causa del monopolio espiritual que la Iglesia ejerce desde el siglo XV, ella misma degenera. Se preocupa menos de las cuestiones religiosas que de las propiedades de la tierra; se ocupa menos de educar que de fanatizar.

España es el país de los falsos milagros a porrillo. No olvidemos que los médicos cuyos enfermos morían sin confesión debían pagar 10.000 maravades de multa.

La estatua de S. Neris en el puerto de San Félix (Cataluña) fue proclamado capitán general en 1808.

La Virgen del Pilar igualmente.

Detentadora del monopolio de la Instrucción Pú-

blica, de las Universidades y de la Censura del Estado sobre los libros, la Iglesia permitió que en España hubiese 75 % de analfabetos.

En 1771 la Universidad de Salamanca aprueba que los sistemas de Gassendi, Newton, Descartes, como los de Aristóteles no podían aceptarse por no coincidir con la verdad revelada en las Sagradas Escrituras.

Los médicos españoles negaban en el siglo XVIII la circulación de la sangre.

La Municipalidad de Madrid protesta contra una orden de Carlos III sobre la limpieza de las calles afirmando que « las basuras son elementos de salubridad ».

Bajo Isabel II las Universidades de Ciencia estaban desiertas.

Fernando VII fue recibido en la Universidad de Cervera por un sacerdote cuyo discurso fue una variación de la frase alejemos de nosotros la fea costumbre de razonar».

La Iglesia se encuentra en todos los movimientos fomentados por las supervivencias feudales.

Piden en 1854 a los obreros de cesar las huelgas. Eendicen a los militares sublevados. Colaboran con los carlistas en las guerras civiles.

La intervención de la Iglesia fue siempre del lado de los poseedores.

Y el quinto problema : La burguesía española.

Sometida al feudalismo trató siempre de indiferencia política. Cuando Carlos III comienza la introducción de máquinas y organismos financieros la iniciativa fue siempre de extranjeros.

Minas de Cobalto en Gistan, alemanes.

Guadalcanal. Lady Mary Herbert aventurera inglesa.

Almadén : Bowles.

Tissus de Segovia : Tejedores holandeses como instructores.

La Banca de San Carlos, después Banco de España, fue obra de Cabarrón de Fraca.

Ferrocarriles, Telégrafos, Gas, Electricidad, capitales técnicos extranjeros. La burguesía española, numérica e intelectualmente reducida, sin iniciativa ni formación, rentista, conservadora.

He ahí cinco plagas a destruir, cinco problemas por cuya solución radical no podemos, ni debemos, ni queremos no sólo consentir que las soluciones del mañana, permitan supervivencia, sino que hemos de aportar todo nuestro esfuerzo intransigente, feroz y violento para su desaparición de los horizontes del país.

Y lo que se propone a nuestro pueblo como soluciones de transición, son otro abrazo, otras soluciones tibias y modestas que dejen el campo abierto en permanencia a las fuerzas negras del país.

He ahí por qué decimos que nuestra intransigencia es base de garantía. No queremos ni podemos consentir que los muchos años de lucha y de sacrificio, sean ahogados al cabo de cortos meses, ni ofrecemos la más mínima posibilidad de actuar a nuestros enemigos.

Nos negamos a volver a empezar dentro de algunos años el mismo combate. El miembro carcomido por la gangrena o se corta o ésta amenazará al cuerpo entero.

Esta es nuestra razón y el porqué de nuestra actitud quizá violenta y es la que quisiéramos hacer comprender a esa sana juventud española. Eliminar para ella y para las generaciones venideras la posibilidad de reproducción de la eterna tragedia. Matar la hidra de una vez, garantizar el porvenir, abrir grandemente las puertas de un mañana más sereno, más acorde con las permanentes aspiraciones hispanas, más conformes con los intereses de todos los pueblos que componen el todo. Una vida de más dignidad para el hombre, de más libertad, de mayor independencia económica, de fraternidad y de armonía social.

(Continuará)

La violencia es un medio que hace siglos se ha puesto a prueba. No queda más que una cosa por intentar : una honradez sin ilusiones, una lealtad inteligente y la obstinación por fortalecer la dignidad humana.

A. CAMUS

Mil pesetas

NO había hogar más feliz en Sevilla que el de este zapatero. El cuarto, bastante espacioso, tenía una reja muy alegre que daba a una calle típica. De los tiestos de la reja tomaban madre e hija las flores que con tanto donaire lucían : la madre estaba de buen ver todavía y la hija era un sol. Hacíanse las faenas caseras martilleando el hombre y gorgoriteando las mujeres. El trabajo, tan bien y tan a gusto lo llevaban, que más que una fatiga daba la sensación de un entretenimiento. Era el pan de cada día, ganado con alegría en vez de con el sudor de la frente. Ni un martillazo más en sacando para vivir.

— Planta la mesa, niña, si es que está el almuerzo.

— Está, sí, señor.

— Pues hasta mañana, si Dios quiere, y que espere el impaciente, más que sea el rey de España, que yo de mi paso no salgo.

Al almuerzo sucedía la siesta en todo tiempo, con resoplido de satisfacción, bien a la pata la llana. De tardecita, la habitación alegrábase con la guitarrilla, el vinillo y el canteillo. Olía más la reja y las flores tenían un color más vivo.

Enfrente vivía un ricachón que envidiaba la felicidad del zapatero, sin duda porque él no era feliz entre los suyos. Mandóle razón con un criado de que quería verle.

— ¿Para calzado a medida?

— Me creo que no.

— ¿Para pedirme el voto?

— No lo deduzco.

— ¿Para que cuelgue el instrumento y cierre el pico?

— No, desde luego.

Par aver de cerca a un hombre feliz y, de paso, regalarle un billete de mil pesetas era la llamada. Ya en su casa, el zapatero manifestó el regalo. ¿Habría que decir que la mujer y la hija no cabían en el pellejo de contentas? Primero pensaron mejorar el ajuar. Comprarian un armario de tres lunas, que bien se le iban los ojos tras ellos a la zapatera. El zapatero :

— ¿Para qué tantas lunas?

— ¡Como que nos vamos a mirar los tres en la misma teniendo mil pesetas!

Tampoco de ropa andaban muy allá que digamos. Sustituirían las mantas de Utrera por otras de Palencia. Camas nuevas y sábanas con tira bordada, y sobrecamas adamascadas y cubrepiés rellenos de guata. Cambio de vajilla. Mesa de comedor de estira y encoge, por si ocurría tener invitados. Cubiertos de Meneses...

Después de esto los perifollos de la zapatera y de la zapaterilla. No se quedaron cortas, no, en llegando a este capítulo. Eche usted seda, arracadas y menjurjes.

— ¡Mujer...! ¡Y tú, niña!

— ¡Aquí mando yo!

— ¡Aquí se j'hase lo que diga mi mamaita!

En un vuelo, el zapatero se planta en casa del ricachón, el cual, viéndole entrar descompuesto en su despacho, reflexiona : « Viene a pedirme otras mil pesetas ».

— ¿Qué le trae por aquí?

— Devolverle las mil pesetas que a poco son mi ruina. Como éstas...

Y si, lector, dijese el comento, como me lo contaron, te lo cuento.

PUYOL



RECORRIDO LITERARIO A TRAVES DE MONTIEL BALLESTEROS

ENCASTILLAR a Montiel Ballesteros como cuentista simplemente —«género literario específico al que muchos críticos se refieren» por tratarse de composiciones breves—, nos parece minimizar su ámbito expresivo, pues que, por lo general es la novela donde su espíritu se ha extendido con mayor libertad creadora y donde adquirió mayor volumen su arte constructivo. El ha tomado el cuento, la fábula y sus creaciones denominadas libros para niños como una válvula de escape recreativa, más bien de emoción poética, para encerrar un estado de ánimo y plasmar una intención fugaz, como una imagen. Esta particularidad de lo breve lo permitió captar metáforas simbólicas prohibidas en el verso. La prosa, en que Montiel Ballesteros hizo buena poesía, le resultó más dúctil y domable para sus fines. Y si bien, al cabo, toda la obra de este escritor insigne no deja de ser un poema, cuyos títulos ya lo denuncian, ha conducido su fértil emotividad por los canales más simples de su imaginación. El abigarrado número de obritas que ha recogido en más de veinte volúmenes, parten desde orígenes distintos y lejanos, pero llegan a un punto terminal, con esa frescura que los singulariza y la sana intención de pequeños poemas que las precede.

Pero donde este uruguayo ilustre se encuentra a su gusto es dentro del relato y la intención novelesca, que le aporta materiales humanos para arrastrarnos en su compañía a los campos del ideal. Desde que apareció «La Raza» hasta «El mundo en ascuas», han transcurrido como ocho lustros. En ese largo deambular por el mundo de sus creaciones, no siempre ha permanecido aferrado al mismo paisaje visto de distintos ángulos. Sin haberse desviado de su sentimiento nativista y sin perder el perfume de la tierra que exhala su obra, ni la inocencia y bondad campesina tan soldada al corazón sudamericano, los personajes de sus novelas se acercaron más a la ciudad. La civilización los trajo hasta el asfalto por nuevos caminos que acertaron todas las rutas.

«El gaucho Tierra» nos da esa nota creadora y recreadora del hombre moderno con atuendo antiguo, que discurre movido por emociones distintas, dentro de un universo más amplio, exaltado por el apasionamiento de lo moderno que trastocó desde la roca del subsuelo en que estaba cimentado hasta las capas del firmamento social, sin haber renunciado al ambiente pampeano de donde procedía. Montiel Ballesteros se siente huérfano y engrillado entre la población urbana. No es un escritor de ciudad, que se entusiasme por los argumentos artificiales de la rutina industrial. El conoce las pasiones individuales que encarcelan la vida y automatizan el espíritu, sometiéndolo a tremendos sa-

crificios. El panorama de sus creaciones abarca límites sin alambres. Sus personajes no se resignan a desenvolver su existencia en la estrechez ciudadana. El toma toda la tierra como suya para hacerla una sola propiedad. No circula por estrechas calles ni anchas avenidas, que aun en los suburbios, le comprimen y deprimen. Sus gauchos se encuentran a gusto detrás del sendero que tiene el horizonte como punto de partida. Y aunque hablen el lenguaje propiamente ciudadano, son fieles al antecedente autóctono, con esa agudeza y discernimiento paisano que es lo único que nos queda de lo mejor que ha creado el sentimiento histórico como genuino fermento de la tierra americana.

Montiel Ballesteros no ha quedado detrás de la evolución. Hombre que vive las inquietudes diarias de este pasmoso trajinar dentro de un mundo de maravillas y de penurias refinadas, como contraste, se dejó arrebatar por toda suerte de emociones. Cada día experimenta sensaciones nuevas que trata de darle forma, aprisionándolas en su alma. Entre «La rosa y la calavera» y «Juansinnada» hay una gran lucha que ya anunciara con pregones «La jubilación de dios». Forzoso es llegar aquí, tomar participación en este banquete para comprender por qué Montiel Ballesteros no es escritor promovido al academismo y acreedor a los incienso oficiales. La perseverancia y responsabilidad artística puestas en una labor de medio siglo, con ese candor y riqueza del ambiente, no le amodorraron en los sillones del oficialismo literario porque, antes que escriba, es un hombre de pensamiento libre. Probablemente algún día han de editarse sus obras completas por tratarse de uno de los escritores dignos representantes de su generación. Quien tanto hizo por llenar con arte e ideas el ámbito de la literatura uruguay, creando un mundo de nobles personalidades, que son todos sus personajes, con esa manera tan gráfica, sabia y libre con que se expresan, orgullo merecido será para quien lo intente. Hoy, sin embargo, todavía es Montiel Ballesteros el dueño de su fuerza creadora y expresiva, que le ofrece libertad para incursionar en los rincones del alma humana y sacar a flor de su piel los dientes violáceos de las heridas ulcerosas.

Montiel Ballesteros no admite, ni en poesía ni en otra manifestación artística, otra forma de expresarse que la directa y elegantemente, sin limitaciones para la libertad. El vive un ancho universo que le infunde a sus imágenes, a las cosas y creaciones inanimadas de que es autor paternal. Esa fraternidad que le envuelve, es la que garantiza para sus metáforas, apólogos y sentencias. Si él se siente libre, contagia su estado anímico a los demás por vía del lenguaje. Hombre desprovisto de atavismos sociales o prejuicios políticos y religiosos, sus creaciones imaginativas se desenvuelven en un ambien-

te de pureza y ética muy particulares. Así como él no podría vivir en otro mundo que no fuera el de la libertad, es por ello que su literatura tiene un « dinámico fondo social histórico » y se sirve de la prieta « materia narrativa hasta darle una intensa » vida de unidad fraterna.

De entre los grandes escritores hispanoamericanos, Montiel Ballesteros se caracteriza como uno de los más representativos, que no es posible hacer a un lado al estudiar el curso de la literatura en este continente. Sus argumentos trasponen los convencionalismos, saltando como disparados por « flechas, desde el primer momento, para dar en el blanco emocional, dramático o trágico, irónico o cómico, sarcástico o humorístico ». El hombre y la tierra, el drama y el paisaje constituyen las pasiones que evoca y transfigura con « patetismo saturado de suave gracia irónica », de humor trágico como un clamor propio frente a las complicaciones de la vida.

Montiel Ballesteros es hombre de fe ardiente en cuanto al porvenir del destino humano. Toda su obra respira esta confianza que a borbotones sale de su prosa trabajada por tan eximio artista. No podría pensar de otra manera quien fue ungido con « savia de pinos, palmeras, coronillas y ceibos » y que pertenece a la « exquisita especie humana » de la rebeldía que, comúnmente, se paga « con alma y con sangre, y hasta con hambre ».

Montiel Ballesteros dice que « la vida es un tesoro que, generosamente, nos ha concedido en préstamo el misterio y que nosotros dilapidamos, menospreciamos, lo volvemos turbio y sucio, olvidados que no sólo debemos devolver lo intacto, sino acrecido, puro y glorioso ». Refiriéndose al arte, con-
signa que lo « abstracto significa un individualismo tan extremo, que negaría la comunidad de los seres humanos que, conspirando contra su catolicidad, se erigirían en cantidades solitarias, rodeadas de valles y muros infranqueables. Solos no nos es factible colgarnos en el madero, herirnos en el flanco, hundirnos en pies y manos los clavos despiedados, coronarnos de espinas y atraer a nuestros labios reseco la esponja de vinagre ».

« Las palabras han declarado la huelga general en protesta contra los sofistas y mistificadores, que las vacían de sus latos contenidos y rellenan con sus falsificaciones. Tamaña subversión las coloca contra el muro ante un piquete de fusilamiento ».

En estos apólogos, Montiel Ballesteros « mira a los hombres como filósofo después de haberlos exaltado como artista, dice Ferrándiz Alborz. Y ccsa rara, como « artista los vio grandes y pequeños, y lo mismo al contemplarlos filosóficamente, pero, en ambos casos, dignos de compasión y de perdón. Acaso porque los ha comprendido integralmente ».

C. C.

Para conocer a un Pueblo se le ha de estudiar
en todos sus aspectos y expresiones : en sus ele-
mentos, en sus tendencias, en sus apóstoles, en sus
poetas y en sus bandidos.

Discurso del hombre libre

(Continuación)

Y O digo que si hay que despertar en el hombre el deseo de consciencia, el estímulo de superarse, la inquietud de que seres y cosas sean mejores, abriendo los caminos del espíritu, ello no ha de ser para hacerlo siervo del dolor. Que si forma de tragedia tiene la vida presente, no por esa imagen de tragedia, conciencia de tragedia, sentimiento de tragedia ha de modelarse en el cerebro de los que quieren y sienten que esta vida así de trágica cambie.

Pido serenidad al espíritu, pero no tormento. Ciertamente que el dolor abunda sin medida. Pero los que entraron en la consciencia saben que el espíritu ha de ser, no a imagen de las cosas tal como son, sino a imagen de las cosas tal como deben ser y serán.

Los pueblos se retuercen en contorsiones inhumanas, y, si se busca que ello termine, no ha de ser con la herencia de las cosas negativas. Que hay que enterrar la era del mal sin que sobreviva ni forma ni fondo.

Así yo pienso que los actos de quienes piensan y obran por la nueva vida, han de estar exentos de tristezas que nublen el ánimo o lo hagan cruel; que lo formen ideas de venganza y lo hagan inferior al espíritu y a la letra de la doctrina magnánima y humana, resultando él también inferior a su misión verdadera. Yo no digo, empero, que se evite o que se ablande la obra de justicia, sino que ella no pase los límites de tal y que se haga con la dignidad y altura de conceptos propios.

Ciertamente, no digo tampoco que no seamos partícipes del dolor del pueblo. Comprendedme que a causa de buscar que este dolor no sea eterno, por lo que quiero que al hombre se le libere de las miserias presentes, sin sumergirlo en la servitud, en la adoración del dolor. Sentimos el dolor y por ellos queremos anularlo. Empecemos por nosotros mismos cuando él ha cumplido la misión de avivar nuestra rebeldía y de hacernos luchar por una humanidad libre de él.

Los pueblos serán felices cuando hayan comprendido y suprimido después, todas las causas morales que engendran el sufrimiento. Y esto vendrá, sobre todo, cuando la educación dada no será educación de obediencia y sí de independencia.

Puesto que la vida en la naturaleza es fenómeno de impulso hacia adelante; de crecimiento, floración y madurez, esto debe traducirse, en el desenvolvimiento de la vida del hombre en anhelo, alegría y serenidad que han de ser base para su educación. De esta forma, el dolor será extraño sobre la tierra y la felicidad cosecha universal.

En verdad, la moral que exalta las esencias negativas del individuo e incita a la anulación de la

personalidad, no puede ser moral. Antes bien, amoral. Toda moral parcial, toda moral hecha de prohibiciones y anatemas, no puede ser llamada tal. Porque por moral deben entenderse los principios normativos que llevan al hombre, pero que lo elevan en todo orden, ayudándole a descubrirse a sí mismo en todo lo que puede dormir o late en él de sublime, de hermoso, de digno. Es decir, de humano.

La moral no puede restringir la libertad. No puede establecer grados, diferencias u odios, ni considerar como bueno lo que a todas luces es perjudicial, ni como malo aquello que es bueno. Ni puede tampoco amparar, disculpar o estimular privilegios o degradaciones humanas. Si eso hace, deja de ser moral para llamarse veneno espiritual.

La moral, amigos, no puede ser cosa distinta a la aplicación de las leyes naturales en aquello que ellas tienen de mejor, superadas y adaptadas por la inteligencia del hombre, con el principio de subsanar o evitar todo mal. Pero de forma que las enseñanzas no admitan subterfugios ni falsías.

Por eso, digo, debe ser asentada sobre la base de la consciencia.

Si separamos la moral del libre albedrío, ni tendremos moral ni tendremos libertad. Y la independencia individual y colectiva así, será degollada. Como hoy.

Entonces no habrá individualidades. En todo concierto social la carencia de individualidades es la imposibilidad de floración de los valores humanos. Y sin valores humanos los pueblos son sometidos a las degradaciones más indignas; en suma, a todo aquello que de la humanidad hace una vergüenza, una maldición y un averno. Y, os repito que la mejor demostración es la humanidad de hoy, el mundo de nuestro tiempo. Yo no puedo llamar humano de ninguna manera, al sistema feroz que contemplo. Es, pues, cuestión — yo pienso — de trabajar por un mundo verdaderamente humano, de cuya moral os he hablado.

Y no será nunca bastante decir que de la aplicación sincera por parte de todos aquellos que quieren seguir con nosotros la nueva senda, de las normas morales que la doctrina enseña, que el triunfo sea cierto y no ficción o sofisma.

Que sin dignidad humana y honradez doctrinal, toda señal luminosa de un mundo mejor vendrá a transformarse en mito, siendo el tinglado bonito y la realidad un sarcasmo, no quedando sitio sino para la farsa.

No basta predicar a voces cosas agradables al oído, sino que la acción y el hecho respondan, que lo que se dice con calor se ejecute con agrado.

Porque escrito está: « Decirse convencido no es nada. Obrar como tal lo es todo. »

Yo soy duro en estas cosas porque estoy en lo cierto al pensar que muchos son entre nosotros los que diciéndose partidarios decididos de la nueva

doctrina llevan consigo el espíritu de las otras costumbres, de las costumbres podridas y con él en el fondo piensan. Llevan consigo el espíritu de las viejas creencias y con éstas en verdad sobran.

¿Por qué se engañan ellos mismos? Mal tengo en el alma por su causa. Que son incapaces de despojarse de todo cuanto de podrido hay en ellos. Y lloro de pesadumbre al ver cómo les está vedado el goce inmenso que tengo yo con el disfrute de las bellezas interiores al sentir el amor por los humanos y al imaginarme el mundo al cual doy mi ser, ese mundo de mañana con que sueño.

Que no vibran como yo vibro ante las perspectivas de la nueva vida.

Que son ausentes de la Consciencia y eso no les inquieta.

Que si aplican algunos de nuestros preceptos lo hacen coaccionados por la compañía de otros hermanos, pero que ni los sienten ni los quieren.

Que si viene, vienen por pequeñeces de egoísmo y provecho; material ínfimo.

Que son entre nosotros por la fuerza de las circunstancias, pero que están lejos, muy lejos de las inquietudes dignas, desinteresadas, superadoras.

Que las circunstancias de la Fuerza les trajeron entre nosotros, y aún así no quieren aceptar con el alma y con el pensamiento, sinceramente, un puesto consciente, activo, en la preparación del fin de la fuerza.

Tengo pena, digo, por los abúlicos y por los de intenciones torvas, por los incapaces de romper con los prejuicios y porque viven en continua farsa.

Y yo les digo : ¿Qué es la vida sin algo grande y hermoso que sentir y propagar y luchar por la consciencia del otro, de los otros, de los hombres todos; y porque los siervos y los dueños de la tierra dejen de serlo, y porque los hombres sean libres de todo mal, de toda ruindad, de todo servilismo?

¿Y aún, hermanos, qué hay que pueda más ennoblecer y justificar una vida que ocuparla en combatir todo aquello que sea indigno, vejatorio, malo?

Meditad vosotros, los que por conveniencias inconfesables, por feas ruindades, habláis y obráis. Y vosotros, los que la vuestra es ir a la caza del medio no importa a costa de qué, ¿sois felices? No. ¿Lo seréis cuando hayáis conseguido vuestro propósito mezquino? Tampoco. Siempre tendréis sed, insatisfacción de algo que no os explicáis, en el caso que no fracaséis o sucumbáis a causa del lío de vuestras intrigas.

Es que vuestro sitio y vuestra obra no es ése, no puede ser ésa.

Os faltan los goces interiores que son insustituibles. Os faltan las riquezas de dentro, que son las únicas dignas y seguras.

Os falta ese mar delicioso del espíritu, donde el pensamiento se baña acariciándolo las alas del conocimiento, de la percatación, dulcemente, y que hacen al hombre humano, inmensamente humano.

Meditad en lo que sois y en lo que podéis ser, venid y bebed en la Consciencia. Impregnaros de

ella; hacedla vuestra. Y ese baño agradable y luminosa será con vosotros. Seréis curados de vuestra lepra cerebral y la moral de la nueva doctrina os hará puros. Y como yo, tendréis la revelación de ese mundo infinitamente superior a ese de ciego en el que os revolcáis como yo me revolqué. Y como yo, veréis abrirse ante vosotros horizontes interiores sin límites y seréis felices, inmensamente felices. Habrá muerto en vosotros ese desgraciado sentido del límite que frena el desarrollo evolutivo de la vida en la sociedad haciéndola un dolor y una desgracia.

Porque mi combate es digno como ningún otro, será llevado por mí hasta el fin de mis días. Venid a ocupar un puesto en él, después de haberos hecho dignos.

Aquellos que vienen y aquellos que vendrán, tienen aquí el entusiasmo del amor fraterno. Ellos se verán por anticipado en el Cosmos del mundo de mañana y del hombre de mañana, aun en el caos que el mundo de hoy es.

Y esto es así y cosa cierta, porque la preparación y la conducta tal como se expresan en nuestras comunidades, hacen de ellas un inmenso lazo de fraternidad. Y aquellos que vienen con entusiasmo y los otros, que viniendo a ella se sienten ausentes, tienen también su parte ilimitada.

Entonces yo os digo : nuestra moral no es nuestra solamente sino de la humanidad entera.

Penetraros de ella los que sois extraños, difundida con el verbo y con la conducta los que estáis impregnados de ella. Que el bien es para todos por igual y al servicio del Bien estáis.

Pero digo también que quienes de intención sabida y meditada responden con el mal a causa de que quieran dominar o buscan provecho infame, no pueden tener otra respuesta que aquella engendrada por ellos. No que el mal sea hecho también, sino que se impida al Mal asentarse y triunfar.

Si se concede importancia primera a la revolución espiritual aun viendo la necesidad apremiante de la económica, es a causa de las claras consecuencias que de una y otra se desprenden.

De cierto, imaginaros que un progreso portentoso se hiciera luz en todos los ámbitos del desenvolvimiento económico humano. Que se transformaran las fórmulas normativas de la vida presente. Que el siervo dejara de ser llamado tal, que la esclavización del hombre terminara en tanto que animal alquilado o sujeto al amo de por vida. Que el imperio romano sucumbiera por la fuerza de las cosas adversas. Que el Pueblo de Israel y todos los Pueblos de la tierra fueran liberados de la dominación extranjera. Imaginaros que las guerras de conquista no existieran y que las religiones tampoco.

Aparentemente, la liberación humana sería cosa cierta. Grave error. La tradición de mandar y de abusar no habría terminado. Porque siendo el móvil puramente económico, nuevas fórmulas saldrían del espíritu de las viejas. Y sobre las ruinas de una sociedad maldita, aparecería otra igualmente acreedora de anatema.

No habiendo transformado los hombres sino las cosas, he aquí que la redundancia de la desgracia

sería señora de la sociedad una vez más. La transformación económica y tendenciosamente la social, sería hecha en perjuicio de los detentadores del privilegio, si, pero en beneficio de otros no menos detentadores del provecho y de la riqueza colectiva, si bien con otro sistema.

Ya lo dijo Esteban : « Guardaros de aquéllos que os ofrecen mejor vida sin haber antes procurado para ellos y para vosotros mayor conciencia, que esos forjan nuevos mitos, los cuales en nada serán diferentes en su fondo y en su conciencia. »

Te harán — ¡oh, Pueblo! — elemento activo en nombre de tu miseria contra la iniquidad de los otros. Y con tu mano hundirán los malos privilegios y las falsas potestades. Pero vendrán ellos a crear otros igualmente malos y otras igualmente falsas.

Y esto de cierto será así porque procurarán bien perpetuar la ganancia en el mal oficio de mandar, porque ellos serán entonces los que mandarán. Y procurarán que esa ganancia sea conservada con la red de nuevas leyes que serán impuestas por la fuerza cuando no admitidas de grado tras previo embrutecimiento.

Porque escrito está : « Lo malo engendra lo malo, y lo bueno lo bueno engendra. »

Como el libre albedrío estorbará sus designios, el será coartado. Como el pensamiento libre pone en peligro aquello que es falso, su manifestación será suprimida. La sedicente nueva educación cuidará con esmero de hacer nulidades que serán de manejo fácil. Y una vez más, la injusticia y el dolor triunfarán.

Porque la tendencia de mandar, de dominar, de imponer, se halla adherida al hombre, a muchos hombres, como la hiedra la tiene de adherirse al árbol y matarlo. Ella nace de un nocivo criterio que se ha hecho ley biológica en las sociedades humanas a fuerza de utilizarlo, viniendo a trepar en los hombres como fenómeno imposible de soslayar, legado de una a otra generación. Asentada fue la tendencia a mandar, a causa de las penurias de los pueblos primitivos. Por éstos unos hombres fueron inducidos, para salvarse, a robar su parte a otros que con ellos formaban sociedad. Hallaron manera de hacerse respetar y disculpar, imponiendo costumbres para su provecho, haciéndose jefes o pretendiéndose emisarios de potencias ultraterrenas. Eran los más fuertes, los más aviesos, o los más audaces. A éstos acudió después el resto, suponiéndolos facultad o potestad para salvar al conjunto de los hombres de las penurias periódicas y de las furias naturales.

Nacida y transmitida la diferencia de grado, esa parte mala que dentro del hombre hay, se encargó con prisa y astucia hacerla admitir como cosa natural, sancionándolo más tarde la ley, como ya en otra ocasión os dije.

¿Es que sin suprimir este espíritu ancestral podréis lograr el sueño de ser hombres libres, íntegramente hombres? No. Haréis revueltas y hundiréis iniquidades. Pero con un sentimiento desesperado de revancha y de venganza, ciegos de visiones amplias y profundas. Hecho negativo. Y ese

sentimiento inconsciente, malo sin saberlo, pretendiéndolo bueno, bueno será. Pero para los arrivistas y los aduladores. Y aquellos audaces o astutos dentro de los cuales araña tenaz el prejuicio ancestral encontrarán campo abierto a sus apetitos vergonzosos.

Vosotros estaréis llenos de las fórmulas inmediatas sin formación altruista alguna, sin otra formación que aquella adquirida en el presente podrido. ¿Qué sucederá? Ya os lo he dicho. Todo será revuelto y trastocado. Los factores económicos tendrán apariencia de justicia porque una injusticia real fue suprimida. Pero yo os adjuro a demostrarme qué progreso social y humano habrá ahí. Porque por progreso social yo entiendo liberación de individuos y Pueblos para armonizar la vida haciéndola más alta en su forma externa y tangible y en la otra interna e intangible.

Y os afirmo : no puede haber progreso así, fuera de la Consciencia o a espaldas de ella.

Luego, ¿de qué sirve una transformación económica sin la previa espiritual e individual?

Ya no seréis llamados siervos ni esclavos ni libertos. Pero seréis las dos cosas primeras y lo mismo, aunque os llamen libertos o aunque os llamen ciudadanos o no importa qué otro nombre inventado para la circunstancia, que será grato al oído y en la realidad un sarcasmo.

Muchos pensaréis que miento o que estoy equivocado al hablar así. Incluso, de entre vosotros mis hermanos de la Causa, muchos seréis los que de tal manera pensaréis.

Pero yo os digo a todos : Poned mayor cuidado en examinar la causa de los hechos que los hechos mismos. Poned mayor cuidado en la consecuencia que en la acción misma.

Una acción tiene necesariamente su consecuencia. Y lo que importa es la segunda, porque es ésta la que queda. Ciertamente, el hecho pasa y la consecuencia queda. El hecho es punto de trámite entre la causa y la consecuencia. El hecho determina la consecuencia, que ha de ser superadora de la causa en razón de él; examinad qué causa mueve al hecho, y procurad que éste no posibilite una consecuencia parecida a la causa. En el caso que me ocupa, yo os pregunto : ¿cuál es la causa que mueve a rebeldía? Terminar con un mundo negativo, injusto, podrido, arbitrario. ¿No es eso? Vosotros buscáis que él termine, porque entendéis que debe ser de otra manera diferente. Para que así sea, se quieren montar las relaciones humanas en forma superior y que no dé lugar a otras injusticias, a otras arbitrariedades, a otra podredumbre. Si da lugar a todo esto, se entenderá que nada se ha hecho, puesto que viene a ser la misma cosa aparte el nombre. Luego el hecho es lo movido por la premisa positiva. ¿Qué me diréis si el resultado no es ése? Si estáis sanos de conciencia, me diréis haberos equivocado o que os engañaron; y he aquí que para evitar esto os digo de meditar la fórmula con clara comprensión.

FABIAN MORO

(Continuará)

LA FLORA MARINA

AS algas marinas se recogen en gran abundancia en las playas más batidas de las costas galaicas, y hay muchísimas variedades: desde la que tiene forma de hoja sencilla hasta la de tronco grueso como un brazo, constituyendo un peligro —por su viscosidad o por su enmarañada florescencia— para el que toma baños de ola, y a veces retiene al bañista, que se hunde en el agua y no puede volver a la superficie.

Algunas de las variedades de estas algas se utilizan en Galicia y son también exportadas para baños de pila y algunas otras aplicaciones medicinales.

Son empleadas también por los campesinos para abono de sus tierras, no tan solo en el litoral, sino también en el interior de la región. Asimismo se usan, aunque en pequeña escala, para alimento de los cerdos.

Se pensó, con espíritu poco práctico, en que sirviesen para sustituir a la paja, el junco y al mimbre en distintas manufacturas.

Su explotación es mínima, más que nada por falta de orientaciones y carencia, por lo tanto, de medios para su industrialización. Sin embargo, podría ser otra de las riquezas naturales de Galicia que, explotada en toda su extensión, sería de resultados halagüeños para la economía española.

Sin embargo, ya se mira hacia otros países, donde las algas son ya empleadas e industrializadas, sobre todo hacia el Japón, que es, sin lugar a dudas, el país que explota de manera más eficaz la flora marina.

Es bien verdad que ningún país sobrepuja al Japón en abundancia de algas, y todavía menos en los usos y aplicaciones de esta flora. Ello es debido a que las islas japonesas se extienden entre latitudes extremas floreciendo toda variedad de algas por permitirlo las diversas temperaturas del agua.

Para darse cuenta de la importancia que puede tener en un futuro más o menos cercano esta industria, daremos a conocer algunas de las variedades de las algas que se crían y cultivan en el Japón, así como de sus aplicaciones.

Desde muy antiguo los japoneses se acostumbraron al alimento sacado de sus hierbas marinas, cuya exquisitez fue cantada por más de un poeta local en su *uta* o breves composiciones poéticas. Frecuentemente se expresa la abundancia de una cosa, comparándola a las algas marinas extendidas sobre la ribera.

La mayor parte de las algas se utilizan como alimento: muchas, sin embargo, se emplean de otros modos: en aplicaciones técnicas, medicinales y agrícolas. Las más importantes, usadas como alimento, son llamadas *Laminaria*. Carecen en los mares fríos y son las hierbas mejores, pues sus hojas exceden frecuentemente de cuatro metros.

No las consumen sólo los japoneses. Los chinos las importan en proporción considerable. Esta clase de alga llamada *Laminaria*, se corta parte de ella en trozos y se usa poniéndola en agua caliente. Otra parte es reducida a hilos para condimentar las comidas. Mientras otra, añadiéndole azúcar y preparación especial, sirve para envolver el pescado. Se usa con el té en lugar de dulces. Una especie de estas algas es utilizada suplantando al té.

De las hojas estropeadas se extrae el yodo. Hay en Hokkaido muchos establecimientos dedicados a esto, es decir, a la extracción del yodo.

Después de la *Laminaria* sigue en orden de importancia, como alimenticia, la *Porphyra*. Su precio la convierte en artículo de lujo. Es tal vez la única hierba marina cultivada artificialmente en larga escala; algunas especies crecen naturalmente sobre las rocas a lo largo de la costa, pero no son tan bellas como las cultivadas. El cultivo de la *Porphyra* se hace muy extensamente en la bahía de Tokio.

Las especies de *Porphyra* que pueden ser cultivadas artificialmente, crecen en el mar de bajo fondo, en el cual, afluyendo el agua dulce de un río, la sal del agua marina se diluye. Durante el invierno, ramajes de árbol o bambú se plantan en hileras regulares en el mar. Al cabo de cierto tiempo los gérmenes de *Porphyra*, que están en la superficie del agua, se juntan a las ramas y a las hojas y van creciendo y alcanzando considerables proporciones, hasta que se recogen y transforman en *Nori*.

El *Nori* se echa a la sopa. Arroz, pescado o legumbres y aceite, envuelto en el *Nori*, forman el *Sushi*, el sandwich de los japoneses. Su uso más frecuente es con arroz y salsa japonesa llamada *Shoyu*, que estimula grandemente el apetito. Hay dificultad en conservar el *Nori* durante la estación estival. Hoy, sin embargo, puede servirse en envases estañados y es exportado a cualquier parte del mundo.

Kanten. — Es gelatina extraída de las algas. Nada más delicioso en tiempos de calor. Con hielo y azúcar es preferible a todo refresco. Los chinos importan gran cantidad de esta gelatina. Esta se hace de *Felidiun* y otras algas propias de los mares japoneses. Se le puede añadir, antes de que esté completamente fría, esencia de limón, etc., y puede también colorearse de rosa o amarillo; este último color es muy usado en el Japón.

Los fabricantes hacen pastas uniendo **Kanten** con otras sustancias; y muchas variedades de tortas, muy comunes entre los variados ingredientes el **Kanten**.

Antiguamente los médicos le atribuían propiedades medicinales. Es posible que así sea, ya que en Galicia también se aplican en este sentido.

Se utiliza también en los tejidos de seda y en las telas. Para las mejores clases de seda no se usa más que **Kanten**.

Una considerable cantidad se exporta, en estos últimos años a Europa, para fines técnicos.

Hay varias fábricas de este producto en la región montañosa de Hagano y en el estrecho entre Oraka y Kioto. Los lugares de fabricación se encuentran todos emplazados en regiones montañosas y frías.

Funori o cola de algas marinas.—Ciertas algas marinas, ricas en cola, son utilizadas especialmente: las pertenecientes al género **Chondrus**, **Tridiaca**, **Gacilaria**, **Ceramini**, **Campylaeophora**, **Gratelomphia**, etc., pueden emplearse en la fabricación del funori.

Se emplean las hojas en su tamaño natural para estucar las paredes de las casas; mezclándoles cal y arena forman una especie de cemento.

Las clases mejores, dispuestas en hojas sutiles, se emplean en el preparado de la seda, de la lana y del algodón. Por tal procedimiento los tejidos se ponen lisos, tersos y tienen mayor lucimiento. En el Japón se usa el funori, como en España la pasta, para poner las telas bien iguales.

Algunos géneros de algas marinas, como la **Laminaria**, **Echlonia**, etc., se utilizan para la extracción del yodo, siendo la única fuente para obtenerlo en el Japón. Su producción tiene hoy no pequeña importancia, y aumenta la producción de año en año.

Además del yodo se extrae también otros productos secundarios, como sal común, sulfato de sodio, cloruro de potasa y azufre.

Las algas mejores para esto son las recogidas expresamente en las partes septentrionales del Japón y particularmente en Okkaido y **Sakkalin**; los fragmentos de **Laminaria** arrojados por las olas forman tal cantidad, que los habitantes los disponen en una especie de bancos de considerable altura, impidiendo proseguir la vista del océano.

Además de las algas citadas, se utiliza de un

modo o de otro casi todas las especies existentes en los mares del Japón.

Como puede verse, la flora marina da pie a una importante industria en el Japón, y sin querer pretender que en España pueda explotarse en las mismas proporciones, ya que los climas no son tan variados como en el Japón, pueden, sin embargo, explotarse en mayor escala que hasta aquí no se ha hecho.

Como decíamos al comienzo de este trabajo, Galicia es abundante en algas, existiendo buena variedad de las mismas y ofreciendo también perspectivas de cultivo de aquellas algas, cuyas aplicaciones y productos son más interesantes; este cultivo puede hacerse con bastantes posibilidades de éxito por ser abundantes las rías en cuyos afluentes de agua dulce es donde los japoneses cultivan artificialmente la especie llamada **Porphyra**, la que después de industrializada sacan el producto alimenticio llamado Nori.

En una palabra, la clase trabajadora ha de aprestarse a la explotación e industrialización de esta riqueza natural de nuestras costas, riqueza hasta ahora poco menos que ignorada, ya que si alguna aplicación tenía era más que nada debido a la intuición del mismo pueblo, ya que nunca los gobiernos habidos y por haber se han preocupado en lo más mínimo de la explotación de la flora marina, ni siquiera de dar la menor orientación sobre el valor nutritivo medicinal, técnico o industrial de las algas, o de parte de las mismas.

La Sección de Estudios Económicos y Sociales de la Regional Galaica tiene aquí campo abonado para poner en marcha una nueva y productiva industria del pueblo y para el pueblo y al servicio de la humanidad.

No nos cabe la menor duda que la militancia confederal ha de saber aprovechar con éxito lo que la madre naturaleza pone al servicio de los hombres, lo que permitirá, una vez más, demostrar el espíritu constructivo de la clase trabajadora.

A. CARSI



El universo de Alaiz

(Continuación)

GERGES Orwell, tan respetado como respetable, dice una barbaridad para caricaturizar a los judíos. Los considera capaces de venderse la hija por 50 monedas. Alaiz no los «descomercializa», pero los deja, en este terreno, como unos angelitos al reproducir de los italianos que «en cada genovés hay siete judíos». Leve es, pues, el mercantilismo judío, que no nos pertenece analizar. ¿«La Celestina»? obra de aliento rotundo escrita por el judío Rojas.

Es corriente en Alaiz la condescendencia hacia y para con lo colectivo, sea éste raza, pueblo, grupo o clase, así como la implacable rigidez cuando de casos particulares se trata. Con ello sienta plaza de hombre libre, libre de prejuicios y de falsa educación. El juicio grotesco que los católicos hacen culpando generaciones enteras por un delito primitivo —v. g.: el pecado original— no ha hecho carne en Alaiz, cosa no tan general como a primera vista parecería.

No ha faltado quien ha presentado a Felipe como un irreverente, rayano con la injusticia, vis a vis de la mujer, sin embargo, ¡cuán gran honor rindé a la mujer cuando de Isabel habla! «Gustaba Quinet de tratar a Isabel con galante respeto, grato a las madres jóvenes.» Toda mujer está comprendida en tan delicada frase, la mujer y la juventud, la mater y su criatura.

La juventud ha sido preocupación constante. Sobre ello llenaríamos cuartillas y cuartillas sin cesar, señalando lo entrañable que le fue. Dice en otro lugar: «Eres la juventud que descubre llagas y que las colecciona y cataloga para olvidarlas luego, olvidando también el mal propio y recurriendo a la terapéutica libresca de desastre hecha por unos cuantos apesadumbrados por males ajenos como si no los tuvieran propios...» «Eres indeciso porque tu voluntad está enlutada...» «Caballero andante que supones continencia en los humildes», como otros llaman ligereza a la liviandad. «... dudas sin método, viajas sin rumbo, lees sin orden, acabas dando vueltas rodeado de círculos concéntricos y vertiginosos o quietos, esperas desfacer entuertos y tienes pocas camisas. Inquieto sin inquietudes activas. Eres lo que muchos jóvenes y muchos viejos: intrigante. «No estás satisfecho sin plantear problemas transcendentales y regeneradores, intrincados, pero con la particularidad de que una mujer los barre de tu mundo interior cuando ella quiere o cuando no quiere.»

Fácil será comprender el gracejo de Alaiz si tenemos en cuenta, como ya dijimos, que se inspira en el humor y las maneras de Arniches para el

análisis de los hombres y de los hechos. Ha analizado como el que más a éste y a muchos otros de más reciente existencia como es Jardier Poncela, o anteriores como lo fue Quevedo. Inspirándose en estos y en la realidad de cada día dice de los jesuitas que se componen de tres cosas: poder, política y... buen plato. Como sus rivales los agustinos. Ved la caricatura que hace del padre Coloma. Con cierto dolor recuerda Alaiz un corto período en el que él era rival de Victoria Kent, ésta por querer ser carcelera y aquél por dejarse hacer prisionero. «Conocemos bien a Victoria Kent los que estuvimos presos bajo su contundente patrocinio, cuando los guardias de asalto entraban en la cárcel a apalearnos.» Claro que Alaiz no dice haber visto a esta mujer pegar, estaba en mano, a ningún preso. Los rescatados de Dachau tampoco dicen haber visto a Pío XII conduciendo un perro policía ni dar gas en ningún crematorio de los campos de la muerte. Ya se sabe: es el poder que mata, no el hombre. La responsabilidad que éste contrae será por su servilismo solamente disfrazado del lema: el que manda manda, aunque mande mal. No queremos decir que el servilismo se enseñoree solamente siendo funcionario del Estado, tampoco que sea privativo de mentes incultas, ¿cuántos hay que gozando de etiqueta intelectual, desde la primera a la última de sus letras escritas rezuma solamente espíritu adulador, servil?

No hay adulación en la literatura proletaria ni en la socialista. La encuentra en algunos aduladores empedernidos que suelen llamarse socialistas o proletarios, los primeros buscando líderes y confundiendo con ellos, los segundos adulando al pueblo hasta en su más grosera expresión. Prescindiendo del calificativo niega valor alguno a los que toda su teoría se reduce a: dadme mando y veréis cómo pego. Y... «nuestras espaldas saben lo que significa semejante promesa».

Los hay que fían mucho en las leyes atribuyendo a éstas virtudes tan imposibles como la de frenar el apetito animal del que manda. Pues bien, ved lo que sobre las leyes escribe Alaiz, refiriéndose a la época más lúcida de Costa: «La ignorancia de la ley no justifica su incumplimiento según intentar razonar sin conseguirlo todos los textos oficiales de Derecho. Aceptar el principio sería entronizar pedantería de leguleyos; y, sobre todo, equivaldría al compromiso de conocer los textos legales en su totalidad, faena más complicada que aprender el griego. El imperialismo de los curiales llegaba a extremos escandalosos en la época de Costa. El juriconsulto era un hombre incontinentemente y pesado que producía un diluvio de leyes contradictorias apoyado en la mayoría política;

los antagonistas producían, a su vez, leyes nuevas; el tercero en discordia producía una fronda tan copiosa de jurisprudencia contenciosa que nadie podía entenderse. Sumando los preceptos legislativos, los administrativos y los ejecutivos, calculaba Costa que se produce una norma cada doce minutos.»

Esto de hacer leyes también forma parte de los que predicán la libertad para encajonarla mejor entre montañas de códigos. Es lo que en otro lugar califica de «libertad abstracta», que nadie necesita, frente a la concreta, que todo el mundo quiere... y que muy pocos toman.

En el punto de mira de un pueblo se comprende el grado de su civilización. El pueblo, o sea, los círculos de todo pelaje, dice Alaiz admiraban Linares Rivas y les era indiferente Arniches. Este, sin embargo, les ofrecía «saludable encontronazo con la realidad», aquél un escapulario de «teorías mauristas». No hace falta conocer más cosas para comprender el ambiente y la mentalidad de los contertulios. ¿Se ha evolucionado en este sentido? En general, no. Más bien empeorado. Si uno observa las lecturas predilectas de la actual generación se da cuenta cómo ésta se embelesa en el escándalo. Si el diario no comenta un acontecimiento sensacional la tristeza aparece en la faz, si una reunión se lleva a cabo sin bullicio, dicen que ha carecido de importancia. Es el siglo del ruido y del sensacionalismo como jamás se había visto. No hace excepción Alaiz de la literatura social. Esta, dice, «es en España una literatura de bodega, muy inclinada a la majeza y por contraste a la preferencia por el martirio y el lagrimo. Yo he visto asustados y encogidos a unos hombres valientes oyendo disparos apocalípticos de un orador pedante».

Enamorado de Arniches, exceptúa a éste de la literatura citada. El pilar más fuerte de la de Arniches es el pícaro.

Desde luego, con sus pícaros, hoy Arniches estaría, por ejemplo, en Londres, cobijo clásico de emigrados de talento o por lo menos de inconformistas.

Es atrevido Alaiz hasta el extremo de que, por ejemplo, en «Fuenteovejuna», tan loado por los inconformistas y rebeldes, él ve más parte de servilismo que de aleccionadora rebeldía. Para estar frente al comendador, la población se hizo servil de la realeza. Aspecto que habrá de retenerse y analizar con detenimiento. A Fray Luis de León «tan delicado y horaciano» le recuerda que «calumnia a los pobres en la perfecta casada, de manera muy poco delicada».

Su pasión por los libros, no por la educación libresca, se comprende cuando dice: «Ante lo que un libro sugiere, ordena o concierta, despierta,

desconcierta o destruye, ¿cómo permanecer indiferente?»

Formación libresca no, pero para Alaiz un libro forma parte de la naturaleza, cual una montaña, un río, un valle, una fuente o todas estas cosas reunidas. Sostenía una conversación de cuatro horas para contestarte a una pregunta que inocentemente podías haber hecho, por ejemplo, sobre la biblioteca de Filosofía y Letras de Madrid. De haber sido capitalista por vocación, es decir, de haber tenido vocación usurera y explotadora, Alaiz hubiese sido un magnate del comercio y de la bolsa. Pero Alaiz era un hombre y prefería escudriñar en el alma, en el corazón y en la mente humana, sobre todo de lo español. Dice del ingenio español: «Es chocarrero y servicial. No tiene costumbre de ahorrar adjetivos en antesalas, epitafios, dedicatorias y manifiestos que nadie lee (esto lo escribió mucho antes de 1936). Se gasta también en hablar de las repúblicas latinas, pobres tórtolas heridas al final de cada banquete. Se gasta también en matar moros (era la época de guerras en África) y en matar el tiempo». Esto de matar el tiempo es una especie de compás de espera, espera del bostezo o de la distracción, de la risa o de la ocasión de reír. Es algo así como un exilio de la moral. ¿Acaso el tiempo de exilio no es, generalmente hablando, un tiempo «matado»?

Si se me permite cierta tolerancia, diremos incluso que es también «tiempo romántico» el del exilio. Tiempo que sirve para maldecir y gemir y... «dejar de ser romántico cuando asciende a alférez» que equivale a decir: dejar de ser exiliado cuando... la ocasión de ascenso se presenta.

Atroz historia de España, atroz historia humana. Inconsecuente, tortuosa. Atroz destino del individuo que no ha logrado pasar el cabo de la animalidad trivial y primitiva.

M. C.

(Continuará.)



Nada he adivinado en este mundo, todo lo he
tenido que aprender.

GUEHENNO

VERSIONES

por DENIS

Los tres amigos

ERANSE tres amigos muy amigos, ejemplarmente amigos. Siempre lo habían compartido todo. Hasta lo que les faltaba, que rara vez se comparte, y que es lo único que tiene valor cuando se comparte. Si damos lo que nos sobra, no damos nada, aunque demos mucho. Sólo cuando damos lo que no tenemos damos algo realmente estimable. Ninguno de los tres amigos había saciado jamás su hambre, y ninguno se iba a dormir jamás antes de saber que los otros dos habían cenado. No se daban, entre sí, la mitad de lo que poseían, como otros que pasan por generosos, sino todo lo que poseían. A la boda de uno de ellos esperada por los otros dos como un acontecimiento, los otros dos no pudieron asistir. El novio llevaba la camisa de uno, su única camisa, y los zapatos del otro, sus únicos zapatos. Sólo así pudo vestirse convenientemente para un día tan señalado.

Mil veces habían hecho cosas parecidas. Sacrificar la propia alegría a la de los otros era en ellos habitual. Dar una sorpresa agradable a sus dos amigos: no había para cada uno placer más alto. Sus penas, que eran muchas, eran así más llevaderas. Sus angustias, que eran constantes, menos agobiadoras. Sus miserias, de las que nunca podían salir, más soportables.

Vivían en una aldea rodeada de montañas. Cercanas al Norte y al Sur, más lejanas al Este y al Oeste: una cuna. Consuelo de no haber tenido otra niñez. Crecieron, sin ella, y ya eran hombres robustos, que se daban al trabajo de la tierra con delicia, aunque el trabajo de la tierra no los nutría. Ningún trabajo nutre. Sólo disponen de lo necesario, y aun de lo superfluo, los que no trabajan.

Aquel año, la miseria permanente de los tres amigos se agudizó. La cosecha había sido mala. Faltaban los productos de que, aunque parcamente solían alimentarse. Eran los tiempos en que las grandes miserias del pueblo obedecían a la escasez de las cosas. Habían de llegar en otros en que, para mayor vergüenza del hombre, obedecieran a su abundancia.

Cada uno de los tres amigos se desvivía por acudir en ayuda de los otros. Con lo poco de que podía disponer. Con nada, a veces, sino con el calor de su amistad, que reanimaba como un vino generoso.

Una noche, un viejo muy viejo llegó a la aldea. Era uno de esos viejos que aparecen por las aldeas y que no se sabe quiénes son, ni de dónde vienen, ni a dónde van. Contó mil historias en la casa en que fue acogido, con esa fruición que sólo los viejos muy viejos ponen en los relatos. Todos los habitantes de la aldea fueron a escuchar al viejo que tantas cosas contaba. Era como un teatro. No, ex-

cusadme: nada semejante a un teatro. No hay teatro en el mundo comparable a una reunión de aldeanos escuchando las historias que un viejo cuenta.

Había contado el viejo, con burlas, vidas de reyes y de guerreros. ¡Si hubiérais visto quiénes eran, en su boca, Felipe II y Napoleón! Había contado, sonriendo, vidas de habitantes de las ciudades, corriendo siempre no sabía tras qué. Había contado, con lástima, vidas de ociosos y de trabajadores. Con dos géneros de lástima. Con una lástima despectiva, las de los ociosos, con una lástima empapada de emoción, las de los trabajadores. Había contado en tonos que tenían gusto de miel, vidas de hombres que saborean los caminos como si fueran frutas: era su propia vida.

Por último, como un profeta, anunció para una comarca vecina grandes desgracias. Había oro en sus montañas. El lo había descubierto, pero no había dicho nada a nadie, y ya se arrepentía de decirlo aquí. No tardarían en descubrirlo otros hombres, menos prudentes que él. En la comarca, que era pobre, empezaría una vida agitada. Se cometerían crímenes horrendos. Y luego, tras haberse enriquecido algunas personas, que ni siquiera conocerían la montaña, la comarca sería tan pobre como ahora, y mucho más desgraciada que ahora. Porque habría conocido una vida sin sentido, ruidosa, escandalosa.

Uno de los tres amigos, al que la miseria que padecían le era penosa, penosa hasta la agonía, preguntó al viejo en qué montaña había descubierto el oro. El viejo se negó a informarle. Quería que fuesen otros los que tuvieran sobre la conciencia el peso del descubrimiento. «Ya he cometido una falta —añadió— con hablar de eso. ¡Perdonádmela! No quiero ser responsable de la desgracia de nadie».

El de los tres amigos que había interrogado al viejo, habló, cuando se retiraban a sus casas, una vez que el viejo hubo terminado sus relatos, con los otros dos.

—Debemos partir en busca del oro— les dijo.

No tuvo que vencer muchas resistencias. Era tan miserable su vida, que decidieron partir al día siguiente, en cuanto amaneciera.

Partieron, al día siguiente, en cuanto amaneció, llenos de esperanza. Les sonreía, les sonreía la esperanza. Vivirían, cuando volvieran, descubiertos ya el oro, vida mejor. Descansarían del duro trabajo que no les alimentaba. Podrían comprarse, al fin, un traje cada uno, y dormir sosegados, sin la inquietud del mañana inseguro, siempre inseguro. Los dos que aun no se habían casado, podrían casarse, fundar un hogar, que no sería triste, como el del que ya estaba casado. En el

hogar de éste, ahora tan miserable, entraría también, con el oro, el contento.

Pronto llegaron a la comarca indicada por el viejo. Pero había en ella muchas montañas. ¿En cuál estaría el oro? Las recorrerían todas. No volverían a la aldea sin haber hallado lo que juzgaban la fortuna.

Habían partido llevando consigo cuanto poseían: unas pocas monedas. No había que pensar en gastarlas sino en caso extremo. Vivirían de lo que encontraran en el campo.

Escalaron una montaña, y otra, y otra: nada, siempre nada. Ni rastro del oro. Pero la esperanza seguía sonriéndoles. Tanto, que no sentían el hambre, ni la fatiga.

Dormían bajo los árboles, y muchos días no hallaban con qué alimentarse. Uno de estos días, que el hambre hizo largo, largo y sombrío, les sorprendió, al oscurecer, una tormenta. No encontraron dónde refugiarse. El más viejo, pasada la torrencial lluvia, se sintió enfermo. Tenía frío, mucho frío, frío hasta los huesos. Los otros dos se desnudaron para abrigarle. Y desnudos pasaron pasaron la noche.

Por fin, un día luminoso, luminoso, cuando ya la sonrisa de la esperanza apenas podía reanimarles, vieron refulgir el oro, a unos diez pasos de ellos. Estaba en el recodo de un barranco. Sin duda lo habían arrastrado y depositado allí las aguas invernales. Imposible descubrirlo antes, e impo-

sible descubrirlo sino por azar. Estaba a diez pasos. ¡Qué trabajo les costó dar aquellos diez pasos!

Ya están los tres amigos junto al oro, que es abundante, y, por primera vez, sus miradas no son miradas de amigos. Se miran de través, en silencio, alegres, alegres, pero sin alegría, con el corazón encogido.

El más joven parte, con las monedas que poseían, a comprar víveres al pueblo más cercano. Y vino. Celebrarán, con un banquete, el hallazgo del oro.

Cuando ya el joven ha partido, el más viejo de los tres amigos dice al otro:

—¡Si no volviera!

El otro asiente, sin palabras.

Vuelve el joven, con los víveres y el vino. Los otros dos comen y beben. El no quiere comer ni beber. Lo ha hecho ya en el pueblo, dice. Era tanta su hambre, que no ha podido esperar.

Asiste a la comida de sus amigos con aquella misma alegría sin alegría que antes han sentido los tres. Uno de sus amigos, el más viejo, el que había deseado que no volviera, con la acquiescencia del otro, concedida en una mirada, se lanza sobre él y le clava hasta el puño, en el pecho, el cuchillo con que cortaba el pan.

Sin sorpresa, en su agonía, el joven dice:

—Si lo habeis hecho por el oro, es inútil. El vino estaba envenenado.

Todo está dicho ya, pero las cosas, cada vez que
son sinceras, son nuevas.

J. MARTI

Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

ME hice, determinado por la pobreza de los instrumentos, un método de trabajo. En un cuaderno empecé un léxico. Escribí primero todas las palabras latinas encontradas en Llamond, luego las de mi libro parroquia, que la traducción me permitía comprender sin esfuerzo. Después leí veinte veces el *Pro Archia*. Cada una de estas lecturas me ofrecía, con una inteligencia más aproximada del conjunto, algunas palabras para enriquecer mi vocabulario. Pude enfin, después de haberme traducido todo el discurso en un francés un poco titubeante, declamar el texto ciceroniano. Pero ensayé en vano de penetrar en las *Bucólicas*, en las *Geórgicas* y en la *Eneida* (9). aún no comprendía demasiadas palabras.

Cada enriquecimiento de mi léxico me levantaba con una gloria múltiple. ¿Mi orgullo el más vivo no era acaso el más secreto, el más profundamente hundido en mi corazón y en mi silencio? Me felicitaba de mi doble hurto. Me hinchaba cuando pronunciaba interiormente: « Para instruirme soy capaz de un crimen ». ¿Es que no decía siempre: « De todos los crímenes...? » Me daba, muy módico, un orgullo heroico.

No se crea que mis días me pertenecían o eran del latín. Mi padre cuya vista estaba fatigada, me llevaba a la estación para verificarle las direcciones de las cartas y de los paquetes; mi madre me solicitaba algunos trabajos domésticos, me hacía hacer encargos o ir a buscar agua al pozo lejano. Una cabra servía de nodriza al pequeño León, nacido durante mi permanencia en el convento; yo era quien guardaba la cabra. Criábamos conejos a los cuales traía cada día una gran bolsa de hojas y de hierbas. Aislaba a las madres con sus pequeños para que no comiesen ciertas hojas que tienen, verdadera o falsa, la reputación de disminuir la leche. Para alimentarla únicamente con hinojo y otras plantas aromáticas, aislaba también a la primera víctima destinada a nuestra mesa. Pero, mientras guardaba la cabra, estudiaba; recogiendo hierba, recitaba declinaciones, conjugaciones, reglas gramaticales, tiradas ciceronianas; o bien intentaba traducir al latín los infantilismos de mis diálogos interiores.

Cada jueves, para pulir mi vocación, pasaba la tarde en Berre con el buen hermano Neopoldo. De allí traía uno o dos volúmenes prestados. Por supuesto, libros de edificación, pues no se podían escoger otros. Mi preferencia se inclinaba hacia los compendios de sermones. Me agradaba decla-

mar las bellas frases oratorias. Y el texto dado al principio en latín y en francés enriquecía mi léxico con algún vocablo feliz.

Mi doble pequeño robo tuvo, por cierto tiempo, una consecuencia religiosamente deplorable. No quería hacer una confesión sacrilega escondiendo mi más grueso, mi más glorioso pecado. Además, me sentía orgulloso por saber guardar un secreto. Sabiendo que mi confesión habría desencadenado una conclusión terrible: « Ya lo ves, querido niño, no es el buen Dios, sino el diablo el que quiere que aprendas latín ». Y se me habría negado la absolución hasta que hubiese restituido los libros que, para mí, eran toda mi vida. Aprendí entonces, con una malicia feliz, la necesidad de mentir cuando se está oprimido por los católicos. Decía en mi casa que hacía mis confesiones con Berre, pero el hermano Neopoldo suponía que me confesaba regularmente en mi parroquia.

Como se aproximaba Pascuas, el pecado por el cual me sentía orgulloso de verlo tan enorme disminuyó ante mis ojos, volviéndose una falta de más en más minúscula y por cierto venal. Me confesé, en efecto, ante el vicario de Berre. Confesión general para ahogar en todo mi pasado las faltas recientes. Me acusaba, sin precisar la época, de haber cometido pequeños hurtos. El confesor creyó en algún merodeo en el cual había comido, en el campo del vecino, manzanas verdes o almendrucos. Me comparó, sonriendo sin duda, al pequeño Aurelio Agustín, me dijo qué horror el gran santo sentía más tarde por esta falta, ligera en su materia, pero espantosa por su malicia. Como penitencia, me envió al hermano Neopoldo para que me prestara las *Confesiones*, de San Agustín. Luego canté más de una vez durante mi lectura, el conocido canto: « La penitencia es dulce ».

Uno más joven que yo y de familia aún más pobre, un muchacho del pueblo fue, gracias a la protección del cura, enviado al Pequeño Seminario. Veo ahora su cara redonda, más roja que rosada y tan ingenua, e iba a escribir: tan inocente; pero no llego a recordar su nombre. Su padre y su madre eran piemonteses y lo llamaré, si no os parece mal, Luigi (10). Lo que sentí, al conocer la asombrosa noticia, no fue envidia, sino indignación ante la injusticia.

— Tú bien sabes, mamá, cuán tonto es...

— No tan tonto. Seguro, no vale Jacques, pero tiene su pequeño mérito.

— Entonces, mamá, yo no digo: ¿Por qué lo han elegido a él? Digo: ¿Y por qué no me han elegido a mí también? Pues, por muy modesta que

9. — Obras de Virgilio (71-19 A. C.), poeta latino nacido en Mantua. — Trad.

10. — Luigi (Luis), en italiano, en el original. — Trad.



quieras ser para tu hijo, no dejarás de reconocer que soy superior a él en voluntad de saber y en facilidad para aprender... Mamá, mamá, voy a contarte un gran secreto : sé latín, sin maestro y casi sin libros.

¿Quiso librarse de mí o burlarse?

— Va pues — dijo — a defender ante el cura tu causa en latín.

No me lo hice repetir. Con mi vocabulario insuficiente, que hacía la composición difícil y torpe el discurso, escribí y aprendí de memoria una especie de súplica. Corrí a decírsela a mi juez, quien riendo creyó entorpecerme vergonzosamente :

— *Quis tibi fecit hanc orationem ?*

— *Ego, egomet, nemo nisi ego (11).*

El diálogo continuó. Todo lo que mi lector de breviario decía con su latín elemental, yo lo comprendía, y por mediocre que fuese mi vocabulario, era bastante para una respuesta ingenua y apasionada. El cura se cansó del juego el primero y habló en francés :

— ¡Pequeño hipócrita! Decir que te negabas a decir la misa, con el pretexto de que no comprendías este latín fácil...

— No lo comprendía aún. Luego lo aprendí.

— ¿Con quién?

— Solo.

Me trató de mentiroso. Aunque ninguno de sus libros parroquiales no eran por cierto capaces de enseñarme lo poco que sabía, se imaginó que tenía Dios sabe qué maestro misterioso.

Yo me obstinaba, asaltando su hostilidad, yendo a decirle cada día un pequeño discurso en latín, escrito y aprendido la vispera. A pesar de mi indigencia de palabras, me apliqué coquetamente a embrollar varios términos y construcciones. Pero, ya el cura sólo me respondía en francés. El, que siempre me había tuteado, se afectó tratándome de usted. Y, después de cuatro o cinco pruebas, decidió :

— Os prohibo, Jacques, de hablarme en latín. Es una estratagema que os ha inspirado el demonio del orgullo para permitirnos tutear a vuestro cura.

Levanté yo mis brazos despavoridos. Luego hice notar :

— El demonio de la injusticia es el más ingenioso de todos : inventa acusar al perro que se quiere ahogar como que tiene rabia.

— Usted quiere ser sacerdote — concluyó el amable cura —, y ni siquiera es usted católico. Usted me habla como a un igual y el catolicismo, se lo ha dicho magníficamente, es una gran escuela de respeto.

Un día se libró de mis tenaces importunidades, remitiéndome al Superior del Pequeño Seminario

11. — ¿Quién te ha fabricado este discurso?

— Yo, yo mismo, nadie más que yo.

H. R.

de Aix con una carta preparada de antemano. Y, volviendo al tuteo dijo :

— **A ver si tienes suerte, pequeño...** Eres tan desconfiado que, contrariamente a toda conveniencia, te entrego la carta abierta.

Decía en substancia que tenía buenas razones para creerse poseedor de una vocación religiosa y que en los pequeños hermanos de María, el maestro de los novicios esperaba mi retorno. Pero, inspirado por Dios o por el demonio, yo me creía llamado al sacerdocio. Solo, según yo pretendía y, en todo caso, sin que se hubiera tenido éxito en descubrirme un maestro, había aprendido algo de latín y Dios o el demonio me hacían ver en esto un signo decisivo. Y se remitía en este caso tan difícil a las luces superiores del Señor Superior, juez tan penetrante de las inteligencias y de las conciencias.

— No es muy animador — notó mi madre — ese modo de decir siempre : Dios o el demonio...

Pero yo afirmaba que se trata de una manera eclesiástica el no querer dejar pesar indiscretamente todo en la decisión del Superior.

Y fuimos mi madre y yo al Pequeño Seminario.

El Señor Superior tenía, en una cabeza tan altiva como la de mi cura, una sonrisa aún más desdenosa y más fatua. Pero sus gestos y sus actitudes poseían la flexibilidad de la humildad cristiana o de la gracia cortesana.

Con cabeceos tal vez amables o quizás maliciosos, leyó la epístola que le llevaba. Y luego dijo :

— Mi querido niño, podríamos, me parece, conversar en latín. Pero por respeto a su señora madre, hablaremos en francés. Para darme cuenta de hasta donde ha llegado vuestra ciencia autodidacta, sólo os pediré la traducción de algunos versos de Virgilio.

¿Había yo enrojecido o estaba pálido?

Un sudor frío corría por el hueco de mi espalda y confesé :

— Señor Superior, la prueba es demasiado fuerte para mí. No he llegado nada más que a comprender la prosa.

— ¿Y por qué cree usted que son los versos más difíciles que la prosa?... Pero, ya que esto os place, limitémonos a la prosa.

Se encaminó hacia una gran biblioteca, tomó un libro, lo abrió en una página marcada con un signo y, mostrándome el comienzo de la línea dijo :

— Lea bajo y despacio todo el texto y tome todo el tiempo que le sea necesario antes de traducir al francés.

El hombre orgulloso me lanzaba fieramente en medio de los *Anales*, de Tácito. Pronto me di cuenta de que me hundía en el seno de espesas tinieblas.

HAN RYNER

(Continuara)

POETAS DE AYER Y DE HOY

España aguardo

¡Ay! Dijo y, sonrojada,
se tiró al suelo, desnuda...
Desnuda y desvirginizada

Las cosas que hablan en la altura declinante
son cosas que se palpan
con el ombligo,
con la yema de los dedos de estas entrañas.

España está empañada
como el vaso de vino que bebió un loco anonadado
porque no tenía palabras.

El cielo es raro, es caro, es un avaro
que se da, con cielo y todo,
a aquél que va y lo mide con su vara.

Y luego, que hagan ademanes pretenciosos
los que dentro componen
algunas pretensiones desdentadas.

Cortadle la lengua a ese paisaje
que estrangularon los secuaces
de una oscuridad desmantelada

Secadle las lágrimas
al rostro que aplastaron torvamente,
— harrisono grito : ¡viva! —
los falangistas, en las esquinas manirrota
de todas nuestras barriadas.

Y si el fénix de lo ignoto
eructa su muerte de algún modo,
preguntadle a lo incógnito
por el beso ensangrentado de esa pobre cortesana...

**

Yo aguardo.
Tú lloras.
Ella nos aguarda.
Sí, inexorablemente, como un puente
que se tiende a lo remoto;
como un paso que se da tras la distancia;

como una luna prendida
en la rendija de las barracas.

¡Oh, paisaje mortecino!
Turbio paisaje de claridades extrañas.
Corredor lleno de sombras
con trapos que espantan.

Si vuelves a por ti, mira luego
qué queda en el hueco de tu pisada.
Calla si es silencio ensangrentado.
Si es sangre sin palabras, calla.

El sueño ya no oculta su pretensión nefanda.
Porque hay gestas que endurecen
la morbidez de la carne lacerada.
La tarde se inclinó en tu presagio cautivo
con olvido de manta.

Si ese viento, si esa ilusión,
si ese ramalazo de cosa desahuciada
pretende echar borrón, la cuenta nueva será
la cuenta que tienen los arcángeles por alas.
Todos estamos al dedillo de lo que un paso anó-
[nimo
dejó estampado en las caderas de España.

Yo quiero aprisa.
Tú despacio aguardas;
pero siempre muda su fuerza lo que la fuerza muda,
empero, como una muestra de verdad trasnochada.

En su espectral movimiento
el hermetismo de aquel trueno
adquirió resonancia.

Y el alquimista inefable,
rico de dones y gracias,
oía tu voz soñadora, de nostálgica chicharra,
preguntando por el talle delicado
de una muerta delicada :
¡de mi España!

Abarrátegui

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

« C E N I T » OFRECE A SUS LECTORES LOS LIBROS SIGUIENTES

- | | |
|--|-----------|
| 1. Las alegrías del destierro, Malato | 4,00 frs. |
| 2. El alma de los lirios, V. Vila | 6,00 » |
| 3. La alegría de vivir, E. Zola | 2,50 » |
| 4. La amargura de la Patagonia, R. Darío | 7,50 » |
| 5. Las amistades de Mirón, E. Regis | 4,50 » |
| 6. Amor e ironía, Yutang | 7,00 » |
| 7. El amor y la amistad, Antología | 6,00 » |
| 8. Adela y Matilde, C.D.R.S. | 2,00 » |
| 9. El amor y el señor Lewisham, Wells | 3,00 » |
| 10. Los ángeles negros, Mauriac | 5,00 » |
| 11. Año tras año, A. López | 15,00 » |
| 12. Aurora espléndida, J. Londón | 3,50 » |
| 13. Las bases físicas de la personalidad, Mottban. | 3,00 » |
| 14. La bestia estelar, A. Clarke | 2,00 » |
| 15. Búsqueda en la noche, A. Esteve | 3,00 » |
| 16. La campana de Nagasaki, Takashi | 3,00 » |
| 17. Carne y espíritu, Meersch | 5,00 » |
| 18. La carreta, Traven | 5,00 » |
| 19. Carta sobre existencialismo, J. Salas | 4,00 » |
| 20. Cartas de prisión, E. Toller | 4,00 » |
| 21. Celos, Zweig | 5,00 » |
| 22. Teatro, Cervantes | 5,00 » |
| 23. El cielo y tú, R. Field | 4,50 » |
| 24. Ciencia y conciencia, Le Danctec | 6,00 » |
| 25. Ciencia y filosofía, Antología | 6,00 » |

15 % de descuento a los que hagan mención del número de CENIT que publica el libro solicitado.



Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)

CENIT

sociología
ciencia — literatura



Jacques Duboin: El socialismo. — M. Nettlau: Raíces primitivas de la idea anarquista en el pensamiento libre de la antigüedad de Oriente y Occidente. — Angel Samblancat: El sifón sinfónico y chacalismo. — Federica Montseny: Amor de amar. — El niño bombón y la madre Ira. — F. Ocaña: La voluntad libertaria. — Fabián Moro: Discurso del hombre libre. — Dos conferencias de Muñoz Congost en Casablanca. — Ramón Liarte: Joaquín Costa el hombre creador. — Cosme Paules: Portugal, hoy. — M. Celma: El universo de Alaiz. — Denis: El Banquero. — Han Ryner: Colgando los hábitos (folletón).



4P5523
157

MARZO - ABRIL 1964

REVISTA MENSUAL
PRECIO: 1,20 F.

NUESTRA PORTADA

JOSEPH ISHILL Y ROSA FREEMAN

El movimiento libertario español, el anarquismo internacional y las corrientes evolutivas en general, le deben mucho a Joseph Ishill, compañero de origen israelita, radicado desde hace muchos años en Estados Unidos y que ha sido uno de los que, con más interés y paciencia, han trabajado en la conservación y divulgación de cuanto ha producido el pensamiento libre en el mundo.

Max Nettlau presentó ya a Ishill a los anarquistas españoles, hace más de treinta años, en un artículo dedicado a su obra y publicado en «La Revista Blanca». Hoy Ishill cuenta ya 76. Pero, como un roble viejo siempre enhiesto, no ha cesado ni cesa de laborar por las ideas y de engrandecer la colección y la editorial creadas y cada año ampliadas con nuevas obras.

Su compañera, la poetisa y traductora Rosa Freeman, le ha ayudado en su ciclopea tarea a lo largo de una existencia común ejemplar y fecunda.

CENIT se honra reproduciendo esta foto, — una de las últimas de la pareja Ishill-Freeman—. En el número próximo, uno de nuestros estimados colaboradores, Wladimiro Muñoz, publicará la traducción del importante estudio de Marian Courtney Brown, dedicado a la obra de Ishill, sus ediciones de la Prensa de la Oropéndola.

Ishill, como editor y como coleccionador ha rendido inestimables servicios al anarquismo mundial, siendo uno de sus más activos e inteligentes divulgadores. Tipógrafo de profesión, ha hecho verdaderas obras de arte en la impresión de los libros publicados por la Prensa de la Oropéndola. Gracias a sus ediciones, Godwin, Havelock Ellis, Rabindranath Tagore, Bertrand Russell, Thoreau, Walt Whitman, Emma Goldman, Stefan Zweig, entre muchísimos más, han encontrado el intérprete ideal, que no se ha limitado a una impresión banal de sus creaciones, si no que les ha insuflado nueva vida.

Deseamos a Joseph y Rosa Ishill muchos años más de existencia proba y útil, enriqueciendo el acervo del pensamiento universal y las ideas con su labor silenciosa y admirable.

Hoy el nombre de Ishill, en Norteamérica es un símbolo y un ejemplo. Debe serlo para todos en todo el mundo.

FE DE ERRATAS.

En la portada del número 156 se cometió un error inexplicable, del que la redacción de la revista da sus excusas. Los mismos quedan rectificadas en ésta como sigue:

Allí donde dice: «8 de enero de 1934» debe decir «8 de enero de 1933». Y unas líneas más abajo donde dice «a penas un año antes», queda suprimido.

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)



CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIV

Toulouse, Mar.-Abril 1964

Nº 157

El Socialismo

El socialismo, en cuanto se le despoja de todo el aparato de que se le disfraza, exige, sin ninguna disputa, la igualdad económica de todos los hombres. Es posible que eso os sorprenda, pero no hay que confundir el socialismo y los socialistas de rótulo. Algunos supuestos teóricos del socialismo llegan hasta aceptar la conservación de la propiedad privada de los medios de producción; podemos, pues, preguntarnos lo que reclamarían si fueran individualistas. Hay que decirles, puesto que lo ignoran, que como el socialismo exige la IGUALDAD de las rentas, no se podría realizar esta igualdad si se mantiene la apropiación individual de los medios de producción, que dan origen inevitablemente a la desigualdad de las rentas.

Un régimen socialista no puede concebir la producción de otro modo que como una función social asumida por la colectividad, de manera que le permita distribuir rentas iguales con las cuales cada uno se procurará su parte social. Así comprendido, el socialismo se opone al capitalismo, régimen en el cual uno se apropia los medios de producción y, como consecuencia, el trabajo de un ser humano. O el socialismo pone fin a la explotación del hombre por el hombre, o el socialismo no es más que una caricatura del capitalismo, y llega a ser una palabra vacía de sentido. Querer limitarla a intentar establecer la igualdad de todos a la salida es, hablando en rigor, hacerlo absolutamente ridículo. ¿La igualdad de todos los hombres a la salida? ¿Cómo llegar a ella sin igualar las inteligencias, las fuerzas, las aptitudes, las voluntades, los gustos, etc.? Pretender hacer desaparecer esas desigualdades naturales que están fuera de nuestro alcance, y mantener cuidadosamente las desigualdades sociales, que todas ellas son de nuestra incumbencia ¿no es desacreditar a la vez el socialismo y sus fundadores?

He explicado en mi libro «Libération» que la mayor parte de doctrinarios, no habiendo podido concebir el socialismo sino en la RAREZA, puesto que la ciencia no había llegado aún a vencerla, habían edificado sus sistemas sobre el cambio, tratando de hacerlo tan equitativo como fuera posi-

ble. No volveré, pues, sobre los trabajos de Saint-Simon, de Owen, de Fourier, de Grachus Babeuf, ni de los que vieron más tarde la luz con Carlos Marx y su escuela. Traigo a la memoria solamente que Saint-Simon (1760-1825) emprendió el proceso de la propiedad privada y quería suprimir la herencia. Su fórmula: A CADA UNO SEGUN SUS OBRAS no es sin embargo más que una variante de: A CADA UNO SEGUN SU TRABAJO. No determina si se trata del resultado del trabajo o del esfuerzo que se ha hecho trabajando. La distinción es importante, porque si cada uno debe tener estrictamente derecho sino al equivalente de lo que vale, en el mercado, el producto de su trabajo, se persiste en pleno régimen cambista, puesto que las cosas, hoy, pasan teóricamente así para todos los que no poseen nada; ¿no es cierto?

Proudhon (1809-1865) ha ido mucho más lejos recogiendo la herencia de la Revolución. Vuelve a tomar la idea de justicia—es decir, de igualdad—para mostrar que es la base de toda sociedad.

Muy juiciosamente recuerda que es imposible separar la justicia de la igualdad como lo proclamaba la vieja definición de la justicia: *Justum aequale est, injustum inaequale.*

Jacques DUBOIN



Raíces primitivas de la idea anarquista en el pensamiento libre de la antigüedad de Oriente y Occidente

S E sabe ya que un ex pastor protestante holandés, uno de los veteranos antimilitaristas libertarios más activos, B. de Ligt, se dedicó afanosamente a la más amplia investigación de carácter histórico sobre la lucha contra la guerra, y en general a estudiar la no resistencia consciente como medio de confrontar el mal invasor en los pueblos a partir del origen de la actividad intelectual tal como lo conocemos. En lo que respecta a la edición francesa de aquellos trabajos se cuenta actualmente con los volúmenes: « La Paix créatrice », « Histoire des Principes et des Tactiques de l'action directe contre la Guerre » (Paris 1924, 536 páginas). Estas obras estudian el origen de aquella oposición y de sus manifestaciones inspiradas en motivos estrictamente religiosos. En otros dos volúmenes tratará el autor de la oposición por motivos religiosos de tendencia humanitaria y universal y por motivos sociales universalmente humanos. Es lástima que no podamos tener a la vista la totalidad de los cuatro volúmenes, ya que me parece difícil distinguir aquellos motivos divididos en categorías, y sobre todo separar lo que es « estrictamente religioso » de los restantes motivos. Cuando se enuncia un aidea generosa obedeciendo a un sentimiento « estrictamente religioso », la idea está impulsada, aun sin darse cuenta quien la emite, por las tendencias humanitarias y sociales contenidas en ella. Sin aquel principio activo se crearía una divinidad cruel, una de esas divinidades que siembran la muerte y se ven exaltadas y glorificadas por las guerras. Hemos de reconocer que la razón humana primitiva produjo ciertos vaivenes y se adjudicó la generosidad a la ficción de la divinidad, formulándose el precepto normativo de ser generoso como si aquel precepto procediera de lo alto, de la divinidad creada por los hombres. Se trata en el libro en cuestión de las ficciones de fundadores de la religión; después, de los que formularon sistemas filosóficos muy imbuídos de la idea de la razón y del amor puros, abstractos, no de sentimientos humanos, sociales, honestos, buenos, adquiridos gracias a ciertas condiciones propicias.

Asistimos al despertar del razonamiento individual independiente, del razonamiento ético social y solidario, flores nuevas que nacen en los viejos solares del despotismo ensangrentados por la guerra, empapados de sangre de víctimas, hombres y animales aplastados por la violencia y por la rutina de los rezagados, de los que no alcanzan desarrollo dominados por el instinto propio de obediencia. Los que se libentan de estos prejuicios profesan un conjunto de vida libre y nueva en la que oponerse a la guerra era sólo uno de los

factores componentes. Frecuentemente son anarquistas completos que rechazan al mismo tiempo la autoridad terrestre y la autoridad divina, no reconociendo más que el propio razonamiento sobre el bien y el mal así como la línea de la propia conducta. Se trata de la forma primitiva que tiene la **anarquía consciente directa**. Si ésta no se generalizó a causa de la ignorancia y de la tiranía que dominan generalmente, fue inseparable de la mentalidad de todos los hombres independientes en cuanto eran también desinteresados y generosos. Siendo inteligentes a la vez que ambiciosos y concupiscentes, sólo quisieron ocupar por sí mismos el lugar de los tiranos, constituyéndose en refinados autoritarios y ganando gradualmente posiciones de mando.

Para los hombres generosos, la anarquía era inseparable del pensamiento independiente y libre. Sin que ellos se dieran cuenta, nunca dejó aquella de serlo. No se puede ser libre si no se es generoso. Todo cuando pueda llamarse obra bien hecha fue producto de una labor de hombres libres y generosos. Sin ellos, el medio social vuelve a una edad de ignorancia, penuria, primitivismo, bajeza, insignificancia, retroceso y decadencia. La anarquía es un factor tan esencial como el aire que se respira.

La cerrazón de la autoridad y la frecuencia de las guerras dependen en gran parte de las mismas condiciones que permiten a los pueblos vivir en relativa seguridad y también en el estado de descentralización que supone la familia, mientras que la inseguridad mantiene a los pueblos en grandes aglomeraciones de tribus dirigidas por los jefes. La gran diferencia que hay entre el Japón y China es que el primero constituye un pueblo de tribus y la segunda un pueblo de familias. Estas viven en paz e igualdad, se asocian para atender al trabajo común con objeto de mejorar la tierra y se entregan a las artes pacíficas los « grandes grupos de estas familias autónomas y organizadas libremente con el fin de defender intereses especiales... » « El poder del Estado queda reducido a la mínima expresión, mientras el principio de asociación evoluciona hacia el maximum ». « La confianza en la sociabilidad humana fue tan grande que se convirtió en base de la vida política y económica... » « La vida social de centenares de millones de hombres llega a ser tan solidaria y la tradicional organización libre tan profundamente viva en el espíritu de las masas, que la superestructura política del gobierno central puede incluso desaparecer sin que la sociedad se vea minada en sus fundamentos ». Quiere esto decir que las invasiones y las guerras civiles, antes y hoy, pasan como temporales locales. La vida del pueblo que transcurre lejos de la superestructura estatal no padece

ce, pues, salvo localmente, como ocurre cuando hay catástrofes, inundaciones, etc.

En el libro titulado «Primavera y Otoño» se pinta a Kong Tseu, el Confucio del siglo VI antes de la Era cristiana discutiendo las tres fases de la humanidad-caos, guerra y Estados —la paz evolutiva— la paz definitiva y el período de equidad. Refiriéndose a este tercer período, a cuando «la tierra toda es una sola unidad y la personalidad del hombre llega al mayor grado de desarrollo». «El mundo no será más que una sola República humana», etc. «Todo sistema social tenderá a transformar el sentimiento egoísta en altruista...» «No habrá clases, ni propiedad privada, ni herencia; el hombre y la mujer no estarán unidos por lazos externos de matrimonio, de la misma manera que no existirá la diferencia entre padres e hijos, ni entre hermanos mayores y menores o herederos y segundones. La vida social comprenderá toda la tierra; cada individuo será una persona económica y la primera atención será para el consumo y la distribución equitativa de la riqueza común. No habrá estado nacional, y por consiguiente tampoco se requerirá defensa armada ni soldados. No habrá soberanos, porque el hombre se habrá convertido en soberano de sí mismo». Se resumió el conjunto de períodos y sobre todo el último como período de orden perfecto y paz universal. **Ateísmo** («un estado moral e intelectual en el que no se siente deseo de ningún dios») y **Anarquía** («por el cual se eleva el hombre más allá de toda coacción social hacia la organización libre realizada de buen grado por los hombres en los que las necesidades de orden individual penetraron hasta en la zona del subconsciente»). No podemos menos de recordar que estos conceptos corresponden exactamente al Federalismo (la humanidad pacífica que vive en grupos federados), al antiteologismo (libertad del espíritu de las ficciones religiosas que lo inmovilizaban) y socialismo de Bakunin en 1867, 2.400 años después de Confucio. No podemos menos de recordar que aquellos conceptos equivalen a Anarquía, Ateísmo y Colectivismo de la Internacional en Italia y España. Coincidencia inevitable puesto que por doquier el espíritu libre llega a romper estas cuatro cadenas: Estado, Religión, Monopolio y Privilegio. Tan sólo los espíritus rezagados contuvieron el impulso apenas empezaron a desarrollarse, reduciendo sus aspiraciones a un Estado idealizado, una Religión que pretende ser mejor (reformas, deísmos, etc.), y un monopolio confiado al Estado (Estado socialista).

En el siglo VI anterior a la Era cristiana eran contemporáneos: Confucio y Lao Tseu (anarquista éste contemplativo) en China; el que se llama Bhuda en la India; profetas bastante desarrollados socialmente como Ezequiel y Jeremías entre los judíos; Esquilo y Pitágoras en Grecia. Desconocemos los lazos de unión que hubiera entre ellos, pero a través de todas las latitudes de la antigüedad a través de Grecia, Roma, China; un intercambio intelectual paralelo al comercio de mercancías, a la influencia mutua en arte, técnica, etc. Poco se sabía algún tiempo atrás acerca de la

expedición de Alejandro de Macedonia a las Indias o del viaje de Marco Polo a la China. Hoy se cuentan por miles los hechos que explican aquellos acontecimientos, que en parte se debieron al cambio de clima en Asia central, lo que describió Kropotkin como la sequía de Eur-Asia.

Siglos más tarde, antes del cristianismo, se dio en el pueblo judío una oposición social muy destacada... «Fue especialmente en el campo donde persistieron los antiguos conceptos antigubernamentales igualitarios y socialistas de Israel (país, territorio) con la mayor indignación de los representantes de la religión oficial... Incluso apareció una literatura religiosa de tendencias netamente revolucionarias, elaborándose con pasión desbordante la pintura del antagonismo entre los pobres buenos y los ricos malos... Los oráculos sibilinos judíos predijeron un tiempo en que la tierra será común a todos, sin murallas ni fronteras, sin pobres ni ricos, tiranos ni esclavos... La parte más social de tendencia netamente anarquista que se definió como **mesianismo sin Mesías**. En la sociedad verdaderamente humana los hombres sólo son responsables ante la divinidad».

En este concepto reside el límite de afirmación de los anarquistas religiosos. Rechazan éstos la autoridad pública, rechazan prescripciones y leyes, rechazan a los clérigos y los santos como intérpretes e intermediarios, incluyendo en el repudio a Cristo, pero se llaman a sí mismos responsables ante la divinidad, que consideran según su propio raciocinio o bien según lo que enseña el grupo, la secta o el jefe espiritual de ésta. Los chinos se elevaron a la altura de trazarse ellos mismos su línea de conducta mediante la facultad de hacerlo, inherente a la naturaleza humana; pero a lo largo de los siglos, hasta el XVIII, el verdadero pensamiento libre no se mostró más que raramente, en los individuos sobre todo; poco, casi nada en las sectas más activas, que se apoyaban casi siempre en un concepto de la divinidad o de la naturaleza que constituía el deber y la ley para ellas. Lo que haya habido de excepción se hallará en la «Historia del Ateísmo» (en alemán, publicada en 1922) de Fritz Mauthner, amigo de Gustav Landauer. Los hombres de la Enciclopedia francesa acabaron con las nuevas divinidades que reinaban y se cerró la historia de las sectas como factores progresivos. Las sectas se renovaron en el siglo XIX y aún se renuevan en el actual, adquiriendo formas múltiples, siendo cada día más como lugares propicios para los precursores y preparadores de la nueva reacción que nos invadió. Hemos visto cómo la hermana de Nietzsche hacía reverencias ante las potencias triunfantes de la hora reaccionaria; hemos visto cómo Rabindranath Tagore fue a parar, ingenuamente según Tagore, a manos de Mussolini. De la misma manera, el conde de Keyserling, a quien no he seguido en detalle, me pareció siempre que mariposeaba dando vueltas alrededor de los nuevos ídolos.

Keyserling hablaba en España de las **masas animales** (véase la revista «Tiempos Nuevos») pero los pensadores de la antigüedad nos dejaron

el testimonio emocionante de solidaridad con todos los vivientes, exigiendo respeto para los animales. Además de los chinos y de los indios vemos cómo los budistas, los órficos (griegos que experimentaban influencia de Babilonia e influencia iraníana) reconocieron la koinonia (parentesco de todos los seres). De ahí su simpatía por los animales, habiendo sido domesticados incluso los más salvajes por la música de Orfeo...

Pitágoras de Samos y sus numerosos adherentes cuyos grupos formaban lo que se llamó Internacional en Occidente, reconocían la koinonia o syngenaia entre todos los seres, «el parentesco entre todo lo que vive...» «Consideraban que los pájaros eran sus hermanos y hermanas». Dikaiarchos (de Mesina, siglo IV antes de J.C.) y Apolonio de Tynna (siglo primero de J.C.) fueron muy amigos de los animales y según la leyenda que se refiere a Apolonio, entendía éste el lenguaje de los pájaros. Empedocles de Agrigento, sobre cuya personalidad escribió Romain Rolland en 1918, «Empédocle d'Agrigente et l'Age de la Haine» adoptó este lema: *Me kteinein empsychon*. («No matar a ningún ser vivo, sea el que sea»). Para este autor como para Pitágoras, existe la *agraphos nómos* (ley no escrita), norma de la naturaleza a la que obedecen espontáneamente hombres y animales. «Algunos sofistas (es decir, pensadores independientes y críticos) oponían el orden cósmico y el comercio pacífico de animales de igual especie entre ellos a la indigna pasión de los hombres por la guerra».

Decía el sofista Alcimedias: «La divinidad dejó en libertad a los hombres y la naturaleza no hizo a nadie esclavos», concepto que se anticipó en dos mil años al famoso «Nature n'a fait ni serviteur ni maître», de Diderot... «Dignidad personal, respeto a sí mismo, libertad humana derivándose de la naturaleza para todos los pueblos, la razón universal cuya luz hace que se fundan los dioses de la misma manera que el sol funde la nieve»... he aquí el centro de las doctrinas de Antifón, un anarquista cuyas obras se hallaron en fragmentos en papiros egipcios hace unas decenas de años y sobre lo que escribió un pequeño volumen el ruso Osip Lurié.

El iniciador de la doctrina de los maniqueos fue Mani, decapitado en 275 por mandato de la autoridad persa después de ser desollado vivo. Los maniqueos fueron perseguidos y exterminados por doquier como Mani. Tenían unas normas éticas cuyo texto pudo hallarse a principios del siglo presente entre las arenas del Turquestán chino. En tales normas se dice «que no es permitido matar ni ofender a las siguientes categorías de seres vivos: hombres, cuadrúpedos, todo ser que vuela, todo el que nada y el que se arrastra por tierra», y podemos consignar que los *cathares* de la Edad Media «rechazaban la autoridad política y el sermón, condenaban al tribunal y también se alzaban contra los castigos de la época, como contra toda violencia, muerte de hombres o animales y uso de carne y alcohol». De esta especie de creencia eran los albigenses, «que consideraban a los gobiernos como representantes del diablo». El Papa predicó

una cruzada contra ellos en 1209. A la cruzada acudió la flor de la caballería, que tomó por asalto Béziers, pasando a cuchillo a más de sesenta mil habitantes el día 22 de julio. Los cruzados saquearon aquella ciudad y la incendiaron (E.U. li. IV, 158)...

A medida que van corriendo los siglos, son más raros los amigos de los animales. Valentín Weigel (1533-1588) fue un místico alemán que afirmó estos conceptos: «En el mundo perfecto no habrá propiedad privada; no se tendrá dominio sobre los animales ni se les privará de libertad; no se emplearán trampas para apoderarse de los pájaros y de los peces, contra el derecho de Natura». Lo mismo que dijo el poeta romano Tibulo, refiriéndose a la edad dorada de que incluso se desconocía entonces la caza y la pesca; que «a nadie se le hubiera ocurrido apoderarse de los animales para domesticarlos; que todos los animales que pueblan el universo gozaban de la más absoluta libertad; que no había esclavos y que los humanos vivían en común como iguales.»

Por lo que respecta a los pájaros, hay que tener en cuenta que en Europa fueron exterminados casi por completo, reducidos a menos del 10 por 100. Hasta el siglo XVIII se cazaba a los pájaros para la mesa en las cercanías de pueblos, ciudades y castillos. Por medio de los hilos se llenaban toneles de pájaros, lo que, unido a otras causas, acabó produciendo una disminución inmensa. Por ello escasean, sobre todo desde el siglo pasado.

Para los peces de agua dulce había grandes estanques inmediatos a los castillos o conventos, y se pescaban para proveer las mesas en época de ayuno. Tales estanques han desaparecido casi por completo. La pesca de agua salada apenas se manejaba comercialmente, porque era imposible su transporte hacia el interior, como lo fue posteriormente con la mecanización del tránsito.

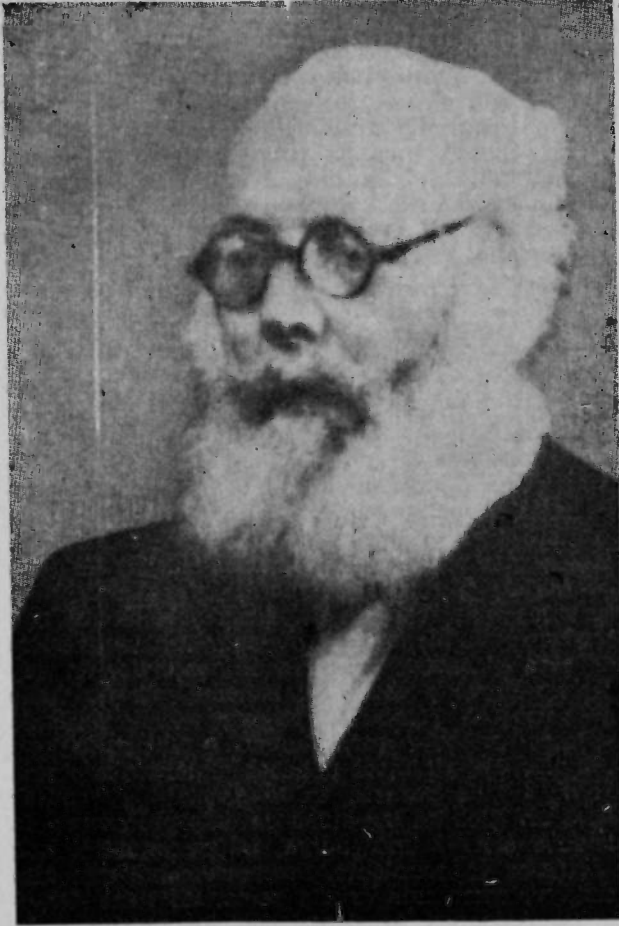
Aún durante el siglo XVII sostuvieron algunas sectas inglesas que «es injusto guerrear y hasta matar a cualquier ser vivo, sea hombre o no, para satisfacer sus intereses». En Holanda vivían hombres de ideas independientes, aunque diversas en unos y otros, usando entre ellos la mayor tolerancia en sus comunidades llamadas colegios (*los Collegianten*). Como contraste con la gula conventual, aquellos hombres independientes, en consideración a sus principios, practicaban con frecuencia la vida vegetariana. De estos medios inconformistas salieron muchas veces las figuras que hicieron oposición política y social y a las que no pudo reducir la persecución. Así, unos de los primeros socialistas del siglo XVII, Pletter Vorneliszoon Plockboy, cuyas ideas influyeron sobre John Bellers, que, a su vez, fue descubierto por Robert Owen y tuvo cierta influencia sobre este último.

Cuanto más se profundiza en la filiación de las ideas sociales desinteresadas, mejor se ve que los precursores pertenecen a lo mejor de su tiempo. Fueron seres capaces de vivir con independencia intelectual, capaces de pensar y hacer con valor moral y físico; capaces también de ver con claridad y obrar con desinterés. Esto hizo sagrada y viva

su idea, y la idea se sostuvo a pesar de las represiones.

Tan bellas ideas se apoyaban en la tradición de la *edad dorada*, difundida universalmente entonces. El *cielo* de las religiones sucesivas se deriva del concepto atribuido a la *edad dorada*. Los clérigos situaron astutamente el cielo en lugar de la tradición popular de la *edad dorada* para hacer prevalecer su oficio de intermediarios entre el pueblo y la divinidad.

Se pensó que la *edad dorada* coincidió con una



vida más dulce del mundo antes de sobrevivir el último período glacial. En tal caso, se trataría de una tradición mucho más vieja que la del diluvio, ya que se llega a fijar la época de aquella inundación en Mesopotamia en tiempos no muy lejanos. Sea como sea, la tradición de una *edad dorada* existió y se mantuvo popularmente mientras los hombres se contemplaban a sí mismos menos libres cada día. La insistencia religiosa en propagar la creencia en el cielo demuestra lo arraigada que estaba en el espíritu de los pueblos la creencia en la *edad dorada* como felicidad pasada, como paraíso perdido... Y he aquí que nos acercamos lo más posible a la raíz del socialismo popular, el cual fue en sus comienzos un **bello socialismo integral, libertario.**

El mismo Ovidio, poeta refinado de la corte imperial romana, describió la edad de oro con estas palabras:

**Aurea prima nata est ætas, quæ vindice nullo
sponte sua, sine lege fidem rectumque colebat.
Poena metusque aberant nec verba minantia fixo
are legeban tur, nec suplex turba timebat
iudicis ora sui, sed errant sine vindice toti...
Nondum præcipites cingebant oppida fossæ, etc.**

(1)

(1) «Nació la *edad dorada* como la primera edad que practicaba sin coacción y sin ley, por voluntad propia, la buena fe y la rectitud. No existía el castigo ni el miedo, no se leían expresiones amenazadoras sobre los bronces públicos (prohibiciones legales). No había multitud suplicante que esperara con temor las palabras del juez. Todos vivían sin juez... Todavía no estaban rodeadas las ciudades de profundos fosos, etc.»

Los pensadores abandonaron el culto de las divinidades ficticias que reinaban en su tiempo, culto que procedía de tiempo más alejado y era explotado por la casta sacerdotal. Aquellos pensadores no tardaron en comprender la unidad y la universalidad de la Naturaleza, si bien, como se recuerda en un pasaje anterior, dieron a la Naturaleza nombre de divinidad, lo que fue mal comprendido por las mentes rezagadas, y perpetuó la terminología religiosa, sucediendo a aquel estado de relativa novedad la inmovilidad y la fe, con lo que quedó estancado el progresivo deseo de investigar. Así pues, la iniciación fue realista, progresiva y libertaria. Siguió frecuentemente la fantasía mística, la inmovilidad, la autoridad de la tradición.

M. Nettlau
(Continuará)

CONOZCAMOS

EL SIFON SINFONICO

UN evadido de los paraísos de soda de Tío Sam, me pinta un paisaje de las delicias del país, en que a fuerza de bandadas le hacer ver a una momia las estrellas, que trueca la parte superior del pepino con que discurro, en otro cuadro célebre: el de «Las lanzas», de Velázquez, con cada vello como una alabarda. Ahí van algunos de los brochazos con que mi interlocutor ha deshecho las pompas de jabón, que el sidralismo se entretiene en inflar con una pajita, en vez de emplear más útilmente la leña marca «Conejo» en el decaeraje de la propia faz nazarena.

Las caimanas. — Las federalas de nuevo cuño —¡ojo con doblar la o de esa palabra!— prefieren tirar los hijos al **bidet**, que criarlos mártirmente. Hay doce veces más abortos, provocados por punciones asesinas, que nacimientos regulares. Los que de éstos no se frustran, se debe a que la especulación femenil en materia de destripes y preñeces, cada día es más judaica. Hay mujer, que un año sí y otro también, cambia de marido. No es mucho. Abundan las que lo hacen cada noche. Las pensiones que cobran esas malabaristas, por cada retoño que han de regar en viudedad, no bajan de treinta dólares por semana. Este censo va a cargo del rabasaire, primer vendimiador supuesto de la viña de la señora. La que logra encabestrar a un Midas, se asegura con el divorcio medios para pagarse uno o múltiples caprichos. Al hogar se le están raudamente helando las cenizas en la Unión. No hay vacas lecheras (amas de cría) no aftosas, mandilonas de cocina y burras de con todo cargar (mucamsa). El lavaje, el barrido, el planchado se hacen mecánicamente. Camisa a la que se desprende un botón, se tira. Nadie suda dos veces un par de calcetines. Se chapa en latas de conserva toda suerte de ranchazos y de guisos. Las viviendas se hacen ya sin comedor y sin hogaril. Una pajera para revolcarse y ¡al avío! Se resopa y se sopa sobre la mesilla de noche. La blonda walkiria de cabellos color Tilsen, saluda a su hermano en desgracia, el páldo Apolo de las evacuaciones de urgencia.

La cruda.—En Chicago, en Cléveland, en Pittsburg, van de noche camiones por las calles recogiendo borrachos, caídos en mitad del arroyo como talegos. Los recolectan a racimos. Los dos tercios de los fardos son mujeres. Se amontona ese bacalao en los vehículos como sacos de patatas. Y se le descarga en la cárcel. Allí acoge a los bienvenidos en los brazos amorosos, un departamento con suelo de tela metálica, por debajo de la cual discurre cantando «Marsellesas» un río

democrático. Sobre la escarola del alambre y el rizo del agua, puede la canaria beoda alabar a Dios, vomitando a tutiplén. Y, sobre todo, duerme más fresca que un ministro de nuestra República en el exilio. Cuando se disipa la jumerera, se sangra los bolsillos con multas, susceptibles de ser abonadas a plazos. No es raro oír a una muchacha, que despertó en el lecho de ortigas con carraspera de haber visto al lobo: «Anoche me remojé con veinticuatro whiskys y treinta y seis cervezas. Me reventaba ya un «Misisipipi» por cada ojo. Hay que endiñarle cordón por todas las gárgolas a la perra vida.» Matrimonios jóvenes, de temporada y con tiro de recambio, van a la cantina a rezar sus horas, en campechana campaña. Dejan la cuna del bebé —cuando lo hay— en la puerta del establecimiento y se abren las velaciones, digo, las libaciones. Al poco rato, todas las parejas andan revueltas y trenzadas, dando vivas a Truman. Pero, no hay esposa que conozca a su esposo, ni marido que no tenga los cuernos enredados con los de otro antilope. Un pistolo escribía recién, desde Alaska, a su compadre: «En los alrededores del barrancamento en que me alojo, despachan alegría en gotas setenta y seis tabernas. Precio mínimo de la consumición: el dolor de un dólar. Novias tampoco faltan. Nos envía ese pasto a vagones nuestro providencial Gobierno. Todo lo que vuelcan comisarias y hospitales, con costuras en el rostro, se factura para el Yukón. Las tiñas que infectan la sangre, se secan con estos frios. De **money orders**, bien. Con **bank notes** y la cara placada de escama de cocodrilo, no hay paño de flores y patriótico pendón, que no vuele por la cabeza». Hasta hay maestra —más rejillada que esos trapos— que, cuando se dirige en un Ford a la High School a hacer el loro desde una percha, ha de pararse en la Avenida a vomitar contra un tilo. En las aulas de esas profesoras, la lección suele ser una juerga. La mesa, desde que se derrama conocimiento, descansa sobre una alta tarima y, como una criada sucia, no tiene delantal. La pedagoga se sienta con los muslos a la jineta y las faldas poco menos que a la cintura. Alumnos y alumnas, de dieciocho a veinte años, le pueden contar al ratón que asoma entre randas y puntillas los pelos del bigote.

Los tenebrosos.—En los Angeles, se cometen de mil a mil quinientos delitos semanales. Los atraídos van a la cabeza de ese florero. Las violencias sobre la sierva del macho, no se registran siquiera, como no vayan acompañadas de horrible charcutería. Las impúberes, arrastradas por la fuerza al interior de un coche, o previa estupefacción alcohólica, sacadas al campo, violadas y abandonadas a la salvajina con la entraña hecha torta, no se pueden contar. Como esas fechorías las perpetran los señoritos o burgueses, sólo de higos a brevas se descubren los autores. Las fiestas de la

A SAMBLANCAT

victoria sobre el Japón, celebrólas la flota en San Francisco, saltando, enloquecidos, los marinos a tierra, saqueando bodegas y bares y desnudando a zarpazos a todas las girls que encontraban por la calle, cargando sobre ellas como si cada una hubiera sido un samurai. Padre o hermano que salía en defensa de la virtud de la chicas, era quitado de en medio a machetazos. En fin, cuando muchas zagalas salen el sábado para el week end con sus amigos y se despiden de la familia hasta el lunes, la madre les da la llave de la casa y un

preservativo y les dice: «Con tal que no amanezcas con un bombo, ya puedes pasarte por debajo del puente de Brooklyn la hirviente nieve de diez rios de la Plata, los rascacielos con que Manhattan ensarta al autor de todo lo creado y la polvareda que arremolina un ciclón en las costas de Georgia. Hija mía, con terremotos de reversos y cuadriles hemos hecho no pocos patriotas grande a América.»

Angel SAMBLANCAT

CHACALISMO

EN América, la delincuencia chacala — feroz y cobarde — está cundiendo en proporciones aterradoras. Calificar de chacala a la criminalidad atroz, no es expresarse con propiedad, porque ni el chacal ni la hiena tienen tan atra y tetérrima entraña, como los autores de ciertas fechorías, en boga por aquí. Hay mujeres que se deshacen de los hijos como de las tripas de un conejo, acabado de despellejar, que se tiran en un papel por la ventana. Al viejo que no toma la precaución de colgarse de una viga, cuando se inutiliza para el trabajo, la familia lo suicida limpiamente y con quirurgias cada cada vez más sabias. En cierta ocasión, una banda de cuatreritos asaltaron un rancho, y como no encontraron las ollas de Egipto que buscaban, asesinaron al rancharo, violaron a la ranchera y se hicieron una barba con el rancherito, cunero aún.

Se atribuye este desmando de los tenebrosos a la impunidad de que goza entre nosotros la violencia desalmada y al chinchín con que el diarismo la jalea. Me aseguran que de nuestra « Peni » se escapa el que quiere. Cumplir una condena en el penal de las islas Marias, sobre todo en María Madre es pasarse una temporada de vacación. Me cuentan que a los presos de la ciudad de..., capital del Estado de..., cada año les ofrecen una convivialidad las autoridades y que los corrigendos que tienen más muertes sobre la conciencia, son los que más cerca del alcalde se sientan en el festín. De noche, los que lo pagan, salen a emborracharse con los amigos y a revolcarse con la amasia o con alguna admiradora de los que los tienen de tres yemas.

En el Mundo que, como un baúl desventrado, don Cristóbal se encontró, cuando tengas un choque con algún piel roja que disimula el serlo, procura no ser el muerto tú, porque a los muertos nunca se les da aquí la razón; y cuida, además, de dejar bien rematada a tu víctima, para que en el Juzgado te concedan la palabra a tí solo. De la

facilidad con que se le remanga un metro más arriba del peroné la camisa a Temis, no vale la pena de que nos ocupemos, porque eso es canónica universal.

Se echa también la culpa de estos sandioses a los mariguanos y al alcoholismo. No es por ahí. La Mari-Juana o María de guano no estupefaciona más que los inciensos de la catedral basilica. En cantinas y carpas ciertamente se despacha de noche cerveza cargada de narcótico. Al segundo vaso el bebedor ya está roncando como un deán sobre la deana. El tabernero o sus dependientes dejan con los bolsillos vueltos al que se desconciencia así; y tiran lo que queda de él al arroyo, cerca de la tasca rival. El primer rueletero que pasa, le quita los zapatos y los calzones al durmiente; y lo abandona, más encuerado que nuestra madre Eva, sobre la ordura de la banqueta, para que el carro de la misericordia cargue con él. A veces, un perro le lame la cara, y otro alza la pata sobre el humano detritus. Como a Lot desnudo, coscolinas quizá hijas de aquella tonelada de cemento, tratan de embravecirle los espíritus, para reirse de su insensibilidad.

El cólera que nos devasta, tiene raíces mucho más hondas de lo que suponen los maletas del curanderismo social. Para nosotros, perversiones morales tan desenfundadas como las que se esbozaron, las engendra la política. Minas y laboratorios de churros no proporcionan ya en América fortunas de soldán al vapor. Sólo el atraco a la pública Hacienda produce por miles los millones. De ahí las serrallongadas y los golpes de mano murcios al poder en el Perú, en la Argentina, en Veneciúncula o Venezuela, en Nicaragua, en Santo Domingo, en Honduras y en todo el guirigay paraguayo-guacamayo de este Hemisferio, sagrario hoy de las más puras ansias de la madre Tierra Arriba y Abajo, se engarzan en este cesto los robos a mano armada más atrevidos y los asesinatos más barrocos y felones, como las cerezas. Tiras de una y arrastras detrás de ella un racimo. Así ocurre con las carroñas y los fusilamientos en masa y con los coágulos de sangre inocente. ¡Divino Dios, qué cara más cerda le están sacando a tu imagen!

ANGEL SAMBLANCAT

AMOR DE AMAR

A José Castillo.

JAMAS olvidaría él aquella noche. El cielo estrellado sobre sus cabezas; su mujer, atada sobre la mula, suspirando y gimiendo, apretando contra su pecho a la niña recién nacida. El, tirando del ronzal de la bestia y llevando sobre sus hombros a la mayorcita.

—¿Vamos muy lejos todavía, papá?

—Sí, hijita, aún vamos lejos.

Mercedes suspiraba:

—¡Ay, Juan! No sé si yo podré soportar muchas horas más así.

—Valor. Piensa que es la única esperanza que tenemos.

Huían. Huída más patética que la de José y María, escapando a los furios del faraón. Los fascistas habían ya llegado a Almodóvar del Río. Y todo un mar humano se desbordaba por los campos, por los valles y los montes, buscando refugio.

¡Cuántos no escaparon! Vendidos por vecinos, por parientes, por falsos amigos, allá fueron a buscarlos, asesinandolos. Otros, después de poner en salvo sus mujeres y sus retoños, prosiguieron el éxodo, hasta pasar a la zona libre. Es decir, a las zonas todavía no ocupadas por la insurrección franquista.

Con tenacidad, con voluntad encarnizada, Juan seguía guiándose a través de las sombras de la negra noche. Su mujer había dado a luz el día antes. Y así, ensangrentada, vencida por el sufrimiento, sin fuerzas casi, la había tendido boca arriba sobre la mula, con su hijita envuelta en mantas, y se la había llevado. ¿Hacia dónde? Apenas lo sabía. Por lo menos, hasta la casa de los padres de ella, donde podría dejarla, con sus dos retoños.

Al amanecer llegaron a vistas del pueblecillo. Mercedes no podía más. El movimiento de la bestia la desangraba y le arrancaba quejidos cada vez más lastimeros.

—Que ya no puedo más, Juan. Que ya me faltan las fuerzas.

La niña, siempre cogida al suelo de su padre, se dormía, de bruces sobre la cabeza del hombre.

Cuando los viejos los vieron llegar, prorrumpieron en sollozos y en alaridos.

—¡Hija de mi alma! ¡Cómo nos la traes! ¡Que se va a morir la pobrecita!

Pero Mercedes pertenecía a una raza fuerte. Tendida en el lecho limpio, después de beber un buen vaso de leche caliente, sintió que el sueño reparador la envolvía. Juan se inclinó sobre ella:

—Antes de que te duermas, Mercedes, tenemos que despedirnos. Yo me voy. Aquí pienso que estaréis seguras, tú y las nenas.

Ella le echó los brazos al cuello, llorando. Era una hermosa criatura, joven y fresca, a pesar de sus dos maternidades y de las pruebas de aquel viaje accidentado. El la contempló un instante, con indecible ternura.

—Quizá no volveremos a vernos más, pequeña. Piensa que eres joven, que tienes derecho a vivir, que las niñas han de crecer y hacerse mozas...

—¿A dónde vas a ir?

—¿Lo sé yo acaso? Intentaré salvarme; pasar al otro lado. Si me cogen, mala suerte.

Aún conservaba en los labios el gusto salado de aquel último beso, bañado en lágrimas. Aún la veía tendida en el lecho, con su hermoso pelo deshecho sobre la almohada, los grandes ojos anegados, el pecho, que la leche comenzaba a henchir, agitado por los sollozos.

..

¡Cuántos episodios vividos! Se salvó. Consiguió pasar a la zona libre. Allí engrosó las fuerzas que lucaban contra el franquismo. Durante cuatro años, nada absolutamente pudo saber de Mercedes y de sus hijas.

Hasta que estuvo en Francia y pudo escribir a España, no le fue posible dar señales de vida y recibirlas.

La primera carta que le llegó de Mercedes, ¡qué duro golpe fue para él y cómo puso a prueba su moral y su conciencia de idealista!

Lealmente, ella le decía la verdad. Se habían encontrado en situaciones terribles. Su padre y ella misma fueron detenidos. La madre murió, no pudiendo soportar tantas pruebas. Y ella, sola con las niñas, se había decidido a unirse a otro, creyéndole a él muerto. Era un muchacho del pueblo, al que conocía de chico, bueno y honrado, que la quería mucho y trataba a las niñas como hijas propias. Un hijito había venido a consagrar aquella unión. Ella no quería engañarle, le decía toda la verdad, pidiéndole que la disculpase y asegurándole que, si algún día volvía, él siempre sería el primero.

Pasado el golpe y el momento de estupor doloroso, Juan tuvo bastante fuerza de voluntad para razonar, para comprender y para justificar.

Supo contestarle en tono sereno y elevado, con palabras sencillas, las que ella, muchacha primitiva e inculta, pudiese asimilar.

«Nada te reprocho. Estabas en tu derecho. Preferí esa lealtad, a que hubieses procurado engañarme. Te dije ya que eras joven y que no me sacrificases tu vida. Sólo deseo que seáis felices, que las niñas estén bien y que les hables de mí de vez en cuando.»

Una singular situación establecióse. Juan, de manera regular, escribía Mercedes y a las niñas.

Ella le contestaba, dándole detalles de todo. En la carta firmaban las nenas y a veces Manuel, el segundo marido, ponía unas líneas. Los primeros barrotos que supo trazar el pequeño Juanillo, los hizo sobre la carta enviada por la familia a papá.

Este al principio sufría. No en vano se lleva en la sangre la influencia de muchos siglos de moral religiosa y burguesa. Poco a poco, consiguió no sufrir.

Manuel cayó gravemente enfermo. Al saberlo, Juan pidió dinero prestado para poder enviar a Mercedes una fuerte suma, con que hacer frente a los gastos de su enfermedad. Al sanar, fue él el que escribió a Juan:

«No sé cómo agradecerte lo que has hecho. Piensa que, si la situación se arregla y puedes volver, a pesar de lo que quiero a Mercedes y del lazo que me une a ellas, siempre respetaré el derecho que tienes a este hogar que era tuyo y en el que yo he entrado, creyendo que habías muerto y que ningún mal hacíamos.»

Por un fenómeno curioso, cuanto más iba entrando Juan en la intimidad de esa familia constituida a expensas suyas, más se iba depurando su sentimiento. Los celos epidérmicos que enloquecen a tantos hombres cuando piensan que la mujer que poseyeran puede ser poseída por otro y que al principio abrasaban su alma, insensiblemente fueron desapareciendo. Una gran paz se hizo en él y sólo un problema le preocupaba: ¿Tendría o no derecho él a ocupar de nuevo el lugar que hoy ocupaba Manuel?

Por su parte, no se había casado nuevamente. Aventuras fáciles, que no dejaban huella en su

alma, no le faltaron. Pero en el fondo, guardaba íntima fidelidad a Mercedes, la primera y la única mujer que hizo palpar su corazón.

Mercedes le decía a veces: «Si encuentras a otra mujer que sea buena y cariñosa contigo, piensa que yo, aunque no dejo de quererte, no tengo ya ningún derecho sobre ti y que sería feliz si supiese que otra puede darte lo que yo no he podido.»

Todos eran humildes campesinos, sin gran cultura, sin muchos conocimientos. Pero esa correspondencia inocente y fresca, tenía tonos de sublimidad inconsciente que desbordaban todas las sutilezas intelectuales.

**

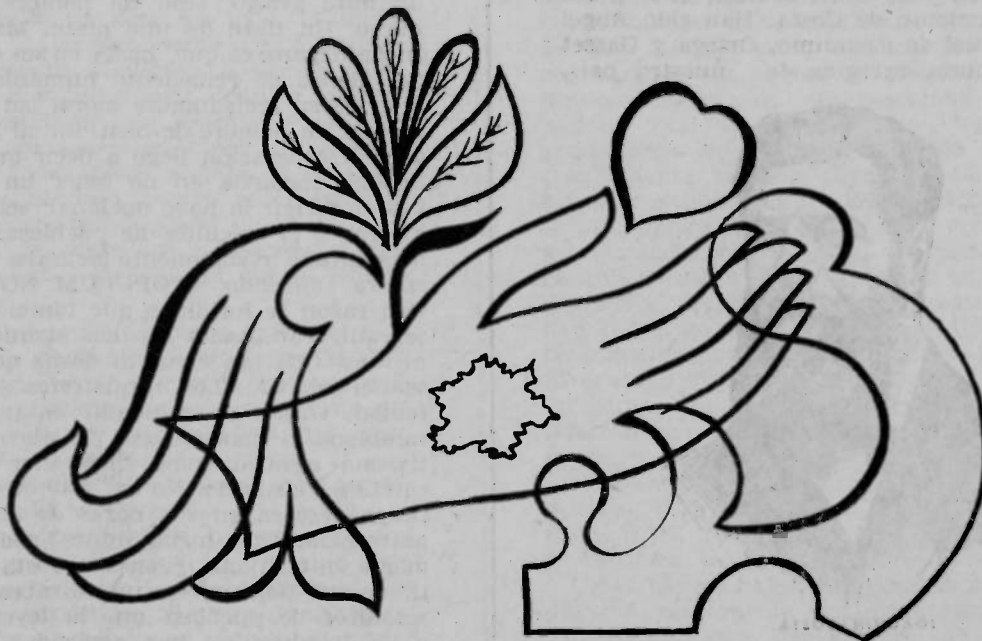
Curioso, el lector se preguntará: ¿Y cómo termina el cuento?

Pero es el caso que ese cuento, sacado de una realidad vivida por un hombre, aún no tiene fin, o yo no lo conozco. No tiene más que una lección moral a extraer: Hay amores de alma y amores de piel. Hay amores que elevan y amores que rebajan. Hay amores vulgares y amores superiores.

Y hay, sobre todo, un amor de ley, como el oro. El amor de amar, capaz de abnegación, de pureza, de amistad, de fraternidad, despojado de instintos brutales y para el cual sólo están reservadas raras criaturas humanas.

El drama de Juan y de Mercedes lo han vivido miles de hombres y mujeres en el curso de las guerras y de las revoluciones. Pero no todos han sabido hacer de él una página moral y bella.

FEDERICA MONTSENY



Joaquín Costa

EL HOMBRE CREADOR

DE todas las incógnitas arqueadas en el destino del hombre, ninguna es más bella ni más fecunda que el origen de la creación. Cuando nace un niño o crece un árbol, se tiene la sensación de que una fuerza creadora vigila el desarrollo y crecimiento de lo que la naturaleza ha engendrado en sus entrañas misteriosas. De ahí que se diga con harta insistencia: «el hombre creador y el árbol frondoso no deberían perecer nunca».

Joaquín Costa fue un creador. Nació para crear obras de provecho. Esas obras que quedan como si hubiesen sido hechas para durar eternamente. No; no fue el apóstol del Derecho, un soñador. Lo demuestran el temperamento, la resonancia, la proyección de sus ideas concretas, redondas como ruedas de molino. El autor de esa obra maciza, enjundiosa, robusta, maravillosa que es el **Colectivismo Agrario**, difícil de estudiar y no menos difícil de digerir por sus muchas enseñanzas, sabía lo que representaba ganarse el pan con el sudor de su frente. Pocos hombres se han llevado a la tumba mayor respeto y semejante admiración como supo cosechar con la mano en la manquera de la vida nacional, el llamado **león de Graus**. En verdad que del león tenía la audacia, la inteligencia y la vivacidad; mas careció de uñas para poder arañar; que no era éste el pensamiento de Costa. Han sido Angel Ganivet, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset y todos hombres egregios de nuestro país,



JOAQUÍN COSTA



MIGUEL DE UNAMUNO

quienes han escrito que el gran incomprendido, es la conciencia, la voluntad y la médula de España.

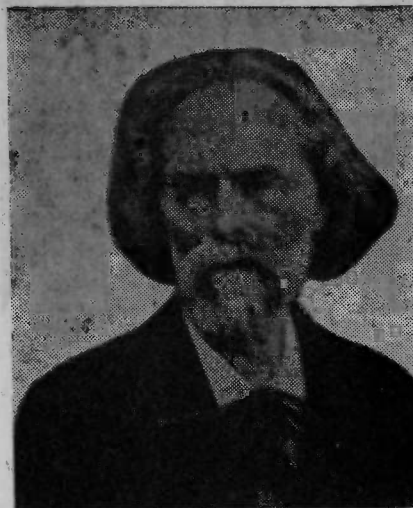
Es rigurosamente cierto que no todo fueron aciertos en la vida sufrida del portento de Monzón. Esto pone de relieve que Costa no fue un mito griego, sino un hombre de carne y hueso. Un titán de una pieza. Mas lo que no puede negarse es que, hasta en sus mismos errores, llenos de renaciente humanidad, puso el sello de su reciedumbre moral, su austera ejecutoria de hombre de bien. En su honda y trágica desesperación llegó a decir que el mal de España consistía en no tener un hombre capaz de dirigir la nave nacional: «el cirujano de hierro» o el «escultor de pueblos». Y desde su más íntimo recogimiento acusaba a la nación entera, diciendo: «POPULUM NOM HABEO». Con razón se ha dicho que también los sabios se equivocan, hasta los más cuerdos. Y es que no hay vida sin error ni desliz que no pueda ser enmendado. Los mequetrefes de la España feudal, tratan de presentar en una antología ramplona la personalidad del alarife del colectivismo agrario como inspirador y guía del caudillo tonsurado. No era éste el cirujano que Costa deseara en sus horas de abatimiento y postración. Una hiena nunca podrá transformarse en cirujano. ¿Pensaba Costa en un Martí, en un Bolívar, en un Mirabeau, o en un «escultor de pueblos» que la leyenda no cita y los hombres no han conocido?

Si la memoria no fuese infiel sería importante citar la magnífica conferencia que un día pronunciara en Huesca aquel hombre bueno como Gandhi, exquisito como Tolstoy y sentencioso como Tagore que fue nuestro maestro Ramón Acín, refiriéndose a Costa, cuando entre otras cosas dignas de viviente recuerdo, dando una lección a los cedistas oscenses, dijo: «No deshonreis al maestro... Y el amigo leal de Acín, nuestro recordado Felipe Alaiz, con mano maestra y estilo claro y singular supo decir al respecto: «Calificar a Costa por sus apelaciones a la política hechas en plena ruina ideológica es desconocer a aquel hombre».

LEGALIDAD = DECENCIA

Al gran polígrafo le comprendieron muy pocos. Su voz de profeta del ideario español clamó en el desierto mientras se iba consumando la agonía y la desolación de España. Donde había un socarral, Costa quería ver un oasis; donde mordía el hambre, enemiga de los pobres, deseaba instalar una despensa. Siempre vivió pensando que la emancipación y la salvación común estaban en la escuela de todos y para todos, en el trabajo responsablemente organizado y en el municipio libre, es decir, no intervenido por ningún poder extraño. Supo estudiar como muy pocos, la historia del derecho, de la iniciativa de los grupos productores, de las florestas fecundas y de los libros que fueron, sin duda, sus mejores amigos. Y sabiendo tanto como sabía, nunca quiso aprender a hacer trampas legalizadas por las pólizas estatales. Para él, como para los antiguos griegos, decir legalidad, quería decir decencia. Jamás fue escuchado cuando proclamaba la necesidad apremiante de sanear los órganos administrativos de la vida del país. El servilismo político, palaciego, cortesano y obtuso, reinante en aquellos tiempos, ha venido constituyendo un obstáculo para cuantos pretendieron «desentumecer los miembros paráliticos de la nación, agarrotados por un régimen de feudalismo inorgánico». Contra la decadencia cesarista y clerical, contra el cacique de turno y el político desencajado de la realidad nacional, supo levantar voz y bandera el gladiador de la verdad atropellada por el Estado unitario.

Se ha dicho en torno a Goethe, que era, más que alemán, un ciudadano de Europa. De Costa cabe decir que siendo español hasta su **médula enferma**, consiguió ser un ciudadano del mundo de la cultura, del trabajo y del saber universal. Fue el **sabio justo y rebelde**, el geógrafo Eliseo Reclus, quien escribió con su peculiar acierto: «El genio robusto de España se revela históricamente por la duración de sus obras en todos los países donde dominó más o menos tiempo». Y en un maravilloso análisis de hechos y conductas, el autor de «El Hombre y la Tierra», concluye su oración diciendo:



ELISEO RECLUS

«Sea ello lo que quiera, tiene todavía en reserva una parte considerable de la obra común, gracias a su gran originalidad, a su carácter sólido, a su nobleza y a su rectitud». Claras ideas; claras como manantial que canta al pie de la roca, y que como tantas otras tuvieron la virtud de dar luz y camino que no se acaba al ilustre pensador aragonés.

Costa es hoy como ayer la encarnación del arquetipo, la estructura personal de la idea española. ¿Tenemos derecho a querer lo imposible, lo que no se alcanza nunca? Eso es soñar estando despiertos; sueño que no engendra daño; mas poseemos también la obligación de pensar lo que debemos hacer, lo que no debemos dejar para «mañana»; en los asuntos de cada día que piden a gritos una revolución constructiva sin hachas ni pistolas, con ecuaciones y sacrificios. Así postulaba Costa una higiene total de las ideas, una lógica en las ambiciones, una razón razonada para vivir cuerdamente en una tierra de cuerdos y de hombres emprendedores. Su idealismo vivía en la alta imaginación del hombre creador; y como idealista práctico supo ver la realidad, encarándose con ella, y presentar soluciones hidráulicas, vertebradas, para rehacer la sociedad conforme a un programa de trabajo basado sobre hechos y necesidades que no engañan ni ofuscan el entendimiento.

Cuantos quieran hacer una España nueva tendrán que echar mano a los planes de Costa, de Julio Senador y de sus seguidores. Porque esos planes de transformación nos pertenecen a todos. Y si son de todos, ¿cómo no han de ser de la C. N. T. que ha sido la mejor intérprete y creadora de las ideas colectivistas?

Costa parece haber heredado la sicología cervantina, sentimiento vital para descubrir el camino ascendente del hombre, de la sociedad



MIGUEL DE CERVANTES

organizada por los hombres. Infinidad de veces se ha formulado esta pregunta: «¿Es España un pueblo que no encontró a su hombre, o fue Costa el hombre que no encontró a su pueblo?». Nuestro maestro no era hombre de partido. Veía más alto y más lejos. Trabajaba fuera de toda confesión. Propendió en todo momento a llevar a cabo una revolución en el campo y en la escuela, en la vida municipal y en los fueros ciudadanos. Sabía perfectamente que un pueblo que vive sin hambre, vive para pensar y para hacer del pensamiento una obra. No es el pueblo español responsable de su tragedia, como no lo fue Costa de la suya. Costa y el pueblo tenían necesidad de una ocasión, de una hora propicia para probar que, lo que se lleva dentro, es posible realizarlo. Y cuando llegó ese momento triunfaron las ideas del pensador, ya que los campesinos de Aragón se organizaron de manera colectiva para vivir colectivamente, comiendo el pan del trabajo que es lo que más honra al hombre.

A nuestro pueblo se le ha tapiado en su forzado aislamiento. No ha podido salir de casa sin encontrarse delante, con una espada o una cruz. Y ahora resulta que España tiene necesidad de atravesar los pirineos, no para ganar batallas que el tiempo llevó al olvido, sino para europeizarse y rejuvenecerse como Costa nos decía. Tarde y con daño, se nos repite que los brazos españoles, exportados como mercancía barata, tienen derecho a cooperar en la vida de Europa. «Tierra blanca, simiente negra, cin-

co bueyes a una reja, siendo tierra blanca el papel, simiente negra, la tinta, cinco bueyes los cinco dedos de la mano, y la reja, la pluma, esa pluma con que el sabio va trazando surcos en el espíritu y enterrando en ellos simiente de doctrina». Por hablar de tal manera Costa era la encarnación viva, palpitante de la angustia española. Diríase que nació para pensar, para sufrir. Su infancia no fue brillante, ni mucho menos. Sin poseer medios económicos, teniendo que empuñar el corvo arado, consiguió escalar la cumbre de la sabiduría. Pasó hambre tras hambre. En el amor careció de fortuna. El hombre que ambicionaba superar la desgracia ajena, soportó con estoicismo, orgullo digno y entereza titánica las mayores calamidades. El amado paralítico, veía la parálisis de España, privado de fuerzas para levantarse. Olvidando su propio dolor se preguntaba lleno de tristeza: «¿A dónde vas pueblo querido?». ¡Cuántas veces, por ti, pueblo ofendido se hundió en su pena el maestro del derecho consuetudinario, clavado en su butaca, pensando en la manera de encontrar una reparación para los males que te aquejan! No seas, pueblo amado, como lo fue Israel, ingrato para con sus mejores hijos. Y uno de los que más han hecho por ti, pueblo español, no lo olvides, será llamado siempre, Joaquín Costa...

España —decía el pensador— es una colectividad de cuerdos gobernada por una minoría de enfermos. Los que han llevado al país a la ruina y al caos, no pueden ser personas normales. En la lucha contra el despotismo de la mediocridad, Costa adoptó una posición recta y determinante: «Una revolución exterior —dijo— como medio para realizar una revolución interna, cohibida por algún estorbo, sin duda ninguna puede ser conveniente; lo ha sido muchas veces en la historia; acaso lo sería en España, tan necesitada de horizontes nuevos, de renovación, de rejuvenecimiento, como que de ello depende hasta su subsistencia como categoría nacional en el concierto del mundo; pero esa segunda primavera, esa renovación interior, no consiste ni estriba en ninguna reforma de detalle, suelta de todo enlace, tal como la de una descentralización en el régimen de los tributos; consiste en dar una nueva orientación a toda la vida nacional, en provocar una transformación honda en todo su ambiente, así físico como moral, renovando la escuela, la justicia, el régimen parlamentario, el sentido de la administración pública, los organismos centrales, provinciales y locales y su relación mutua, en que entra como uno de tantos factores el sistema de distribuir y recaudar los tributos de la nación; favoreciendo y aguijoneando la producción, por la conquista y el encauzamiento de los agentes naturales de la riqueza y la protección del productor y del emigrante contra toda clase de obstáculos físicos y sociales, reprimiendo y extirpando al cacique, en campañas más duras y activas

emprendidas contra un enemigo menor que él, tal como la peste bubónica o la filoxera; concentrando los mejores y mayores esfuerzos en la tutela de las clases desvalidas; cogiendo a España por el brazo para sacarla del aduar y hacerla vivir vida europea.

Estudiando las obras del poligrafo excepcional se llega a la conclusión siguiente: tiene el poder analítico de Servet, el genio de Goya, la elocuencia de Gracián y la sabiduría de Cajal.



FRANCISCO GOYA

Nos ha dejado sus profundos estudios científicos, sus tratados sobre la naturaleza. Y sobre todo, Costa nos ha ofrecido una conducta sin tacha, un ejemplo rebosante de pura nobleza. Vida plena la suya, más duradera que los mármoles; eterna como el corazón de su país, al que llamaba para señalarle la ruta de su salvación y de su ventura.

No creía Costa en los milagros. Tenía confianza en la fuerza creadora de los hombres que están dispuestos a realizar una empresa histórica. «España está mal, muy mal, tiene los minutos contados». Nadie le hizo caso. Pero sigamos la veta fecunda del pensador:

«Hay que fundar improvisadamente en la Península una España nueva, es decir, una España rica y que coma, una España culta y que piense, una España libre y que administre, una España, en fin, contemporánea de la humanidad que al traspasar las fronteras no se sienta forastera como si hubiese penetrado en otro planeta».

El rezago nacional lo atribuía a dos hechos fundamentales: el material y el intelectual; miseria e incultura. Nuestra áncora de salvación, si todavía queda alguna para España — expresaba en sus años más penosos— está fundamentalmente en reorganizar y crear la Escuela, entendiéndolo por esto implantar a todo gasto, cueste lo que cueste, en todas sus importantes proporciones y con positiva eficacia, que no meramente en las páginas de la COLECCION LEGISLATIVA, el vasto sistema de instituciones docentes que han hecho a Alemania y el Japón, que son la fuerza y el orgullo de los EE. UU., que han restaurado a Francia.

El pensamiento de Costa es subyugante. Fue uno de los ingenios más penetrantes y preparados de España. ¿Fue un hombre de su época? Si; era el hombre de su tiempo, que como dijo Goethe, es ser de los tiempos. Su personalidad ingente, al correr los días y los años, se mantiene vigorosa como luminaria resplandeciente situada en las más altas cumbres del próximo e inmediato obrar español. Creador, hombre de pensamiento alto, henchido de emoción española, Costa era, ante todo, un trabajador incansable. Su cultura era vastísima, hecha al calor de la experiencia popular, de los sucesos vividos, de la vida y de la historia. Su estilo directo, más que ramo de flores fragantes, era gavilla de buen trigo; no es río tranquilo, sino torrente que desborda, catarrata besada por el sol y azotada por el viento.

Cuanto más se estudia el pensamiento y la vida de Joaquín Costa; cuanto más penetra el humilde conocimiento en los valores esenciales del pueblo, con mayor claridad se pone al descubierto la poca inteligencia que han puesto los prohombres políticos de nuestro país para gobernar y administrar los intereses y las riquezas de la comunidad nacional.

Costa murió como vivió; pobre, «como los hijos de la mar». Y del Pirineo. Su obra, su capacidad de creación, contiene una de las riquezas mayores de nuestro patrimonio intelectual. La mejor manera de ensalzar al maestro, consiste en que cada uno de los españoles, una vez pasada la tormenta desencadenada por la violencia estatal, «plantemos en nuestra tierra, el árbol de la resurrección futura, aunque no seamos nosotros, sino nuestros hijos, los que se cobijen bajo su sombra».

El árbol y el libro son los compañeros eternos del hombre.

Ramón LIARTE

El niño bombón y la madre Ira

Al amparo de unos mangos y de unos aguacates vivía la Madre Ira. En una choza, cubierta por una gruesa cobija de yerba que las lluvias y los soles habían ennegrecido. Rodeaba la cabaña una alta empalizada, cuya puerta no se abría nunca. Y la Madre Ira, más que por la cerca de troncos, se sentía murada por el recelo de las gentes. Vivía, pues, aislada de todo contacto y comercio con el mundo.

..

Era fama de que la Madre Ira se comía a los niños que, osados o inconscientes, invadían intrusos su cercado. El rumor aseguraba que les chupaba la sangre, de que se alimentaba su vida centenaria, y entregaba, después, los cuerpecitos exangües a los monstruos calipotes que a los ojos de las gentes habían tomado la forma de mangos y aguacates. Y eran muchos los que afirmaban haber visto a los monstruos con las alas extendidas, volar hacia las tierras haitianas. Y en las garras de gigantes guarabaus llevaban siempre el cuerpo exánime de un niño.

Por eso los niños huían de aquel lugar maldito y los grandes, hombres y mujeres, pasaban sin detenerse, haciendo un rodeo y mirando recelosos a la choza. Y hasta los pájaros: los pericos, tan escandalosos, que vuelan siempre en bandadas alegres, pasaban de largo. Había allí siempre un silencio que la leyenda hacía más misterioso.

..

La Madre Dulzura, que en la cerca de un platanar vivía, se apiadó de la soledad de la Madre Ira. Y un día mandó a su hijito Bombón, que era un niño puro como todas las auroras y dulce como un maicito nuevo guayado en leche con raspadura:

— Vaya, mi niño, a don Mamá Ira y llévele este dulcito de coco y de maní.

El niño Bombón tomó el dulcito envuelto en hoja fresca de plátano y se fue camino de la choza de la Madre Ira. Y por el camino iba gritando:

— Mamá Ira, le traigo dulcitos de Mamá Dulzura.

Y el niño Bombón andaba, andaba y seguía gritando:

— Mamá Ira, le traigo dulcitos de Mamá Dulzura.

Y a su vocecita de cristal, que era un gorjeo más en la selva, acudieron todas las mariposas y todos los pájaros de aquellos aledaños. Detrás un grupo de hombres y mujeres, atraídos por lo insólito del pregón, seguía a distancia. Y un pensamiento homicida, que les pintaba de hosquedades el rostro, les iba armando de piedras y de palos las manos.

...Y cuando el niño Bombón llegó a la cerca de la Madre Ira inundóse de un tumulto de primavera la fronda que cobijaba la cabaña. Volvió a oírse la voz musical del niño promisoro:

— Mamá Ira, le traigo dulcitos de Mamá Dulzura.

Y cuando todos los ojos, acechantes en fosquedades de entrecejos, esparaban ver aparecer por encima de la puerta la cabeza hirsuta de la bruja con sus dos pupilas como candelas, asomóse la carita graciosa, toda sonrisa, de una viejecita dulce como una caricia maternal...

..

El milagro estaba hecho. Los pericos alborotaban jubilosos en los aguacates y los picaflones y las mariposas rivalizaban en graciosos aleteos en la fronda de los mangos. Dentro, en la cerca, la Madre Ira y el niño Bombón, repartíanse el dulce y hablaban y reían. Y sus voces y sus risas como un cascabeleo de músico ingenuas.

Y los hombres y las mujeres, que aún estaban acechando, al ver el grupo idílico de la anciana y el niño, fueron aflojando las manos y dejaron caer al suelo las piedras y los palos. Después, se retiraron mudos, recelosos de hablarse y de mirarse. Todos iban un poco avergonzados.



POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

La voluntad libertaria

(CONTINUACION)

Complementando lo transcrito al final del último de los artículos publicados en el mismo año de 1961 sobre la Vida Universal, decimos : « Concretamente : en la inmensidad del océano cósmico, sin orillas, se mueven materiales sin antes, durante, ni después, con todas las potencias de transformación, cambiando de forma y de lugar, incesantemente, de acuerdo con la ley del indeterminismo, del principio de inseguridad, que es decir de la manera más natural, ocurriendo todo sin razón ni necesidad — quedando así el determinismo sin sus bases fundamentales — y sin que queden vacíos o espacios porque todo está siempre ocupado pudiendo así actuar las fuerzas de la dinámica biológica universal. »

Precisamente en 1963 sabios físicos, químicos, matemáticos y astrónomos de todo el mundo están comprobando y confirmando lo que acabamos de transcribir, que nos publicaron hace más de dos años. Llegan a las mismas conclusiones al hablar sobre la fuerza gravitacional y los movimientos de la materia cósmica en general.

Con respecto al elemento 104 hallado hace más de sesenta años después de haber Max Planck formulado su célebre teoría ¿no cree nuestro contradictor que merece, más que los **quanta**, ser colocado, por ahora, como el último elemento de las especies conocidas, según afirman científicos en el presente? Por otra parte, Planck no dijo — y era el llamado a decirlo por ser el hombre de ciencia que formuló la teoría, y no cualquier otro sujeto sin pizca de autoridad científica en el campo de la Física — que de los **quanta** depende la existencia del universo, que es lo que dice el contradictor al afirmar que sin aquéllos « no habría materia, ni luz, etc. » Se dicen cosas atrevidas, pero no tanto.

Mientras el **quanto**, al ser socializado, sin más complicaciones, pudo ser observado, medido y fotografiado, el nuevo elemento 104 fue difícilmente obtenido mediante el bombardeo de tres millonésimos de gramo de California (elemento 93), con núcleos de boro 10 y 11, en acelerador iónico.

Los científicos de la Universidad de Berkeley, California, que descubrieron el elemento 104 le pusieron el nombre de « Laurencio » en honor de Ernest Lawrence Premio Nobel de Física, inventor del ciclotrón y fundador del laboratorio de Berkeley. Y hoy eminentes científicos afirman que el elemento 104 y siguientes formaron el universo descartando, como es lógico, aunque sin proponérselo, que se deba a un único elemento : causado por el quanto. Comprobamos cómo yerran, terri-

blemente, algunos deterministas buscando, a como dé lugar, que todo, hasta el mismo Cosmos, se deba a una causa. Y es que, consciente o inconscientemente, se dan cuenta de que careciendo de la base fundamental que pretenden darle toda la estructura doctrinal del determinismo-mecanicista se viene abajo, aunque no con el estrépito que se derrumba el determinismo religioso sin poder aprovechar ninguno de sus elementos doctrinales dogmáticos.

Aunque se resistan los deterministas-positivistas más reacios a la sustitución de lo viejo por lo nuevo, en el mismo campo de la ciencia, se ha iniciado el derrumbe de parte de su concepción, en silencio, sin trastornos ideológicos fundamentales. Es preciso abandonar lo considerado erróneo del determinismo a sabiendas de que con el indeterminismo se ensancha, ilimitadamente, el campo de la libertad, y se salvan nuestros esenciales principios científicos, éticos y filosóficos. Más todavía : se consolidan con nuevos conocimientos que no pueden admitir las doctrinas dogmáticas.

Hoy se habla de lo débil del Laurencio, de lo breve de su existencia natural, porque en ocho segundos pierde la mitad de su radioactividad, pero para nosotros y para el mundo científico tiene un interés teórico extraordinario al ponerse de relieve que tuvo potencia para contribuir a formar el universo, y que existió antes de los elementos que se conocen. Y los nuevos conocimientos nos hacen pensar que débiles son todos los elementos del Cosmos considerándolos aisladamente, o unos independientes de los otros : débiles los **quanta**, el elemento 104, todos los elementos conocidos o no hasta el presente, la misma fuerza de la gravitación, etc., etc., como débil o impotente para seguir existiendo o funcionando es un órgano o una unidad anatómica — célula — cualesquiera del cuerpo humano si los demás órganos o las células que los forman desaparecen.

No exageramos al hablar de lo débil de la gravitación. En efecto, las posibilidades de desintegración de las moléculas, de cambios de estructura molecular, de combinación de las moléculas y de la formación de los cuerpos sostenidos a distancia por la fuerza gravitacional existen, exclusivamente — aunque parezca perogrullada lo que decimos — en el Cosmos, gracias sólo a éste : a la materia o a la energía que lo constituyen, que le hace ser lo que es : Cosmos.

Hemos hablado de la debilidad de los elementos conocidos y de los desconocidos, o más bien dicho por ser, a nuestro entender, lo cierto : de sus potencias variables considerándolos o no aislados, por abstracción, y de la fuerza gravitacional. So-

bre éste más decimos : que la gravitación, por sí misma — entiéndase bien está : por sí sola -- no parece ser, realmente, una ley por deberse a otras fuerzas y depender de todas su propia existencia. Podemos rechazar esa ley de la Naturaleza al comprobar que no es invariable, que carece de potencia propia y, por lo tanto, no posee cualidades y condiciones que le basten para existir, independientemente, e influir en cuanto la rodea.

Se justifica, pues, dudemos que la gravitación sea una ley al considerar que no es fuerza propia dominadora del torbellino de las galaxias, el centro de sus movimientos, de los estelares, del movimiento de todo nuestro sistema planetario y de, en fin, generalizando : de todos los movimientos de los cuerpos, del polvo cósmico y de los gases que se hallan en el espacio con cuya naturaleza parece estar relacionada, **de uno u otro modo, el origen mismo de la fuerza gravitacional como las demás fuerzas o energías del Cosmos.**

En esto hombres de ciencia y otros que no lo somos, vamos pensando lo contrario que piensa y cree todavía la generalidad de las personas en todo el orbe : que la potencia mayor o menor de la gravitación depende, repetimos, sin cansarnos, de la distribución de la materia en el espacio, y no que sea una fuerza independiente que ejerce su atracción sobre toda la materia.

Cada día que pasa ponemos más en duda la existencia de las llamadas leyes de la naturaleza, porque sólo comprobamos combinaciones casuales — y no causales — de la materia, salvo cuando intervienen los dinamismos psicológicos de los seres humanos determinando cambios en cuanto los rodea.

¡Eureka! El más feliz descubrimiento se ha hecho : ¡Vida sin leyes en el Espacio! Como queremos los libertarios vivir con nuestros congéneres en la Tierra : libres, sin leyes encadenadoras, también inventadas, como aquéllas, por los sujetos autoritarios. La falsedad se descubre : la **costumbre** de la Autoridad, por medio de su mala cultura, de fabricar leyes artificiales para esclavizar a los individuos humanos y a los pueblos hizo que hasta los científicos usaran los mismos términos al referirse a las fuerzas o energías del Cosmos.

Sólo siguiendo por el camino del indeterminismo — que permite absoluta libertad de movimientos — pudimos, como humanistas libertarios, aunque sin la profundidad de pensamiento científico de Heisenberg, compenetrarnos totalmente con el Cosmos y descubrir, con alegría, lo que consideramos la verdad que engloba todas las fracciones de la misma : el Hombre y el Espacio, con toda la materia que lo ocupa, en plena armonía cósmica. Ni al primero ni al segundo le son **precisas** leyes para existir.

Ser sin límites es la verdad en el Cosmos. El Hombre en la Tierra tiene el deber de aprender esta gran verdad para superarla con su inteligencia y su conciencia moral. Sólo así podrá evitar los cataclismos sociales que enferman y diezman permanentemente a la especie humana. Y las leyes han favorecido y sostenido el desarrollo de todos los males que ésta ha sufrido, y sigue su-

friendo, sin que los Pueblos se decidan a prescindir de ellas, totalmente, en la organización de las sociedades humanas.

Las experiencias al respecto son terribles y muy aleccionadoras. En la lucha de los seres humanos por su emancipación mal ven compensados los ríos de sangre derramada por millones de vidas generosas cuando se conforman sustituyendo unas leyes por otras. Momentáneamente obtienen partículas de libertad que pronto las pierden en el engranaje complicado, ciego e implacable de aquéllas.

Bajo el imperio de las nuevas leyes la tiranía insensible más experimentada, astuta y cruel vuelve a arraigar, y fortaleciéndose crea **otras** formas de opresión, no menos violentas y liberticidas que las anteriores destruidas por los Pueblos ansiosos de libertad. ¡Cuántos se engañan a sí mismos o son engañados y burlados por los logreros malditos de las revoluciones!

Los legajos y textos llamados legales e inviolables a través de los tiempos siempre han justificado y defendido, por medio de los **sayones** de la Iglesia y del Estado, toda clase de supersticiones y sancionado las más tremendas injusticias. Milenios lleva la Humanidad torturada, angustiada, sofocada bajo el peso agobiante de la ley. El culto a esta superstición : a la ley, ha de desaparecer para bien de la salud física, psíquica y mental de los seres humanos como algún día desaparecerá la que ocupa el primer lugar entre las supersticiones y que, seguramente, será la más difícil de desarraigar de las mentes y de los corazones de las personas : el culto a los muertos.

Hora es ya que los muertos y los pueblos de todo el mundo comprendan que cualquier ley es una restricción vital que perjudica a la existencia normal de la Humanidad. Sujeta a arbitrarias leyes escritas, antibiológicas, encadenada por las mismas, sin poder hacer ejercicios de libertad, en la medida que lo permiten sus fuerzas físicas, psicológicas y mentales, la imposibilitan ser más vigorosa, más sana y feliz. Paso, pues, a la verdad científica, humana, racionalista y humanitaria : No más leyes en el Espacio y menos en la Tierra. Amor, solidaridad y equidad es cuanto hace falta practicar en la vida social para que el género humano obtenga el sosiego y la paz permanente que merece gozar.

En mejor buen sentido que la fuerza gravitacional — y las demás energías cósmicas — por contar la especie humana con fuerzas propias conscientes, sus potencias biológicas y psicológicas **pueden** variar y mejorar según sus componentes se presten solidaridad, ayuda mutua y gocen los bienes comunes de acuerdo con las peculiares necesidades físicas, psíquicas e intelectuales de cada individuo humano. He aquí consolidada, por la ciencia misma, cien por cien, la filosofía humanista libertaria. Dejemos a un lado, pues, al viejo e inservible determinismo, porque ya ha cumplido su misión histórica en el campo del positivismo. **Es un grave error** pretender todavía negar que los sujetos indiferentes al dolor ajeno son responsables **morales**, y hasta materiales, que la Libertad y el Bien-

estar no sean más pronto gozados por todos los seres humanos.

Volviendo a situarnos en el campo de las fuerzas cósmicas, del que nos salimos un tanto, comprobamos que todos los caminos del sentir y del raciocinio que tomamos nos llevan al mismo punto de convergencia, a la misma conclusión: la fuerza gravitacional que a los ojos de todo el mundo, generalmente hablando, parece enorme, grandiosa, incalculable, que todo lo abarca y domina es, en verdad, débil e inferior a otra cualesquiera de las potencias y conocidas en nuestros días que obran como fuerzas organizadas y dirigidas por el hombre.

Ya en 1937 el eminente físico británico P.A.M. manifestó que « comparada a las fuerzas electrostáticas la gravitación se debilita con el tiempo. » Por otra parte, a la vista está el hombre surcando el espacio empezando a sacudirse el dominio de la fuerza gravitacional. Y lo débil de ésta se va confirmando al estudiar otros aspectos de la misma no tenidos antes en cuenta: las fuerzas de la inercia, por ejemplo. El tremendo tirón que el sujeto siente y comprueba viajando en un automóvil que dobla una esquina a gran velocidad es una de las fuerzas de la inercia.

El físico alemán Ernst Mach ya dijo en el siglo XIX que las fuerzas de la inercia tienen origen en partes más o menos distantes del Universo, y que pueden también considerarse gravitacionales de acuerdo a como se sienten en « movimiento acelerado en un laboratorio. » Esta misma opinión fue sostenida en el siglo XVII por el filósofo británico Bishop Berkeley.

En 1963 el profesor Robert E. Dicker, del laboratorio Palmer de Física, Universidad de Princeton, con la colaboración del doctor Carl Grans, uno de sus estudiantes, mediante una teoría relativista de la gravitación que desarrollaron, que es una modificación de la célebre teoría de la relatividad ideada por Alberto Einstein, relacionada también, estrechamente, con otra sustentada por Jordán, físico alemán, llegan a las mismas conclusiones. Este, sin basarse en una teoría adecuada de la gravitación dio por sentado, como cosa cierta, que « las fuerzas de la inercia son solamente otro aspecto de la gravitación, y que la potencia de ésta depende de la distribución de la materia en el Universo. »

Por otra parte, cierto número de astrónomos y físicos encabezados por el astrónomo Arthur Eddington creían que la potencia recíproca gravitacional era algo fijo, pero en el mismo año de 1963 Robert Dicke, con otros sabios especializados en las mismas ciencias, consideraron que la potencia gravitacional quizá no sea una cantidad fija, dicho en términos matemáticos, sino que está relacionada con la estructura del Universo. Estos científicos no lo afirman, formalmente, porque el rigor científico exige más pruebas y comprobaciones, pero es la creencia que tienen dadas las experiencias obtenidas al respecto que concuerdan y armonizan — ya son pruebas favorables — con todas las manifestaciones de la vida cósmica.

Vamos comprobando que se afirma el determinismo en la naturaleza, que se multiplican las coincidencias científicas de sabios de todo el mundo confirmando, en este minuto de tiempo que estamos viviendo, lo que dijimos hace unos años al expresar, con otras palabras, cómo entendemos « actúan las fuerzas de la dinámica biológica universal », que es decir también en el Cosmos.

A pesar de que el autor de la teoría de la relatividad fue determinista hasta el fin de sus días comprobamos hoy que el mismo relativismo está riñendo con el determinismo, se va distanciando de éste y acercándose al indeterminismo, armonizando ambos más y más por razones obvias. Y es que, en realidad, desde el punto de vista rigurosamente científico, son partes de la misma concepción y están desalojando al determinismo de sus falsas posiciones doctrinales científicas y filosóficas, y ocupándolas con verdades nuevas, más positivas, comprensibles y humanas. Estas son las que intentamos colocar por encima de todo lo dogmático y de cuanto ya no tiene razón de ser por haber cumplido, repetimos, su misión histórica: la angustiosa búsqueda de verdades positivas con los elementos que el determinismo tenía a su alcance.

Mucho nos alegra que buena parte de lo fundamental que publicamos, desde hace medio lustro, en « Solidaridad Obrera », de París y en CENIT, sea hoy más actual que ayer, que la ciencia lo va ya confirmando. Y se confirme la necesidad de aprovechar todas las experiencias sensibles por lo útiles que pueden sernos. Que nuestros semejantes no echen las suyas en saco roto, por raras que sean, aunque « parezcan disparates o destinos de mentes calenturientas » como las que nos publicaron en 1961 en « Soli » al referirnos a las nuestras experimentadas y escritas por nosotros el año anterior.

Esto último entrecomillado lo manifestamos al comentar el Congreso de Astrónomos del continente americano publicando entonces algunas de las ideas que intuimos. Una de éstas es oportuno recordarla hoy con motivo de las conferencias que se han estado dando en la ciudad de México, en 1963, sobre la Tecnología y las Ciencias Especiales tres años después de haberse celebrado el congreso precitado.

En una de las muchas conferencias pronunciadas por el universitario Miguel Alemán, hijo del ex presidente de los Estados Unidos Mexicanos, con el mismo nombre, sobre tema de tan palpitante actualidad, llegó a afirmar que « el hombre alcanzará velocidades cercanas a las de la luz. »

Miguel Alemán opinó como transcribimos, fundándose en la capacidad de progreso tecnológico y científico del hombre y en las velocidades ya alcanzadas por éste en el espacio. Nosotros, en 1960, tres años antes, aproximadamente, sin haberse realizado el primer vuelo espacial — que tuvo lugar desde territorio ruso el 12 de abril de 1961 — empezamos escribiendo notas sobre lo que nos sugerían determinados estudios de los astrónomos reunidos en México. El de astrofísica presentado

por los eminentes científicos William A. Baum y R. Minkowski nos sugirió el título siguiente para uno de los capítulos sobre la Vida en el Cosmos, que después escribimos : « ¿Viajará el hombre a la velocidad de la luz? » Y añadimos la nota sobre lo que intuimos para no olvidar en qué nos basábamos.

Dando por descontado el progreso inusitado, febril del hombre en los campos de la tecnología y de las ciencias espaciales fundemos más sólidamente a Miguel Alemán y otros conferenciantes la posibilidad precitada anticipándonos unos años a los mismos. Después de estar, durante unos meses del año 1961, publicándose en « Soli », de París, capítulos sobre **La Física, la Astronomía y la Química hablan**, le tocó el turno al que lleva el capítulo mencionado más arriba que vio la luz el 19 de octubre de dicho año y decimos en él — el que escribe, que casi siempre hablo en plural por considerar que los conocimientos son universales — que « el hombre viajará a la velocidad de la luz », Basemos nuestra intuición, o nos inspiremos en el hecho científico — que en este caso pudo ser medido y fotografiado, bien fundado y comprobado, por lo tanto, como explicamos ampliamente en el precitado escrito — de galaxias que se alejan de la nuestra a 138.000 kilómetros por segundo, o sea : a 0.46 casi la mitad de la velocidad de la luz. Lo dijimos pensando en que si de forma natural o indeterminada centenares de miles de millones

de astros se trasladan o se mueven a esas velocidades cómo no creer que el hombre hallará los elementos y medios adecuados para determinar o poder moverse por el Cosmos más velozmente que aquéllas.

¿Por qué no ha de ser motivo de legítima satisfacción moral y mental el habernos — suponemos que habremos coincidido con otros sujetos de otras partes del orbe lo hayan o no publicado — adelantando unos años a opinar sobre problemas de astronáutica que hoy sirven de temas para conferencias que se dan por la televisión mexicana y por la de todo el mundo?

Todas las personas hemos de evolucionar buscando los aciertos pasando por encima de los errores que cometamos, sin permitir que éstos nos detengan jamás por muy « brillantes » que nos parezcan ser. Y actualmente, basándonos en los nuevos conocimientos, consideramos — los que coincidimos — que es un error mayúsculo que nuestro contradictor — y muchos otros individuos humanos — sostengan todavía el viejísimo concepto de que no hay acontecimiento alguno en el Universo que no tenga antecedente como causa motivadora que representa la base más sólida del concepto filosófico del determinismo.

F. OCANA

(Continuará.)



Discurso del hombre libre

(CONTINUACION)

IX

GRANDE es mi placer al hallarme hoy entre vosotros, discípulos muy queridos.

No fue sin grandes penalidades que hasta aquí pudimos llegar Timoteo, Anatolio y yo. Todo sea por bien empleado cuando me proporciona el goce de hablaros de viva voz y de fraternizar con vosotros.

Dejadme que os dé gratas noticias de los hermanos de Antioquia y de Italia. Y pues que a hablaros me habéis invitado, hablaros he con doble entusiasmo. Por ser vosotros quienes recogéis mi palabra y por ser el tema muy grato a mí.

Hace algún tiempo hablé a los profanos de Lydia entre los que se hallaban no pocos de los amantes y concedores de nuestra doctrina.

Les hablé de la dolorosa realidad presente. Esto es, de cómo es sometido al sistema el hombre, cuando deviera ser viceversa. No traté como era necesario esta realidad, porque causas ajenas a mi voluntad lo impidieron. Y como ahora me vino a la mente, quiero iniciar mi hablar de hoy exponiendo lo que yo entiendo acerca de estas cosas.

Cuando picados de observación, habiendo adquirido una cierta afición a pensar, analizamos la trama social, administrativa y dirigente que ordena la marcha de los pueblos y su diario vivir, encontramos la curiosa contradicción entre que los hombres y los pueblos son obligados a soportar mil fórmulas forzadas y esto en nombre de su bienestar y su felicidad.

Basados en eso que se llama derecho romano, todo es sutileza y complicación, doble sentido o múltiple sentido, de donde siempre sale ganando el que maneja la ley. El individuo debe plegarse a ordenanzas y edictos, sean o no sean aceptables. Todos son deberes a cumplir en nombre del bien común de donde surgen el malestar y la desgracia común, porque cada uno de los que ese común forma, se siente agraviado o dañado, molestado y forzado.

La aprobación general previa es cosa que no interesa y se soslaya; esto no es inconveniente para que en principio haya una declaración en la que consta que tal se hace con la aquiescencia de todos o de la mayoría, y si no, convenida constatación de una necesidad que se dice sentir. En torno al sujeto se levantan empalizadas reglamentadoras que controlan su vida, y trazan el camino que ha de seguir sin poder torcer a derecha o a izquierda, marcándole eso lo que ha de hacer y eso otro que no ha de hacer.

De aquí se desprende que el sistema se apodera del individuo haciéndole vivir en un ambiente de

asfisia, maniatándolo si no se doma, y ello en nombre de su bien propio.

El sistema nace para el servicio de la comunidad. Pero en la realidad resulta que es la comunidad quien vive para el servicio del sistema. Así, aquello que debiera ser elemento de bienestar, se traduce en elemento de desgracia. Mentalidad obtusa, siempre con el sentido ridículo del límite, agarrotada a un parcialismo menguado, ruin, hecho código moral, monta y construye el tinglado que dirige a los pueblos, sometiéndolos.

La cortadad mental, el criterio romo, ese deleite de querer ser más inconsciente que la bestia, mueve los dirigentes a complicar sadicamente la existencia con obligaciones y sanciones, creando esa maraña sistemática donde el individuo se ve cogido más y más, haciendo de la existencia uno de los más insoportables martirios. Y ello en nombre de la felicidad. A eso se llama orden.

Cada fracción que gobierna dice que su sistema es el mejor. Invariablemente es campeón del buen sentido, el grupo u hombre que se alza a los lugares de mando. Aparentemente, porque lo dijeron a gritos, se ocupan de hacer más llevadera la existencia humana, más agradable, más justa la vida de sus sujetos. Empero, de cierto que todas sus cavilaciones son ocupadas en lo que han de legislar, es decir, en el sistema. El hombre es el sujeto, la ley, el objeto. El hombre y su suerte es lo secundario; la primera ocupación está en hallar la diabólica manera de complicar la existencia de aquellos que vienen obligados a obedecer.

De forma que la competencia de tipo doctrinal no es que competencia de sistema, bien claro está. La pasión y la lucha se desborda por la consecución de imponer su fórmula. El individuo se hará degollar por alcanzar eso, y después habrá de someterse. Y se buscará cuidadosamente y, brutalmente si no, que el individuo se acople a las obligaciones impuestas.

Ved claro, amigos, de qué forma la pasión malsana domina a los seres por ese mal llamado mandar. Vicio malo que nunca será bastante combatido, porque crea llanto y dolor.

Por muchos alegatos de buena voluntad, esforzando en justificar su conducta, que hagan, la verdad salta a la vista de aquel que quiera ver, nombrándolos por su nombre.

Entonces, nosotros desaprobamos tal proceder que resulta el peor de los vicios. Bien claro está. Pretender adaptar los pueblos a las fórmulas, resulta pretender llevar el agua a la montaña. Crean primero el órgano, y después pretenden crear la necesidad de él. He aquí, pues, que todo marcha a la inversa. Porque lo natural es que, vista la necesidad, se crea el órgano. Crear aquello que se cree como necesario, es de acuerdo. Complicar la vida y hacerla desgraciada creando órganos so-

ciales sin ton ni son o, lo que es peor, con el ton y el son de asegurar el privilegio del que manda y el fastidio de los otros, es de locos. De locos peligrosos.

Es así cómo el mundo amontona ascuas sobre su cabeza, porque se dispensa del placer de pensar, dejando a los aviesos que lo hagan por él.

Entonces yo os exhorto a difundir esta verdad. Jamás nada viable habrá en tanto el escándalo de adaptar el hombre al sistema, prevalezca. Jamás habrá paz sobre la tierra en tanto la brutal mixtificación de las necesidades humanas y sociales perdure y se imponga. Jamás los hombres de buena voluntad tendrán paz y sosiego ni verán un mundo de armonía y sin dolor, en tanto esa moral sectaria y parcial campe y dirija.

Porque la fuente de todo mal está ahí. Porque el fermento de toda imposición arbitraria ahí se encuentra.

Por eso cualquiera que sea la doctrina que con esa tendencia pretenda ganar las voluntades y su triunfo no traerá bien ni traerá paz. No es que yo pretenda tronar maldición. Pero si pretendo rectificación.

Cuando el hombre no ha alcanzado la conciencia, juguete de su pasión es. Y, hasta cierto punto irresponsable, las ideas malas le dominan. Y su inteligencia y su acción van en locura estúpida sin conciencia del mal que provoca; entonces, maldecir es infantileza y debilidad.

Superior a ellos de cien codos, el ser que penetró en la Conciencia, trata de ganar las voluntades sanas y cercar el mal más y más hasta que es curado.

A veces, sufrís una herida. La llaga abierta se emponzoña y el pus corroe la parte sana de vuestro cuerpo. Si no ponéis mano y atención, terminará por mataros la gangrena. Pero si desinfect-

táis la herida en principio, el mal se detiene y poco a poco, sitiado, va curando y al fin nada queda. ¿Conseguiríais algo maldiciendo la herida? No. Pues igual en el cuerpo social.

Porque escrito está: «Harás siempre de forma que a ti mismo nada tendrás que reprocharte. No porque algo malo hiciste, sino porque supiste comprender y rectificar».

He aquí que vosotros sois así antorchas ardiendo que vais a hacer la luz en la noche.

He aquí que vosotros sois música sublime que gana los corazones para el bien.

He aquí que sois barcos sólidos destinados a salvar los naufragos de la vida.

He aquí que sois abrigo y consuelo, entereza y confianza.

Los hombres, por vuestra palabra conocerán el camino para llegar arriba, a la Conciencia.

La verdad brille en los lugares donde os encontraréis; luceros que sembráis la luz.

Satisfecho estoy, como vosotros, de comprobar hasta qué punto estamos en lo cierto al pensar como pensamos.

Nuestro credo es universal y no sólo justo por considerarlo justo, sino porque no es dogma ni límite.

He aquí que basados en el libre acuerdo, no sólo negamos todo sistema estático, causa del mal, sino que decimos al hombre: date el sistema de vida que más te acomode.

Esos que se consideran enemigos nuestros tendrán alboroto y crujirán de dientes. Empero, ¿es culpa nuestra, si fuere culpa, el librar nuestro combate? Antes bien, de ellos es que son como son y obran como obran.

FABIAN MORO

(Continuará.)



Dos conferencias en Casablanca

..... por Muñoz Congost

(CONTINUACION)

Así, lo que hoy parece deseo de brutalidad y violencia, lo que no es sino semblanza de período cruel y cruento, es operación quirúrgica que garantiza la supervivencia.

Adoptar las medidas bastardas de solución mediocre, es..., válganos la repetición de la imagen, la actitud cobarde del médico que ante un miembro engangrenado en el cuerpo del paciente, combate con emplastos y unguentos en lugar de cercenar el miembro perdido. Se prolonga el sufrimiento a ciencia y conciencia de que nada se logra, y de que el mal, creciéndose, invadirá el cuerpo entero.

No se nos oculta que hemos trazado un panorama sombrío y triste y que alzamos ante las jóvenes generaciones un cuadro pavoroso.

Pero a fuer de sinceros que ésta y no otra es la realidad. Que nuestra España, la de los tristes destinos, una vez más en la encrucijada, no encontrará el verdadero camino, si no limpia el horizonte de abrojos y malezas; si al iniciar nueva ruta, no sabemos, sus hijos, mantenernos en vigilancia constante eliminando todas las posibilidades por nimias que sean, de que las alimañas, de que los parásitos vuelvan a poner pie ne la historia.

¿En quiénes y en qué solución confiar, si pintamos así, el mundillo político, como un conjunto de peligros y amenazas, de incapacidades y ambiciones, de torpezas y envidias?

Sin querer traer el agua a nuestro molino, nosotros, los libertarios españoles, afirmamos, fuertes de las lecciones de la experiencia y con la razón de los sufrimientos vividos (que no se puede infeodar el porvenir de España, a ninguna minoría política pseudo nacional o de importación, que no podemos ni debemos los españoles continuar delegando en figuras de la oratoria y de la tribuna más apegados a la política de puro medio personal que a la realización de las aspiraciones sociales de la colectividad.

Se nos propone una solución coronada, con dos candidatos: Don Juan, el aspirante falangista, y su hijo Juan Carlos, educado en las academias militares del franquismo, y con hombres políticos como un José María Gil Robles, bajo cuyo auspicio se preparó la sublevación militar.

Y en el conjunto político que había de regir nuestros destinos, socialistas republicanos, demócratas cristianos, Opus Dei, viejas reliquias de la monarquía alfonsina, disidentes del falangismo, etc., ¿qué garantías de futuro? Ninguna. ¿En qué situación quedarían los grandes criminales del régimen actual? ¿Y un ejército encuadrado por una oficialidad plagada de fascistas descarados o en-

cubiertos? ¿Y la Iglesia, cómplice del crimen monstruoso? Las organizaciones verticales de la España actual cambiarían el color de su etiqueta y bajo el cubierto de un cambio de régimen, seguiría el calvario del pueblo español, sin esperanzas de progreso, con la amenaza constante de que en caso de mayor liberalización del régimen, los representantes de la reacción volverían a desencadenarse.

Sólo un argumento pueden los partidarios de esta solución enarbolar: años de tranquilidad con política de firmeza y rigor. Pero no olvidemos el pavoroso problema económico, el fantasma de la miseria de los hogares españoles, a los que hay que buscar una solución. El obrero español no puede continuar siendo el eterno paria, el desheredado, el siervo de la gleba.

Las soluciones al problema económico de España sólo se conciben dentro del marco de una modernización industrial y de una profunda e intensa reforma de la explotación del campo.

En el primer aspecto, es inútil querer confiar en los capitales, en los gruesos industriales del país, para lograr esta modernización. Los productos españoles, aun con una mano de obral mal retribuida, sin ventajas sociales para el obrero que produce, son mucho más caros que los del extranjero, a causa de un utillaje, de unos procedimientos y de una organización anticuada.

Sólo una modificación de las modalidades de explotación, que, haciendo caso omiso de los intereses personales del industrial, permitiese con la disminución del gravamen que representan los beneficios abusivos del capital y de los intermediarios, una mejora de las posibilidades industriales.

Y es inútil decir que con la solución de «los años tranquilos y de política rigurosa», no es concebible que los poderes instituidos se atrevan a amenazar en lo más mínimo, la contextura industrial y los sagrados intereses de los capitalistas españoles.

Y el obrero español, la masa productora, deberá seguir sufriendo la miseria, y el encontrarse a la zaga de todos los países del mundo.

Pero ello no sería todo, si con esta situación miserable, con un poder adquisitivo reducido a la mínima expresión, no viniera el freno y la paralización del comercio, la disminución de la producción, falta de salida, el cierre de fábricas, el paro... y con el paro la agitación social que habría que reprimir... y la tranquilidad tornariase violencia en las calles.

En cuanto al agro español, la crudeza del problema que hace siglos se plantea, está originada por dos aspectos: el latifundio y el minifundio; las enormes propiedades en su mayoría inexploradas

en unas regiones, y la parcelación excesiva en otros.

El latifundio, dejando sin explotación enormes extensiones que podrían, con unos métodos modernos, ser fuente de propiedad.

El minifundio, porque esa explotación parcelaria, con medios rudimentarios, no permite realizaciones como las que se imponen en el suelo español.

Una y otra forma son fuentes de miseria... La explotación colectiva con medios modernos y eficaces, la aplicación de un vasto sistema de realizaciones públicas que permitieran un mejor aprovechamiento de los ríos españoles, son las únicas soluciones capaces de resolver el problema.

Y tampoco podemos, ni soñar siquiera, que un régimen de transición con la política de «una de cal y otra de arena», se permitiese, ni por asomo, tomar ninguna medida en tal sentido, enfrentándose con las grandes propiedades.

Y el obrero del campo seguirá siendo el miserable consumidor de pan y cebolla, y el pequeño propietario de la parcela microscópica seguirá siendo el avariento rascatierras que come mal y guarda al cabo de los años unos duros en la media de lana. Uno sin poder adquisitivo, y el otro limitando al exceso sus gastos... La miseria del campo añadida a la miseria de la ciudad... ¿Cómo esperar tranquilidad y sosiego para las generaciones así condenadas de antemano?

Cesemos aquí estas perspectivas y vayamos a analizar las posibilidades de mejor solución que nos ofrecen los eternos «legalistas».

El retorno de una república parlamentaria, de torneos oratorios, de política de ateneo, cual la de 1931. Con las mismas debilidades, con la misma actuación... y con las mismas posibles consecuencias. ¿Para qué ir más lejos en nuestro análisis si ya lo hicimos al analizar la pasada república?

Cabe ahora apagar los incipientes temores de aquellos que nos escuchan y que estarán pensando entonces, ¿el comunismo de Estado? ¿La solución marxista?

No. Un **no** rotundo que exprese al mismo tiempo que nuestra voluntad y la voluntad española de no permitir tal solución, la seguridad de que tal solución es impensable en el horizonte peninsular.

No diremos que no por decirlo, ni por manifestar una vez más nuestra oposición a ese sistema totalitario, que cambiando las cabezas mantendría una estructura semejante a la de hoy. No diremos que no, por expresar nuestro anticomunismo, ni para calmar las aprensiones de quienes ven en la solución marxista una amenaza a la tranquilidad.

Como no es intención nuestra afirmar únicamente nuestras opiniones, sino la de razonar y analizar, nos bastará decir que el peligro comunista, que fue creado y crecido por la misma propaganda del franquismo, es hoy lo que no era en 1936, un verdadero peligro. Su fuerza internacional, los medios de que dispone, la misma publicidad que Franco les hizo, puede que hayan aumentado en España el número de sus partidarios, ridículo

ayer. El hecho mismo de su poca o ninguna fuerza en el campo sindical, demostraba bien a las claras el poco arraigo que tenía en las masas populares. El «chantaje» odioso realizado durante la guerra civil, para mantener ese «mercado» que llamaron ayuda, hizo crear quizá sus huestes; su desenfado y falta de escrúpulos en la admisión en sus filas les ayudó quizá; el enarbolar la bandera del anticomunismo, cual hizo Franco, pudo hacer pensar a algunos que quizá el comunismo fuera la solución y creyeronse comunistas. Pero el fracaso del golpe de Estado de febrero de 1939, el de las consignas de Unión Nacional y otras, su posición de ostracismo en que le colocaron las organizaciones obreras españolas, nos dicen bien a las claras que el arraigo de sus ideas y métodos en España era pobre.

Pero no olvidemos su actuación solapada y habil, su eterna y permanente demagogia, su astuciosa maniobrera y sus medios internacionales poderosos, capaces de aprovecharse de todas las situaciones indecisas.

Y no nos baste para tranquilizarnos, el decir que la solución eslava es inadaptable para la idiosincrasia y el carácter ibérico. La única y mejor garantía contra el peligro de hegemonía o dictadura comunista, la constituyen las fuerzas del sindicalismo ibérico, si saben mantenerse vigilantes, firmes y decididas para cerrar el camino a los agentes internacionales de Moscú.

¿Cuáles son entonces las perspectivas favorables al pueblo español? Si hemos dicho repetidamente que nos oponemos a cualquier solución de continuidad preconcebida o predeterminada, no pretendemos ahora, deciros con bonitas palabras y mejores promesas, que tal u otra será una solución que por preconizarla nosotros es la mejor. No hemos venido aquí a hacer demagogia ni propaganda. Nos hemos propuesto hacer un análisis de las contingencias actuales del problema español.

Un punto está determinado como único nexo de relación: El derrocamiento del franquismo. Después... sea cual fuere la modalidad de la transición, exigimos la plena libertad de acción de todas las fuerzas sociales del país, y de determinación por nuestro pueblo de aquella solución que estime necesaria.

Pero es obligación nuestra decir lo que pensamos, señalar los peligros, lanzar el alerta, prevenir a los desprevenidos, y decir con el orgullo de nuestra actuación que siempre fue recta, a todos los españoles que ese futuro que todos ansiamos, no se logrará con sólo derrocar al régimen que aborrecemos, y que con su fin no habrá llegado el fin de nuestras penas, que la barricada social seguirá en pie y que será inútil que se nos pida ni paciencia, ni respeto, ni consideración, ni sumisión, ni acatamiento, ni obediencia, ni carta blanca a los sucesores de Franco, sean quienes fueren. Es obligación nuestra velar y luchar por la libertad de los españoles, por el respeto a su dignidad, por una vida mejor, por un porvenir más noble para nuestros hijos, y en esta misión

PORTUGAL, HOY⁽¹⁾

EXISTEN dictaduras de izquierda (o « proletarias ») y también de derecha. Quizás si la única diferencia ostensible entre unas y otras sea el ahorro de nombres de que hacen gala las de izquierda que usando siglas para definir sus diferentes pilares o sistemas de aprovechamiento, y los lógicos y también « nueva clase », burocracia, etc. —, y los normales denominativos que se dan las fuerzas brutas y criminales que sostienen a las de derecha. El resto sería, tanto para unas como para otras, la realidad trágica y cruel de la máquina estatal operando a full sobre las doloridas espaldas de los esclavos que todo lo producen para que las camarillas de mandones lo derrochen.

Este folleto de Edgar Rodrigues, que acabamos de leer : « Portugal, hoy », como su título lo indica, se refiere al dictatorial imperio del que es cabeza visible : « el doctor Antonio de Oliveira Salazar, conocido también como el « Doctor Esteves », « Antonio das Contas », y también, durante el régimen republicano, como « Alves de Silva », quien « hizo retroceder a Portugal un siglo en 37 años de gobierno, desparramó el terror, sembró la desconfianza, pervirtió a jueces y escribanos, a militares y a civiles, crió una casta de terroristas

no desertaremos, por promesas, ni regalos, ni amenazas.

Que nadie lo olvide, los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo seguimos y seguiremos siendo en todo momento y ocasión, en todas circunstancias y para todas las contingencias, una fuerza.

Y esa fuerza se empleará, sin que valgan falsos argumentos ni represiones, a seguir defendiendo las premisas que por ser tan nuestras forman parte de nuestro ser, de nuestra personalidad y que hicieron de nuestras organizaciones una garantía en la defensa de los derechos auténticos del hombre, no los derechos inscritos en huecas declaraciones que duermen en los papeles, sino los derechos enajenables de su bienestar, de su libertad, de la fraternidad.

Sean cuales fueren las contingencias que se presenten al pueblo español, los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo velan permanentemente en el campo, en el taller, en la universidad y en el laboratorio, atentos y dispuestos.

Quede aquí dicho para conocimiento de propios y extraños.

Próxima conferencia :

« Contingencias y perspectivas ».

Nota: Estas dos conferencias han sido registradas en cinta magnetofónica. La Secretaría de C. y P. del S. I. la pone a disposición de todos los organismos que la soliciten.

en la P.I.D.E., amordazó a profesores, abogados, periodistas, atrofió las mentes de la clase trabajadora, acabó con todos los partidos, creó campos de concentración, leyes represivas, durante su reinado crecieron fortunas colosales, la Iglesia mixtificó al Pueblo con la burla de Fátima y, en fin, consiguió lo que jamás se lograra antes : yugular al Pueblo portugués durante 37 años. » (Páginas 39-40).

Siendo enemigos del liderismo, no hacemos a nadie « cabeza de turco », como los bolcheviques, que convirtieron a su « amado Stalin » en el criminal más grande que la historia haya conocido, en tanto sus « camaradas » de ayer pasaban a ocupar el sitio de nuevos santones de la Rusia estatal-burocratizada. Nos satisface el autor de este vibrante, acusador, fiel y batallador folleto contra una de las tantas tiranías que han acogotado aún a la humanidad, cuando más adelante, en la página 41, expresa con objetividad determinada y concreta : « Si Salazar ha durado tanto puede agradecerse de rodillas, con los ojos cerrados, a la Madre Iglesia Católica, soporte de este modelo de dictador de los tiempos modernos. » Y aún agregaremos a unos cuantos verdaderos culpables que forman parte, sin serlo, de la confabulación sanguinario-explotadora que aherra a Portugal : « ...la C. U. P. Somer, Banco Atlántico, los grupos Manuel Pinto Acevedo, Borges Irmãos, Banco de Angola, Banco Espiritu Santo, Sociedades Agrícola de Cassequel, Diamant (ésta es un tercio de las tierras de Angola) y un grupo de ministros de Estado (todos viviendo en la península) », (pág. 38), y, en fin, el militarismo, la policía con sus infinitos esbirros bien cebados, uniformados y sádicos, los grandes industriales y terratenientes, los aprovechados de adentro y de afuera; porque es imposible olvidar que tras la montaña de crímenes que esa dictadura trata de ocultar, se encuentran las garras de potentados que quizás no conozcan a Portugal y sus posesiones más que en fotografía, pero que se han encargado de aportar su sostén agradecido a la dictadura y que, incluso, de haberlo deseado, poco trabajo les hubiera costado destrozarla. Conocidos gobiernos de tipo « democrático » ha habido y hay todavía en funciones que ven con ojos demasiado amables la actual situación del Pueblo portugués, sin que levanten un dedo para remediarla, por el contrario, lo han hecho — y más de un dedo — para que se sostenga, si fuese posible, por los siglos de los siglos. Cosa muy parecida podría decirse con respecto al íntimo de Salazar, « caudillo » por la « gracia de dios » y de la « cruzada », « caballero cristiano », para la voz « sagrada » del Vaticano y todo lo demás, que en el último extremo y gracias al apoyo de los trusts de Norteamérica, podría efectivamente ser causante número 1 de la desaparición de

toda la Península Ibérica, si — lo que no es imposible, por desgracia — los cien megatones estallaran en el centro del objetivo primario y estratégico que se tiene previsto. A todas estas averiguaciones y condenas nos conduce el vibrante folleto que tenemos a la vista, en el cual, su autor, un excelente luchador por la libertad y la justicia portuguesas, en escasas páginas nos da una rotunda y terrible idea de lo que significa una dictadura incrustada en el corazón de un pueblo digno de mejor suerte.

Imposible dejar de reproducir de la página 36 la acusación que inútilmente fue presentada ante la O. N. U. en 1961 : « En un cierto sentido la situación es peor de lo que era la esclavitud simple. En el sistema de esclavitud, a final de cuentas, el nativo es comprado como un animal y es interés del propietario el que aquél se mantenga en buen estado de salud como un caballo o un buey. Pero aquí — se refiere a los dominios de la dictadura llamada salazarista — el nativo no es comprado — está alquilado por el Estado a pesar de que se supone continúa siendo un hombre libre —. Su patrón en consecuencia no se preocupa lo más mínimo si cae enfermo o muere, ya que de suceder así el patrón se limita a pedir que lo sustituyan. » Presentado en la O. N. U., como denuncia contra la dictadura. Pero estamos obligados a preguntar ¿cuántos en la O. N. U. no podrían lanzarse a evitar semejante estado de ignominia y muerte por contar entre sus potencias representadas analogías demasiado señaladas que se lo impiden?

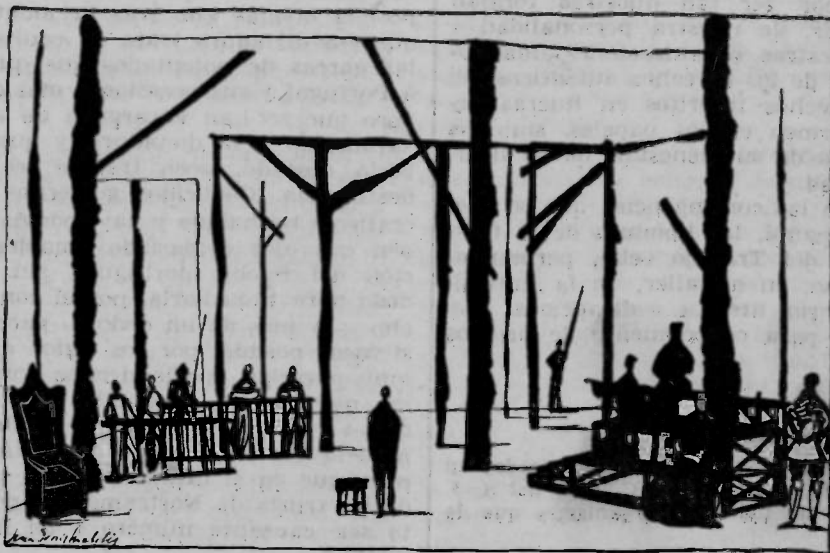
No obstante anotemos algunas otras « virtudes » de este régimen feroz que nos ocupa : « El saber leer, escribir y contar es lo suficiente para la mayor parte de los portugueses », según la ley del 24 de noviembre de 1936; « es pecado pronunciar la palabra libertad », según la enseñanza impartida por los sacerdotes durante años; « se ha creado

otro campo de concentración en Salatongo (Villa Salazar), Angola; « una sopa o un vaso de agua de Lisboa » (el vino) paga uno o más días de trabajo, y esto cuando el patrono cumple su promesa »; pero para qué seguir citando las maravillas de este edén que en pleno siglo XX nos ofrecen los « 37 años de Estado Novo », que Edgar Rodrigues desmenuza en forma lacónica y ascendente en cada página, hasta lograr un verdadera impacto de una conciencia sana contra las repugnantes cabezas de la Hidra. Es posible — hoy en día, todo es posible en medio de tanta complicidad y cobardía desencadenadas sobre el planeta — que este modesto, pero valeroso y radiante folleto no destruya tanto terror y tanto sufrimiento; pero no cifre una salida optimista con esta sola frase inserta en la página 31 : « Más del 60 por 100 de los portugueses son contrarios al régimen de excepción imperante en Portugal desde 1926. » Y esto, más que decir o hacer señal de algo positivo y promisor, es colocar sobre el tapete de la rebelión una de las más ciertas posibilidades de victoria sobre la tiranía que oprime, destruye y mata al proletariado portugués. Esa sola mención, clara y estadísticamente expuesta — como cada uno de las afirmaciones de este sereno folleto — valoriza el esfuerzo heroico de haberlo escrito y publicado.

Cosme Paules

(1) «Portugal, hoy», por Edgar Rodrigues. Ediciones F. I. J. L., Caracas, Venezuela, 1963. Con una Introducción del Grupo Editor. 44 páginas. Excelente papel satinado e impecable impresión. Y con una portada a colores que merece destacarse, pues antes de empezar a hojear el libro nos da una idea bastante exacta de lo que significa la fatídica opresión ejercida desde el Poder por la fuerza bruta de los dominadores del hombre por el hambre.

Pedidos a CENIT.





El universo de Alaiz

X y último

A las cuatro edades del hombre, a las « Veinticuatro horas de la vida de una mujer », a las « Veinticuatro horas de D. Marcelino » supera la suma de contornos síquicos y morales que Alaiz nos ofrece cuando se refiere a la mujer. Algo mencionamos cuando al tratar del amor (1) lo hacia tras la imagen femenina múltiple y frágil. En realidad, aquellos calificativos del amor son tantos títulos que coloca en las frentes de todo el mundo. Así nos encontramos con la mujer loba, la vampiresa, la esfinge, la comadreja, la serpiente, la leona, la tórtola herida o por herir, la pantera y la cotorra. Ninguno de estos calificativos fue escrito con tono desdeñoso; muy al contrario, no ha despreciado Alaiz a nadie; ha señalado los defectos precisamente para estímulo de mejoramiento, para que, artista de su propio barro, la mujer como el hombre, se corrija.

Cuando refiere la leyenda de la japonesita viuda, Felipe ofrece una receta para curar la hipocresía, producto del falso ambiente, de la falsa moral. Se llora al moribundo o al muerto más que por congoja por la coacción de los que te circundan. Recordamos ahora la bonita poesía de « La madre que supo llorar »; recordamos las cien reflexiones que a veces hemos oído de nuestros más cercanos amigos, cuya entereza y serenidad suele confundirse hasta con la crueldad a los ojos del público pueril y superficial.

Siempre hemos considerado como gran enemigo de lo humano ese intento tan perseverante de coaccionar, de presionar sobre aspectos incluso nimios y ridículos tan a menudo repetido. ¿Quién puede decir que es completamente libre, que la colectividad no le impone y crea trabas a cada instante, que cada día deja tras sí granitos de su independencia? Alaiz nos ha ayudado a hacer frente al ambiente, a navegar contra corriente, que es lo más sano cuando ello es necesario, lo más sano y lo más difícil.

¿Por qué la mujer ha sido objeto de los mil análisis de Alaiz? Porque la mujer continúa siendo la fiel expresión de lo convencional, es algo así como una máquina modernísima de convencionalismos fundados a destajo.

La mujer en nuestros días es dominante por esencia, si no en potencia; en lo social como en el terreno familiar sobresale en razonamientos y hasta en tenacidad para defenderlos. « La conver-

sación, dice Alaiz, está dirigida por las señoras, que tienen un sentido muy despierto para darse cuenta de la excesiva gravitación de un tema, dulces y felinas en escudriñar, soslayar, subrayar, encaminar los diálogos por donde quiren o salpicarlos o dejar estrujado un asunto igual que se estruja un limón. »

Si hubiera que conceder un título a Alaiz, tendríamos que darle el de **Cirujano de la moral**, de la del día como de la eterna, de la natural como de la aprendida, de la caduca como la naciente.

El tipo de mujer héroe nos lo ofrece con el de Agustina de Aragón — que no es de Aragón, sino de Tortosa — « Héroe no por ser patriota sino, por ser hembra ». De ahí el papel, constatado en infinidad de ocasiones, que el sexo juega en la mujer. Domina ése a ésta en el 99 % de los casos y personas. El diario observar es irrefutable. Es patético. Cuando se mezcla la mujer no hay odio que resista... a no ser que al mezclarse sea para odiar más aún. Los odios de una guerra en cualquiera suelen durar más que en el elemento femenino. Los odios desaparecen en cuanto se lo proponen las mozas del pueblo. Así pasó en la guerra dicha de la independencia; así pasó en todas las guerras, hasta en las llamadas civiles. Dice Alaiz, refiriéndose a la de 1808 : « Quedaron algunos soldados franceses a quienes se les miraba con ojeriza. » Se quedaron desertando del hambre que pasaban en el ejército napoleónico. Pronto se unieron a las muchachas jóvenes del país y es por eso, dice, que hoy son allí corrientes los nombres de Charlez, Guilloma, Dotu, etc. La mujer es, pues, lo más adaptable que se conoce, fácil al convencionalismo... cuando éste va revestido de sexo, o de simple coquetería, irresistible propiedad femenina.

Carolina Coronado no pudo evitar las historietas de sexo hasta que se casó; sin embargo decía que el espíritu no tiene sexo.

Deducciones semicientíficas o seudocientíficas, en las que no creemos mucho, concluyen que la mujer evoluciona hacia lo viril, es decir, que se aleja poco a poco de su estado femenino, mientras que el hombre es cada día menos macho. No se acuerdan los que así razonan de que existió el matriarcado y que allí el papel del hombre era secundario. No puede llamarse evolución a lo que apenas es movimiento oscilatorio.

Elige a Mariana Pineda como prototipo de otra clase de mujer. « Es el caso de la mujer que supera al hombre. » La vergüenza debería sonrojarse a los hombres cuando de dos cosas tan distintas como son Mariana y Agustina, de un lado, y del otro, la política, han explotado ésta y se han servido de aquéllas, desvirtuando la obra, la gesta y

(1) Federica Montseny dice que hay amores del alma y amores de piel.

la intención de las dos muchachas. Más que la política dominó el sexo. El Sexo y un concepto muy alto de la dignidad. Mariana salvó a un primo suyo, Sotomayor, preso y condenado a muerte; su obra consistió en proporcionarle vestido de fraile para que huyera, y huyó. Se escondió el falso fraile — ¿cuándo no lo son? — en casa de Mariana. Allí fueron a buscarlo y lo volvió a salvar entreteniéndolo a los guardias mientras él huía. Se salvó él, no ella, y, concluye Alaiz : « Mariana daba vida y libertad a los hombres, y los hombres huían. Ellos eran amigos de la libertad teórica y escrita... » Y el canto a la mujer en la persona de Mariana Pineda termina : « La policía halló la bandera que bordara Pineda escondida en un fogón de su vecina, la viuda de Peralta. Esta quiso librar a Pineda, haciéndose responsable de la bandera. Pineda no lo toleró. Nótese la diferencia de clima moral entre hembras y hombres. La señora Peralta quería salvar a Pineda. Mariana quería salvar a su buena y abnegada vecina. Hombres fueron los corchetes, hombres los delatores, hombre el que huyó de casa de Mariana después de comprometerla, hombre el alcalde del crimen... Hombres como el verdugo que la asesinó, y los que quisieron gozarla sin voluntad de ella », etc., etc. ¿Se quiere mayor elogio de la mujer? ¿Quién ha dicho, pues, que Alaiz ha demostrado eterno desdén a la mujer?

Observa y analiza la mujer desde otro ángulo y, aunque Alaiz siempre sea Alaiz, o precisamente por eso, la imagen que pinta agrada. Veamos una de sus hermosas páginas : « Tertulia en el Paseo. Segunda mitad de mayo. Siete de la tarde. Banda en el Kiosco; por fortuna no se oye... Están sentados en sillas metálicas y benéficas algunos amigos... todos de espíritu guerrillero y a la vez anacronístico. A Bayo le gustan las vaqueras que pasan a esta hora por la acera con vasijas relucientes. A otro le atraen las mujeres que no se pintan y anda muy apurado para encontrar una. Discusión sobre escotes. »

Pasan las chavalas; trenzas a cada lado del cuello, ademanes sueltos, poca ingenuidad, ¿poca o demasiada?, colores planos de jersey, boina morada. Las piernas de las chavalas son de dos clases : unas igualadas, no tienen tobillo descarnado ni el grueso alto, acumulado y excesivo, sino proporción entonada de columnas humanas; no parece que se van a quebrar a ras del pie, porque su intersección con la base no es el extremo de un uso. Las otras piernas abotargadas con vaivén ladeado y sin ritmo, por debilidad de la base, son de adulterada maja, cuya defensa no es la sandalia, sino el tacón de chapín. » Excelsa imagen graciosa, delicada, todo y señalando los defectos de la coquetería femenina, defectos deplorables porque van contra natura como es la pintura y el tacón « en forma de uso ».

También en materia coqueta, casi afeminada, pone de relieve lo insulso del hombre en los prototipos siguientes: « Van pasando las jovencitas aligeradas, las excesivas de masa, las matronas anchas como cluecas, los tenientes, los señoritos

autoseductivos, poseídos por sus calcetines y sus corbatas. » (El subrayado es nuestro).

Por boca de Feliciano explica el amor súbito. ¿Cómo? En dos palabras... que valen dos libros : « Te digo que la vi; inmediatamente adoré en ella, es una criatura voraz y angélica, mira como miraría un incendio. » Y Pilar le dice : Tienes unos ojazos de picaporte, cada vez que me miras me das un golpe. » Y prosigue : « Al contrario de Lucía. La corsetera Lucía tiene dos ojos que se entornan como se entornaría una ventana de espía o detective : lánguidamente; como se entornan, como retroceden hacia los senos los abanicos de las mujeres querenciosas... »

Hay también la mujer que sólo va al cine para aprender a flirtear, para aprender a vestirse y para aprender a desvestirse. El cine es academia de celadoras. « El cine ha hecho internacional la indumentaria de las chicas. »

Frente a esta clase de mujeres coloca a Isabel : «... delicada, pensativa; la edad bien llevada, de gracia consciente profundamente humana, libertada de la tiranía de exhibirse. » Terminando de idealizarla dice que « además se baña en el río. »

Reuniendo amor, delicadeza y respeto, otro tipo de carácter femenino, digno de la música de un Mozart, nos lo da en Rosa Vaquera: « Lozana y enlutada, guapa viuda de anteayer... Fresca, esbelta y maciza; morena y en sazón, no hay quien mire sin amorosa compasión. El dicho lo dice, no puede mentir : si una viuda te mira, tendrás que morir. » En otra ocasión, refiriéndose también a ciertas viudas, dijo : « Viste de negro pero no lleva luto en su alma, con sus ojos y con su garbo pasan por tu lado como diciendo... cómeme. »

En lo que podríamos llamar « Desfile de mujeres », de Alaiz, encontramos también otra elegancia femenina, fiel reflejo, además, de las costumbres sanas de un pueblo y de una época : « Anda como una moza que prescinde de tacones. La descolorida, que no es una aparición ni una danzarina, usa zapatos de tacón plano y despunte blancos. Las medias son blancas y tienen el tono puro de las prendas que se lavan con ceniza del hogar. »

La falda corta y azul, con decoración floreal rameada. El delantal, azul claro. La saya pomposa, el jubón corto. Un pañolico marrón, de flecos, deja el brazo al descubierto y un ángulo en el escote el peinado bajo con rodete. Ni arracadas ni peinetas ni sortijas. ¿Dieciséis abriles? ¿Diecisiete?

Morena... fina de dibujo. Parece una virgen gótica. Boca delicada. Barbeta un tanto saliente. »

Reflexionando sobre algunos grupos de mujeres, Alaiz expresa lástima por ellas. Las ve apesadumbradas, todo y disponiendo de riquezas. Dice que lo son así porque les aplasta el matrimonio. El matrimonio es una cadena y la cadena a nadie gusta. «...llevan con coquetería lacrimosa la cruz matrimonial, y hasta llegaban a llorar sin saber por qué. Tal vez consideraban el amor como un castigo o como una melodía prohibida... casi todas dejaban de salir de casa cuando hacía viento porque los curiosos se apostaban en las esquinas para ver buenas piernas. »

« A los ocho o diez años de casadas inspiraban en visita tiernos gorjeos a los hombres de negocios y amores financieros a los poetas. » Su feminismo necesitaba al poeta, su bolsillo al negociante. Mentalmente estaban casadas con dos hombres, mal que les pese a los monógamos, y esto hasta las mujeres de claustro.

Tres ejemplos más nos los dan Josefina, Rosalía y Juana. « Josefina es grata, rubia sin trampa, amable, menuda y achiquillada... sin rasgo aguileno; toca el piano. Rosalía es rubia de tonos más claros, como encendidos del sol por agua. Delgada, saludable, blanca. Concentrada, mirona como quien no quiere, desdenosa y precavida. Canta. Sus curvas nacen sin estruendo ni escándalo, casaría con ingeniero; Juana es ligeramente morena, ni toca ni canta, pero baila. Ojos raros, un poco extremorientales, como si acabaran de salir de una pesadilla golosa de cosas materiales gustadas y suficientes. Juega con los bucles y con los ojos, pero sin picardía. Baja de estatura, aficionada al escote y a la crema. Si habla parece no estar muy segura de lo que dice. Si anda es vértice de todas las miradas.

A veces Alaiz nos analiza al hombre y en los casos de desesperación y de desequilibrio no aconseja ver a Garrik como el poeta que « muriendo vive », sino a una mujer. Se encuentra ante un desespeñado, le escucha sus quejas y sus males y le dice : « Entonces ya sé lo que te falta ». No una novia sino una mujer. Esta conclusión no niega la anteriormente señalada respecto al matrimonio. No tiene nada que ver el tener mujer con el estado matrimonial.

Ninguno de los caracteres expuestos se asemeja con el de Adela. De 25 años es ya viuda y dice : « Ha de curarse en salud de la maledicencia. Adela es agradable y tonta, pero tonta sin grandes alardes de tontería; una tonta discreta de diminutas tonterías. Entre todas ellas no suman una tontería grande. » Una de esas mujeres ante las que se corre el peligro de merecerla « como el que se merece un cachete. »

También tenemos a la « sin par Julieta », me-

canógrafa, honra de Madrid, calumniado porque tiene ministerios, paradas y sablistas.

« Hay entre todos los morenos de mujer el moreno sin palidez ni ojeras ». Así es Julieta, además de ser maciza, flexible y sana. « Ojos de mar, de río, de lago, de turbión, de inmensidad y de embrujamiento. Para ser acreditados han de ser grandes y si puede ser que paren los relojes, No hay ojos tan imposibles como los de la sin par Julieta. » No hay madrileña sin salero. Julieta más que entre todas las madrileñas. Julieta es bilbaina.

Curiosa de su porte, equilibrada. Sus brazos desnudos no son torneados, ni parecen serpientes ni asas de ánfora. Labios carnosos, sutiles, firmes y poco rojos. Los senos no son poemas ni elegías. Se contentan con ser chicos. Si son o no provocativos es cosa que no interesa más que a los provocadores. El cuello no es de cisne, ni siquiera de garza; es de mujer y se ve desnudo mate, sin collar, lleno, proporcionado, suave y pulcro. Sus manos serían muy difíciles de pintar, trigueñas, danzantes — es mecanógrafa — pequeñas y sanas. »

Maura, en tiempo de elecciones decía querer reglamentar el trabajo en la fábrica, de la mujer embarazada. Hablaba así con el ánimo de recaudar votos. Y Alaiz respondió : « De modo es que la mujer embarazada tiene que ir a trabajar? »

Julieta dice que los hombres no son seductores, son seducidos. Maura tampoco sedujo a nadie. Fue seducido por las mauristas, las señoritas que no tenían necesidad de reglamento en el trabajo porque no iban a trabajar nunca.

La sin par Julieta es muy irónica, « cuando supo — el novio — que yo tenía un hijo casi se desmayó y tuve poco menos que ayudarle a subir al tranvía. » En otra carta, hablando del mismo novio dice : « Cuando se reía necesitaba pensarlo un par de horas. »

No deja a las rameritas sin « ventilar » y nos ofrece como ejemplo a Rosarito: « Es zalamera y galante; para ella el hombre es vanidoso, ignorante y cruel. Rosarito tiene tres manías que se cifran en lo que ella dice : Es un tío con pasta. »

« Vanidad, crueldad, ignorancia... Pocos días después, traición y permanganato. »

Y nos paramos. No acabaríamos nunca de analizar el universo de Alaiz. Nos hemos propuesto dividir dicho universo en tres series de estudios. Hemos terminado el primero. Falta por analizar el Alaiz social y periodista, y el Alaiz filósofo. Tarea ardua que ofrecemos realizar a plumas bien aceradas y atrevidas.

Nosotros habíamos preparado más de 40 cuartillas (2) sobre « El universo de Alaiz », y ya han sido publicadas en CENIT durante diez números

Que los lectores dispensen la osadía.

M. Celma



(2) Más de 100 se necesitarían para estudiar al Alaiz social y anarquista; otras tantas al Alaiz periodista y, otras más al filósofo.

VERSIONES

por DENIS

EL BANQUERO

ERASE un banquero, al decir de los economistas, gente que pasa por entendida, creador incansable de riquezas. Las había acumulado para sí, no creado, y es de sentir estar en desacuerdo con los economistas, en forma fabulosa. Muchos pequeños países dependían de él: podía alzarlos a la prosperidad o hundirlos en la ruina. Los ferrocarriles, las minas, las industrias, todo estaba en sus manos. Y, consiguientemente, hasta los gobiernos, formados por criaturas suyas, aunque no las conocía.

Cuando joven, su padre había querido que fuese ingeniero o abogado. Se negó a estudiar. El estudio, a su juicio, era quehacer de personas no inteligentes. Por eso, por no ser inteligentes, tenían que estudiar, que aprender. El hombre inteligente no tiene por qué estudiar, ni por qué aprender. Sabe, en cada momento, lo preciso, lo conveniente. Salta sobre las cosas en el instante propicio, no en ningún otro. No turbada su mente por teorías, capta lo práctico cuando surge. Nada hay que no esté a su merced. Tiene siempre los ojos abiertos a la realidad. Si ésta, en alguna ocasión, se muestra rebelde, la domina, la adapta, hace de ella su esclava. El estudio, para el hombre inteligente, no es sólo inútil; es, además, perjudicial. Le aleja de la realidad. Le lleva a pensar, cómo el mundo podría ser, y el mundo como es, que sigue su curso, indiferente, le deja a un lado con desdén.

Tales fueron las razones que dio a su padre para no estudiar. El padre no encontró otras de más peso que oponerle, y el banquero, entonces un ocioso, no salió de las primeras letras aprendidas en la escuela.

Con ellas — no le hacían falta más —, se lanzó a los negocios. A todos los negocios. Nada había que le repugnara. Sintió pronto una sed devoradora de riquezas, e iba a buscarlas en no importa qué especulaciones. Nada creaba — es decir, de nuevo, estar en desacuerdo con los economistas — se limitaba a trasladar a su bolsillo el dinero que antes otros bolsillos habían guardado. No era culpa suya que los antiguos poseedores fueran menos inteligentes que él. Especulaban, como él, pero con menos acierto. Eso era todo.

Cuando realmente creó algo, a poco de instalar su banco — hasta entonces había especulado a la ventura —, su creación fue seguida de un escándalo memorable. Pero nadie aludía ya a la historia tan poco ejemplar. Había enriquecido después a tantas gentes, aun a costa de otras, que se se perdona aquel tropiezo, en el que todas las gentes que confiaron en él fueron arruinadas. Era ahora un hombre honorable, uno de los hombres más honorables del país, y hasta resultaba de mal gusto hablar del escándalo de otro tiempo.

Siguió arruinando, más tarde, a no pocas perso-

nas; pero al propio tiempo, había enriquecido a otras. Esto compensaba aquello. El pasado, pasado estaba. Nadie se salvó entonces de la ruina, excepto él, pero principio quieren las cosas. Para llegar a ser lo que era, tal vez fuera preciso, en los orígenes, seguir malos caminos. No había que recordar esos malos caminos, ahora que seguía caminos mejores. Ni siquiera arruinaba ya a unos pocos para enriquecer a otros. También eso pertenecía al pasado. Ahora, enriquecía a cuantos tenían tratos con él. Sin duda, allá en los países que tenía en sus manos, los hombres que trabajaban en las minas, en los ferrocarriles, en las fábricas, vivían no se sabe qué vida. Allá ellos. No era misión del banquero ocuparse de cómo vivían los trabajadores. Su misión era hacer que su dinero, y el dinero de los que confiaban en él, se multiplicara. Y cumplía esa misión. Maravillosamente. Cada año era mayor su riqueza, y la riqueza de los que confiaban en él.

Había que olvidar, más, había que enterrar el pasado. Y cuando alguno, no se sabe por qué, lo recordaba, había que encerrarle. Sin titubeos. La buena memoria, en muchos casos, es para la sociedad como un veneno. No se puede dejar deambular en libertad a las gentes que la poseen. No está bien poseer otra cosa que dinero. Sólo la posesión de dinero es respetable.

En realidad, el escándalo que produjo el banquero en sus primeros tiempos, no era nada excepcional. No se es manipulador de riquezas — los defensores del banquero eran más prudentes que los economistas: no decían creador, como se ve —, gran manipulador de riquezas, sino arriesgándolo todo: hasta el honor. Se recupera más tarde. Surge, limpio, cuando se han vencido todos los obstáculos y se es dueño de fortuna inmensa.

Vistas así las cosas, podía recordarse el escándalo. Eran los tiempos en que nacía el automóvil y en que, para que creciera y se desarrollara, hacían falta campos de eneas y pozos de petróleo. Todo lo demás que el automóvil necesitaba para crecer y desarrollarse existía en abundancia: no así el petróleo y el caucho. Había que cultivar éste, había que buscar aquél en las entrañas de la tierra.

El banquero fundó, a toda prisa, dos sociedades: una para el cultivo de las eneas, otra para la explotación de campos petrolíferos. Acudieron, en muchedumbre, los accionistas. Era de creer que el banquero contaba ya con los terrenos para plantar las eneas, con los campos donde abrir los pozos. No era así. No había terrenos ni había campos. Tardó en descubrirse eso. Cuando se descubrió, el banquero era ya una potencia. Se quedaron los accionistas con su ruina, el banquero con la fortuna así improvisada. Hubo, sí, protestas,

gritos, insultos, campañas periodísticas, todo el repertorio, en fin, que se repite en tales circunstancias. Nada hizo mella al banquero, y tiempo después, cuando los negocios emprendidos por él no arruinaban ya a todo el mundo, comenzó a olvidarse, con razón, su primer mal paso. Más tarde, cuando ya no arruinaba a nadie, cuando ya todo el mundo que tenía tratos con él se enriquecía, su primer mal paso, con mucha más razón, fue totalmente olvidado. Salvo por algunos envidiosos. No cabía duda de que se trataba de envidiosos. Que, cuando no eran una potencia, y tal era siempre el caso, se les llevaba a la cárcel. ¿No se han construido las cárceles para encerrar en ellas, entre otras especies de seres peligrosos, a los calumniadores? La buena memoria, si se hace mal uso de ella, es eso : arma para la calumnia. Y difícilmente podría usarse más mal que contra un hombre rodeado del respeto más profundo, hasta en tierras lejanas. Como en cualquier época, unos cuantos hombres solamente eran conocidos en todo el mundo : uno de esos hombres era él. Su nombre figuraba entre los pocos que en todas partes se pronunciaban.

No era, con toda esa aureola exterior, feliz. En la intimidad, vivía un drama. Sus hijos, que no eran inteligentes, se habían negado, como él, a estudiar. Para ellos, eso del estudio era quehacer de gente pobre, no de gente rica. Razones, aunque diferentes, parecidas a las que él dio a su padre. Como su padre a él, no supo él qué contestar a sus hijos, que preveía pondrían fin en poco tiempo a la fortuna por él acumulada.

En cuanto a su mujer, eran inconcebibles las escenas que le prodigaba. Por lo más insignificante, por nada, ponía el grito en el cielo. No había, a juicio de ella, modo de vivir con él. Se desvivía por tenerla contenta. Todos sus esfuerzos eran vanos. A veces, del otro extremo del mundo, le traía regalo inestimable. Ni se dignaba mirarlo. Era una mujer a la que el ocio había trastornado. Acabaría, si su vida se prolongaba, por trastornarle a él, maravilla de equilibrio.

Al acercarse el cumpleaños de su tan poco amable esposa era cuando más temblaba el banquero. Exigían las conveniencias, en día tan señalado, regalo señalado, y hacía ya muchos años que nada había regalado a su mujer en ese día que no le desagradara, que no fuera causa de escenas espantosas.

Consultó, confuso, el año en que salta a esta historia, a un amigo, reputado por su buen gusto.

El amigo repasó en su mente todas las cosas que el banquero podría regalar a su mujer. Nombró algunas, nada corrientes.

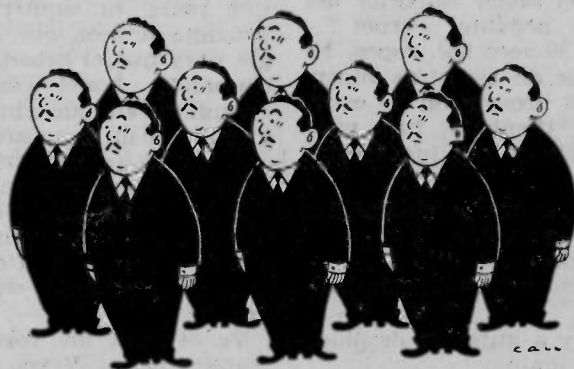
— Ya las tienes — dijo el banquero.

Nombró otras, y otras, y obtuvo la misma respuesta. No sabía ya el amigo del banquero qué regalo aconsejarle, cuando, de súbito, como si acabara de hacer un descubrimiento, dijo :

— Cómprale un libro.

Tristemente, perdida toda esperanza de hallar nada que le salvara de la escena temida, el banquero contestó :

— ¡Tiene también uno!



Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

(CONTINUACION)

Explicué la indigencia de mi vocabulario y que, sin poseer diccionario, sólo habían sido mis instrumentos de trabajo la gramática de Lhomond, un libro parroquial y el texto de **Pro Arquia Poeta**.

— Es en verdad poco, muy poco — decía el amable sacerdote frotándose las manos —. Pero hay cosas que un muchachito inteligente como usted, conoce ciertamente. Leamos juntos algunas líneas en francés. Por ejemplo, esta frase de Bossuet :

Yo lei con entusiasmo : « Quedaba aquella temible infantería del ejército de España, cuyos gruesos batallones unidos, parecidos a tantas torres, pero a torres que sabían reparar sus brechas, seguían siendo inexpugnables... »

— ¿Qué es lo que usted ve en esta frase?

— Primero una inversión y que, en lugar de otros medios para expresar la solidez, nos ofrece ya una idea imponente.

El Señor Superior del Pequeño Seminario alzó los hombros.

— Un maestro laico no diría otra cosa... ¿Una inversión? Seguro que sí... ¿Y por qué no también palabras o letras?

Yo miré al hombre con cierto asombro. El insistió :

— Hable, hable, pues. ¿Qué clase de inversión?

Hice yo un gesto de ignorancia.

Entonces, desde muy alto y con una satisfacción que no intentaba ocultarse, el Señor Superior del Pequeño Seminario concluyó, pedante y cruel :

— Usted ni sabe el latín ni conoce los tropos. Ni siquiera distingue la sinquesis de las otras hiperbatas. Y usted se cree con la presunción de estar atraído hacia el sacerdocio... Combata, hijo mío, el demonio del orgullo, y vuélvase con los hermanos maristas.

¿Me había puesto yo rojo? ¿O estaba pálido? La cara de mi madre parecía un incendio.

Agarrándome ella de la mano, me dijo :

— Vámonos, Jacques. Lo comedia ha durado bastante.

En el umbral de la puerta y a guisa de despido, lanzó hacia el pedante y el malo :

Luego, llevándome con ella :

— Tú ves bien que el jesuita de Aix y el jesuita de Rognac son dos compadres. Aquí se ha recibido una carta antes de la que tú conoces y todas las trampas en las cuales has caído, habían sido ya cuidadosamente preparadas.

— ¿Pero, por qué han hecho entrar al Seminario a Luigi, que apenas si sabe leer y que no comprende nada de nada?...

— Toda la gente del pueblo llama a su madre « la bella piemontesa », y el señor cura es muy joven, también.

Niño que no busca el conocimiento nada más que en los libros, niño de formación física o enteramente extraño a cierto género de malicia, no comprendí lo que el mismo Luigi tal vez hubiera comprendido.

Cuando, el domingo siguiente, después de un sermón particularmente noble y emocionante, dije a mi madre cómo el viejo tratado de literatura « sustraído » por el maestro de los vicios : « Posee buenas costumbres oratorias », no ponía en esta ingenua constatación ningún malentendido o malignidad. Solamente algunos años más tarde advertí por qué la palabra había producido una risa, que entonces me asombró. ¿Por qué diablo también, cuando, en la mesa, mi madre volvió a contar con los ojos brillantes dicha palabra, mi padre golpeándose alegremente los muslos, repetía : « Este muchacho Jacques, ¡ah, qué muchacho!

Bien me repetía de que Dios da las potencias intelectuales indiferentemente a los buenos y a los malos, sufría por la elocuencia del « lobo disfrazado con una piel de oveja ». Encontraba penoso el desgarramiento de admirar y despreciar al mismo hombre. Pero un azar debía curar este sufrimiento.

En los sermones del abate Poulle, que me había prestado el hermano Neopoldo, encontré, sin un vocablo cambiado, el discurso que el domingo último me había visto obligado a admirar. A nadie dije nada, ni siquiera a mi madre, y esperé el próximo sermón que se nos serviría. Me las arreglé para que el sábado, el cura me encontrara declamando. Aquel vanidoso, que gustaba de los cumplidos aunque vinieran de un pobre niño, preguntó con un tono afectuoso :

— ¿Estás también repitiendo con tanto entusiasmo mi último sermón?

— No, señor cura; declamo las bellas cosas que usted nos dirá mañana.

Sin dejarle ni aun el tiempo de comprender que estaba asombrado, tiré el texto y comencé el exordio.

Ya el cura me volvía la espalda, alejándose a grandes pasos. Y yo, gritándole, cruel :

— Hasta luego, señor abate Poulle.

Luego, corrí hacia mi madre a contarle, con risas y con triunfos, la feliz escena.

Ella, primero no pudo contener la risa halagadora y a la vez sobresaltada. En seguida me reprochó de haber ido un poco lejos (no se decía aún : un poco fuerte) y de habernos hecho un enemigo mortal. Me recomendó de no repetir la aventura a nadie, ni siquiera a mi padre o al hermano Neo-



poldo. Pero no me dejó devolver el volumen sin haber leído el hermoso sermón.

Al otro día, aquel pobre señor cura tenía el aspecto muy enfermo. Con una voz apagada, enseñando su desgraciada garganta, se excusó por no poder cantar ni pronunciar la menor plática. Toda su misa fue un doliente murmullo indistinto. Ocho días después, había de nuevo encontrado salud, aspecto y elocuencia. Los sermonarios olvidados no son raros. Por más que leí maliciosamente todos los que había en la biblioteca del buen hermano Neopoldo, no descubrí el abastecedor nuevo de nuestro prestigioso predicador.

-Mi celo por el latín, al no tener ningún instrumento de progreso, disminuyó. De los libros edificantes del hermano Neopoldo, todo lo que era legible, fue leído; la tontería excesiva del resto me causaba náuseas. Falto de alimento intelectual, me volví desgraciado y travieso.

Tomaba la más ciega y astuta de las rutas hacia el abismo del primer amor.

Mis mezquindades se ejercían sobre todo contra las niñas, las jovencitas y las jóvenes esposadas. Los muchachos del pueblo, demasiado fornidos, no me interesaban para nada. Mis gustos diferían de los suyos, y también de ellos se separaban. Ellos decían con indiferencia: « Jacques, siempre en la luna ». Yo no tenía compañeros y se necesita algún compañerismo para la malicia o para la querrela. O es necesario que gustos comunes creen la emulación o la rivalidad.

Mis ridículas maldades contra las mujeres eran bizarramente las primeras explosiones de mi lento y sinuoso despertar sexual. Existía en el fondo de mí, desconocida y contradicha, la atracción natural. Timideces adquiridas hablaban bien alto de mi desgarramiento se traducía por una dificultad, un retroceso, una manera de furor que me parecía desprecio y odio. Tanto me habían puesto en guardia, en el convento, contra la mujer, instrumento del diablo y, añadía una metáfora atrevida que no hacía imagen ni para mi ignorancia, ni probablemente para la inconsciencia de los que hablaban, puerta del infierno. Sola, la virgen María es la puerta del cielo, *janua coeli*.

La naturaleza habría, sin duda, eliminado prontamente todo temor místico, si los terrores inyectados no hubiesen encontrado en mí a un aliado terriblemente potente.

Yo era feo. Lo sabía. Aún me creía más feo y más irremediablemente de lo que era.

Las opiniones de los padres sobre sus hijos son casi siempre terribles exageraciones. Porque yo tenía gustos librescos y aprendía fácilmente lo que leía, mi padre y mi madre me consideraban como una inteligencia única. Mi hermano, mucho más despierto que yo, más observador, en lo concreto mucho más inteligente, pero que no tenía ninguna predilección por los libros, pasaba ante sus ojos indignados como una especie de imbecil. En cambio, era un buen mozo y en él veían a la belleza realizada. Era necesario pues, debido a esto, para contrastar, que yo fuera la perfecta fealdad. No se podría tenerlo todo — me explicaba mi madre en mi primera infancia cuando me hacía

aprender, en La Fontaine, *El pavo real quejándose a Juno* —, y cada uno debe agradecer a Dios de su suerte.

La opinión de mis padres no había permanecido muda. El pueblo se adhería pasivamente a ella. De mi hermano apenas si podría hacerse un buen carpintero, mientras que en mí había el fermento de un gran hombre y, si yo abandonaba la absurda idea de hacerme cura, « un futuro ministro ». Para establecer el equilibrio no había una mujer que no encontrara a Augusto hermoso como un ángel y a Jacques feo como un demonio.

¿Tenían mis maldades un gusto de revancha? ¿Exponían solamente mi desgarramiento interior, mi incapacidad a comprenderme, mi impotencia a no esperar nada de la mujer?

El principal objeto de mis bromas pesadas era una delgada pequeña vecina que me parecía, a distancia, de una gracia exquisita. Entonces yo la afirmaba ridícula porque era pelirroja y afectadamente coqueta. A menudo la inquietaba, bailando alrededor de ella ya no me acuerdo qué danza sobre la cabellera, cantando dos rimas que había inventado, tan tontas como los versos provenzales del señor cura:

Maria Balurán
Lou vieil Caramantran (12)

Había oído decir vagamente que María tenía, en un pensionado de Aix o de Marsella, una hermana mayor llamada Elena. Como nunca la había visto no me interesaba para nada, siguiendo siendo para mí tan inexistente como si nunca hubiera oído pronunciar su nombre.

Un día de agosto me encontraba atormentando a aquella pobre María, que lloraba de enojo y pataleaba. Ella me respondía con injurias que alimentaban mi fuego de alegría; ensayaba en darme algunos golpes que yo evitaba riendo. Terminó, despéchada, en echarse por tierra; con gritos de desespero, rodaba y agitaba sus miembros desesperados. De más en más divertido, continuaba yo con mi danza y mi canción de ebriedad:

Maria Balurán
Lou vieil Caramantran.

Bruscamente, por detrás, manos robustas me agarraron por los hombros, me lanzaron al suelo. Luego una rodilla aplastó mi pecho y muchos puñetazos golpeaban en mi cara. Primero, reflejos que se deslizan ensayaron liberarme. Pero, mientras que María se alejaba diciendo alegremente: « Gracias, Elena, pégale fuerte, Jacques es malo », yo vi al agresor.

Ya no deseé escaparme; ni pensé más en defenderme; los magullones bien me parece, me causaban admiración. Había tenido, más bruscas y aplastantes que el ataque, la revelación de la belleza, la emoción y el amor. Si me hubiese atrevido — pero no me atrevía —, hubiera agarrado,

(12) Maria Balurán, el viejo carnaval. — H. R.



para cubrirlos de besos, a una de las manos que me golpeaban.

Ya, además, dejaron de golpear. Elena — ¡ah, la música de su voz! — respondía al « Jacques es malo » de su hermana.

— No lo será más. ¿No es verdad, Jacques, que tú no serás más malo?

Yo suspiré :

— Haré lo que tú quieras : eres tan hermosa...

Se puso colorada y, con una risa tal vez forzada, corrió a reunirse con María. Sus movimientos, como su voz y su rostro, me encantaban con una armonía que nunca más he vuelto a encontrar. Delante de la puerta de los Balurán había dos sillas que yo antes había visto. María ocupaba ya una y desde ella me hacía cuernos. Elena, sentándose, volvía a tomar una obra de costura. Ella parecía dedicada por completo a su costurero. Fingiéndome estar muy ocupado sacándome el polvo de mis ropas, no me cansaba de contemplarla. Luego se apoderó de mí una vergüenza, el desespero y el furor de ser feo. Corrí a esconderme en nuestro granero para llorar libremente. Y cerré aquellos ojos que derramaban tantas lágrimas para ver de nuevo la belleza de Elena, sus gestos, su manera de caminar y de sentarse en la silla, como así el movimiento de sus dedos laboriosos. Repetía, en su ritmo nativo, las pocas palabras que de ella había escuchado; y me emocionaba con su voz casi reencuentrada.

No soy yo de los que creen en un canon de la belleza. Sé cuán multiforme es y me agrada con sus numerosos aspectos. ¿Lo confesaré? Cuando trato de volver a ver y de comparar, la gracia fina de María me parece hoy más rara y más preciosa que el sólido equilibrio de Elena (13).

(13) A veces me pregunto, sin encontrar una respuesta justa, si no fue María, aunque sin que me diera cuenta, mi verdadero primer amor. ¿No decían mis bromas incasantes una predilección, no manifestaban una innegable preocupación y que luchar contra el amor era luchar contra María? La llegada victoriosa de Elena rompió este comienzo, precipitó sus fragmentos a profundidades tan oscuras que nada pudo remontar hacia la conciencia. Sin Elena, un trabajo delicado se hacía en mí, se tejía lentamente un amor completo en donde un día yo me habría sentido atrapado sin remedio y que se habría expresado. Había dicho bastantes injurias a María para dispersar mis timideces y osar, cuando viese claro, gritarle : « Te amo ».

Pero tal vez, en un mundo bien hecho, liberado de nuestros prejuicios y de nuestros absurdos « tabús », el futuro autor del « Amor Plural » hubiese comenzado en la vida sentimental, por un doble amor de dos bellezas tan diferentes de dos hermanas tan diversamente encantadoras. — H. R.

Peró durante muchos años, Elena fue para mí el tipo único de lo que es bello. Durante muchos años, una mujer no me pareció deseable nada más que en la medida de su parecido a Elena. Y, si mis ojos estaban equivocados en ser tan exclusivos, no era malo su gusto al querer amar a aquella gran morena bien hecha, un poco fuerte y netamente contorneada tal vez para su edad, y a aquella cara, flor oval, que iluminaban, dulces y brillantes, dos vastos ojos negros. Algunos días después de aquel encuentro un poco brutal, se cosechaban las almendras. En casa de los padres de Elena como en casa de todos los propietarios, se las descascaraba en los atardeceres. Ayudaban los vecinos. Mi madre estaba demasiado ocupada. Pero yo iba a casa de Elena con mi padre. ¿Era la casualidad? ¿O era alguna maniobra de mi amor el que me encontrara sentado cerca de la alta y hermosa muchacha?

Lo más a menudo la conversación, era general. Cuando cambiaba algunas palabras con mi vecina, debían de ser de una banalidad terrible. El sentimiento de mi fealdad me paralizaba. ¿Tenía yo el derecho de amar y de amar a una chica tan hermosa? Mi amor me parecía a la vez algo ridículo, una monstruosidad natural y un pecado. Lo escondía, lo aplastaba debajo de una doble y una triple vergüenza. Y me enganchaba desesperadamente, ya que era tan feo, a mi vocación sacerdotal. Justamente, Elena me habló de ella. En su pregunta sólo vi una curiosidad banal e indiferente :

— ¿Es verdad que quieres hacerte cura?

— Quisiera. Pero, ¿cómo hacer mis estudios?

— ¿Es verdad que aprendes el latín solo y que puedes hablar en latín con el señor cura?...

— Es verdad. Y, si tuviera los libros necesarios, lo aprendería todo solo.

— Jacques, tú serás un gran hombre. Mi padre dice que, si no te haces cura, llegarás a ser ministro.

— Si no puedo ser cura, seré hermano en una escuela.

— ¿Por qué? Te aseguro que no es divertido, el convento.

— Lo sé, pero soy demasiado feo para vivir en el mundo.

Me miró ella largamente. ¡Ah!, si solamente hubiera dicho : « No eres tan feo como parece... »

HAN RYNER

(Continuará.)

Han Ryner expuso en tres libros su filosofía del amor plural. El primero (El Amor Plural) y el segundo (Tomadme todos) tienen por marco Francia y una época librepensadora en donde se exponían con toda claridad las concepciones sexuales y afectivas más avanzadas. El tercero (Las Orgías en la Montaña) es de corte clásico y tiene por escenario a la Grecia legendaria. — Trad.

Gráficos de ayer y de hoy



Lo que no cambia.



Nuestro delito



Monsieur André Malraux en uniforme de capitán de aviación del Ejército Republicano durante la guerra 1936-1939, hoy ministro de asuntos culturales del Gobierno francés.



Ayer mi novia, hoy mujer de todos.

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

« C E N I T » OFRECE A SUS LECTORES LOS LIBROS SIGUIENTES

1. Las alegrías del destierro, Malato	4,00 frs.
2. El alma de los lirios, V. Vila	6,00 »
3. La alegría de vivir, E. Zola	2,50 »
4. La amargura de la Patagonia, R. Darío	7,50 »
5. Las amistades de Mirón, E. Regis	4,50 »
6. Amor e ironía, Yutang	7,00 »
7. El amor y la amistad, Antología	6,00 »
8. Adela y Matilde, C.D.R.S.	2,00 »
9. El amor y el señor Lewisham, Wells	3,00 »
10. Los ángeles negros, Mauriac	5,00 »
11. Año tras año, A. López	15,00 »
12. Aurora espléndida, J. London	3,50 »
13. Las bases físicas de la personalidad, Mottban.	3,00 »
14. La bestia estelar, A. Clarke	2,00 »
15. Búsqueda en la noche, A. Esteve	3,00 »
16. La campana de Nagasaki, Takashi	3,00 »
17. Carne y espíritu, Meersch	5,00 »
18. La carreta, Traven	5,00 »
19. Carta sobre existencialismo, J. Salas	4,00 »
20. Cartas de prisión, E. Toller	4,00 »
21. Celos, Zweig	5,00 »
22. Teatro, Cervantes	5,00 »
23. El cielo y tú, R. Field	4,50 «
24. Ciencia y conciencia, Le Danctec	6,00 »
25. Ciencia y filosofía, Antología	6,00 »

15 % de descuento a los que hagan mención del número de CENIT que publica el libro solicitado.

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)



CENIT

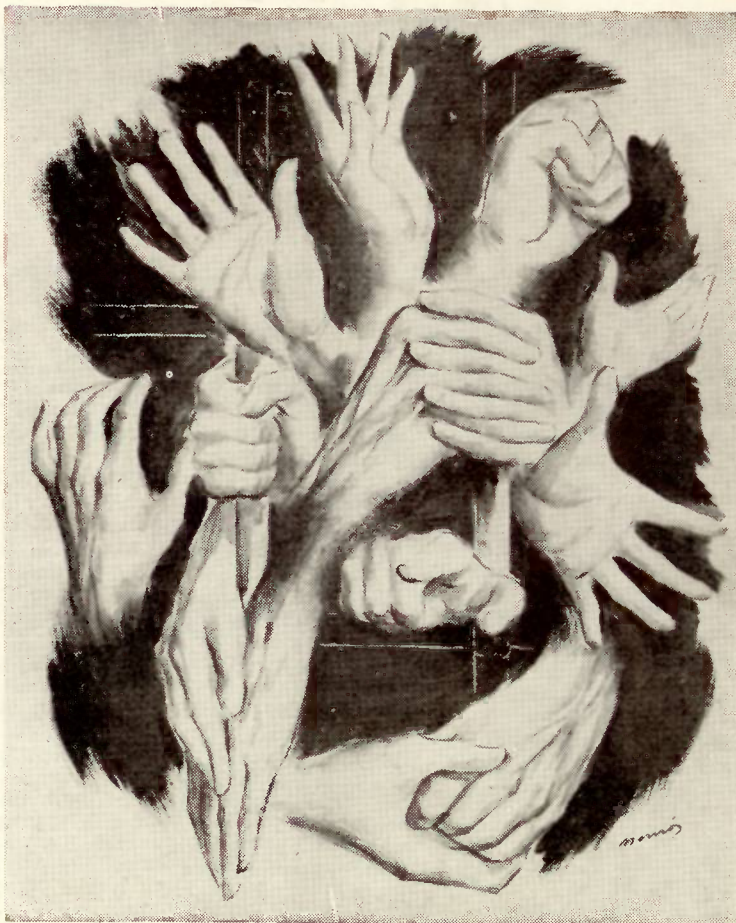
sociología
ciencia - literatura

Las manos, (1) (Dibujo de Monrós)

El lápiz del dibujante ha trazado con talento las diferentes imágenes de la mano que vemos. Ha querido dar el realce que la mano tiene en todas las actividades de la vida. De la vida entre rejas.

Pieza ejecutoria de todo lo que el hombre piensa, sin ella para qué serviría el pensar. Sin la mano, el hombre estaría limitado a la vida de diletante por excelencia.

¿Qué es lo que no podría decirse con la mano? ¿Cuántas ideas encierra un gesto de la mano? Limitémosnos para comprenderlo a escribir las diferentes expresiones que se oyen cada día: Mano de hierro. Dos manos juntas significa una súplica. Mano de justicia. Presentar la mano significa juramento. La mano en el pecho, conciencia. Con la mano en el corazón, sinceridad.



Apretón de manos, amistad. Lavarse las manos, indiferencia. Pedir la mano significa pedir el cuerpo. Darla, darlo. Levantar la mano, amenaza. Juego de manos, engaño. Mano militar, violencia, incivildad. Llegarse a las manos, pegarse. Golpe de mano, ataque. Echar la mano

Sumario

Alfonso Vidal y Planas: El ladrón.—F. Ocaña: La voluntad libertaria.—R. González Pacheco: La oposición. L. B.: Balada de guerra.—Muñoz Congost: II Conferencia en Casablanca.—Max Nettlau: Raíces primitivas de la idea anarquista en el pensamiento libre de la antigüedad de Oriente y Occidente.—Puyol: El húngaro.—Angel Samblancat: Medievo español anárquico. Gallos de campanar.—D.: ¿Poder revolucionario?—Leonardo F. Kleinfeld: Mejor que...—Amparo Poch: La vida y los libros.—Fabián Moro: Discurso del hombre libre.—Joseph Is-hill: rebelde solitario.—José Viadiu: El pedante.—Han Ryner: Colgando los hábitos (folletón).

158

MAYO - JUNIO 1964

REVISTA MENSUAL
PRECIO: 1,20 F.

4P5523

NUESTRA PORTADA

ayuda. Todo está en tus manos, de ti depende. Que tu mano derecha no sepa lo que hace tu mano izquierda, discreto, reservado. De mano airada, violenta. Manos seguras, confianza. Mano maestra, perfección. Cambiar de manos, cambio de personas. Manos sangrantes, manos de caudillo. Manos arriba, conminación. Mano de obra, conjunto de asalariados pobres. Bajo mano, acción oculta. Manos sucias, las de un capitán de intendencia. Mano a mano, sin intermediarios. Mano ligera, pegar fácilmente. Mano pesada, pegar fuerte. De segunda mano, que no es nuevo. Atarse las manos, compromisos que te privan de libertad. Caer en sus manos, estar dominado. Entre manos, manejo. Meter la mano, intervenir. Dejar de la mano, abandonar. Cargar la mano, aprovechar, abusar. La mano en la masa, cogido en el acto. A las manos, riña. Las manos en la cabeza, escandalizarse. Etc., etc. Además la mano, cual instrumento dominado, igual que hace que deshace, cura que mata, acaricia que maltrata, consuela que atormenta, libera que tortura, un gesto de la mano lo mismo absuelve que degüella, abre paso que lo cierra.

No es extraño, pues, que el artista Monrós haya dedicado su talento para honrar la mano en la lámina que CENIT gustoso reproduce.

LLAMAMIENTO

La Redacción y la Administración de la revista, por diversos motivos, entre los que destaca su estado económico, se ha visto en la obligación de proceder a la reforma de periodicidad de CENIT. En efecto, el último balance efectuado arroja un déficit considerable, que no sabemos cómo podrá saldarse.

La única salida, que esperamos sea provisional, es la de que aparezca, de momento, bimestral.

Hemos analizado los precios de diversas publicaciones y el ritmo que han seguido desde el año 1951, año de aparición de CENIT, hasta la fecha y hemos constatado que el de la revista va a la zaga de aumentos con casi todas las publicaciones similares. Vis a vis de los semanarios, por ejemplo, CENIT debería pagarse ahora el 30 % más que lo que se paga. ¿Es quizá esta demora en los aumentos el motivo de su situación insolvente? Es posible. De todas formas, prescindiendo del porcentaje señalado, los precios quedan regularizados como más abajo se indica.

Que los lectores dispensen esta medida, por demás forzada, y que los compañeros y amigos se esfuercen por aportar a CENIT lo indispensable para que pueda continuar apareciendo como lo ha hecho durante los catorce años de vida que lleva ya.

Es lo que de todo corazón desea y de ello quedará agradecida,
La Administración y la Redacción de CENIT.

C E N I T

F.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	10,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Todo ello a partir del presente número.

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento responsable, tienen cabida en estas columnas.)



GENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIV

Toulouse, Mayo-Junio 1964

Nº 158

EL LADRON

UN pobre, un infeliz ladrón (¡con perdón!)... no es cosa fácil saber bien lo que es un ladrón...

¿Qué es un ladrón?... Pues, un ladrón, lo que se dice un ladrón, no es sino un gran desgraciado que no sabe robar; un inepto del más común de todos los humanos oficios, que es (¡con perdón!) el de quedarse uno «honradamente» con todo lo que pueda del amado prójimo.

Pero usted, dignísimo señor, me está diciendo «in mente» que no me entiende. No tiene nada de extraño que usted no me entienda, cuando ni yo mismo acabo de entenderme. Voy, pues, a tratar de hacerme comprender por usted y por mí mismo, que soy mi peor entendedor, pues mi mente nunca comprende a mi corazón, y mi corazón nunca comprende a mi mente.

¿Es una gran desgracia no saber robar?... ¡Le diré, honradísimo señor! Cuando uno tiene vocación de amigo de lo ajeno, como puede otro tenerla de fraile descalzo, no saber robar es una gran desgracia, una terrible desgracia (¡con perdón!). Porque el que no sabe robar y roba, no roba bien, sino que roba mal; es decir (¡con perdón!) no roba como persona decente, o, por lo menos, pareciéndolo, sino que roba como ladrón, ineptamente, torpemente, delictuosamente, rompiendo con frecuencia todos los platos del lucro, como las zafias fregonas rompen los de loza. Porque, dígame el respetable señor: ¿Qué sacan, al fin y a la postre, de tanto como roban, los pobrecitos ladrones? Los huesos quebrados a palizas, el nombre todo escupido por el social desprecio y una vivienda gratis (¡eso sí!) en cada cárcel. ¡Eso es todo lo que sacan!... Y respóndame con toda franqueza el querido señor:

Con tales ganancias, ¿qué idiota robaría como ladrón si supiera robar, por ejemplo, comprando casas a seis mil dólares, o a menos, para venderlas «honradamente» (quiero decir que sin salirse de la ley) a dieciocho mil o más?... O, ¿qué majadero robaría como ladrón si supiera robar, también por ejemplo, cobrando trescientos dólares, o más, por acabar de desarreglarle la boca a un desventurado y ponerle una dentadura postiza de barato «sintético»?... O, ¿qué estúpido robaría como ladrón si supiera robar, verbigracia, como carnicero que robe demasiado? Digo «demasiado» porque no estaría mal que los carniceros robasen sólo un poquito...

¡Desengañese el buen señor! Un ladrón, lo que se dice un ladrón, no es sino un gran desgraciado que roba fuera de la ley porque no sabe robar sin salirse de ella. ¿Qué más quisiera el pobre!... Por eso yo, que soy tan cristiano, compadezco tanto a los pobrecitos ladrones. (¡Con perdón! ¡Con perdón! ¡Con mil perdones!). Y he vuelto a llamarlos pobrecitos porque lo son verdaderamente: ¡Siempre robando, y nunca serán sino unos miserables! ¡Jamás un ladrón, lo que se dice un ladrón, ha muerto rico! En cambio (dicho sea con un millón de perdones) todos los que saben robar sin ser ladrones, lo que se dice ladrones, ésos mueren millonarios. Y yo escribo así porque no quiero ser ladrón; lo sería, en mi conciencia (por cristiana, escandalosa) si yo robase al público la sinceridad que le debo...

Le contaba, señor, que un infeliz ladrón... ¿Qué le pasó a un infeliz ladrón, que ya no me acuerdo?... ¡Ah, sí! ¡ya me acuerdo!... Un infeliz ladrón entró a robar en una casa. Sorprendieronlo el dueño y un hijo de este mozallón y fuerte; propinaronle entre ambos fenomenal paliza, dejándole medio muerto, y llamaron después a la policía. ¡Muy mal hecho! Si ya le habían dado «lo suyo» al pobre ladrón, lo de llamar encima a la policía fué demasiado. Y si pensaban entregarlo a la ley, no debieron haberle dado la tremenda paliza. El desgraciado ladrón fue castigado dos veces por un solo delito. Y esto (¡con perdón!) es una monstruosidad jurídica.



ALFONSO VIDAL Y PLANAS

POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

La voluntad libertaria

(CONTINUACION)

¿SIENTE el Cosmos la **necesidad** de existir? ¿Qué **causa** lo motivó? ¿«Causa motivadora» o primera del Cosmos? Inútil resultará el esfuerzo **mental** que hagan los **deterministas**, de todas las clases, por hallar la respuesta adecuada y cabal que lo explique basándose en el **determinismo**, de modo que no puedan ponerlo en duda todas las psicologías humanas o al menos las evolucionadas. Y no es preciso que confiesen su impotencia, porque el impotente es el **determinismo** que carece de los elementos propios y positivos para explicarlo.

El Cosmos, o lo que existe y no dejará de existir, **no fue causado**, ni sintió, por lo tanto, la **necesidad** de ser «creado», porque existió siempre, como contiene o existen en su seno todas las fuerzas y todos los elementos que se combinan, de forma **casual** —y no **causal**—, formando continuas formas de **ser** de modo **indeterminado**.

Usando los términos expuestos por nuestro «contradictor», para expresar lo opuesto, decimos que los fenómenos de los **cuanta**, como todos los fenómenos o procesos físicos ocurren durante los «intercambios de la energía», de sus combinaciones que se realizan, repetimos, de forma **indeterminada**, sin seguridad, **principio del indeterminismo**. Y es lógico, porque la inteligencia proyectiva y constructiva, lo **consciente**, la **conciencia** y la **voluntad positiva**, de **hacer**, que pueden determinar cambios en la misma materia y en sus movimientos, son potencias físicas, afectivas, psicológicas y mentales que sólo son poseídas por el individuo humano que así revela, en medio del Cosmos, pese a su ínfimo volumen, su superioridad sobre cuanto lo circunda.

Por otra parte, ¿se puede negar que en nuestro planeta Tierra surgieron las especies vegetales y animales de manera **indeterminada**, por **casualidad** —muy distinto a **causalidad**—, por felices y laboriosas coincidencias físicas y químicas? Consideramos que es innegable de acuerdo con los estudios biológicos. ¿Para qué extendernos más al respecto siendo tan clara nuestra tesis que alguien ha llamado «sin fundamento alguno»?

Es muy común que las verdades más claras y sencillas, precisamente por serlo, por tener peculiaridades, son las que, generalmente, pasan innotadas largo tiempo. Recordemos cuánto costó admitir a los pueblos y a las mismas llamadas élites intelectuales, en los siglos XVI, XVII y XVIII, por ejemplo, que la Tierra no era plana, y que era ésta la que giraba alrededor del Sol y no éste en torno

a nuestro planeta. Así nos encontramos hoy que al claro y comprensible **indeterminismo**, que en líneas generales está al alcance de todas las mentes normales, se oponen los complicados **determinismos**. Y será algo difícil se abra paso el concepto, que consideramos bastante bien fundado, que no existen leyes inmutables en la naturaleza, que sólo obran fuerzas o energías que se complementan, **sin cantidades** fijas ninguna de ellas produciéndose, de forma **indeterminada**, potencias mayores o menores en cada una de acuerdo a como va combinándose o moviéndose la materia en el Espacio.

Para aceptar, con nuestro «contradictor» —o contradictores: un escritor y un estimado viejo doctor—, la existencia de «causa motivadora» en el Universo tendría que ser respuesta global del y en el Cosmos, porque no es concebible que ocurra algo distinto a él, y nada existe desligado o aislado del mismo.

Existe el Cosmos porque existe, sin razón alguna, **sin tener siquiera razón de ser**, repitiéndonos, de otro modo, para mayor claridad del concepto. Es lo que es por serlo sencillamente sin que necesite otra explicación, sin complicaciones teóricas. La **causa** es, pues, extraña a su naturaleza. Por consiguiente, no siendo el Cosmos motivado, sin «causa motivadora» que, según nuestro «contradictor», es la «base más sólida del concepto filosófico del **determinismo**», significa que éste queda sin base alguna que lo sostenga como creemos haber probado en virtud de la misma forma de **ser** del Cosmos, sin punto cero, sin principio —sin causa— ni fin.

Tantos para los **deterministas** como para los **indeterministas** —estos parecen ser hoy los más efectivos **positivistas**— lo verdadero, lo que ni los unos ni los otros negamos —dejamos a un lado a los religiosos— es que el Cosmos es el todo, lo esencial para el «nacimiento» y sostén de todas las variables formas de **ser** de la materia. Pero consideramos que lo que escapa a la comprensión de algunos **deterministas-mecanicistas** es que de esta verdad cósmica parten todas las verdades o lo que es lo mismo: las engloba todas sin poder negarse las unas a las otras, ni una, siquiera, negar u oponerse a las demás, ni éstas a aquélla.

Lo que esté en oposición al Cosmos o niegue su naturaleza se niega a sí mismo y también la doctrina que formule o invente un sujeto cualquiera para intentar sostener tan erróneo y antivitaval criterio, porque el Cosmos no tiene, **antecedentes**, no se debe a condiciones creadas anteriormente. Admitir que las tuvo sería tanto como aceptar que tuvo principio y que, por consiguiente, tendrá fin que, en rigor, no lo tienen ni las llamadas formas

de ser transitorias, porque pasan a ser otras cosas o a formar parte de varias de éstas, siendo siempre o sin dejar de ser materia o energía cósmica en movimiento permanente combinándose sin cesar.

Una «verdad» no puede ser reconocida por tal si es negada por otras verdades circundantes y, en particular, por la misma Verdad Cósmica que contiene todas las verdades naturales conocidas y las desconocidas e inadvertidas por nosotros que, en realidad, son, todas, fracciones de aquélla. Cualquiera verdad ha de ser, pues, verdad desde el principio, como fracción de la Verdad que el Cosmos representa.

Advertimos y adoptamos la invención de términos para la comprensión mutua entre los individuos humanos en la vida cotidiana diciendo, por ejemplo, aunque no sea científico, derecha e izquierda, arriba y abajo, puntos cardinales, etc. A todas las cosas que el sujeto proyecta, descubre, inventa, fabrica, le ocurre o sucede en su derredor, naturalmente, le pone nombres para orientarse, entender y hacer comprender a sus semejantes sus procesos o movimientos, sus propiedades y utilidad, etc. Pero una cosa es discurrir y adoptar medios de comprensión y otra confundir la «gimnasia con la magnesia» o lo que es peor: lo convencional por lo real.

Concretamente: si el Cosmos no fue causado no existe el antecedente y la llamada ley de causa-efecto es, repetimos, extraña a su naturaleza. Con razón según la fórmula de Werner Heisenberg, que explica todas las leyes físicas del Universo, «en la naturaleza no hay determinismo, ni continuidad, ni causalidad. Sin embargo, no negamos lo útil de aprovechar los términos: no hay efecto sin causa ni causa sin efecto, o que la misma causa producirá siempre —aunque es discutible—, relativamente hablando, el mismo efecto o efectos con el fin de explicarnos, convencionalmente, fuerzas que operamos, movimientos mecánicos o de «inerencia», procesos y fenómenos físicos, psíquicos, fisiológicos, etc., y con la ficción alcanzar resultados positivos. Pero éstos pueden lograrse partiendo del indeterminismo como lo ha demostrado Heisenberg desembocando a una «ley» física universal, o mejor dicho, de acuerdo con nuestra tesis: a un nuevo principio físico.

En consecuencia: el determinismo no es, pues —valga la repetición para confirmarlo—, una ley de la naturaleza como tampoco parece serlo la fuerza gravitacional, de la que ya hablemos antes, ni las demás llamadas leyes naturales. A cuanto sucede en derredor nuestro, en el Cosmos podemos llamarlo combinación incesante y cabiante de fuerzas y de elementos, de energías que se debilitan o aumentan sus potencias —o constituyen otras— de acuerdo a como se mueve, se traslada y se distribuye la materia en el Espacio. Y no nos cansaremos de repetir, de mil modos, lo que consideramos Verdad, que viene a terminar con todo lo dogmático, pensando que menos se fatigan los religiosos repitiendo misas, letanias, etc., todo lo que es mentira.

Dice nuestro «contradictor» que «sería apasionante seguir todas las consecuencias teóricas y prácti-

cas que se han seguido —que empiezan a seguirse y se seguirán, decimos nosotros —con la Teoría de los Quanta de Max Planck —continúa diciendo aquél— y debemos despedirnos de ese cuanto amigo para continuar el desarrollo fundamental que nos proponemos». Lo curioso es que nada fundamental dice ni podía decir al no usar o desconocer los elementos básicos, científicos —los de la comprobación de la teoría cuántica— que necesitaba y necesita para intentar la defensa de su particular tesis determinista.

«El contradictor» ni siquiera menciona, por ignorarlo quizá o porque la noticia le pasó inadvertida, que el cuanto fue descubierto —al menos «oficialmente»— catorce meses antes de junio de 1963 que publicó el artículo que vertió al castellano hablando de la teoría cuántica como se formuló en 1900. Lo único que sobra del mismo, a nuestro entender, son las pocas palabras que mezcla el «contradictor» tergiversando y retorciendo, a su manera, o de mal modo, el escrito aludido. También desconoce, al parecer, que a los seis meses de hacerse el descubrimiento sabios rusos empezaron a hablar de ciertas posibles consecuencias, teóricas y prácticas, y por los informes —que creemos se los «reservaron» algún tiempo— aparecidos en la prensa el 9 de octubre de 1963 sabemos que científicos de la misma nacionalidad están tratando —como los sabios norteamericanos— que el cuanto amigo —y toda la materia— empiece a ser aprovechado como el peor y más terrible enemigo del género humano. He aquí por qué manifestamos cuán necesario es atrapar las noticias o nuevas y últimas verdades que aparecen cada día en diversas publicaciones en vez de escribir «sin ton ni son» o basándose en conocimientos contenidos en libros que aquéllas los rectifican o los desmienten y los sustituyen arrinconándolos por viejos.

A nuestro «contradictor» no debiera costarle reconocer su ignorancia sobre los quanta y otros problemas que nos plantea la Ciencia, como la reconocemos nosotros, sin querer esto decir que no podemos opinar inspirándonos en lo poco que los científicos dan a la corriente pública, y extraer consecuencias en beneficio de la Humanidad y de la libertad.

Al hacer comentarios científicos tengamos, al menos, algún indicio o hecho científico en qué basarnos y nos facilite la tarea de vulgarizarlos; pero sin ser hombres de ciencia no nos atrevamos a hablar de lo apasionante que sería hacer algo en un campo científico que desconocemos.

Aclarar ideas y rechazar absurdos que puedan confundir y desorientar a nuestros semejantes es, en gran parte, lo que hacemos al iniciar la serie de escritos sobre Respuestas humanas del Hombre. Y tiene tanto o más valor humano y social que científico, por las consecuencias irreparables que puede tener para la Humanidad, el aclarar lo que respecta a la Teoría de los Quanta, comentar el descubrimiento que la confirma y las «sugerencias» sobre sus inmediatas aplicaciones dadas, en pocas palabras, por sabios que trabajan en Rusia y en los EE. UU. en el campo de las investigaciones nucleares.

Mucho luchó el mundo científico por hallar y comprobar la verdad sobre la existencia y la influencia de los **quanta** en el Universo. ¡Seis décadas transcurrieron sin poder descubrirlos o «atraparlos»! Todo daba a entender que existían, pero no se podía asegurar hasta comprobarlo cabalmente. Así lo exige, rigurosamente, el pensamiento científico puro. Pero ¡albricias!: gracias a la colaboración de hombres de ciencia de Europa y de América se ha descubierto lo bien fundada que estaba la **Teoría de los Quanta**.

En efecto, una breve noticia —posiblemente publicada con dos o más años de retraso por motivos «estratégicos» comprensibles— que la prensa americana publicó el 14 de marzo de 1962 confirma y prueba lo esencial de la precitada teoría: el descubrimiento e **identificación** de una de las últimas partículas llamadas de «anti-materia»: el anti-menos, denominada también anti-cascada-hiperión. Se había pronosticado, acertadamente, la existencia de esta infima **partícula de materia cuya vida hoy sabemos que apenas si supera una décima de milésima de millonésima de segundo**. Lograron descubrirla equipos científicos norteamericanos, suizos y franceses. Dicen que es «una de las últimas partículas de «anti-materia», y no «casi el último elemento del Universo como dice nuestro «contradictor» por no atreverse a decir que es el último, aunque esto es lo que afirma al exponer que «sin el **quanto** no habría materia».

Comprobación: la partícula fue observada, medida y fotografiada. Ya no caben las dudas. Queda confirmada la **Teoría de los Quanta** que enuncia toda partícula elemental conocida supone la existencia de una antipartícula. En 1900 Maximiliano Planck ya dijo: «La energía de la radiación es distribuida por un cuerpo radiante en forma discontinua, en cantidades fijas o **quantas** las cuales son proporcionales a la frecuencia de las vibraciones».

«La constante de Planck, representada por **h** es la cantidad que, dividida por el periodo de oscilación, da la unidad de energía. La suma o montante de energía en el **cuántum** es **hn**, donde **n** representa la frecuencia de la vibración».

Concretamente es cuanto se sabía, matemáticamente, antes de la confirmación de la **Teoría de los Quanta** por científicos del laboratorio nacional de Brookhaven, de la Universidad de Yale, del centro Europeo de Investigaciones Nucleares de Saclay y de la Escuela Politécnica de Francia.

Hoy parece observarse que las intermitencias y las cantidades de radiación de la energía no son tan fijas, aunque quizá ya midan —y los científicos se lo callan por «razones» de Estado—, en el presente, las diferencias tan infinitesimales en la distribución de la energía de la radiación por el cuerpo radiante. Este, como todos los elementos y demás fuerzas o energías del Cosmos descubiertas por la Ciencia, varía su potencia también de acuerdo a cómo esté distribuida la materia en el Espacio.

La precitada aseveración, tan acorde con el **indeterminismo**, en nada afecta a lo fundamental de la **Teoría de los Quanta** que facilitó el hallazgo de la partícula precitada y, matemáticamente, daba

por seguro la existencia de la misma. Y sólo el nombre de ciencia puede ya dominar y dirigir la energía de la radiación de modo continuado con cantidades fijas, **determinar** movimientos de rayos más o menos angostos de **cuántum**.

¡Lo que va de ayer a hoy! La hipótesis sobre la radiación formulada por Max Planck era rechazada por eminentes científicos como Sackur. Este, por ejemplo, realizó experimentos operando, afirmó, en condiciones que la influencia de los **quanta** debiera dejarse sentir y, sin embargo —afirmaba Sackur, científico carente de la intuición y de la imaginación de Max Planck—, no señalaban el menor indicio **quantista**.

En nuestros días, pese a las negaciones y oposiciones por las que pasan todas las teorías científicas, sociales, etc., la **Teoría de los Quanta** es una maravillosa y espléndida realidad como lo será, algún día, la sociedad comunista libertaria, antidictatorial, antiautoritaria, antipolítica, que es decir antiestatal, que los libertarios españoles iniciemos en algunas regiones hispanas en 1936-39, por considerar que es la única forma de organización social que eliminará las causas de las guerras, y aprovechará el Trabajo y todo el saber en bien de todos los seres humanos.

En el precitado descubrimiento no han contribuido los hombres de ciencia que viven en Rusia bajo la férula de Kruschev; pero sí comprobamos que seis meses después de haber confirmado la teoría **cuántica** los científicos supeditados —muchos quizá de mala gana— a la voluntad del dictador ruso hicieron saber que están aprovechando los nuevos conocimientos. Efectivamente, la prensa que vio la luz el 9 de septiembre de 1962 en Moscú publicó unas líneas del informe del eminente científico Nicolai Semenov. En el documento que este sabio leyó ante un seminario educacional, con respecto a las futuras posibilidades de la ciencia entre otras cosas dijo que es posible que el hombre aprenda a transportar la energía eléctrica a través del espacio mediante rayos angostos de **quantum** u ondas de radio ultracortas. ¡Transporte de la electricidad sin postes ni cables!

«La Luna —manifestó Nicolai Semenov— podría ser utilizada como una gigantesca estación de fuerza eléctrica capaz de suministrar a la Tierra trillones de kilovatios de energía eléctrica.»

«Esto podría construirse, en realidad —añadió el mismo científico—, si el hombre tiene éxito en cubrir toda la superficie de la Luna con semiconductores y fotoelementos de gran eficiencia.»

Pronosticó también lo siguiente: «Que la estación en masa de estaciones termonucleares, solares y subterráneas utilizando el calor interno de la tierra se iniciará a comienzos del próximo siglo, y que la energía eléctrica estará al alcance del hombre en cualquier parte de la Tierra prácticamente en la cantidad que se quiera.» Además afirmó que «poseyendo tan tremenda cantidad de energía eléctrica la humanidad podría gobernar el clima de su planeta y controlaría a los planetas del sistema solar, especialmente Marte.»

Así habló el sabio ruso Nicolai Semenov seis me-

CARTELES

La oposición

Bien está en todas partes, porque se afirma peleando; menos entre los políticos. No es pegarlos en el suelo, sino que debe decirse: su resistencia, hasta ahora, sólo ha servido a la anécdota, alegre o cruel, pero negativa siempre. Es una oposición de ancas; de ancas de bueyes.

Sus principios, y sus medios, y sus fines nacen, actúan y mueren dentro del campo en que es reina esta madama: la ley. Gran señora, a la que tienen un miedo, o respeto, bárbaro. Pujan por ella, y a quien la cumplimenta mejor. Y ni uno que sea a negarla y, menos, a sugerir que fuera de ella pueda siquiera vivirse. ¡Ah, no! Sólo son a protestar que el que les golpea la vida la cumple mal, o no la cumple del todo. ¡Que hay que cumplirla!

Y yo pienso: cuando un buey se deja uncir es porque, tácitamente, se comprometió a yugularla. Se dijo: —¡Vamos a arar!— A gobernar, para el caso. Si luego, por sí o por no, mañerea o se hace el chúcaro, fatal, viene a ser también que el que empuña, la picana se desate en salvajadas. Todas las ancas, revueltas incitan a picanearlas. ¡Al surco, al surco!

Y sí, señor: desmán y crueldad es esto que a mí, de veras, me indigna. Pero esto no oculta aquello, que a nadie puede ocultársele: que en la entraña de estas víctimas había otros victimarios. ¡Otros que querían mandarnos! Por lo demás, si para ellos lo mismo que para el buey, lo legal es enyugarse, que se revuelvan y bramen, reclamando lo del toro: ¡la libertad! — es un poquito grotesco...

No, no, no. El mal de toda la vida, para el hombre es el gobierno; que lo ocupe quien lo ocupe, y aún suponiendo macanas: que haya uno bueno. Cada cual padece peor. Entonces: ¡a rechazar las coyundas, romper los yugos, negarse a surquearle el campo a esa cachonda señora Legalidad!

R. González Pacheco

BALADA DE GUERRA

El soldado se va al frente;
mas río quiere pelear.
Con amargura sonríe,
por no llorar.

Quisiera con el sargento
la bayoneta estrenar
y terminar la campaña
(dicenciando) al general.

Con angustia se pregunta
de qué vale guerrear.
Vencedores y vencidos
todos sufren por igual.

En cualquier parte del orbe
se nace por un azar;
el sol luce para todos
con la misma intensidad;
para todos se hizo el aire
y la inmensidad del mar.
Pero los hombres se matan.
¿Por qué será?...

Con la frente a las estrellas,
el soldado muerto está.
De su pecho y de su boca
la sangre manando está.
A borbotones humeantes,
manando está...

Un bulto oscuro se acerca,
con receloso mirar;
regaña el diente y husmea...
Es un chacal.

Caninos brillan agudos
cual la punta de un puñal...
La sangre aun bulle.
¡Qué roja está...!

Entretanto, allá, lejos,
en el hogar,
la madre mira un retrato,
una vez más:
«¡Hijo del alma! ¡Qué guapo estás
con tu uniforme de militar!
¡Qué guapo estás...!»

L. B.

ses después de descubrirse el **quanto** que permitió penetrar en el mayor conocimiento, dominio y aprovechamiento de la materia. Pero desde marzo de 1962 que científicos norteamericanos, suizos y franceses anunciaron la **identificación** del cuerpo radiante han pasado casi dos años. Y dados los medios tecnológicos y científicos con que cuentan los sabios rusos en el presente habrán podido acortar la ventaja que los descubridores de aquella partícula de materia les llevan en el campo de la «anti-materia».

¿Qué significa el dominio del hombre en el precitado campo científico? Hasta ahora sólo podíase utilizar el **uno por ciento** de la materia que se em-

pleaba para fabricar bombas atómicas. De acuerdo con la ecuación de Einstein que energía es materia al poder ser ésta transformada en energía, totalmente, quiere decir que el **cien por cien** de la materia podrá ser aprovechada para destruir. Significa, pues, que la Tecnología y la Ciencia dominando el campo de la «anti-materia» pueden fabricar armas nucleares de poder destructivo, aniquilador, miles de veces superiores a las más poderosas bombas atómicas que se han estado fabricando en Rusia y en los Estados Unidos.

(Continuará.)

F. OCANA.

II conferencia en Casablanca

----- por Muñoz Congost -----

CONTINGENCIAS Y RESPECTIVAS DE LA ESPAÑA DEL MAÑANA

PROBLEMA de contextura extremadamente compleja, forma parte de las preocupaciones de todos cuantos sienten en sí y para sí la inquietud del mañana, del incierto porvenir, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que duerme en muchos de los españoles, envuelto en todo cuanto constituye un presente de absorbentes realidades que le relegan, mal que no lo queramos, a un segundo término.

¿Cuáles son las perspectivas del mañana ibérico? ¿Cómo se va a presentar la sucesión al régimen actual? ¿Qué posibilidades de realizaciones sociales se ofrecen al pueblo español, en cuanto haya recuperado sus ansiadas libertades? ¿Qué papel jugarán las contingencias y presiones internacionales en ese momento? ¿Qué influencia podrán ejercer las organizaciones clásicas de la democracia y de la revolución española? ¿Qué representan para nuestro pueblo estas organizaciones viviendo duramente en la clandestinidad y en el exilio, después de veinticinco años de dictadura franquista? ¿Qué piensan de ellas las actuales generaciones influenciadas poco o mucho por una propaganda sabiamente dirigida desde arriba que supo poner de relieve los errores y ocultar los aciertos del período anterior a la dictadura? ¿Cuál es la situación de la industria y del campo, es decir, de las fuentes de riqueza del país? ¿Cómo reaccionarán las clases poseedoras de las llaves de esa riqueza, a las transformaciones sociales, caso de haberlas, que sigan al cambio de régimen, en cuanto éste se produzca?

Avalancha, cúmulo de preguntas que en quienes viven la realidad peninsular, se plantea como indescriptible rompecabezas cuyo análisis detenido parece que no nos atrevamos a hacerlo temerosos del alcance que pueda tener esas interrogantes terribles, y cual si prefiriésemos ver venir los acontecimientos para ir paliando despés en el precipitarse de los hechos, acudiendo acá y acullá en sabia y desordenada improvisación.

Hasta la hora presente, para quien haya querido dedicar unas horas de trabajo cada día al examen de las realidades palpitantes de un problema crucial, habrá tenido que constatar, que los hombres de la política española, los que dicen vivir estas preocupaciones, se han lanzado en estudio y examen retrospectivo de las horas que fueron, de los errores, de los aciertos, de las claudicaciones, de las precipitaciones, fases diversas de esa lucha social cuyas últimas facetas (período de 1936 a nuestros días) son pródigas en ejemplos y en lecciones.

Pero del farrago de obras y análisis, de todo el examen realizado, nadie a nuestro entender ha que-

rado sacar esas lecciones, conclusiones, para que sirviendo de guía a una visión del mañana, pudieran hacer de éste una aurora de esperanza para nuestro pueblo.

Cierto es que infeodados unos y otros a los programas políticos o sociales de sus respectivos partidos y organizaciones, puede que hayan temido echar semillas de cismas internos o dar nota de discordancia, esperando, como hemos señalado más arriba, que en ese mañana, al imponerse las realidades, sabremos unos y otros llenar los vacíos, vencer las dificultades, imponernos a los desfallecimientos, superar lo superable y... ¿quién sabe si, lo insuperable?

Pero los programas políticos y sociales, más o menos revolucionarios en la vasta gama que va de la democracia burguesa o capitalista hasta la revolución libertaria, y que ofrecen un amplio contenido de realizaciones orientadas dentro del juego de los intereses que cada uno de ellos representan, no son, aun y comprendiendo el estudio que se realizó para plasmarlos, más que un conjunto de generalidades, sin la adaptación precisa al momento humano, político, social, que pueda presentarse. Son cual si realizásemos y plasmásemos el proyecto de un edificio de magníficas proporciones arquitecturales, sin conocer el lugar geográfico donde hubiéramos de construirle, sin tener en cuenta las condiciones de orientación, clima, la existencia de materiales susceptibles de ser utilizados, posibilidades de mano de obra constructora, etc. A la hora de construirlo y ello ya en un lugar determinado, nos veríamos obligados quizá a modificar totalmente el proyecto para adaptarle a todos estos factores, que el proyecto inicial habría servido para bien poco.

Sería preciso que considerásemos el problema del porvenir de nuestro pueblo con la fría apreciación propia de los defensores del materialismo histórico del marxismo comunista, para quienes el factor «hombre» con todas sus necesidades no tiene ningún peso, para con ellos y como ellos hacer abstracción del individuo y pasar a la aplicación fría y calculada de la dictadura de un partido para el, que sólo cuenta la supremacía en el poder, haciendo caso omiso de las miserias del pis, de las realidades del hambre material y moral de las generaciones venideras.

Mas, como ése no es el caso, y si hoy nos vemos empeñados en la lucha contra el franquismo, igual nos encontraríamos mañana en otra lucha contra otra dictadura del color que fuere y que a ésta sucediera, es difícil comprender esta inhibición de los pretendidos prohombres que ya se creen más o menos destinados a asegurar la difícil sucesión franco-falangista, y que en ningún momento han manifes-

tado cómo y de qué manera a partir de la sucesión, habrían de asegurar la solución de los múltiples problemas que habrían de ponerse a fin de garantizar la marcha regular, normal y lógica del país. Pero hagamos señalar, que hemos dicho «es difícil comprender esta inhibición», porque en realidad no deberemos vacilar en decir a continuación: difícil pero no imposible.

En el ánimo de los hombres políticos está la aplicación del programa que cada uno dice defender, dentro de las posibilidades y sin que ello arriesgue la supervivencia del poder constituido o a constituir; del gobierno, de las riendas autoritarias. Y aquí está la verdadera respuesta.

Explicuémonos:

Ninguno de ellos ignora, o digamos mejor, ninguno de ellos debiera ignorar la complejidad del problema social y humano que nuestro pueblo representa, por las fuertes tomadas en su suelo, en su economía de ese conglomerado de intereses que representan los capitales amontonados a costa del sudor proletario, la Iglesia, el Ejército, la clase media española, del quiero y no puedo, el traje de lana inglesa, el aperitivo a la terraza del café antes del plato de patata cocidas por toda cena, del billete de abono para los toros, el fútbol o la ópera a costa de penosas supresiones hechas en los presupuestos hogareños.

Los defectos del actual material industrial, la vetustez de las instalaciones.

El angustioso interrogante del agro español, más desnudo cada día y para cuya recuperación progresiva pero rápida se precisa de un importante programa de soluciones de carácter radical en su triple aspecto: hombres, tierras, aguas...

Y no ignorándolo, están convencidos de la impotencia de sus propios programas y aún afirmaremos más, son conscientes de que sus promesas no son sino... promesas, sin bases de realización... Porque aquellos a quienes representan, sus sostenedores, sus correligionarios, son la minoría de quienes no sienten en sus carnes la crudeza del problema, son los que disfrutan de unos relativos privilegios que no consentirán en abandonar, ni aún provisionalmente para abrir caminos mejores.

Son conscientes de que sus soluciones políticas irán al encuentro de los eternos desposeídos, mayoría o minoría, de la cohorte eterna de los esclavos de la producción de los que siendo la base de la economía, son los eternos olvidados en sus reivindicaciones humanas.

En virtud de esta realidad latente podemos comprender y aún justificar con su propia mentalidad y según su manera de ver las cosas, esa inhibición que hablábamos.

Pero como nosotros hemos de considerarnos al margen de esos intereses de las clases más o menos privilegiadas y razonar y pensar y prever en razón del imperativo ideológico que nos anima.

Somos revolucionarios, no por la forma, ni por el interés de serlo, de llamarnoslo o por el snobismo de considerarnos en la vanguardia de la evolución.

Sentimos la revolución en nuestro propio ser, por el convencimiento íntimo de que es absolutamente

necesaria una transformación de los basamentos actuales de la sociedad, al servicio de una parte y no del todo. Porque en el análisis crítico, razonado y noble de los fallos de la actual constitución política y social de los pueblos, hemos ido a la busca de esas razones, de los motivos de esos fallos, y qué hemos encontrado en el abuso, inconsiderado de los privilegios de unos sobre otros, del aparato represivo necesario para el mantenimiento de esos privilegios, del cultivo de la ignorancia que engendrará y fomentando todas las supersticiones crea un espíritu de resignación en los desheredados con promesas de mejora en paraísos de ultratumba: es decir, llamando a cada uno de esos motivos con su nombre: CAPITAL, ESTADO, RELIGION.

Y en razón de este convencimiento profundo, que dio nacimiento a la primera Internacional, y que es la base de nuestras ideas comunistas libertarias, afirmamos que la solución ha de encontrarse en la transformación de la estructura de la sociedad, que destruyendo los factores del abuso de que hemos hablado, y dé nacimiento a otra forma social de convivencia en el que el hombre encuentre al lado de su misión de productor, de cooperador del todo, la expansión de sus derechos de ciudadanos, de individuo, que sabe que su esfuerzo es la aportación según sus posibilidades a la economía del conjunto, de un conjunto sin fuerzas muertas por definición, sin parásitos.

Y que en contrapartida su aportación al esfuerzo mutuo ha de encontrar sus necesidades materiales y morales, físicas e intelectuales, es decir, satisfacción al hambre material, al hambre de creer, al hambre de gozar en esa marcha ascendente del progreso, que Reclus definió como conquista de la comodidad.

Pero... y hétenos una vez más ante el eterno pero, ¿podréis decirme alguno de los que me escucháis, haciéndoos eco de mis manifestaciones de hace algunos minutos, que esta concepción social aun en la belleza de sus realizaciones, es como antes afirmé una fórmula general, es el edificio de concepción arquitecturada, al que le falta el terreno al que hay que adaptar al medio ambiente, a la escena, al momento, etc.?

Y tendríais razón al hacerme esta observación. Por ello antes que escuchar, me la hice a mí mismo.

Igualmente y para que otros de los que aquí me escuchan, abandonen desde ahora la duda que ha podido entrar en ellos al oírme hablar de la adaptación, diremos, con la misma sinceridad, que esta adaptación no podrá en modo alguno consistir en el abandono de ninguno de los principios fundamentales de esta transformación revolucionaria de la que hablamos. La lección de las horas vividas en nuestro pueblo; horas que fueron ricas de realizaciones, quizá muchas hijas de la improvisación precipitada, muchas quizá preñadas de errores, y que nos mostraron además de tal manera que la lección, por dura debe ser aprovechada, que las concesiones hechas contra estos principios y en aras a pretendido intereses generales, fueron regresión, fracaso, deserción en la lucha empeñada con amar-

ga secuela de combates por la recuperación, imposible de las posiciones perdidas.

Puestas de esta forma las premisas del problema que nos planteamos vamos a esforzarnos ahora en plasmarle de manera clara y sin matices que tiendan a desvirtuar la angustiosa acritud del mismo.

Es decir, que después de señalar como hicimos al principio de esta intervención, las interrogantes del futuro español, después de haber puntualizado el porqué del silencio de muchos, a estas interrogantes, después de haber precisado el porqué nos las haremos y la razón de nuestra inquietud basada en nuestras convicciones sociales, habremos de pasar a concretar cuál habrá de ser nuestra acción social, nuestra posición, nuestra actividad revolucionaria, dentro del marco de nuestro pueblo y ante las perspectivas de porvenir.

Para poder hacerlo, preciso será que de antemano examinemos (ya que en charlas precedentes examinamos la situación actual de nuestro pueblo) todas esas perspectivas de que hablábamos hace unos instantes.

Forzoso será que teniendo en cuenta las muchas posibilidades, hayamos de extendernos en el examen de todas y cada una de las soluciones posibles que puedan darse como sucesión a la dictadura franquista.

Y paralelamente a este examen en tanto que fuerza más o menos determinante, de influencia indiscutible, nos encontramos en la obligación de señalar que el empuje, la fuerza que podamos y debemos dar a la evolución de los hechos, será a fuer de Pero Grullo, en proporción con la potencialidad orgánica de nuestra Confederación Nacional del Trabajo. Sabemos de hecho que la Organización sindical revolucionaria a la que nos debemos y que las organizaciones específicas del anarquismo que a su lado mantuvieron siempre vivo el vigor de sus posiciones, tienen aún en el interior como en el exilio los cuadros necesarios a su funcionamiento, a una puesta en marcha sin vacilaciones de las actividades en tanto que organizaciones de masa.

No se nos puede ocultar que lo que fue hasta 1936 organización de contextura masiva y de acción ciclópea, no puede serlo hoy, viviendo en la clandestinidad que clarifica las filas, en el exilio que elimina aportaciones, y más, si tenemos en cuenta que a través de los veinticinco años de la dictadura, la militancia madura y curtida de nuestras organizaciones no es ya la misma, que la generación de jóvenes de entonces, son la base de las filas confederales de hoy y que una nueva generación que no conoció los rigores de la guerra y la revolución española es la que marcha cara al porvenir. Que en esa juventud es muy posible que haya albores de esperanza... pero que nos queda mucho por hacer para volver a dar a la C.N.T. aquella personalidad respetada y temida por los enemigos de la clase obrera.

Que lo más importante; la cohesión, el contacto y el trabajo de su militancia de base no se ha abandonado y ya es mucho.

Que partiendo de las posibilidades que nos ofrece la base militante, es preciso que un dispositivo

de organización de los cuadros humanos debiera desde ahora ponerse en marcha. Saber a ciencia y conciencia de quién se dispone, tener presencia de nuestra propia fuerza, desde cada militante hasta el conjunto estructurado que deje los menos vacíos posibles.

Sea cual fuere lo que podemos llamar solución de repuesto que al franquismo se diera, un hecho es indudable. Nuestra primera misión es con la reconstitución de nuestros sindicatos, la puesta en marcha del complejo orgánico que nos coloque mañana, como ayer a la cabeza de las fuerzas vivas de la revolución.

No se nos oculta que con el nacimiento y proliferación de los sindicatos de inspiración cristiana, según el modelo de los países europeos, es posible que una parte de los obreros continúe en sus filas.

Pero el conocimiento de la psicología del obrero español nos autoriza a afirmar sin temor a equivocarnos que dichas organizaciones no pueden tener arraigo en las filas proletarias españolas. La lectura de la prensa que los mismos editan hoy, con el consentimiento de las autoridades franquistas (consentimiento que resta a su prestigio, por su oficiosa colaboración con el régimen) nos dan una amplia imagen del carácter paternalista, de la tendencia proteccionista de estos pretendidos movimientos obreros que aún y haciéndose eco del malestar social y económico de las clases productoras, y apoyando en determinadas y precisas ocasiones luchas esporádicas por sus reivindicaciones, mantienen como principio social fundamental la tan traída y manoseada teoría de la convivencia del Capital y del Trabajo, de la cooperación de entrambos, de la participación de los obreros en la gestión y en «los beneficios» de las empresas, todo ello dentro de las concesiones que los detentadores del Capital estimen posibles para no perder ni la permanente supremacía, ni amenazar la continuidad del sistema. Táctica pretendidamente evolucionista y que no es sino prudente y hábil maniobra que frene progresivamente la fuerza impetuosa, de las organizaciones auténticamente obreras, con objetivos propios de transformación social; táctica que preconiza solución semejante a aquella liberación de los esclavos, negros de América que les dijo «sois libres», pero que aún sigue diciéndoles siglos después: «libres... pero negros».

Así las organizaciones obreras del catolicismo, no buscan la emancipación del explotado, puesto que su objetivo es, disminuir el abuso de la explotación, para que la explotación subsista.

Es por ello, por lo que creemos sinceramente que estas organizaciones cuya proliferación es evidente en nuestro suelo, no tienen raigambre en las masa populares pues no satisfacen las características que piden las justas ambiciones del obrero de la península. Y en cuanto las circunstancias que permiten hoy su acción, desaparezcan, en cuanto las organizaciones clásicas del sindicalismo español pueda nactuar libremente, estamos seguros de que a ellas volverá en manera compacta el elud impetuoso de los obreros de nuestro pueblo. Es esta la razón por la que si bien creemos de poca

importancia el papel que habrán de jugar los sindicatos cristianos en el porvenir de nuestro pueblo, los citamos sin embargo al objeto de no olvidar en ese estudio ninguno de los factores que pueden presentarse con peso más o menos determinante. Sin embargo, es posible, que su presencia obligue desde ahora a la adopción de medidas tendentes a la anulación dentro de lo posible, de su acción que no hemos vacilado en llamar regresiva. Porque toda organización constituida con sus bases de existencia, la razón de su funcionamiento y sus tímidas pero evidentes tomas de posición frente al régimen, representan una voluntad de supervivencia conforme a las nuevas normas que la Iglesia Católica en su pretendida (y no menos forzada) liberalización que apuntan las cumbres del Vaticano.

Y si paralelamente a ello tenemos en cuenta la existencia de la actual organización sindical del fascismo, la Central Nacional Sindicalista, entonces veremos que el problema presenta facetas más agudas, más violentas.

Porque no debemos ocultarnos la fuerza evidente, económica y financiera que representa hoy la llamada organización laboral española.

En uno de los libros publicados en el exilio «Entre los Escombros», novela en la que C. Lizcano viene a exponer sus inquietudes de visión futura de los sindicatos españoles, el autor nos muestra la estampa imiginaria de una C. N. T. constituida verticalmente como heredera de los métodos y normas de la central falangista.

Sin ir como él, a ver el peligro en la pérdida para nuestra organización de sus bases ideológicas y tácticas, recogeremos de su inquietud, la que debe de serlo de todos nosotros, la de una posible supervivencia de dicha organización, con nuevos títulos y nuevos líderes, sean los que fuesen y aprovechando de lo existente en ella: trabazón, cuadros, locales, fondos, organización en suma, hicieran o pretendieran hacer de la misma la organización de masas ambiguamente definida y unida a las centrales internacionales de marchamo americano, o vaticanista o bien algo más peligroso todavía, infeodadas a la fuerte trabazón internacional de los movimientos dependientes de Moscú, fermentos de dictaduras.

No ignoramos tampoco que en las bases de la Alianza Sindical C. N. T.-U. G. T., existente en la actualidad en el exilio y en la clandestinidad, consta como uno de sus objetivos la liquidación de dicha Central Nacional.

Pero aún y dentro de nuestra confianza en los trabajadores de la Sindical hermana no podemos dejar en olvido que sus organismos directivos se encuentran ligados de manera profunda con un partido de marcado carácter político. Y que en la lucha política el compromiso firmado tuvo siempre poco valor, en cuanto las circunstancias aconsejasen que se prescindiese del mismo.

¿Podemos desde ahora confiar ciegamente que se irá a la liquidación de la Central Nacional Sindicalista? ¿Las circunstancias serán propicias? ¿No se nos podrá pedir, quizá, en aras a la normaliza-

ción progresiva de las instituciones post-franquistas que colaboremos con la U. G. T. dentro de esta organización desapareciendo como organizaciones de masa para pasar a ser fuerza específica en su seno? ¿Y si en caso de rehusar como sería lógico por nuestra parte, la U. G. T. con las organizaciones sindicales cristianas encuentran entonces así el pretexto medido y esperado para ser ellas solas las que aseguren la continuidad de esta C. N. S. quedando nosotros al margen como organización anarcosindicalista?

Si así fuera, nos encontraríamos frente a la subsistencia de la C. Nacional Sindicalista y con todas las posibilidades de larga supervivencia contra los intereses del pueblo español.

¿Y si los obreros controlados hoy por esa Central vertical, debidamente orquestados votasen por la supervivencia con su adhesión a la central C. I. S. L. o C. I. S. C.?

Es natural suponer que si la sucesión al franquismo se realiza por un hecho revolucionario de carácter violento, con la natural convulsión social, que él entraña, entonces el problema sería inexistente.

Pero sabemos bien que las pretensiones de la inmensa mayoría de las organizaciones políticas del antifranquismo, son las de operar un cambio progresivo y lento de las instituciones, de manera incruenta, que nos haga llegar del franquismo a otra cualquiera de las muchas soluciones de recambio propuestas. En tal caso, nuestra intransigencia revolucionaria, nuestra consecuente posición en la defensa de los verdaderos intereses del pueblo español, nos haría colocarnos al margen de las combinaciones malsanas, y nuestra acción habría de enfurecerse, hacerse violenta, colocados en cruda oposición por el mantenimiento y consolidación de nuestra organización frente a esta «monumental y monstruosa herencia franquista que sería la C. N. S.».

He aquí porque hemos dicho antes e insistimos ahora en que una de las labores primordiales es el recuento de nuestros cuadros orgánicos en el exilio y en España. Porque es precisa la adopción de un dispositivo orgánico de combate. Porque es absolutamente necesario que sepamos como y de que manera hemos de proceder a la puesta en marcha rápida y consecuente de nuestro conjunto sindical, llenando los vacíos que hubiera en determinados lugares con militancia de otros...

Y a la par que esta acción se realiza, débese desde ahora y a nuestro criterio procede por todos los medios a nuestro alcance a la preparación de una propaganda sencillamente proselitista, que haga ver a las generaciones nacidas bajo la barbarie del franquismo, quien fue y quien es en realidad nuestra organización, sus objetivos, razonando al mismo tiempo y exponiendo los motivos de nuestro combate permanente, el por qué de nuestras concepciones sociales, sus bases humanas, su raíz en las realidades sociales, de manera tal que encontremos a nuestro lado a esa juventud española, que si hoy se rebela contra el franquismo no sabe en su

Raíces primitivas de la idea anarquista en el pensamiento libre de la antigüedad de Oriente y Occidente

(CONTINUACION)

Aquellos pensadores tan lejos de nuestros días se asombraron ante el contraste de la vida razonable, tranquila, sin choques ni violencias, tal como la observaron en la Naturaleza, en el concierto de los animales de una misma especie y en ellos mismos en su vida privada por una parte y frente a aquellas manifestaciones, la crueldad, el salvajismo, las guerras y la tiranía en la vida de los hombres. Ello les hizo pensar en un sentimiento de equidad y buen sentido inherente a los seres animados, hombres y animales. Por ello trataron de precisar un **derecho natural** colocándolo por encima de los derechos accidentales y con prioridad sobre ellos, ya que los veían derivar de la arbitrariedad, que corroía a los hombres viciosos y desordenados. Para aquellos pensadores el derecho natural era anterior a los derechos accidentales y fue conservado por la tradición no escrita, operando directamente sobre la conciencia de los hombres. De ahí que los mejores varones de cada época hayan considerado las leyes escritas como pasajeras, expedientes sin consistencia, a menudo vejatorio y con agravantes, decidiéndose por la voz de la propia conciencia.

Antístenes (444-365 antes de J.C.) amigo y discípulo de Sócrates, fundador de la escuela cínica, fue quien trató primero de dar a aquellos conceptos difusión popular. Para Antístenes, «el varón prudente no ha de entregarse a las leyes del Estado, sino a su propia convicción». No actúa sirviéndose de leyes vigentes, sino por medio de las leyes de la virtud. Zenón de Citio en el siglo III, sustentaba como ideal «la unidad moral y social de los hombres todos: desde el momento en que la ley divina reside en el corazón de todo ser humano, no puede haber universalmente más que una sola ley, un mismo derecho, una sola

inmensa mayoría como y de que forma habrá que buscar la solución a los males de nuestro país.

Es cierto e indiscutible que disponemos los libertarios españoles de una base militante conocedora de los principios que nos animan, pero no es menos cierto que es preciso concertar estas fuerzas, esta base militante, en la preparación de la acción futura ya en España.

Para esta orientación de combate, el examen que queremos realizar a través de esta charla, es necesario: el ha de mostrarnos las perspectivas del futuro español, los factores, las posibilidades, la posición de las fuerzas sociales que han de converger en ese mañana sus ambiciones, etc.

(Continuará.)

República mundial, en la que el individuo vive por y para la comunidad».

Todo, absolutamente todo lo que hay en el viejo cristianismo de valor ético proviene de aquellas viejas escuelas filosóficas griegas y orientales, incluso hebreas, que tuvieron vigor en el curso de los siglos. El cristianismo siguió el mismo camino de otras escuelas. Una vez desaparecidos los iniciadores, cayó la doctrina en manos de rutinarios que le inmovilizaron, o bien en los temperamentos individuales que les dieron distinta orientación. Los primeros fueron los papas; los segundos fueron los herejes, que no tuvieron hora tranquila, siendo perseguidos, quemados y exterminados como intérpretes autónomos de doctrina. La inmovilidad dio al cristianismo petrificación especialmente rígida, intolerancia absoluta y aquella tremenda crueldad que culminó en la Inquisición. Esta dio fin al pensamiento libre de la antigüedad, que fue amplio e internacional, europeo y oriental. Todo quedó destruido y frecuentemente aniquilado: hombres y libros. Hubo necesidad de volver a empezar. Los hombres de ideas tenían que vivir aislados o bien formaban sectas subterráneas; los manuscritos circulaban por Europa secretamente de mano en mano y en las regiones de Oriente, donde la Iglesia no podía intervenir. Para eliminar aquella influencia, la Iglesia desencadenó las Cruzadas. Al preconizar éstas ofrecía la riqueza oriental como botín y se quería también destruir lo que tenía Oriente de asilo para el pensamiento libre lejos de la autoridad de Roma.

Atendiendo a semejante objetivo, declaró el Papa en 1095 que «perdonara a los peores malhechores si intervenían en aquella empresa religiosa» (las Cruzadas). En compañía de monjes fanáticos, 400.000 hombres; entre los que se contaban los mayores criminales, constituyeron bandas de salvajes que se encaminaron hacia Oriente. «Finalmente, la codicia de Roma debilitó a Bizancio y atrajo a los turcos a Europa. Los turcos limitaban el desarrollo de la Europa central danubiana, favoreciendo el avance de Rusia y sucediéndose incidente tras incidente hasta producir la guerra del año 1914, que a su vez parece haber dejado semilla para otras guerras, próximas o no tan próximas.

Por lo que respecta al desarrollo del género humano, y tal como podemos observar hoy aquel desarrollo, el cristianismo representa un periodo de estancamiento y retroceso, el más cruel, persistente y peligroso. Han sufrido menos los pueblos con invasiones, servidumbres y despojos, que con la paralización sistemática del pensamiento libre que ya había adquirido bello impulso. Veo confirmado este punto de vista en el interesante libro de B. de Ligt, del que me he servido para referirme a muchos hechos, sin hacer responsable al

autor por la interpretación que les doy. Admiro cómo él la expansión que alcanza el trabajo de los investigadores por lo que respecta a los últimos treinta y cinco a cuarenta años, tan fecundos para el conocimiento de documentos orientales, griegos también, enterrados en los arenales asiáticos y africanos; tan fecundos en documentos de la Edad Media y en literatura dispersa de agitadores populares... con tan variadas y ricas aportaciones ha nacido la filosofía comparada, la investigación del origen y filiación de pensadores, grupos, corrientes de ideas, la Internacional del libre pensamiento de la antigüedad y de la Edad Media que precedió a los lazos internacionales que se estrechan en Europa después del siglo XV, desde los humanistas a los iluminados.

Desde 1914, no he podido ocuparme directamente de trabajos de investigación en las grandes bibliotecas, mientras B. de Ligt, cuyo esfuerzo en favor de la obra mundial de resistencia a la guerra empieza por entonces en el **Bond van Christen-Socialisten**, donde militaba, podía procurarse los textos nuevos y profundizar en el estudio de los orientales y de los antiguos que me eran poco familiares. En el libro veo una parte del trabajo inaccesible para mí.

Me complace que nuestra amada anarquía supere a la perfección esta prueba que sondea hasta lo más profundo y antiguo de sus raíces. Puede decirse: **El socialismo es integral, o lo que es igual, libertario; de lo contrario, no es socialismo.** Al principio era libertario, porque de no serlo hubiera sido imposible que naciera vivo. Desde que quedó inmobilizado y mutilado, se está muriendo. Las desviaciones conducen al retiro monacal, al convento, a la religión rutinaria, a la Inquisición y a las Cruzadas, dominadoras por la sangre y el hierro. Y conducen las desviaciones del socialismo a ese conjunto de males que es el estatismo, la autoridad a secas. Lo vemos en nuestros mismos días, comprobando la falta de resistencia de decenas de millones de socialistas nominales. A pesar de todo, el socialismo libertario se irguió siempre dignamente y continúa en pie, mientras los autoritarios pasan unos tras otros al descrédito como funestos errores históricos, episodios que la corriente progresiva general hace olvidar. Tales factores retardatarios son inevitables si se tiene en cuenta el grueso volumen de obstáculos que existen hasta nuestros días para el desenvolvimiento armonioso de la inmensa mayoría de los hombres.

Los que se ven favorecidos por condiciones propicias para vencer obstáculos por ellos mismos, se dan cuenta de que su esfuerzo es solidario con el de todos los hombres progresivos, y por lo mismo que son progresivos libertarios. Han vivido en todas las épocas estas mentes libertarias y su influencia fue considerable. Así, pues, que lean pacientemente esta evocación los camaradas en memoria de la progresiva labor de sus afines más antiguos en Oriente y en Europa.

MAX NETTLAU

EXISTENCIAS ANONIMAS

El Húngaro

SI no artista de teatro, si no músico profesional, desde luego melómano. A ningún concierto de la casa (radio o piano) faltaba. Devoto de los grandes compositores, en particular de su conterráneo Liszt. Conocía música y era inteligente.

La habitación, en el primer piso, debajo de la mía. Él desorden en la suya saltaba a la vista, y, aunque perfumada, perdonarse podía el bello por el coscorrón.

Cuando nos encontrábamos en la escalera nos saludábamos con una inclinación de cabeza o con un «bon jour» escueto.

Ni mi tío «Pericotes» ni este señor destacábanse el hongo y el gorro de dormir, negro y blanco, respectivamente.

Era de pocas chichas, escaso de talla, faz de enfermo, macilento, sin gota de sangre. No comía y tenía en la «chambre» echado a perder de todo. Hacía tiempo que su único alimento consistía en unos pasteles (las llamativas jacas blancas de Herodes esto mismo comía).

El húngaro ha fallecido sin aparato, sin ruido, anónimamente, en su «chambre». Nadie a la vera del moribundo. La Pálida acaricióle con la Segur y le cerró los ojos. ¿Tuvo tiempo de poner la radio? ¡Bah! Con la música a otra parte se ha ido. Ya no volveremos a encontrarnos en la escalera del «Beau Séjour», ni con la cabeza más que con la lengua nos daremos los buenos días.

Por lo visto, no lejos de Hyères tenía familia que de tarde en tarde le visitaba y con algunos dinerillos le acorria. Nietzsche atribuye la magnanimidad, la limosna, a la evitación de un dolor. a egoísmo.

El viejo sin otro caudal que los años y los achaques, no echó cuentas con nadie, y menos con familia si la tiene, porque enfadará y estorbará sin tardanza, siéndole más útil recurrir a un asilo. No es una completa solución el asilo, por tener bastante que rascar; de todos modos, un poco mejor que el suicidio.

El indigente de setenta u ochenta años en asilo, forzado a morder el polvo, al llegar a la conclusión de que no hay para él más puertas abiertas que las del cementerio, encrespase y araña las paredes.

Pero cortemos deprimentes filosofeas en honor del muerto —sino artista de teatro, sino músico profesional, desde luego melómano— y escuchemos la Rapsodia Húngara de su conterráneo Liszt, que tiene solemnidad y belleza.

PUYOL

Medieval español anárquico

CONOZCAMOS

L
 A expresión antiautoritaria o minuscuamautoritaria, más típica del medieval español, es el concejo. No hay que confundir la magnesia con la gimnasia y la «regeodesia», ni el concejo con el consistorio. El concejo lo constituye el vecindario —no la buena vecindonería chequística y delánica— reunido en asamblea abierta. El alcalde vara o de estaca aún no ha aparecido ni en Zalamea ni en Móstoles. Le han cortado al pedáneo las uñas, nombrándole mereo ejecutor ocasional de los acuerdos del Común. La propiedad rústica tiene carácter concejil. Da el pueblo la tierra su uso, y disfrute, a quien le está esa novia siempre a caballo de la entraña, Y se la quita, a quien la tiene en huelga y barbechando y como los mozos de Lumpiaque la guitarra, templándola, sin decidirse a ladrar a la luna de Valencia. La vivienda la composturan cuatro paredes de adobes, con una ondulación permanente tejera, que abrigan más que las torres de Babel modernas y desafían siglos de relente. El ganado se apollera en tranqueras y cubiculos, pegados a la chola de la casa.

Todos los juristas que han tratado de nuestros Fueros municipales, no lo hicieron más que hablando a humo de atufar. Y mintiendo, además, a sabiendas o a nesciendas. De donde, el odio de España a sus jurisprudentes, más embusteros, cantamaitines y arrimados al conejo casero que frailes. Cuando el español ve a un abogado, se pone una mano delante y otra detrás. La primera, para proteger su bolsillo. La segunda, para resguardo del pudor y del salvahonor. Por aquello mismo de que cuando se acerque un Padrón de la Merced, pon a salvo el trasero contra la pared.

Nuestro concejo medioeval no tiene nada que ver con el municipio romano, simple oficina recaudatoria de tributos; ni con la curia gótica, tarada de episcopalismo, de centurionismo y de caudillaje geta y masageta. El concejo medioeval español es barberisco. En Barbería le llamaban la KHARUBA. Y daban el nombre de dieta o de DJEMEN a la junta vecinal; el de AMIN, al alcalde sin garrote y banda tricolor al pecho; y el de UKIL, a un vigilante, encargado de evitar que el primer municipal asalte los corrales ajenos y se aquerendice con los capullos sin desyemar.

Aunque a mí me parece poco viable el concejo beréber en la época caballeroindustrial, que atravesamos y que nos atraviesa de parte a parte, no me extraña que a inteligencias tan aireadas y despiertas como las de Urales y Alaiz, les captive; sientan debilidad por una institución, a mi juicio superada y liquidada por el Sindicato.

En 711, pasó Tarik el estrecho de su nombre con los doce mil berberiscos, que instauraron la anarquía anticristera y anticalfal en España, y la mantuvieron casi incólume a cachetazos hasta la baja Edad Media. No hay nada más impalpable

que la corona y el cetro en nuestro País, durante todo ese período. Los reinos de taifas y la guerra casi constantemente con la roña santocrista, disuelven la autoridad químicamente, hasta hacer de la misma una entelequia. La propiedad comunal probablemente procede de los primitivos iberos.

Reparaz afirma que Iberia no viene de HERBUS, Ebro, río montano de Aragón y de Tracia, sino que es sinónima de Berberia. No he ahondado suficientemente en el árabe, para discernir si es válido es aserto. Pero, como Reparaz no es un Don Gonzalo de «Tenorio», o sea, de los que hacen reir, hay que creerle.

Los bereberes son los árabes norteafricanos. Y como ellos constituyen lo mejor de la sustancia de España, hemos de esmerarnos en hacer su conciencia. Tres afluentes desembocan en el Guadiana de esa sangre. Uno es húmeda, negro o negroide; viene del Sur y no trae mucho caudal. Menos lo carga aún la vena que llega del Norte, con arrastre de pelaje rubio, que mal peinan los vikings normandos y escandinavos, a quienes las tormentas atlánticas han arrojado contra las cosas del Magreb. La gran corriente sanguínea del berberismo tuvo su fuente en la Arabia central, región del Nedjed, cuna de los nómadas más jarifos y libertarios del mapa. La sociabilidad del árabe sedentario —yemenita, omanli, hadjaciano— consigue su síntesis en la tribu, federación de localidades afines. El berberisco, en cambio, se atrincheró en la KHARUBA. En cierto modo, como el griego y el italo renaciente en la ciudad.

Cuando la libertad pelagra el cabileño empaqueta a su mujer, a sus hijos y a sus caballos, se echa el fusil al hombro y se lanza al desierto o a la sierra. Roma conquistó las rocas de Mauritania. Y lo propio hicieron Genserico y el bizantino Belisario, por cuenta del basileo de Constantinopla. La población se había fugado a la jara y... ¡Dios os la depare buena, bañistas del Tiber y de los Dardanelos! Ya avisaréis, cuando os hayáis comido las suelas de los zapatos. Porque con cosméticos y fanfarrias no se croma una buena paella.

A través de Sumeria, Egipto, la Cirinaica y el Noroeste libio, los árabes nedjeditas llegaron hasta Granada, Sevilla y Córdoba. Se ha dicho que el moro o mauritano o árabe occidental o magrebi, es menos inteligente que el oriental, porque no se dejó perforar por Fenicia, por Roma y por Bizancio. ¡Tontería! En España, donde pudo crear y expandirse libremente, andamió una civilización, superior a la agarera de las Pirámides de Siria. Y es que en nuestra molleja peninsular, confluyó el beréber con el ibero prehistórico, otro hermano suyo en ideas, si no en sangre. En suma, se abrazaron fraternalmente dos anarquismos, dos comunismos libertarios, con el resultado espléndido y estupendísimo, que sabemos todos.

Angel SAMBLANCAT

A SAMBLANCAT

Gallos de campanar

EN este pozo de petróleo y pesos, cuyo fango batimos, se inculca la idea, por todos los ojos, a petisos y grandes, de que la vida es una riña de gallos. El trigo, el trago, el favor de la que pone huevos o cacarea como si los pusiese, el puestecito a la sombra del ramal de cerezo: todo, todo hay que arrebatarlo guarduñescamente al contrincante y panelucarlo a golpe de garra y pico.

Al gallo de pelea se le habilita para el coso y el ring, desplumándolo, en primer lugar, como a nosotros; cortándole las alas, como al tontinato que llaman Angel; dejándole sólo un guión en la cola, para que haga provechosamente el florero en las esquinas, como Lupe; rebanándole como a un toribio la cresta, para que en la lucha no le ciegue la sangre los ojos; arrancándoles los espolones naturales, para calzarle dos navajas barberas, que no le han de servir más que para que lo afeiten.

El entrenamiento o educación del cantaclaro de lidia no es menos laborioso. Como a un moreno del tendido de sol, se le atiborra de chile y se le empapa de pulque y de mezcal. Se le riega el

molito de pimienta y ajo crudo. Se le atizan inyecciones de cantaridina. No se le regatean masajes y fricciones de vinagrillos fuertes como rayos.

Una vez cebado chantecler, como un cadete, para el carnaje guerrero, el criador lo entrega al maestro de gallos; quien se encarga de avivar la agresividad del animal con nuevas gramáticas pardas. Tendiendo a aguerrirlo, se le enfrenta a otros rivales, azuzándolo contra ellos con gritos y achuchos de jockey, excitando su combatividad con toda clase de sucias maniobras: pinchándole con agujas en los riñones, mordiéndole en las barbas y el espinazo, hasta chupándole la rabadilla y soplándole aires serranos debajo de ella.

Con semejante pedagogía pestalozziana, no hay castrón o capón, que no se convierta en una fiera terrible. Llevado el peleón a la gallera por el rancharo, armados los talones de puñales, se irá, en cuanto lo suelten, como una flecha hacia el adversario; al que se pegará como goma, y del que no habrá modo de separarle, hasta que a fuerza de tirarle a su víctima mortales hachazos al cuello y de picotearle sañosamente la cabeza, le haya vaciado sesos y ojos y lo haya convertido en una masa sanguinolenta. Vencedor en el **Match**, los que se hayan jugado la china, el jacal, la hija pebeta y hasta las uñas en la competición, y no las hayan perdido, prorrumpirán en hurras de Estentor y, bañando en lágrimas de habanero al soberbio tostado o giro, lo proclamarán veleta de campanar, que puede levantar su quiquiriquí sobre todos los corrales que haya a la redonda.

Estas ferocidades aquí nos hacen unto. Y eso explica que, cuando dos guapos morones, empalmado el chavetón, perturban la paz abacial o conventual de una cantina o salen a disputarse los legañosos guiños o las jarabosas sonrisas de una mesera al medio de la calle, se pare la circulación, se haga corro en derredor de los contendientes, se les jaleen los quiebro hábiles y los buenos se aplauda al final de la lid, al más macho y se le estreche la diestra; no dejando de hacer el panegirico del muerto, si ha estado también en la pugna hecho mero caimán. Y eso, mientras a veces se le limpia el bolsillo y se le encuera, despojándolo de zapatos y calzones.

Bajo el generalato del dictador Santa Ana, gran mascador de chicle y de higados liberales, se gobernaba a México desde el circo de gallos de Tlalpam. Ahicito mismo sorprendió la Revolución al virrey Iturrigaray, apostando a favor de un gallo de Malaca, fiero como un tigre bengali, y jugándose una ranchería, valorada en millón y medio de pesos, con aperos de labranza, bestiaje de tiro y de ceba, y esclavos y esclavas, de labor y sudor los primeros, y de engorde y sancocho las segundas también.



¿ Poder revolucionario ?

No he olvidado, señor X, como usted supone, mi promesa de rechazar su creencia en que el sindicalismo, en manos de un partido, vuelve a su tradición revolucionaria.

Ya rechacé esa creencia, y para otro que para usted habría bastado, en las líneas en que prometí rechazarla. «Ir hacia el poder —dije— es negar toda transformación. Y sin transformación, ¿dónde está la revolución?» No le ha bastado a usted eso, tan claro, tan evidente. No es usted, ya lo he advertido muchas veces, un lector atento. Lee usted, en general, de través. Interpreta usted mal lo que lee, o no lo interpreta en modo alguno.

Así ahora. Me sale usted, como dicen los clásicos, por peteneras. (No se fije usted en ese recurso a los clásicos. Se les achaca todo, porque sí, y porque sí les cuelgo yo esas peteneras.)

Apenas he cerrado un paréntesis, y ya tengo que abrir otro. (Era indispensable hacerle esa advertencia.) De no habérsela hecho, sería usted muy capaz de contestarme que los clásicos no han dicho semejante cosa, y que todo lo que digo tiene poco más o menos el mismo valor. Ahórrese usted la interpretación caprichosa. (No dirá usted —entre paréntesis, en un paréntesis— que no miro por su tiempo.) Y no crea usted que juzgo de valor indiscutible mis cosas. Me esfuerzo, simplemente, en que tengan alguno. No hace usted ese esfuerzo.

Por donde venimos a nuestro camino. Por todos los caminos se va a Roma: otras palabras atribuidas a los clásicos. No salimos hoy de ellos. Y en cosa de hoy.

Dejémosles, al fin, de lado. Aunque, leyéndoles, se aprovecha el tiempo. Créalo usted. Se aprovecha. No se lanzaría usted, así como así, si los leyera, a decir tantas cosas inútiles. Las pesaría usted más. Como ellos las pesaban. Son clásicos porque perduran. No porque dijeron cosas bonitas. Porque decían cosas substanciosas. Que les han sobrevivido. Que están ahí, valederas todavía.

Los mismos clásicos socialistas le dirían a usted mucho que ignora. Y no excluyo, de esos clásicos, a Marx, del que se llama usted adepto, como otros se lo llaman de no importa quién. Se daba Marx de bofetadas consigo mismo, pero se da de bofetadas más aún con ustedes, los marxistas de hoy, tan alejados de él, o más, que los cristianos de Cristo, que también el pobre se daba de bofetadas consigo mismo, aunque no tanto como se dan de bofetadas con él los cristianos.

Dice usted, y llegamos, por rodeos inesperados, a sus palabras, que el sindicalismo dejó de ser revolucionario para tornarse reformista, y que ahora, por sendero más recto, vuelve a su revolucionarismo de ayer. Y añade usted que, si contradicción había, entre el sindicalismo revolucionario de anteayer y el reformismo de ayer, más contradicción

hay, más absoluta contradicción hay, entre el sindicalismo reformista de ayer y el sindicalismo revolucionario, según usted, de hoy. Y me cita usted, en apoyo de sus afirmaciones, algunos hechos recientes del sindicalismo revolucionario, según usted, de hoy. Hechos de fuerza, si señor, pero no revolucionarios. No sé dónde tenía usted el juicio al confundir la fuerza, pura y simple, con la revolución. Y la fuerza, además movida desde fuera, no movida ella misma, por sí misma.

Se sorprenderá usted de aprender que el día en que el sindicalismo se convirtió en reformista, tomó, por otro camino, el camino que ahora sigue. Y que por tanto no hay, entre el sindicalismo reformista, y el que usted llama revolucionario, contradicción alguna. Son, los dos, el mismo sindicalismo. Aunque empiecen a dividirse aquí o allá. Los separa, en esas divisiones, un concepto distinto del mismo fin. Se fue el sindicalismo que había nacido revolucionario hacia el reformismo, porque dejó de rechazar el gobierno. Porque no admitía su desaparición, sino su transformación. Con un gobierno a su medida, habría estado satisfecho. Y recurría al existente, a falta del formado a su medida, en la lucha contra la burguesía, por juzgarle, aunque imperfecto, susceptible de perfección. Los hechos de fuerza que usted me cita, del sindicalismo que usted denomina revolucionario, van —pobremente, pobremente— contra el gobierno existente, pero con vistas a establecer el gobierno a su medida. Quiere el sindicalismo reformista que el gobierno a su medida se vaya estableciendo poco a poco. Aspira el sindicalismo que usted llama revolucionario —¡con qué ímpetu, a pesar de esos hechos de fuerza que tanto entusiasmo provocan en usted!— a traer de una vez el gobierno a su medida. Es todo.

Estamos, aunque usted no quiera, con uno y otro, lejos de la revolución. Porque el gobierno que traería su sindicalismo revolucionario, además de que nada tendría que ver con el sindicalismo, ¿qué sería? La coacción, la imposición, la autoridad. Tenemos ya esas cosas. No hay que ir a por ellas. ¿Que seríamos nosotros los dueños de la coacción, de la imposición, de la autoridad? Vaya usted a verlo donde ya existe eso que el sindicalismo, para usted revolucionario, persigue. Por lo demás, inútil decirlo, aunque dirigiéndose a usted necesario: en cualesquiera manos, y no se ve por qué no en las nuestras, aquellas cosas son despreciables.

D.



Tres enfoques de Thoreau

por Leonard F. KLEINFELD

Mejor que...

(Inédito en castellano)

Mejor que amor, mejor que dinero,
mejor que fama, dadme verdad.

ESTAS palabras parecen como si hubieran sido pronunciadas por Sócrates o por Platón, pero sin embargo fueron escritas por Henry David Thoreau en su famoso « Walden », hace un poco más de un siglo, en 1854. « Walden » ha tenido muchas reimpresiones, más que cualquier otro libro publicado en Estados Unidos antes de su Guerra Civil.

Tengo una comprensión de lo que Thoreau quería significar por amor. No tengo nada más que una vaga idea acerca del amor paternal, de las atracciones platónicas, y de las profundas afecciones a lo Damon y a lo Pitias que existen entre amigos, y también las emociones mentales y profundas afecciones entre los sexos, culminando en las casi indecibles exóticas y etéreas culminaciones del sexo. También el amor que trasciende todo lenguaje cuando uno se siente feliz en la mera presencia de alguien que quiere y adora... cuando la mayoría de las cosas es mejor callarlas que decirlas; un entrelazamiento indefinible de pensamientos afines.

Dinero per se, simplemente significa la suma o provecho que se gana a la vez por servicios rendidos o por la venta de comodidades, y que por lo tanto podemos gastarlo en necesidades básicas, como el alimento, el techo y el vestido... y lo que queda, si algo queda, en nuestros variados deseos de lo que no es estrictamente esencia. El dinero puede haber sido también heredado, para ser aumentado o disipado lo más pronto posible: causa mejores beneficios cuando se lo emplea en empresas futuras, como fundaciones públicas espirituales en los campos de la salud, la educación y el avance científico.

La fama es la aclamación otorgada a la gente por otros, que se benefician directamente o a través de la acción común por los pensamientos y acciones de los individuos que han hecho alguna sobresaliente contribución ofrecida en beneficio de la sociedad. Existen muchos estadistas, exploradores y mujeres científicamente dedicados, muchos de los cuales no han buscado consideraciones monetarias. Nombres como Galileo, Newton, Pasteur, Bolívar, Lister, Einstein, Hellen Keller, Gengis Khan, Alejandro el Grande, Hitler y Mussolini, encuentran en el nocivo esquema de la fama.

Siento la confianza de que podría escribir resmas sobre los diversos aspectos del Amor, del Dinero y de la Fama... pero en cuanto a la Verdad... me siento perdido sin saber qué dirección tomar.

Tratando estoy de formarme una imagen mental de la verdad, y rodearla con alguna significación comprensible. Debe ser la verdad un camino de vida. Para empezar, diremos que debe ser absolutamente libre de todas las sombras y de todos los tipos de prejuicios. Puesto que el hombre hizo a dios, y que Dios no hizo al hombre, significa que nosotros, como individuos, debemos cada uno permitirnos nuestro derecho a pensar nuestros propios pensamientos, y sentirnos libres para actuar con una rienda libre, previendo, por supuesto, que no entrará en conflicto y no perjudicará la libertad del prójimo. Debemos de sentirnos todos libres actuando en concierto con nuestros vecinos para nuestro mutuo confort y protección. Con nuestra semejanza y como individuos, tenemos el derecho y el privilegio de objetar a los edictos de los Estados organizados o a los dogmas de las religiones que se nos quisieran imponer, de manera a que los políticos profesionales acrecentaran sus individuales poderes sociales y políticos o aumentarían sus fortunas personales a través de impuestos y de leyes aprobadas por minorías profesionales.

Todos los dogmas religiosos, los nacionalismos extremos, los grupos étnicos especiales y las sociedades privilegiadas, tienden a antagonizar y crear esferas de desasosiego y prejuicios, los cuales socavan las básicas doctrinas de las Reglas Doradas y del sermón de la Montaña.

La verdad también significa una ausencia de odio... debido a que el odio es dolor. Cada momento de enojo o de dolor crea veneno en nuestros cuerpos, el cual nos produce más mal que bien; y debemos comprender que el mundo no orbita alrededor de cierto grupo dado, aunque su alcance sea nacional o religioso.

Del mismo modo, la verdad implica una gran dosis de aguante y paciencia, en saber escuchar y comprender los problemas del prójimo: los de los pensadores o quienes accionan intelectualmente sea en una esfera modesta o media. Existe un viejo adagio que dice ser la diferencia entre un hombre listo y un tonto, en que el primero siempre sabrá escuchar. No podremos comprender y apreciar los puntos de vista de nuestro interlocutor, al menos que es-

cuchemos sus palabras... algunos de los cuales pueden ser fantásticos, idiotas, presuntuosos, o tomar alguna otra forma. La desavenencia de este mundo reside en el hecho de que son pocos los que escuchan. Al menos que aprendamos a saber escuchar, absorber y analizar, no realizaremos nada. Como dice mi amigo Frank Chodorov: « lo contrario es salivar al viento ».

La verdad significa ser amable y condescendiente en nuestras cotidianas relaciones con el prójimo, no debiendo, bajo ningún aspecto, manifestar un signo de debilidad. Debemos recordar que en un tiempo u otro, la mayor parte de nuestros enemigos eran nuestros amigos con los cuales nos enemistamos. ¡Puedan nuestros libros mayores contener más nombres de amigos que de enemigos! Sabiendo que nosotros estamos en el buen camino, tenemos que tener la firmeza y la resolución de ser absolutos en nuestros pensamientos y en nuestras acciones.

Sugeriría al respecto que prestásemos atención a este consejo que Polonio daba a su hijo:

**Por encima de todo sea tu propio ser verdad,
E igual que la noche sigue al día,
A ningún hombre entonces podrás ser falso.**

Si esto es la verdad, no he vivido en vano.
¡Así sea!

« Mejor que amor, mejor que dinero, mejor que fama, dadme verdad ».

Si la mitad de cada día camina un hombre por el bosque por amor a él, corre el peligro de ser tomado por un haragán; pero si pasa todo su día como un especulador, cortando los bosques, y dejando a la tierra desarbolada antes de su tiempo, es estimado como un ciudadano emprendedor e industrial.

Thoreau

La suprema locura del mundo es no seguir a sus hombres sabios. Uno de ellos era Henry David Thoreau.

No tiene la humanidad soborno para tentar a un hombre sabio. Pueden conseguir el suficiente dinero para horadar un túnel en una montaña, pero nunca podrán conseguir suficiente dinero para alquilar a un hombre que se preocupa de sus propios asuntos.

Mediante el estudio, la asimilación y el experimento actual, Thoreau edificó una fisología individual, consistente y feliz.

Fui a los bosques porque quise vivir deliberadamente, enfrentar solamente los hechos esenciales de la vida, y ver si podía allí aprender lo que debía enseñar... Durante más de cinco años me mantuve solamente con el trabajo de mis manos, y encontré que, trabajando unas seis semanas al año, podía ganarme todo su sustento.

El hombre no debería depender de la sociedad. Debería ser poseedor de una propia suficiencia mental y emocional, que lo sobrepusiera por encima de las crisis de la vida. No debería ir corriendo de aquí para allá en pos del confort, las conversaciones ridículas, las reuniones, las diversiones y así por el estilo.

Un hombre ordinario paleará el estiércol durante un año entero para soportar a su cuerpo; pero un hombre extraordinario será aquel que trabaje todo ese año para soportar a su alma.

Un hombre debería seguir sus impulsos. No debería pedir consejo, sino dejar a sus necesidades internas que fueran para él metas a ser satisfechas. Thoreau tenía la certeza de que el hombre sabía cuales éstas eran, y debía actuar consecuentemente.

La única obligación que tengo derecho a seguir, es en todo tiempo hacer lo que creo es justo.

Sentía que solamente los hombres como individuos, parecían respetables. En la masa, sus peores y más destructivos rasgos emergían. En la masa de los hombres, nunca podía detectar al genio constructivo y estético que parecía tan penetrante por doquier en la naturaleza.

La masa de los hombres viven vidas de tranquila desesperación. Lo que se llama resignación es desesperación confirmada. Desde la ciudad desesperada van al campo desesperado, y deben consolarse a sí mismos con el valor del visón y de la rata azmilclera. Una desesperación estereotipada y aún las diversiones de la humanidad. En ellos no hay en verdad juego, pues éste sólo viene luego del trabajo. De todos modos es una característica de la sabiduría el no hacer cosas desesperadas.

La cosa más importante que un hombre debe hacer es barrer o poner a un lado todo lo que le ha sido impuesto, y que no ha sido verificado por su propia existencia.

Estoy agradecido por lo que soy y por lo que tengo. Mi acción de gracias es perpetua. Es sorprendente cuán contento puede uno estar sin algo definido: sólo con el sentido de la existencia.

Gobierno, negocios, religión organizada; diarios, iglesias y revistas; todo eso era entonces venenoso, aburrido y destructivo. No importa cuán alto fuera el principio que una institución supuestamente seguía, aunque fuera por cierto tiempo, pues decaía, se degradaba, era mezquino, infimo y sórdido.

Es la política el buche de la sociedad, leno de cascajo y de grava, siendo las dos partes políticas sus opuestas mitades, las cuales se trituran una a la otra.

Como Diógenes el antiguo, nos enseñó Thoreau cuántas son las cosas que hay en el mundo que no necesitamos. Estamos ansiosos y corroidos por muchas cosas que de alcanzarlas, solamente nos harán más felices.

Es un hombre rico en proporción al número de cosas que puede dejar de lado.

Hablamos de ser poseedores de casas, automóviles y así por el estilo, pero la verdad es que las casas y los autos nos poseen a nosotros, y perdemos nuestra libertad individual para soportar a nuestras conveniencias.

El costo de una cosa es la suma, que yo llamo vida, requerida para ser cambiada por ésta, inmediatamente o más tarde.

La riqueza, el exceso de alimentos y lujosas comodidades, son un impedimento a la vida y a la felicidad.

La mayoría de los lujos, y mucho de lo llamado confort de la vida, no sólo no son indispensable, sino que son positivos impedimentos a la elevación de la humanidad.

Thoreau nos enseñó cómo ser suficientemente ricos para gozar de la vida e ir en busca de la felicidad, por los métodos sencillos de reducir nuestras necesidades.

Ama a tu vida, por muy pobre que sea: encuéntrala y vivela, no te avergüences de ella y la denomines malamente. En realidad no es tan mala como tú lo crees. Parece más pobre cuanto más rico tú seas. El descontento encontrará faltas hasta en el mismo paraíso.

THOREAU Y SUDAMERICA

La ley nunca hará más libres a los hombres; son éstos los que deberían liberar a la ley. Muchos son los que aman a la ley y al orden, siguiendo sus preceptos cuando el gobierno los viola.

Thoreau

Los pioneros de Sudamérica eran aquéllos que vinieron a robar y a explotar los recursos naturales de los nativos. Eran piratas insensibles que vinieron a despojarlos de sus riquezas en nombre de sus amos imperiales y, en numerosos casos, para forzar a los nativos, la adopción del cristianismo. Con las bendiciones de los pontífices eclesiásticos, los piratas sistemáticamente se apoderaron, raptaron, nascas, aravacas y otros.

Con tierra abundante en oro, plata, esmeraldas, diamantes, cobre, azúcar, pimienta, estaño, cocoa, tabaco, café e ilimitadas cantidades de frutos tropicales, fue necesario la obtención de esclavos, que fueron embarcados por miles, para volverse los enseres de los explotadores.

Después de obtener inmensas fortunas, un gran número de esos propietarios latifundistas

retornaron a España y Portugal, en donde legaron a sus iglesias y catedrales con grandes fortunas y fabulosas obras maestras del arte con la esperanza de que, después de morir, se les abrieran las puertas de los cielos.

Los que quedaron tomaron completa ventaja de sus partidas de esclavos, negros como indios. Trabajaban estos siervos desde el amanecer hasta la puesta del sol. Debido a que entonces no había adecuados caminos o medios de transporte, hacían el trabajo de los hombres y de las bestias. Se los mantenía con una dieta de hambre, no se les daba ninguna educación, de manera que carecieran de ambición alguna. Todo esto trabajaba en beneficio de los barones ladrones, muchos de los cuales eran, en aquellos tiempos, propietarios en ausencia.

Durante siglos, muchos de aquellos desposeídos realmente vivieron vidas de tranquila desesperación. Había dos clases sociales: la de los esclavos y la de los propietarios. También había los parásitos que operaban en nombre de la religión: los que agarraron mucho de lo muy poco que tenían los pobres... y muy poco de lo muy pocos que eran los ricos.

Sin embargo, todas las formas y tipos de la esclavitud tienen sus fines y límites de sufrimiento. Todos los que padecen ansian los diferentes medios de escape. No hay que preguntarse por qué el pensamiento hace que nazca el deseo, y el deseo es promotor de la acción armada. Como en todas las partes del mundo, en donde la gente tiene el gobierno que se merece, hombres como Bolívar, Sarmiento y O'Higgins aparecieron, surgiendo de las masas.

Como es a menudo el caso, de todos modos, cuando las estructuras sociales necesitan ser modificadas, la multitud responde a una acción masiva sin regla, sin ningún plan o pensamiento. Es entonces cuando los potentados militares o de la Iglesia toman el poder, y las masas se vuelven lo que siempre fueron: esclavas. Hombres, mujeres y niños son ahora bien explotados en nombre del patriotismo y de la religión. De nuevo retornando hacia las minas y los plantíos deben ir sus necesidades. Los afortunados son los que mueren a una edad temprana. Los supervivientes pueden esperar vivir 30 a 35 años, cuándo entregan su vida al fantasma de Dios o de su país!

En la entrada de su **Diario**, del 9 de junio de 1854, Thoreau escribía :

« Cubierto con desgracia, este Estado se ha sentado friamente, jugando con la vida de los hombres que han creído hacer su deber por él, ¡y a esto le llaman justicia! Los que han mostrado que pueden conducirse particularmente bien, ¡sólo ellos son puestos bajo frenos por su buena conducta! Cada hombre por sí mismo debe ver si su influencia está del lado de la justicia y dejar a las cortes que hagan sus propios asuntos. ¿Qué es lo que vale cualquier organización política cuando está al servicio del Diablo? »

La entrada anual per capita es de U/S \$ 400. Hay algunos países donde se precisan 45.000 unidades monetarias nacionales por un solo dólar de los Estados Unidos. A pesar de los millones de dólares que son colocados a la disposición de las cabezas de los gobiernos nacionales a través de las políticas fiscales para el extranjero del gobierno de los Estados Unidos, muy poco se filtra al nivel de los consumidores. La mayor parte del dinero sirve para la repartija y va hacia las cuentas privadas de los bancos suizos, en el flujo y refluto cambiante de las cabezas de los regimenes políticos.

Despacio, pero constantemente, los desposeídos desde tan largos sufrimientos, empiezan a sacudir sus yugos. Levantamientos drásticos y violentos han logrado algunas mejoras. Inversionistas extranjeros infringidos, que han acopiado la mayor parte de los beneficios, empiezan a retirar grandes partes de sus inversiones. Prevalece más libertad. Se han hecho varias concesiones, y los promedios de salud, economía y otros, alcanzan mayores niveles. Los hombres ya no quieren ser más bestias de carga; los niños tampoco partes de las máquinas; las mujeres no quieren ser silenciosas incubadoras que producen más manos «voluntariosas». El poder de la Iglesia, los militaristas y los dictadores viene siendo resistido y destruido; y aun, hay mucho más que desear.

La gente empieza a darse cuenta que existe una gran diferencia entre la dulce conversación de la liberación socialista o comunista y la verdadera libertad. Están diciendo al mundo que merecen ser dueños de sus propios destinos.

«Deseo que mis conciudadanos consideren —decía Thoreau—, que no importa dónde una ley humana exista, ni un individuo ni una nación pueden cometer el menor acto de injusticia contra el más modesto individuo, sin tener que merecer su castigo. Un gobierno que deliberadamente justifica la injusticia, y persiste en ella, se ha de volver... motivo de burla para todo el mundo.»

Otra cita de Thoreau es aquí pertinente:

«El destino de un país no depende de cómo uno vota en las elecciones, pues el peor de los hombres es tan fuerte como el más débil en este juego. Tampoco depende en la clase de papelete que cada año deje uno caer en las urnas; sino en la clase de hombre que uno deja caer cada mañana a la calle, desde su dormitorio.»

LERNARD F. KLEINFELD

NOTA DEL TRADUCTOR.—Estas tres colaboraciones fueron publicadas en el periódico trimestral «Fragments» (Fragmentos), cuyo primer número data de enero de 1963. Está escrito en inglés y aparece en Nueva York. Uno de sus principales animadores es Frank Chodorov, otrora animador de «Analysis» (Análisis) y que acaba de reunir los más valiosos de sus escritos en esta última publicación, en forma de libro

y con el título «Out of step» (Al margen del camino, Contra corriente, etc.), en donde expone sus concepciones antiestatistas.

A propósito de Thoreau, mencionamos a continuación una breve crítica sobre la última de sus biografías:

«Concord Rebel» (El rebelde de Concord), una vida de Henry David Thoreau por Augusto Derleth. En 1862, cuando murió, Henry Thoreau, el rebelde de Concord, era un oscuro naturalista, conferenciante y escritor. Hoy, cien años más tarde, su nombre es conocido en todos los continentes, y en su propio país su busto está colocado en la Galería de la Fama.

» En esta rica y nueva biografía del gran americano, Augusto Derleth muestra en detalle cronológico cómo Thoreau, un extremo individualista de la fuerte tradición yanqui, rechazó todos los autoritarismos externos en una especie de anarquismo espiritual que ha hecho de él la inspiración de los que se rebelan contra las presiones envolventes de nuestra civilización material. Después de graduarse en Harvard, en donde estudió latín, griego y los clásicos ingleses, enseñó en la escuela del pueblo por un momento, y luego se hizo conferenciante y escritor. En 1845, cuando tenía veintiocho años, empezó su experimento en Walden sobre la vida sencilla, pasando dos años en una casita que él mismo construyó en las orillas del lago Walden, a dos millas del Concord, Massachusetts.

La narración de Derleth sobre este importante período es clara y amena. En ningún sentido Thoreau era un recluso. Cultivó habichuelas en unas pocas áreas, las vendió, trabajó afuera como agrimensor, ayudó a su familia en la construcción de lápices, y caminó al pueblo por las noches para pasar la velada con sus amigos. Fue durante este tiempo cuando se lo encarceló por negarse a pagar un impuesto y escribió, como consecuencia, el famoso **Sobre el deber de la desobediencia civil**, que se volvió el básico evangelio del movimiento de resistencia pasiva de Gandhi en la India.

» Los escritos de Thoreau no merecieron en su vida mucho reconocimiento y menos dinero. Excepto unos pocos ensayos y poemas, sus solas obras publicadas fueron **Una semana en los ríos Concord y Merrimack** y **Walden**, el primero de los cuales tuvo que publicarlo pagándolo él mismo. Lo hizo con la plena confianza de que el libro tendría muchos lectores, pero de los mil ejemplares impresos, setecientos seis terminaron en el altillo de su hogar en Concord. Sus escritos fueron juzgados por sus contemporáneos como meros ecos de los de Emerson. Después de su muerte, sin embargo, gradualmente **Walden** empezó a encontrar lectores, los que con avidez buscaron otras obras del mismo autor. Los **Diarios** de Thoreau, que en opinión de muchos son su mejor obra, fueron más tarde publicados en catorce volúmenes.

LA VIDA Y LOS LIBROS

«LAS CANCIONES DE BILITIS», por PIERRE LOUYS.

PIERRE LOUYS ha escrito, con ese título, un libro sencillo y encantador, dispensador de reposo, de naturalidad terrena y de gozo íntimo. Quiero fervientemente creer en la poetisa, hija de padre griego y de madre fenicia, en la verdad de su carne sincera, jubilosa y amante; en esa delicadeza instintiva con que cesa de cantar, a veces, dejando episodios sin desenlace alguno.

Pierre Louys dedica el libro — respetuosamente, dice — a las muchachas jóvenes de la sociedad futura. Yo espero, tal vez sin razón, que en la sociedad futura, Bilitis podrá tener un gran número de amigos que la comprendan y la amen a través de los siglos. Porque, en la sociedad actual, sus canciones deliciosas no pueden, sino raramente, encontrar el eco y el comentario merecidos. Hay una diferencia incalculable entre la época de Bilitis en que el amor en cualquiera de sus manifestaciones era santo y natural, y la nuestra, en que el amor es reglamento, o deber, o broma u obscenidad, y la pura, por la introducción de un elemento social en un asunto personal y privado.

La infancia de Bilitis y su adolescencia, comprenden cuarenta y seis pequeños poemas, a cual más hermoso. Lo que más choca al ser humano actual es la naturalidad con que las cosas se dicen, y la exactitud sencilla de las descripciones. «La naturaleza no tiene moral», ha escrito Rémy de Gourmont en uno de sus libros; y las canciones de la primera parte titulada «Bucólicas en Pamphilia», son la naturaleza misma aceptada con un gozo ingenuo.

Todo en esta naturaleza que se ofrece, es amable: Bilitis cuida, al marchar después «de una lluvia fina que ha mojado todas las cosas», de no hacer daño a los escarabajos que atraviesan el camino por entre los charcos y de no espantar al lagarto dorado que se estira al sol.

Con la misma naturalidad con que se baña sola «en el río del bosque» y con que, en compañía de otras muchachas de «cabello violeta», danza sobre la hierba blanda, establece comparaciones de

» La biografía de Augusto Derleth, la primera verdaderamente biografía cronológica de Thoreau, expone claramente las fuerzas esenciales en su vida y en su obra. Que era un artista genuino, un escritor que sabía lo que escribía, se hace evidente al seguir este relato habilidoso. Esta alta legible biografía menciona libremente la obra de Thoreau, dándonos el sabor de su personalidad.»

Publicada por Chilton, Filadelfia, 1962.
Trad. V. M.

su belleza púber con la de sus amigas. Los primeros deseos han inspirado poemas preciosos, como «La amiga casada», «Las confidencias», «Ofrenda a la Diosa», «La amiga complaciente».

Bilitis canta su primer amor, Lykas, un joven pastor — pobre, dice ella — que su madre no quiere como pretendiente. La poetisa, recluida por el mal tiempo en el gineceo, promete a la rueca con que hila, que será él quien la tome el día de sus bodas o este día no llegará.

Y ese día llega, después de ternuras delicadas descritas en «La cabellera» y «La copa».

El día de bodas de Bilitis es, como todo en ella, aceptación jubilosa de la marcha natural de las cosas. Ella se siente presa en la tierra, formando parte del ciego mecanismo universal. Las bodas de Bilitis tienen lugar en medio del bosque, sin que ella vea ni la tierra ni los árboles, sino la luz de los ojos amantes; sin que la acción trascienda socialmente, cambiándose en obscenidad. Todo es pura inocencia, candor inimitable incluso cuando dice:

«Amor mío, tómame como soy: sin vestidos ni joyas, ni calzado. He aquí Bilitis sola. Tómame como mi madre me hizo durante una lejana noche de amor; y si no te gusto así, no dejes de decírmelo.»

El amor, comportando siempre el testimonio de los sentidos, no puede ser eterno. El de Bilitis se hace, finalmente, desgraciado, y entonces deja de cantar.

Cincuenta y dos canciones componen la segunda parte que lleva por título «Elegías en Mytilena», más bellos y sinceros que los de Pamphilia. Las Elegías cantan el amor lesbiano, la homosexualidad femenina, y no como curiosidad viciosa, ni como pasión verdadera capaz de llevar a los mismos excesos y tragedias que la pasión heterosexual. La filósofa existencialista Simona de Beauvoir en su obra «Le deuxième sexe» da una explicación del homosexualismo femenino; la misma que Bilitis en «Los consejos» cuando Skyllikhmas dice:

«...esas niñas te aman. Ellas te enseñarán lo que tú ignoras: la miel de las caricias femeninas.»

«El hombre es violento y perezoso... Tiene el pecho plano, la piel áspera, los cabellos rasos, los brazos velludos. Pero las mujeres son todas hermosas...»

Es la misma tesis de Simona de Beauvoir: la mujer ama las cosas bellas y delicadas y desde pequeña se le ha enseñado el contacto delicioso de las sedas y los terciopelos. Nada de lo que ha aprendido a gustar se encuentra en el universo masculino donde las formas son angulosas, los movimientos bruscos y los contactos ásperos. Naturalmente, nada de esto tiene que ver con ninguna clase de moral, ese producto artificial de las colectividades humanas. No tengo más remedio que recordar la amoralidad orginal de la naturaleza

al tratar de hacer comprender la hermosura del amor de Bilitis hacia su amiga Mnasidika, a quien dice :

« Yo besaré de un extremo a otro las negras alas de tu nuca, oh, dulce pájaro, paloma prendida, cuyo corazón salta en mi mano... »

Es claro que Pierre Louys no ha podido dedicar su libro a la sociedad actual, donde las tendencias homosexuales aun las más sinceras e inofensivas se consideran como una cosa vergonzosa y culpable y se las llama « perversiones » con un sentido de la palabra atroz y malo.

Y, sin embargo, nada en los poemas de Bilitis respira culpabilidad, ni vicio, ni perversidad de ninguna clase. Se leen las Elegías sin la menor alarma, y ésta es la gracia singular del libro y de la época que retrata : el candor y la inocencia de todo : descripciones, sentimientos, instintos. El amor lesbiano dice su nombre sin orgullo pero sin miedo también. Pobre Bilitis, naturaleza del viento, sensible a todas las influencias del mundo pagano y delicioso. Ahora, los que se creen más libres te hubieran despreciado, y, quizás, hubieran pensado que tenían derecho a suprimir tu existencia, a dejar insensible y fría la hoguera de tu carne, como si la belleza y el amor fueran tan fáciles de juzgar.

Al lado de las « Elegías », los cincuenta y siete « Epigramas en la isla de Chipre », aun siendo hermosos, tienen menor pasión; aquí la poetisa

vuelve al amor heterosexual, a la « normalidad », dirían muchos. Bilitis es cortesana, una de aquellas cortesanas que la antigüedad respetaba y llenaba de consideraciones, en vez de servirse de ellas para anularlas a fuerza de crueldad y desprecio, como ahora.

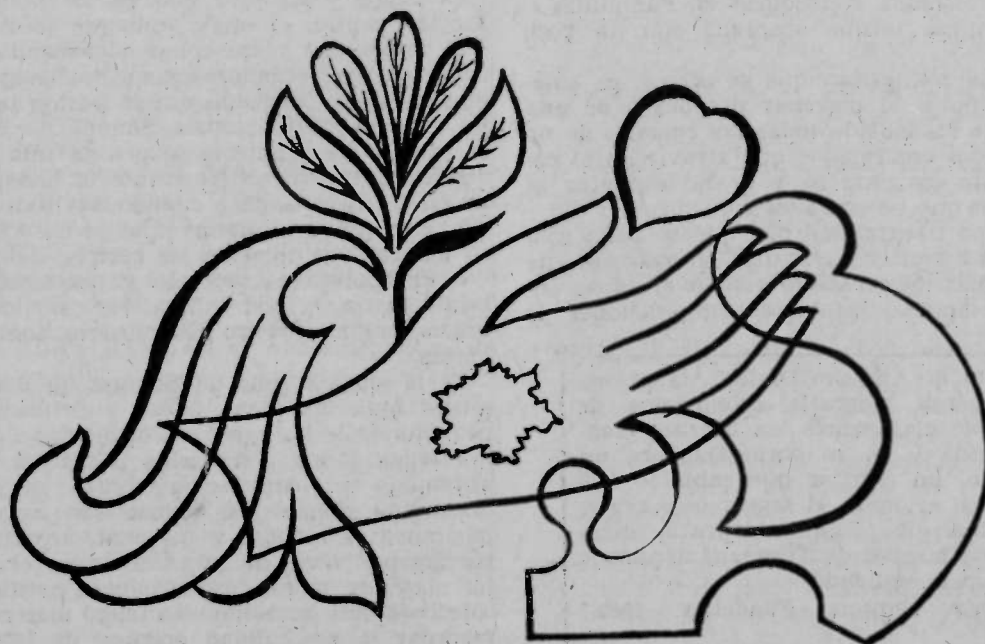
Entonces Bilitis es admirada; ella describe una especie de apoteosis en el poema titulado « El triunfo de Bilitis ». Sobre una carroza es paseada a través de la ciudad, desnuda y halagada :

« Iba echada, las manos bajo la nuca; sólo mis pies estaban vestidos de oro, y mi cuerpo se extendía blandamente sobre el lecho de mis cabellos tibios mezclados a los frescos pétalos. »

« La primavera y la carne acaban también », dice Rubén Darío en uno de sus poemas. Y, efectivamente, Bilitis termina su vida con su amor, puesto que ambas cosas se identifican en ella. Bilitis escribe « El último amante » y en las postrimerías, el recuerdo de Mnasidika, su gran amor, su amiga, la asalta todavía con fuerza extraordinaria.

Tres epitafios terminan el libro hermoso de Pierre Louys al que, personalmente, debo momentos de bienestar indefinible. Libro que es aliento de la tierra, clamor universal, rebeldía y victoria del amor, por sí mismo, y contra todos los artificios estúpidos y limitados de los hombres.

AMPARO POCH



Discurso del hombre libre

(CONTINUACION)

Transformando el sistema económico sin haber adquirido conciencia de una moral superior, sin las bases que en diferentes ocasiones os expuse, habréis adquirido mayor holgura en vuestras posibilidades económicas, un ligero disfrute de mejor provecho, que vendrá a satisfaceros de momento, pero pronto encontraréis el chantaje que eso es, que de eso resultó, porque aun la emancipación económica y de servidumbre, que buscabais, no vendrá sino para unos pocos. Como hoy. Esto resultará, a no ser que vuestro raciocinio haya sido empujado con los nuevos mitos y dé por bueno ese engaño.

Me diréis que el camino será preparado para seguir adelante. Grave error aún. Porque todo sistema que detenta privilegios tiende por naturaleza a conservar aquél para conservar éstos. Conservador por definición, necesariamente empleará su poder adquirido, el grupo de individuos que lo impongan, en distraer, en frenar el progreso de las dos formas seculares: educación convencional e imposición. Entonces vendrán las bellas frases y las armas relucientes.

Cierto que esto no será perpetuo. Pero otras u otras nuevas rebeliones serán necesarias, es decir, más inmolación del hombre; más tragedia, sangre y dolor; el sacrificio como un rito al dios insaciable de la revolución. Sin descanso, sin fin, el tríptico terrible: tragedia, sangre, dolor.

Pensad, pues, en esta verdad sin vuelta de hoja: la transformación que no tenga por objeto liberar al hombre de su obediencia, de su tradición, de su mutilación intelectual, no será tal. Podéis dar cuantas vueltas queráis para hallar un equilibrio: no lo encontraréis. Y yo vengo a deciros, entonces, ahora, siempre, que os alejéis de los falsos libertadores, que traerán más daño aún que los tiranos verdaderos.

Sólo por la liberación del espíritu es posible la liberación social y económica. Sólo por la emancipación de la conciencia la emancipación del servilismo es posible.

Los factores materiales no liberan el espíritu necesariamente, corriendo el riesgo de no liberarlos definitivamente.

Los factores espirituales, por contra, transformados, superados, emancipan al hombre necesariamente de sus males materiales y sociales.

Aquéllos, sin éstos, es posible; éstos, sin aquéllos, no.

Y sólo los ataques de aberración mental pueden encontrar buena la fórmula contraria, resultando los continuadores de la desgracia de siempre. Porque las guerras tendrían lugar con otro motivo. El Poder no puede vivir sin ellas y sin las lecciones mercenarias.

Las religiones de hoy hubieran muerto, pero otras equivalentes o más nocivas impondrían su dogma. Las castas dirigentes las crearían; porque sin ellas el privilegio moriría. Fácil es crear potestades indiscutibles e intangibles. La credulidad humana es infinita; no tiene límite cuando los humanos olvidan su cerebro.

El grande error de toda transformación parcial está en ver el problema humano de una forma tendenciosa y subjetiva. Indudablemente, al partir de un principio falso quedamos enfrentados con lo que es lógico y el fracaso viene pronto. Para evitarlo, no queda otro recurso que la imposición; la coacción; de donde viene pronto el disloque de toda pretendida armonía, el adulterio de la dignidad y la violencia sistemática.

¿Por qué esto es así? Porque se pretende el contrasentido de adaptar al hombre al sistema político social. Porque la paz social no puede venir por ese camino. El hombre y el sistema se enfrentan y a la corta o a la larga éste último morirá. Y otra vez volver a empezar para continuar igual, resultando siempre el sistema vencido.

Si examináis, como antes os decía, la causa, encontraréis la fuente de todo lo arbitrario y malo; que es disfrazado, porque al desnudo es muy feo. Entonces, la mentira se hace costumbre y lenguaje obligado. Unos mienten por obligación, otros por necesidad y el resto por costumbre. La verdad se hace insoportable, siendo perseguida como delito. He ahí que ninguna transformación social no será tal si ella no es total y objetiva.

Buscad, empero, adaptar al hombre el sistema. No deis el hombre al sistema, sino dar el sistema al hombre. O mejor, que los hombres se den el sistema que les conviene, libremente, y hallaréis la armonía buscada. El hombre es el agente activo. El medio o la cosa, el pasivo. Hoy la inmensa locura llega a este punto; aquello que es activo, dinámico, determinante, es sometido a lo determinado, a aquello que es inerte, que es pasivo. Fijaos bien en esta contradicción estúpida de la sociedad. Si en verdad un punto de razón os queda, no aprobaréis tal dislate ni seréis indiferentes al mal que causa. Vendréis a la nueva senda a adquirir conciencia del mundo nuevo que yo, con mi razón, presento. A luchar, a sentir, a gozar en las fuentes luminosas de las grandes verdades. A poseer la conciencia. Os pido estudio, meditación y carácter.

El deber de todo hombre cuando su razón entra en vigor es la búsqueda de la comprensión.

Cuando niño, empieza a querer conocer cuanto ve y toca; cuanto ignora del mundo exterior que le circunda. Más tarde, a la influencia de las fórmulas hechas, entra en la molición, se conforma con el conocimiento limitado del medio donde vive y sus aspiraciones por saber terminan pronto. Si no terminan, hombre ya, busca un conocimiento li-

mitado, interesándose tan sólo por un fin material y convencional que le ponga en situación de privilegio con relación a los demás.

Empero, hablo yo al hombre espiritual y al hombre que quiere salir de esa animalidad de la vida de hoy. Al primero hablo en intención directa. Y quiero también que los que en este caso no están encuentren la manera de salir, hallen un estímulo que despierte deseos de otra vida y de otro sentir, son aptos para entrar en la Nueva Senda, descubran lo hermoso, lo digno, lo ampliamente humano que dentro de ellos se encuentra. A éstos también hablo pues. Hablo a todos. A los que quieren, a los que buscan, a los inquietos, a los dispuestos espiritualmente, a los que interrogan por la luz. Y, también, como os digo, a los otros, que duermen plácidos o sufrientes su vida inútil. Gócame yo de quien comprenda, y, de aquel que quiera comprender viniendo al Camino.

Decía, pues, que al analizar los hechos exteriores y la reacción de estos hechos, por dentro, el individuo entra en la revelación de su espíritu. Sensación nueva, bullir de sangre, revuelta energética de sus ideas que vibran desbordantes. He aquí, pues, que entra en el estudio espontáneo. Analiza los reflejos de la vida que lo envuelve, va camino de la comprensión.

Empero, que la comprensión auténtica no viene de la educación por ella misma o de la rutina de las falsas experiencias. Porque trazan un criterio convencional o parcial. Si, del estudio de las vibraciones interiores que en nuestro ser sensible se producen, abriéndose como flores con la caricia de buen tiempo.

Por ahí, yo os digo, que de cierto se ha entrado en el umbral de la Consciencia.

La vida diaria, el mundo que vemos y tocamos, las relaciones humanas de hoy, ese todo que absorbe, modela y se impone a los hombres, no puede contar sino como elemento de contraste en la formación consciente de un ser.

Así, os invito a la meditación, causa y medio para liberarse. Porque el individuo será liberado, en sí, es decir, en su consciencia, cuando las ideas que dirijan y justifiquen su vida hayan surgido de su propio cultivo.

Entonces, invitar al hombre a ser activo, activo del cerebro. El tiene el elemento precioso que lo hará llegar a su propósito. ¿Cuál es?, preguntáis. Y yo os digo que es la Voluntad. La Voluntad nace de una necesidad forjada, deseada, impuesta por el individuo para llegar a un fin. Y ella le hace llegar. Ella vence todo inconveniente y resulta elemento decisivo, causa de primer orden. Pero no es aquí mi propósito de hablaros sobre esta cosa y sí de otra.

Ninguna vida de hombre vale nada, si ella no es empleada en una misión alta, si ella no fue empleada para enriquecerla.

Huid de la pereza, huid de la inacción. Y si el gusto por la contemplación os domina a veces, que ésta sea para gozar de la conquista hecha en nosotros mismos, conquista del espíritu que se funde con la belleza que contempláis. Que venga a vos-

otros el recuerdo de la impenitencia pasada, de la incompreensión de otras veces, y será estímulo sereno para avanzar más hacia la plenitud. He aquí que será contemplación de estímulo lo que contemplación de deleite es.

Os pido que cultivéis la nobleza de carácter. Y si alguno de entre vosotros destacara más a causa de su natural más inteligente, o por mayor fuerza de voluntad para el conocimiento y para la meditación, que ello no sirva de envidia o recelo sino de estímulo y emulación. Que es de almas ruines y torvas, considerar hace sombra quien más luz tiene, y son malos cultivadores de los jardines del pensamiento quienes vieren con envidia tierras más fértiles por mejor regadas.

Pensad siempre en cultivar la dignidad; y que vuestros actos sean siempre de franqueza y las obras de cada día obras de franqueza sean. Así tendréis otra parte ganada y no pequeña, de la Consciencia.

Para mí tengo, amigos, que hay una moral individual de la que se deriva la moral social del universo.

Si entendemos como moral el convenio libre reglamentador de la vida colectiva y también las normas coherentes del hombre ante sí mismo, en tanto que sujeto responsable de sus actos preciso es partir de la dignidad humana. La formación individual así, será formación entera a espaldas de la degradación, causa ésta de la desgracia colectiva. Así, yo pienso, que un principio moral parte siempre del individuo y va al común, siendo parte de un todo, pero parte necesaria y culminante. Entonces, la moral individual está en elevar su pensamiento, en practicar la comprensión, en tolerar y en ser generoso.

Pero el individuo debe crearse la necesidad de ampliar su conocimiento que lo lleve a la certitud, fuera de dogmas. Que su ser íntimo se abra como un cielo azul acrecentando siempre más y más su fondo espiritual. De ahí viene un conjunto de conciencias que obran en armonía y esta relación común será moral auténtica y no ficción.

La una ha de ser necesariamente independiente de la otra, como independiente ha de ser el individuo ante el común, y libre de aceptar o no vivir en él. Que si forzado ha de estar a relaciones que no son afines, él puede dejarlas y buscar compañía con su gusto y forma de ser o quedar solitario si así le place. Empero, el fundamento no es ese. Si, que siendo una personalidad cosa independiente por naturaleza, ella tiene su desarrollo propio y madurez, vive intensamente para ella misma antes que para la comunidad, y por ello es distinta la vida de sí mismo y esa otra con el común. Y yo os digo que esa es la levadura con la que el hombre que yo pienso se forma, para engrandecimiento espiritual de él mismo y para mayor beneficio de una sociedad humana, armoniosa y generosa.

FABIAN MORO

(Continuará.)

The Oriole PressPrensa de la Oropéndola

Joseph Ishill : Rebelde solitario

LA PRENSA DE LA OROPENDOLA de Joseph Ishill mantiene una posición segura en el reinado de las artes gráficas. Desde que apareció en 1919 —aunque fue este año cuando Ishill adquirió su propia prensa, no obstante haber aparecido su colofón tan temprano como en 1916— publicaciones de su prensa privada han sido reunidas por un número constantemente en aumento de bibliotecas y coleccionistas de finas impresiones tanto en Estados Unidos como en otros lugares. Por lo tanto hoy, numerosas universidades importantes, público y bibliotecas privadas tienen una muestra de la artesanía de Ishill.

Sin embargo, la historia podrá recordar también que la Prensa de la Oropéndola es también válida como un órgano de la libertad de expresión. Tal vez se referirá a ella como a un anacronismo en lo que viene siendo llamado «tiempo de conformismo». Debido a que Ishill cree que el arte sólo puede ser la expresión de una meta hacia la pureza del individualismo, ha hecho del individualismo la base de su prensa. Fragmentos de los escritos de mentes tan preclaras como Whitman, Thoreau y William Godwin están esparcidos liberalmente a través de sus libros; y de sus contribuidores, todos son idealistas e iconoclastas que no aceptan otra tradición que la de la libertad y otra autoridad que la que emane de la conciencia. Cada autor o artista que se ha encontrado a sí mismo entre las cubiertas de la Prensa de la Oropéndola, ha en algún sentido alentado el tema libertario de la prensa, y es indudablemente debido a que este tema —como también al sensible manejo de los materiales que hace Ishill— ha sido el motivo por el cual se ven representados.

Los que así se seleccionan —o son escogidos por el editor Ishill— vense incluidos en figuras tan bien conocidas como Havelock Ellis, H. L. Menckén, Rabindranath Tagore, George Bernard Shaw, Witter Bynner, Will Durant, Bertrand Russell, Holbrook Jackson, Emma Goldman, Frank Harris, Stefan Zweig y otros. Su prosa y su poesía ha sido suplementada por maderas grabadas de John Buckland Wright, Louis Moreau, Maurice Duvalet, Bernard Sleigh y Roual Dufy. Material enviado a Ishill fue contribución exclusiva para la Prensa de la Oropéndola o fue personalmente adaptado a sus necesidades por los autores y los mismos artistas. Todas las contribuciones fueron hechas por personas que se destacaron en otros medios, y ofrecidas sin pensamiento alguno de retribución, y donadas con el conocimiento de que su publicación sería limitada a lo sumo a un centenar de ejemplares.

Como la mayoría de los liberales, Ishill es un utópico. Esto es otra cosa esencial para la filosofía de su prensa. Pero al contrario de la mayor parte de los utópicos, su vida no representa una investigación. Ha encontrado la utopía en la producción de sus libros. Es trabajando, dice, es el acto de creación, que se vuelve utopía; pero añade que cuando una cosa ha sido terminada la utopía se va hasta que de nuevo comienza otra labor. Aunque se está aproximando a sus sesenta y siete años, y su cabellera de blanca nieve cae gentilmente por sobre la parte superior de sus orejas, el tiempo para él no aleja mucho de sus utopías, pues Ishill se encuentra siempre bien en su camino hacia la iniciación de una nueva publicación antes de haber terminado la última. Si ha descubierto también el secreto de la juventud continuadora es un sentido persistente de propósito y dedicación hacia la vida, se encuentra demasiado atareado para decirnoslo. Sonríe y uno se da cuenta que aquí hay un hombre feliz.

Una lista de las publicaciones de la Prensa de la Oropéndola publicada en 1953 nombra noventa y tres libros y pamfletos. Esta lista ha sido extendida ahora a más de ciento cincuenta piezas, todas ellas producidas con tipos a mano y con prensas no mecanizadas. Ishill mismo es editor, redactor, tipógrafo, componedor y obrero de prensa para todas estas publicaciones, como también es el autor de varios ensayos y de un volumen sensible. Su solo ayudante ha sido su compañera, Rosa Freeman Ishill, que a través de los años ha servido como traductora y correctora de pruebas. Se dice a menudo que Ishill opera en la tradición de William Morris, pero Ishill se ríe de la idea, aseverando que él opera en su propia tradición.

El historiador de las prensas privadas y de su movimiento, Will Ranson, escribió sobre Ishill en **Private Presses and Their Books** (Las prensas privadas y sus libros) publicado en 1929 que «...la Prensa de la Oropéndola de Joseph Ishill es enteramente artesanía personal, a la vez literaria y tipográficamente. He aquí a un hombre que trabaja durante el día, se añade una buena medida de cuatro horas suplementarias de auto labor, y entonces, en lo que queda, trabaja en libros de 360 páginas en «una pequeña y usada prensa Favorite que encontró abandonada en un galpón cerca de su casa». Los libros de la Oropéndola no solamente representan un gran esfuerzo de trabajo editorial para Ishill. Sin embargo, a pesar de severas lagunas en tiempo y en equipo, los volúmenes están excepcionalmente bien hechos. Sólo tipográficamente son a la vez suficientemente poco comunes y en el mismo sentido eficientes».

Ishill operaba entonces, como lo hace ahora, en el sótano de una pequeña finca de Berkeley Heights, Nueva Jersey, en donde él y su esposa viven y trabajan en relativa tranquilidad, aparte de las presiones comunes en casi todas las zonas suburbanas. Tiene ahora tres pequeñas prensas a mano, pero siempre trabaja con la Favorite, a la cual prefiere —una prensa Gordon de la cual os dirá Ishill, que si bien es Favorita su nombre comercial, lo es también en sus efectos—.

En una carta reciente a Ishill, el animador de la *Press Prairie* (Prensa de los Prados) de Iowa, Carroll Coleman, escribía: «Su prensa está en un lugar tan hermoso, con la perspectiva de casi el nivel de su jardín; y usted posee una bella selección de tipos y de material decorativo. Pero lo mejor de todo, es que usted es exactamente lo que un impresor privado debería ser: un real impresor-erudito... Bien sé que fue hecha, en pasados años, trabajando sin cesar en horas que no eran las que usted trabajaba afuera; pero, ¡qué satisfacción debe ser para usted el contemplar lo que ha realizado!».

Tanto Ransom como Coleman se refieren al hecho de que Ishill es un tipógrafo de oficio y antes de que se jubilara trabajó para varias imprentas comerciales de Nueva York, prosiguiendo su trabajo que él considera su verdadera vocación (aunque lo llama su «pasatiempo») en lo que para otros serían las horas de descanso.

La ornamentación de Ishill es discreta. Es primordialmente a través del uso que hace del espacio disponible, del color, de los papeles empleados, y de la excelente elección en los tipos —todo sutilmente interpretativo— que obtiene la cualidad visual que conduce a la percepción de la abstracción de las mismas palabras. A pesar de la fidelidad de Ishill por la manera en componer su propio material, es como ha dicho Ransom, una forma «personal» de la artesanía. Siempre en evidencia, hay un espíritu de rebelión, un alarde de tradición. Uno de sus libros, una antología que llama *Free Vistas* (Libres Panoramas) volumen I, está compuesto por semejante surtido de papeles, —variados a la vez en tamaño y en calidad— colores y tipos tipográficos, que se maravilla uno ante la armonía con que finalmente fueron reunidos.

Otro aspecto en el que Ishill ha estampado su individualismo es su rechazo de todo motivo de provecho. Sus libros no son para la venta. Lewis M. Stark, bibliotecario de la sala de libros originales, situada en la biblioteca principal de Nueva York, escribió recientemente: «Ishill nos da sus libros». Los libros de la Prensa de la Oropéndola ocupan allí dos estantes. Las universidades de Harvard y Rutgers también de él tienen grandes colecciones. Rutgers ha presentado dos exhibiciones del trabajo de Ishill, una en 1950 y la otra en 1951, que produjeron artículos sobre Ishill en el *Times* y el *Herald Tribune* de Nueva York, como así en los diarios de Nueva Jersey.

Ishill corrientemente ocupa la biblioteca pública de Berkeley Heights con una constante exhibición rotativa, compuesta de su propia prensa y de los

libros coleccionados en su extensa biblioteca privada. Una de sus recientes exhibiciones sobre Walt Whitman incluía un editorial de Whitman inédito hasta entonces, titulado *El pueblo y John Quincy Adams*, escrito por Whitman para el *Daily Crescent* de Nueva Orleans. El profesor William White de la universidad de Wayne, demostró la autenticidad de las pruebas del editorial después que fue descubierto en la colección de Charles E. Feinberg de Detroit, uno de los principales coleccionistas de Whitman en Estados Unidos. Ishill publicó el editorial en una edición limitada a cien ejemplares, cuatro de los cuales fueron encuadrados en *marroc*. De éstos, uno fue presentado al presidente Kennedy (1).

También exhibiéndose en la biblioteca de Berkeley hubo una exposición de maderas grabadas por John Buckland Wright, un contemporáneo británico de Picasso, que contribuyó con hermosas xilografías para la Prensa de la Oropéndola. Su trabajo matiza muy bien con el espíritu de la prensa de Ishill, pues sus desnudos idealizados son habitantes propios de la utopía de Ishill y el simbolismo de sus dibujos combina muy bien con el del propio Ishill. Wright a menudo le expresaba contento con la ubicación de sus grabados. En la página del título de *Free Vistas* que lleva madera suya, dijo en una carta a Ishill: «Usted no pudo escoger un verde mejor para el título. Es exactamente el más conveniente, la impresión es perfecta y la tipografía e impresión no podían ser mejores... Las reproducciones son lo mejor que he visto al efecto».

Otra especialidad de Ishill es el arte de coleccionar libros, comparado por él a otro pasatiempo. La mayoría de sus hallazgos los ha comprado en libreros de segunda mano, especialmente a lo largo de la Cuarta Avenida de Nueva York, y cuando tropieza con algo notable llega a su casa lleno de júbilo, exclamando: «¡He ganado!». Por cincuenta centavos compró los dos tomos de la primera edición del libro de William Godwin: *An Enquiry Into Political Justice* (Estudio acerca de la justicia política) en la época (hacia 1920) en que un catálogo inglés los ofrecía por ochocientos dólares (2).

Ishill recientemente vendió una vasta colección de literatura libertaria a la universidad de Harvard. La colección fue descrita en el boletín de la biblioteca de Harvard (otoño de 1960) como abarcando «el socialismo, el comunismo, el anarquismo, el sindicalismo, la democracia, el libre comer-

(1) John Quincy Adams fue, como Kennedy, presidente de los Estados Unidos. Kennedy fue, a su vez, el único presidente que favoreció a los artistas, invitando entre otros, al famoso poeta hoy fenecido Robert Frost a «la toma de mando». Lo que la historia registrará indudablemente en el período en el que le tocó sentarse en el sitial de la Casa Blanca, es la célebre y pacífica marcha de Washington en pro de los «derechos civiles» de su país.

(2) Este importante libro de Godwin fue publicado por la prestigiosa editorial *Americalee* de Buenos Aires. Véase documentación valiosa sobre Ishill en las memorias de Rudolf Rocker (tres gruesos volúmenes), publicados por la misma editorial.

cip, los impuestos, la agricultura, el libre pensamiento, el amor libre y otras muchas subdivisiones de la amplia categoría libertaria». Geográficamente es casi toda procedente de Europa y del Nuevo Mundo, siendo los idiomas preponderantes el inglés, el francés y el alemán.

«De los casi trescientos cincuenta títulos de diarios en la colección, la mayoría no habían sido previamente registrados en los Estados Unidos. También los ochocientos libros y pamfletos proveen numerosas ediciones. Una sección especial está formada por setenta y cuatro títulos escritos y publicados por Benjamin R. Tucker, el publicista anarquista y defensor de Walt Whitman.

«La porción de manuscritos en la colección... proveerá material para la investigación en numerosas direcciones. Las catorce cajas incluyen cartas y manuscritos literarios de figuras como Barbusse, Edward Carpenter, Clarence Arrow, Eugene V. Debs, Havelock Ellis, Patrick Geddes, William Godwin, Emma Goldman, Cunningham Graham, Frank Harris, Ellen Key, Kropotkin, Labadie (3), H. L. Mencken, Octave Mirbeau, Eugene O'Neill, E. A. Robinson, Romain Rolland, Bertrand Russell, Henry S. Salt, G. B. Shaw, Benjamin R. Tucker y Stefan Zweig».

Joseph Ishill emigró en 1909 al frenético East Side (Lado Este) neoyorquino. A la sazón tenía veintiún años. Desde el tranquilo villorrio rumano de Curteshti, situado al noroeste de Rumanía.

Sus memorias sobre su infancia están un poco teñidas con los recuerdos de un agudo y persistente dolor derivado de una temprana infección de oído que no curó hasta que tuvo doce años. Con demasiado dolor para permanecer quieto y sentado, no asistió a la escuela; en vez de ello vagó por las laderas boscosas de las colinas y enfrió sus fiebres en la clara agua de los arroyos. Se volvió un niño de la naturaleza: aprendió las costumbres de los animales, las dimensiones de la soledad y desarrolló una afinidad con el cosmos.

Huérfano de educación formal —que no siempre se adapta a los caminos de los espíritus libres— y siendo uno de esos raros niños que han nacido por una inquietud hacia el conocimiento, recibió la mayor de las herencias: la libertad de aprender de acuerdo con su propia naturaleza. Su individualismo no fue molestado o golpeado su camino por la imposición de disciplinas o motivos externos. Aprendió siguiendo voces interiores, que no le fracasaron nunca. Hoy este hombre cuya total educación formal, comprendiendo cortos periodos de pocas semanas de vez en cuando a través de su infancia, totalizó unos cuatro años, es visto por las universidades y eruditos de dos continentes como un gran forjador de su artesanía, a la vez que muy solicitado por la colección que ha reunido. No molestado, cuando niño, por las lecciones, tuvo tiempo para leer. Sus más tempranos compañeros fueron los libros.

Das agudas influencias ambientales, ahora una parte de la historia rumana, fueron también fac-

tores determinantes en la dirección que su vida debería seguir. Su país estaba en aquel tiempo aun estremecido por los vestigios del feudalismo y era notable por su foco de antisemitismo. Persecuciones de las que fue testigo y a las que estuvo sujeto en ambas influencias, han sido Ishill relatadas en una serie de incidentes escritos por él en sus **Episodios Balcánicos**. Un fuerte resentimiento por la imposición de la autoridad del fuerte sobre el débil fue añadido a esta ya gran orientada personalidad.

¿Puede el lector imaginar el efecto de Thoreau sobre este joven? Sólo tenía catorce años cuando por primera vez leyó **Desobediencia Civil**, y las teorías sociales de Thoreau como también su naturalismo, armonizaron tanto las del propio Ishill, que éste enseguida se alegró por haber encontrado un espíritu fraternal. El cuño para esta vida había sido ya hecho. Era un rebelde.

Aunque crecieron en diferentes lados del Atlántico en ambientes disímiles, Joseph Ishill y Rosa Freeman Ishill que se crió en el bajo Lado Este de la ciudad de Nueva York) compartieron una común infancia de sueños. Parece que la atracción que uno sintió por el otro data de su mutua admiración por la **Balada de la cárcel de Reading**, de Oscar Wilde. Joseph Ishill nos dice que cuando intentó discutir la Balada con la joven Rosa, ésta empezó a recitarla de memoria, revelando que la conocía toda —hay en ella 109 estrofas—. Nadie que haya escuchado alguno de los recitales poéticos de Rosa Freeman Ishill, podrá dudarlos.

Juntos empezaron a publicar en 1919, una revista mensual que titularon **Thee Free Spirit** (El Espíritu Libre). Se trató de una pequeña delicada aventura, que utilizaba cubiertas de papel casero y solicitaba contribuciones llenas de sensibilidad, de esas que es difícil publicar en otras partes. En ella Rosa Ishill publicó notables poemas y ensayos críticos. De todos modos, como la joven publicación no contenía avisos comerciales, el precio de la suscripción era solo de un dólar al año. Fueran los poemas de Rosa Ishill o la tipografía de Joseph Ishill, bastaban por sí solos para que la suscripción valiera mucho más; pero los redactores eran idealistas y no editores comerciales, debido a lo cual la publicación apareció luego periódicamente.

Joseph Ishill ha publicado cinco libros de poemas de su compañera. Son **Lluvia entre los Bambúes** un libro inspirado por Lafcadio Hearn) **Pétalos a la Deriva**, **Dedicaciones** (poemas ensalzando a personas que ha conocido o admirado) **Poemas** (sus últimos versos) y **Un grupo de Poemas** traducciones del francés, alemán, italiano y hebreo). **De Pétalos a la Deriva** dice Ishill que el título fue así escogido, porque su compañera podría haberlos hechado por la ventana cuando fueron escritos, para luego arreglarlos cuando flotaban en el ambiente del jardín. A través de los años ha sido Ishill el exclusivo editor de su compañera. El Dr. Isaac Goldberg, en una revista de sus poemas publicada en 1924 en **Haldeman-Julius**, que era una publicación semanal, decía que ha tiempo que hubieran encontrado su camino hacia una «compe-

(3) La colección libertaria Labadie es otra de las importantes poseídas por una universidad norteamericana.

tente antología» de no haber sido «oscurecidos» por su modo de publicación. Obviamente, libros que las bibliotecas guardan en salas especiales de obras raras por su originalidad, no gozan de un gran ámbito de lectores.

De las otras publicaciones de Ishill, probablemente la más importante son sus dos antologías tituladas **Panoramas Libres** que constan de dos volúmenes, el primero publicado en 1933 y el segundo en 1937.

El primer volumen contiene contribuciones de Rabindranath Tagore, Holbrook Jackson, Witter Bynner, Elías Reclus, Jacques Mesnil, Emma Goldman, Octave Mirbeau, Havelock Ellis, Romain Rolland, R. Austin Freeman y Stefan Zweig; y reproducciones de impresiones, dibujos y maderas grabadas de John Buckland Wright, Maurice Duvallet, Bernard Sleigh, Albert Daenes, Frans Masereel, Albert Sterner, Walter Tittle y otros. El volumen segundo incluye a R. B. Cunningham Graham, Laurence Housman, Benjamín R. Tucker, Charles Erskine, Scott Wood, George Bernard Shaw, H. L. Mencken y Richard Le Gallienne. Los artistas están representados incluyendo a Raoul Dufy, Louis Moreau, Ivan Opffer y otros (4).

También importantes son los libros de apreciaciones que Ishill compiló y editó sobre algunos de sus rebeldes favoritos. Un libro de apreciaciones sobre Pedro Kropotkin y otro sobre los hermanos Elías y Eliseo Reclus, deben citarse como una de sus mayores realizaciones (5).

Una carta inédita de Joseph Ishill.

Joseph Ishill
Tipógrafo y Editor

The Oriole Press
Berkeley Heights
(Nueva Jersey)
16 de febrero de 1963

Querido amigo,

Me sentí contento al saber noticias tuyas después de este largo silencio. No sabía que había habido huelga en el correo de su país. Sin embargo, es bueno saber que el paquete conteniendo los trabajos literarios de mi esposa no se ha perdido.

Al mismo tiempo que a usted he enviado un

(4) Este traductor ha visto esta joya bibliográfica en la biblioteca del escritor Eugen Relgis, rumano de origen como Ishill —éste le publicó su *Mirón el Sordo* (Muted Voices)—, que al marchar de la lejana Rumanía hoy esclavizada por el totalitarismo bolchevique, trajo de su monumental biblioteca sus libros y manuscritos más preciados.

(5) CENIT ha publicado del libro sobre los hermanos Reclus, el ensayo de Max Nettlau sobre Bakunin y Eliseo Reclus. De las prendas de Ishill también ha publicado CENIT otras realizaciones de Ishill: «El Encarcelamiento de Thoreau», «Eric Gill», «Parábolas de la Autoridad», etc. El presente artículo de Marian Courtney Brown ha sido publicado recientemente en una publicación bibliográfica norteamericana y es traducido debido a la gentileza del propio Ishill.

ejemplar del trabajo de mi esposa a mi viejo amigo Relgis, pero tampoco he tenido noticias de él, supongo que por dicha huelga de correos. Tampoco he tenido muchas noticias de Francia, excepto los tres ejemplares de CENIT conteniendo su apreciación (1) de mi libro sobre los hermanos Reclus. Gracias por su molestia.

Pronto le enviaré algunos trabajos adicionales de mi Prensa Privada. Espero que le agradaará incluirlos como una adición a su colección.

¿Es posible que aparezca algo en la prensa de idioma español sobre el trabajo de mi esposa?

Como usted probablemente ya sabe, ella ha dedicado algunos poemas a Kropotkin, los hermanos Reclus, Tolstoi, Havelock Ellis, etc., todos grandes espíritus libertarios. Algunos de estos poemas fueron traducidos al francés por Armand (2) y Crasevieux, y además ella fue una de las animadoras de la Escuela Moderna Francisco Ferrer de Stelton (Nueva Jersey), 1916-1917, cuando yo publicaba la revista «Escuela Moderna». Pienso que debería ser mencionada también en alguna de las publicaciones radicales, pues, además de ser mi esposa, está considerada como una distinguida poetisa norteamericana.

Tal vez Luce Fabbri u otra persona podría traducir algunos de sus poemas o alguna de su prosa, al italiano o al español, para que fuera publicada.

Ultimamente hemos estado recibiendo sentidas congratulaciones por sus últimos trabajos publicados.

Adjunto le envío un ejemplar de una revista con una contribución sobre nosotros que fue escrita por una profesora de la universidad de Boston, también ella una poetisa norteamericana.

Hace unos pocos días recibí una hermosa y cumplida carta sobre sus trabajos, escrita por el distinguido poeta y estudioso inglés Sir Herbert Read.

Una muchacha japonesa que está terminando sus exámenes para dentro de unos pocos meses, preparándose para leer su tesis filosófica, retornará luego al Japón y piensa hacer algo sobre los trabajos de mi esposa. Esta muchacha tiene muy buenas conexiones con un grupo de autores y artistas. Su padre es también muy conocido en su país, pues es un distinguido escritor de novelas.

Tranquilamente y sin fanfarrias este mes me adentro (el once) en mis setenta y cinco años y me encuentro aún industriosamente girando la manivela de mi prensa para producir algunas páginas más impresas.

Con mis mejores saludos y sinceramente suyo,

JOSEPH ISHILL

(1) Hay aquí una pequeña confusión, pues lo publicado por CENIT es el prólogo a dicha obra, del propio Ishill.

(2) Emile Armand, el extinto y conocido anarquista individualista francés, publicó poemas de Rosa Freeman en sus publicaciones *L'En-Dehors* y *L'Unique*.

Tipos

El pedante

SUS CARACTERISTICAS

Para él no existen más valores que el suyo, que su yo.

Cuando alguien pretende expresar su opinión él se adelanta y no le deja hablar...

Si algo escribe o dice busca y rebusca las palabras más intrincadas, más laberínticas...

Huye de la sencillez y de la naturalidad como gato escaldado.

Es característica suya no admitir consejo ni corrección.

Lo que cualquiera dice con facilidad él lo reuerce hasta lo inverosímil.

Suele ser de una susceptibilidad enfermiza, la más pequeña advertencia le irrita.

Es de por sí autosuficiente, ya que para él no existe la duda.

Sería negarse en absoluto hacer suya la frase socrática: «Sólo sé que nada sé».

No puede tener más amigos que quienes asienten a cuanto dice o hace...

Para él ni lo humano ni lo divino tiene secretos.

Es enemigo declarado de la humanidad, puesto que su base es la afirmación rotunda.

En lo íntimo desconfía de sus propios conocimientos, los que sostiene con énfasis en público.

Es muy susceptible al elogio; ante la alabanza se hincha como un sapo.

No ha podido digerir las enseñanzas recibidas, o mejor, su educación ha rebasado el nivel de su inteligencia.

Habla con voz ahuecada y su léxico es fatuo y presentuoso.

Nada omite con tal de poder mostrar su verborrea, su charlatanismo; habla por los codos con el ánimo de opacar a sus contradictores.

También es de su propia condición el no hallar dificultades en sus realizaciones y trabajos; cuanto sale de sí, según él, lleva el signo de la perfección.

Es de por sí ostentoso, exhibicionista; se le ve en todas partes y sacrificaría lo que más quiere con tal de que se le nombre, de que se hable de él.

Destacan varios tipos de pedantería, entre ellos la del imbécil nato y la del imbécil ilustrado. La de éste es mucho peor.

El hombre ineducado puede ser pedante, pero se le descubre enseguida, mientras que la del educado se encubre bajo el manto de frodosa hojarasca.

Además, la pedantería del hombre ilustrado es más expansiva, tiene mayor irradiación. Es como la hiedra que trata de destruir y absorber a cuanto le rodea y acoge.

Este defecto está íntimamente emparentado con el orgullo, la soberbia y la vanidad, siendo éstas las sustancias básicas para la formación del pedante.

No sé si será mucho decir que el individuo llamado anarquista que reúne esta condición negativa no sólo se niega a sí mismo, sino también a la propia esencia de las ideas que dice sustentar. Al menos así lo creo.

Generalmente se suele definir y dar el calificativo de petulante a la persona que hace alarde de vana erudición y que se envanece de sus propias condiciones, o bien al que presume de saber todo sin que en realidad tenga solidez en materia alguna, pero, como hemos visto, la cosa es mucho más compleja y vasta de lo que suele apreciarse.

LA LITERATURA Y LA PEDANTERIA

No pretendemos ni mucho menos agotar el tema. La literatura universal ha publicado infinitos relatos y ha creado diversos tipos, que escapan a nuestro conocimiento, acerca de esta inclinación humana. Aquí nos limitaremos a expresar unos cuantos rasgos, referidos a escritores españoles que en todos los tiempos han tratado de evidenciar el defecto de la pedantería.

Por ejemplo, el malogrado poeta catalán, Joaquín María Bartrina, con un buen sentido del humor, expresa:

**«Con cristales de aumento
¡cuánta gente se pasea!».**

Frase de una moraleja suya en que el cristal de un botánico cae encima de una insignificante hormiga a la que otras compañeras contemplaban asombradas de su grandeza a través del cristal. Y a la vez ésta admiraba las proporciones desorbitadas de las otras hormigas.

¿Y qué, acaso no es este mismo lente el que usan los pedantes?

Ahí va otra muestra. Nuestro gran Quevedo dice acerca del tema:

**«De todas cosas hablan, y de ninguna entienden;
andan juntos de tres arriba.»**

O bien así:

«Toman un quintal de libros, dándole dos bofetadas hacia arriba y hacia abajo y luego dan un gran golpe sobre la mesa, muy esparrancado de capítulos y ya.»

Mientras que Tomás de Iriarte, al final de una de sus famosas fábulas lo concreta de esta manera:

**«Monos que aunque se vistan de estudiantes,
se han de quedar lo mismo que eran antes.»**

Y otra del mismo autor expresa:

**«Un gato pedantísimo retórico
que hablaba en un estilo tan enfático
como el más estirado catedrático.»**

Del príncipe de Esquilache, célebre poeta, es la siguiente muestra:

**«Que un grave estilo, fácil y sonoro no es cosa
que se imite ni se aprende, no está del pedantismo
en el tesoro.»**

Lope de Vega en la última estrofa de bello soneto, lanza esta puntada:

«¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?».

El autor de «Muérete y verás», don Manuel Bretón de los Herreros, en aguda cuarteta dice eso:

«El pedantesco lenguaje
¿cómo no ha de darle enfado
con que aquí nos ha guisado
tan nauseabundo potaje?».

Y tipos que formaron época fueron el Abate Pirracas, creado por el gran sainetero don Ramón de la Cruz, y el don Hermógenes de «La comedia nueva», de Leandro Fernández de Moratín, que es un prototipo del género pedantesco.

LUGARES DE INCUBACION

Desde luego, la pedantería es una epidemia contagiosa que el hombre lleva en la sangre y que se transmite de una generación a otra.

Es tan vieja como la humanidad misma. Ni razas, ni pueblos, ni grupos étnicos, ni partidos escapan a su influencia.

Pero su desarrollo, la ampliación de su base se debe en especial a la cultura. Desde luego, la letra de imprenta sirvió a las mil maravillas para la expansión del pedantismo.

En más o menos abundancia se halla en todas partes, pero sus lugares más importantes de habitación, sus criaderos más importantes suelen ser:

En este arte, literatura, pintura, filosofía, etc., llamado moderno, que no muestra más que la despreocupación y vacuidad de sus autores.

Nos referimos a este trabajo o cuadro que nada dice a los ojos ni a la inteligencia, que no es más que la expresión de desparpajo y cinismo.

En casi la totalidad de la labor publicitaria en radio y televisión, donde se sucede la desfachatez, la hipérbole y el artificio, le dan un tono auto-suficiente y pedantesco.

En el periodismo, donde la inconsciencia, el atrevimiento, la audacia, suplen las ideas, el conocimiento, el saber de cuanto tratan.

Esto da por resultado que la irresponsabilidad de los medios más populares de educación pública, hondamente falseados y absurdos, banales y ligeros, deriva fatalmente en que las gentes que no tienen más elementos educativos que éstos se contagien de tales falacias y presunciones.

También son factores coadyuvantes la educación clerical, sobre todo la jesuitica. Esta ha fabricado una colección de seudosabios, hinchados y vacíos, cuya falsa grandeza ha sido inculcada a cuantos han sido sus discípulos y han recibido su instrucción.

A ello ha contribuido también el llamado socialismo científico. De ahí ha salido una colección de tipos fatuos que llevan en su testuz todos los secretos del universo.

Nada digamos del militarismo, fabricante de tipos huecos, donde unas simples nociones de lo que suelen llamar «deberes cívicos y patrios», les convierten en los animales más engreídos del globo, en los pavos del género humano.

Y para relleno de este cuadro no hay que olvidar a la nombrada y vetusta diplomacia, constructora de columnas de humo, donde no hay más mentira ni verdad que los intereses representados, investidos con un patriotismo de relumbrón, por lo general reñido con el verdadero interés de los pueblos.

Y como culminación a todo ello ahí está la ONU, este laboratorio de loros amaestrados, donde la triquiñuela politiquera, la farsa estatificada, con el disfraz de la defensa de la paz y de la libertad de los pueblos, no es más que unos juegos de artificio verboso, donde los ideales, la razón, la sinceridad, la verdad, las grandes concepciones humanas no hallan allí asiento ni acogida.

De todo ello se deriva que si la pedantería es una deformación del espíritu del hombre, cuyo norte es el equilibrio entre la razón y la realidad, si ella es un vicio o hábito inveterado que desorbita las facultades humanas, debemos convenir en que todos estos factores contribuyen a su desarrollo y crecimiento, en que la base misma de la educación social que el hombre recibe tienden a la exacerbación del virus pedantesco.

JOSE VIADIU



Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

(CONTINUACION)

Pero sobre esto nada dijo. Y me preguntó aún :

—Tú que quieres ser cura o religioso. ¿Por qué eres tan malo?

—Ya no lo soy, Elena, desde que te lo prometí.

Entonces se volvió hacia el otro lado, hablando a su hermana o a su madre.

Siento dolorosamente que he deformado, como estropeado y ligado en concentración, lo que no fue, en la vida, un diálogo único y continuo. Aquellas cosas fueron dichas en fragmentos titubeantes, durante varios atardeceres, entre las conversaciones generales en las cuales se me hacía hablar mucho, y en donde el deseo de brillar ante los ojos de Elena, me hacían espantosamente pedante. Pronto ella me tuvo, con todo el pueblo, como un asombroso «sabio». ¿Es por eso que se volvió tan tímida conmigo como lo era yo con ella?

Mientras duró el descortezamiento de las almendras, pasaba mis atardeceres a la derecha de Elena, con un éxtasis aplastado y desgarrado. A veces la piel verde demasiado pegada aún al envoltorio duro no cedía a los esfuerzos de los dedos y nuestros jóvenes dientes hacían el trabajo. Astutamente logré ampararme de varias cortezas en donde estaban marcados los dientes de Elena. ¡Cuántos besos recibieron aquellos despojos! Y aun una vez, conquisté sin que nadie se diera cuenta —decididamente tengo instintos de ladrón—, el pañuelo de la bien amada. Estuvo encima de mi boca toda una noche de alegre insomnio.

Digamos cómo este amor ingenuamente sin esperanza se volvió un desespero tal vez ingenuo.

Entre el pueblo y el mar, a la sombra de un pequeño bosque, yo estaba leyendo. Elena entró en el bosquecillo con una amiga de la cual he olvidado si es que alguna vez lo conocí, el patronimio y que, por el nombre de su padre, la llamaban, para distinguirla de algunas otras Marías, la María de Toine. Aquella muchachona pesada y sin gracia, hacía aún resaltar la hermosura potente de la adorada. Pasaron muy cerca de mí pero, según me pareció, sin verme. Yo me levanté, y con astucias de salvaje, me deslicé, sinuoso, a continuación. Pronto se sentaron encima de la hierba. Detrás de un soto de tamarindos, me escondí, de modo a que viera la noble nuca de Elena y a escuchar la música penetrante de su voz. El diálogo no tardó en interesarme más que la voz emocionante. La María citaba, uno después de otro, a los muchachos del pueblo. Acompañaba a cada nombre con un pequeño elogio: «Es rico, sabes... Es fuerte como un toro... Es manso como un cordero». Preguntaba a Elena si se casaría con aquel rico, con aquél Hércules o con aquel cordero. La

otra siempre encontraba una razón, y a veces picante, para rechazar al pretendiente. ¿Es que no sentí paralizarse mi corazón cuando la María pronunció:

—¿Y Jacques que es tan sabio?...

¡Oh! ese grito casi Elena, tan feo, tan pequeño, tan malo...

¡Más me agradaría meterme a monja!

Yo me arrastré hacia mi granero como una bestia herida va a morir a su madriguera.

..

Al otro día de aquel día terrible, estaba en la estación en la garita de mi padre cuando vino a llevarme, me condujo a la sala de espera, y me presentó al reverendo padre Segismundo, superior en Aix de los Padres del Retiro. El religioso me hizo algunas preguntas y pareció satisfecho con mis respuestas. Cuando la hora de su tren llegó, dijo a mi padre.

—Estamos de acuerdo. Traiganos este niño tan pronto como pueda.

Y añadió con un tono de pena:

—Aunque sea tan pequeño.

—Padre Superior —dije yo con una mezcla de modestia y de orgullo—, creo que estoy creciendo un poco. En estos últimos meses he crecido cinco centímetros. Es un comienzo.

—Continúe así, amigo, continúe.

III

La mañana que mi padre me condujo a Santa Cruz, a la casa de los Padres del Retiro, vulgarmente llamados, yo no sé por qué, Hermanos Grisis, ¡ah!, ¡cómo la certidumbre de estudiar me hacía olvidar y desdeñar a Elena, en nombre del amor propio pisoteado y del amor herido!

El padre Segismundo estaba ausente, pero había dado las órdenes necesarias. En seguida que mi padre partió, se me sirvió una cena frugal y se me condujo a pie a una casa de campo distante seis o siete kilómetros y situada en el territorio de Luynes. Amablemente locuaz, el joven hermano que me acompañó me hacía conocer de antemano mi feliz destino.

El maestro de los novicios, el P. Juan María «que es un santo» se quedaría aún en Luynes dos o tres días. Pero el noviciado se cambiaba en este mismo momento, instalándose cerca de Santa Cruz, en la colina de San Eutropo. Un pequeño número de padres y de hermanos se quedaría en Luynes hasta el fin de mes. El primero de octubre, todos vendrían a Santa Cruz o a San Eutropo. El amable locuaz ignoraba lo que el P. Juan María «que es un santo» decidiría sobre mí. Pero probablemente

me dejaría en Luynes donde, puesto que yo sabía algo de latín, tratarían de prepararme para que entrara en séptimo y me ahorrara el octavo.

Me maravillaba y me encantaba el ver a este joven hermano tan bien al corriente de los proyectos de los superiores y que osaba desvelármelos sin escrúpulo. Adiviné que las costumbres eran aquí más fáciles y familiares que en casa de los pequeños hermanos de María. Como cierto lobo de La Fontaine, me forjaba una felicidad que me hacía llorar de ternura. La belleza de la estación del año en que nos encontrábamos y el encanto del paseo causaban a mi felicidad esperada una penetración de dulce tibieza y un envolvimiento de luz.

En Luynes, el P. Juan María, que nunca se le nombraba sin añadir «que es un santo y que era un santo muy ameno, me preguntó sobre mi vocación religiosa, sobre mis gustos y sobre mi piedad. Nada a señalar a mis respuestas, salvo que aproveché de la ocasión para cambiar mi nombre por mi otro nombre de Henri (14), que empleé en lo sucesivo. Jacques me desagradaba, y la pronunciación provenzal aún lo afeaba más. Sin contar que en el pueblo, un Jacques significaba un imbécil. Estas eran las solas razones que yo me daba. Pero quien sabe si, sin que me diera cuenta, no era Henri tal vez un refugio contra Elena y su desprecio por Jacques.

En fin, el maestro de los novicios me presentó el libro de los principiantes, el *Epitome Historiae Sacre*, diciendo:

—Veamos si será posible ponerlos en séptimo.

Yo traduje, sin error y sin titubear, dos o tres pasajes cuya facilidad me hacía sonreír.

El P. Juan María «que es un santo» y que era un santo muy ameno, me felicitó y buscó, en las últimas páginas del *De viris*, un texto más difícil. Ni siquiera apercibi la diferencia. Tomó entonces un *Cornelius Nepos*. Algunas palabras, esta vez, me eran desconocidas. Seguro de mi sintaxis, construí la frase y me atreví a adivinar, en el contexto, los vocablos misteriosos.

—Es usted inteligente, pero un poco osado. En fin, si usted trabaja bien en los pocos días venideros, se podrá tal vez hacerlos entrar en sexto.

Se maravilló cuando me hizo hacer explicarle cómo había estudiado sin otros libros que un *Lhomond*, mi libro de parroquia y el *Pro Archia Poeta*.

Y el P. Juan María «que es un santo», afirmó con la autoridad de un santo:

—Dios tiene en usted grandes proyectos, si usted no lo contraría dejándolos tentar por el orgullo. Usted es el servidor al cual ha confiado cinco talentos y que ha sabido, a pesar de las dificultades, ganar otros cinco. Se os pedirá una cuenta tanto más severa por el hecho de que usted ha recibido más y de que usted ha hecho valor más sus primeras riquezas. Viva usted temeroso de Dios.

El maestro de los novicios estaba demasiado ocu-

pado por la mudanza para enseñarme él mismo el latín. Expresó por ello una amable pena, y me confió a un hermano que iba a dejar la clase de segundo para el Gran Seminario. Este latinista, suficiente para mi ignorancia, me hizo traducir en aquel fin de septiembre, mucho de *Cornelius Nepos*.

Excelente escolar, mediocre religioso, me sentía feliz gracias a mi amor por el estudio por fin satisfecho, gracias también a un poco de mi desprecio, cuando no era visto, por la Santa Regla.

Había yo perdido el permiso para estudiar afuera. El joven padre que nos dirigía en ausencia del maestro de los novicios, se inquietaba viendo a un niño tan frágil lanzarse al trabajo con un celo tan ardiente. Pensó que el gran aire me sería saludable, y que a veces el vuelo de un insecto o el estremecimiento de las hojas me distraían útilmente. En un rincón siempre desierto del inmenso patio, a la sombra de un alto y ancho pino que hacía de quitasol, instaló una mesa pequeña y dos sillas de jardín, una para mí y otra para mi diccionario. Yo me dejé distraerme poco con la belleza del cielo, con los insectos que danzaban en el sol, con el vuelo cruzado de las golondrinas, con los juegos y la música de la brisa. Pero, desde que sentía la fatiga, me reposaba y me alegraba por una gran falta, a la vez falta a la Regla y pecado de glotonería. Me levantaba, recogía las pepitas del pino, aquellas piñas de un delicioso perfume. En un rincón discreto, había aproximado, como lo hubiera podido hacer el azar, una gruesa piedra plana que era el yunque, y un guijarro más marteable que era el martillo. Allí rompía las pepitas que escondía en mis bolsillos y que más tarde haría desaparecer en las letrinas. Sin remordimiento (¡oh, que mal religioso!), comía las exquisitas frutas frescas. Luego, con la boca feliz, con la cabeza reposada por la interrupción y con la alegría secreta, volvía hacia mi alegre y duro trabajo. Nunca incluía en mis culpas a las petitas perfumadas y, si me confesaba, era de una manera vaga: «Padre, me acuso de haber cometido a veces el pecado de glotonería.» El confesor oía, ciertamente, las mismas palabras dichas por los mismos penitentes. Soplabá sobre este polvo banal: «Bien, hijo mío, continúe. Continúe su confesión.» ¿No era acaso lo que mi sonrisa y mi firme propósito esperaban oír?...

El P. Juan María «que es un santo» era de ordinario un santo exento de severidad: toleraba las alegrías que hubiesen escandalizado a los infelices pequeños hermanos de María. Después de la primera benedición de Luynes, cuando me senté para la comida, me encontraba embarazado porque sentía o veía que todos me miraban, observadores o burlones. Se comía con cubiertos de madera. Sacudiendo la cabeza, como si pudiera expulsar con un mismo movimiento a las moscas, a aquel enjambre de miradas inoportunas, llené de sopa mi cuchara, llevándola, vivamente atolondrado, hacia mi boca. Me sentí alocado al ver que el caldo salpicaba mi cara y resbalaba hasta mi barba. La risa universal me desconcertó enteramente. El P. Juan María me

(14) Su nombre literario Han Ryner se pronuncia lo mismo que su nombre civil Henri (Enrique).
Ner. — Trad.



miraba como los otros, pero su sonrisa era de una exquisita bondad.

Henri —me dijo—, usted se reirá también cuando usted. La cuchara de madera, constátelo, es más ligera que la de metal a la que está usted habituado. Pero usted conducirá mejor la segunda cucharada y ella llegará hasta vuestra boca.

Hizo cesar a las risas. Con un gesto y pronunciando la sola citación profana que yo haya jamás escuchado salir de su boca (pero se la permitía en todas las circunstancias análogas), dijo:

—*Licentia datur, sumpta pudenter* (15).

Al día siguiente, en efecto, miraba con los demás en la observación común y reía con todos. Ocho jóvenes postulantes llegaban desde Alsacia, vivos y alegres como igual número de mirlos. Después de un instante de certidumbre y de emoción, rieron con nosotros y aún más ruidosamente que nosotros. Yo me sentía feliz y continué riendo con todo el mundo. Es a mí al que el P. Juan María, agitando el dedo índice con una manera agradable, esta vez dirigió su *Licentia datur, sumpta pudenter*. Pero yo le respondí bromeando:

—Yo no sé bastante latín para comprender.

Un día así se reía fácilmente. Toda la mesa se divirtió de nuevo ruidosamente.

¿Es útil el hacer notar que tales expansiones eran raras? En las comidas ordinarias, un lector nos hacía escuchar, relatos edificantes que nuestra piedad nos impedía reír, las proezas austeras y los largos ayunos de los Padres del Desierto. El Padre Juan María sólo permitía el olvidar esta regla en las comidas en donde se encontraba un recién venido. Era él quien había establecido la alegre excepción. Los viejos Padres recordaban un maestro de novicios mucho más estricto y nos felicitaban por estar guiados por un santo tan bueno.

Aquellos ocho jóvenes alsacianos eran de una amable alegría, aunque un poco gruesa y su malicia pesada me divertía tanto como a ellos. En los recreos, multiplicaban sus pequeñas farsas contra los otros postulantes. No atacaban a los novicios, cuyas sotonas les parecían imponentes. Su gran broma era la de pretender enseñarnos el alemán y de hacer pronunciar a nuestra ignorancia enormidades de las que se reían a más no poder. Poseían de tal idioma un repertorio muy variado. Nos enseñaron a decir para no importa que motivo, cuya sonoridad nos divertía, la exclamación: *Schissdreck*. Es la palabra que, parece, Cambronne hubiera pronunciado en Waterloo si hubiera tenido el honor de ser alsaciano. O bien, hacían decir al compañero:

—*Ich bin ein Esel* (6).

—*Ia, ia, du bist ein Esel* (17).

(15) Resumen difícil de traducir. Estas palabras están sacadas de la Epístola a los Pisonos. Horacio acuerda al escritor el derecho a crear neologismos, pero recomienda usarlo discretamente. Traducción libre: «Usad, pero no abuséis».—H. R.

(16) Yo soy un asno.—H. R.

(17) Sí, sí, tú eres un asno.—H. R.

Y, entre risas y signos afirmativos, exclamaban en coro:

Yo comprendí, sino el sentido de las palabras, al menos el mecanismo de la farsa. Y solicité:

—Yo también quisiera aprender el alemán.

—Diga, como primer ejercicio de pronunciación: *Ich bin ein Esel*.

—¡*Schissdreck!*—exclamé—, amo demasiado a la verdad y, digo como primer ejercicio de pronunciación: *Du bist ein Esel*.

Las risas fueron más alegres que nunca y yo pasé, en seguida, por ser un muchacho muy malicioso.

Gentiles pequeños *wackes* (18), pronto se reprimió vuestras expansiones inocentes y vuestra alegría ingenua. ¿Qué austero confidente dijo al Padre Juan María vuestras dudosas bromas? Aunque muy ocupado por la nueva instalación en San Eutropo, reunió a la comunidad y, a pesar de la dificultad que tenía al pronunciar un discurso público, arrancó de su boca severas palabras. Aquellos pobres pequeños *shelme* (19) cometían, sin darse cuenta, un terrible pecado burlándose de las criaturas que Jesucristo ha rescatado con su sangre y así se volvían indignos de toda vocación religiosa si de nuevo empezaran a burlarse de los futuros ungidos del Señor.

..

El 29 de septiembre fuimos todos a San Eutropo, en donde el resto del noviciado estaba ya instalado.

El 30, el profesor de sexto, después de un rápido examen, declaró que yo sería ciertamente el primero en la clase. Entonces, el P. Juan María «que es un santo» y que era un santo delicioso, me llevó con él al padre Luis, profesor de quinto. El hermano Luis me examinó más largamente y concluyó:

—Por el latín, podríamos poner a Henri en cuarto. Pero como nunca ha hecho griego, idioma que se comienza en mi clase, es mejor que me lo envíen.

Yo dormí poco aquella noche gloriosa. ¿Llegaría alguna vez la mañana en donde entraría en quinto?

Llegó. Algunos días después, se nos hizo componer en versión latina y fui clasificado primero en una treintena de alumnos. En tema, sentí un poco de humillación al ser sólo tercero y me prometí de alcanzar aquellos dos lugares. Precisaba de muy poco tiempo para hacer los deberes fáciles que se nos daban; menos tiempo aún para aprender nuestras cortas lecciones. En lugar de dedicar, según mi inclinación, todos mis ratos libres a las bellas lecturas, inventé un ejercicio que, además, no tardó mucho en divertirme. Dediqué una parte del estudio de la tarde a traducir al francés media página del César. Al otro día mi primer trabajo era retraducir al latín esta versión. Luego, comparaba mi tema con el texto y, por todas partes donde encontraba una diferencia, procuraba descubrir en qué era superior la frase del César. Este pequeño ejercicio cotidiano me valió, como ciencia y como entrenamiento. En noviembre, fui el pri-

(18) Rústicos, en dialecto alemán.—Trad.

(19) Picaros, en alemán.—Trad.



mero en todas las composiciones. El correo postal Moutet vino a visitarme de parte de mis padres. Le dije gloriósamente mi éxito más meritorio según yo, y que era el ser primero en tema. El buen anciano mensajero apenas si oía bien, sobre todo las palabras extrañas a su vocabulario. Mi madre, en su primera carta, me preguntó qué era aquella composición en ellos de correo (20) en la que había sido clasificado primero.

Aquellos dos meses pasados en quinto son, con el séptiembre de Luynes, recuerdos que se encuentran entre los más radiantes de mi vida. Mi felicidad no debía durar.

Cada día de la semana, muy temprano por la mañana, antes de que el pueblo se despertara, se conducía a un establecimiento de baños una quinta parte de los alumnos de Santa Cruz. El jueves estaba reservado para los padres, los hermanos, los novicios y los postulantes. Más pronto aún que los alumnos. Durante plena noche, nuestras filas zumbaban ya con oraciones. El padre Segismundo calculó quedadamente que en tal acción se hacía un gasto considerable y, explicó a toda voz que había allí una horrible causa de disipación. Resolvió, pues, construir, en un extremo de la vasta propiedad montante que iba de Santa Cruz a San Eutropo, una inmensa piscina. Novicios y postulantes fueron arrancados al estudio y puestos a picar piedras. Eramos numerosos y, esperaba yo, que pronto habría suficientes piedras rotas. En un mes o dos volvería a encontrar las apasionantes *Metamorfosis de Ovidio* o las divertidas fábulas de *Esopo*. Pero ¡por desgracia!, calculaba mal la prueba.

En verdad, rompía yo pocas piedras, y mis manos jamás tuvieron ampollas o callós.

Para evitar cualquier accidente nos habían dispersado en el inmenso dominio. A mí se me había dado, por casualidad, un lugar favorable. En un sitio alto, de modo que podía ver venir, hermano o padre, a cualquiera viniera ascendiendo desde Santa Cruz. A poca distancia delante mío, dos o tres árboles frutales medio me escondían. A mi derecha manaba un manantial. Se nos prohibía, debido a ser contrario a la modestia religiosa, el ponernos en manga de camisa y, como los otros postulantes, apretaba con un cinturón negro una blusa de un azul chillón. Durante las horas de trabajo me quedaba de pie cerca de mi montón de piedras, con la maza en mi mano derecha, y el libro abierto en mi mano izquierda. En el momento que veía a alguno que subía, escondía el libro debajo de mi blusa, mojaba en el manantial mi frente laboriosa y golpeaba a los infelices guijarros con unos mazazos continuos y retumbantes. Mi alegre malicia ponía en mis labios una sonrisa que

(20) Las palabras «thème» (tema) y «timbre» (sello de correo), tienen en francés un parecido fonético.—Trad.

parecía, en lo posible, a la de un buen religioso contento en obedecer. Toda visita me valía cumplidos o al menos, un buen movimiento de cabeza aprobador. En los recreos, me deslizaba a escondidas por el vasto lugar de trabajo disperso y mi montón de piedras rotas aumentaba con algunas adquisiciones de los montones vecinos. ¡Cuántos libros devorados y qué libros, por aquel singular pequeño picapedrero! Toda *La Historia Antigua* del buen Rollin y su *Historia Romana* con la continuación del pesado Crevier; veintiséis volúmenes de Anquetil, de los cuales catorce versaban sobre la *Historia de Francia* y doce sobre un *Compendio de Historia Universal*. ¿Qué más aún? Recuerdo las obras completas de Ducis y el *Curso de Literatura Dramática* de Goeffroy. El hermano Luis que, al mismo tiempo era profesor de quinto, era también bibliotecario, se inquietó en seguida por mi enorme consumo:

—¿No me hará usted creer que usted ha leído ya este volumen?

Me puse colorado. Lo había leído todo y algunas páginas varias veces. Pero me era imposible confesar cuáles eran los ocios que robaban a Dios y a la obediencia. ¡En qué impase de pesadilla me sentía perdido y cómo latía mi pobre pequeño corazón!... El bibliotecario insistía, interpretando como una confesión mi rubor confuso.

—Reconozca que usted no ha leído la tercera parte de este libro.

Tuve una sonrisa de alivio, acaba de descubrir una solución y de sacudir la pesadilla.

—Hermano Luis, guárdeme el secreto. Yo sé que me destinan a la predicación. Por eso hojeo el libro y solamente leo lo que puede servir para un sermón.

El hermano Luis, por supuesto, obedeció a la Santa Regla y repitió mi secreto a los superiores. Algunos días más tarde, en una de sus penosas alocuciones públicas, el P. Juan María «que es un santo» explicó mi pretendido método de lectura, lo alabó, lo dio como ejemplo a los tres o cuatro que, como a mí, se destinaban a la predicación.

El maestro de los novicios tenía para los futuros predicadores una consideración particular. Tal vez porque para él el hablar le era difícil. Nosotros todos lo queríamos y venerábamos su santidad legendaria. Sin embargo, no podía impedir el sonreírme ante sus balbuceos que solamente escuchábamos uno o dos, sus tanteos hacia la palabra que no acababa de encontrar, sus angustiosas esperas por una visitación que nunca llegaba. Cuando al fin se resignaba desesperado a no importa qué vocablo impropio, ¿me encontraba yo preocupado o divertido por el extravagante gesto de sus dedos, yendo de sus labios hacia quienes lo escuchaban, que parecía arrancar la palabra que nos ofrecía humildemente?...

(Continuará.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

Clamor de primavera

DEJAME, Amor, inmiscuirme en el silencio
de la tarde, hilvanando sus tejidos.
Azuzaré a la brisa y al deleite
de las luces más sencillas
cuando me encuentre dentro.
Veré, por este acaso, el entusiasmo
de los brotes que rompen el cielo
y, el alma de mi sombra,
¡joca mía!
¡a tendré en los pastos de luces,
paciendo.

Estaré mañana y siempre
pasando por los corredores del céfiro,
con un boceto de luna,
un desnudo de espuma,
una candela de besos,
un sitio

y el caracol monstruoso del mundo
que se opone a lo que siento.

Déjame, delicadamente adormecido
en las manos voraces del recuerdo,
que soy pisada sin límite, ni huella
cuando en el verde tibio de la rama florezco.
No me han visto.

Nadie ha mirado hacia dentro.
El agua aspira a ser montaña;
el corazón, a universo.

No hay senderillos bañados de ocasos,
ni ramas, ni delirios,
ni macizos de recuerdos
por el pasadizo de mi vida
que acerca cuanto está lejos.

No han presenciado que he nacido,
que estoy, que soy, que me poseo...

Déjame, Amor, introducirme
en las estancias ocultas del silencio;
mezclarme en la sustancia
de, la tarde hecha de líricos verbos;
apretarme en el centro de la luz,
como un nardo bajo la gracia de un beso.

No han gustado que soy algo
en esta floración de tierra sobre cielo.

El alma está detenida,
como una golondrina electrocutada,
ante el espectáculo
diminuto
del anuncio de un lucero.

Y yo vengo en el amor, Amor,
cabalgando mi propia capacidad de nacer,
como luz en la gota de rocío
y grito de madre alumbrando.

¡Oh, tardes de mi día,
oh, palacios solariegos,
si creéis que sois ausencias,
acertais con el pájaro caído
bajo la zarpa del crepúsculo,
de vuestra herida,
y el álamo prisionero!

Dejadme subir a pulso
por la cuerda que pende donde ensueño,
y acariciar esa presencia
que tiene el aire sobre mi pecho.

Iniciaré, desde la savia que me idea,
la rapsodia ilimitable de un vuelo,
y cuando todo me descubra hecho flor,
estaré delicadamente muerto.



Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

26.	Así cayeron los dados	8,24
27.	Bolcheviquismo y anarquismo	2,00
28.	Biología del Mundo	8,00
29.	C.N.T. y el porvenir de España	1,00
30.	Campana de Nagasaki	3,00
31.	Cantos de la nueva resistencia	6,00
32.	Conjugación gramatical	6,00
33.	Concepciones de la sexualidad	1,20
34.	Criaderos de curas	1,50
35.	Crepúsculo en Italia	7,00
36.	Debate imaginario entre Marx y Bakunin	1,00
37.	Dafnis y Cloe	4,00
38.	Diccionario de sinónimos	5,00
39.	» enciclopédico ilustrado	12,00
40.	» Parvus-Duplex	3,50
41.	» Práctico Brevis	3,00
42.	» Parónimos	3,00
43.	» Novísimo	1,50
44.	Democracia Cooperativa	10,00
45.	Descubrimiento de la radioactividad	5,00
46.	Desierto del amor	5,00
47.	De sus lises y de sus rosas	3,50
48.	Desde el fondo de la tierra	5,00
49.	Domingo blanco	5,00
50.	Doctrina de Am	5,00
51.	Discurso a la Enciclopedia	8,00
52.	España en la ruta por la libertad	2,00
53.	España 1963	1,00
54.	Entre dos mundos	8,40
55.	Erótica en el matrimonio	2,00
56.	Educación	6,00
57.	Educación e instrucción	6,00
58.	Elementos de sicología	6,00
59.	Embajadas	9,50
60.	En familia	3,50
61.	Autobiografía de Pasternak	5,00
62.	Estado, patria y nación	6,00
63.	Estudios literarios de Maurois	8,00
64.	Evasión	5,00
65.	Estavaniño González	5,00
66.	El mito de Sisifo y el Hombre rebelde	19,00
67.	El Pocero Puchs	2,50
68.	El primer hombre fue negro	5,00
69.	El profeta del hombre	5,00
70.	El manantial	15,00
71.	El mundo es ancho	9,00
72.	En el país del Kibutz	10,00
73.	Eneida	6,00
74.	Encadenamiento de las ideas	6,00
75.	Infancia entre dos esquinas	3,00
76.	Falsos redentores	8,00
77.	Fin de la tierra	5,50
78.	Frente al mañana	2,00
79.	Francisco Ferrer	15,00
80.	Feria de discretos	2,00

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)

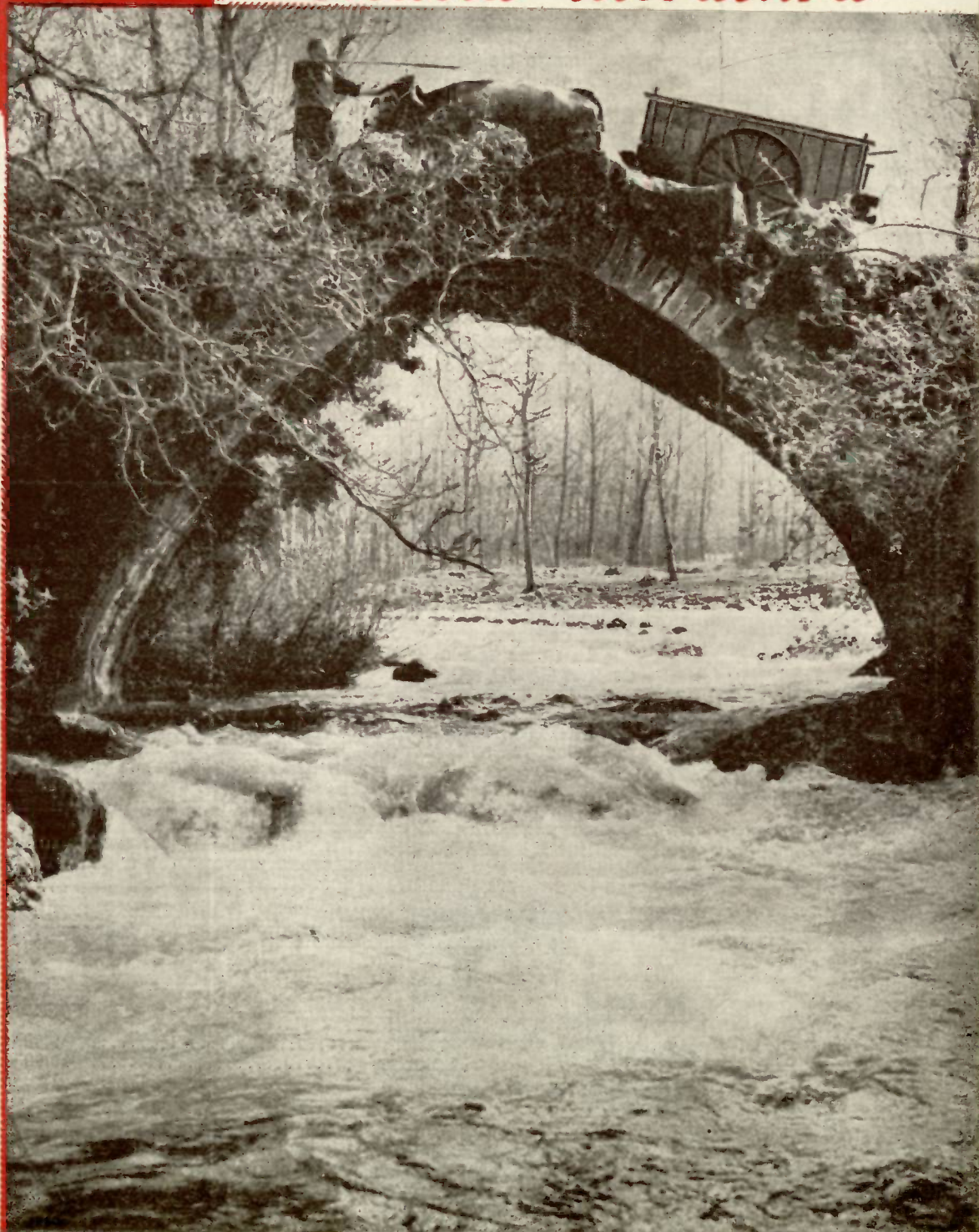


GENIIT

— sociología —
ciencia — literatura



Fuyol: La murria.—R. Liar-
te: Conciencia y sentido de
la libertad. — Abarrategui:
Llanto lejano por Federico.
F. Ocaña: La voluntad liber-
taria.—II Conferencia de
Muñoz Congost en Casa-
blanca. — Felipe Cosmos:
Charla de café. — Fabián
Moro: Discurso del hombre
libre.—V. Valdivieso: Oye,
marinero.—V. Muñoz: R.
G. Pacheco, anarquista de
la Pampa.—Cambio Carpio:
La vida y los libros.—Cos-
me Paules: Palabras de Ma-
nuel G. Prada.—Han Ryner:
Colgando los hábitos (follé-
tón).



47552 }
159

JULIO - AGOSTO 1964

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.

NUESTRA PORTADA

Muchas veces la Naturaleza supera a cuanto la imaginación del hombre puede construir. He aquí una imagen, arrancada de la realidad por un fotógrafo artista. Esa carreta sobre el puente, el gesto del hombre conduciendo los bueyes, los torbellinos del agua, las ramas tendiendo el encaje de sus arabescos y, como fondo, los árboles, descarnados por el otoño, perdidos en la bruma, sobre la blancura lunar de la matinal escarcha.

Ni Corot, ni Pissarro, ni Cézanne, ni Manet, ningún mago del paisaje, encontraron momento como éste. Porque sólo la fotografía —rindámosle esta justicia— tiene posibilidades de recoger un instante en que todo coincide una vez, y puede no coincidir nunca más.

Si de este paisaje extrayéramos alguno de los elementos que lo componen, la armonía y la nostalgia, la belleza y la profundidad que de él se desprenden, parecerían aminoradas o falseadas. Es así, con los seres, las cosas inanimadas y las cosas vivas, el agua corriendo y la vida deteniéndose en un instante captado por el objetivo, como ella tiene un valor estético y humano.

La brindamos a los lectores de CENIT, para que ellos experimenten la misma emoción artística que a nosotros nos ha producido.

LLAMAMIENTO

La Redacción y la Administración de la revista, por diversos motivos, entre los que destaca su estado económico, se ha visto en la obligación de proceder a la reforma de periodicidad de CENIT. En efecto, el último balance efectuado arroja un déficit considerable, que no sabemos cómo podrá saldarse.

La única salida, que esperamos sea provisional, es la de que aparezca, de momento, bimestral.

Hemos analizado los precios de diversas publicaciones y el ritmo que han seguido desde el año 1951, año de aparición de CENIT, hasta la fecha y hemos constatado que el de la revista va a la zaga de aumentos con casi todas las publicaciones similares. Vis a vis de los semanarios, por ejemplo, CENIT debería pagarse ahora el 30 % más que lo que se paga. ¿Es quizá esta demora en los aumentos el motivo de su situación insolvente? Es posible. De todas formas, prescindiendo del porcentaje señalado, los precios quedan regularizados como más abajo se indica.

Que los lectores dispensen esta medida, por demás forzada, y que los compañeros y amigos se esfuercen por aportar a CENIT lo indispensable para que pueda continuar apareciendo como lo ha hecho durante los catorce años de vida que lleva ya.

Es lo que de todo corazón desea y de ello quedará agradecida,
La Administración y la Redacción de CENIT.

C E N I T

F.

Suscripción anual:	
Francia	9,00
Exterior	10,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50
Todo ello a partir del presente número.	

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

GENIIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIV

Toulouse, Julio.-Agosto 1964

Nº 159



ESQUEMA ESTIVAL



LA MURRIA

EN el barrio de Triana y en la prolongada calle de Castilla, cerca de la subida a Castilleja de la Cuesta, hay una barbería con su cumplida cortina de canutillos y vidriosas cuentas de rosario.

Las diez de la mañana. En la calle inundada de sol un asnillo cargado de flores y el pregonero.

—Flores, maestro, dice el vendedor, abriendo un boquete en la cortina.

No contestan: el maestro y el oficial duermen en los sillones a favor del oscuro.

Mediodía. Fuerte sol en un cielo de turquesa. Las torres son ives latinas con relojes que lanzan clamorosamente las horas. Para cigüeñas y golondrinas buen tiempo.

En algunas calles sevillanas, como la de las Serpes, debido al mucho pasaje, pusieron toldos.

No implica ser día de barba: a mí tampoco me han sentido entrar.

La barbería es con un pequeño escaparate, dos tocadores con espejos antiguos, un asiento corrido por bajo del rústico perchero y un velador con periódicos y revistas. Hay un cuarto con la puerta entreabierta.

—Rigoberto, no entro. No me afeito. No tengo ganas.

—Se agradece.

Pregunta el oficial a los que esperando se han quedado «fritos».

—A mí con el cero.

—Igualito que mi perro a mí, dése cuenta.

—El refrán dice: «Ni perro negro ni mozo gallego.»

El Guadalquivir hierve; a causa del calor la estiva es lenta, penosísima, teniendo los obreros que trabajar medio en cueros.

No mucho mejor que el día es la noche. El oculto sol deja tras sí un monstruoso incendio que las espaciales constelaciones por ser impotentes no sofocan.

El público se echa a la calle a respirar y no lo consigue.

En la Plaza Nueva, calor.

En la Alameda de Hércules, calor.

En los jardines de Murillo, calor.

En la Venta Eritaña, y en la de Antequera, calor.

El agua de los búcaros no quita la sed; sin hielo es caldo. La sed mitígame con café caliente.

Al llegar este tiempo, el campesino andaluz, por virtud del fuego solar, conviértese en un chicharrón.

Ha ocurrido a camporraso pararse el corazón y no andar más. Ha ocurrido caer de un andamio a tierra y no levantarse por la misma causa. Ha ocurrido morir de insolación. Ha ocurrido morir de sed...

Duro es ganar el jornal en estas condiciones.

Supone una condena.

Implica un castigo.

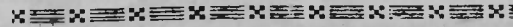
Revela una injusticia.

A una persona destinada a vivir como no merece, no se la puede obligar a que oiga misa y rece el rosario.

PUYOL



CONCIENCIA Y SENTIDO DE LA LIBERTAD



EL absolutismo niega la personalidad del hombre. Los sistemas totalitarios ejercen una influencia negativa en la sociedad. Como consecuencia del absolutismo heredado de los estatólatras, pocos son los núcleos de opinión que consiguen huir del contagio absolutista. El mundo, con tales prácticas, se va haciendo inhabitable, puesto que los conceptos absolutos conducen inevitablemente al peor terreno dogmático: la teología.

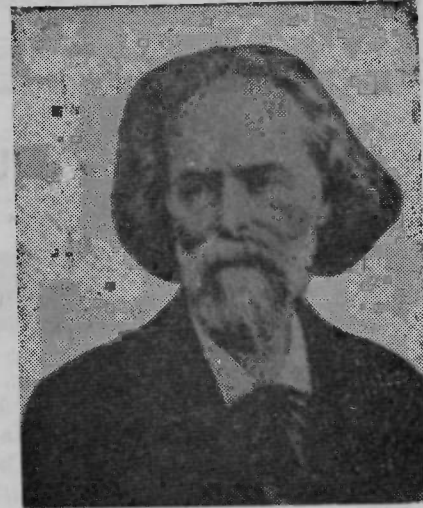
En respuesta a las Revoluciones legítimas que los males que padece la clase obrera imponían a los desheredados, las clases reaccionarias dedicáronse a planear «su revolución». Así, incluso los mayores enemigos del pueblo se titulan a veces «revolucionarios». La violencia mussoliniana, el ensayo avasallador del Tercer Reich, dirigido por Hitler, eran ya réplicas del fascismo y la reacción erigidos en clase para intentar perpetuar sus privilegios y en repulsa a las aspiraciones de las clases laboriosas, igualmente organizadas para, a través de la revolución social, recuperar los derechos de que las clases dirigentes les habían despojado.

En el siglo de la violencia en que vivimos, el diálogo ha perdido de su uso, y hasta cuando es usado, de su eficacia. Pocos creen, en efecto, en el valor y la posibilidad real de persuasión. El salto atrás es notable, en ese aspecto, y amenaza destruir el Universo: Es más fácil destruir que crear. El papel de creador es, por ello, el más sublime. La imperfecta organización de vida que conocemos es, ciertamente, resultado de muchos esfuerzos, del sacrificio constante en otras épocas de quienes nos han precedido en los anhelos de superación que nos alientan. Es papel nuestro perfeccionar lo hasta ahora realizado por los hombres, y labor creadora por excelencia el cambiar lo conocido por algo nuevo que reúna mejores condiciones de salud moral y física.

En el campo político y social, los sectores organizados que, no dudando de las ideas que sustentan no sienten temor del diálogo, son contados. Son igualmente contados los que continúan luchando contra toda forma de totalitarismo. Los que, resistiendo a entregarse a la espantosa tarea de eliminación general, intentan, por encima de todo, mantener y revalorizar constantemente un sentido de la fraternidad universal que es el faro más potente capaz de orientar las consecuciones sociales duraderas. Rudolf Rocker decía: «La libertad no conoce metas finales, pero es el único medio que puede abrirnos las puertas hacia un nuevo porvenir.» La dominación del Estado para imponer la tiranía no puede ser el objetivo para los hombres libres. Sólo la reconquista efectiva de los valores morales y psicológicos del hombre permitirá una transformación profunda de la sociedad, los fundamentos de un mundo mejor. Todas las voluntades amantes de paz y progreso se dan cita en la aspiración de tal cambio.

ELISEO RECLUS

Eliseo Reclus nos habla de que «La evolución es el movimiento infinito de todo lo que existe, la transformación incesante del Universo...» Estos acontecimientos, llamados revoluciones astronómicas, no son nada en comparación con el progreso lento, pero constante, del hombre en el Universo. La vida misma es evolución. La bestialidad de unas clases imponiendo a las otras la revolución como sólo camino de defensa legítima produce el desequilibrio en las sociedades humanas. La revolu-



ción, aunque inevitable, no se basta, ni logra resolver ciertos de los problemas cruciales que aquejan a los humanos, pues que desembocan a veces en el caos colectivo. Bakunin afirma: «A menudo son necesarias sangrientas revoluciones a causa de la estupidez humana. Sin embargo, son a veces, un mal monstruoso, no tan sólo por las víctimas que ocasionan, sino también por lo que atentan a la pureza y a la realización misma del propósito en cuyo nombre tienen lugar.» Nuestra lucha va, pues, también dirigida contra esa estupidez humana que el maestro cita, y la formación de hombres conscientes y generosos es un medio ideal de combate contra ella. Toda transformación progresiva y duradera se ha de gestar, sobre todo, en los cerebros y las conciencias de cuantos se dan por tarea impulsarla.

El Estado ha intentado e intenta aún ganar la batalla decisiva del nuestro y de otros tiempos: Hacerse dueño y señor de la voluntad del hombre; no aceptar más ley que la suya ni otro poder que el emanado de sus órdenes. Ello implica, para las ideas de libertad, el riesgo de perder el puesto de honor que se tiene ganado en el corazón de los hombres. Los hombres dudan a veces de su capacidad masiva de protegerse contra los abusos de la tiranía, llegando a imaginar, en épocas, que su emancipación podía ser el resultado de la obra llevada a cabo por un Estado fuerte. Los que tal pensaron pagan hoy, con creces, el precio de una independencia que no supieron consolidar por sí mismos. Se diría que el tiempo de las sumisiones se ha abierto: Yugo y haz, hoz y martillo, cruz y puño cerrado, símbolos todos que ciertos han creído de redención. La lucha, gigantesca y desigual, marca claramente la senda a seguir: despertar la conciencia del hombre para repetirle que puede renunciar a todo excepto a la libertad, la dignidad y el derecho, patrimonios que no pertenecen ni a Dios ni al Estado, sino al hombre que es consecuente con ellos y sabe conservarlos con honradez y, cuando necesario se hace, defenderlos con gallardía.

Las dictaduras se forman cuando los hombres libres abdican de sus convicciones. Escondiendo la cabeza entre las cenizas no se consigue librarse del fuego; es preferible ser quemado por defender la libertad que perecer aplastado como una rata por las ruedas del engranaje totalitario.

Los Movimientos sociales de avanzadilla, como el nuestro, tienen, ante sí, la tarea de propiciar y acelerar el advenimiento de la emancipación general, el deber de contribuir a asegurar la victoria de la causa del pueblo, a través de las razones naturales que nos alientan y que no pueden sino morder profundamente en toda clase de mentalidades y conciencias limpias. Con la fraternidad obtenida a través de labores educativas intensas, la causa de la Libertad habrá triunfado para muchos siglos. Lo que hace estremecer de pánico al Estado son las ideas emancipadoras afincándose en el cerebro de las gentes y prendidas, cada vez más abiertamente, en el corazón de las multitudes.

LA FEDERACION DE PUEBLOS LIBRES

La Federación de pueblos Libres remplazará ventajosamente al Estado. Para hacer obra eficaz, el estudio, la transformación, no pueden detenerse, pues, que hemos de recoger las lecciones que nos ofrece la experiencia y que nos ayudan a ver más claro en esta vía de pioneros de lo social que nos hemos asignado. La causa, la palabra misma de la Revolución, viene siendo adulterada deliberadamente por quienes tras ella pretenden edificar sistemas que adolecen, en todo, de los cuantiosos defectos reprochados al enemigo de clase. Es papel urgente airear nuestra revolución, la sola consecuente, pues que encierra más de fraternidad que de odio. Una transformación política que no ofrece garantías a la personalidad del hombre, desemboca en injusticia. Importa que echemos los cimientos de una civilización libre, situando al hombre en el centro de todas las creaciones. Lo esencial es dar forma a una sociedad que ofrezca y permita soluciones de vida a todos los seres, y que sitúe en primer plano la defensa de la libertad del hombre y el respeto a su dignidad y a su vida.

La transformación de los conquistadores deberá, al final, dejar paso a la Revolución de los hombres generosos, que no predicán ni aceptan la unión en la uniformidad. De ello nacerá una era de paz y de equilibrio, sola capaz de salvar el destino del hombre, comprometido seriamente en medio del terror extendido por religiones de violencia. Nos hallamos enfrentados a una sociedad llena de injusticia y contracción. La Revolución, adulterada por muchos, ha podido traducirse en el miedo sin nombre, el terror oculto, el pánico desbordado; para quienes conservamos el sentido claro de tal término. Ella es un mundo de esperanza y de promesas. La diferencia entre los que hablan de revolución en nombre de la autoridad del poder y del orden establecido, y los que la comprendemos en nombre de la justicia social y la libertad del hombre debe ser, sin cesar, evidenciada.

Las tareas emancipadoras siguen, por fortuna, un camino ascendente y su proceso es de crecimiento continuo. Tengamos confianza en el hombre y espíritu de continuidad para alimentar elementos sanos que ayuden a la creación de esa sociedad justa. La ciencia y el trabajo han de acercarnos a la razón de la verdad. Luchemos para que el hombre sea, al fin, dueño de su propio destino. «Vuestro honor —dijo Nietzsche—, no depende de dónde venís, sino a dónde váis; lo que constituirá vuestro honor es la voluntad y los pasos que os impulsen hacia adelante.»

Quien tiene personalidad propia no puede vivir con ideas prestadas. Ahí reside la fuerza, incontenible, del pensamiento: en haber nacido para ser libre. A medida que la libertad avanza retrocede la autoridad coercitiva.

No existe libertad sin respeto al pensamiento consciente y a las iniciativas individuales. No en vano, donde reina la dominación, la rebeldía se manifiesta, espontánea u organizada, con objeto de acabar con el poder instaurado por el despotismo político. Con alto sentido de la libertad, Abraham Lincoln decía: «Si hay algo en la tierra que un ciudadano no debería confiar en manos extrañas es la conservación y la persistencia de su propia libertad o de las instituciones a ella ligadas.»

Dentro de una sociedad de orden social, los hombres han de tener una justicia igualadora. Las riquezas producidas por la comunidad pertenecen a todos. En los gozos o los sacrificios, los hombres han de permanecer unidos para juntos combatir las adversidades y fomentar la felicidad. Mas para este principio de asociación voluntaria, los autoritarios de todo pelaje afirman que el hombre no es capaz de vivir libremente. Lo que el hombre no soporta es la brutalidad. «Fuí siempre de la opinión —continúa diciendo Lincoln— que el hombre debe ser libre. Pero si hay hombres a quienes la esclavitud parece conveniente son los que la desean para ellos y los que quieren imponérsela a los demás.»

Movidos por la idea de descubrir nuevos horizontes de progreso, millones de seres han muerto por defender la luz de la justicia que sólo la libertad proyecta y ofrece. Del poder despótico sólo oscuridad y caos puede esperarse. Cuando el hombre pierde la libertad debe buscarla como el tesoro más preciado. Alzarse contra la dictadura que niega los derechos del pueblo, es una obra de saneamiento social. La libertad individual tiene su asiento en la libertad colectiva. Hay una armonía compuesta por todas las libertades individuales. Por principio, nadie es enemigo de la libertad propia, pero son ya menos los caracteres egregios que tienen en cuenta la de sus semejantes. Ni el tirano más cruel lucha contra su libertad; mas anula e imposibilita la de los demás. Cree, torpemente, que cuanto más esclavos sean los otros más libre puede ser él.

CONTRA LAS CORRIENTES MORBOSAS

Contra las corrientes morbosas del autoritarismo en nuestro tiempo hay que reaccionar virilmente. Desde que la vida tomó forma común dos principios se disputan la hegemonía en la sociedad: libertad y autoridad. Son éstas dos fuerzas que se repelen. Potencias antagónicas que jamás podrán reconciliarse. La lucha por la libertad no terminará nunca. Es eterna. A veces el hombre como la sociedad en sus primeros albores de creación lucha por la libertad, mas a medida que envejece, no queriendo ceder su puesto a otras fuerzas, a relevos más vigorosos, caen en los vicios engendrados por el autoritarismo conservador. El espíritu conservador es enemigo de la libertad porque teme que con el ejercicio del derecho se comprometan sus intereses creados.

Al grito de libertad han respondido siempre los humildes y los desheredados, pero también todas las mentes evolucionadas de cualquier rango. Si el hombre defiende su libertad es para independizarse del miedo y la esclavitud, y en esta lucha permanente cada día se obtienen nuevas victorias. Sólo triunfa y perdura en la Historia la causa que está inspirada por el soberano sentido de la libertad. Salamina y las Termópilas siguen siendo inmortales porque los atenienses supieron enarbolar el banderín de la liberación que mueve a los oprimidos. Triunfó Atenas sobre Esparta porque mientras ésta peleaba por el autoritarismo, aquella luchaba por establecer los derechos del ciudadano libre. La lucha de los Germanos contra Roma, de Suiza contra Austria, de Holanda contra los ejércitos de invasión españoles llegó a conquistar la victoria porque los pueblos alentados por la idea de libertad hallan más reservas para sostener el combate. Otro ejemplo más reciente: el de Estados Unidos

contra Inglaterra. Cuando un pueblo defiende sus prerrogativas es invencible. Cuantas naciones izan la bandera de la independencia y la libertad llegan a la cumbre; pero las civilizaciones que creyéndose superiores se dedican a contener la marcha hacia el progreso, acaban entregándose en manos de la tiranía, más o menos camuflada. Ningún poder avasallador se consolida en la Historia. Todos los dictadores, yendo hacia la tumba, arrastran con ellos sus sostenedores y aliados.

El autoritarismo es la meta de los cansados de luchar o de los que tienen hecho el botín. El que tiene angustia de libertad brega y lucha por obtenerla hasta el último suspiro. Este es el punto de discusión que se plantea a menudo entre las fuerzas viejas, agotadas a veces, y las fuerzas nuevas, henchidas de plenitud, dispuestas a forjar nuevas formas de existencia. Y es que toda idea que alcanza la madurez se muestra indecisa, sin saber qué camino tomar para salvarse de la petrificación. La lucha entablada entre la libertad y la autoridad es un problema humano; es la vida misma puesta a discusión. La Historia no es más que una secreta y prolongada angustia del hombre por la libertad. La autoridad es un aborto del fanatismo. Quien dice vida dice progreso, renovación. Pensamiento es superación. Y como la vida es progreso, es decir, cambio constante, toda idea que se oponga a la evolución del pensamiento es un estorbo para los seres pensantes. Esta es la razón de que el hombre desprecie la autoridad que, amparándose en dogmas muertos, se niega a reconocer la presencia de nuevos valores nacidos para renovar y defender la idea de libertad.

Ningún pensador libre ha sido hermético ni cuadrado. Pensar es hacer un esfuerzo para descubrir o, dicho de otra forma: cerrar las puertas al pensamiento siempre insatisfecho es matar la iniciativa más fecunda del hombre. El pensador se nutre de los hechos y experiencias de cada día. Goethe, fiel a la proyección cultural de su siglo, supo expresar genialmente una idea nacida de su cuerpo anciano y espíritu joven: «Si, apruebo totalmente ese sentido del derecho; ésa es la última conclusión de la sabiduría: sólo merece la libertad y la vida el que sabe conquistarla diariamente.»

El gran problema: hacer una vida libre para todos los hombres. Dar forma y personalidad a hombres que no estén rodeados de opresores u oprimidos. Un hombre capaz de vivir en libertad sin atentar contra el derecho de los que le rodean. Si hay una revolución necesaria e imprescindible es la que está pidiendo a gritos el sentido común contra los que pretenden encasillar la vida en una forma única.

No hay ni puede haber nada más antidogmático que un pensamiento libre. Es la llave del análisis incesante que va abriendo nuevos cauces al discurrir del hombre. La libertad merece ser una realidad viviendo más que una especulación teórica. Cabe cuidar la libertad de los otros como la nuestra. Si el conjunto humano no se libera, tampoco puede liberarse el individuo. La libertad no se implanta mediante decretos: se consolida diariamente cuando se cultivan los sentimientos y se van formando los hombres capaces de preservarla de toda coerción autoritaria.

¿Cómo impedir el avance del absolutismo? Portándonos como seres de tolerancia racional. Somos adversarios de los estatolátras que limitan la libertad del pueblo. Para dar un ejemplo de civismo, el ciudadano libre debe hacer buen uso de la libertad. En cualquier época se puede ser libre, a condición de no transformarse en liberticidas. ¿Quiéres ser libre? Lucha para que los que están a tu lado dejen de ser esclavos. La libertad es puro egoísmo si se pretende empezar por uno mismo, egolatría de superhombre. Exijamos la libertad de poder hablar, escribir y pensar de acuerdo con nuestros sentimientos sin atentar contra la independencia genuina de nuestros seme-

jantes. Grande y alentador es propagar la libertad, pero es más grande practicarla con actos visibles que no encierran jamás engaño para nadie.

LA LUCHA DEL HOMBRE

La lucha del hombre es la Historia de la evolución de la humanidad. El ser humano lleva en sí mismo el principio constante del progreso en la existencia. Tres son, en la sociedad, las energías principales que facilitan el desenvolvimiento humano: el instinto de conservación, el pensamiento consciente y la actividad responsable. El instinto de conservación trabaja movido por una inspiración generosa: conseguir el orden y la paz. La guerra no es, ni será nunca, el estado normal del hombre. La lucha y la vida pacífica y creadora nos acerca cada día más a la verdadera vida, que es, sin duda, civilidad y apoyo mutuo. A medida que descubrimos nuevas y superiores formas de cooperación social nos liberamos de la autoridad coercitiva. La tragedia del hombre tiene su origen en las desigualdades que por doquier nos rodean. A la libertad se va por el camino del bien, no por la pasarela de la ignorancia, del fanatismo ciego.

Principio es lo que se acoge y acepta intimamente en su esencia. Los detalles son, a veces, accesorios. El principio de toda moral humana se basa en el respeto a la vida de la creación y de todos sus seres. Todo fanatismo implica un gran defecto de deformación dogmática. Toda reforma en beneficio de la sociedad exige acercamiento a los demás. No hay equilibrio sin apoyo ni armonía sin variedad. El orden es el conjunto de los criterios unidos en la común libertad indivisible. Las ideas tienen, sin discusión posible, una importancia suprema, pero los métodos que se utilizan para hacerlas llegar a quienes aún no las comparten, son igualmente decisivos. Llevamos nuestra lucha y con la razón por aliada inseparable; nuestras posibilidades de seducción y convencimiento son mayores que las de cualquier otro sector o corriente en lo social.

Hay que enfrentarse responsablemente con los problemas difícilísimos que la sociedad nos plantea. Los principios religiosos, filosóficos y sociales van convirtiéndose al hombre, con el vicio de las repeticiones cargadas de tono, en un ser anquilosado para pensar por cuenta propia. La absurdidad del «todo está dicho», del «no hay nada nuevo bajo el sol» dificulta la edificación de la obra gigantesca que reclama nuestra era científica: un mundo libre y generoso en cuya organización el hombre sea el principio y fin de todas las cosas. Sólo escalan las cimas del idea los que tienen fe en sus convicciones y se hallan preparados para resistir, superándolas, las dificultades tendidas a su paso. La táctica es el arte que enseña a poner los problemas en orden. Un método bien organizado tiende a conseguir los objetivos deseados con el menor desgaste de fuerzas y la mayor unidad moral con las Ideas que nos mueven a la acción.

NADA FUERA DEL PUEBLO

Es indudable que toda transformación social pertenece al pueblo porque de él surge y en su conciencia creadora se nutre. La revolución consciente, preparada a través de diferentes fases de evolución moral, cultural, no es una ruptura con el pasado. En la colaboración leal entre los hombres nace la transigencia mutua, el acuerdo libre, sin cuyo entendimiento no hay seguridad posible. La lucha presente y futura presenta, sin duda la posibilidad de colaboraciones con sectores determinados que dicen defender —y defienden, a su modo— los derechos del individuo. El que ofrezca garantía y seguridad al pensamiento del hombre merece nuestra confianza noble. Justo es que si anhelamos conquistar sentimientos ajenos hagamos entrega altruista de los más

puros que llevamos en nuestra conciencia de idealistas prácticos.

Atravesamos una época marcada por la brutalidad y la violencia. La pasión bélica que tiende a imponer las ideas determinadas por la fuerza, no tiene límite. Las naciones y los hombres reflejan en sus programas los conceptos más avanzados; sin embargo, el afán de dominación va segando las plantas olorosas cultivadas por el pensamiento libre. Las palabras no revelan ya siempre el pensamiento real de los hombres. El autoritarismo es la enfermedad secular que mina la salud del hombre y de sus preceptos mejores. Época de etiquetas: el hombre —idea metamorfoseado en hombre— consigna. ¿Hay algo más despreciable que los hombres sometidos a la infalibilidad del «slogan»? Contra esa concepción egoísta y perversa de las ideas debemos rebelarnos, porque el hombre no se convierta en un nuevo vasallo de las sectas que hoy pretenden acaparar el tesoro político-social de las ideologías puestas en circulación.

Para toda conciencia sana lo vital es el individuo. No son los códigos quienes crean vida, sino los hombres. Un mundo de teorías abstractas es un almacén de quimeras o especulaciones dignas de respeto; un mundo de hombres a secas vale más que todas las escrituras santificadas porque es la idea hecha humanidad, el verbo hecho carne.

Admiremos las ideas por lo que de mejor tienen: el ser hijas de los hombres; pero amemos al hombre por ser él el creador de las Ideas. Las multitudes embrutecidas por la metodología del «slogan» llevan adentro el germen de destrucción. No es menos devastadora la plaga de la ignorancia causante de la incompreensión y la intranquiedad. El afán de revancha y el deseo de vencer ciegan, a veces, las puertas del entendimiento. Cada sector tiene su barricada ante la puerta, y es que no hay colectividad que no esté atrincherada en sus fortines de combate.

Vivir es continuar por la vía de la revolución verdadera hacia una civilización superior. Todo principio cimentado en el mejoramiento de las relaciones humanas es loable. Interesa que el hombre se entregue al trabajo del progreso mediante el ejercicio de la ciencia, de la cultura y la paz. La verdad más viva está en cada uno de los hombres, y en todos y cada uno hay una parte de razón para expresar puntos de vista diversos en esta escuela de la vida. El día que los hombres se asocien para luchar por el bien de todos habrán hecho cuerpo la verdad más sublime de toda la creación: la solidaridad, base de todos los principios justos y de todas las ideas dignas. Donde existe humanidad solidaria los caminos viables para llegar al bien son infinitos. Utilicemos todos los principios altruistas para salvar al hombre, porque el hombre es principio y fin de todas las Ideas.

La vida se nos presenta como un vasto campo de lucha. Nacemos para combatir. El hombre pelea contra los elementos no aceptando el misterio ni la predestinación. Quien se rebela contra la fatalidad aspira a dirigir los hechos. En la naturaleza todos los seres luchan de una forma u otra para vivir. La semilla invisible pasa a ser hierba, haciéndose con el tiempo árbol frondoso. La circulación del agua pone de manifiesto la evolución de la naturaleza trabajando incansablemente para encontrar el verdadero cauce de la existencia perdurable y eterna. León, caballo o pájaro, luchan, cada uno, a su manera, a fin de conservar una plaza bajo las estrellas. Lucha todo lo que tiene vida y quiere seguir subsistiendo.

NUESTRO COMBATE

El hombre lucha contra todo lo que encadena su acción y quiere impedir el libre curso de sus ideas. El pensamiento no acepta la esclavitud, y es que el hombre tiene en sus manos una palanca capaz de mover el mundo:

la voluntad. Ambicionamos fundir la realidad en el molde de nuestro cerebro a fin de que la inteligencia dicte los acontecimientos. Cuando el hombre medita es que busca orientación. Toda duda persigue un objetivo: hallar la solución al problema planteado. El hombre afirma cuanto conoce o cree; duda cuanto teme e ignora y, en todas las circunstancias, se ve obligado a luchar para alcanzar sus objetivos.

Cada hombre es un ser aparte, un cuerpo unido a los demás por infinidad de lazos invisibles que forman la unidad del Universo. Mi pensamiento no es tal vez tu pensamiento, mi sentimiento puede no ser tu sentimiento, pero todos pensamos y sentimos cuando tenemos conciencia de nuestras facultades. Verdad es que mi vida no es la tuya, mas de la misma manera que todo cuanto me rodea necesita de mí para ser lo que yo soy, yo tengo necesidad de todo cuanto me sostiene y alumbrado para ser lo que yo soy. «No podemos quedarnos fuera del Mundo», dijo Grabbe. Luchar por los demás es combatir por uno mismo. Hasta en la parte más noble de la lucha hay un fondo de egoísmo. Pero el egoísmo más noble es, sin duda, el que basa la liberación personal en la colectiva.

El hombre aparece siempre en la historia universal con su lanza y su herramienta, buscando una sociedad superior. En la lucha hay sueño y realidad. Luchamos soñando para avanzar en busca de una realidad desconocida, aunque deseada. «La vida es sueño, expresó con acierto el poeta. La Historia ha sido escrita con el pensamiento soñado por el hombre.

«Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado...»

Nadie puede sentirse aherrojado sin lucha con toda su voluntad por sentirse libre. ¿Soy libre para soñar? Soy, pues, dueño de mí mismo. Me podrán quitar el sol, el pan tal vez, no mi conciencia que se siente solidaria del humilde, rebelde ante el tirano. La lucha, que es despreciable si entraña ataque al dócil, al sumiso, es, sin embargo, sagrada, cuando la fuerza es empleada para combatir al déspota.

No luchan los cansados ni los abúlicos, sino los inquietos y los vencidos. El descontento ante un determinado estado de cosas lleva ya en sí los gérmenes del combate. Sin duda, para luchar hace falta serenidad de conciencia y elevación de criterio. Sócrates, humillando la cólera de los legisladores de su época, rebelándose contra los poderosos y los violentos, puso de manifiesto que la vida pertenece por entero a cuantos aman, sienten y comprenden. Miguel Servet, Ferrer Guardia, Ghandi, caídos todos por alcanzar la libertad y la justicia. Son los grandes rebeldes de la Historia. Seres que mostraron su desacuerdo con las reglas del poder constituido. Sólo los grandes soñadores pueden ser combatientes incansables, enamorados sinceros de la verdad.

Todos los que avanzan arrebatándole distancia al camino tienen una ambición común: llegar. Unos escalan la montaña como el caracol, vertiendo baba y arrastrándose; otros, como el lobo, devorando el animal inferior que encuentra a su paso. Los verdaderos hombres suben a fuerza de energía y de limpieza, hincando sus uñas en la piedra, haciendo de la naturaleza y del sentimiento un mismo cuerpo. A estos exploradores sedientos de razón la fe les sirve de brújula. Zaratustra, la expresión definitiva del super-hombre, encarna el poder de la voluntad. El hombre hecho meditación y personalidad. Hamlet es el genio crítico, intelectual y ponderador que todo lo pone en duda. Jean Valjean, idealista propagador del bien, generoso y humilde, escala un puesto elevado de la justicia humana. Karamazoff, soñador y asceta generoso y desprendido. Y en definitiva, la más alta expresión de la civilidad en el hombre: Don Quijote de

la Mancha, amigo del humilde y protector del débil, señorador de inmensidades, humano, batallador y leal. Don Quijote de la Mancha escala la cima del heroísmo y del ideal no sólo por el placer de la lucha, sino movido por el afán de entregar a la humanidad lo mejor de su pensamiento y los aspectos más nobles de su sentir. Caballero del Amor, profeta de la Belleza y creador de Ideas, Don Quijote logra ofrecernos un ideal práctico que está muy por encima de todo cuanto hasta nuestros días el hombre idealista conoce.

No hay, pues, combate más sublime y justo que el del hombre por la libertad. El esfuerzo del campesino que cultiva la tierra lanzando la simiente invisible es el ejemplo más claro de la lucha por la conquista del pan. Todas las armas de lucha redentora son saludables si no se manchan al ser esgrimidas por manos criminales. El individuo y la colectividad luchan contra la muerte. La muerte no resuelve el problema eterno del hombre, que es combate constante en pos de la perfección moral. Es siempre esperanzador y práctico tener confianza en el hombre a pesar de los defectos cuantiosos que acumula y padece. La mentira y la calumnia no son armas dignas de ser empleadas por un luchador leal. Quien pelea con malas artes queda enredado en sus propias redes.

Uno de los resortes más poderosos de la lucha es la fe. Luchar con fe es decidir lo principal de la batalla. En el combate es incluso preciso ser la esperanza del que se desmoraliza. Un hermano del caído, un amigo de todos los hombres debe ser el que dice luchar por la ética y la armonía social. «Con tales prácticas no irás muy lejos», dirán los energúmenos de todos los credos. No importa. Es mejor quedar destrozado en el camino que alcanzar la cima de la ambición con las manos sucias.

¡Que nuestro ánimo no decaiga jamás! El que es incapaz de pronunciar una palabra de aliento cuando todos tiemblan, está condenado al fracaso. Una voluntad fuerte y un cerebro sano siempre tienen algo que hacer o decir. Tenemos que curar muchas heridas. Importa salvar millones de seres que padecen aún más bajo la tiranía y la injusticia. En el combate claudican los mercenarios, no los idealistas. El hombre ha de defender sus ideas con métodos altruistas y humanos. Sentir una Idea y defenderla es adoptar una posición heroica.



CONJUNCION DE FUERZAS

Nada vale la fuerza física sin la fuerza moral. Razón y energía deben ser dos fuerzas unidas en la batalla que libramos cada día. ¿Qué importan el dogma, la religión, la doctrina o el Estado ante el hombre? Lo que tiene un valor eterno es el individuo. Las civilizaciones nacen, crecen y desaparecen. Brotan las ideas y se extinguen para que otras ideas puedan nacer. Los hombres quedan unidos sobre la tierra para regarla con su sudor o teñirla con su sangre. Luego lo esencial es luchar hoy y mañana y siempre por la redención y la libertad del hombre.

Interesa preparar hombres para la organización de una paz racional y creadora. Reconciliar a los pueblos, unir a los hombres en la lucha por la cooperación universal. Importa que nos dediquemos a levantar el edificio social del porvenir en el que todos tengan acceso, espacio confortable y seguro. La lucha es ciencia para ganar batallas en favor de la libertad. Si algún problema ha resuelto el hombre a través de todos los tiempos lo debe a la lucha por el mejoramiento de su existencia. Comparado lo que fue el ser humano ayer y lo que es hoy podemos intuir lo que será el hombre de mañana. De la caverna hemos saltado al Museo, a la Fábrica, al Laboratorio. La bestialidad no es el orden que pueda presidir siempre los destinos de los pueblos. Hemos pasado del instinto ancestral de la selva a estados más elevados de comprensión y entendimiento. Las teorías altruistas se van abriendo paso en las conciencias humanas. Millares de domadores de sangre, legiones de defensores del débil, actos sublimes de abnegación realizados por hombres desprendidos, componentes de la especie que se inoculan y adquieren voluntariamente las peores enfermedades en un esfuerzo denodado de hallar remedio a los males que aquejan a sus semejantes, tantas y tantas muestras de una conciencia de vida y de un sacrificio humanizado que nos anuncian, sin equivoco, una era de comprensión y de paz universal.

La capacidad moral de la especie humana sube de manera evolutiva, mas nadie puede detener los pasos que damos hacia la perfección y la libertad. En el combate permanente por el equilibrio universal nunca debemos darnos por vencidos, ni lo estamos en realidad. No miremos los charcos de sangre que la brutalidad ha dejado tras nosotros; miremos hacia adelante porque una nueva aurora de resurrección libre y armónica nos saluda desde el horizonte lejano. ¡Adelante! ¡Siempre adelante! Tal es el grito del nauta que navega en pos del puerto soñado, del sabio que trabaja para arrancar sus secretos a la naturaleza, del campesino que abre surcos donde ha de germinar la simiente que alimente la comunidad toda...

¡Adelante! ¡Siempre adelante! Como la punta de flecha disparada hacia un blanco decisivo, así hemos de ser los hombres de ideas. El camino es largo. La meta lejana. Hay una distancia inmensa a recorrer aún. Vayamos restañando heridas, reconstruyendo entre las ruinas ayudando a la salvación de los hombres. No nos creamos nunca demasiado generosos. No hay gesto más noble que el dar a otros más de lo que de ellos hemos recibido. En la lucha, cuando ya se ha dado todo, cuando no queda ya nada que ofrecer a quienes comparten al lado las alegrías y las desdichas, la última energía del conocimiento consciente debe servir para ofrecerles, como dibujo supremo de una personalidad que ha hecho vida sirviendo a la especie, un gesto de comprensión.

Llanto lejano por Federico

A los cien mil Lorcas de España.

LA COGIDA Y LA MUERTE

Fue en madrugada española.
En sangrienta madrugada de España.
La envidia extendió su tapete rojo
en madrugada española.
Los tobillos mordidos por el viento
y el dolor en los dedos de la hierba,
en madrugada española.
El pretexto del campo era su muerte,
sorpresa y sin más razón que muerte
en madrugada española.



FEDERICO GARCIA LORCA

La pena se tragó todas las cosas
con la lengua pisada por mil botas
en madrugada española.
Se escapaban llorando los jazmines
con llantos triturados de lagartos
en madrugada española.
Y los Cristos de hierro se orinaban
con el miedo gigante de los locos
en madrugada española.
Las letras de Granada, azul de punta,
repetían su horror por los relojes
en madrugada española.
Y oscuros desgarrones de blasfemia
iban del almanaque a los mebrillos
en madrugada española.
El Genil y el Darro se denunciaban
a los pies de la torre de la Vela,
en madrugada española.
Brotó la sangre en rama por los patios
donde los niños mordieron la nana
en madrugada española.
A los árboles iba el mar informe
para colgar entrañas abismales
en madrugada española.
Y el corazón fraguaba sus murallas
pudriéndose en el malva de los cerros
en madrugada española.
No cabe la pregunta de quien busca
la mano amiga de la muerte obtusa
en madrugada española.
Pero ofende en el vientre su bramido
cuando el labio dibuja una sonrisa
en madrugada española.
¡Cómo escapar del odio en uniforme
para pedir al cielo explicaciones
en madrugada española!
¡Tanto horror sacramental, bendecido
por manos que apretaron tantas llagas
en madrugada española!
¡Por qué talar la hombría enamorada
de limpias libertades con sus brotes
en madrugada española?

Fue una madrugada de granito,
una durísima madrugada,
aquella madrugada de la que el gallo se ausentó.

Porque el espanto alzó su cuello duro
con nudos corredizos, desgarbados,
en madrugada española.
Los huesos se trituraban uno a otro
y sembraban caminos con su fósforo
en madrugada española.
Se uncian al yugo las promesas
para reventar las promesas
para reventar de desilusión
en madrugada española.
En las puertas, parejas con pistolas
para echar el romance boca-abajo
en madrugada española.
La bacanal de sangre comenzaba
al terminar la gracia con su tiro
en madrugada española.
Las piedras se mordían los nudillos
y el silencio sus labios reventados
en madrugada española.
Nadie vió a la muerte yerma apoyando
sus codos azulados de navaja
en madrugada española,
sobre el inmenso campo de aquel pecho
por donde Andalucía nos cantaba
en madrugada española.
Se detuvo el reloj epiléptico
en una madrugada española.
¡Oh, qué informe, qué inconmensurable madrugada!
¡Era madrugada infinita en España,
una madrugada espesa, agobiante, sin alternativas!

LA VIDA DERRAMADA

¡Yo no quise verla! Pero en el ala
de mi corazón furtivo me pesaba...
¡Que la luna nunca salga
porque está demás ahora
que Federico se calla!
¡Yo no quise verla! Pero me dolía
en las sienas como un río sin agua.
¡El campo se corta el vientre
con una vieja navaja
y un grito de madre loca
hinchado, como montañas!
¡Ayer no quise verla!
Emparedado en mis ramas,
le dí mi pena al jazmín
y mi llanto a la retama!
¡Y no quise verla!
Toro de fuego en la sangre,
se echó la muerte a la plaza,
y en sus cuernos falangistas
quedó tu muerte clavada.
Por las veredas calientes
del duro vientre de España,
corrieron mil ventoleras
de fusiles y guadañas.
¡Qué bramidos tan azules
en las venas reventaban!
¡No. Su muerte, no!
¡Yo no quise verla,
porque estaba en mi sangre, cuajada!

Por un sendero, hecho nardos,
va Federico hacia el alba,
sintiendo una noche verde
que queda loca, a su espalda.
¡Ya sabe que no hay más sangre
en sus carnes devoradas,
por donde el mundo sucumbe
con cargamentos de albahaca!
Tuvo en la luna su pulso,
y en la oliva su mirada;
en los limones, la voz,
y en los jacintos, el alma.
Tuvo el redondo sentido
del arcángel cuando abarca
las acequias con los dedos
y el corazón con las alas.
¡Todo quedó allí, en un tumulto
de sangre, rota, asustada,
con gesto desnudo y tibio
de amor que ante el beso salta!
¡No me digáis que la vea!
¡Que yo no quiero mirarla
en su extático sonido
de delirante campana!
¡Un día me huele a mirto
el aire de sus palabras!
¡Y otra noche, el pensamiento
me sabe a risa truncada!
¿Se le cerraron los ojos?
¡Sus ojos miran a España!
¡Amor de madres tremendas
gime por la madrugada!
Quien la cabeza levante
para ver qué es lo que pasa

detrás de esa noche oscura,
que abjure del llanto
y vaya a secar sus lagrimales
al filo de las espadas.
¡Que mire sólo por dentro
las cadenas que se atan
al rubor de los claveles
y al estertor de las dalias!
¡Que muerdan ya los barrotes
tintos de sangre olvidada!
Sus ojos están abiertos
en corolas, con fragancia
de libertades que brotan
ceñidas por alambradas!
En los puntos cardinales,
la voz fascista apuntaba
el paso limpio del hombre
que busca al campo y lo palpa.
¡No me digáis que la mire,
pues no dejo de mirarla!

Aires de Roma andaluza
con tez de Roma pagana,
coronaron su cabeza
con ramillas y hojarascas.
¡Y el señor de los olivos,
gitano puro del agua,
deja sus ríos que corran
sin paisajes ni miradas.
¡Qué corazón tan completo
bajo la luna angustiada!
¡Qué pregonero de aromas
en sus ramos de palabras!
¡Qué dorado en los estaños!
¡Y qué rico en la hojalata!
¡Qué forjador de alegrías
en las hojas y en las ramas!
¡Mimbre enjuto, de luceros!
¡Arquitecto de la escarcha!

Pero ya duerme hecho barro.
Ya los murmullos de estancias
prohibidas a los grazmidos,
se oyen con pulso del agua
y queda en sus huesos pulcros
su antiquísima elegancia.
Y su sangre, rui señor
de bosquecillos de malvas,
está saltando y riendo
por las marismas lejanas.
No escatima luz su nardo
de coloración preclara
e infunde amor y tesoros
sonoros para las algas.
Y su pecho dormido se confunde
en el cenit alado que descansa
con el pie en la mano del dios herido
por esas cinco flechas desalmadas.
¡Está en luz el pletórico andaluz
bello jinete de ilustre mirada,
porque espera en la oliva el gran milagro
y anhela en el tomillo hallar su casa.
¡Un turbio charco de agonías quiso
sobre el corazón de España,
quien buscó su muerte para encontrarlo
en la resurrección de la retama!

¡Nadie me pida que mire
su muerte, que está empotrada
en este corazón de pesadumbres
donde la sangre se estanca!
¡Oh, duro muro de muerte!
¡Oh, pena oculta de España!
¡Ay, sangre de Federico
que lleva la tierra en andas!

No.

Yo he dicho que no.
¡Que no hay corazón que soporte
la muerte de la guzla por la espalda!
¡Que no hay dolor para sufrir la pena
que tiene el puro amor cuando lo matan!
No me digáis que la mire,
porque la tengo en mis ojos grabada.

CUERPO PRESENTE

España es una delirio de hombres que se levantan
en cada laberinto, tatuados de quimeras,
con una mirada turbia, con un tacto oscuro,
con un pie de ambiciones y un paso de arrogancias.

En el agua bendita, añeja, hierve la sangre
de señores que esgrimen sus raras pretensiones,
para cazar supuestos enemigos, armados
de María Santísima, sin sonrojo, ni amor.

Hollada en el nublado de banderas dispuestas
a ser lazaretillos de un capitán visionario,
transformaba sus patios en sepulcros sin rosas,
sin jazmines, sin llantos, sin pausas, sin palabras.

Y todos hubiéramos querido hacer la rueda
con eslabones de manos y risas de niños,
para ver a España limpia dentro, y rodeando
nuestra infinita necesidad de ser amores.

Pero la hora del odio sonó en la medianoche
destemplada y voraz de los fétidos cuarteles,
y se abrieron las capillas para unguir la sangre
de quienes esperaban, absortos, su minuto.

¡Ya está entre los guijarros Federico y una vara
de nardos granadinos amortaja su luna,
por el enmudecido cielo de Andalucía!

¡Todas las horas ponen su grito amargo en ascuas!

Lo definió con muerte dignísima de hidalgo
el miedo tradicionalista de los oscuros.
Su boca deshojó el romance definitivo
en sus sempiternas estrofas de sangre abierta.

¿Qué dijeron luego? Un silencio desesperado
hedía con el escremento de las injurias,
y su cuerpo, más presente todavía, izaba
un estandarte de versos gritados al alba.

¡Sudario verde de hierba para el deshojado,
el que lloró la muerte de todas las orugas
en las infinitas direcciones del impulso!
con un sentimiento de guitarra virgen, sola,
¡Ese cuerpo fragante de ríos nos levanta!

Y yo quiero oír también la dura voz del hombre
que detiene el caballo desbocado del alma
con una caricia de laurel o un beso puro
a la libertad sepultada bajo las uñas.

Aquí necesito verlos. Si tienen la piedra
en la mano preparada y se les derrama
la cicuta por los ojos, y por los sentidos
un machete sangriento de aceros destemplados.

Si yo pudiera rehacer aquí todas las hojas,
sus amapolas blancas de rojo compondría,

de un rojo sin rabias, ni rencores, ni tristezas,
propio de los hombres que murieron por amor.

No está ausente de nuestra pena desbaratada,
ni de nuestros ojos sedientos, erguidos, libres,
ni de nuestra mano que pulsa en la vida un ritmo
de campo creciendo a una, en ideales serenos.

No te tapan el rostro de tu ramo joven
con sucios pañuelos de borrón y cuenta nueva,
porque el agua derramada inútilmente puede
exigir su puesto... ¡Y por eso llora Dios!

Y ALMA PRESENTE

Te conocen las tardes de Granada
con su verdes aplausos en las hojas,
sus sombras de cipreses, sus dolores,
porque vives cantando para siempre.

Te conocen las niñas preparadas
para encuentros de amor entre los juncos,
las abiertas navajas te conocen
entre el fragor silvestre de las piedras.

Irán las noches con velos blancos
de la luna, la escarcha y el silencio,
sabiéndote en los rumores dormido,
pero vivo con los nardos para siempre.

Porque vives templando Andalucía
con la sangre viril de tu romance,
y aunque España, con su yugo, limite
el bramido que sueltan tus campanas.

¡Te conocen las luciérnagas que contemplaron
tu muerte de gacela, en el río sorprendida!
Yo canto en mi dolor tu soledad consumada.

¡Y el gesto que hiciste aquella noche oscurísima
ante los esbirros de la envidia y sus pistolas!

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan puro, tan rico de sustancias.

Yo prolongaré mi canto antiguo y definido
mientras quede el temblor de España entre los oli-
[vos.]

EL RENUENO

Que lleve mi oración tu sangre ignota
por todos los confines de la hierba.

¡Porque España no escatimó tu sangre
ni podrá alcanzar, sin tu sangre, el fruto!

Tus labios ruegan piedad desde las hojas
del árbol de tu verbo, sobre piedras.

¡Piedad para las manos donde se abren
apacibles caricias cara al pulso!

La vida es más que pan, y el pan que adora
está con el dolor, en verde artesa,
esperando a la puerta de la tarde
el paso singular del hombre puro.

Tus ojos piden lunas, nardos, frondas,
amor y libertad, de puerta en puerta!
¡Perdón para los gestos que en la calle
toparon con el viento y su discurso!

Y tu voz va, de nuevo, en cada boca,
pronunciando, al imperio de la hiedra,
el río desbrodado de un romance
para el hombre que encuentras con tu pulso.

Ya estás ahí de nuevo, con las frondas,
embajador del mar en la arboleda,
con un ramo de música y bondades
en tu luna que fue el mejor sepulcro.

ABARRATEGUI

POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

La voluntad libertaria

(CONTINUACION Y FIN)

Los «fabricantes» de guerras y de armas van más allá de lo que comentan valerosos periodistas libres al hablarnos sobre bombas **gigantones**, que es decir de una o más toneladas, que pueden colocarse en órbita alrededor del globo terráqueo, suspendidas peligrosamente sobre todos los países, y también armas «radioactivas».

¡Toda la materia puede ser transformada en energía para la destrucción y la «muerte», como podría ser utilizada para la construcción y la vida feliz de nuestra especie! No inventamos ni exageramos nada. Expongámonos lo último que todavía no hemos visto analizado por los comentaristas científicos. La prensa norteamericana, el 9 de octubre de 1963, que es decir casi de este mismo segundo de tiempo que vivimos, en breve nota publicada en el interior de sus páginas, como si fuera noticia de poquisima importancia, nos hace saber que por una de las sugerencias científicas que aparecen en revista de «la estrategia nuclear soviética», reproducida por el centro de estudios estratégicos de la Universidad Georgetown, compruébase que los científicos en Rusia van avanzando en el campo de la «anti-materia» que, teóricamente, podría producir una bomba miles de veces más potente que las más terribles bombas nucleares.

Roberto A. Kilmarx, uno de los más destacados asesores científicos de la rama Inteligencia de la Aeronáutica de Norteamérica afirmó, en la precitada fecha, que, «en teoría, la «anti-materia» puede producir energía varias veces mayores que la reacción termonuclear». Y declara que dados los informes publicados por los rusos éstos parecen «avanzar hacia el desarrollo de cargas nucleares, posiblemente de mil megatones, categoría de los **gigantones**». Añade Kilmarx que la dictadura rusa está canalizando recursos enormes para ampliar los estudios e investigaciones en el campo de la «anti-materia».

A Robert A. Kilmarx, asesor científico belicista e inhumano —como sus colegas rusos que trabajan en el mismo sentido **negativo**— no parecen impresionarle lo más mínimo las precitadas noticias científicas publicadas en una revista rusa. En realidad su actitud y sus palabras proyectan lo que no es difícil comprender: que los científicos norteamericanos les adelantaron en el campo de la «anti-materia» mientras los sabios rusos estaban obsesionados por no perder el primer lugar en la carrera espacial.

Esta nueva situación explica por qué Kruschév lleva algún tiempo —casi desde que se «anunció»

el descubrimiento del **quanto**— cediendo en la guerra fría, y «parecen» más serenas y tranquilizadoras las relaciones políticas entre el déspota ruso y el Tío Sam. Mucho teme aquél ser adelantado por el segundo hasta en los vuelos espaciales. Y sus temores no son infundados. El servicio de prensa de Washington anunció el 22 de noviembre, momentos antes de ser asesinado John F. Kennedy, que éste, en su primer discurso de los cuatro que había de pronunciar en su gira por Fort Worth, Dallas —donde encontró la muerte— y Austin dijo, entre otras cosas: «Al principio del año próximo Estados Unidos probará un cohete impulsor tan poderoso que colocará a esta nación muy al frente de la Unión Soviética en la carrera espacial. El cohete Saturno —afirmó Kennedy— será el más potente de la historia y quedará grandemente delante de los soviéticos en fuerza impulsora y por la carga útil que puede llevar.»

Las precitadas declaraciones de Kennedy —y otras que no hizo ni hacen los rusos porque horrorizarían al mundo, y lo harían rebelarse, seguramente— explica que el 21 de noviembre de este mismo año de 1963, víspera de la publicación de su primer discurso, diplomáticos de la Comisión Espacial dijeron que los negociadores soviéticos y estadounidenses, trabajando sobre una proposición presentada por los rusos —demostrando la prisa que tienen creyéndose a la zaga en el campo de la «anti-materia»— llegaron a un acuerdo respecto a la declaración del 6 de noviembre.

La Unión Soviética y los Estados Unidos propusieron que las Naciones Unidas declaren solemnemente que el espacio cósmico debe ser utilizado «para el beneficio y en los intereses de toda la humanidad».

Kruschév para obtener, aprisa, éste y otros acuerdos internacionales, eliminó un obstáculo que había levantado derrumbándolo, pronta y «voluntariamente», sabiendo que ya «poco importa»: la «cláusula contra satélites espías norteamericanos en el espacio», contra los que tan violentamente «tronó» meses y meses. Estados Unidos, por su parte, accedió a que una cláusula introductora de la declaración diga que una resolución de la Asamblea General de 1947 contra la propaganda de guerra «es aplicable al espacio cósmico» y que, además, en la propia declaración conste que un país «hará consultas internacionales apropiadas antes de seguir adelante en cualquier experimento en el espacio que pueda perjudicar las actividades espaciales de otro país. También accedieron a que la declaración permita que cualquier otro país «solicite consultas» respecto al experimento.

Palabras y más palabras políticas y diplomáticas.

que jamás tuvieron algún valor humano y social. ¡Y el mundo, educado políticamente, las cree bien-intencionadas! Como si de nada sirviera toda la historia de los tratados diplomáticos entre Estados que nunca fueron respetados, en particular, por los que consideran que cuentan con suficientes fuerzas para dominar y explotar al mundo entero.

Al dictador del pueblo ruso no le importa firmar tratados diplomáticos —que siempre sirvieron y sirven para engañar a los pueblos— que no respetará, cuando le convenga, porque sabe que igual piensa obrar el Tío Sam. Para quemarlos o echarlos al cesto de los papeles a uno y al otro gobernante le bastará cualquier pretexto que no faltan en Europa, en Asia, en Africa y en la misma América con el caso Cuba.

Quisiéramos, sinceramente, que no fuese cierto lo dicho, pero no podemos engañarnos a nosotros mismos y menos engañar a nuestros semejantes de todos los continentes: mienten los voceros políticos norteamericanos y más todavía los voceros de la dictadura rusa con el sátrapa Kruschev a la cabeza. Ni a los unos ni a los otros los mueven buenas intenciones. Intuidos y dominados, a su vez, por la soberbia autoritaria lo que más importa al Tío Sam, como a Kruschev, que gana en ladino al primero —hasta que «el tiro le salga por la culata»— es hallar la posibilidad de lograr, «sin grandes sacrificios», la hegemonía militar, política y económica. Pero como esto hoy ya no es posible, dados los armamentos modernos que poseen los competidores de «espacio vital», todos los pueblos están corriendo el pelibro de ser sacrificados.

En realidad las dos grandes potencias atómicas están burlándose de la Humanidad. Ambas hablan de paz y de libertad para todos los pueblos, que van restringiendo las pruebas nucleares, las explosiones atómicas en el espacio, pero van trabajando para la guerra. Vedlos realizar extraordinarios esfuerzos en el campo de la «anti-materia» para obtener potencialidades bélicas mayores, mayores y mayores miles de veces a las conocidas: las máximas potencias de la materia convertida en energía cien por cien para el mutuo aniquilamiento.

Han intentado tranquilizar a la Humanidad suspendiendo ciertas pruebas atómicas. Pero, ¿por qué? Porque resultan ya anticuadas. ¿Están o no engañando a la Humanidad? Ciertamente. Rusia y los EE. UU. compitiendo en la carrera armamentista con las mismas técnicas científicas y tecnológicas, y usando los mismos materiales para fabricar bombas nucleares de cincuenta o de cien megatones, mantenían un relativo equilibrio de fuerzas. Ahora se apresuran a romperlo fabricando nuevos tipos de armas nucleares basados en el aprovechamiento de la «anti-materia».

¿Quién adelantará a quién en mucho en ese nuevo campo científico y tecnológico? No nos extrañaría que cualquier día pese a los tratados diplomáticos el Tío Sam o Kruschev —si sus científicos lograran tomar ventaja— «aprovecharan un conflicto en Berlín o el «provocado» en otro país para dirigir un ultimátum de rendición incondicional al dictador ruso anunciándole tener bajo la amenaza de nuevas bombas «gigantones» y de rayos de «an-

ti-materia» todas las poblaciones rusas de importancia como podrían tener amenaza todo el territorio ruso, en pocos segundos de tiempo o de acción destructiva muy inferior a los minutos que emplearía Rusia lanzando cohetes atómicos que, posiblemente, serían «anulados» por la concentrada radiación de la energía lanzada sobre aquella inmovilizando y destruyendo cuantos aparatos encontrara en el espacio.

Por otra parte, el estudio científico de Semenov exponiendo la posibilidad que toda la superficie de la Luna puede transformarse en gigantesca estación de fuerza eléctrica capaz de suministrar a la Tierra trillones de kilovatios de energía eléctrica, y hablar el mismo sabio ruso de transportar la electricidad por medio de «rayos» angostos de *cuántum*, y de la construcción en masa de estaciones termonucleares solares sobre la superficie terráquea, indica cuán de pleno están dedicados, en el presente, los científicos rusos en los estudios, investigaciones y «aplicaciones» de la «anti-materia».

Comprendemos qué ocurriría si los esclavos de Kruschev llegaran antes a la Luna, tomándole también la delantera al Tío Sam en el campo de la «anti-materia»: podría amenazar a todos los continentes con armas nucleares de eficiencia letal y destructiva inigualable. Y cobardemente, el dictador ruso —al que acompañarían sus más cercanos colaboradores— podría hablar desde nuestro satélite exigiéndonos lo fuéramos de él desde un segundo de tiempo dado: someternos, ser sus «satélites» todos los habitantes del planeta Tierra.

Los Estados que quieren bastarse a sí mismos en la defensa militar, y se dedican a iniciar la fabricación de bombas atómicas como las que estallaron sobre el Japón en 1945, están perdiendo hoy miserablemente el tiempo.

Se habla lo menos posible de los tiempos bélicos relacionados con el descubrimiento del *quanto*, o cuerpo que distribuye la radiación de la energía, y de la «anti-materia» en general. Callan lo más que pueden los gobiernos y callando están las publicaciones escritas por el periodismo al servicio del «Becerro de Oro» tan sin ética humana como los políticos de todos los colores. Todos se abstienen de decir la Verdad por temor a contribuir al estallido de la «Rebelión Universal de los Pueblos de todos los Continentes» única que podría evitar la guerra que produciría males irreparables.

El conocimiento exacto de la verdadera situación bélica, cien por cien destructiva que se está formando en Rusia y en los Estados Unidos, de la que somos presa todos los seres humanos, es impacto que ha de despertar y no anular las funciones superiores de todos. Anonadados, paralizados por el pánico quedarían —si quedaban por hallarse en algún lugar privilegiado del planeta Tierra— nuestros semejantes que lograran sobrevivir minutos, horas, días o más tiempo a un conflicto atómico. Pero es absolutamente preciso que esa situación explosiva aniquiladora no se produzca. Que ningún ser humano crea que es «fatal» lo que está sucediendo en el mundo autoritario, y con su silencio y su inactividad revolucionaria humanista se haga

cómplice de la Gran Catástrofe Atómica que, con insensatez suicida, realizando esfuerzos dignos de mejor causa, siguen preparando los gobiernos rusos y norteamericano.

¿Acaso fue por retrasar este resultado bárbaro, inhumano, cruel, antibiológico que Max Planck, Heisenberg y demás colaboradores científicos silenciaron qué descubrieron al buscar cómo aplicar o utilizar la Teoría de los Cuanta y la fórmula que explica todas las «leyes» físicas del Cosmos? ¿Después de formular las teorías los aterrizó lo que descubrieron, seguidamente, al pasar al terreno de la práctica y de las «consecuencias inmediatas» pensando que el hombre político, que es decir antisocial, empezaría a usar toda la materia y los nuevos principios físicos para fines bélicos, que es para la acción preferente que lo prepara la sociedad —iba a decir «suciedad»— autoritaria, y ser el principio del fin de la especie humana y de todas las especies biológicas?

¿No es dudoso que Max Planck, padre de la Teoría de los Cuanta, autor del libro «¿Adónde va la ciencia?», bien «sugerente» por cierto, con Werner Heisenberg y demás sabios del Instituto con el nombre del primero, de Alemania, que contribuyeron a elaborarla, hayan estado desde 1900 a 1962 —los que viven— sin haber encontrado la partícula de materia que la comprobara y confirmara? ¿Es lógico pensar que los científicos que elaboraron y elaboran teorías y fórmulas científicas son los últimos en confirmarlas? Lo raro, generalmente hablando, es que las elaboren sin entretener, en seguida, la forma de experimentarlas, comprobarlas y hasta para qué pueden ser útiles.

Cuando Alberto Einstein, por ejemplo, nos habla de la teoría de la relatividad fue el primero y no el último en demostrar científicamente que es una realidad. ¿Es razonable suponer que los sabios alemanes que ayudaron a elaborar la Teoría de los Cuanta, con Max Planck a la cabeza, estuvieron sesenta y dos años cruzados de brazos esperando que físicos y matemáticos franceses, norteamericanos y suizos la confirmaran? Cuesta creerlo.

Los sabios alemanes del Instituto Científico «Max Planck» tienen la palabra. Sólo ellos podrían contestar aquéllos y otros interrogantes. Si por ética humana y amor, por consiguiente, a sus semejantes, decidieron mantener en silencio partes importantes de sus descubrimientos, que pudieron aumentar, hace décadas, la potencia destructiva del mundo autoritario en perjuicio de toda la Humanidad, se lo agradecemos de todo corazón.

De ser cierta la conducta humanista de los sabios aludidos sería el más noble y rebelde de los ejemplos a seguir por los hombres de buena voluntad en todos los ámbitos del orbe y, en particular, por los científicos atómicos; sería, en fin, la respuesta más humana que éstos y todos los sabios del mundo pueden dar a sus congéneres y a los interrogantes dramáticos y angustiosos de nuestro tiempo: negar armas a los autoritarios de todas las clases, a los guerreros, a nuestros semejantes inhumanos.

Sin embargo, el momento tan temido ha llegado: ¡el peligro de desaparición de la especie hu-

mana ha aparecido en el campo de la «anti-materia», que bien pudiera servir para la mayor ventura de todos los componentes de aquélla!

¡Alerta, pueblos del mundo! Hablamos mientras todavía se puede —o nos dejan— hablar. Los libertarios humanistas que luchemos en España, en 1936-39, por evitar los males que engendra el mundo autoritario, damos la voz de alarma a las mujeres y a los hombres de todas las latitudes.

El peligro de guerra es hoy mayor que nunca. Si el espionaje ruso, por ejemplo —o el norteamericano que haría obrar, posiblemente, de igual modo al Tío Sam—, descubriera que los EE. UU. van a tener, de un momento a otro, muy superiores armas atómicas a las suyas usando la «anti-materia», podría pedir, en nombre del «bien de la Humanidad», el inmediato y total desarme nuclear que ahora está regateando pensando que puede ocupar el primer lugar en la carrera armamentista. Y Kruschev, no viendo atendida su demanda de desarme, es probable que después de intensa aunque corta —o la amplia y larga que la situación le permitiera— agitación mundial contra el qué diría «pone en peligro la paz», iniciara la guerra, sin previa declaración de la misma, por preferir el combate antes de verse en completa inferioridad bélica.

Se podrá decir que ésta es una posibilidad remota, pero, por otra parte, si hasta ahora cualquier fallo en los mecanismos y sistemas de defensa —como ya ha ocurrido— norteamericanos o rusos contaban, éstos y aquéllos, con varios minutos de tiempo para comprobarlo, y cesar la falsa alarma sin llegar a ordenar el lanzamiento de cohetes y de bombas atómicas, hoy con los «rayos de anti-materia» no quedan ni segundos de tiempo para comprobar un error, y el nerviosismo y el pánico puede provocar el desencadenamiento de la guerra nuclear.

No quisiéramos hablar como en un desierto, que peor que eso será el planeta Tierra si los seres humanos desiertan o no ingresan en las filas de los militantes del humanismo libertario.

A no confiar más el establecimiento de la Paz a gobiernos ni a líderes serviles servidores de aquéllos o aspirantes a sustituirlos siguiendo sus mismos caminos que desembocan a la guerra. Sólo organizando su defensa, «rápida» y directamente, cada hombre con sus propias manos unidas a las manos fraternales, solidarias y rebeldes de todos los hombres del mundo podemos salvarnos todos.

La Naturaleza nos dio la Vida y la civilización bárbara de la Autoridad nos la quiere arrebatarse, prematuramente, sin poderlo evitar, porque ella sólo puede ser vehículo de egoísmos insanos, de destrucción y muerte. La salvación está en nosotros mismos: eliminando el principio de autoridad y sustituyéndolo por el principio de libertad en la organización de las sociedades humanas.

Por encima de la Ciencia —y ni que decir tiene que de la Autoridad, religiosa y política que ninguna razón tiene de existir— está la conservación de la especie humana sin la que aquélla no existiría. Podemos, si queremos, evitar la destrucción total obrando los seres humanos antes que el mal

II conferencia en Casablanca

por Muñoz Congost

(CONTINUACION)

Y en este estudio, que no podrá ser, aunque quisiera, lo suficientemente profundo, pues es tan solo el fruto de mis reflexiones, cuando debiera ser en realidad la resultante de un conjunto de aportaciones de ideas en labor colectiva, vamos a intentar plasmar, en primer lugar, las raíces de los profundos problemas a resolver, las raíces humanas, las sociales, las geográficas, las económicas; para, de esta forma, planteados suficientemente los interrogantes, poder, en el examen de las posibles soluciones, sugeridas o mantenidas por unos y otros, ver la realidad consciente del problema con todas sus facetas y reflexionar sobre las posibilidades e imposibilidades, en los factores revolucionarios y en las fuerzas de regresión de todo orden. Examen que podría permitirnos (de concentrarnos en él) encontrar el camino que respondiendo a las exigencias psicológicas y a las posibilidades económicas, diera a nuestro pueblo las bases, los primeros

sea irreparable: desarmando totalmente a los gobernantes «suicidas» de todos los Estados, acabando con las armas, con el militarismo y las causas de las guerras: con la propiedad privada o del Estado —como el ruso, dueño de vidas y haciendas—, y con la explotación y la dominación del hombre por el hombre.

Venga, ¡pronto!, la **respuesta racional y humanitaria, positiva**, que el Hombre tiene el deber urgente de dar a los problemas individuales y colectivos cotidianos y, en particular, a las situaciones en extremo vitales que vive.

Todas las potencias biológicas y psicológicas de cada ser humano han de ponerse en movimiento. El llamado de sociabilidad y de solidaridad de la especie ha de congregarnos para la defensa de la misma. No hay tiempo que perder. Salvémonos despojándonos de las influencias autoritarias, adquiriendo capacidad humanizadora, individualidad sociable, recia e insobornable personalidad libertaria, sensata, equilibrada y revolucionaria en el amplio y buen sentido de la palabra.

Lo insensato es militar en una cualquiera de las corrientes religiosas y políticas que vigorizan a la Autoridad, al organismo de la guerra. Es deber social, humano y biológico acabar con ésta antes que acabe hasta con sus propios partidarios testimonios, como nosotros, de que, por naturaleza, la Autoridad sólo pudo y puede engendrar guerras entre los hombres y los pueblos. Es su historia milenaria, su presente y su futuro: hasta que el hombre que la inventó, para su mal, acabe con ella.

FLOREAL OCAÑA

pasos en la ruta emancipadora, promesa de mejor mañana para las generaciones venideras.

Y sentemos como premisa fundamental que para nosotros han de entrar en este estudio:

1.º La personalidad específica de los pueblos españoles, su psicología, mostrada y demostrada a través de toda su historia. Sus aspiraciones, fuertemente federalistas.

2.º Las características del suelo español, depauperado a través de muchos años, por una política errónea basada en el principio de que España es un país ganadero.

3.º Las posibilidades de mejora de ese suelo y de racionalización de la explotación a través de una profunda transformación de dichas características para una posible realización hidráulica.

4.º La situación real de una industria en retraso comparada con las de Europa y faltas de medios modernos para poder incorporarse al conjunto europeo.

5.º El conjunto de contingencias de orden interno y externo que pueden operar en favor o en contra de las realizaciones posibles.

Y a la vista de esta conjunción de factores diversos, intentaremos contestar a las preguntas que siguen:

1.º ¿Cuáles son y cómo definir cada una de las soluciones políticas que esperan la sucesión del franquismo?

2.º ¿Qué posibilidades de realización de una economía sana en el seno de una España libre (tenida cuenta de los factores que señalamos anteriormente) pueden ofrecernos estas soluciones políticas?

3.º ¿Cómo y de qué manera se habrá de hacer la consulta de la voluntad popular para que haya las garantías debidas de honestidad política?

4.º ¿Cuál ha de ser la actitud de los libertarios españoles ante esta consulta a la voluntad del pueblo español?

5.º ¿Y cuál nuestra posición ante los resultados de esta consulta?

Ha de pareceros, a los que me escucháis, que hasta ahora he sentado, en lo que va de charla, más interrogantes que soluciones, más preámbulos que precisiones. Quizá sea así, pero hemos de tener en cuenta que siendo el motivo de esta disertación el pretender responder a una pregunta de importancia considerable para no importa quien de los españoles, y que siendo igualmente muchas las fuerzas que entran en línea en la respuesta buscada, hemos de ir poco a poco delimitando las fronteras del proceso analítico que nos hemos propuesto. Y habréis incluso de perdonarme si en mi propósito de objetivizar el tema he de alargarme en algunas consideraciones. El tema es digno de un volumen de cientos y cientos de páginas. Por

mucho que queramos, abreviar, resumir, concretar, debemos dejar en el aire los aspectos fundamentales de la crisis las fuerzas que a ella convergen y entre ellas la nuestra, la de los libertarios.

Vamos, pues, esta vez de verdad y de lleno, al estudio de los puntos señalados.

CARACTERÍSTICAS Y PSICOLOGIA IBERICA

Tantas veces se ha hablado de este tema aquí, entre nosotros, en este Centro, que sería obvio volver a repetir ahora los argumentos ya citados.

Recordaré únicamente una de ella, la que di hace algunos meses sobre el espíritu federalista anclado en el alma y en la historia de España.

A través del examen de los momentos cruciales de ésta historia, pletórica de horas amargas, hemos podido observar que en cada ocasión crítica, han sido pueblos y ciudades quienes salieron con personalidad y vigor incontestables, en defensa de las libertades ciudadanas. Cada vez que la quiebra del Estado, del Poder Central se manifiesta, surge el espíritu municipal del español.

Desde los «albores» de nuestra historia, han sido las ciudades y no un «todo» nacional artificial y forjado por imperativos extraños, quienes han mostrado el carácter irreductible de nuestros pueblos, y sus sentimientos. España ha sido siempre un conjunto de países y no un país, y aún dentro de cada uno de estos países las concesiones a todos y cada una de sus ciudades, las cartas pueblas y los fueros son muestra palpitante.

En su libro las «Nacionalidades», el hombre del federalismo ibérico, Pi y Margall, ha señalado de manera maestra esta característica tan propia de la personalidad de los pueblos de la península, al decir que sólo partiendo de una vasta federación de municipios podrá darse satisfacción a las ansias españolas.

Al español le gusta intervenir en la marcha del país, no a través de pretendidos representantes, sino en intervención directa y permanente. He aquí la explicación que muchos no quieren comprender, de que nuestro país haya sido cuna de una permanente conspiración.

Y si en los años de aquel pretendido «despotismo ilustrado», de la primera fase de los Borbones en España, de la que hablamos en otra ocasión; período admirado por nuestros «hombres políticos de izquierda», y durante los cuales, con el pretexto de modernización del país y mejoramiento de su nivel social, algunas «libertades» fueron concedidas, y las fundamentales suspendidas, al abordarse la crisis provocada por la invasión napoleónica, fueron las ciudades con sus juntas de defensa quienes dieron la prueba de un espíritu federal y municipalista, estaba vivo en la conciencia del país.

Añadamos a ello las características geográficas (de las que también hemos hablado aquí en otra ocasión) para dejar sentado que cualquiera que fuese la solución política que se diese a la sucesión del régimen actual, habrá de tener en cuenta esta personalidad de cada uno de los pueblos peninsulares.

Y no en la forma modesta y de concesión forzada que caracterizó las autonomías catalana y vasca de la Segunda República, sino de manera más amplia. Se deberá partir, de cada municipio, provincia y región a la Federación, de la base a la cúspide y no de manera vertical. La personalidad del conjunto la dan sus componentes. Nunca el conjunto español tuvo la suficiente personalidad para darla en concesiones a los componentes del mismo.

Si leemos incluso a los más decididos partidarios del centralismo político y citamos la obra de J. Ortega y Gasset, «La España Invertebrada», veremos a través de sus líneas en lo que él llama proceso de desintegración nacional, «esta voluntad española de liberar cada una de las partes que componen lo que llamamos España, de la tutela central, del poder que intenta absorber todas las iniciativas de la periferia.

No citaremos ejemplos de las realizaciones federales de otros pueblos, pues siendo nuestro objeto considerar el problema español como algo propio en sus características a ellas nos hemos de limitar, no por considerarlas especialísimas, sino por ibéricas. Si observamos la carta etnográfica de la península, es decir, la carta de las poblaciones, diremos una vez más que pronto salta a la vista esta particularidad de las mismas. Al Noroeste una España atlántica, céltica en Galicia, céltica y germánica en Asturias. Al Este y al Sur la España del Mediterráneo, influenciada por las aportaciones fenicias, cartaginesas y romanas y fuertemente marcada en el Sur como en Valencia y Murcia por la época árabe. Castilla del Norte y el Alto Aragón latino-germánicas, la Castilla del Sur y Andalucía, latinas-germánicas y arabo-bereberes.

Ortega y Gasset define las condiciones de vida más propicias al hombre español, para el establecimiento del equilibrio social, definiendo la vida colectiva como una tarea ofrecida y asumida, un hecho continuo orientado hacia el porvenir.

Según él, las energías se reúnen siempre cara al porvenir y toman apoyo en él. Cada vez que un programa de porvenir propuesto a la masa por una minoría activa es lo suficientemente atrayente para justificar las adhesiones para autorizar la esperanza, la sociedad española conoce un momento de equilibrio entre las disciplinas colectivas y la libertad de las inclinaciones individuales, y entonces el programa colectivo justifica el esfuerzo individual, la misión galvanizando las energías, el español se lanza a la lucha.

Además de ello, todo el mundo reconoce que para el español el medio ambiente, el confort o la comodidad no constituyen nunca un objetivo. La grandeza del español, como su miseria, es la de poder exponerse en tensión apasionada hacia un fin noble. Y aun cuando parece que si le falta el punto de apoyo de su programa que se desvanece su fuerte personalidad en una atonía incomprendible. Atonía que no es sino refugio provisional. Siente que cada segundo muere en la substancia de su ser forjando su personalidad y siente necesidad de afirmar su personalidad. Y si no encuentra la ocasión de manifestarla en empresa colectiva, se esfuerza de afirmarla fuera de la sociedad

contra ella y vive enterrado en sí mismo, no manifestando su descontento sino con el chiste político, con la frase, o por la fanfarronada incluso.

Pero, a pesar de este individualismo, tan solo el español no sabe vivir aislado. Su característica fundamental, dice «Elena de la Souchère», es la convivencia, la vida en común, abierta a otros, vecinos, compañeros de trabajo. El español no sabe vivir sin su tertulia, esta tertulia que es una verdadera institución.

Individualista, pero sociable, el español siente la necesidad de incorporarse a un grupo, pero para jugar en el seno del mismo su papel personal. En sindicatos, clubs o casinos, en agrupaciones deportivas o partidos políticos el individuo toma parte en las discusiones cuando las cuestiones a que se hace referencia las conoce o le atañen personalmente. Incluso si no forma parte de los dirigentes. Porque necesita expansionar su activismo, corolario o consecuencia de su individualismo, de su deseo de afirmar su personalidad. A través de estas colectividades, reducidas o no, el español sabe que actúa y que ejerce una influencia por poca que sea sobre los acontecimientos y los seres.

En cambio, en las relaciones entre el individuo y el Estado, la presión ejercida sobre la personalidad son más fuertes que las satisfacciones dadas al sentimiento individualista.

El acto más importante del ciudadano dentro del Estado es su papel de elector. En ese papel, la función fundamental es la de la renunciación. El individuo delega su poderes en un diputado, se borra ante un representante que no conoce o que conoce poco, para dejarle obrar lejos de la vigilancia del militante o del elector. El español siente entonces que no tiene ningún medio de presión sobre el aparato del Estado, mecanismo, lejano, complejo difícil a concebir y que sólo se le manifiesta a través de órdenes, prohibiciones y obligaciones que se encargan de hacer respetar los agentes de la autoridad.

Y el realismo y el individualismo, trazos severos de la personalidad ibérica, se unen en su espíritu y crean en él la incomprensión de la noción del Estado, que no es para él sino la personalidad de los dirigente del día. Así es siempre reactio a las obligaciones que saben que emanan de una oligarquía cualquiera. La desconfianza, respecto al Estado, es latente en el español, y dicha desconfianza se extiende hacia todos los grupos cuyo objetivo es la conquista de las palancas del Estado: los partidos políticos. Así siempre los partidos han sido organizaciones minoritarias en tanto que la población se vuelca en masa en organismos de objetivo local corporativo: municipalidades, sindicatos, asociaciones culturales, etc.

Es esta una de las razones por las que la escritora y periodista más arriba citada, nada sospechosa de anarquismo, pues sabemos todos que militó en el P.S.O.E. y que fue durante la guerra civil la secretaria particular del señor Aguirre, presidente del país Vasco, dice al hablar de las repúblicas españolas, y más particularmente de la primera, que las democracias parlamentarias son para España un régimen «made in Europa», sin arraigo y sin

afirmación en la conciencia y en la vida española, y señala muy oportunamente que sólo una forma de convivencia distinta y que tenga su arraigo en estas características del pueblo español, características sindicales y municipalistas (forales), puede dar a nuestro país un periodo de superación que buena falta nos está haciendo.

Y aun cuando se dice que España fue uno de los primeros países a disponer de un Parlamento, de unas Cortes, no olvidemos que estas Cortes fueron un fruto de los Municipios, orientadas, determinadas, guiadas y mandatadas por éstos, es decir, que en realidad no eran sino un congreso permanente de las municipalidades y no como son hoy los parlamentos del mundo entero, un conjunto de representantes con carta blanca para hacer a su antojo y según las disposiciones de su partido y no de sus electores, durante los años de su mandato.

CARACTERISTICAS DEL SUELO ESPAÑOL

Dice Camilo José Cela en su libro el gallego y su cuadrilla:

«El pueblo español, mis buenos amigos, no come carne porque España no es... un país ganadero; porque carece de pastos... En nuestra patria no hay pastos pura y sencillamente porque no llueve. ¿Y por qué no llueve? Bien sencillo es: No llueve sobre nuestros campos porque carecemos en absoluto de bosques... y no hay bosques en España porque cuando un arbolillo nace, cuando el tierno esqueleto se asoma a la tierra a gozar de la tibia caricia del sol, ¡zás!, viene una cabra y se lo come. Acabemos con las cabras si queremos prosperar y progresar. No hay otra solución.»

Estas frases, que no parecen ser sino una buena broma, reflejan, sin embargo, en sí, el verdadero problema agrícola español, agravado a través de los siglos por las crisis climáticas y por esa idea errónea de querer hacer de España un país ganadero con el consiguiente empobrecimiento del suelo.

Pero como no podemos con estas solas palabras dejar plasmado el problema, voy a permitirme ahora extendernos un poco aun a trueque de volverme pesado, a traeros lo que quisiera una imagen real del alcance del problema agrario español. España no es un país pobre. Pocos países de Europa occidental une a sus posibilidades agrícolas tan amplias y variadas, una riqueza del subsuelo como la de nuestro país.

Tiene 21 millones de hectáreas cultivadas, es decir, el 42 por 100 de su superficie total. Cuenta con una cifra de población española, la superficie cultivada por cabeza de habitante es superior a la de todos los países de Europa occidental (91 a.).

La tierra española es una de las más productivas del mundo. Allá donde no falta el agua, el rendimiento es extremadamente elevado. Sobre la costa Atlántica, donde la excesiva pluviosidad llega a pudrir el trigo, el rendimiento es igual que el de las regiones más privilegiadas (17 quintales por hectáreas). Y ello teniendo en cuenta que en Espa-

na son absolutamente desconocidos los modernos métodos del cultivo que aumentan hoy en todas partes estas cifras. Sobre las tierras irrigadas el rendimiento oscila entre 16 y 10 quintales en la meseta, 20 en el Ebro (Navarra, Aragón y Cataluña), 23 en Sevilla, 25 en la vega valenciana y huerta de Murcia, y de 26 a 30 en la vega granadina.

El rendimiento más débil de las regiones de la meseta (6 a 10 quintales) se explica por la sequía. De hecho, las tierras de regadío producen dos veces más que las de secano.

Los regadíos de trigo que ocupan solamente la vigésima parte de las tierras cultivadas (250.000 hectáreas sobre 5 millones), producen la décima parte de la cosecha.

Hasta en las regiones más ricas de la huerta valenciana, el agua, dada su economía de manera estricta, se reparte y se administra bajo la autoridad de las Aguas. Más litigios hay por el agua que por la propiedad del suelo. En ciertos lugares de Aragón es más cara que el vino. A excepción de la Costa Cantábrica, en el resto de España la prosperidad sólo puede ser una conquista sobre la sequía. La irrigación debiera ser, y no fue nunca, el primero de los objetivos nacionales. La superficie total de las tierras irrigadas en España se elevaban en 1950 a un millón y medio de hectáreas contra 18 millones de secano, y un millón y medio de hectáreas de la zona atlántica lluviosa. Según los planes establecidos en 1933, la superficie irrigada podía elevarse a más de tres millones de hec-

táreas, repartidas entre la zona del Ebro (850.000), la zona de los afluentes norte del Duero (un millón), las regiones del Tajo y Guadiana (300.000), el Júcar (170.000), el Segura (155.000) y Andalucía (450.000).

Pero estos trabajos de irrigación, que exigen un vasto esfuerzo colectivo, sólo pueden realizarse si son reconocidos como de carácter público o nacional.

Pero en lugar de ellos nos encontramos con que los recursos agrícolas han sido malgastados de manera gravísima, la tala de bosques, la puesta en valor de las tierras sin cuidados, y sin otro objetivo que el rendimiento inmediato ha desencadenado el más devastador de los desastres, la erosión. Las aguas de lluvia corriendo sobre las tierras desnudas, arrastran el humus fértil, desnudan la roca, surcan los campos y así nos vemos, por ejemplo, en el litoral Mediterráneo donde los terrenos son accidentados y las lluvias torrenciales, donde el cambio de paisaje es mas que evidente en el curso de las últimas décadas.

Pero el problema grave se encuentra en Castilla. El campesino castellano es el más acérrimo enemigo de la naturaleza. El campesino castellano lleva adelante una guerra de exterminación contra el árbol protector de las tierras y contra el pájaro, destructor de los insectos dañinos. Así destruye la tierra y la vida. Y esta labor así comenzada por el hombre, viene a completarla el cordero.

(Continuará.)

CHARLA DE CAFE

Entra uno:

- ¿Cómo te va?
- Bien. ¿Y a ti?
- Bien. ¿Y qué hay del Sindicato?
- No sé.
- ¿Vistes a Veliz?
- Hace días que no viene.
- ¿Y el bolche?
- No sé nada; creo que se mantiene en el cartel.
- Con eso se hace propaganda.
- Y al mismo tiempo le vale el puchero; se gana la vida.
- ¿Por qué no se morirá?
- Paradojas de la vida misma. Hay gente que, como el burro, se mueren en cuanto se acostumbran a no comer; pero este...
- Es inapetente.
- Inapetente y seco, como Moreno, que tampoco se muere. Otros consocios tenemos que, como Carlos I —según Cronwell—, prometen seguir viviendo, y lo que es peor todavía, molestando a los amigos.
- De verdad; en nuestro gremio hay de todo.
- Hay unos loros que si no mueren, se desviven; si no ingieren un sandwich caliente o frío, churros, causeo de patas con ají y cebollas, y tinto, aunque sea del malo.

—Pero también tenemos puritanos, como Zoilo, que goza la vida ordenadamente.

—En cambio, Macho, asegura que para ser longevos, hay que huir de los poetas y no dejar de penetrar a todos los templos levantados en honor a Baco, para rendirle culto bebiendo su sangre y fumar como Carretero.

—Bueno, el viejo no bebe, no fuma, no...

—No seas mala lengua, ya vas a «pelar».

—¿Cómo sabes lo que yo iba a decir? Eres mal pensado; digo que Zoilo no da recetas para ser feliz; se limita a ser vegetariano y a tomar baños de sol desde la ventana de su casa.

—Y a bailar en el cabaret hasta la madrugada, porque dice que no paga.

—Tú hablas de pura envidia.

—Claro. Cuando yo llego a ir tengo que gastar o voy «a la bolsa».

—La cosa es que todos viven.

—Sin que nadie les dé receta: cada uno buscó su propio acomodo, para vivir feliz a su manera y sin dolor de callos. Porque recomendar fórmulas, es lo mismo que aconsejarle a Joe Louis que se ponga mis zapatos porque son muy cómodos.

—Claro, la salud y la vida, están supeditados a la naturaleza especial de cada cual.

FELIPE COSMOS

Discurso del hombre libre

(CONTINUACION Y FIN)

Y es así que vengo a deciros que el ser penetrado de esta convicción, vendrá en estímulo de su cultivo. Hará trabajar las fuerzas creadoras del cerebro e irá madurando con deleite su Consciencia.

Así, cuando él tenga juicio nacido de sí mismo sobre las cosas oídas y conocidas, **cuando haya penetrado en el sentido de la palabra, cuando comprenda dentro de su espíritu la certitud, esa certitud de ver claro, que aparece como un foco de luz abierto de pronto en la noche, se habrá elevado: habrá adquirido la Consciencia.**

Empero, os digo que a veces reflejos engañosos nos dan apariencia de Consciencia o nos dan creencia de haberla alcanzado. Entonces estamos en la más lamentable de las inconsciencias y no es otra cosa que cultura parcial, domesticación cerebral, cultura de dogma y por ello raquítica visión. Mas eso no será que carátula risible. Porque la Consciencia no viene, en mi sentir, de conocimiento adquirido de una cosa, sino de conocimiento nacido y penetrado. No va de fuera a dentro sino al revés, de dentro a fuera. Es adquiriendo la facultad de penetrar que la Consciencia nace. Y ella tiene, como todo hecho natural, tres fases: nacimiento, desarrolló y madurez. Pero diferente de lo otro, no es limitada; su madurez continúa, y continúa a medida que el individuo la va poseyendo. Tampoco tiene transmisión propiamente dicha. Ella termina con el individuo, y éste no la traspasa a otro ni la engendra en otra conciencia. El puede hacer, explicar la forma y ofrecer el estímulo. Darse como ejemplo y preparar el camino. Pero es exclusivo del individuo adquirirla o no adquirirla, según el deseo de adquisición que tenga, según el estudio y el esfuerzo intelectual, según la necesidad de posesión. Al cerebro se le ofrece el camino y él lo seguirá, o no lo seguirá. Si lo sigue, la Consciencia vendrá. Sino, no. Y he aquí que yo busco esto. Que los hombres entren en el camino que ofrezco y que lo sigan para alcanzarla.

Porque la Consciencia no se adquiere a causa de la cultura solamente, como la inteligencia nada que ver tiene con la erudición. La cultura puede ser un elemento de base, pero a condición de que sólo como tal sea adquirida. Porque si modela el pensamiento, entonces lo modelará a su forma. Y el individuo no creará: almacenará. El individuo no será formado, sino deformado. Porque siendo la educación parcial, tendenciosa, absorbente, él no resultará otra cosa que agente de ella, representante espúreo, engendro intelectual tarado de sus mismas taras.

Así que, siendo parcial, digo, será guía de un cerebro. Este, entonces ya no piensa por su cuenta, sino por la cuenta de lo que aprendió. Entonces ahí no hay Consciencia.

La Consciencia se desarrolla con la inteligencia. Pero es diferente. Y yo os afirmo, superior. Puede haber inteligencia sin consciencia, pero no habrá consciencia sin inteligencia. La inteligencia nace con el sujeto, pero la consciencia nace en el sujeto. El la forma, él la adquiere, él la crea.

Porque la Consciencia es la cualidad más alta del valor humano; por la Consciencia será que la humanidad sea libre, sea feliz, sea generosa.

Ni la cultura, conocimiento de las cosas, ni la inteligencia, capacidad de desarrollo, consiguieron liberar al hombre del mal y del dolor. Porque al servicio del mal y del dolor estuvieron. Y eso fue así, porque faltó la Consciencia.

He aquí que yo os anuncio el advenimiento de la Consciencia y su reino, credo libertador.

La Consciencia libera al hombre definitivamente. Ella sintetiza lo mejor, y anula lo malo que dentro de él hay. Esto, ni la inteligencia ni la cultura hicieron.

Ella va del individuo a la comunidad. Superándolo, por el mismo hecho la sociedad se supera. En los sentimientos, que es lo que cuenta, lo que debe contar.

Como la inteligencia, la Consciencia es manantial y no estanque. Pero sus aguas son purificadas por el fieltro de la razón, de donde se comprende que es superior.

Cierto, amigos, que adquirir la Consciencia exige grande esfuerzo. Pero os digo que nada grande hay que no exija esfuerzo, voluntad y cariño. Empero, nunca el agua más agradable es que cuando con sed se bebe; nunca con más disfrute se saborea un fruto que cuando producto de nuestro esfuerzo es.

Encontraréis así, los que en la magnificencia de la vida interior entréis, encontraréis, digo, como la comprensión de la vida viene a vosotros, y, con ella, un deleite singular desconocido, único: un goce sereno sin sitio para el sufrimiento.

Porque el sufrimiento viene de la incertitud, de la insuficiencia de comprensión, del sentimiento de desgracia, o de derrota de sí mismo, que caló hondo en el ser.

Con la Consciencia, os digo que la derrota de sí mismo no existe, porque no es posible. Hay un resultado de los hechos; cuando el tal concierna al daño, al mal, o a eso que llaman vencimiento, por ser negativo, de cierto se estrella ante el muro del espíritu, ante el dique moral que la Consciencia levantó. Porque viene de la comprensión. Resulta explicado ya que el sufrimiento se disuelve y el mal que venía, causa inferior, en ningún modo derrota lleva por nombre.

De forma que el mal no resulta daño porque lo disuelve comprendiéndolo. Ve en el fondo de las cosas y penetra en la certitud.

Además, su espíritu se ha elevado de la mezquindad siendo sus actos dirigidos por la dignidad,

resultando su pensamiento puro. Y ahí amigos, no hay sitio para la corrupción ni la bajeza disimulada o no. La sociedad del porvenir será una sociedad de hombres así, la otra vida que con anhelo buscamos.

Entonces, he aquí el hombre espiritual, valor y creador y salvaguardia de una sociedad humana, digna de ser llamada así.

Y, por ahí viene también, el auténtico estado de ser libre.

Porque algunos habrá que crean ser libres porque pueden andar sueltos por la calle o ir a casa del vecino cuando se le antoje, u opinar por el partido de los fariseos o el de los seduceos, o por el del romano o por el del judío.

De cierto que ese es un grande error. Porque el ser no es libre si no lo es interiormente, en su cerebro y en su espíritu, desligado de toda cualquier influencia exterior.

Un individuo es libre cuando siente en su juicio y opinión; que obra conforme a sus conclusiones, no conforme a la de los otros.

Un hombre es libre cuando alcanza la Consciencia.

Empero, no se es libre por no tener opinión, como no se es por tenerla en un sentido parcial, venida por influencias ajenas. En este caso digo, no piensa por él y sí por los que le dieron el pen-

samiento hecho y formado. Y en el otro resulta ciego, inconsciente, sujeto a todas las influencias, sin excluir la suya propia de ideas bajas de provecho y lucro, prisionero del medio en que vive.

Vino en buena hora el Pensamiento nuevo, para terminar con las etapas del mal que la Humanidad se ha dado.

Por él juzgamos que el hombre se dará la Era del Bien, libre de toda obediencia, de todo prejuicio, de todo sometimiento, de todo dolor, de toda miseria, de todo vivir material y moral inseguro o pobre. Pero para hacerlo realidad, entiendo que el hombre ha de constituir en sí mismo la consciencia, causa necesaria. Porque de ella se desprende carácter, que es fuerza de acción; seriedad que es fuerza de equilibrio; dignidad individual que es fuerza de integridad humana, de salud cerebral, de pureza doctrinal, de rectitud moral, penetración, que es fuerza de conocimiento, de juicio claro, de idea libre...

Que lo que se debe buscar, no es tener siempre que volver a empezar.

Porque escrito está: No hagáis ni dejéis hacer las cosas de forma que después tengáis que lamentaros.

FABIAN MORO

Oye, marinero

ESCUCHA lo que te digo,
vigilante de las olas;
cuando veas amapolas
en el mar,
y a la luna por testigo,
sospecha que, por lo ignoto,
el corazón se me ha roto
sin el mar.

Cuando adviertas gaviotas
que pasan de tres en tres,
mira bien que es lo que ves
sobre el mar;
porque vendrán alas rotas
en las manos del momento,
y será mi sentimiento
por el mar!

Si oteas por las entrañas
de los vientos soñadores,
y ves que se venden flores
bajo el mar,
y estás cierto y no te engañas,
recuerda que en lo profundo
tengo el secreto del mundo
de ese mar.

Escúchame y no lo olvides,
guardián de constelaciones,
de rumbos y de ilusiones
sobre el mar,
¡Que espero por si decides
lograr el velero mio
donde se desposa el río
con el mar!

Busca un velero, marino,
y ven y dímelo quedo,
que subir allá no puedo,
pues el mar
me está mostrando un camino
por donde nada navega!
¡A ver si el seso me llega
de la mar!

Duro vigía del agua,
soberano de horizontes,
yo te pido que remontes
desde el mar,
lo que yo forjé en tu fragua:
¡mi corazón marinero,
que está triste y no lo quiero
sin su mar!

V. VALDIVIESO

RODOLFO GONZALEZ PACHECO

Anarquista de la Pampa

ERA ya hora de que apareciera un libro sobre Pacheco, el inolvidable autor de «Carteles». Su amigo Alfredo de la Guardia acaba de publicar esta primera obra, destinada al gran público, con el título de **González Pacheco** (Ediciones Culturales Argentina, Buenos Aires, 1963). Sobre el autor leemos en la solapa: «El nombre de Alfredo de la Guardia, referido a la crítica teatral, es de mención siempre obligada e ineludible. A no dudarlo, es actualmente entre nosotros uno de los más profundos conocedores del teatro universal.» Conoce, pues, el teatro gauchesco o pueblero de Pacheco a fondo, pero, con modestia, en su obra, deja la cuestión del teatro para el final. En seguida nos dice que «la vida, la personalidad, el pensamiento, la obra de Rodolfo González Pacheco pertenecen ya a un período histórico del pueblo argentino».

Pacheco nació en Tandil (provincia de Buenos Aires) el 4 de mayo de 1881, hijo de Agustín González (uruguayo) y de Benicia Pacheco (argentina). Cuando mozo no sirvió para comerciar en la pulpería familiar, como tampoco, para oficiar de escribiente en la municipalidad. Empezó a colaborar con el seudónimo de Solrac (Carlos al revés) en el periódico político «Luz y Verdad». Pero pronto dejó la política para los políticos y, con un reducido número de amigos, publicó **Futuro**. Empezó a enamorarse de la Libertad. A través de la palabra y del escrito empezó a ser conocido. En la plaza pública que «pertenece al pueblo... campo de sus protestas; en ella desemboca como a un mar con sus ansias de justicia». Sobre su silueta física comenta el autor: «En su talla algo menor que la mediana, se alzaba con la dignidad de la cabeza, con la energía del ademán, el cabello abundante, rizado y revuelto, el aladar romántico al aire, los ojos claros, brilladores; la nariz resuelta, el bigotillo aún ralo, la boca noble, y la expresión de ese conjunto mezcla de gravedad y fantasía, de rigor y bondad».

Las imprentas daban a luz sus **carteles** «vivos, palpitanes y cálidos». Eran los tiempos en que «la Anarquía y la bohemia andaban del brazo por las calles de Buenos Aires». Epoca en que se leía por doquier los volúmenes módicos que Sampere editaba en Valencia (España): obras de Bakunin, Kropotkin, Sebastián Faure, Malatesta, Proudhon, Max Stirner, Benjamin R. Tucker, Salvoucha, Fanelli, Pietro Gori, Emma Goldman, etc. Pacheco era un bohemio en el vestir, pero: «pues si en su atuendo y su llaneza él adquiría apariencias de hombre dedicado a la tarea manual, en cambio, su cabeza y su mirada revelaban, en seguida, al hombre consagrado a la labor del pensamiento».

La misión que se había propuesto Pacheco era «observarlo, contemplarlo todo, seres y cosas, y difundir el ideal libertario con palabra candente y, en el arrebatado final, tremolando el poncho como una bandera, bandera criolla de una total libertad».

Sobre la tierra donde nació su padre observa que «aquí no pasa nada, es el templo de la democracia, pasa el ritual, la palabra sin sangre, la vida en paz». El reformador político Batlle había «inmovilizado al país con él por centro y por límites». Cuando se piensa en las goriladas militares tan frecuentes en América del Sur, esta estampa del Uruguay es aún y por el momento válida en nuestros días. El teatro empieza a interesarle asimismo, pero el teatro de fondo libertario, y dos autores le llaman poderosamente la atención: Florencio Sánchez, el gran autor de «Barranca Abajo» y Alberto Ghirardo (1), el gran dramaturgo de «Alma Gaucha». Sin embargo, se adelantaba la calle a la escena. Eran los tiempos de los periódicos libertarios: «La Antorcha», «La Protesta», «La Batalla», «Campana Nueva», «Libre Palabra», «La Obra», «El Libertario», etc. El primero de carácter anarquista que redactó Pacheco fue «Germinal» que tenía «algo de primitivo, de hacha labrada, de muro escrito» y que llevaba como subtítulo: «¡Viva la Anarquía! ¡Hagamos la Revolución!» No obstante, conviene ratificar que Pacheco era un pacifista anarquista y siempre en el fondo de su corazón desaprobó la violencia individual u organizada. No era un adepto de Sorel en sus «Reflexiones sobre la violencia». Su amigo Alfredo nos lo recuerda: «No, en verdad... la violencia no se relacionaba con la tersa idea que tenía Rodolfo González Pacheco del anarquismo. El era un poeta, un soñador, un idealista». No obstante, también tuvo su época de Tierra del Fuego, siendo internado en la célebre prisión de Ushuaia.

Pacheco estuvo en España cuando la revolución española y se vino de allá cuando ésta empezó a morir, en 1938. Se enamoró de la tierra de Don Quijote, en la que vió una Pampa en pequeño: «Es la Pampa. La misma llanura ondeada, de cuna que mueve el viento; igual silencio, hasta oírse el trocete cimarrón en las sienas... Y el silencio como un yelmo que no se quitan si no es para la sentencia, arrastrada o erguida, a lo Quijote o Sancho, como en nuestro pago a lo Martín Fierro».

(1) También se ha hecho justicia a «Alberto Ghirardo, precursos de nuevos tiempos» (Editorial Claridad, Buenos Aires, 1962), obra asimismo destinada al gran público y debida a la pluma de Adolfo Cordero.

o Viejo Vizcacha». Es indudable que en España, Pacheco se fue en seguida a entrevistarse con la Mancha. Hay otras regiones en el solar ibérico, país de contrastes geográficos, en los que no cabe la comparación pampeana. Pero al igual que en Argentina, cuando se encontraba en las grandes ciudades, su corazón fue siempre el de un gaucho y su tierra la Pampa ilimitada. Sin embargo, cuando Alfredo conoció a Pacheco, éste «ya no andaba a la ventura. El gaucho había dejado de ser un nómada. Pero él seguía viviendo a lo pájaro, más que en la tierra, en el aire, porque aún tan ahincado en aquella, en sus dolores y esclavitudes, siempre se remontaba en éste como en un ensueño de nubes. La edad, la experiencia, el largo y hondo padecimiento, y la aún más dilatada y profunda esperanza, le habían dado el regusto de una reflexión serena, de un tono atemperado, de la palabra pausada y puntual, que, al ritmo de la idea, se encendía y vibraba, de pronto, en un *crescendo* vivo e iluminado».

Decía Stirner que «el hombre en su juventud trata de moldear al mundo con sus manos», para luego acabar cual aseveraba Thoreau «en construirse con todos esos materiales su propia cabaña». Pasa el hombre y sigue el mundo con sus injusticias. El problema para Pacheco radicaba, a esta altura de su vida, en la antorcha de Guyau, cuando los viajeros que éste describe, al desplomarse y fenecer, entregaban la flamígera llama, a los que aún proseguían la marcha. La Anarquía estaba, pues, en el camino, y no en la meta. Alfredo nos dice que Pacheco «entendía, ahora que el camino debía ser muy largo para alcanzar aquella *tierra prometida* de libertad y de igualdad, demasiado elevada, demasiado límpida en su pensamiento, para que pudiera estar cerca, tal como había creído en su juventud, cuando los himnos resonaban en las calles con el compás del entusiasmo y de la victoria. Pero sabía, también, que lo importante era la lucha —concepto ibseniano— por el ejercicio espiritual que representa, por el afán de ascensión, por el decisivo anhelo que siente el hombre de depurarse. El triunfo o la derrota tienen, únicamente, una significación inmediata y circunstancial. La lucha es de muchas batallas, en muy diversos campos, a muy largo plazo, tal vez eviterna».

Vino la hora de partir. «Por alguna frase, por algún guiño, se advertía que tenía listo el equipaje. En la alusión —porque los años se venían de prisa— recordé, alguna tarde en que la luz se desvanecía tras los cristales, el verso de Antonio Machado:

**He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares,
y atracado en cien riberas.**

«Tenía listo, sí, el equipaje; y hasta podía partir sin ninguna impedimenta, libre y desnudo, como los hijos del mar... Aun el cerebro lúcido y activo, fue el corazón el que dijo la última palabra. Era el 6 de julio de 1949. Allí tendido, silencioso y

yerto, estaba todavía aureolado por la claridad y la esperanza del tiempo juvenil».

Después de habernos esbozado su vida, Alfredo nos conduce al capítulo de sus ideas, que «lleaban la altura y la dispersión de una bandada de aves cruzadoras del firmamento, tenían el ímpetu y la libertad de una tropa de potros baguales, al galope en la llanura...» Su afirmación más categórica era la del hombre libre. Lo deseaba «inteligente y seguro... entero y fuerte». Cuando advertía la presencia de estas cualidades, exclamaba: «¡Hombre a la vista!, como el marino ante la aparición de la tierra deseada en el horizonte». Había que tener fe, confianza en la bondad de las ideas. Pacheco escribía: «Para que te alzaras tú —le dice a un muchacho— ha andado la humanidad miles de años de rodillas. Por ti murieron los héroes agonizaron los sabios, deliraron los artistas».

La influencia de Reclus en Pacheco es notable. Para el autor de «El Hombre y la Tierra», en su concepto de la evolución incansante a través de las revoluciones sucesivas, la anarquía era la más alta concepción del orden, hacia el cual se orientaba la gran familia humana. Alfredo lo ve así en Pacheco: «Se aviene a la idea hegeliana del imposible retorno de la historia; cada curva de la corriente, aun la que semeja un retroceso, se desenvuelve en un nuevo avance. Podemos asegurar que las vueltas son aparentes, parecen inmensas para quien camina en una u otra margen del río; pero desde la altura se ve bien que el cauce sigue y desemboca en el mar...» Con esta comprensión de la evolución humana, Pacheco era un optimista, no a lo Pangloss, sino un optimista fruto de la razón y de la alegría de vivir: «Somos hombres entusiastas. El lumionso entusiasmo con que se estrellan las noches, el cotidiano entusiasmo con que reverbera el sol y el perfumado entusiasmo con que florece la tierra, están también en nosotros. Los anarquistas tenemos el entusiasmo de la vida». Pacheco deseaba mantener al anarquismo «en la incontaminación propia de las teorías superiores de la libertad y la fraternidad, al elevado nivel de los valores, esperando el paso humano por el alambique de las centurias». Anarquismo por el cual luchaban figuras de relieve internacional como Kropotkin, Tostoy, Malatesta, Gori, Reclus, Fanelli, Salviochea, la Goldman, la Michel y aun «los más inmediatos y modestos: Loredó, Cao, Antilli, Longo, Eouto, el negro Mari Anderson...» Pero que todos ratificaban la frase de Byron: «La libertad de mi pensamiento no la cambio por ningún trono de la tierra».

Henos ahora en el tercer capítulo, sobre **Los Trabajos**. Aunque se conoce fuera de los medios libertarios, mejor al dramaturgo que al literato, Pacheco, como lo ha demostrado con sus «Carteles» no es inferior al dramaturgo. Pero todos sus escritos están «en todo momento preñados de realidad, por más que se alcen en vuelo lírico. Y habla, al mismo tiempo, a la mente y al corazón». Alfredo compara a Pacheco con Lynch y Güiraldes, dos prosistas gauchescos que «sintieron la inclinación del campo y, sin embargo, hubieron de vivir en la ciudad». Indudablemente, se adentra en

la compenetración con el protagonista de José Hernández: «con su alma de agua, su saber y su sabor de tierra, su humilde estoicismo, su libertad —la interior— insobornable, su sentido fatalista, su experiencia de cada hora, su conocimiento del rastro y de la estrella, su afán errante, su palabra y su canción, su ternura y su coraje, su fraternidad ilimitada». Tanta realidad y belleza encuentra Alfredo en los trabajos de Pacheco que «pudiera repetirse siempre ante un volumen suyo la frase de Walt Whitman (el que toca este libro toca un hombre); y sabía la sentencia de Guyau (Un libro es un ojo que ni la muerte cierra)».

El análisis del teatro libertario de Pacheco que hace el autor es digno del mejor elogio. En este aspecto, «pagó, asimismo, un largo tributo a su tiempo, y si Bernard Shaw puso en boca de sus personajes tantas de sus argumentaciones fabianas, él no se quedó corto en la propaganda anarquista transmitida por medio de sus figuras escénicas». Estas son sus palabras apreciativas finales: «Es un teatro que surge del pensamiento, raíz misma del drama del hombre. Es un teatro donde se debaten las ideas, donde palpitan los mejores sentimientos, donde se lanzan hacia el futuro los más elevados anhelos humanos. Es un teatro de

crítica social, pero no vertida con rudeza ni con aridez, sino con medida comprensión y sensibilidad sobria, envuelta casi siempre en la parábola, iluminada por la poesía. No hay en él artificio, todo en él es sinceridad insobornable. Está, en sus esencias, proyectado hacia lo porvenir. Su ideal supremo es la libertad humana. Su emoción más profunda es la fraternidad de los hombres. Rodolfo González Pacheco no quiso limitarse a encerrar la vida en cada uno de sus dramas, sino que deseó expresar en todo su teatro el drama de la vida».

El libro se acaba con un apéndice selectivo de su prosa y teatro, como así con una cronología de sus obras dramáticas y de las ediciones de sus obras completas («Teatro Completo», dos volúmenes. Ediciones «La Obra», Buenos Aires, 1953. «Carteles», dos volúmenes. Editorial Americalee, Buenos Aires 1,956). Contiene diversas ilustraciones y el facsimil de una carta que el día 4 de abril de 1949 dirigió Pacheco al autor. Hermosa obra sobre el gran libertario de la Pampa que «desde el comienzo al fin, la vida, la personalidad, el pensamiento y la obra de Pacheco son una proclamación del más alto y puro anhelo de ser libre, surgido en la mente y en el corazón del ser humano».

V. MUÑOZ

Opiniones sobre CENIT

Sr. D. Campio Carpio.

17 de abril de 1964.

Muy distinguido Sr. mío:

Sin tener el gusto de conocerle personalmente, aunque mucho a través de sus siempre muy interesantes colaboraciones en diversas revistas y dándome cuenta por ello de la orientación de su pensamiento, me dirijo a Vd. para significarle mi agradecimiento por su envío —que recibí en la Facultad ha unos días del número 152, correspondiente al mes de agosto de 1963, de la revista CENIT, de Toulouse, donde reproducen mi crítica al libro de Ridruejo «Escrito en España» y aparece una muy inteligente y emotiva «Recordación de Dorado Montero» firmada por Fontaura, además de insertar unas viejas, pero siempre actuales y magníficas páginas de Dorado; todo esto, todo lo

relativo a Dorado, motivado, a lo que parece, por mi libro sobre él.

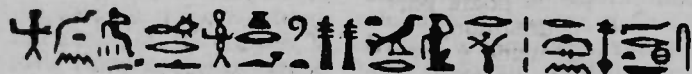
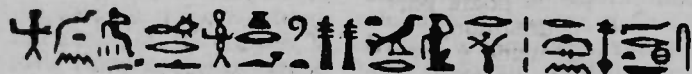
Le agradezco tanto más su gentileza, cuanto que yo no recibo CENIT y nada sabía, por tanto, de estas publicaciones, que como Vd. podrá suponer, me interesan y me agradan muy profundamente.

Como advierto su nombre en el cuerpo de colaboradores fijos de la revista, me figuro estará Vd. en contacto muy estrecho con ella y con la dirección; y le agradeceré, por ende, les haga llegar mi reconocimiento por haber reproducido un trabajo mío y mi satisfacción por encontrarnos hermanados —como en tantas cosas— en la admiración y el recuerdo de Dorado Montero.

Con este motivo, me es sumamente grato, además, ofrecerme incondicionalmente a Vd., amigo y servidor, en la seguridad de que tenemos muchas cosas en común.

Manuel de Rivacoba y Rivacoba

San Martín, 1.911.—Santa Fe, Argentina.



LA VIDA Y LOS LIBROS

LOS LIBROS DE SIEMPRE

A generosa iniciativa de Mercedes y Lone soy deudor del libro «Surco» con que me obsesiona el distinguido Félix Martí Ibáñez. Es un volumen de quinientas páginas, en buena tipografía española que, por su título, dice bien poco. Pareciera producto de poética faena agrícola, trabajo de arado, mitad de la operación para la siembra, faltando no más que destripar los terrones, extirpar las malezas sueltas, arrojar la semilla y pasar la rastra, esperando el milagro de la fructificación. Sin embargo, puesto el volumen en la mesa de operaciones, al correr de su lectura iremos descubriendo un mundo pasado y otro que vamos construyendo, lentamente, con la paciencia de la naturaleza, partiendo de la nada, de ese falso e impreciso término que todavía sobrevive para empequeñecernos.

Este libro de Martí Ibáñez fue impreso por Aguilar, romántico editor si pueden encontrarse hoy, que se dejó arrastrar por el idealismo de servir a la cultura, combinando dos emociones bien disparas como, en otro orden, lo está consiguiendo Martí Ibáñez. De románticos hablemos para entrar en el terreno de las reales ilusiones utópicas. Aguilar, como editor, es un producto de sazonado idealismo, tal como escritor lo fue Panait Istrati. En el período de la conciencia ibérica, Martí Ibáñez desempeñó un papel significativo en el seno de las Juventudes Libertarias. En este volumen renueva el diálogo con el mundo viviente de los seres humanos, en cuyo ámbito nos enfrenta con el milagro de la creación.

Arrastrado por los entusiasmos juveniles, este médico español ha interpretado la necesidad de orientar a los profesionales de la medicina, no totalmente al tecnicismo frío y desvinculado de las emociones. El mundo de la medicina no debe ser un sacrificio permanente para el estudioso, para el científico, cirujano o clínico. Si la ciencia médica entra en el campo enciclopédico, fuerza es que se auxilie al profesional, liberándolo de la carga que importa tamaña responsabilidad de curar el cuerpo físico. Martí Ibáñez ha querido que el médico se identifique con el arte pictórico y literario en especial y la poesía, conciliando «arte y medicina, humanismo y tecnicismo, ciencia y conciencia, la visión realista del mundo médico con la visión romántica del poeta».

Para recalcar en este puerto, Martí Ibáñez ha realizado un viaje a través del mundo humano, del submundo del dolor físico y del inframundo histórico, integrado por «médicos, albañiles, pintores, campesinos, dependientes, banqueros, chóferes y bailarines», cuya ocupación diaria es sumamente similar igual que el «resto de nuestras acciones de comer, amar, dormir y soñar. Extiéndese Martí Ibáñez en la enunciación de médicos literatos, poetas y lectores perdidos en la geografía terrestre

del humanismo que llena las páginas de la constelación intelectual. Y desde Esculapio a nosotros va enumerando situaciones, circunstancias, momentos del indecible dolor que embarga al hombre en su afán de saber y del herido y paciente prendido al débil hilo de la vida que el médico-hombre tiene en sus manos. En la enumeración, presenta Martí Ibáñez a figuras físicas y artísticas, donde dos hombres, médico y autor, se identifican con el dolor de sus pacientes y esfuerzan por restituirlos a esa vida animal que, dentro de todo, es todavía digna de preservación.

Entra en el terreno de la conjetura fisiológica, dialogando el médico literato con el clínico, con esas figuras universales del saber y del sentir que llenan nuestra historia, evadiéndose de las preocupaciones, o forzándose por liberarse de ellas. Esa turbamulta de elementos humanos que integran el plantel intelectual tiene cada uno un motivo de frustración, pero que el grito de la palabra lo sujeta a la responsabilidad profesional. En todas las naciones civilizadas impera la misma inquietud, desde el antiguo Egipto, pasando por Grecia, el Renacimiento hasta nosotros. Profesiones e industrias, de cualquier extremo del mundo, príncipes y vasallos, creadores animicos de imperios, todos caen arrodillados implorando la vida que pugna por precipitarlos al osario común. El médico, maestro o bachiller debe aplicar la terapéutica de las posibles circunstancias.

Desde la simple extracción dental por parte de herreros y barberos, hasta las amputaciones que se «hacían con cauterio, bisturi y sierra» cuánto dolor está sepultado en la historia del padecimiento humano. Sin embargo, «en vez de usar instrumentos candentes para hacer amputaciones y evitar las hemorragias, Daza Chacón usó ligaduras, haciendo la cura final con una mezcla de clara de huevo, sangré de dragón, bol arménico y acibar. En las amputaciones de una mano a los ladrones, Daza Chacón estiraba la piel hacia arriba, ligando fuertemente el brazo; dibujaba la línea para el hachazo, cubría luego el tajo con la piel retraída y por él manualmente estirada, y cosía el muñón, metiéndolo en seguida en el vientre de una gallina viva para evitar la hemorragia. Las galeras y su drama fueron el reverso del dolor del amberso de gloria de la España de Don Quijote», consigna Martí Ibáñez.

«Surco» es una reseña histórica de la evolución médica, desde los métodos anatómicos hasta la comprensión del mundo biológico que explicó fenómenos para mitigar el dolor universal. Martí Ibáñez hace ese recorrido, no sólo en el ámbito de la medicina española, sino mundial, cuyos elementos fueron iguales de nación a nación. Ansioso el mundo de la medicina y la cirugía por identificarse con cualquier procedimiento que importara un avance en la curación del paciente, se trasla-

daba de un país a otro, cuando alguien se destacaba del standard común. Amberes, Aranjuez, París, Padua han podido ser centros donde se enseñaba a curar. La edad media, con sus guerras, hizo progresar la cirugía y traumatología. La humanidad no pudo desprenderse de ese aporte doloroso, del sufrimiento, prestando gratuitamente su cuerpo para los más lacerantes experimentos. Vista desde este ángulo, la sangre caliente y roja constituye el aporte más valioso de todos los tiempos para el progreso de las civilizaciones.

Martí Ibáñez enumera infinidad de maestros donde el «humanismo y la cultura adornaban la Medicina y le prestaban alas para volar alto por un cielo saturado de libertad. A medida que se acentuaba al progreso de la ciencia, descendía la profesión de los charlatanes, de la magia y la brujería que sirvieron de mortaja a la ignorancia. Con ese tupido velo se cubrieron paraísos de dolor, hasta que nuevas generaciones echaron abajo castillos de rufianes asalariados, matones y espada-chines, pirámides de supercherías, así en el arte de curar como de pensar. La Revolución Francesa todavía está trabajando este capítulo de la historia; a ella le debemos cuanto sentimos y experimentamos de emociones universales que son comunes a nuestra especie.

Este libro de Martí Ibáñez extiéndese sobre el impacto psicológico de la ciencia atómica sobre el arte moderno. Y nos demuestra cómo el hombre del siglo comienza a elevarse sobre el horizonte intelectual por el tremendo valor de las teorías físicas que permiten encadenar el «paso de los astros a las ecuaciones elaboradas por un cerebro humano en la soledad de un laboratorio». El contacto con las ondas de radio, infunde horror al vacío; mas, el progreso no puede detenerse y preciso es rellenar el organismo con tejido conjuntivo. «En la vida moderna, la ciencia adquiere el carácter de viscera suprema». Hoy podemos comprenderlo, como que la «vida ha existido hace mil doscientos millones de años; el hombre ha existido desde hace un millón aproximadamente y ha usado su cerebro para crear progreso desde hace cincuenta mil años. Ha podido escribir sus pensamientos desde hace unos seis mil años y creado civilización desde unos cuatrocientos años. Pero solamente ha usado la Ciencia como factor educativo de su vida desde unos trescientos años. Desde entonces, la misión de la ciencia ha sido hacer un inventario del universo para el ser humano, revelar el sistema de posibilidades disponibles y el modo de utilizarlas para su propio mejoramiento». Acaso ninguna otra ciencia como la física ha influido modo tan profundo en el pensamiento humano», afirma Martí Ibáñez.

Al sentido filosófico de la teoría de la relatividad agrega Martí Ibáñez la psicodinámica del arte moderno. Las interrelaciones del pensamiento científico y artístico, el perfil psichistórico del arte moderno y la dinámica del arte abstracto, preocupan al autor, consignando que la «imagen humana del universo varía según las imágenes sensoriales y mentales que del universo se forma el hombre, gracias a sus lecturas y meditaciones. Durante mi-

les de años el ser humano vivió con un esquema espacial en su mente. Cuando en estos últimos cincuenta años la física atómica destruyó los conceptos de ese universo, desintegrándolo en átomos, alteró su perfecta geometría». La destrucción de la imagen corporal del hombre como consecuencia de la nueva biología y psicología nos enfrentan a un nuevo progreso biológico.

«Hasta comienzos del siglo —agrega Martí Ibáñez— la anatomía era estática, solidificada, rígida, fija, y el ser humano estaba formado como un pequeño microcosmos de piezas tan sólidas y sometidas a leyes, pesos y medidas, como el macrocosmos de piezas tan sólidas y sometidas a leyes, pesos y medidas, como el macrocosmos en derredor suyo lo estaba a las leyes de la física. La nueva histología ultramicroscópica, desintegrando en elementos hasta hoy invisibles al ser humano, y las nuevas concepciones fisiológicas y dinámicas de la antes estática anatomía humana, dieron como resultado que la imagen corporal quedara también destrozada, deshecha, transformada la ordenada concepción de antaño del organismo humano en una confusa imagen de elementos moleculares en perenne agitación y desconcierto.»

El impacto psicológico de la ciencia atómica sobre el arte moderno y su reacción a la nueva ciencia son meditaciones profundas respecto del porvenir ante el temor de que el hombre pierda permanencia frente a sí mismo y al cosmos. En otro orden de ideas, extiéndese sobre el arte de Utrillo, el ermitaño en su jaula de oro; sobre Braque y Picasso en busca de su propio universo; sobre Modigliani, el artista que se «quemó como un cirio que arde y se consume en su llama para dar su luz».

Manteniendo el interés del lector en esas disquisiciones, Martí Ibáñez nos lleva por Florencia en aquel periodo tan pletórico de emociones que encuentra su epicentro en el año mil quinientos. Vamos en procura del maestro insigne que lo fuera Leonardo, por callejuelas, hosterías iluminadas por el genio explosivo que sepulta al medioevo. Pasamos entre los recuerdos de los Borgia, Savonarola, el Verrochio, Ghirlandajo, Masaccio, a la luz de la luna. Martí Ibáñez no se cansa de hablarnos emotivamente, con calor del levante y colorido ibérico, que vamos sorbiendo entre la baráunda de fuerzas motrices e ideas esquemáticas. Toda aquella omniscencia imaginativa que traspone las compuertas del pasado y corre como torrente fluvial por el alma del médico y del artista cobra aquí majestad en el detalle de la técnica y de las formas que habrían de concretarse en el gigante Miguel Ángel.

Entrar por esa puerta del conocimiento histórico e identificarse con el ambiente de colores en profusión y de figuras representativas de la anatomía humana, trasluciendo la perfección de la naturaleza, equivale a dejarse arrastrar por la mística de la palabra, por el valor y tintineo de las viejas monedas de oro y la poesía de aquellas antiguas ciudades libres que en su traginar fenecían frente a un vaso de vino, al hechizo de la brujería y contradiciendo las ideas de Galeno. Por ahí va predi-

cando Martí Ibáñez envuelto en su capa española, apresurado, por aquel mundo de chismorreos y con una idea justa en su cerebro buscando el tiempo que desde entonces habría de correr más veloz que la bala de cañón, que la luz, que el sonido y el gemido.

Martí Ibáñez, pese a su naturalización e identificación con las ideas del siglo XXI no ha podido desprenderse del ancestro castellano ni de las tonalidades y transparencias mediterráneas. Discutiendo los pensamientos de la era espacial y los fenómenos psíquicos provocados por el avance del progreso tecnológico, no ha logrado un beso de la mujer norteamericana, que admira en sus colorines, en su atuendo por agradar, en su cultura envasada y en ese vivir del vacío. No ha resistido las flaquezas de las amazonas con pantalones ajustados, de busto exuberante, fumando tabaco perfumado y preocupadas por administrarse en hora justa el arsenal barbitúrico que a su disposición ponen los hombres. Nada de extraño, a mi ver, que se rebele contra el varón, esa bolsa de huesos con figura humana que la prostituye mentalmente y convierte en maniquí. Esa mujer moderna es un producto de la civilización del hombre, castrado por los preconceptos del siglo, bestializado por el materialismo de llegar cuanto antes a un lugar que no encuentra hacer fortuna en un golpe de azar, de contrabando, de asalto, hinchándose como un globo de hidrógeno cuando, por cualquiera de estos procedimientos comerciales adulterados, alcanza lo que denomina victoria. Ese hombre es el que adula, lastima y despedaza a la mujer, vistiéndola con los atavíos prostibularios, envenenándola con las drogas de la cultura arrabalera, endiosándola como espantajo. Martí Ibáñez, en este ensayo médicoliterario nos identifica con una de las manifestaciones más desagradables de nuestra decadencia. El narcisismo de la mujer señala el desbordamiento de la civilización. Que el hombre descienda a la caverna en determinados periodos históricos —como se ha comprobado en el caso de los campos de concentración— a palos se le ha enderezado y hasta parece que la lección le queda bien. Pero cuando ese animal obliga a la mujer a descender al fango, es que ya muy poco queda por salvar del desastre.

La contribución a la anatomía de los artistas del renacimiento italiano importa en determinado momento una industria de voluntades que quieren saber. Son tantos, que la medicina observa con ojos del alma, ansiosa como está por adquirir el dominio pleno de la arquitectura humana. Es admirable esa faena, en que tantos rivalizaron, para lograr la belleza anatómica a través del dibujo. Hoy todo eso nos parece muy simple. El médico conoce uno a uno los músculos y tendones y sabe cómo alimentarlos. Camina por las circunvoluciones del cerebro con el conocimiento de las calles de su ciudad y rara vez se pierde. El drama de la vida en aquel entonces era distinto. Los investigadores constituyeron contingentes, pero lograron en cuatrocientos años, ilustrar, con luces transparentes, el sueño que mitigaría el dolor. Porque de

aquel conocimiento se encontraron grandes soluciones al problema eterno.

Urdimbre y creación de un ensueño fueron símbolo de MD, revista que Martí Ibáñez edita en Nueva York. Los motivos radicaban en conciliar la medicina con la sociedad y la humanidad, a través de una publicación regular de cultura médica y medicina cultural. La iniciativa provenía de lejos, de los tiempos de estudiante valeniano, encontrado entre las «todopoderosas herramientas milenarias de la comunicación humana: la palabra y la imagen». Partiendo del tema vida, ambiente, situación, trabajo e ideas, la revista mencionada logró domar tigres, leones y jaguares, imponiéndose por la magia de las palabras que representan el saber.

«Surco» es un manantial de conocimientos encontrados que van formando un río y sobre cuyo relato navega este iberonauta, ya internándose en la selva de la ficción, ya retornando a la realidad donde el dolor se hizo carne y grita. Autores y libros aparecen frente a su monumento y tribunal, con algo de historia y tanta bondad, términos que nos recuerdan las tremendas inquietudes que asaltaron a los abuelos de la medicina como Esculapio, Hipócrates, Galeno, Vesalio, Paracelso, Harvey, Servet y tantos que siguieron aquella religión. Los recursos del médico hoy son distintos y múltiples. Un estudiante de primer año sabe más de medicina que aquellos en su vida. El mundo es más ancho y el campo del conocimiento infinito. La anatomía, la biología, la endocrinología y la medicina han evolucionado hasta más allá de las constelaciones visibles al ojo humano, porque ya estamos preocupados en no cometer el error de infectar el vacío con gérmenes terrestres. Pero hay, no obstante, la palabra del hombre, el aliento humano, la confianza que inspira, procedimientos anticuados que perviven desde la antigüedad en viaje al futuro.

Martí Ibáñez detiéndose en la gran olvidada biografía de una idea y discurre a su modo por los caminos espinosos desde las religiones indúes hasta los médicos alejandrinos. La morfología y la endocrinología clínica lo llevan a la experimentación de laboratorio donde se pierde entre glándulas y su metabolismo. Hormonas y fibras nerviosas alternan con el milagro terapéutico de la cortisona y la gama de antibióticos que dominan la medicina contemporánea. «Yo no soy de los pesimistas que dicen que hoy en medicina se habla y se escribe demasiado. Al contrario, creo que se debe hablar y escribir aún más, pero que se debe intentar hacerlo cada vez mejor, sólo cuando se tiene algo que decir y cuando ese algo puede estimular, informar, descubrir o confirmar alguna cosa que sirva a los demás».

La corta vida del documento médico, agrega Martí Ibáñez, hace meditar. Una obra de arte es inmortal. «Los mármoles de Fidias, los lienzos del Greco, el Taj Majal, los granitos de El Escorial y las copas labradas de Benvenuto Cellini continuarán llenando de luz el alma de los hombres», pero un documento médico «tiene una vida muy corta». Exceptuando los textos galénicos, la sagrada tri-

logía que presidió durante quince siglos el saber médico mundial y algunas obras de positivo valor que iluminaron el siglo pasado, «aparte de su valor histórico, todos ellos son documentos que no han resistido el paso del tiempo y el avance del progreso médico».

Es preciso mejorar el arte de la comunicación mediante símbolos y metáforas, «para lograr un denominador común en la medicina que facilite su progreso al hacer que nos entendamos mejor los médicos e investigadores de todo el mundo. La mayor invención humana ha sido la de los **símbolos**, sonidos o signos escritos que representan cosas o ideas. Desde que nace, el hombre se ve enfrentado con situaciones nuevas y problemas diferentes. Para resolverlos y hacer la necesaria decisión, el hombre usa esos símbolos como medio de evocar los problemas pasados, representar los presentes y anticipar los futuros. Pero los símbolos no son siempre exactos ni ciertos. Cada ser humano tiene una visión interior del mundo externo. La misión

de la ciencia debe ser restaurar el verdadero valor y sentido de los símbolos teniendo en cuenta que la «metáfora ha sido el ala de la ciencia».

El médico viajero, en butaca como Julio Verne Marco Polo en busca de Kublai Khan, levanta el arado, interrumpiendo el surco abierto por Martí Ibáñez. El «cuerpo que está ahora en Nueva York y menos de veinte horas más tarde en París, Brasil, Hawai, El Cairo, Nairobi o Groenlandia, llega a su destino mucho antes que su mente, que tarda días en adaptarse a la nueva situación, lo que suscita nuevos problemas psicomáticos. Pero hoy día no sólo viaja el hombre sino también las epidemias, pero también la verdad sigue los caminos «de la ciencia, la belleza o la mística». Cierto que el «poder se alcanza por las sendas del dinero, de la política y de la guerra». Pero con un espíritu singular como Félix Martí Ibáñez, aun a través de los desiertos, siempre resulta grato acompañar a viajeros que se encaminan al futuro.

CAMPIO CARPIO

El aguila y el caracol

Vio en la eminente roca donde anida
el águila real, que se le llega
un torpe caracol de la honda vega,
y exclama, sorprendida:
«¿Cómo con ese andar tan perezoso
tan arriba subistes a visitarme?»
«Subí, señora —contestá el baboso—,
a fuerza de arrastrarme.»

Juan Eugenio Hartzenbusch



Palabras de Manuel G. Prada

Selección compuesta por Cosme Paules

ABOGADOS

NADIE vive tan expuesto a la deformación profesional como el abogado. ¿Qué corazón no se tuerce con el hábito de cifrar la justicia en el fallo aleatorio de un juez? ¿Qué privilegiado cerebro no malea con algunos años de triquiñuelas y trapisondas? ¿Qué verbo, qué lenguaje, no se pervierte con el uso de la jerigonza judicial? ¿Qué buen gusto no se corrompe con el manejo diario de códigos, reglamentos y expedientes?

ROMA

Roma no infunde tanta aversión por sus conquistas inhumanas como por su Derecho Romano y sus leguleyos. Los abogados eran quizá más terribles que los procónsules y los pretorianos. Jovenal no les prodiga muchos elogios, Tácito les iguala con los vendedores de las plazas de abastos, y el cónsul Cayo Silio afirma en pleno Senado que ellos ganan dinero con las iniquidades y las injusticias como los médicos negocian con las enfermedades. (Escrito en 1903.)

CODIGO PENAL

Que nos transfundan la sangre de un matoide impulsivo, dándonos al mismo tiempo los dollars de un Carnegie o de un Rockefeller, y nos obligamos a infringir impunemente los mil o dos mil artículos del Código Penal. No hay iniquidad irrealizable ni resto ineludible, cuando se tiene dinero, influencias o poder; y los desgraciados que se animizan en una cárcel o se consumen en la penitenciaría, no hallaron protector ni protectora o carecieron de razones tangibles.

JUECES

Dicen que el Aerópago de Atenas no pronunció una sola sentencia injusta. Valdría la pena escuchar la opinión de los atenienses que no ganaron sus pleitos.

Si nada vive tan sujeto a la deformación profesional como el abogado, ya se concibe lo que puede ser un administrador de Justicia, a los quince o veinte años de ejercicio.

Jueces hay justos: no todas las serpientes ni todos los hongos encierran ponzoña mortal.

LA HIPOCRESIA

Tal vez ganaríamos en regresar a la caverna y al bosque, si lo realizáramos sin hipocresía ni términos medios; porque vale más el estado salvaje donde el individuo se hace justicia por su mano, que una civilización engañosa donde los unos oprimen a los otros, dando a las mayores iniquidades un viso de legalidad.

LEYES

Las leyes, por muy claras y sencillas que nos parezcan, entrañan oscuridades y complicaciones suficientes para servir al hombre honrado y bribón, quien sabe más al bribón que al honrado.

AYER Y HOY

Antes de operarse la división del trabajo social, cada hombre reunía en su persona la triple función de litigante, magistrado y ejecutor de la sentencia. Hoy, que las labores se hallan perfectamente definidas y separadas, el juez aplica la ley, el carcelero guarda al culpable, el verdugo ejecuta la sentencia.

EL PICO DE TEIDE

Alguien afirmó que las Islas Canarias eran restos de la Atlántida, y el pico de Teide el fragmento de una cordillera. Si la sociedad peruana se hundiera mañana en un mar de sangre, escaparía la Magistratura: es nuestro Pico de Teide. (Escrito en 1902.)

HONORABLES

Hay hombres que, habiendo ejercido por treinta o cuarenta años las funciones de representantes, legan a sus hijos o nietos la senaduría o la diputación. No han encontrado la manera de llevarse las curules al otro mundo. Haciendo el solo papel de amenes o turiferarios del Gobierno, los honorables resultan carísimos, tanto por los emolumentos de ley y las propinas externas, como por los favores y canonjías que merodean para sus ahijados, sus electores y parientes.

REGIMEN REPRESENTATIVO

¿Cuánto bueno podría hacerse con el dinero malgastado en fomentar la logorrea parlamentaria! La protección al ganado lanar y al vacuno daría más beneficios que el mantenimiento del régimen representativo.

¿De qué nos sirven los Congresos? Sirven de prueba irrefutable para manifestar la incurable tonteería de la muchedumbre, al dejarse dominar por una fracción de gentes maleables.

CLASES

Toda clase donde predomina el fanatismo no merece llamarse alta o superior sino baja o inferior... Un negro y un indio pobres más instruidos y desfanatizados, pertenecen a clase más elevada que un blanco noble o rico, más ignorante y supersticioso.

SER HOMBRE

El ser hombre no depende de llevar figura humana como de abrigar sentimiento más depurados que los instintos de un animal inferior.

LA AUTORIDAD

Los justos y los buenos se vuelven inicuos y malos desde el momento que disponen de autoridad.

FALTA DE HUMANISMO

Si algunos hombres han introducido en su cerebro unas cuantas vislumbres de ciencia medio teológica y medio positiva, casi ninguno ha logrado humanizar su corazón al punto de hacerle sentir su **propia carne en toda carne que se desgarrar y padece**. Muchos olvidan que el insensible al dolor y la muerte de su prójimo debe llamarse bárbaro, aunque atesore la filosofía de un Platón y la ciencia de un Aristóteles. Veinticuatro siglos hace que en la Grecia pagana un filósofo escribió: **La vida perfecta es la bondad**.

TRANQUILIDAD

La tranquilidad de las poblaciones se mide por la lejanía de las autoridades o corregidores modernos, que el bienestar de las indiidadas se calcula por la menor influencia de los hacendados o señores feudales, que, en resumen, las llamadas clases dirigentes dirigen hacia el mal.

OLVIDO

El delincuente no sufre la pena debida ni se atrae la execración de la muchedumbre: todo prescribe a los pocos años, todo se olvida a los pocos meses. Después de un eclipse fugaz, las Mesalinas más averiadas vuelven a la circulación, adornadas con todas las seducciones de la virginidad política... Del hombre público enriquecido en una o dos semanas, merced a las dádivas de un gordo traficante, se dice: **¡Buena cabeza para los negocios!** Del político sanguinario como Nerón y cobarde como una liebre se repite: **¡Carácter muy enérgico!** A los limpios de sangre y cohecho, a los abominadores de Tigres y aves de rapiña, se les llama teóricos, utopistas o locos: son los únicos merecedores de vilipendio.

TORTURAS

¿Qué no se hace con los infelices para obligarles a confesar un delito real o atribuirse uno imaginario? Se les aglomera en habitaciones sin aire ni luz, húmedas y pestilentes; a media noche se les arranca del sueño para lanzarles cubos de agua fría; desnudos, se les encordela en el lomo de una bestia con el fin de pasearles bajo los rayos de un sol canicular; se les remacha grillos, se les pone en cepo volador, se les atenacea las puntas de los dedos, se les da tortor en el cráneo, se les cuelga de los pulgares o de los testículos... (Escrito en 1904.)

SANGRE FRIA

Se comprende, hasta se mira sin horror el crimen pasional, cometido cuando saltan los nervios y hierve la sangre; mas se necesita ser contemporáneo del mastodonte para concebir la ferocidad serena y sistemática. Pierden el derecho de figurar en la especie humana los que ordenan fusila-

mientos o flagelaciones, y acto continuo bailan chilenas o se atiborran de cañazo y guisantes criollos. Son curas de Bambamarca sin la disculpa del fanatismo, son los peores criminales, los de sangre fría.

CULINARIA

Los diarios no necesitan afanarse mucho para inquirir noticias gastronómicas y llevar tanto la baja de los vecinos que se ponen mantel largo como el alza de los que se limitan al puchero cotidiano: los anfitriones mismos se cuidan de llevar el dato al periódico, muy ufanos de reunir seis comensales y muy convencidos de ejercer una de las más altas funciones sociales al comerse un pavo y destapar una botella de champagne. Merced a la divulgación de los ágapes caseros, ya estamos en condiciones de no ignorar cuando echa sus primeros dientes el hijo de un subprefecto y cuando cumple los setenticinco la suegra de un ministro.

Los banquetes a los verdaderos y a los falsos personajes se repiten con una frecuencia que raya en lo maravilloso, en lo inverosímil.

Es un escarnio sangriento a los millares de infelices que tienen por único alimento un puñado de cancha y unas hojas secas. Vemos la prosperidad de una oligarquía, el bienestar de un compadraje; no miramos la prosperidad ni el bienestar de un pueblo.

LUJO

Esas quintas, esos chalets, esos palacetes, esos coches, esos trajes de seda y esos aderezos de brillante, provienen de los tajos en la carne del pueblo, representan las sangrías administradas en forma de contribuciones fiscales y gabelas de todo género. Merced a las sociedades anónimas, todo ha sido monopolizado y es disfrutado por un diminuto círculo de traficantes y absorbentes.

CARNIVOROS

Sin llegar al extremo del filósofo que se **avergonzaba de tener un cuerpo**, deberíamos desear el advenimiento de una era en que el hombre dejara de ser el goloso comedor de carne, el animal feroz y sanguinario que parece resumir al felino y al ave de rapiña. Si el vegetarianismo pule y amasa nuestra condición áspera y bravía, ¿qué maravillosos cambios no produciría en la Humanidad la alimentación soñada o anunciada por Berthelot? Acaso, el mundo vería nacer la raza de los verdaderos superhombres. «Dime tú lo que comes, yo te diré quién eres», afirmaba el autor de la Fisiología del Gusto.

LOS SATISFECHOS

Abundan hombres que teniendo una copa de vino y un churrasco, viven dichosos sin importarles nada que un bárbaro de charreteras nos desplume y nos abalee ni que otro bárbaro de tiros cortos nos desnude y nos ahoguen en una pila de agua bendita.

LA OPOSICION POLITICA

Demos a los más feroces opositores una cuchara que meter en la olla del presupuesto, y ya veremos si encuentran sabroso el guiso que segundos antes juzgaban desabrido y malo. Puros Ventrales.

INMIGRANTES

Gracias a la protección de gobiernos y a la indolencia o complicidad de gobernados, sigue la invasión negra. Casi ningún vapor arriba del sur o del norte sin aportar al Callao una remesa de clérigos, frailes y monjas. Con las persecuciones religiosas en el país más lejano del nuestro, recrudece la invasión: cuando los demás sacuden el plumero, a nosotros nos llueven las moscas. **Padres y hermanas** acuden al Perú, como zánganos a su colmena, salvo que afluyen como vendimiadores a su viña. (Escrito en 1903.)

EXUBERANCIA

Donde se proyecta una calle, surge ya un plantel de Jesuitas; donde se traza una avenida, blanquea ya un edificio de Salesianos.

SUBVENCIONES

Basta que una asociación dependa de monjas o sacerdotes para merecer subvenciones de las Cámaras, de los ministerios y de las municipalidades.

APOSTASIA

Masones y liberales contribuyen a fundar obispos, decretan subvenciones a las comunidades religiosas, desempeñan sindicaturas de monasterios, apadrinan inauguraciones de altares y, lo peor de todo, educan a sus hijos en los Sagrados

Corazones... Muchos incrédulos y racionalistas proclaman que en el seno de la familia debe seguirse esta máxima: Al tratarse de religión, dejar hacer.

AMAZONAS DEL FANATISMO

Amazonas del fanatismo, si no cogen una lanza ni montan un caballo, las mujeres rebuscan dinero, ejercen influencias, calumnian al hereje y viven listas para cargar los tizones de la hoguera.

Asistimos, pues, a una recrudescencia de fanatismo agravada por la incuria, debilidad o cobardía de padres y maridos. Más que a hijas y esposas, debemos inculpar y escarnecer a todos esos maridos sin virilidades en el cerebro: ellas pecan por ignorancia y de buena fe, ellos por maldad y bellaquería.

ALGUNOS MATRIMONIOS

En algunos matrimonios rige un convenio tácito: la mujer, a iglesias y sociedades piadosas; el hombre, al garito, al lupanar o al retrete de su concubina.

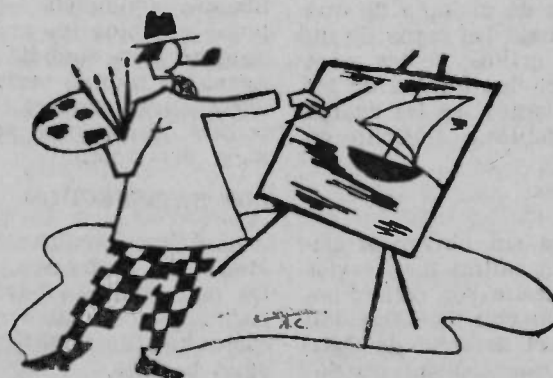
PLUMAS

Muchos de esos grandes hombres que pontifican en universidades y congresos o señorean tribunales y ministerios, no llevan plumas en la cabeza porque las guardan en el cerebro.

CIVILIZARSE

Civilizarse es adquirir un alma francesa; pero no el alma de un Gambetta ni de un Casimir Périer, de un Drumont ni de un Dérouléde, sino de un Anatole France o de un Guyau, de un Berthelot o de un Claude Bernard.

COSME PAULES



Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

(CONTINUACION)

Es necesario tal vez explicar cómo se era promovido, si así puedo decirlo, futuro predicador. Cada mañana, después de los primeros rezos del día, nos quedábamos en la capilla, como en todos los establecimientos religiosos, para la meditación. El maestro de los novicios nos indicaba, de no me acuerdo qué manual, el tema sobre el que debíamos reflexionar. Luego venía, en los días ordinarios, el gran silencio.

Pero, el domingo, el P. Juan María, pedía que uno de nosotros hiciésemos la meditación en voz alta. El novicio o el postulante escogido al azar se sentía lo más a menudo bien desdichado. Balbuceaba durante diez minutos y luego no sabía qué decir. La cruel regla exigía que se le dejase chapotear o callarse, confundido, el resto de la media hora. Luego, el maestro de los novicios, después de haber exhortado ofrecer su humillación al Señor, criticaba y completaba. Ocurría, bastante raramente, que aquel santo delicioso estaba coloreado de felicidad y, en vez de criticar, felicitaba. Cuando el acontecimiento se producía, el reverendo padre Segismundo venía a presidirnos el domingo siguiente. Era él quien daba al joven bien dotado un tema imprevisto aún para el maestro de los novicios. Si la nueva improvisación le agradaba, decía al joven maravillado: «Usted será predicador».

Después de la doble prueba, yo había recibido felicitaciones que todos afirmaban inauditas: «Hijo mío, había exhortado el R. P. Segismundo, defendiéndose usted bien contra el demonio del orgullo. La divina Providencia quiere hacer de usted un gran orador sagrado. Ella os destina a remplazar a nuestro malogrado padre Jorge.»

El padre Jorge, muerto hacía dos años, seguía siendo célebre en toda la Orden, como la misma encarnación de la elocuencia. El buen P. Juan María al hablar de él, lo hacía siempre con lágrimas en los ojos, admirándolo. Conozco una palabra de aquel predicador único. Cada vez que el maestro de los novicios, el R.P. Superior o no importa quien en el establecimiento citaba un hecho reciente, comentaba ser «un hecho de palpitante actualidad, como decía nuestro incomparable padre Jorge». Aquel «palpitante de actualidad» escuchado tan a menudo, me ponía nervioso, lo confieso. Mis compañeros sentían pena por haber llegado demasiado tarde a un mundo demasiado viejo y por no haber jamás gozado con la elocuencia del padre Jorge. Yo no compartía sus sufrimientos.

El año escolar se terminó sin que se tuviesen aún bastantes piedras rotas para el hormigón que exigía la inmensa piscina. También pasé las vacacio-

nes con la maza en la mano, sudando mi frente con el agua del manantial, leyendo a Crevier o a Geoffroy.

El primero de octubre, tres o cuatro novicios fueron enviados a clase. No estaba yo entre esos bienaventurados. A pesar del deber religioso en amar y en admirar todo lo que hacen los superiores, fui a contarle al P. Juan María mi gran desolación. El más delicioso de los santos me explicó, entre exhortaciones de estilo, que si la cosa de él dependiera, me enviaría a las clases de Santa Cruz. Pero las decisiones venían del R. P. Segismundo. El mismo P. Juan María había defendido mi causa inútilmente. Cuando había tenido la imprudencia de mencionar mi gran pasión por el estudio, le habían respondido que tal pasión excesiva tenía necesidad, justamente, de ser mortificada. Se había notado con frialdad que seguía siendo postulante desde hacía trece meses, cuando de ordinario se tomaban los hábitos a los cinco o seis meses. A pesar de su demasiada gran indulgencia, el P. Juan María mismo, encontraba aún en mí demasiada independencia de espíritu y demasiada voluntad propia para ser también novicio. Yo, escándalo inexcusable, aquella agregación que me deberían haber negado, yo, ni siquiera, la había pedido. Además, no estando destinado a la enseñanza, no habría de pasar por ningún examen universitario y cuando llegaría la hora del Gran Seminario, con mi facilidad, algunos meses de latín me bastarían.

El P. Juan María concluyó aconsejándome de ir a ver al R. P. Superior, para pedirle la sotana del novicio:

—Os la negará, pero se pondrá contento por vuestro paso.

—Gracias por vuestras buenas intenciones, querido P. Juan María, pero no me gusta coleccionar afrentas.

Lenguaje ináudito en un medio semejante. Afrenta es un vocablo mundano. Aquí había que decir humillación y era necesario buscar humildemente las humillaciones. El maestro de los novicios levantó los brazos al cielo representado por el cielo raso. Y exclamó, con una especie de desesperación:

—Mi pobre Henri, ¿tendrá usted alguna vez el espíritu religioso?

Luego, después de un segundo de indecisión, con el gesto doloroso que arrancaba de su boca las palabras penosamente encontradas:

—¿Se elevará usted siquiera hasta la humildad cristiana?

Me fui, descorazonado, a simular mi rompimiento de piedras y a leer, sin llegar a comprenderla,

la prosa fácil como un bostezo, del historiador Luis Pedro Anquetil.

¡Una alerta! Suda mi frente gracias al manantial. Mi rabia, exagerando las apariencias del celo, hace romper las piedras en fragmentos.

El R. P. Segismundo. Está acompañado. A su derecha, el P. Francisco, profesor de retórica y muy considerado porque el es solo licenciado del establecimiento. A su izquierda, el P. Spiridón, profesor de matemáticas y, si hemos de creer su reputación, admirable ingeniero. Las tres sotanas se acercan al enorme montón de piedras rotas, dan a su alrededor varias vueltas, y Spiridón toma medidas. Luego el trío se pasea al azar, mientras que en una libretita el lápiz de Spiridón hace cálculos sin duda sabios.

El R. P. Segismundo se frota las manos.

—Este es un montón muy grande —dice con alegría—, debe de haber más de la mitad de lo que precisamos.

Pero Spiridón sacude una cabeza burlona y continúa alineando y sobreponiendo cifras. Luego decreta desde lo alto de su ciencia:

—Está usted un poco equivocado, reverendo padre Superior. Hay más o menos un tercio. Un poquito más, tal vez. Si eso debe haceros gran placer diré: las dos quintas partes. Pero yo sería de una gran generosidad...

Cuando los tres hombres hubieron desaparecido, me dejé caer sentado. Si no hubiera fingido que no había escuchado nada, me parece que habría olvidado toda la resignación estoica o religiosa y, entre desesperados gritos, dejado surgir tal vez alguna blasfemia.

Escribí a mis padres una carta en donde les explicaba mi desolación y las causas de mi desolación. Les suplicaba que viniera lo más pronto a llevarme con ellos y a salvarme.

Nuestras cartas, la Santa Regla exigía que las entregásemos abiertas al maestro de los novicios. La discreción no siendo una virtud de los superiores católicos, el Padre Juan María «que es un santo» abría las que eran para nosotros y nos las entregaba en un sobre impudicamente rota. Mi epístola desesperada, bien sabía que la vía jerárquica me la detendría en la primera etapa. No solamente no partiría, sino que que valdría, después de un sermón untuoso del maestro de los novicios, un áspero sermón del R. P. Superior.

Las visitas que me hacía Moutet en la sala de espera eran raras, irregulares y sin advertencia previa. Mi pobre carta desolada estuvo varios días en mi bolsillo. Aunque a veces la planchaba entre las páginas de un libro, cuando vino el mensajero, le di para mis padres un papel singularmente arrugado.

Mi padre y mi madre, compadeciéndose de mi pena, me respondieron con dulzura. Me pedían que tuviera un poco de paciencia. Mi padre vendría pronto y, si obtenía del R. P. Segismundo, que parecía quererme, condiciones bastante benignas para mi pobreza, continuaría mis estudios en Santa Cruz como alumno laico.

La combinación me hubiese llenado de alegría, si no hubiese sabido que era imposible. El P. Juan

María me había entregado sin decir una palabra el papel y el sobre roto. Pero el santo, que yo había visto casi siempre sonriente, tenía, al hacer aquel gesto, un aspecto tan cerrado y erizado como el P. Segismundo cuando estaba enojado. Yo había adivinado demasiado fácilmente la significación de su aspecto severo.

Una hora más tarde, me hacía llamar a su gabinete.

—No he comprendido muy bien —dijo—, la carta del señor vuestro padre y a qué puede ella bien responder.

—Responde a una carta mía que usted no conoce porque usted no la habría dejado partir.

—¡Ah!... ¿Y cómo llega usted a enviar cartas sin que yo lo sepa?

—Es mi secreto.

—¡Vuestro secreto!... Alguien que aspira a la vida religiosa y tiene secretos para sus superiores... Hace treinta años que soy maestro de novicios y nunca he visto un postulante tan malo como usted.

—Desembarácese usted de mí: no deseo otra cosa.

—Vaya al oratorio. Vaya a rezar, hijo mío. Pida a Dios que lo ilumine. Recé hasta que yo os mande llamar de nuevo.

Cuando vino a buscarme, no estaba solo. Segismundo estaba con él, y el reverendo tenía el aspecto, según mi impresión, de una bestia feroz.

El P. Juan María me interrogó primero y en este comienzo de diálogo repitió las cosas dichas antes. Luego el R. P. Segismundo intervino:

—Así —preguntó—, ¿usted aceptaría ser alumno en Santa Cruz?

—Con alegría, si la cosa es posible.

—¿Usted aceptaría esa vergonzosa disminución, usted futuro Padre del Retiro, futuro predicador, de volverse un vulgar laico y un alumno ordinario?...

—Acepto todo si es que se me deja estudiar.

—Sabemos ya desde hace tiempo que usted pone a la ciencia por encima de vuestra salvación. Pero, ¿con qué mirada os verían vuestros antiguos hermanos, novicios y postulantes? ¿Usted consentiría en volverse para ellos la piedra del escándalo y el apóstata que reniega de su vocación?

—Bien veo —dije llorando—, que es mejor que me marche de aquí.

—¿Usted no se remite a la decisión de sus superiores?

Pero yo me retorcí los brazos, gritando:

—Ya no puedo más... Le digo que ya no puedo más... ¿No ve usted pues que ya no puedo más?

—¿Quiere usted hacer el favor de callarse?... Vuestra actitud sería aun deshonrosa también para un secular e iba a decir: para un mismo laico.

Yo me mordí los labios. Hubo un silencio, que me pareció eterno.

En fin el Reverendo, dijo:

—Vuestra partida sería, si no tuviéramos otra alternativa, preferible a la solución que el señor padre de usted, en su ignorancia de la vida religiosa, cree posible. La vergüenza de la cual antes hablaba no caería sobre usted solo, si yo soportase que usted se volviera para nuestros novicios y nuestros postulantes, un ejemplo tan demoníaco.

Yo asumiría una responsabilidad terrible, un peso que no podría aliviar el más largo purgatorio. Pero sería aun bien indigno de la autoridad que Dios me ha dado sobre usted, si me creyese ya reducido a lanzaros hacia los peligros del siglo.

Tuvo una sonrisa que me pareció monstruosa, la sonrisa del vencedor cuando asesina al vencido.

Y me preguntó:

—¿Está usted seguro de que su padre vendrá?

—Sí, puesto que me lo ha escrito.

—Bueno... Pero ocurré que, providencialmente, debo ir yo mañana a Marsella. De paso veré al señor vuestro padre, hablaré con él y no vendrá.

Si hubiese tenido un arma, creo que hubiera asesinado a aquel hombre.

Y concluyó:

—Váyase, pues. Sea siempre el más regular de los postulantes. Y, como usted merece un castigo, el hermano Luis ha sido advertido para que no os entregue ningún libro hasta nueva orden. Si usted sabe ofrecer esta privación a Dios, se podrá esperar aún algo de usted.

Yo salí con un saludo casi correcto. Pero las ideas más locas, más odiosas —odiosas hasta el crimen—, remolineaban en mi pobre cerebro.

Me apacigué afirmándome que mi padre no se dejaría persuadir ni maniobrar. Su conversación con el Segismundo no podría más que demostrarle la urgencia de mi salvación y yo la esperaba para el día siguiente.

La tarde misma de nuestra última conversación, el hermano Luis, obedeciendo aún a órdenes más severas que las que se me habían anunciado; vino a llevarse con él, el volumen de la biblioteca que yo tenía.

Para alimentar mi pobre paciencia titubeante de hambre, interpreté según mi deseo el silencio de Segismundo. Puesto que no me decía nada, es que mi padre vendría pronto a liberarme. De lo contrario, el autoritario reverendo me hubiese pateado con palabras más duras que sus suelas.

Una quincena transcurrió con inquietudes y esperanzas. A veces esperaba a mi padre, como un pájaro recientemente cautivo espera que le abran su jaula. A veces, recordándome de aterradores relatos, me imaginaba horribles subterráneos, malholientes y húmedas celdas en donde se enloquecía, con pesadillas e insomnio, un desgraciado fraile rebelde, en sus lentos años putrefactos. Cuando las leía o las escuchaba recitar, había encontrado absurdas esas trágicas anécdotas; ahora me parecían de más en más verosímiles.

En fin, el R. P. Segismundo me mandó a buscar.

Lo encontré sonriente y como condescendiente.

—El señor vuestro padre ha comprendido —dijo—, que arrancaros a vuestra vocación sería consentir a vuestra eterna perdición. Alégrese porque se queda con nosotros y de no perder, además de vuestra salvación, la envidiable existencia de un gran predicador. Y vea, querido niño, cuánto nosotros lo queremos en los Padres del Retiro. Vuestro caso siendo singular, lo he sometido al Reverendísimo General de la Orden. Su respuesta me ha llegado esta mañana. Es de parecer como también lo soy yo, que es necesario que usted cambie

de aire y que se aleje usted de sus padres. Usted partirá, pues, hacia otro noviciado en el cual os pondréis, en seguida que usted llegue, la sotana y el escapulario del novicio.

Yo ignoraba dónde se encontraba aquel otro noviciado. Tampoco tuve curiosidad por saberlo. Solamente pregunté:

—¿Cuándo parto?

La sonrisa del R. P. se volvió enteramente benevolente. Creía adivinar que yo estaba puerilmente feliz por viajar. O tal vez calculaba que allí no se construirían piscinas al mismo tiempo que en todos los establecimientos de los Hermanos Grises.

—Estamos a sábado —respondió—, y no deseo turbar en vuestra alma la piedad dominical. Hará usted sus maletas el lunes y viajará en el tren del martes por la mañana.

Yo respondí como maquinalmente:

—Haré mis maletas el lunes y viajaré en el tren del martes por la mañana.

También yo sonreía ahora. La sonrisa y el calma valor de las decisiones tomadas.

—Veo que usted está ahora contento, tal vez, demasiado humanamente. Venga, pues, hijo mío, a dar y a recibir el beso de paz.

Al salir de la oficina del Superior, agarré de una clase desierta en aquella hora, la silla del profesor. La escondí en un rincón del patio cerca de las letrinas; luego, armado con un puñado de arena y de grava fina, me puse a vigilar. Mi cara estirada era toda sonrisa y silencio. Conocía las costumbres de mi Segismundo y que por lo tanto no tardaría en llegar. Apareció con una llave en la mano, tomó la dirección que yo sabía y abrió el compartimento que le estaba reservado. Se había encerrado apenas, cuando deslicé la silla sin ruido y, con los oídos atentos, escuché. Pronto, me subí encima de la silla. Por la pequeña abertura recordada en la madera, mi sonora risa burlona llamó la atención a un hombre ya muy ocupado. Encima de su sorpresa lancé arena y grava. Evité a la boca que se abría asombrada y a la cara. A los pliegues de su sotana levantada lancé mis proyectiles sin violencia, con el fin de ensuciar y despreciar, pero no de herir. Me salvé rápidamente, pues, nada es tan temible como los primeros movimientos de la santa colera de los hombres que, corrientemente, violentan demasiado a la naturaleza. Hay que huir de la explosión y darle tiempo al infeliz para que se apacigüe con rezos y vuelva a tomar su equilibrio.

Me escondí durante una hora o dos detrás de unos árboles poco frecuentados, situados en lo alto de San Eutropo. Un canto discreto y contento gargarizaba en mi garganta: «Haré mis maletas el lunes y viajaré en el tren del martes por la mañana... Haré mis maletas el lunes y viajaré en el tren del martes por la mañana».

En fin, sabiendo bien que, salvo en la sorpresa del furor, el Segismundo sólo era brutal en las palabras, quise reunirme con la comunidad en la capilla en donde la arrodillaba ya no me acuerdo que oficio. Tranquilizado por la santidad del lugar y por la santidad de la ocupación, temblaba sin embargo un poco pensando que el reverendo me

esperaba. ¡Qué alivio! Era el solo P. Juan María quien estaba de centinela en la puerta. Cuando me vio, se acercó y me dijo:

—Desgraciado niño, ¿está usted poseído por el diablo?...

Ebrio por lo que había hecho, por lo que temía y por lo que esperaba, respondí sin demasiado saber:

—De dos demonios, P. Juan María, del demonio del estudio y del demonio de la libertad.

El maestro de los novicios me miró con estupor. Rechazó, sin duda, reproches demasiado inútiles y demasiado insuficientes. Se contentó con decir los hechos:

—El reverendo padre Segismundo desea no volver a ver. No volverá a San Eutropo antes del martes por la tarde. Usted hará sus maletas el lunes y viajará en el tren del martes por la mañana para ir de nuevo con su familia a la cual el reverendo padre Superior escribe en este momento.

—¿Por qué no dejarme marchar mañana? Mis maletas estarían pronto hechas.

Me pareció que el maestro de los novicios tenía un acento casi doloroso para decir:

—¿Tanta prisa tiene usted por dejarnos, hijo mío?... ¿Es qué acaso no he sido yo bien bueno con usted?...

—Muy bueno, P. Juan María, y os pido perdón por este mal movimiento.

El miraba, con la sonrisa vuelta a sus labios benevolentes, dos lágrimas que resbalaban de mis ojos. Fui yo o fue tal vez él mismo quien prosiguió:

—No nos enternezcamos. Seamos razonables. Lo que está hecho, hecho está. Lo que no tiene remedio, está sin remedio. Llevemos con resignación los resultados de nuestros actos y ofrezcamos nuestras penas a Dios.

Luego, explicó:

—Usted pregunta, ¿por qué no se va usted ma-

ñana? Para evitar un escándalo. He informado a la comunidad hace unas horas, que usted nos deja el martes y se va al noviciado de París. No desengañemos a nuestros hermanos. Ni mintamos tampoco. No hablemos de estas cosas. Dejemos a los novicios y a los postulantes con la piadosa verdad de esta mañana. Prométame usted su silencio hasta que se marche.

Al otro día, me esperaba una sorpresa. Agitado con demasiados pensamientos para estar presente de otro modo que con el cuerpo en los ejercicios, creí no haber entendido el tema para la meditación.

Me sobresalté, pues el maestro de los novicios decía:

—Henri, que nos deja por orden de los superiores, va a edificarnos una vez más pronunciando la meditación.

Un esfuerzo de voluntad resucitó en mí a las palabras muertas. Y comencé sin titubear.

Desde que me callé, el buen P. Juan María, siempre feliz cuando podía elogiar, declaró:

—He aquí una de las más bellas meditaciones escuchadas en mi larga vida religiosa. Henri, procure que su conducta sea siempre perfecta como acaban de serlo vuestras palabras.

En el recreo, fui rodeado. Varios me felicitaron, a manera de anticipo, por mi ida a París. Yo respondía, cual perfecto religioso, que iba dócil como un cadáver, manejable como un bastón, allí donde me enviaban, donde me proyectaban los Superiores, esos infalibles intérpretes de las voluntades divinas. Otros me repetían lo que creían saber del maestro de los novicios y del reverendo padre Superior de París. Yo fingía escucharles con el mayor interés. Y aun, deslumbrado con una gran risa interior, les hacía preguntas.

HAN RYNER

(Continuará.)



POETAS DE AYER Y DE HOY

A M A N E R A D E C R U Z

La vi cuando sus ojos perdieron la mirada;
se apagaron sus luces;
se desplomó el espacio;
se hundieron sus pupilas
tras el velo rasgado de los párpados.

En su boca de ronca pitonisa
se extinguieron las voces;
los fariseos de falsas democracias
se mofaron, oyendo sus oráculos.
Pero se cumplieron todos.

Se cumplió la vesania del fascismo;
la delación entre hermanos;
invasiones, incendios, campos de la muerte;
jóvenes amasculados;
amasijo de vísceras y dientes,
fémures y cráneos;
genocidio, torturas, hornos crematorios;
cadáveres, a millones,
de mujeres y niños calcinados...
¡Interminable rosario de esqueletos...!

(Y el mundo sigue, sigue, como siempre...
arrastrándose, aullando de rodillas,
crismándose contra el suelo,
ante el becerro de oro.)

Las que, en los tiempos felices,
pasaban por hermanas
cuando llegó la noche de los vándalos.
Y se alejaron corriendo,
como asustadas al fulgor increíble
de su primer relámpago.
la negaron tres veces,

Y en la sombra los viejos mercaderes
se reúnen y cuentan la moneda,
como aquéllos del templo.
Pero nadie les escupe
y los arroja afuera a latigazos,
como a vagabundos perros.

Y los Caifás exultan;
los Pilatos festejan;
los Herodes celebran el banquete
de un millón de calaveras...

Y manos episcopales,
con el sortijón enorme,
que deslumbra los ojos,
dan bendiciones a derecha e izquierda,
repartiéndolas bien, acompasadamente
y con sacrosanta unción,
para que el «tam-tam» prosiga;
para que dure *in sempiterna saécula*,
hasta la consumación de los siglos...

Con la mordaza a la boca
y la cadena al cuello,
la proclamaron libre;
y en su frente, coronada
con las espinas del hambre y el sarcasmo,
le clavaron el INRI.

Y aún está suspendida en la picota,
bajo un cielo de grajos, que ennegrecen la luz;
sobre un campo enlutado como inmenso ataúd;
y un puñal en el pecho, a manera de cruz.

¡A manera de cruz!

Luis BAZAL

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

Abanico de Lady (el), Wilde	4,00	La demagogia de los hechos	9,00
A caballo del Ande, Samblancat	0,50	El derecho a la pereza, Lafargue	2,50
Actas del Pleno de FF. LL. de la Regional número 2 (diciembre 1945)	1,50	Degüello de inocentes	3,50
Adela y Matilde, C. D.	2,00	Dictámenes del II Congreso del M. L.	1,00
Aiducs (los), Istrati	2,00	Diccionario de sinónimos	5,00
Album de Monros	10,00	» enciclopédico ilustrado	13,00
Alma y amor	3,00	» Parvus - Duplex	3,50
Alma de los lirios	4,00	» Práctico Brevis	3,00
Albores de libertad, Relgis	3,00	» de parónimos	3,00
Alejandro Korn, filósofo de la libertad	1,80	» novísimo	1,50
Amargura de la Patagonia (la), Dario	7,50	» Fr.-Esp. y Esp.-Fr.	9,10
Amalia, Marmol	3,00	13 años en Rusia, Monclús	8,65
Amante de Lady Chaterley, Lawrance	3,00	Diario de la guerra de España, Kolstov	33,00
Amor e ironía, Ytang	7,00	Discurso a la enciclopedia	8,00
Amor y el Señor Lewis (el), Wells	3,00	Domingo blanco	5,00
Amor de cada uno (el), Mata	2,50	Las doctrinas de Amegino	5,00
Amor y pedagogía, Unamuno	4,50	Doña Luz	4,50
Amor sin mañana, Montseny	0,50	Doce pruebas de la inexistencia de Dios	2,00
Amor y el matrimonio (el), Carmichael	2,50	Don Quijote	5,50
Anarcosindicalismo en el Perú	1,50	Don Quijote de Alcalá, Fuyol	2,00
Anarquía ante los tribunales, Gori	1,00	Don Juan Tenorio	2,00
Anarquía al alcance de todos, Urales	0,50	Durruti, Ascaso y la revolución de Julio	0,50
Antología de pensamientos, G. Prada	1,50	El dueño del mundo, Verne	2,00
Antología libertaria	2,00	La Doncella, Voltaire	2,00
Anselmo Lorenzo, Montseny	0,50	La educación, Guyau	6,00
Angeles negros, Mauriac	5,00	Educación e instrucción	6,00
Ancho camino	8,40	Elementos de psicología	6,00
Año tras año, A. López	15,00	Las embajadas	9,50
Apoyo mutuo, Kropotkin	3,00	El embrujo de Sevilla, Reyes	4,00
Aparecido (el), Alaiz	0,50	Las enfermedades, su origen y su curación	0,50
Arte de escribir sin arte, Alaiz	0,50	Entre dos mundos	8,50
Arte accesible, Alaiz	0,50	En familia	3,50
Así cayeron los dados, Botella	8,24	Ensayo y autobiografía de Pasternak	5,00
Ascaso y Durruti	0,50	En el país de los Kibutzs	10,00
Aspectos de la América actual	2,00	Encrucijadas, Botella	8,24
Asociación Internacional de los Trabajadores, J. Guillaume	1,50	Entre campesinos, Malatesta	1,50
Atlántida (la), Benoit	2,50	La Eneida, Virgilio	6,00
Atala-Rene	5,00	Encadenamiento de las ideas	6,00
Aurora espléndida, London	3,50	En marcha, Roosevelt	3,00
Autobiografía, de Pasternak	5,00	Entre la revolución y las trincheras, Berneri	0,50
Avaro (el), Molière	2,50	La erótica en el matrimonio	2,50
Azaña, Alaiz	0,50	España en la ruta por su libertad	2,00
Dafnis y Cloe	4,00	España 1963	1,00
La damita de casa	6,00	Estado, patria y nación	6,00
Las danzas de Raftay	6,00	Estudios literarios, Mauriac	8,00
Dantón, por Belloc	6,00	Estebanillo González	5,00
Debate imaginario entre Marx y Bakunin	1,00	Estudios filosóficos, Schopenhauer	2,00
Democracia cooperativa	10,00	Escarceos sobre Caina, V. García	10,50
Descubrimiento de la radioactividad	5,00	España hoy	15,00
El desierto del amor	5,00	Escenas de la vida bohemia	2,00
Dé sus lisés y de sus rosas	3,50	La esclavitud moderna	2,00
Desde el fondo de la tierra	5,00	El estuche de nacar	2,00
Descartes, por Fouillé	6,00	Estampas del exilio en América, Feirats	1,50
Depreciaciones de archivo y amortizaciones	2,00	Estado y anarcosindicalismo	1,50
Del sentir y del pensar	3,00	Ética, Kropotkin	3,00
La Debacle, Zola	4,00	Eva futura, de l'Isle d'Adam	2,00
Los deseos de Juan Servén, A. France	2,00	Evasión de Mansfiel	5,00
Las desencantadas, Loti	2,00	El éxodo, Nervo	2,00
		Los extranjeros en la isla	2,00
		El exceso de población y el problema sexual	1,20

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)

CIENTIIT

sociología
ciencia — literatura



Editorial. — **Abarrátegui**.
XXV años de paz. — **Fon-
taura**: Pedagogía y anar-
quismo. — **Ramón Liarte**:
Un balance desastroso. —
Dionysios: Strindberg. —
Pedro Vallina: La dignidad
humana. — **Cosme Paules**:
Tres píldoras revolu-
cionarias. — **Muñoz Congost**: II
conferencia en Casablanca.
— **Floreál Ocaña**: De Una-
muno a Benavente. — **Mar-
cel Prevost**: Luisita. — **Han
Ryner**: Colgando los hábi-
tos (folletón). — **Bernardo
Pou**: El colectivismo en la
revolución española. — **Juan
de Iberia**: Perfil y concien-
cia de un pueblo.

160

SEPTIEMBRE · OCTUBRE 1964

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.

4P5523



NUESTRA PORTADA

PROPAGADORES de odio y sembradores de violencias. Por donde pasa la ferocidad totalitaria, el absolutismo cesarista, la ley del más fuerte, no crece la hierba, ni se propaga el amor. La tierra, en poder de los Estados avasalladores, no ofrece más que montones de cadáveres. ¡Tumbas..., siempre tumbas! un horizonte de terror, de odio desalmado, de brutalidades sin nombre, es la estela de dolor que deja tras de sí el jinete de la muerte, el dios de la guerra y la venganza. ¡Un dios desprovisto de corazón y de ternura!...

Monrós, artista y soñador de inmensidades, es un revolucionario. ¡Que no hay arte sin rebeldía ni rebeldía sin conciencia! Y esa rebeldía consciente, hecha pueblo y humanidad, forma parte de la obra maestra del artista infatigable que sabe poner de relieve, con líneas puras y trazos vigorosos, el valor inagotable y caudaloso de un pueblo unido en la lucha por su libertad y su dignidad.

Mientras no abramos el vientre a la bestia absolutista; mientras no sepamos extirpar el cáncer autoritario en sus negras entrañas, las fuerzas del mal seguirán cabalgando a horcajadas de la inconsciencia y la estupidez humanas. Sólo la acción común, unidas las manos y la conciencia en la lucha por el bien, nos hará ganar la gran victoria social, que es el triunfo de los justos y los mejores.

Tal es el mensaje del artista, y del Hombre, siempre el hombre, que nos llama a la lucha por la salvación de los valores humanos en esta hora de prueba, que, debe ser decisiva, para la gran batalla que estamos librando los hombres libres contra las potencias negativas del absolutismo moderno.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

COLABORADORES

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Héctor R. Schujman, Dr. Pedro Vallina, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, René Lamberet, A. Proudhommeaux.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	10,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable tienen cabida en estas columnas.)



GENIIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIV

Toulouse, Sept.-Octubre 1964

Nº 160

EDITORIAL

Surcos libertarios

SE lucha, se trabaja y se vive para algo más que para vegetar. La verdadera vida no consiste solamente en aumentar riqueza, para almacenar ciencia y sabiduría. No hay nada experimental y, por lo tanto, humano, que merezca ser elevado a la categoría de dogma. Sin las leyes evolutivas de la perfección, el mundo sería inhabitable. La sociedad tiene necesidad de energías más generosas. Sin orden entre lo económico y lo moral poca cosa sería la vida del hombre.

Contra la costumbre gregaria y sin trascendencia, se impone el esfuerzo consciente de la razón hacia la libertad del pensamiento. En todo momento importa reencontrar al hombre, considerarlo como la base maestra de la organización económica y social de la existencia.

La vida es una lucha sin fin. Eterno recomenzar. Búsqueda renovada. Transformación y reconstrucción que necesitan de la virtud de la generosidad para lograr escalar cimas más elevadas. Interesa combatir el error y hacer agradable y venturosa la vida del hombre. No todo es, pues, equilibrio de riquezas ni acumulación de intereses. Necesario es llegar a una síntesis generosa, noble, que sea capaz de armonizar los aspectos colectivos para fijar un destino superior.

La ciencia debe marchar unida a la moral. Ninguna creación técnica, por importante que ésta sea, debe alejarse de la ética. ¿Qué sería de la ciencia sin un principio superior que la regule y la ponga al servicio del interés común de todos?

Luchando por mejorarse, el hombre adquiere personalidad. Hoy, es algo más que una simple pieza en el engranaje infinito de la naturaleza. Tiene conocimiento de su valor social y quiere forjar su propio destino. Y no hay destino más alto que el goce de la libertad en la recíproca aplicación de la justicia social.

Nosotros somos el socialismo de la libertad. No es el nuestro un socialismo de partido con progra-

ma único para todos los tiempos. Nuestra interpretación socialista libertaria de la vida nos incita a trabajar, más cada día, por el descubrimiento de todos los valores morales e intelectuales, para propiciar el gran Renacimiento del hombre. Por esto somos, en una palabra, anarquistas.

Y, somos anarquistas, no porque creamos en un porvenir hipotético, milenario, en donde las condiciones sociales «serán absolutamente perfectas», ya que la perfección total no existe sobre la tierra, sino porque creemos en las leyes creadoras de la evolución que no se agotan jamás; y, porque entendemos que las posibilidades de la vida orgánico-social son cada día más fecundas para servir a la causa de la emancipación humana. La lucha por una mayor perfección, por una sociedad mejor organizada y más generosa, es el contenido esencial del socialismo libertario. Y este progreso puede realizarse cada día, mientras existan hombres alentados de buenos propósitos que no estén dispuestos a aceptar la imposición y la esclavitud de los menos contra los más, o de los más contra los menos.

Nunca más que ahora hemos estado más persuadidos de la exactitud interior de nuestras concepciones ideológicas. Cuando un nuevo pragmatismo brutal trata de talar las ramas del árbol social, imponiendo el absolutismo del pensamiento, nosotros volvemos a repetir que el hombre no puede ni debe renunciar a su libertad ni a su personalidad.

La técnica, o en definitiva, la ciencia, puede ser la gran redentora del hombre de nuestros días; pero a condición de que sepamos colocar el trabajo en el centro de todas las decisiones de la vida, para que el esfuerzo de todos sirva al interés solidario de todos. Sólo así podremos hacer socialismo verdadero con auténtica libertad humana e igualdad social.

LA REDACCION

XXV años de paz

¡Veinticinco años, ay, de efemeridades amargas,
con puntales de cuchillos
sobre el silencio blanqueado de los sepulcros!
¿Dónde están mis veinticinco mil suspiros de olvi-
[dos disimulados?

con barruntos de nostalgia?
Veinticinco victorias de yugos lacerantes
para millones de corazones maniatados
sin posibles escapadas.
Veinticinco años que pesan sobre las mentes som-
[brias,

las mentes reducidas, las mentes cabizbajas,
sobre el vientre
y los testículos del alma...
¡Veinticinco noches sordas!
¡Veinticinco noches largas!
Veinticinco años multiplicados por más de veinti-
[cinco millones de miradas
que estuvieron veinticinco años esperando
sin saber qué es esperanza!

¡Ay, fragmento de mi siglo avergonzado!
¡Ay, dolor de estar en los límites del hombre
con esta flor marchitada!

¡Veinticinco años ya que durará esto!
¡Este aguardar con las manos rotas
un destello de cierta luz, de ciertas libertades,
de un incierto mañana!
¡Este pasar sigilosamente, descorazonadamente,
bajo el arco de la inmensa impostura de una patria
que llora soledades en el quicio de una puerta,
abierta solamente al desliz aventurero
de un desbaratacamas!

Fenecieron muchas cosas, muchos nombres,
muchas sonrisas concebidas en ilusiones templadas
al calor de hogares donde el panque prevalecía
era el pan del amor
por las nobles aspiraciones de conciencias liber-
[tadas.

Se extinguió el júbilo de los balcones
donde las primaveras sin sangre se esperaban,
y no germinaron nunca más los pensamientos
comprendidos en una suprema concepción de pa-
[labras.

Feneció la luz transida
de obtusas sinrazones y sombras aletargadas,
y quedan veinticinco años inmolados
ante el altar de sangre y oropeles
de unos dioses que cambian sus camisas
ante cualquier amenaza.

Veinticinco años de paz sombría
por campos achicharrados bajo el sol de trigales,
por lomas donde los olivos
maduran el fruto que no hará más cortas las dis-
Paz de paloma herida, [tancias.
Paz engarrotada,
paz de maniquí, de lagarto, de mausoleo,
de pozo seco, de polvo sobre la espada;
paz sin lengua, sin vértebras, sin vuelos, sin pi-
[sadas...

Veinticinco veces trescientos sesenta y cinco cres-
[púsculos atosigados

de beatísimas campanas.
¡Veinticinco, sí; veinticinco veces millares de R.I.P.
sin más coronas que el alba!
Pero, ¿están los muertos en paz?
¿En paz están las piedras bajo el agua?
¿Hay paz donde el pie del terror
impone su miserabilísima pisada?

¡Pues veinticinco años de yerma paz cartuja
ya vive, si a eso vivir puede decirse,
esa tierra, ese pueblo, ese corazón partido de Es-
paña!

ABARRATEGUI

¿Destino?

*Los primeros comprenden con sus huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
Sabén que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.*

GARCIA LORCA

Pedagogía y anarquismo

La verdad adelgaza, pero no quiebra.

Cervantes.

HEMOS dicho y repetido que amar un ideal, y en nuestro caso nos referimos concretamente al anarquismo, no ha de impedir, por supuesto, el poseer un espíritu crítico susceptible de notar lo que en él haya de bueno, con valor permanente, y aquello que, por el contrario, resulte inadecuado dadas las constantes variaciones del vivir. Apreciar méritos y deficiencias en aquello que se tiene en singular estima es tanto como rechazar todo sectarismo, apartarse de la anquilosis dogmática.

Se pretende llevar a cabo, en la escala internacional, una revisión de lo que suponen, ante las realidades del mundo actual, las ideas anarquistas en sus diversas facetas; ver lo que cabe pensar del anarquismo en tanto que movimiento social. Vale decir que, en mayor o menor grado, siempre se ha buscado, por los propios interesados, examinar el valor de las apreciaciones expuestas. Mas, en el curso del último medio siglo han surgido en el mundo acontecimientos de una tal envergadura que diríase han llegado incluso a trastornar lo que denominaba Nietzsche «tabla de valores»: la epidemia de las guerras de alcance mundial de los exarcebados nacionalismos, del fascismo, del comunismo, de las terribles represiones, aniquilando centenares de miles de seres humanos; persecuciones y miseria. Han aparecido transformaciones en la economía de los pueblos. Se han presentado un conjunto de factores, de una y de otra naturaleza, que han determinado un cierto colapso en lo concerniente al movimiento anarquista internacional. Reconocer esta realidad puede ser punto inicial para tratar de superar un estado de cosas deficiente.

Anarquistas somos y por el anarquismo bregamos. Que el adversario de hoy y de ayer trate de combatirnos con todos los medios a su alcance es cosa comprensible. Que por parte del adversario se haya extendido muchas veces nuestra **esquela de defunción** nada tiene de particular. Al fin y a la postre vamos a la recíproca: ¡las veces que se ha vaticinado el fin del sistema capitalista! Pero en nosotros, evidentemente, ha habido y hay un fundamento de ética aconsejable para atacar al sistema capitalista y considerar que está llamado a hundirse por sus propios vicios de origen. Nuestros enemigos, por supuesto, no están en el mismo caso al atacarnos. ¿Qué lealtad, qué principios morales pueden esgrimir los que viven de la explotación humana y de la humana opresión? De ahí la conveniencia de no dejarnos influir por la habilitada crítica del enemigo. Serenamente, interesa ver lo que somos y hasta dónde podemos llegar.

Uno de los matices que, a mi entender, conviene examinar es la relación que puede haber entre el



anarquismo y la función pedagógica. Tal vez seamos los libertarios que en España hemos actuado quienes mayormente nos hemos ocupado de ello. Poco es lo que se ha hecho en otras partes en este sentido por parte de los compañeros en general. En Francia, en cuanto a enseñanza racionalista, tuvo un cierto ascendiente la labor que realizaba Sebastián Faure en «La Ruche». Se iniciaron también, particularmente en París, cursos nocturnos para adultos. Mas todo aquello pasó. Nada, o casi nada, se hace ahora. No tengo noticia de que al respecto se realice en cuantos países hay más o menos actividad libertaria, nada que afecte a la educación de carácter racionalista.

Con más o menos deficiencias, hubo en España acentuada predisposición en fundar escuelas racionalistas. En muchos sindicatos se tenía un local habilitado para escuela. A ella acudían hijos e hijas de los afiliados, incluso de bastantes que no pertenecían a la Organización propiamente dicha. Surgían etapas de represión, se cerraban escuelas; pero tan pronto como las circunstancias cambiaban algo, de nuevo nuestras escuelas entraban en función. En la etapa revolucionaria de 1936 la obra pedagógica no se echó en olvido. Se consideró que era una necesidad, y pese a que se atravesaba un período de excepción, funcionaron escuelas racionalistas acá y acullá. Se trató incluso de estudiar a fondo el problema de la Enseñanza, buscando constituir un núcleo de elementos preparados para ello. Algo que, sin la rigidez y el aire oficial y convencional de una Normal de Maestros, fuera susceptible, mediante pruebas de aptitud a base de cursillos apropiados, de preparar, dentro de nuestro ambiente de afinidad, maestras y maestros liberados de las perniciosas influencias de la Escuela oficial.

Han pasado los años, y ya sabemos lo que ha quedado de todo ello. Y, si al margen del ambiente libertario hispano, atalayamos el **panorama** anarquista internacional: ¿cuál será la impresión que recibiremos en torno a este particular? Simplemente, la negligencia que ha habido y hay respecto a la enseñanza racionalista. Esta es la verdad.

Es frecuente en nuestras publicaciones, cuando los meses del año han ido desfilando hasta llegar a octubre, recordar que fue en este mes, y en el año 1909, cuando allá en los fosos del «castillo maldito», en los fosos de Montjuich, fue fusilado Francisco Ferrer Guardia. Se trata de un nombre y de un hecho que cualquier libertario, de uno o de otro país, lo da por conocido. Entra en el recordatorio; considerado como uno de los mártires del Ideal. Pero, por parte de los compañeros de acá o de acullá, ¿se ha meditado a fondo respecto a las intenciones que indujeron a Ferrer Guardia a fundar la Escuela Moderna? Posiblemente sea más lo que se ha hablado de Ferrer en tanto que víctima de la reacción clérigo-militar, o estatal, en tanto que mártir de las ideas, que busca el desmenuzar concienzudamente el contenido de tales ideas, su eficiencia, lo que han coadyuvado a crear un estado mental, la formación libertaria de muchos compañeros. No se ha llevado a efecto, con seriedad, aparte de España, un detenido estudio en torno a la educación racionalista con miras a difundirla en aquellos países donde se cuenta con elementos libertarios, creando, en mayor o menor cantidad, según posibilidades, escuelas diurnas para párvulos, así como nocturnas para adultos. Naturalmente, realizadas las tareas pedagógicas por los elementos afines que para ellas tuvieran particular predisposición.

No basta, en la materia que nos ocupa, abordar el tema de refilón, sin ahondar en la entraña del mismo. No basta establecer unas sumarias conclusiones, darles aquiescencia y luego dejarlas archivadas en el rincón del olvido. Un tal proceder, característico en el movimiento anarquista internacional, no nos quepa duda, ha motivado la tremenda deficiencia que notamos en orden a militantes preparados, así como en lo que concierne a tener en nuestro ambiente rico caudal de elementos jóvenes. De haber hecho cuerpo en la mente de los compañeros de diversos países la necesidad de implantar escuelas racionalistas, hoy no tendría nada de particular comprobar que en Francia, en Italia, en Suecia, en el Uruguay, en la Argentina, en el Japón o en otras partes donde residen elementos que aman las ideas anarquistas, existirían, en más o menos extensión e importancia, núcleos fomentando la enseñanza relaciona- lista.

Era en el mes de mayo de 1905, Ferrer Guardia se hallaba preso en la Cárcel Modelo de Madrid. Allí escribió un breve artículo que titulaba: «Un programa de acción». Vale la pena de reproducir unos párrafos, ya que sintetizan, de un modo claro y concluyente, lo que para nosotros, los anarquistas ha tenido y puede tener de importancia la enseñanza racionalista. He ahí lo que escribía Ferrer:

«Si la clase trabajadora se librara del prejuicio religioso y conservara el de la propiedad, tal cual existe hoy; si los obreros creyeran cierta la profecía que afirma que siempre habrá pobres y ricos; si la enseñanza racionalista se limitara a difundir conocimientos higiénicos y científicos, y preparase sólo buenos aprendices, buenos dependientes, buenos empleados y buenos trabajadores de todos los oficios, podríamos muy bien vivir entre estos más o menos sanos y robustos, según el escaso alimento que suelen permitir los menguados salarios, pero no dejaríamos de hallarnos entre esclavos del capital.

» La Escuela Moderna pretende combatir cuantos prejuicios dificulten la emancipación total del individuo. Para ello adopta el racionalismo humanitario, que consiste en inculcar a la infancia el afán de conocer el origen de todas las injusticias sociales para que, con su reconocimiento, pueda luego combatir las y oponerse a ellas.

» La enseñanza racionalista y científica de la Escuela Moderna ha de abarcar, como se ve, el estudio de cuanto sea favorable a la libertad del individuo y a la armonía de la colectividad mediante un régimen de paz, amor y bienestar para todos, sin distinción de clases ni sexo.»

Pretende Ferrer que en la Escuela Moderna hubieran alumnos, no solamente hijos de trabajadores, sino de quienes, sin serlo, poseyeran sentimientos liberales. Tenía la intuición, y este fue uno de sus principales méritos, de que, quienes sin hallarse sometidos al yugo del trabajo manual, abrazaran el ideario anarquista, lo considerarían en mayor estima que los rebeldes a causa del peso de la cotidiana explotación. Opinión confirmada bastante tiempo después por diversos compañeros, particularmente por Voline, en su obra «La Revolución desconocida», al hablarnos de los «deseñados», y de cuantos, sin ser obreros, hicieron brotar fulgores revolucionarios en la Rusia de los zares.

De las líneas transcritas, particularmente a nosotros, los refugiados españoles, nos afecta lo que Ferrer quería significar al manifestar que contar con buenos empleados, buenos trabajadores en todos los oficios; más o menos robustos, poca cosa adelanta si ellos son esclavos del capital. Tenemos por ahí no pocos hijos de exiliados que han conseguido buenos empleos; que han alcanzado bien remuneradas plazas por sus adelantados conocimientos profesionales. Hay técnicos en diversas materias: químicos, ingenieros, arquitectos, etc., que se rozan, que tienen diario contacto con los jefes de importantes Empresas industriales. Pero, ¿qué orgullo puede tener un idealista por el hecho de que un hijo o hija haya conseguido una situación privilegiada en el orden material, o económico, si el tal hijo o hija se desentiende de las ideas sociales de los padres? Si al ser expertos en una materia determinada hace que perciban un crecido sueldo y ello les origina la embriaguez del aburguesamiento, ¿en qué se diferencian de aquellos que, por acción, o por omisión, contribuyen al sostenimiento del vigente y arbitrario sistema social? A tal efecto, hallo muy adecuada la expresión de

Saint-Exupéry: «Ser testigo de la injusticia, ser testigo de la arbitrariedad y no ayudar en nada a combatirla, es cobardía y complicidad.»

Lo que en apoyo de la enseñanza han manifestado conocidos propagadores del ideario ácrata no ha perdido su valor, máxime si tenemos en cuenta los estragos que producen en la juventud actual la cinematografía; a base de continuas exhibiciones de descabelladas aventuras de gangsterismo, de golfería y parasitismo social, de cínicas aberraciones sexuales; acompañado todo ello de una infección de novelas policíacas, o de una dulzona cursilería sentimentaloides. ¿Vamos a decir que el anarquismo hace todo cuanto cabría hacer ante esa oleada de depravación moral y física? No, no se realiza lo que se podría hacer poniendo el mayor empeño en ello. Sabemos que el ambiente burgués en que nos desenvolvemos es poderoso; que abarca considerable influencia pero, en mayor o menor grado, algo conseguiríamos de poner manos a la obra de un modo animoso.

En el diario de París, «Le Monde», correspondiente al 4 del pasado mes de agosto, su correspondiente en Estrasburgo daba una referencia del comicio que allí celebraron veintiocho mil afiliados a Juventud Obrera Católica, que llegaron a la ciudad procedentes de quince países europeos. En uno de nuestros periódicos sudamericanos, «Voluntad», de Montevideo, correspondiente al pasado mes de abril, el compañero Cosme Paules hizo referencia al Congreso Latinoamericano de Juventudes, que tuvo lugar en Santiago de Chile. Las justas apreciaciones del compañero aludido, fustigando la falta de madurez mental y el bajo espíritu de seguidores de los jóvenes en cuestión no desmiente el hecho en sí de que haya habido notable afluencia de gente moza; como la hubo igualmente, defendiendo otro criterio, tan endeble, en suma, como el de los de América, en la mencionada concentración de Estrasburgo. ¿Acaso si internacionalmente se hubiera intensificado una apropiada actividad proselitista —complemento de la enseñanza racionalista en la infancia— en el ambiente juvenil no tendríamos también abundante muchachada decidida y con capacidad, fogosos defensores de nuestro ideal? Si cuentan los católicos, los comunistas, los fascistas, y otros «istas», con abundante gente joven, ¿por qué regla de tres no ha de poder contar el anarquismo mundial con abundante savia juvenil?

En favor de la enseñanza racionalista se pueden aducir sólidos argumentos, aportados por aquellos que mayormente han contribuido, en los albores de ella, poniendo en la obra el mayor cariño e inteligencia. Aparte la copiosa labor escrita que nos dejó Francisco Ferrer, en las páginas del «Boletín de la Escuela Moderna», son conocidos los opúsculos y conferencias de Sebastián Faure, del doctor Marc Pierrot, de Pedro Gori, del profesor Paul Gille y de Eliseo Reclus, entre otros. Recordando a los más directos colaboradores de Ferrer, hay que citar, en primer lugar, a Anselmo Lorenzo, incansable, prodigándose en el noble empeño de contribuir a formar una juventud sana de cuerpo y de inteligencia. También sobresalió, con su voluntad tenaz

y sus amplios conocimientos, la compañera Clemencia Jaquinet. La lista de aquellos que mostraron decidido empeño de apostolado en la enseñanza racionalista es extensa. Podríamos hablar de la compañera Soledad Gustavo, de Enrique Lluria, de Cristóbal Litrán, ¡de tantos y tantos!

Por el valioso contenido psicológico que contienen en lo que compete a la enseñanza, y por ser muy poco conocidas ya no solamente de nuestros jóvenes sino incluso de los veteranos, transcribo unas apreciaciones de Max Nettelau. En 1926, el Grupo «Los Iconoclastas», de Stenbenville (Estados Unidos), planteó una encuesta internacional. Uno de los temas era el siguiente: «¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos, lo antes posible, su emancipación. «He ahí algunas de las ideas de Nettelau en torno al tema citado:

«Actualmente un niño, organismo tan abierto y receptivo para todas las impresiones, acumula buenas y malas impresiones con una velocidad y una intensidad que es imposible controlar... Ve y oye tantas tonterías, crueldades, brutalidades, en su ambiente o en el de sus vecinos, como en la escuela oficial. Luego, por los periódicos, el cine, el rumor público, que si sus padres no pueden darle bastantes buenas impresiones, el niño se convierte en un producto incoloro, inferior, propio para el sistema actual. Justamente ese que los capitalistas necesitan para hacer de él un obrero que no piense, un funcionario que obedezca, un soldado que mate. En una palabra: un instrumento del trabajo subyugado...»

«Por lo tanto, es preciso que los padres contrarresten ese envilecimiento sistemático de los niños, ante todo por la bondad y la inteligencia, mostrándoles lo que es socialmente bueno, lo que es individualmente recto y equitativo; lo que tiene un verdadero valor moral y lo que es rutina, prejuicio, moda pasajera, trivial pérdida de tiempo. Los padres sabrán hacer al hijo solidario con la naturaleza, las plantas, los animales. Ellos han de buscar ocasión para despertar el sentimiento de la belleza y destruir las inclinaciones de crueldad, de dominación, de derecho exclusivo de propiedad, que los niños ejercen a menudo contra los animales más débiles que ellos.»

«Se dice que muchos padres no poseen tales conocimientos y facultades. Es bien lamentable, pero, en muchos casos nada les impide adquirirlos aún, en más o menos amplitud. Al imbécil que dice: «Yo no sé eso y mi hijo no tiene necesidad de saberlo», oponemos los padres —y los hay— que aprenden ellos mismos, aunque sea a hurtadillas, para permanecer en estado de ayudar a sus hijos. Todo ello puede ser secundado por las escuelas libres, escuelas Ferrer, escuelas modernas... Nosotros tenemos necesidad de una juventud bien instruída que sepa destruir la mentira convencional y oficial que le rodeará por todas partes en la vida de esta triste sociedad moderna.»

Cabe ahora puntualizar que el objetivo principal de este trabajo consiste en poner de manifiesto lo que considero una necesidad dentro del conjunto de actividades que competen al movimiento anar-

quista internacional, si es que en verdad se le quiere sacar del atasco en que se halla, y del cual nos alcanza la responsabilidad a los libertarios. Importa tomar conciencia de la necesidad de atender a la infancia por medio de la enseñanza primaria. Interesa igualmente no olvidar los cursos nocturnos para adultos. El orillar dificultades, estudiar métodos y circunstancias, tendría que ser empresa, evidentemente, de los interesados de éste o del otro país.

La Escuela Moderna, creada por Ferrer, estaba por así decir en sus albores cuando tuvo que habérselas con el fuego cruzado de crítica fanática y represión obstinada por parte de la Iglesia y el Estado. No tuvo la posibilidad de ensayar en un ambiente de calma las formas más adecuadas. Quien haya puesto cariño y afanes de superación en las tareas escolares habrá podido comprobar las lagunas que ofrecen los textos y los métodos que en sus orígenes puso en práctica la Escuela Moderna. De ahí que en la escuela primaria de tendencia racionalista, la intuición, la cultura, la experiencia del maestro sean de un valor fundamental. No obstante, al compás del progreso, cabe tener en cuenta métodos que, en mayor o menor escala, se usan por ahí. Cabe captar todo aquello que en ellos pueda encontrarse de aprovechable para la misión del maestro racionalista, que no consiste, por descontado, en cuadrricular mentalidades de tipo anarquista, sino en crear posibilidades para el que alumno, insensiblemente, por así decir, por medio de la verdad, del más elemental buen sentido, sienta afecto por lo que es la esencia del anarquismo.

Dicho sea de paso, para los efectos deseados, tras los conocidos métodos de enseñanza de los Rousseau, Pestalozzi, Hebard, Froebel, la Pedagogía va tomando un mayor perfeccionamiento lo que afecta a desvelar las facultades mentales del niño. A ello han contribuido con sus más o menos originales aportaciones, los Claparede, Dewey, la Montessori, Decroly, etc. Particularmente en Francia, se cuenta con un crecido número de maestros de escuela que considerando como algo nefasto cuanto trasciende a presión autoritaria, busan estudiar en el niño sus predisposiciones naturales y tratando de que la escuela no dé la sensación, como antaño, de trato y rigidez de cuartel. Ya en este sentido, han tomado singular incremento en la tierra de Voltaire los métodos experimentados por Freinet, ese maestro de escuela rural, cuyos puntos de mira, en torno a los que se ha discutido y aún se discute bastante, han sido adoptados, al parecer, por bastantes maestros en lo que afecta a Francia, como también a muchos de los que practican el magisterio en Bélgica, Suiza, Alemania y Canadá.

En Francia, el país que uno conoce más, por convivencia de exiliado, hay compañeros, militantes anarquistas, que ejercen la profesión de maestros de escuela. Otros, también dentro del magis-

terio, sin actuar en el ambiente ácrata, sienten hacia nosotros manifiesta simpatía. Y es precisamente en el sector de la Enseñanza donde existe, en la vida social de Francia, un mayor sentido de responsabilidad y de dignidad humana. Frente a los planes de convivencia estatal y financiera, más de una vez hemos podido notar que la voz de los maestros de escuela se ha dejado sentir como advertencia a la conciencia liberal del país.

Uno de los intelectuales franceses de espíritu libre, de concepciones moralmente progresivas, que más se han preocupado de crear, a partir de la escuela, de los institutos y de las universidades, una juventud liberada de prejuicios, preparada para un porvenir humano de libertad y justicia, ha sido Marcel Boll. En uno de sus libros, «L'élite de demain», manifiesta:

«La sociedad contemporánea se encuentra volcada a una crisis tan profunda que, para muchos, no tiene solución posible. Todo un conjunto de elementos de criterio independiente reconocen que el origen de esta crisis está determinada por la tremenda complejidad de las condiciones de vida actual, basadas en una aplicación desordenada, arbitraria, de los factores de orden material. Aparte una falta de conocimiento de aquellas posibilidades que en las ciencias humanas permitirían acentuado mejoramiento de la situación lamentable en que se debate la humanidad.»

«Es, de una parte, la ley de la selva, bajo el signo omnipotente del dinero y del «negocio ante todo». Hay, por otra parte, una cohorte de ideologías estériles: unas partiendo de una fe en venerables absurdos, predicando la resignación; otras, fundamentadas en caducados dogmas, pretenden imponer la tiranía inexorable de egoismos colectivos; otros, en fin, celebran la eficiencia de ilusorias metafísicas.»

«Lo que importa es crear un movimiento de opinión, en sentido de una desinteresada preparación del porvenir, repudiando soluciones que no van más allá de sórdidos remiendos de artificios y paliativos de corto vuelo.»

Lo dicho evidencia que, al margen de nuestras concepciones y actividades de anarquistas, existen minorías con evidente espíritu progresivo. Minorías con unas concepciones éticas que se aproximan a las nuestras. Y esas minorías, esos «islotes» destacando en un océano social de bajo materialismo, de estúpido conformismo y de brutal autoritarismo, los hay en todas partes; existen, más o menos numerosos, en todos los países. Del grado de energía realizadora, de inteligencia, de cohesión internacional desarrollado por nosotros, los libertarios, depende el que podamos contar en buena parte como compañeros de ruta a no pocos elementos que tal vez sean anarquistas sin saberlo, y que sientan tanto como nosotros el íntimo placer de bregar, contra corriente, en defensa de la dignidad humana.

FONTAURA

UN BALANCE DESASTROSO

Crisis, hundimiento y quiebra moral del comunismo totalitario

EL mundo comunista está en crisis galopante. Es la suya una postración sin precedentes. Las contradicciones totalitarias le llevan a una postura quebradiza, desencajada de sus mismas responsabilidades contraídas ante la clase trabajadora internacional. El terror no puede sostenerse sistemáticamente, mas la costumbre de vivir en dictadura no allana el terreno para gozar la libertad. No se va a la justicia por el camino de la injusticia, ni propaga la moral quien se comporta como un desalmado. Quien siembra la cizaña no recoge buen trigo. Esto que fue ayer, es hoy y será mañana. Una enseñanza imborrable que no supo recoger el marxismo al plasmar en gruesos caracteres la concepción determinista de la historia.

Cruzamos el tiempo de las grandes sorpresas. El circo de Moscú ha cambiado de amos. Cuando el sátrapa Stalin pasó a ocupar el puesto que dejara vacante Lenin, dijo aquél en una declaración oficial hecha a los periodistas occidentales deseosos de conocer el porvenir de la nueva Rusia: «El látigo es el único medio para domesticar a las fieras». El dictador rojo conocía perfectamente la música puesta en el atril comunista. Para él, la vida era un circo gigantesco, con millones y millones de muchedumbres ignorantes a las que había que someter por la violencia y el terror. Y el Estado comunista un circo con sus fieras y atletas, con sus equilibristas y payasos bien adiestrados, cada uno desempeñando su papel, sin salirse ni un ápice del cometido que previamente se le había asignado. ¡Ay, de quién osara revelarse como un maestro excepcional en su oficio!

Stalin fue un domador de fieras. Individuo monstruoso en todos los actos de su vida desenfadada, conoció como nadie su profesión de dictador. Hitler, Mussolini, Trujillo y el verdugo ferrolano, no han podido superar al maestro comunista. «O se es dictador o no se es», y Stalin supo serlo de una sola pieza, como sus botas negras. Una vez muerto el déspota, el circo comunista totalitario de Moscú se sintió dichoso. Y el pueblo ruso, sostenedor de esa máquina infernal, expresó su júbilo silencioso poniendo su esperanza en un porvenir incierto. Quedaba liquidada la etapa monstruosa de la tiranía. Desaparecían los procesos vergonzosos, la liquidación de la vieja guardia, los tiros en la nuca, las falsas acusaciones de traición al pueblo y al Estado, en fin, el imperio de los verdugos al servicio de la crueldad fría y refinada.

Beria estaba condenado a ser asesinado. El mariscal Zujov, aspirante a la dirección suprema de la U.R.S.S. fue alejado de sus funciones, separado de toda dirección para someter al ejército, «la estrella roja», que, al decir de Lenin acabaría estran-

gulando la revolución de Octubre. Un hombre sencillo, el payaso del circo, parlanchín y burlón, inspiraba confianza. Todos los esclavos aspiraban a vivir, a respirar, a gozar un poco de la vida. Kruschev da un salto de acróbata consumado y escala la dirección del poder, comenzando el periodo de la desestalinización, cuyo proceso político, en parte, quiérase o no, a todos nos ha hecho justicia y muy especialmente al Movimiento Libertario Internacional.

La inmensa Rusia, con sus 223.122.000 de habitantes piensa en la democracia y la libertad que desconoce prácticamente. Los satélites del Kremlin aspiraban a sacudirse del yugo cesarista. Tres pruebas concluyentes ponen de manifiesto cuanto decimos: Berlín, Poznan y Budapest. No seremos nosotros quienes elogien la política llevada a cabo por Kruschev y sus alabarderos, mas a la vista de los hechos cabe reconocer lo que en el arte político-social se da en llamar el «mal menor». La dirección kruscheviana ha sido más suave, menos dura, que la de su antecesor Stalin. Y si alguien ha gozado ese mínimo de libertad, por «mínima» que sea, no seremos nosotros quien se la arrebate, sino quien se la proporcione a manos llenas. Pero el caso es que Nikita es el nuevo ángel caído. La revolución palaciega operada en el circo moscovita no ha terminado, ya que sus alcances políticos no se pueden vaticinar. Nos limitaremos, por ahora, al enjuiciamiento de los hechos que han incubado la trama totalitaria de la hora.

¿Cuáles son las causas principales, al decir de sus enemigos, del hundimiento de Kruschev?

- 1.—En el plano interior, el fracaso de la agricultura, la puesta en valor de las tierras vírgenes que a la vuelta de tres años se asevera como un desastre económico-técnico.
- 2.—La cuestión china que supone una victoria para Mao Tse Tung, pues que no hay vuelta de hoja que la paciencia china ha vencido a la diplomacia del Kremlin.
- 3.—El desorden ideológico sembrado en el campo comunista internacional, que ha llevado a los comunistas sin cabeza a preguntarse cuál era su misión y su cometido.
- 4.—El testamento de Palmiro Togliatti, que constituye una pieza de acusación no solamente contra Kruschev, sino contra la metodología comunista.
- 5.—El asunto de Cuba que equivale a una «capitulación» ante las exigencias norteamericanas.
- 6.—La tolerancia cerca de los países occidentales en detrimento de la China popular, Albania y otros burros de la reata del «extremismo, enfermedad infantil de comunismo»...
- 7.—Nepotismo, culto a la personalidad, favori-

tismo papal; viajes de recreo a placer y descansos seniles y decrepitos.

8.—Desorganización de la diplomacia y del Ministerio de Asuntos extranjeros.

9.—Desmantelamiento del C.O.M.E.C.O.N. y división del trabajo de éste.

10.—Rechazo y revalorización a la vez, de la política de coexistencia pacífica por no haber sabido poner una vela a dios y otra al diablo.

Tales son, en síntesis, hasta el momento actual, las acusaciones hechas contra Nikita Krushev. Los fiscales del Kremlin no han acabado de montar su escandaloso proceso. Nada de cuanto se agregue en torno a este complot estatal podrá sorprendernos. Si el monstruoso Stalin lo sacaron del Mausoleo de la Plaza Roja como a un vulgar delincuente común, no será difícil pronosticar que Krushev irá condenado al séptimo infierno. ¿Qué puede esperarse de un sistema político que impone su predominio a sangre y fuego, que lleva a sus «superhombres» a los altares y que después los arrastra y retuerce como sucios harapos? Semejante metodología no puede aspirar a dirigir los destinos de la humanidad sin que antes el propio género humano abdique de todos sus valores morales, cívicos, dignos y honrosos que constituyen la razón de ser de la vida misma.

Brejnev, Kossyguin, Mikoyan y Suslov, forman la nueva tetralogía comunista; los dos primeros se disputan la dirección de la Rusia soviética desde el Presidium del Comité Central del P. C. y el Presidium del Consejo de Ministros. El astuto Mikoyan, zorro de todas las encrucijadas, tiene en sus manos el poder moderador desde la Presidencia de la República. Pero un hombre diabólico, representante de la nueva «intelligentsia» rusa, mueve las marionetas y polichinelas del nuevo circo soviético: Suslov. ¿Cuánto tiempo durará el duo Brejnev-Kossyguin?

Es probable que Brejnev, escarmentado en cabeza ajena, coja el látigo que dejó Stalin olvidado en el Museo de Antigüedades, y haciéndolo crujir en el viento aterrorice a sus seguidores. Si así procede, su imperio puede ser duradero. Mas si incauto y confiado sigue la «línea» de Krushev, las fieras del circo comunista ruso lo descuartizarán despiadadamente. Porque está visto que con sus sonrisas y gestos de bufón no se doma a los tigres de carne y hueso. Dice un viejo y conocido proverbio: «No pongas la cabeza en la boca del cocodrilo porque serás devorado por él»... Cuando Mao regaló un abanico a Krushev, el ángel caído olvidó que cada una de las varillas del precioso regalo era una flecha envenenada, que, como zarpas de fiera le desgarrarían su cuerpo al menor descuido.

La tecnocracia soviética ha dado un golpe de Estado. Suslov, es el representante genuino, el ejemplar más acabado de esta nueva clase de amos y mandarines comunistas. ¿Tendrá tiempo de subir el último peldaño para llegar a la cumbre suprema del Poder político? El tiempo, sólo el tiempo que corre velozmente, nos dirá la última palabra; pero no cabe la menor duda que el nuevo Maquiavelo de la tecnocracia bolchevique tiene la

mayoría de los tantos en sus manos. Una nueva trampa puede producirse; y no debe olvidarse que el mejor pescador se enreda en sus propias redes.

¿Qué resultado ofrece el comunismo totalitario después de medio siglo de dictadura del proletariado?

De la comisariocracia hemos pasado a la tecnocracia, nueva clase de señores que es hoy odiada por el pueblo ruso como los representantes del antiguo régimen. La desaparición de las clases no se ha efectuado mediante el imperio de la dictadura. Los nuevos amos han monopolizado las mejores viviendas, los medios de locomoción más lujosos, viviendo en condiciones superiores a los que un día desbancó la revolución traicionada. Se nos argüirá que también la masa obrera y campesina vive mejor que en el pasado. Pero a la vista de los hechos, la teoría de la relatividad se afirma en la Rusia dictatorial de manera irrefutable. Una nueva revolución moral se impone dentro del Estado soviético.

Con alte visión de los problemas sociales Pedro Kropotkin supo decir:

«Las instituciones ocupan en la vida de la sociedad el mismo lugar que los órganos en el cuerpo de un animal o de una planta. Son los órganos de un cuerpo social. Los órganos no se desarrollan arbitrariamente, sino por necesidades determinadas. El ojo de un pez en la profundidad del mar es distinto al ojo de un animal que habita en la tierra, pues que llena sus funciones bajo condiciones completamente distintas. Nuevas necesidades de vida crean nuevos órganos, pero un órgano realiza siempre la función para cuyo propósito fue desarrollado y va muriendo poco a poco, cuando el organismo no tiene necesidad de la función que realizó. Pero jamás ocurre que un órgano llene funciones que no tienen relación alguna con su propia determinación.»

Ningún poder ha logrado ser más poderoso y más violento que la dictadura «proletaria». Para salir de la presente situación, hace falta una revolución profunda en el campo comunista. La crisis que padece el llamado Estado Socialista no tiene más que dos soluciones o salidas: O paso libre del pueblo hacia la democracia y la libertad para llegar al socialismo, hoy traicionado y corrompido por la dictadura, o vuelta al concepto cesarista de Stalin para consolidar el Estado gobernado por una minoría monstruosa y desalmada. La primera solución sería el natalicio del socialismo ganado por la libertad para la libertad y la justicia; la segunda, llevaría a salvar el Estado moderno «como órgano de la clase privilegiada para la esclavitud y explotación violenta de las masas», como se ha venido haciendo hasta ahora. La primera es la vida que ha de venir; la segunda, un órgano monstruoso que desaparece. De una manera u otra, el comunismo totalitario está condenado a muerte, por que el socialismo con libertad es la vida y el centro vital de todas las creaciones económicas y sociales del porvenir venturoso hacia cuyo objetivo marcha la ciencia y la humanidad.

STRINDBERG

DE los autores que escribieron para el teatro a finales del siglo XIX, y a principios del XX, innumerables, se pueden contar con los dedos los que dejaron dicho algo para siempre. Entre éstos figura Strindberg, el gran escritor sueco (llamado sueco es un modo de decir: había nacido en Suecia, pero, como escritor, es universal, parecido en eso a todos los grandes escritores: árboles que tienen sus raíces acá o allá, pero cuyas ramas se extienden hacia todos los horizontes). Podrá cambiar el lenguaje —ha cambiado, en efecto, mucho—: no cambian los conflictos, si son conflictos. Puesto el lenguaje al día, como en Sófocles, como en Esquilo, como en todos los grandes dramaturgos, el conflicto está ahí, siempre actual. No hay piedra de toque para juzgar una obra teatral como el conflicto que nos ofrece: si una reformita cualquiera, de cualquier índole, puede acabar con él, no es tal conflicto: acabado, se acabó la obra teatral. Para ser tomada ésta en consideración, debe estar por encima de todo lo que de modo tan fácil puede tener fin, aunque no lo tenga. Sin duda, de toda obra literaria se podría decir lo mismo. No es obra que cuente si lo que planteo puede no ser mañana lo que es hoy: es periodismo, es decir, tan pronto olvidada como aparecida.

Por ser periodismo, e ínfimo, en general, el teatro, se ha dejado sustituir tan fácilmente por el cine, pasajero hasta la desesperación. Las sombras han podido sustituir a los hombres porque los hombres presentados a las tablas eran sombras. Pocos dramaturgos tenían potencia para presentar hombres. No se notaban entre la turbamulta de los que escribían en necio para el público necio, no acostumbrado a cosa de más valía y reacio a acostumbrarse.

Entre esos pocos ocupa lugar señalado Strindberg, con no muchos de su tiempo, con no muchos de todos los tiempos. Ni una vez cayó en lo trivial. Ni una vez condescendió con el público, de gusto tan maleado. Los conflictos que no son conflictos, por pasajeros, le repugnaban. Llevaba a la escena conflictos reales, de los que, cualquiera que sea la forma de la sociedad, asaltaron siempre al hombre, para deshacerlo, si titubea; para engrandecerlo si sabe hacer frente a lo que le amenaza. Nada tiene que ver esto con lo que usualmente se llama carácter. Ya se verá después, dicho por Strindberg mismo. No hay caracteres que respondan a lo que usualmente se llama carácter. Entre las muchas falsedades que tienen curso, no es esa la menos merecedora de desdén. El hombre es bueno o malo, según las circunstancias, y no pocas veces bueno y malo al mismo tiempo. Estamos hechos de esa madera. Saberlo nos pondrá en buen camino. No hay conocimiento como el de sí mismo, ni más difícil. Cuando se cree, con error, alcanzado, no importa qué sorpresa lo echa por tierra. Vuelta a comenzar, por tanto. Tarea inacaba-

ble, pero ante la que cualquier otra pasa a segundo término. Aun ante circunstancias parejas reaccionamos de modo distinto, porque somos distintos en las circunstancias parejas. Ahí echan raíces los conflictos verdaderos, de difícil —por no decir imposible— solución. Desde luego, sin solución alguna venida de fuera.

Todos los conflictos que Strindberg llevó a la escena son de esa categoría. Ahí estaban cuando él los hizo ver; ahí están todavía; ahí estarán en el futuro, hasta el más lejano.

Si el teatro fuera un entretenimiento, como creen los que llevan a él conflictos pasajeros, y su público, al morir Strindberg habría muerto su obra. Antes habría muerto la de los trágicos griegos, y la de cuantos con ellos pueden compararse. Ni recuerdo quedaría, por ejemplo, de la de Shakespeare. Están ahí esas obras, tan vivas como cuando salieron de manos de sus creadores. No para entretener, porque el teatro no es entretenimiento, la vida misma. Los que no son capaces de llevar a las tablas uno de esos conflictos no son autores dramáticos, aunque no hagan otra cosa mientras vivan que escribir obras teatrales. Las sombras que hacen desfilar por la escena puede sin esfuerzo expulsarlas el cine con las suyas, no siempre tan grotescas, aunque parezca increíble.

Los hombres y las mujeres de las obras de Strindberg no parecen hombres y mujeres reales, sino criaturas de sueño. Todos somos criaturas de sueño. Cuanto más reales parecemos, menos reales somos. Si un hombre no se nos aparece como rodeado de tinieblas, no es un ser real. Cada ser está solo, cada ser es un misterio invulnerable. Somos personas por eso, pero distintas. Se confunden los seres a que se llaman reales, porque nada son. Sólo con los que parecen de sueño, los únicos reales, es posible el diálogo. Aun para enfrentarse. Si el destino pone frente a frente a los que se confunden, ni su muerte parece objeto. Cuando muere un hombre real surge la tragedia. Para el que muere y para todos sus pares, aun los enfrentados con él. Con cada hombre real que muere se va una parte no pequeña de todos los hombres reales, es decir, de los que parecen de sueño. No hay otra comunión que ésa, y en esa comunión hay que poner todas las esperanzas.

Ved las criaturas de Strindberg, enfrentadas con sus conflictos, de raíz que no parecerá: cada paso que dan les acerca a su final —la vida eso, un andar hacia la muerte—, y se tiene la impresión, profunda, de que cada paso que dan hacia su final les hace más invulnerables: como si se encaminaran no a morir, sino a vida más intensa, y para la eternidad.

Y ahora, para colofón de estas líneas, atropelladas, ya se habrá advertido, quiero dejar hablar a Strindberg mismo. Sobre lo del carácter a que antes he aludido. Se verá, por sus palabras, cómo no podía crear sino hombres para siempre. Inte-

rrogado, poco antes de morir, dijo, entre otras cosas, las siguientes:

«En el transcurso del tiempo, el término «carácter» ha ido adquiriendo las más diversas interpretaciones. En un principio significaba, sin duda, el rasgo fundamental, predominante en la compleja constitución del alma, y era confundido, en este caso, con el temperamento. Más tarde, la clase media ha empleado el término para designar al autómeta, al individuo que ha formado definitivamente su temperamento o lo ha adaptado a un determinado papel en la vida. En una palabra, el hombre que ha dejado de crecer es un «carácter»; y el individuo que sigue evolucionando, el hábil navegante en el río de la vida, que evita los escollos, es considerado como hombre sin carácter, en sentido denigrante, claro está, ya que es tan difícil definirlo, catalogarlo y vigilarlo. Esta noción burguesa de la inmovilidad del alma ha sido transportada a la escena, donde domina casi en absoluto lo burgués. En ella resulta un «carácter» el individuo completo en todos los detalles, invariablemente ebrio, o invariablemente bromista, o invariablemente triste; y para caracterizarlo no se ne-

cesita más que dotar el cuerpo de algún defecto, ya sea una pierna de palo, ya una nariz colorada, o hacerle repetir constantemente la misma frase: «Es usted muy galante».

Esta manera de caracterizar a los hombres la encontramos hasta en el gran Molière. Harpagón es un avaro a secas, aunque pudiera ser avaro y buen hacendista, y al mismo tiempo padre modelo, y honradísimo funcionario del municipio. Y lo que es peor aún, sus achaques vienen a favorecer en grado sumo a su yerno y a su hija, que lo heredarán, y que no debían mostrarle su malhumor, aunque se retrasase para ellos la hora de retirarse a la alcoba.

No creo en los caracteres simples en el teatro. Y las sentencias sumarias que los autores formulan sobre los hombres: éste es tonto, este otro brutal, aquél celoso y el de más allá avaro, debían provocar las protestas de cuantos conocen la complejidad del alma humana y saben que la medalla del «vicio» tiene un reverso que se parece mucho a la «virtud».

DIONYSIOS

El Papa y los desastres de nuestra guerra

El hombre que desprecia a la paloma debía hablar, debía gritar desnudo entre las columnas y ponerse una inyección para adquirir la lepra y llorar un llanto tan terrible que disolviera sus anillos y teléfonos de diamante...

...Pero el hombre vestido de blanco ignora el misterio de la espiga; ignora el gemido de la parturienta.

GARCIA LORCA

LA DIGNIDAD HUMANA

UNO de los rasgos de la doctrina moral de Malebranche, que puede considerarse como la primera indicación de la filosofía del derecho que iba a elaborarse en el siglo XVIII, es la creencia en inminente dignidad del hombre, que radica en su naturaleza, no en su condición, que le sigue en todos los estados de la vida y le da derecho, por humilde que sea, a la estima y a la consideración de sus semejantes. Y si el filósofo citado hubiera vivido en la época en que las ciencias alcanzaban su pleno desarrollo, habría encontrado los primeros gérmenes de la dignidad del hombre en las especies animales que le precedieron.

Leyendo «La Casa de los Muertos», encontré una observación hecha por Dostoevsky y que no era nueva para mí: la repuesta de la sensibilidad de los presos cuando eran tratados humanamente en su desgracia. Como he estado preso muchas veces, me ha gustado observar el estado de espíritu de los presos, víctimas de una organización disparatada de la sociedad. Por eso llegué a leer por segunda vez el impresionante libro del citado autor ruso.

Dostoevsky se refería a una autorización oficial obtenida por los confinados en un tétrico presidio de Siberia para celebrar una representación teatral en la que ellos iban a ser los actores.

«Yo afirmo —escribía— que el teatro y la benevolencia que lo toleró fueron la causa que durante la fiesta no hubiera ni desorden ni robos. Yo he sido testigo del modo que los presidiarios retiraban a los discolors y alborotadores y los recluían bajo el único pretexto de que a causa suya podía prohibirse la representación. El suboficial exigió a los presos su palabra de que todo iría bien y no se alteraría el orden. Ellos lo prometieron halagados por esa confianza y mantuvieron su promesa religiosamente. Se había permitido a aquellas pobres gentes, aunque sólo fuera unos minutos, a su manera, divertirse, pasar una hora distinta de los galeotes y aquellos minutos los habían transformados moralmente.»

Me encontraba preso en Sevilla, con numerosos compañeros españoles y algunos portugueses y alemanes, en los comienzos de la dictadura de Primo de Rivera. Cuando yo estaba encerrado en el inmundito caserón de la prisión de Sevilla, cosa que ocurría con mucha frecuencia, el médico de la cárcel se eclipsaba y entonces tenía que asistir en sus dolencias a aquellos desdichados. «El médico de la cárcel tiene cerdas en el corazón», decían los presos, juzgándole como merecía.

Por aquella época había los peores criminales en la prisión de Sevilla, según la opinión de los doctos en la materia, como el «Matasiete», que ha-

bía matado a varios; el «Vivaz», que había cortado la cabeza de una joven campesina con la que sostuvo relaciones amorosas y la llevaba en sus correrías, creyendo que no se corrompería; el «Rabazo», que mató a una campesina y cortó en pedazos a sus hijuelos... Y a propósito del Rabazo, al que había asistido en la prisión de algunos ataques epilépticos, que lo hacían irresponsable de sus actos, el día que lo ahorcaron acudió gozoso el médico de la cárcel, pavoneándose como un pavo real, para asistir a la ejecución y estrechar la mano del verdugo don Casimiro.

Los presos políticos estaban en un sitio a parte, en la Pajarera, un raquizami convertido en un lugar menos inmundo, gracias a los cuidados de los compañeros detenidos. No había otros muebles que algunos camastros, dos sillas desvencijadas y un estante con numerosos libros escogidos que se disputaban los reclusos.

En una ocasión los presos de delitos comunes me manifestaron el deseo de contribuir a la suscripción abierta en favor del Sanatorio Antituberculoso de Cantillana, y como aceptara, poco después me entregaron una larga lista con las pequeñas cantidades que habían recogido en su pobreza. Aquella operación la realizaron con la mayor satisfacción y probidad. En cambio, la gente del «orden» con el gobernador general Perales a la cabeza, destruyeron aquella obra generosa.

Como las fiestas de Carnabal estaban próximas, los presos me pidieron que hablara con el director de la Cárcel y le pidiera por favor que permitiese la celebración por los reclusos, prometiendo que todo se haría en el orden más completo. Cuando hablé con el director, quedé sorprendido y creyó que aquello no podía permitirse, además que le pareció un disparate, pero ante mi insistencia y la convicción que los presos se conducirían como prometían, acabó por conceder el permiso que se solicitaba.

Durante la fiesta del Carnaval, además de original y en extremo divertida, se guardó en la prisión el mayor orden, sin tener que lamentar ningún hecho desagradable. En cambio, en la calle, hubo abuso del alcohol, numerosos robos y algunos crímenes.

Me encontraba detenido en el Castillo de Santa Catalina, en Cadiz, en unión de otros compañeros y de numerosos soldados del aeródromo de Tablada, de Sevilla. El gobernador militar de la prisión era en extremo medroso, y cada día extremaba más nuestra vigilancia, temiendo una fuga colectiva. Un pelotón de soldados, que se renovaba todos los días, guardaba la fortaleza. Un día el oficial que mandaba aquella tropa ordenó que todos los presos quedasen en libertad dentro de la forta-

leza, a fin de que se comunicasen entre ellos y le pareciera más llevadero el encierro injusto a que estaban sometidos. El gobernador se escandalizó y llamó la atención del oficial de la responsabilidad en que ambos incurrían, pero éste le contestó, sin inmutarse: «Deje usted tranquilo a los presos, y si alguno quiere marcharse, que lo haga sin pedir permiso...»

En nada se alteró el orden, la mansión parecía menos triste, y desde aquella noche el gobernador de la prisión dormía más tranquilo.

Después de la insurrección de Asturias, nos encontrábamos en la cárcel de Badajoz 2.000 detenidos, cuando no había sitio ni para más de 200. Como una vez el director de la prisión me manifestara su inquietud por el número de detenidos que había en un espacio tan reducido y el disgusto que reinaba entre ellos, le aconsejé que dejara a los presos de hacer lo que deseaban, es decir, que se comunicaran entre ellos sin reparación alguna; que se les permitiera beber un solo vaso de vino en la cantina, hacer café en los patios, etc. Así lo hizo como un ensayo y el resultado fue excelente. Los detenidos soportaron todas las incomodidades de la prisión, con tal de gozar de alguna libertad allí dentro.

Sólo había cuatro detenidos que gozaban de privilegios y eran tratados con toda consideración. Tenían para ellos destinada una habitación y dormían en cama de pienso. Eran jóvenes fascistas de uno de los pueblos de la provincia de Badajoz y me dijeron que se comunicaban con Primo de Rivera. Los presos políticos los miraban como una curiosidad, porque no se daban cuenta del peligro que encerraba el fascismo. Por lo visto esto era general, porque algún tiempo antes había leído en uno de nuestros periódicos que el fascismo no encontraría ambiente en España. Siempre he creído que en España hay ambiente para todo lo malo.

En 1921 fui preso en Sevilla y deportado por segunda vez a la Siberia extremeña, en el extremo norte de la provincia de Badajoz. Los que fueron deportados conmigo volvieron a Sevilla pocos meses después, pero yo me quedé allí olvidado intencionadamente. Como mi madre enfermara gravemente de la gripe y yo no estaba a su lado, la gente acudió en tono de protesta al Gobierno civil. El gobernador contestó que en la lista que le dieron al ocupar su cargo no estaba mi nombre y que hizo volver a sus hogares a todos los deportados, menos a mí. Al enterarse de lo que ocurrió me reclamó con toda urgencia, pero a pesar de la prisa que se dieron para volverme a Sevilla, cuando llegué mi madre estaba muerta y enterrada.

Como yo estaba ausente, los familiares de mi madre dispusieron que el entierro fuere religioso, aunque ella no tenía otra religión que la de hacer el bien. Y en el momento de los funerales allí acudió el clero parroquial, algún canónigo de la catedral y numerosas representaciones sindicales. Pero de improviso la amplia plaza de San Marcos y las calles adyacentes se inundaron de una inmensa muchedumbre silenciosa. Los bajos fondos sociales de Sevilla se habían volcado en aquel lugar, y allí se dieron cita todos los gitanos, todas las prostitutas, todos los ladrones sin patente, todos los mendigos, todos los humildes de la ciudad. Y sin articular una palabra, ni lanzar un grito, sacaron al ataúd de la carroza primera y en sus brazos la llevaron hasta el cementerio lejano. Detrás de ellos iba la carroza vacía, el clero y los acompañantes. Terminada la triste ceremonia y enterrada mi buena madre, después de regar con lágrimas la tierra que la cubría, que luego habrían de convertirse en blancas flores, volvieron a la capital.

¡Así pagaron el amor que yo les tenía, los que siempre conservaron la dignidad humana, a pesar de la condición en que vivían!

PEDRO VALLINA

Mirando a ciertos artefactos

La luz es sepultada por cadenas
y ruidos en impúdico veto de
ciencia sin raíces.

GARCIA LORCA

Tres píldoras revolucionarias

INTROITO

SOBRE el rudo peñón de la hora que vivimos, el caos. Los años transcurridos no han servido de casi nada para la mayoría ignorana. Sin embargo, la lección del 19 de julio de 1936, está allí para todos los capaces de adoptar una posición de avanzada social.

La responsabilidad que es hija de la amarga lección recibida y madre de la experiencia ganada a lo largo de la gran jornada revolucionaria, no está a la altura que merece.

Desde que el disco dorado del sol Juliano bajó para dormir tras el cristal movable de su lecho azul; cuando en las frondas bajo los cielos bermejos los alados trovadores hacen enmudecer sus arpas, en la oscura barcarola de las amarguras proletarias, navegamos sobre las olas encrespadas del embravecido mar de las inquietudes que despiertan tantas iniquidades unidas a tantos entreguismos como se ven en esta hora sombría, que quizás no es otra cosa que el fin del autoritarismo o la completa muerte de la libertad. La vela de nuestro pecho individual y colectivo, enormemente hinchado por el viento de la inseguridad, está dura por la humedad del silencioso rocío de las lágrimas de las madres, las hermanas y las hijas de los héroes y mártires caídos durante y después de la contienda ibérica, bajo las balas mercenarias de las canibalescas hordas desencadenadas sobre la piel de toro. Con sordos gemidos, se quejan con deseos de quebrar el trinquete de la FE.

Y crujen las cuadernas resistiendo la Esperanza el huracán del desparpajo de multitudes obreras sin sonrojo amarradas al carro de la explotación estatal-capitalista, al que sirven millonariamente cómo si la gesta Juliana no hubiese de representar nada para los cobardes; no hubiese de levantar la cerviz de los tímidos; y no hubiese de reemprender su marcha genital.

Mientras tanto, zigzaguea juguete de las olas, el timón del perfumado recuerdo del incendio Juliano. Como una luz lejana, cuyo color opaca la distancia, en el zafir oscuro se mece la estrella de los sueños que quedaron a la mitad del camino anunciando su poderosa voluntad de arribar a la suprema meta de todas las reivindicaciones posibles entre los esclavos del salario. Y tras el bajel enorme de la noche criminal que avanza envolviendo en silencio todas las cosas, las más grandes hazañas, los mejores anhelos, vemos la borrosa imagen de la constelación de realizaciones revolucionarias que van a fundirse en el TODO maravilloso de los que cayeron con la sonrisa en los en vano...

Como estribillo de la última canción de moda, oímos cada minuto que pasa la palabra de los doctos señores serviles del poder y la riqueza acaparadas, que la rama que sostiene a las dictaduras

está podrida y que éstas no tardarán en caer. Sin embargo, no pocas dictaduras se sostienen hoy gracias al decidido apoyo que reciben de las «democracias», del «populismo», del «parlamentarismo socialero» y demás pantallas de tipo revolucionario. Mientras tanto, las grandes Internacionales «obreras», los partidos políticos de todos los colores —peor aún si se dicen a sí mismos «defensores de la clase trabajadora», y otras cosas bonitas y efectistas—, se reparte la RES-pública del mundo, engordan como cerdos y los pobres pueblos aparecen conformes frente a un espectáculo tan indigno. Nosotros que no compartimos el optimismo de los doctos señorones, sabemos que las dictaduras sólo caen abatidas cuando los pueblos se lanzan al combate directo y dispuestos a morir por la libertad. Y si creemos que todos los pueblos, bajo todos los gobiernos sufren una vida semidictatorial, no por ello olvidamos la noche negra y la cárcel inmensa que representan los que son aherrojados por el FASCISMO en cualquiera de sus formas o colores. Y si la dictadura es un sistema de completo DESGOBIERNO, ningún régimen más inicuo, desvergonzado y cruel como el imperante hoy allende los pirineos, dirigido por camarillas de frailes con sotana o sin ella, por gentes de metralla y charreteras, por potentados fieles imitadores del famoso Juan March y amparados bajo una cabeza visible que se imagina haber recibido poderes extraterrenos, desde el momento en que el propio Vaticano lo declarase «Caballero Cristiano». ¿Pero qué saben de esto quienes tienen a honor haberse convertido en masa seguidora de líderes rentados que pasan todo alto como no sean sus ascensos en la escala de la dirección de las fuerzas «revolucionarias» o no?

En toda revolución social hay dos clases de animadores: los soñadores-prácticos y sinceros y los ambiciosos. Naturalmente, cada uno de ellos se encuentra en campo diametralmente opuesto, aunque aparentemente, todos van a lo mismo, pues las más de las veces se valen de idénticos recursos. Ambos ponen a la disposición de la lucha sus profundos conocimientos de psicología y aprovechan el terreno abonado por el descontento general. Los unos, eso sí, actúan de acuerdo con una ética filosófica, científica o sociológica, y los otros se sirven de la ingénita ignorancia de la gleba en beneficio del clan que los apoya. Ocurre entonces que el revolucionario sincero, para hacer fructificar la hermosa planta de sus sueños generosos atraviesa decidido hacia el camino recto que estima puede hacer posible la realización de sus anhelos. Y no pocas veces en este trayecto virgen encuentra el duro leño que ha de servir para su crucifixión que caundo llega lo hace al galope de los cerdos. Por el contrario, los ambiciosos por satisfacer sus insaciables apetitos, toman también el camino más corto, pero para llegar más pronto a la meta que

se han propuesto, la que nada tiene que ver con el bien colectivo; de ahí nacen los gobiernos de fuerza, ya sean de derecha o de izquierda que para el caso es lo mismo. Así lo que tiene cierta apariencia, es totalmente diferente. Lo uno se ajusta al riguroso marco de la LEY que siempre está al servicio de las camarillas gobernantes, y la otra tiene sus propias leyes naturales en defensa de todos y cada uno. No obstante, muchas veces se denominan también «revolucionarios» los regímenes que sólo tienen de degradantes y contrarrevolucionarios.

Y así también los gobiernos fuertes se escudan en la democracia, en el socialismo, en la defensa de esto y de lo otro, y hasta en la libertad y sobre todo en la LEY que ha pasado a ser un leit motiv de los mayores abusos. Y los propios dictadores se apoyan descaradamente en las supuestas aspiraciones de los pueblos a quienes asesinan y encarcelan por la más simple de sus pretensiones de hacer cumplir la más mínima de las promesas revolucionarias o sencillamente «salvadoras» de la ciudadanía.

Esta lección, acentuada durante la contienda del 19 de julio de 1936 y siguientes, es demasiado antigua como para poder obviarlas desde ninguno de los cercados masivos que en la actualidad pretenden hacerse los sordos y los ciegos. Veamos si podemos hacer alguna luz sobre el problema, con las tres «pildoras» siguientes:

LA REVOLUCION FRANCESA

La Revolución Francesa no fue en realidad un movimiento popular. Verdad es que el pueblo cooperó, como coopera y cooperará siempre, con estos movimientos, porque el pueblo ha sido es y será el instrumento de lucha, la carne de barricada que lleva a la victoria que jamás disfrutaron los soñadores y que sólo gozan los audaces, pero que el pueblo sólo conoce por referencias. La revolución fue absolutamente burguesa. Y si alguien lo duda no tiene más que recordar que las ideas de los economistas y filósofos divulgadas por libros, folletos y panfletos, sólo fueron asimiladas por la burguesía, porque el pueblo no conocía esas cosas por el tremendo estado de ignorancia en que se encontraba. Los verdaderos soñadores de aquellos momentos fueron Rousseau y Diderot, porque son ellos los que le ponen la proa a los gobiernos y a las religiones de su tiempo. ¿Por qué? ¿Porque ellos pertenecían a las clases populares, porque ellos eran hijos del pueblo? Posiblemente, si bien en otros casos los salidos del arroyo se han comportado a la hora del triunfo como los peores entre los verdugos. Pero el caso es que Montesquieu y Voltaire pertenecían en tanto a las clases elevadas, y demostraron no desear profundos trastornos y sólo aspirar a reformar más o menos insuficientes. Pero no a llevar por el verdadero camino de la revolución social un movimiento que tanto prometía. Y lo cierto es que los principios de Rousseau y Diderot no triunfaron, si bien es cierto que sus doctrinas permanecieron en pie y aún se mantie-

nen en partes inéditas porque de las correspondientes a esa Revolución son las que mejor interpretan el dolor y la miseria en que viven y vivieron los trabajadores durante todas las épocas. Y esa era la razón que daban para condenar las instituciones como obra de los hombres ambiciosos de poder y de riqueza acaparadas.

No obstante, como resultado de tan grande gesta revolucionaria sólo triunfaron los que supieron tener el talento en las piernas, los que aprendieron a arrastrarse, los aduladores, los que supieron soportar pacientemente las estúpidas bromas de los poderosos de turno, de igual manera que Voltaire que era una estrella de primera magnitud en el campo fisisófico liberal, había sabido vivir bien porque supo tolerar todas las impertinencias de Federico. Mientras que ese monumento que fue Juan J. Rousseau, tenía que rumiar en silencio su ira mientras hacía largas antesalas esperando que los poderosos lo recibieran. Revolución o no, una vez convertida en poder Supremo, no deja de facilitar a los de arriba el «derecho» a transformar en juguete vil, en razón de la burla y el desprecio a los verdaderos precursores revolucionarios. Cuando no los puede conducir al cadalso, lo cual sucede demasiado a menudo también por cierto. Y aún en el mejor de los casos, la duda y el desencanto constituirán para ellos un tormento insoportable que nada ni nadie podría justificar.

La Revolución Francesa tuvo un principio sano en esta frase de Rousseau: «La naturaleza ha hecho al hombre bueno y la sociedad lo deprava y lo hace miserable». Y agregaba también implacablemente aún: «Es necesario destruir la sociedad y el gobierno, y volver al estado primitivo de naturaleza.» Estas fueron las conclusiones que en realidad llegaron al corazón y entendían los hombres de trabajo, puesto que ellas significaban el final de la real soberanía y el principio de la liberación de todos los esclavos. Y cuando un día expresó al calor de su entusiasmo: «Los ciudadanos serán iguales», el rey Vulcano —como lo llama la historia—, quedó asombrado y en su asombro cometió la imprudencia de lanzar la represión violenta contra sus súbditos, único instrumento de convicción del cual se valen todos los tiranos. Poco tardaron en aparecer las dictaduras de Robespierre y de Dantón, que no fueron otra cosa que los principales actores de la revolución burguesa. Veamos ahora otra revolución Estatal, llamada también revolución proletaria.

LA REVOLUCION RUSA

Por haberse escrito con todos los colores del iris y ser más conocida que el sol, lo que se ha dado en llamar la dictadura del proletariado, tan sólo referiremos un hecho específico. El año 1917, Petrogrado estaba ocupado por los ejércitos de soldados que volvían del frente y ciertos elementos sospechosos, todos armados. Para detener el saqueo y el bandolerismo los bolcheviques enviaron a los guardias rojos, los cuales fracasaron en su intento y entonces acordaron mandar a los marinos. Es-

tos, en el primer momento intentaron detener a los progeomistas, pero más tarde se pasaron a sus filas y se dedicaron a saquear con ellos la ciudad. En tan grave situación, resolvieron los bolcheviques llamar en su ayuda a los anarquistas, porque estimaron que eran ellos los únicos capaces de luchar contra los progeomistas. Dura y muy violenta fue la lucha: en ella murieron muchos anarquistas, pero terminaron con el saqueo y los desórdenes en general. Pasados los peligros, los anarquistas se habían ganado las generales simpatías: obreros y campesinos estaban con ellos. Esto no parecía bien a los amos y los bolcheviques empezaron a mirarlo con muy malos ojos. Luego vino el armisticio con los alemanes. Pero la situación de hambre en que el pueblo se encontraba era espantosa. Inútilmente el gobierno «proletario» lanzaba cada día un decreto. ¿De qué valían los decretos si lo que el pueblo necesitaba era pan? Para eso estaban los anarquistas: se unieron a los socialistas de izquierda y organizaron cocinas y buscaron habitaciones para los más miserables.

Todo iba marchando de la mejor manera posible, dentro de las escasas posibilidades fuera de los engranajes estatales. El Conde Mirbach —que fue el primer representante ante la URSS—, vino a ser el primero también en recordar a Lenin, el inefable Ilin Iich, que un Estado que se precie no permite en su torno a gente de la categoría de los anarquistas. Y Lenin, el pater noster de los bolcheviques, que había manifestado con calor a los cuatro puntos cardinales que luchaba contra todo poder estatal y contra toda tiranía capitalista y decía ansiar la reivindicación de todos los oprimidos, el 13 de mayo, sufrió un ataque de amnesia y ordenó ocupar violentamente los clubs anarquistas. Y al día siguiente, o sea la noche del 14, el Hotel Negro, donde los anarquistas celebraban una reunión y todas las casas en que éstos se reunían fueron rodeadas de cañones.

Los únicos que escaparon al terror bolchevique fueron los que no se encontraron en esos locales. Era el primer ataque de frente de la dictadura; más tarde vendrían todos los demás hasta aniquilar del total inmenso territorio ruso toda chispa de libertad, justicia y bienestar posible, aparte lo mismo que lograron con creces las camarillas gobernantes, las traidoras nuevas clases erigidas en dueños y señores de la «revolución» proletaria.

EL 19 DE JULIO ESPAÑOL

El fascismo internacional ataca. Los anarquistas junto al pueblo lo enfrentan y se hacen dueños de gran parte del territorio ibérico. Son «amos y señores» de la situación. Los escasos bolcheviques, junto con toda clase de políticos y gobernantes, amedrentados, permanecen a la espera del curso final de los acontecimientos. Finalmente y en principio parece que va a ganar la revolución. Durruti con su Columna y otros bravos militantes en cantidades asombrosas realmente salen para los fren-

tes. La Columna Durruti es detenida por la falta de armamentos en Bujaraloz. El fascismo acecha y poco a poco se va reanimando.

Mientras tanto el panorama va cambiando en la retaguardia: los políticos, todos ellos influenciados por el bolchevismo que «ayuda» con mantequilla a cambio del oro de los bancos, se van poniendo de acuerdo y todos unidos piensa: «Si esto es guerra que dure».

Los anarquistas y el pueblo, en cambio, permanecen seguros de su triunfo y se dedican contra viento y marea a llevar adelante la Revolución realizando experimentos nunca vistos en el terreno de lo social: se crean las colectividades de Aragón y otras partes de España y se experimenta en todos los campos de la producción, distribución y consumo. Lo único que para la guerra se fabrica en España sale de esta especie de colectividades creadas al calor del entusiasmo revolucionario de los anarquistas que orienta a los trabajadores y los inducen a actuar total y terminantemente por su cuenta y riesgo, cayendo y levantándose, pero siempre con la originalidad de lo nuevo, de lo verdaderamente popular y revolucionario.

En los frentes de la guerra y de la producción la cosa va marchando y asegurándose un triunfo revolucionario que es asombro del mundo, especialmente de los poderosos de la tierra que empiezan a caer en el temblor del pánico ante una posible propagación de tan magnífica gesta. En la retaguardia y en los cubiles de todas las fuerzas estatales-capitalistas-sacerdotales y autoritarias, de adentro y fuera de España, se prepara a pasos agigantados la más grande traición de la historia, el ataque sorpresivo más horrendo y miserable que los tiempos vieran. «Ganar la guerra primero» es la consigna nacida sin duda en los antros del Kremlin que estúpidamente siguen todos los atacados de mando y superioridades adquiridas al calor de la lucha proletaria. El fin se acerca. La obra revolucionaria es atacada de lleno y el bolchevismo es el encargado de entregar el triunfo al franquismo, cuando ya por su parte y habiendo sacado todo el jugo posible al sacrificio del pueblo y de los anarquistas, no cree posible adueñarse por su parte de la situación, vista la magnífica resistencia heroica que los mismos le hicieron durante los trágicos sucesos de mayo de 1937. Habrá que volver a empezar.

Entre los tres movimientos revolucionarios citados, el del 19 de Julio es el único que se perfila como un ejemplo verdadero para las futuras generaciones. Ejemplo de dignidad, de realizaciones nuevas en pos de una sociedad sin amos y sin esclavos, de heroismos conquistadores que alumbrarán el camino de todas las conquistas sociales del presente y el porvenir.

Tan magnífica posibilidad se debe exclusivamente al hecho señero de que a pesar de todo lo turbio que pudo presentarse en medio de una contienda tan descomunal como la del 19 de Julio, en donde aparte todas las traiciones se encontraban presentes las terribles fuerzas nazis y fascistas de Hitler y Mussolini, más el apoyo a los falangistas

II conferencia en Casablanca

..... por Muñoz Congost

(CONTINUACION)

El cordero es en todos los países mediterráneos la causa principal de la degradación de los suelos. Y si tenemos en cuenta que en España durante 400 años, los rebaños de LA MEXTA tuvieron derecho de pasaje ilimitado sobre todos los terrenos destruyendo las cosechas del año, deteriorando el suelo a su paso arrasando las hierbas arrancando la corteza protectora de los árboles, que mueren así.

Tres píldoras revolucionarias

del Vaticano, el anarquismo conquistó sus primeros grandes éxitos junto al pueblo decidido a romper la cadena de la explotación del hombre por el hombre.

Como resultado de todo esto cabe finalizar afirmando que de esta Revolución Juliana es de la única que posiblemente no resten motivos desilusionantes para sus actores más directos, los cuales pueden contar con la seguridad de que la voluntad de prosecución en la ruta emprendida es lo único que le queda a un mundo que ha probado todas las formas conocidas de vida en sociedad, las que si en su mayoría todavía tienen gran número de seguidores, no quiere decir que por ello posean fuerza alguna original que pueda apagar el faro del 19 de Julio que queda a la espera de ser robustecido y alimentado por cuantos aspiran a un mundo mejor. Terminaremos, pues, afirmando: Después del 19 de Julio, al mundo del trabajo le queda un mundo de cosas por hacer; sus experiencias revolucionarias y las realizaciones en el campo de la producción, están ahí para proseguirlas con mayor empeño y con seguridad de que abren nuevos horizontes a una humanidad que se asfixia de autoritarismo en todas sus formas. Lo que quedó detrás, por muy «modernísticamente» que hoy, mañana o pasado, alguien nos lo quiera presentar, es cosa del pasado muerto que ni puede ni debe renacer. El ejemplo está ahí para cualquiera que quiera auscultarlo. La acción y el pensamiento a desarrollar para hacer realidad completa lo que sólo fue un inicio, depende de los adelantados de siempre que, como decimos no tienen motivos para sentir el amargo sabor que un día debieron sufrir los Rocker, los Kropotkin, los Máximo Gorky, los Diderot, los Rousseau y tantos y tantos otros sinceros precursores de un mundo nuevo en libertad, justicia y solidaridad para todos y cada uno.

COSME PAULES

Y como nota final los métodos arcaicos de explotación. Explotante o pequeño propietario el cultivador empuja su arcaico arado sobre el terreno abierto por la sequía, agrietado. No hay país en el mundo donde el agricultor sea más sobrio y más trabajador. El campesino valenciano que algunos creen rico e indolente, debe realizar un duro trabajo para atacar la corteza dura de sus suelos. En Castilla, su trabajo enormemente fatigante es casi nulo por falta de material de explotación, la desorganización general y la carencia de los poderes públicos.

Así pues poco importa que el suelo sea rico y ofrezca maravillosas posibilidades. El hecho que domina a pesar de todo en el campo español es una pobreza imputable a la ineptitud de los llamados a resolver estos problemas.

En 1931 dos millones de trabajadores españoles no poseían tierras y 50.000 personas poseían la mitad de las tierras españolas. Millón y medio de pequeños propietarios de propiedades de no más de una hectárea mientras 10.000 propietarios hay con más de 100 hectáreas cada uno. Un 5 % de los propietarios de Sevilla poseen el 72 % de las tierras de la provincia. En Badajoz el 2,75 % de los propietarios poseen el 60 % de las tierras de la provincia. El Duque de Medinaceli poseía 79.000 hectáreas y el Duque de Penaranda 51.000.

A parte de este reparto indudablemente monstruoso de las propiedades, que crea como veremos más adelante una producción inferior a la posible, conviene que tengamos en cuenta para explicar ahora el panorama agrícola español, que el régimen de lluvias es extremadamente variable desde los 2.000 milímetros en Galicia a menos de 250 en Teruel, en tanto que en determinadas zonas de Murcia y Almería pasan a veces años sin ver una gota de lluvia. La sequía es pues una constante climática en la mayor parte del país y la repartición de las lluvias es tal que la peor tierra es la más regada en tanto que la mejor no ve el agua.

Estas variaciones han condicionado regímenes agrarios diferentes. En las zonas de regadío abundantes pequeñas propiedades y arriendos a largo plazo. Grandes propiedades y arriendos a corto plazo en las zonas áridas, origen de los dos problemas, parcelamiento excesivo en unas zonas (minifundios) y grandes propiedades con salarios de hambre para los obreros (latifundios).

En el primer caso examinemos un ejemplo: Galicia. Clima húmedo como el de Irlanda y más propicio a la ganadería que a los cereales. Sin embargo la naturaleza de la población hace imposible la utilización racional de los recursos del país. Multitud de granjas con parcelas estrictamente suficientes para alimentar a la familia. Toda la eco-

nomía se resume en bastarse a sí mismos. Cada familia posee la vaca, animal de tiro, abastecedor de leche y queso. Cada propiedad cultiva el centeno o maíz para hacer su pan, hace su propio vino y en determinados lugares hasta se tejen sus propios vestidos. Cada familia vive de su cosecha. Nada se vende. El solo medio de reunir un poco de dinero para pagar los impuestos es vender un ternero cada año o irse a la siega a otras provincias. El parcelamiento excesivo, ha colocado a muchas familias en un estado muy vecino del hambre.

Si seguimos hacia el Este los montes cantábricos nos encontraremos con Asturias. Las condiciones económicas son ligeramente mejores que en Galicia porque la propiedad de cada familia es un poco mayor y están los prados comunales importantes.

Los países vascos, Navarra y el alto Aragón, son países de pequeños propietarios y granjeros trabajando en familia y poseyendo lo suficiente para vivir tranquilos. Viven diseminados. O bien la familia es dueña del terreno que cultiva o lo ha alquilado. En el primer caso la propiedad es comunitaria, es decir, pertenece a la familia, su jefe no siendo sino el director de la explotación. La granja o llar es inalienable e indivisible y se transmite de generación en generación. Los colonos del sistema de aparcería a medias, contrato a parte de fruto. El propietario pone la tierra, el colono el trabajo y paga los impuestos: ambos pagan los gastos de explotación y se reparten los beneficios (aparcería).

En Vieja Castilla y León, una población de pequeños propietarios y granjeros viviendo mal que bien, con contratos a corto plazo siendo la proa de los especuladores y usureros. Lo debido hay que pagarlo en especies y no en productos. Es independiente de la cosecha. Exactamente como hace cinco siglos.

Aragón. Exceptuada la parte irrigada del Ebro con pequeñas propiedades, el resto la zona más extendida, árida, poco regada, las llanuras desérticas del Ebro y la región montañosa inhabitada casi del Maestrazgo que se extiende hasta Teruel. Grandes dominios, campesinos comidos por las deudas y jornaleros miserables.

Cataluña. Condiciones agrarias buenas relativamente, en pequeñas propiedades que aún y siendo pequeñas son dadas en explotación a colonos salvo raras excepciones. Hay dos clases de arrendamiento: uno es el «Censo» o arrendamiento hereditario y el otro es una variante de la aparcería en la que el colono paga en productos de la tierra. Este segundo método es empleado en las tierras plantadas de viña, que ha dado nacimiento a los «rabasaires». Este contrato basa su duración sobre las de las viñas mismas. La tierra vuelve a sus propietarios cuando las tres cuartas partes de las plantas de viña están muertas (rabasa morta) pudiendo entonces el propietario a su libre albedrío renovar o no el contrato de arrendamiento. Como en otros tiempos la duración de una planta de viña era de cincuenta años el contrato permitía al rabasaire, amortizar los seis o siete años de trabajo improductivo que la viña exige. Pero desde 1900

raíz de la epidemia de filoxera y con la introducción de los pies americanos, estos requieren muchos más cuidados y su duración no llega a los treinta años de donde condiciones muy desventajosas para los aparceros o rabasaires.

Levante. Al sur de Cataluña, el nivel de las lluvias es inferior a los 400 milímetros lo que hace arriesgado el cultivo de los cereales, ya que hay hasta varios años seguidos sin cosecha, ya que es imposible sembrar trigo o una vez sembrado no brota. Pero Tortosa, Valencia, Murcia, son el centro de vegas regadas, verdaderos oasis, las tierras de mayor rendimiento de Europa. De tres a cinco cosechas anuales son posibles y pequeñas propiedades, muy pequeñas son suficiente para el mantenimiento de una familia. La mayor fuente de discusiones como hemos dicho anteriormente está en el riego y en las aguas. El tribunal de las Aguas (Cort de la Sec) formado por un jurado elegido por los labradores de la región juzga y determina en los complejos problemas de la distribución de las aguas, y bien que ninguna ley escrita da valor a sus disposiciones ni las reconoce, sus disposiciones son aceptadas por todos sin necesidad de recurrir a la vía coactiva. Señalemos como contrastado que mientras que en Valencia los derechos de irrigación son inherentes a la tierra, en Lorca y Murcia son independientes, lo que trae consigo todos los abusos posibles e imaginables.

GRANADA

Antes de pasar a examinar el problema de los latifundios, nos queda por hablar de la vega granadina, la única zona regada de España que no pertenece a pequeños propietarios. El cultivo de la remolacha azucarera ha dado nacimiento a grandes fortunas, y el precio de los derechos, aparte de los impuestos que paga el colono, se elevan al 8 por 100 del valor de la tierra. Es zona de enormes conflictos sociales a causa de la gran obstinación de los grandes propietarios.

En el Sur de España y en el Centro, zona de grandes dominios y arrendamientos a corto plazo, distinguiremos dos partes: Castilla la Nueva y La Mancha, donde los dominios no son muy extendidos, y Andalucía, donde las propiedades oscilan entre las 800 hectáreas y las 8.000. Para comprender la situación agrícola de estas zonas, vamos a tener que recurrir a hacer un poco de historia.

Desde la incorporación española a la civilización árabe, Andalucía alcanza grados de riquezas incomparables. Grandes centros industriales nacen y Córdoba, Sevilla, Málaga y Almería fabrican la seda, el algodón, el papel, la cerámica y la cristalería. Gracias a su clima húmedo, Almería es la Manchester de la época, con 150.000 habitantes (actualmente 54.000) y conoce un gran desarrollo industrial, pero toda esta industria toma su base en el desarrollo de la agricultura. Cultivos intensivos con canales de irrigación allí donde fue posible: caña de azúcar, arroz, naranja, limoneros y el algodón. Las grandes propiedades romanas y ger-

manas, ceden la plaza a las pequeñas propiedades. Pero con la decadencia musulmana, la civilización pastoral del Norte invade Andalucía. Se cubren y destruyen los canales, las guerras de fronteras, hambres y epidemias despueblan estas regiones, y a fines del siglo XVII se encuentran convertidas en un desierto que recorren los ganados; pueblos y poblados desaparecen.

Un ejemplo que nos puede dar una idea de esta decadencia y justifica la frase de «Castilla ha hecho España y Castilla la ha deshecho».

Ecija era, bajo la civilización musulmana; una provincia magníficamente regada. En 1275, veintiocho años después de la conquista de la provincia por los cristianos, el sultán hacia una «razzia» coronada por el éxito, y su botín más importante fueron enormes ganados de corderos. En 1707 la principal riqueza era el ganado y hoy Ecija no tiene las menores trazas de irrigación.

¿Cómo explicarse esta decadencia? Los nobles, a los que los reyes cristianos entregaron como donación grandes propiedades, eran fundamentalmente ganaderos. Y como los musulmanes abandonaron las tierras, debieron recurrir a los siervos. Al propio tiempo la industria decae por la incapacidad de los cristianos de buscar mercados para los productos de la misma y con la decadencia de la vitalidad de las ciudades disminuye la demanda de los productos agrícolas. Con Aragón y su flota mediterránea, Andalucía hubiera podido continuar su prosperidad con Castilla, imposible.

Otro de los factores fue el aumento de consumo de la lana y con ella la intensificación del ganado merinos. Así nace la MESTA de la que ya hemos hablado.

Cuando Carlos III intenta cambiar este panorama trágico de las regiones a que nos referimos, se encuentra que la mayoría de la tierra pertenecía sea al clero sea a los mayorazgos y todo en manos de los ganaderos. Sus propósitos fueron un fracaso por la política más tarde de Godoy y la invasión napoleónica.

Los liberales, en 1830, determinan vender los bienes del clero y los bienes comunales. La aplicación del liberalismo, da las tierras a los que mayores medios tenían de adquirirlas. Así llegamos a la situación actual.

En Castilla las tierras pertenecen a la nobleza. Estas propiedades tienen su origen en la Reconquista. Cada colono posee un pequeño trozo arrendado. Se cultiva el trigo y la cebada y algunas legumbres, poco o ningún árbol. La tierra es pobre y las lluvias irregulares. Sequías frecuentes con pérdidas seguidas de cosechas. Sin sistema de crédito agrícola, los colonos recurren a los usureros.

Otra de las calamidades es el arrendamiento a corto plazo que trae consigo la miseria y la pobreza del suelo. Todas las cláusulas de estos contratos son desfavorables al agricultor y favorables al propietario, que no tiene ninguna obligación, puesto que no paga ningún impuesto y el mantenimiento y las reparaciones de la propiedad corren a cargo del arrendatario. El propietario es, además, dueño de denunciar el contrato o de

apuntar su precio. Para aumentar sus beneficios, los propietarios han subdividido estas propiedades de tal manera que no son suficientes ninguna para cubrir las necesidades de una familia. Por otra parte, los arrendatarios se ven, en la mayoría de las veces, obligados a pagar a los redores de los propietarios nuevos derechos. Citemos, como ejemplo, que las estadísticas realizadas en 1929 mostraban que sobre 1.026.412 arrendatarios o propietarios pagando impuestos, 850.000 ganaban menos de una peseta por día.

En La Mancha las condiciones son peores, pues la pobreza de las tierras es mayor. En Albacete enormes extensiones son pastos naturales, o monte bajo destinado sea a la caza sea a la cría de mulos.

En Extremadura citemos el caso de las ricas tierras alrededor de Badajoz. Pertenecen a grandes propietarios. El campesino o yuntero no posee sino la yunta. Es muy fácil a los propietarios dejar una parte de las tierras sin cultivo para tener a los yunteros bajo su dominio.

El resto de Extremadura es tan pobre que a veces no se da sino una cosecha cada doce años. Sin embargo, los ríos son de débito abundante y se podrían irrigar grandes superficies.

Si examinamos otros de los detalles de la explotación de Extremadura, veremos la multiplicidad de los derechos. Casi todo el país está cubierto de praderas donde hay esparcidos algunos alcornos. El derecho de pastoreo en invierno pertenece a una persona, el de la recogida del corcho a otra, el de la madra muerta a otra, el de alimentar a los ganados de cerdos a otra y a otra el de hacer una cosecha excepcional cada cinco o seis años.

ANDALUCIA

Tierra de los latifundios o dominios cultivados por esclavos. Ofrecidas por los reyes de Castilla a los señores feudales que con ellos combatían son la fuente de ingresos de la gran aristocracia castellana. La tercera parte de las grandes propiedades andaluzas tienen este origen. El resto, procede del desmembramiento de las propiedades religiosas y de los comunales en el siglo XIX. Vendidos a vil precio, fueron comprados por la burguesía.

Zona de culturas variadas, olivos, trigo, maíz, legumbres y la viña, como el algodón. Pero todo está acondicionado a la sequía. Las tierras pobres son cultivadas por el sistema de año y vez. Es tierra que debiera someterse a un sistema semejante al de farming del mediano Oeste americano. Máquinas agrícolas especiales que pulverizando las tierras disminuyen la evaporación.

Y el gran problema es que todas estas tierras están trabajadas por jornaleros, verdaderos esclavos cuyas condiciones de vida no han cambiado desde los tiempos medievales de la servidumbre.

Basta para convencerse ver incluso las poblaciones de 15 ó 16.000 habitantes que en otros países están llenas de vida y que en Andalucía dan una impresión de marasmo y decadencia. Los obreros agrícolas, las tres cuartas partes de la población, son contratados al día, al mes, y los privilegiados

a la temporada. Sin trabajo más de la mitad del año.

Las condiciones son injustas, intolerables. Hasta 1914 los propietarios lo dejaban todo en manos de los administradores que cultivaban las tierras más ricas y dejaban las otras en abandono. Los obreros hambrientos que intentaban cultivar estas tierras abandonadas eran apaleados por la policía.

En 1931, 13.000 hectáreas estaban abandonadas en Osuna y 20.000 en Utrera. En Jerez de los Caballeros un duque mantenía 3.000 hectáreas como terreno de caza y cerca de Sevilla 30.000 hectáreas de la tierra más rica están consagradas a la ganadería (toros bravos) y en Cádiz una proporción considerable de tierra laborable, a la cría del ganado caballar. ¿Por qué? Reduciendo la superficie de tierras cultivadas, se provoca el paro, y con él, la baja de los salarios.

En 1930 el bracero ganaba de 3 a 3,5 pesetas por una jornada de ocho horas durante cuatro o cinco meses del año. Durante el verano de 4 a 6 pesetas por la jornada de doce horas. El resto del tiempo sin trabajo.

En otros lugares, los obreros duermen en una gran sala: la ganancia; su alimento, puzpacho, mañana, a mediodía y en la noche, dado por el propietario. Salario, una peseta cincuenta por doce horas de trabajo. Salarios y condiciones únicos en Europa.

POSIBILIDADES DE MEJORA

¿Cómo mejorar la situación del agro español? Las soluciones están en manos del país mismo y no han dejado de manifestarse a través de la historia misma de nuestro pueblo.

¿Obligar los grandes propietarios a poner sus tierras en explotación?

¿Variación de cultivos y facilidades de crédito a los arrendatarios?

Naturalmente, la creación de industrias derivadas sería una de las soluciones. No hay razón alguna para que España, que es el país más productor de aceite de oliva, lo haga refinar en el extranjero.

Se pueden irrigar muchas tierras como hemos señalado anteriormente. Pero los grandes propietarios se han negado a ello temiendo perder así sus privilegios al favorecer la economía de los productores. El rendimiento de una tierra regada es de a treinta veces el de una tierra de secano. El financiamiento de tales trabajos está asegurado por la producción misma.

Pero el remedio radical es la solución colectiva con antecedentes ilustres en la historia de España. Citemos:

En el siglo XVIII un gran número de poblados del Norte, la casi totalidad de las tierras pertenecían a la comunidad.

Pueblo de Llanabes (1790-1793). Dice Gumersindo de Azcárete en el «Boletín de la Institución Libre de Enseñanza»: «Todo está admirablemente organizado, tomado a cargo por la municipalidad. Sal, sizado, médico, pastores, herrero, farmacéutico, esmientes y el producto del alquiler de las tierras

de propio, se distribuyen entre los habitantes. Todas las tierras pertenecen a la comunidad y son redistribuidas cada diez años por sorteo.

Anso, posesión común del suelo y sistema cooperativo municipal.

En Cáceres, en los Pirineos, en Asturias, existen comunidades pastorales. Toda la tierra dedicada al pastoreo y al ganado pertenece a la comunidad.

Y no solo en la agricultura encontramos estos ejemplos.

En Cataluña, Bagur, que vive de la fabricación de redes, está en sistema comunal. Port de la Selva, comunidad de pescadores (antes de 1936). A la colectividad pertenecen redes, embarcaciones, fábricas de salezones, depósito e instalaciones frigoríficas, todas las tiendas, camiones de transporte, olivares y refinerías, el café, el teatro. Comuna libertaria. Cadaqués tiene una organización parecida desde el siglo XVI.

Sin influencias exteriores, España se explica por ella misma. Las clases laboriosas españolas tienen una inclinación evidente por las realizaciones colectivas. Las ventajas de la posesión en común son evidentes. En el estado actual de cosas un gran porcentaje de obreros agrícolas mueren de hambre sobre tierras al abandono porque sus explotación no es rentable para sus propietarios. El precio de coste del trigo español no le permite exportarle. Si los campesinos pudieran cultivar las tierras en colectividad, con un equipo agrícola moderno podrían subvenir a sus necesidades y vender el surplus, y el hambre desaparecería.

Una de las causas fundamentales de la llamada guerra civil sabemos todos que fue la oposición de las clases dirigentes a toda reforma.

Los españoles son en gran medida capaces de producir lo suficiente para ellos. Las industrias son suficientes para el mercado interior. Sus productos de exportación, mineral de hierro, potasas, cobre, piritas, aceite de oliva, patatas, cebollas, bananas, tienen los mercados adquiridos. Otros como las naranjas y el vino se venderían mejor si su distribución estuviese mejor organizada. Se trata simplemente de aumentar el poder adquisitivo de la campaña española para hacer trabajar más y mejor a las ciudades.

España se presta admirablemente a una experiencia social inigualada; el liberalismo fracasó en España porque los españoles son esencialmente anticapitalistas. Un aumento del valor adquisitivo de los campos españoles, un aumento de la producción industrial, encadenaría no solo las posibilidades de un vasto programa de trabajos públicos de carácter hidráulico para un mejor aprovechamiento de las tierras españolas, sino con ellas una modernización de esta industria española vetusta y atrasada, cuyos productos resultan a precios muy superiores a los del resto de Europa, impiendo la incorporación de nuestro pueblo a la economía internacional.

Pero este programa de explotaciones colectivas tropieza con un enemigo. No necesitamos citarlo y haremos aquí punto final a esta parte de nuestra exposición.

(Continuará en el próximo número.)

La verdad y la mentira...

De Unamuno a Benavente

«España y la anti-España» y «De Unamuno a Benavente (La verdad y la mentira)», dos charlas resumidas en una, pronunciadas por Floreal Ocaña en Enero de 1964 en el «Ateneo de Cuernavaca», capital del Estado de Morelos, de la República Mexicana, siguiendo el curso de las conferencias semanales que se celebran en dicho centro cultural organizadas de acuerdo con la «Revista de la Universidad de Morelos.»



HOMBRES sumamente instruidos, a los que envidiamos su saber, noblemente, que pueden hablarnos de cuanto se refiere a la civilización y a la cultura de todas las épocas de la Humanidad, con erudición admirable e inteligencia extraordinaria, reaccionan y opinan muy opuestamente ante los mismos problemas y situaciones que la vida cotidiana plantea a los individuos humanos y a los pueblos. Y de los sucesos o hechos individuales y colectivos no extraen, por medio del puro raciocinio, las mismas enseñanzas pese a que aquéllos no admitan doble interpretación.

Comprobamos que en todas las personas normales, generalmente hablando, son los factores **afectivos**, en particular, buenos o malos, acertados o desacertados, mal o bien orientados en sentido humano, los que permiten que sus entendimientos comprendan o no, claramente, qué es lo verdadero y qué es lo falso e influyen, decisivamente, en sus conductas respectivas. Si, son los factores **afectivos**, repetimos, los que a pesar de los amplios y profundos conocimientos que los sujetos posean en diversas ramas puras de la ciencia, de la Tecnología, de la Literatura, etcétera, los hace ser justos e injustos, sociables o insociables, humanos o inhumanos.

Por otra parte, ciertos «sabios» olvidan la sabia, la verdaderamente sabia lección socrática —«solo sé que nada sé»— que es modesta y constructiva, porque alienta a proseguir aumentando el acervo de conocimientos del género humano; otros sujetos, no menos «sabios», víctimas de vanidosa «suficiencia» intelectual no conciben que lo que eleva la condición humana, el valor o la calidad del hombre es la **conciencia moral** por ser ésta la que lo impulsa a actuar en buen sentido de la vida para bien de todos sus congéneres y de él mismo.

El hombre inquieto y escrutador que va, sinceramente, en busca de la verdad, angustiado —como Unamuno— por hallarla más, si cabe, si fue mal orientado en la enseñanza, desde la niñez, podrá incurrir en más contradicciones y errores que otros

sujetos evolucionados que lo considerarán de carácter inestable e indigno de confianza para efectivas tareas de superación humana, y hasta detestable a veces. Sin embargo, frente a la situación más trascendental de su existencia, ante el dilema, «sin escape posible», de tener que definirse y decidir «ser o no ser» hombre con todos los atributos humanos superiores, sin términos medios, expresa, espontáneamente, lo más hondo, lucido y veraz de su ser como si siempre lo hubiera conocido y amado, como chispa cosmobiológica consciente irradiando amor universal que jamás se apagará ya, mientras vivan seres humanos sobre el planeta Tierra.

¡Feliz el sujeto que logra descubrir la verdad que lo inquietaba y lo angustiaba, que le importa tanto o más que su existir físico-consciente! En un segundo de tiempo, que le parece resume siglos de historia de la humanidad, reconoce que aquélla mereció —y merece— la defendiera con todas sus fuerzas físicas, psíquicas y mentales, desde que tuvo uso de razón, entre sus semejantes que no volverá a ver más después de exponerla sin ambages, con natural, firme, insospechada e indomable energía humana. Y el gran pesar del sujeto por no haber podido o sabido descubrir antes toda la verdad, confundido por las nocivas influencias políticas-religiosas de su época, se desvanece por la satisfacción moral y mental que experimenta al haber tenido tiempo de dirigir a sus semejantes su último mensaje humano, el más humano, con sus más preciados «tesoros» éticos, estéticos e intelectuales pidiéndoles que los conserven y aumenten empezando por la conquista y defensa de la libertad que garatice el goce de aquéllos.

Herencia de bien y de dignidad humana nos legó Miguel de Unamuno con su ejemplo postrero, obrando como ser humano entre sujetos crueles, inhumanos, llamados fascifranquistas que pretendían hacerlo cómplice de sus crueldades contra hombres humanistas, o que al menos las silenciara. Su silencio hubiera significado también complicidad con el crimen. Del rector de la Universidad

salmantina, pese a tenerlo entre sus manos los franquistas, sólo lograron que se les enfrentara y anatematizara mientras alentó.

Jacinto Benavente adoptó la actitud opuesta. Este sujeto, considerado uno de los más capaces de hacer pura y bruñida literatura, en pleno uso de sus facultades y de madurez intelectual, se le presentó la misma disyuntiva que a Unamuno, a poca distancia de éste en el mismo momento histórico, aunque con una gran diferencia: sin correr el peligro de perder la vida como el rector salmantino por exponer, francamente, si hubiera querido, en la zona antifranquista, qué pensaba y sentía.

Sintiendo y pensando como franquista permaneció silencioso, mientras creyó le convenía, en medio de los acontecimientos de 1936-39, que lo sorprendieron en la precitada zona. Así Benavente obró negando, cobardemente, su individualidad y su propia personalidad: traicionó su íntima forma de sentir y pensar como perfecto «bufón» que se adapta a las circunstancias para obtener el mayor provecho personal posible.

Jacinto Benavente actuó como uno de los «bufones» modernos políticos-literarios deshumanizados más hábiles del orbe para manejar la pluma; pero al carecer de «ángel» y de «alma», de buenos pensamientos y sentimientos humanos, verdaderamente humanos, ni a su señor amo, actual dictador de España, que lo recibió con los brazos abiertos, podía hacerlo reír aunque le complació, políticamente, que pasara a su servicio: al de la anti-España. Sus chistes grotescos y mal intencionados, todo su ingenio de gran bufo, todas sus muecas y gestos fueron anodinos a pesar de sus esfuerzos bufonescos crueles, demasiado crueles: inhumanos. Y es que estas bestias carniceras como Paco «El Sanguinario» aunque tengan figura humana no saben ni pueden reír sanamente como las personas más o menos normales, como seres humanos.

¡Cuán distinto, cien por cien, es el caballeroso «Don Quijote» que pese a su «triste figura» nos hace sentir y pensar hondamente, llorar y reír, pero sin que por producirnos risa, hilaridad, sana alegría del vivir normal, placentero e inquieto, nadie pueda tomarlo por tipo ridículo como lo es, en grado superlativo, Jacinto Benavente!

En efecto, Benavente terminó los últimos años de su vida actuando, como comprobaremos más adelante, de payaso político internacional sin pizca de decoro, de dignidad ni de humanidad.

Miguel de Unamuno superando sus contradicciones, sus dudas y sus errores acabó siendo lo contrario: símbolo denodado, de carne y hueso, de «Don Quijote», del idealismo andante o militante intachable, respetuoso y tolerante con sus semejantes, pero sin callar la verdad y defendiéndola, arrebatado, tronante, a gritos humanísimos, sin medir el peligro, tan enteramente como a la libertad con castellano fuerte como salido de la entraña misma de España.

Desde 1936-39, en particular, Unamuno y Benavente simbolizaron dos posiciones personales e ideológicas opuestas, antagónicas que dan, en gran parte, la razón a John Dos Passos cuando dice: «El lenguaje tiene dos caras: una sirve para decir

la verdad y otra para ocultarla. Pero decir la verdad, en nuestro tiempo al menos, puede ser tan peligroso como el estroncio 90. ¿Qué es la verdad? La respuesta está en la muerte de Sócrates. Esto quiere decir que siempre fue peligroso decir la verdad.»

Estas palabras, como es sabido, las pronunció el precitado escritor norteamericano al hacer una crítica crudísima a la cultura de nuestros días en el «Coloquio de Buenos Aires», que fue una reunión de intelectuales de todo el mundo que se celebró en noviembre de 1962 en el Museo de Arte Decorativo de Buenos Aires (Argentina).

A nuestro entender existe otra cara no mencionada por John Dos Passos: la tercera, la del lenguaje sin arrestos para decir la verdad o la mentira, cabalmente, en cualquier situación. Aun sabiendo, con certeza, qué es lo verdadero lo expresa temeroso, vacilante, indeciso, de forma confusa. Y el individuo humano que tal lenguaje usa además que mucho lo angustia entenebrece las mentes de los sujetos que lo leen. Lo utiliza para apenas insinuar, balbuciente, la existencia de una verdad que advierte después de ser defendida, largo tiempo, por muchos otros semejantes. Y no se atreve a decir más sobre la misma al comprobar, entristecido, que es opuesta a cuanto defendió con todas sus energías hasta el ocaso de su vida.

Es, en gran parte, y en el mejor de los casos, lo que le ocurre, a Ezra Pound, genial maestro de la poesía moderna. Su actitud proyecta la angustia que experimenta al faltarle voluntad para rectificar, públicamente, con claridad meridiana, las ideas fundamentales que defendió, hasta el presente, con su tan repujada literatura. Pero al ser sensible y no poder permanecer en silencio absoluto al criticar, con cierta crudeza, su propia obra literaria logra salvar cierto grado de la responsabilidad moral que todas las personas contraemos ante la humanidad.

Si bien el lenguaje usado, en estas horas, por Ezra Pound, quizá única vez, denota carencia de valor humano para defender una verdad de carácter universal, con todo su continente y contenido ético e intelectual, al menos no lo oculta totalmente. En efecto, pasa de la certidumbre de ayer a la duda. Esta la ha expresado hoy, y ha tenido que exponer algunos valores y elementos psíquicos, mentales, morales y afectivos suficientes para hacer reflexionar y despertar inquietudes en los sujetos de todo el mundo más avisados y evolucionados.

Hemingway afirmó que «sólo merece compasión» el individuo humano que no ha recibido la influencia del precitado conspicuo vate, del hombre que entre todos los poetas de este siglo más ha influido sobre todos los escritores del orbe.

Hoy es Ezra Pound el que con tristeza, amargamente, se compadece a sí mismo. Y si Hemingway viviera tendría que obrar de igual modo para ser consecuente con sus propias palabras. «El sentimiento trágico de la vida» se hizo más agudo en aquél eximio poeta angustiándolo más que angustió al Rector de la Universidad de Salamanca al comprender, a los 78 años de edad, que el sentido

de la lucha entre la razón y la emoción, entre el conocimiento puro y la vida que defendió, hasta ser casi octogenario, era erróneo. Sin embargo, a Ezra Pound —que ha fijado su residencia definitiva en Venecia (Italia)— le agradecemos haya declarado lo que sigue publicado en las columnas de «Epoca» de Milán:

«He vivido toda mi vida creyendo saber algo. Sin embargo, ha llegado un día en que me he dado cuenta que no sé nada. Para mí las palabras han perdido su sentido. Creo que todo lo que nos rodea es temporal, que está germinando un mundo nuevo que va a sobrevivir a la mecanización y algo de la ciencia del hombre quedará.

«He dicho que no sé nada. Y es cierto: hasta he olvidado el nombre del filósofo griego que pronunció tales palabras. Lo repito: no sé nada. He llegado demasiado tarde a la incertidumbre.

«Sí, he llegado con dolor a esta verdad: no existe el hombre contemporáneo. Lo que existe es un hombre consciente de sus propios errores y de sus propios horrores.

«Trabajé largos años en mi obra poética animado por algo que creía cierto, pero ahora la incertidumbre me angustia. Confieso que he llegado demasiado tarde a la duda. Mis intenciones eran buenas, mas equivoqué totalmente la manera de alcanzarlas. He visto las cosas con unos anteojos de larga vista volteados al revés. Demasiado tarde he llegado a la conciencia de no saber nada. Nada me liga a la vida. Estoy simplemente sumergido en ella.

«Yo esperaba que con el conocimiento puro, con el que a veces se puede llegar a la vejez, se podría disfrutar de un poco de paz y de belleza.

«Ya no trabajo más. Me he convertido en iletrado y en analfabeto. No sé como juntar dos frases que no resulten obvias. Ya no pienso. Tengo solamente la certeza de mi incertidumbre. Tengo la duda... No sé... He perdido la capacidad de llegar a la médula de mi pensamiento con las palabras. Quisiera explicar... Ah, pero todo es tan difícil... tan inútil...»

En nuestros días Ezra Pound se siente decepcionado y fracasado, como náufrago que se niega a poner en juego sus fuerzas para salvarse moral e intelectualmente. Acepta, con resignación y cobardemente, hasta cierto punto, sumergirse en la vida sin luchar más, sin tratar de esforzarse por llegar al terreno firme de la verdad dispuesto a defenderla y embellecerla hasta el fin de sus días para bien de él mismo y de todos sus semejantes.

A pesar de todo bastante es que Ezra Pound haya afirmado que en su marcha por la vida no ha seguido el mejor camino y manifieste, con sincera pena, angustiado, que ha llegado tarde a la duda, a la «incertidumbre máxima». Pero no tuvo en cuenta que el cambio de conducta es posible en cualquier edad física, que lo irreparable es la muerte. Muy lamentable es que no se haya atrevido a explicar, con toda claridad, el por qué de su fracaso, lo «medular de su pensamiento». Le falta, repetimos, el valor que tuvo Unamuno para lanzar rayos y centellas contra el mundo cruel que

representa el franquismo con la energía indomable y vigorosa de su humanismo quijotesco.

Todas las personas de buena voluntad, con elevada conciencia, en particular los escritores, «viejos» y jóvenes, hayan o no recibido la influencia de los conceptos, de las ideas y de la amplia cultura literaria de Ezra Pound debieran tomar en consideración su última opinión más madurada, su lección postrera, emocionada, socrática, en buena parte, aunque dice que «nada sabe», y que hasta ha olvidado el nombre del sabio que tales palabras pronunció. Aunque éstas proyectan, a nuestro entender, que no puede olvidar el ejemplo de Sócrates defendiendo la verdad, el derecho del hombre a exponer sus dudas y explicarlas pese a todos los prejuicios y a todas las oposiciones de las tradiciones de su tiempo. Y sólo al recordar a Sócrates, con todas las letras, lo angustia más pensando y sintiendo que, en efecto, nada puede satisfacer más al sujeto, psíquica, mental y moralmente que obrar en defensa de los derechos humanos de acuerdo con su conciencia humanizada universalista, el mejor y mayor de los bienes que puede gozar y legar a sus semejantes.

Dolorosa en extremo es la experiencia de Ezra Pound. Su ejemplo debiera contribuir a hacer rectificar, totalmente, la conducta de todas las mujeres y de todos los hombres inquietos del orbe, particularmente las de sus admiradores y seguidores de ayer y de hoy. En esta hora debieran admirarlo y quererlo más, porque prueba amarlos al pedirles, en realidad, que no sigan avanzando por el camino equivocado que les trazó con su obra poética, eviten naufragar como él en la vida y logren llegar a buen puerto humano con carga de saber limpia de los «errores y de los horrores» del mundo autoritario. Sólo a este precio lograrán disfrutar, mientras vivan, de la «paz y de la belleza» que en el presente no goza Ezra Pound.

La respuesta cabal, con respecto a qué es la verdad, que puede darnos la muerte de Sócrates, como dice John Dos Passos, y que Ezra Pound no se atreve a dar, plenamente, reprochándose su propia conciencia, como lo proyectan sus mismas palabras, podemos encontrarla hoy en la «suerte» que corrió Miguel de Unamuno por decir sin ambages, toda la verdad. Por otra parte Jacinto Benavente utilizó el lenguaje para ocultarla o peor aún: para falsearla.

Vemos, frente a frente, las dos caras fundamentales y opuestas del lenguaje: el usado por la España del «Quijote» y el que usa la anti-España representados, respectivamente, por los escritores precitados. Y entre ambos la expresión ocasional, esporádica que no dejará de ser trascendente, aunque no se repita, de la duda universal, de la «incertidumbre máxima» de un genio de la poesía moderna: de Ezra Pound que a pesar de parecer derrotado y pesimista brota de él optimismo racional y humano al manifestar que cuanto nos rodea es temporal, que «está germinando un mundo nuevo que va a sobrevivir a la mecanización y algo de la conciencia del hombre quedará.» Son ideas que se acercan a las nuestras, a las que los

libertarios defendimos en España en 1936-39 y a las humanistas del mismo Unamuno.

He aquí por qué consideramos de interés social, humano, ético y estético estudiar un acto de Unamuno y otro de Benavente ejecutados en el mismo momento histórico, y que son la expresión global de sus vidas respectivas. Entre ambas acciones existe una diferencia fundamental: lo que va de la verdad a la mentira. Y todas las palabras que puedan amontonar los más conspicuos oradores y escritores del franquismo y del profranquismo (?) del interior y del exterior de la España sojuzgada para intentar ocultar o falsear la verdadera significación de la una y de la otra es tiempo perdido: nada puede impedir que se aquilaten, cabalmente, por sí mismas, al exponerlas clara y llanamente.

Miguel de Unamuno con un hecho, con un sólo hecho postrero, y Benavente con otro acto de opuesto significado expresan el sentido que hubieran deseado, cada uno por su parte, dar a todos los actos que realizaron en el curso de sus existencias. Al quedar, pues, rechazadas, automáticamente, todas las acciones que no concuerdan con lo último que pensaron, sintieron, expusieron e hicieron hacen fácil la tarea de apreciar y comprobar, con claridad meridiana, los valores intrínsecos, cualitativos y cuantitativos, de la individualidad, de la personalidad y de la psicología de los dos escritores señalados.

Unamuno con la actitud final de su vida saldó, con creces, la deuda de gratitud hacia Don Quijote que lo inspiró y lo alentó a luchar, denodamente, en defensa de la Verdad y de la Libertad. Por el contrario, Benavente optó por representar la máxima ingratitud, que es desamor y más: bajeza superlativa, inferioridad moral y cobardía suma para manifestar sus ideas en cualquier situación con la energía y la alteza de miras que es posible exponer los pensamientos y los sentimientos más contrarios a los sustentados por otros sujetos. Y se empuqueñeció moral e intelectualmente en la misma o mayor proporción que intentó disminuir, enlodar y desprestigiar a la que tiene bien ganado prestigio universal indestructible: a la España Quijote, a la verdaderamente «única y grande» por su espíritu, que se vio obligada a defenderse del artero y criminal ataque militar y clerical de la anti-España.

Una es la realidad integral: que la España de Quijote y la anti-España son símbolos ideológicos tan antagónicos como opuestos son los procederes y últimos pensamientos y sentimientos sostenidos por Unamuno en 1936, y después de esta fecha por el farsante e ingrato Benavente, el más alto exponente del servilismo literario franquista. Son dos realidades psicológicas incompatibles: la del primero con elevada significación ética y constructiva, positiva, y la del segundo inhumana, antievolutiva, anquilosadora, que es decir negativa.

Hasta la víspera de su gran batalla humanista en el mismo paraninfo de la Universidad de Salamanca la inmensa mayoría de los hombres de pensar libre de todo el mundo creían que Miguel de Unamuno alternaba, de buen grado, con el franquismo. Que el militarismo fascifranquista y la

Iglesia tenían gran interés de hacerlo pasar por franquista lo demuestra lo que publican en el sexto tomo del Diccionario Enciclopédico Abreviado «Espasa-Calpe», editado en 1945, mintiendo a sabiendas, como perfectos bellacos de la pluma que propagan malas culturas y falsean la historia. En la página 550 de dicho tomo dicen que Miguel de Unamuno «en 1936 se incorporó al movimiento acaudillado por el general Franco». Sabían que ocurrió en Salamanca en el precitado año, y sin embargo en una enciclopedia publican lo contrario nueve años después. Decirles inmorales, mentirosos, truhanes y asesinos es ya bien poco.

Todo da a entender que Miguel de Unamuno esperaba tener la oportunidad para expresar cuanto reprimía en su mente y en su corazón. Temía, con muchísima razón, no poder llegar a manifestarlo si las bestias franquistas se enteraban o intuían qué se proponía. La ocasión se le presentó en octubre de 1936 en el citado salón de actos académicos repleto de gente con o sin armas. Las más con éstas o armadas de odio homicida. Se criticó, como es sabido, a los habitantes de las regiones más rebeldes de España y se alabó, desmesuradamente, al dictador y «su obra». Y Unamuno se irguió, entonces, en defensa de la España Quijote. Se encrespó, con energía humanísima, agigantándose su vigoroso cuerpo de vasco, pronunciando frases lapidarias, señalando la inhumanidad del franquismo. Hizo frente a las fuerzas retrógradas que lo rodeaban derrotándolas moral e intelectualmente pese a estar solo, muy solo: sin una persona siquiera que con él se solidarizara. Y se confirmó lo que escribió el insigne escritor Gabriel D'Annunzio: «Mil pensamientos juntos no pesan lo que uno solo cuando está realmente solo.»

Unamuno alzó la voz para combatir a la anti-España en la más terrible de las situaciones. Sabía que sus labios podían los franquistas «sellárselos» para siempre, de uno u otro «modo», pero su pensamiento ya no podrían aherrojarlo, silenciarlo ni falsearlo.

Cuánto se arrepintieron los franquistas haber creído que el miedo y el instinto de conservación ahogaría al humanismo militante de Miguel de Unamuno, y no se atrevería a enfrentarseles. Si a pesar de haberlos combatido, cara a cara, teniendo por testimonio al mundo, se atrevieron a presentarlo como español, que «se incorporó al movimiento» que capitaneaba Paco «El Sanguinario», ¡cuánto más hubieran intentado hacerse suyo de haberse Unamuno mantenido en silencio hasta el fin de sus días!

Rabía asesina sintieron las bestias franquistas cuando vieron alzarse ante ellas a Unamuno, y adoptar una actitud humana quijotesca, firme, serena, erecta. Y es que sólo así, pese a las peores consecuencias que han sufrido los Hombres dignos, los idealistas, los «Quijotes», de carne y hueso, insobornables, con mente sana y corazón limpio, con cualquier nombre: llamándose Sócrates o Cristo, Emiliano Zapata, Ricardo Flores Magón, Francisco Ferrer Guardia, Ascaso, Durruti, etc., los Pueblos pueden recibir buenos y bellos ejemplos de

solidaridad humana, de amor al prójimo y evolucionar en buen sentido social y humano.

En medio del terror, de crueldades mil y de la muerte que lo rodeaba Miguel de Unamuno clamó a gritos, encrespado, dirigiéndose a los avasalladores del pueblo hispano: «Franco recuerda mis declaraciones por la defensa de la civilización cristiana y occidental. Pero yo quisiera hablar de su defensa por medio de los métodos «cristianos» y no por medio de los métodos del militarismo brutal e ignorante, por la violencia, por el asesinato».

Atacaba a los franquistas usando, entre otros, ciertos términos humanos de la misma doctrina religiosa que aquellos abrazan, de lo poco humano que ésta contiene —como todas las religiones— como «engaño para» pescar o cazar sujetos ingenuos e incautos.

El mismo amor que sentimos por la libertad nos hace respetar todas las psicologías humanas. Este es el respeto que Unamuno pedía que practicara el franquismo que representa la intolerancia inquisitorial en grado superlativo. El avisado rector salmantino demasiado sabía que era pedirle más que «peras al olmo». Nosotros, los libertarios, de acuerdo, en parte, con Miguel de Unamuno, preferimos también «convencer a vencer». Los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo de España, de la F.A.I. y de los J.J. LL. lo probemos en Cataluña, en 1936-39. Constituyendo las fuerzas mayoritarias armadas que vencimos al fascifranquismo, no impusimos una dictadura «libertaria» ni dejamos que nos la impusiera los stalinistas ni otros istas políticos, como lo intentaron, más de una vez, durante el curso de la Revolución española.

Los libertarios, los anarquistas, en general, fuimos y continuamos siendo tanto o más tolerantes que Unamuno, pero la tolerancia, que debiera ser lo fundamental de la conducta de todos los hombres, lo esencial de su ética en las relaciones sociales no quiere decir que hemos de transigir con la intolerancia, con la arbitrariedad, con la injusticia, con el crimen: con los autoritarismos políticos-religiosos que no respetan los más elementales derechos humanos del hombre, de las minorías pensantes cabales ni los de las mismas mayorías de un pueblo.

Recordamos que, al respecto, Benito Juárez expuso un brillante y noble pensamiento que debió ser hondamente sentido por él mismo: «El respeto al derecho ajeno es la paz». Pero el caso es que sólo los libertarios luchamos en el sentido que en este derecho se basen, realmente, todas las relaciones entre los individuos humanos y los pueblos de todas las regiones del orbe.

¿Qué respeto les merecía a los militares monárquicos-franquistas y a los clericales las mayorías políticas y las de carácter social que se manifestaban en España? Nigún respeto. La mayoría de los españoles no votábamos por luchar en el terreno social unos, los humanistas, libertarios, y por la influencia de estos serles, a los más, indiferentes la política. Sin embargo, desde el punto de vista político en España, la voluntad mayoritaria del «pueblo votante» se expresó en las urnas en fe-

brero de 1936, en las elecciones que ratificaron el respeto a la República española que advino en abril de 1931, a sus leyes, a su constitución y significaron por abrumadora mayoría de votos «normales», voluntarios, la derrota de la política de los monárquicos y de las clases oligárquicas, latifundistas, conservadoras. De éstas y de aquéllos procedían los militares felones. de todo lo más vil y reaccionario de la anti-España. Y el triunfo político que todas las fuerzas retrógradas del oscurantismo no pudieron conseguir por las buenas, sin violencias, en las urnas, quisieron obtenerlo a las malas: por la fuerza bruta, traidora y criminalmente.

La República española fue responsable, en gran parte, de la tragedia de España. Al ser demasiado blanda y torpe con los seculares enemigos del Pueblo y de la Libertad favoreció, un tanto inconscientemente, el desarrollo de los planes subversivos de aquéllos. Mantuvo en el ejército a toda la oficialidad monárquica que por tradición, por instrucción y educación era — y es— enemiga de la República, y estaba decidida a luchar hasta verla caer destrozada, en mil pedazos, bajo el hierro y el fuego de las mismas armas que el gobierno republicano ponía en sus manos. Este pretendía lograr la adhesión incondicional de los militares, admiradores del fascismo y del nazismo, ascendiendo, dándoles los más elevados sueldos con los más altos puestos en el ejército.

A Francisco Franco Bahamonde la República, en 1934, lo ascendió a general de división y en ese mismo año lo nombró nada menos que jefe del Estado Mayor Central. ¡Dos años antes de la sublevación militar! ¡No cabe ya más torpeza e inconsciencia en los políticos! Con Franco en tan alto puesto militar, con todos sus compinches ascendidos en todos los cuarteles de España y Africa, en las Canarias y en las Baleares, les fue fácil preparar, organizar y desencadenar la rebelión que iniciaron, en Norte de Africa, cinco meses después que las fuerzas políticas reaccionarias perdieron las elecciones: el 17 de julio de 1936. «Cria cuervos y te sacarán los ojos». Es lo que le pasó a la República criándolos.

Los republicanos españoles, desde los que lo son a secas hasta los marxistas, llamados socialistas unos y comunistas otros —que también defendían la República de 1931—, ¿reconocerán, públicamente, sus terribles errores y horrores? Así debería ser, de lo contrario demostraría cobardía y orgullo, la vanidad y la pedantería que en política se eleva al cubo. Sin embargo, debieran confesarlos si no como propósito de enmienda, de cara (?) a España, para que las experiencias de sus defectos y «debilidades», del gran número de sus inmensas torpezas sirvan de lección a sus afines políticos de otros países y, en particular, a los gobernantes «democráticos» de las repúblicas iberoamericanas que permiten la intervención de los militares en la vida política. Y estos van tomándose más atribuciones hasta atreverse a dar golpes de Estado e imponer dictaduras a los pueblos. Es lo que tan a menudo sucede en los Estados americanos de habla castellana.

FLOREAL OCANA

LUISITA

por Marcel PREVOST



—Sí — continuó Melchor — en lugar de llenar vuestras novelas de historias de adulterios viejas como los caminos; en lugar de analizar las conciencias de vuestras «cocottes» de gran mundo, que la vida de París ha formado y deformado de la misma manera, dadnos aunque sólo sea una vez lo que sólo nos habéis dado fragmentariamente: la novela del niño, ¡la novela de la niña sobre todo! Diríase que no sospechan ustedes, psicólogos ciegos, el misterio de esas frágiles muñecas que un día serán mujeres... Créanme, casi todos tienen su secreto. Casi todas alimentan grandes ternuras, que raramente confiesan...

Por mi parte, debo decir que el ser que me ha dado la sensación más completa del amor verdadero, profundo, exaltado, es cierta niña de once años

Se le interrumpió. Surgieron protestas. Melchor prosiguió.

—¡Oh, tranquilícense ustedes! Esto no es una historia de audiencia, ni aún de tribunal correccional. Yo he respetado las leyes de mi país... No digo que no me haya sentido asaltado por la tentación... En fin, he aquí la aventura.

Hace quince años de ello. Tenía yo entonces veintiséis. Por un azar que decidió de toda mi vida política, fui elegido como abogado por un grupo de obreros a consecuencia de una huelga sangrienta.

Estábamos en el mes de junio: el asunto debía presentarse a la reapertura de los tribunales. Me retiré al campo para estudiar con toda calma y concienzudamente mi «dossier».

Habitaba, no muy lejos de Versalles, un pabellón aislado en un jardín bastante grande. El edificio principal, al borde de la carretera estaba ocupado por mis propietarios: la familia de un sub-ingeniero de Puentes y Caminos, padre, madre y dos hijas. La mayor tenía diecinueve años y se llamaba Julieta; la menor, Luisa, no contaba más que once años y medio. La llamaban Luisita.

El padre Lointier —el sub-ingeniero— era un geómetra honrado y cerril; yo me divertía aterrándole con la exposición de terribles doctrinas revolucionarias que le servía a los postres, pues con frecuencia comía con la familia. La señora Lointier era una mujer de su casa, incolora y sumisa, que hablaba poco, no pensaba mucho y economizaba cuanto podía. Julieta era una robusta muchacha, bien formada estatua de carne de color de rosa, cuyos ojos, cuyas mejillas, cuyos labios, cuyos pechos y todo resto parecían decir: Estoy absolutamente a punto para que me desposen. ¿Quien me quiere?

Yo no debía ser este feliz marido: Julieta lo comprendió; fue inmediatamente admitido en la familia que quién estaba enamorada de mí, era Luisita.

Luisita, efectivamente, parecía muy emocionada por mi proximidad. Su frente, de una blancura de mármol transparente bajo sus cabellos castaños demasiado espesos, se cubría de rubor cuando me veía... Me miraba de reojo, con sus pupilas negras como moras, y desde que encontraba mi mirada, la suya escapaba. Jamás hablaba, en la mesa, en mi presencia; jamás consentía en besarme ante sus padres; si yo me divertía, persiguiéndola, ella escapaba y no se dejaba coger hasta que nadie podía vernos: entonces sentía, al estrecharla contra mí, todo su cuerpecito tenderse nerviosamente y después desfallecer... La pasión de Luisita fue, pues, un hecho reconocido por sus padres y por mí mismo, y fue para el padre Lointier y para Julieta una fuente inagotable de bromas, a las que algunas veces tuve la debilidad de asociarme.

Al cabo de tres meses de esta fructuosa soledad, había establecido sólidamente las bases de mi defensa. La fecha del retorno de vacaciones se acercaba. Creí necesario residir una o dos semanas en el lugar donde debía verse el proceso antes de la vista del mismo, y me despedí de mis huéspedes.

La última noche que pasé en el pabellón, cuando eran ya cerca de las doce y yo me entretenía, medio desvestido, cerca de mi cama, ojeando las piezas de mi «dossier», que clasificaba en mi cartera a medida que las iba revisando, un ligero ruido me hizo volver la cabeza... La puerta de mi habitación acababa de abrirse, y Luisita se encontraba en el dintel. Debí escapar ligeramente y sin ruido de la habitación que compartía con su hermana, pues sus pies estaban desnudos dentro de unas pantuflas y bajo un chal de su madre, su cuerpo se hallaba cubierto solamente con una camisa y una faldita.

Creí al principio en un acceso de sonambulismo, en un desorden cerebral; en todo, salvo en lo que era de verdad. Luisita venía a ofrecérseme, porque ella me amaba... Comprendan ustedes bien... Está claro que esa criatura no sabía nada del amor. Ignoraba lo que podía darme y lo que podía pedir de mí. Pero una oscura presciencia le revelaba que en amor, la mujer entrega su voluntad y su cuerpo al hombre que ama, e impúdica e inocentemente, venía, en el sentido riguroso de la palabra, a abandonarse a mí.

Cayó en mis brazos, y como yo la cogí sobre mis rodillas, creyéndola enferma, se apoderó de mi cabeza entre sus dos manos y empezó a cubrirme de besos los ojos, la frente, las mejillas... ¡Oh, la inexperiencia y el fuego de los besos! Estoy seguro de ser un hombre honrado y equilibrado; estoy seguro de no tener más que las pasiones normales de todo el mundo... Ha habido, sin embargo un ins-

tante muy corto en mi vida en que me he visto a punto de cometer un acto abominable.

El esfuerzo de voluntad con el que sacudi la tentación fue tan violento, que la criatura, rechazada por mí, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer.

Creyó que iba a pegarle, y levantó hacia mi sus ojos sumisos, en los que apuntaban las lágrimas. Tuve el sentimiento de ser tan profundamente, tan ciegamente adorado por aquella chiquilla, que me acusé por mi brutalidad; tranquilicé a Luisita con mis caricias y mis besos. Intenté persuadirla de que debía volver, y muy deprisa, a reunirse con su hermana antes de que se diesen cuenta de su desaparición.

—¡Oh! —dijo ella— no hay peligro; Julieta tiene el sueño muy duro. Por la noche, con frecuencia, cuando no duermo, me levanto, me paseo por la habitación, hago ruido sin tomar ningún cuidado... Ella no se despierta nunca.

—¡Pero tú no puedes quedarte aquí, Luisita! Ahora que nos hemos dicho adiós, hay que ser razonable... ¡Es preciso que te vayas y me dejes!

Ella bajó la cabeza y dijo obstinadamente:

—Quiero quedarme.

—Quedarte... ¿por cuánto tiempo?

—Toda la noche... Cuando amanecerá, me iré. Nadie sabrá nada.

—Pero yo quiero acostarme. ¡Quiero dormir!

Ella escondió su cabeza contra mi espalda y balbuceó, como una confesión de novia:

—Yo quiero quedarme... Quiero dormir... como mamá al lado de papá... en la cama a tu lado.

—¡Ah!, les ruego que crean ustedes que hice todo cuanto puede para que se decidiese a salir. Ella repetía obstinadamente: «¡Quiero quedarme! ¡Quiero quedarme!»... ¿Qué hacer? ¿Cogerla por el brazo y llevarla a sus padres? Aparte de que la situación hubiera sido un poco fea, sentía una repugnancia singular a traicionar el amor de esa pequeña; una verdadera rebeldía de honor: la que guarda, sobre nuestros labios, el secreto de una mujer que se ha entregado a nosotros.

Al fin, tomé mi partido.

—Sea —le dije—. Ven, vamos a dormir.

Envolví a la niña en el chal que había traído. La extendí sobre mi cama; yo me eché a su lado, medio vestido como estaba. Cuando la luz se apagó, ella anudó sus brazos alrededor de mi cuello; se quedó quietecita. Pronto sentí su corazón alborotado calmarse; su respiración, hecha regular, me indicó que dormía...

Por mi parte, los pensamientos malsanos que un instante turbaron mi cerebro, se habían desvanecido. Estreché contra mí, con un verdadero abrazo paternal, esa tierna cosita inanimada que había venido confiadamente a entregarse a mí. Y a mi vez me dormí... Cuando vinieron a llamarme, a la mañana siguiente, alrededor de las ocho, Luisita no estaba allí.

Una hora más tarde, abandoné la casa. El padre Lointier, su mujer y Julieta me despidieron. Luisita no vino; me dijeron que lloraba en su habitación, que no quería bajar...

—¿No la volvió a ver más?— preguntó alguien cuando Melchor calló.

—No... Jamás.

—Tanto peor para usted... ¡Seguramente hubiera sido una aventura divertida!

—Se engaña usted —contestó gravemente el narrador—. No he vuelto a ver a Luisita, pero sé lo que ha sido de ella... A los diecisiete años profesé en las Ursulinas de Versailles.

Marcel PREVOST

La voz del interior

¡Trabajadores de Euzkadi!

Todo hombre tiene derecho a pensar y el pensamiento no debe constituir un delito sancionado por el Código Penal.

Llevamos 25 años de Paz, como blasona el Gobierno y aún siguen compareciendo ante los tribunales militares, civiles, y el especial de Orden Público centenares de hombres con peticiones de años de prisión, por el solo motivo de pensar y pedir que se nos equipare el resto de los ciudadanos del mundo.

Tenemos derecho a elegir el Sindicato más afín a nuestras concepciones. Tenemos derecho a poder declararnos en huelga para la defensa de nuestras reivindicaciones, sin que ello constituya, como el pensamiento, un acto punible.

Sólo los deberes quedan para ser cumplimentados por la clase trabajadora y cumplidos éstos hasta la saciedad, el ultraje y los despidos recibimos como compensación. Así viene ocurriendo aquí en Vizcaya, Vergara, Beasain, Tolosa y Rentería por no mencionar más lugares.

¡Pongámonos en guardia contra los atropellos para impedirlos!

La Alianza Sindical de Euzkadi, en colaboración con el Consejo Delegado del Gobierno Vasco, conscientes de las graves afrentas de que somos objeto los trabajadores hace un llamamiento de solidaridad convocando a una concentración pacífica que tendrá lugar el próximo domingo 18 de octubre, de 12 a 1 del mediodía, hora en que se disolverá.

En BILBAO: Granvía.

En PAMPLONA: Paseo Sarasate

En SAN SEBASTIAN: Frente al María Cristina.

En VITORIA: Calle Dato.

Nuestra presencia en la concentración será como desagravio e identificación con los que sufrieron y sufren la persecución franquista por defender las libertades sindicales y los Derechos del Hombre.

¡Trabajador, demócrata, tú mismo puedes comparecer en el banquillo de los tribunales franquistas si no sabes defender con tesonera hombría los inalienables derechos que te pertenecen!

¡Por la Libertad Sindical!

¡Por el derecho a la huelga!

¡Por el reingreso de todos los trabajadores!

Te espera en la concentración del día 18.

La Alianza Sindical de Euzkadi.

S.T.V., U.G.T. y C.N.T.

Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

(CONTINUACION)

El lunes, el P. Juan María me hizo llamar muy temprano. Según la Santa Regla de la Santa Casa —la desconfianza es la primera y no vacilaría en decir la superteológica virtud católica—, debía hacer mis maletas con la asistencia del maestro de los novicios. Antes de realizar esta tarea, que no sería muy larga, tuvimos una entrevista singularmente afectuosa.

Amabilidades, primero titubeantes, luego tiernamente paternales. En fin, el infeliz P. Juan María se acusaba, ingenuo y humilde, de ser el primer artesano de mi desdicha.

—Soy culpable —decía la palabra, como en la recitación del **Yo confieso**, atrayendo hacia su pecho un gesto con su puño derecho medio cerrado—, soy culpable por no haber comprendido de qué manera con usted hubiéramos tenido éxito. También soy tal vez culpable por haber consultado demasiado y por haber cargado en otros hombros la cruz que yo sólo debía llevar. Yo que os veía más, que os conocía mejor, que os amaba más profundamente en Nuestro Señor Jesucristo, debía haber tenido el valor de las decisiones. Es usted un niño que anhela el amor y la confianza. Hubiera debido daros en seguida la ropa del novicio.

¡Maravilla! Sin esfuerzo hablaba y habló en toda esta entrevista. Pocos titubeos. Ni una palabra impropia. Ni siquiera una vez el gesto ridículo en donde la mano arrancaba la palabra de la boca.

Me cuidé bien de interrumpirle. Me sentía ante algo de sagrado: un corazón que se abre, que se abre más de lo que quisiera. El acento del P. Juan María me emocionaba como una música de amor y de bondad.

Mientras discurría, me había atraído hacia él. Bien a menudo su mano me apretaba contra su sillón, pero mejor hubiese querido apretarme contra su cuerpo. A veces, me acariciaba suavemente la cara. ¿No había en estos gestos paternales el pequeño cálculo de esconderme que lloraba? Ingenuo cálculo, como todo lo que venía del adorable santo. los ojos de un niño saben ver de lado.

En su palabra, hoy abundante y fácil, algunos vocablos demasiado inverosímiles me sobresaltaron. El P. Juan María decía:

—No caeré de nuevo en los mismos errores cuando usted vuelva.

Su brazo sintió mi brusco retroceso de asombro y de rechazo. Sus labios sonrieron bajo la humedad y el fulgor como rientes en aquel momento, de sus ojos y prosiguió:

—Ya sé. Parte usted sin esperanza de retorno. Parte usted feliz como de una cárcel que al fin se abren las puertas. Pero lejos de mí, usted se dará

cuenta de cuánto yo lo quiero; usted sentirá también que ser guiado por uno que os quiere y al que se quiere —pues usted mañana no dejará de quererme—, es la verdadera libertad, la sola que esté sin peligro para nuestra salvación, la sola también que tenga alguna dulzura humana.

Las últimas palabras habían sido pronunciadas de un modo extraño, o se podría decir encantado y avergonzado, arrullado y ahogado.

Mis ojos también se volvían húmedos. Me lancé sobre el P. Juan María, lo abracé tumultuosamente, emocionadamente. Me devolvió mis abrazos y mis sollozos mal contenidos fueron también respondidos por algunos suspiros idénticos. ¿Era mi partida hacia los peligros del siglo lo que hacía suspirar al santo? ¿Era nuestra separación? ¿O eran aquellos suspiros, reproches que él mismo se hacía? Tal vez nuestro afecto le parecía fealdad y tinieblas precisamente porque era de una belleza y de una luz humanas.

Mis lágrimas ahora fluían abundantes. Me sentía muy desgarrado. Mi corazón emocionado me arrastraba casi hacia ese ensueño de retorno. Mi razón lo proclamaba imposible.

A veces un ser al que se deja sin pena para siempre se revela demasiado tarde, haciéndose querer con una embriaguez de luz que no puede ser, ¡desgraciadamente!, nada más que cefepúsculo; con dificultad y dolor no se desliza hacia lo ridículo, hacia los aliviantes juramentos de eternidad. Bien se sabe demasiado que nunca más habrá que verse.

Temblando de deseo y de miedo, dije en un tal resbalamiento y un tal vértigo.

—Pero P. Juan María, usted sabe que yo no puedo volver.

Emocionado, por creerme conquistado, el maestro de los novicios hizo una cosa inaudita: me tuteó:

—Hijo mío, pobre hijo, querido hijo, seguro, tú no puedes volver en quince días o en tres semanas. Pero, en seis meses, podrás volver y volverás.

Quise sentarme en las rodillas del buen viejo. Me rechazó:

—No, hijo mío, no, mi pequeño Henri. Tú me preparas ya una próxima confesión demasiado pesada.

—Padre Juan María —pregunté yo, emocionado y malicioso—, ¿está usted seguro de que no se confiesa nunca de las propias bellezas y grandezas?

—¿Qué dices tú, monstruoso pequeño demonio?

—Padre Juan María, todo el mundo dice que es usted un santo.

—Todo el mundo se equivoca mucho.

Mi cabeza riente y lagrimeante hacia un signo de aprobación.

—Sí, P. Juan María, todo el mundo se equivoca. Usted es mucho más y mejor que un santo: usted es un hombre y es un corazón.

—El corazón —el acento se volvía bien doloroso mientras que se crispaba extrañamente la cara—, el corazón, si no está sometido a la Regla, hace cometer terribles equivocaciones.

—Padre Juan María, el corazón de Jesús se oponía heroicamente a la regla que exigía la muerte de la mujer adúltera. El corazón de Jesús perdonaba a Magdalena porque ella cedía a su corazón en lugar de obedecer a la regla. ¿A qué regla se sometía el corazón de Jesús cuando reservaba sus enseñanzas más profundas a aquella samaritana que, habiendo tenido ya cinco maridos, vivía con un sexto hombre que no era su esposo?

—Predicas bien hijo mío. Pero la doctrina no es ortodoxa. Te compadecería si estuvieses convencido. Te compadezco porque juegas con cosas santas.

—La lógica, P. Juan María, ¿acaso no obliga a condenar sea esas reglas que «mandatos de hombres» afirman arbitrariamente santas, sea el evangelio y «la santa libertad de los hijos de Dios»?

—Cállate, monstruoso pequeño demonio. Tú no vas a arrogarte o a atribuirme los privilegios de Jesús. El es Dios. El mismo es la Regla o, para repetir sus palabras, «la Vía, la Verdad y la Vida». Resucita primero a Lázaro, luego te acordaré algunos derechos.

—Pero, querido Padre, El ha dicho: «Sólo es perfecto el discípulo que se parece a su maestro». Y ha ordenado: «Sed perfectos como el Padre Celeste es perfecto» (21).

Entonces, el P. Juan María separó la discusión:

—Propondrás tus dificultades a otros más sabios que yo, a tus profesores del Gran Seminario, por ejemplo. Déjame más bien decirte porque en seis meses podrás volver, porque en seis meses volverás.

El Reverendo Padre Superior del Colegio de París era muy viejo y su inteligencia se debilitaba cada día. Se creía saber que el Reverendísimo General iba a darle por ayudante primero y por sucesor pronto, al reverendo padre Segismundo. En Aix, el nuevo Superior sería sin duda el padre Francisco. El padre Francisco que tenía afición por el estudio, le agradaba mi inteligencia y mi gusto por el estudio. El P. Juan María tendría el cuidado de hablarle de mí de cuando en cuando, impidiéndole que me olvidara, cultivando así su deseo para volverme a ver.

Siempre afectuosa, la palabra del maestro de los novicios ya no me emocionaba. Había vuelto al tratamiento del *usted* regular, lo que me hería como una traición de amor. Para esta exposición

(21) Han Ryner es autor de una vida de Jesús titulada *Le Cinquième Evangile* (El Quinto Evangelio) que se editó varias veces en francés. Fue traducida al castellano y publicada en Sabadell (España) por *Crisol* y en Buenos Aires por *Imán*. En 1962 apareció *O Quinto Evangelho*, editado por *Germinal* en Río de Janeiro. Existen dos traducciones inéditas, en inglés y en esperanto.—Trad.

de los hechos, me había obligado a que me sentara a cierta distancia. Apenas si lo escuchaba ahora, ni siquiera cuando me enorgullecía al sentirme recomendar el que fuera humilde, más humilde que los otros, porque, con esta sola condición, Dios me reservaba la gloria de los grandes oradores sagrados.

La felicidad me volvió cuando el P. Juan María dijo:

—Ven a abrazarnos una última vez y contengámonos.

Pero yo al abrazarle:

—No hay por qué contenerse.

—Hay que hacerlo por diversas necesidades, querido, mi querido niño. Estas emociones desgarran a mi pobre corazón demasiado viejo. Me sacarían la fuerza para efectuar todos mis deberes... Subamos a hacer tus maletas.

Entonces, me apreté contra él, afectuoso, como adhiriéndome:

—Querido P. Juan María, quisiera pedirnos una cosa.

—Di lo que quieres, mi pequeño Henri.

—Deme dos o tres libros latinos y un diccionario.

—Monstruoso pequeño demonio, tú sabes bien que nada de aquí me pertenece.

No me atreví a insistir. Pero él, viendo mi decepción, levantó los hombros, rebuscó entre sus pobres libros y me dió un César muy usado.

—Padre Juan María —imploré aún— ponga en la primera página la fecha y vuestra firma.

Pero rechazó victoriosamente aquel pecado demasiado grueso o aquel gesto demasiado comprometedor.

Me acompañó él mismo a la estación con un postulante que arrastraba mi pobre maleta con un pobre carrito de mano. Fue el P. Juan María quien compró mi billete y que hizo registrar mi equipaje. Se negó a pasar al andén. En la sala de espera de tercera me dio casi friamente —a causa del testigo— el beso de paz. Pero me dijo con una hermosa sonrisa

—No tenemos casi el tiempo de decir algo. No olvide jamás querido niño, nuestra entrevista de ayer. De ella depende vuestra salvación.

Bajó la voz, fue, como la víspera en algunos minutos, confianza y confusión, arrullo y ahogo:

—Vuestra salvación y mi felicidad, lo temo, en este mundo.

IV

La carta por la cual el R. P. Segismundo anunciaba mi retorno no era, se lo adivina, muy indulgente. Mi padre me recibió con grandes gritos indignados en los cuales decía que yo nunca sería bueno para nada y en donde, recuerdo, expresaba que mi cabeza terminaría por rodar encima del cesto de aserrín, cortada por la guillotina. La doble cólera de Dios, como en todos los discursos violentos de mi padre, era pronunciada en cada fra-

se, pero en dialecto catalán: **Raira da Dieu** (22). En dialecto mi padre también repetía, en tales ocasiones, la afirmación de su raza: **Sieu catalá**. Lo que quería decir, sin duda, que un catalán no soporta ciertas cosas.

Era necesario mantener silencio durante la borrasca. Mi misma madre se callaba mientras duraba la tormenta gritona. La menor interrupción hubiese hecho la escena más larga y las exclamaciones más locas.

Dos o tres días más tarde, volvieron a venir los reproches con un tono menos excitado: eran a veces desolados y paternales, a veces despreciativos e irónicos. En esta fase, se podía responder. Pero primero toda prudencia era poca. Luego una cierta mezcla de ternura y de firmeza voluntarias se hacía posible, en donde yo no era muy torpe.

—Entonces gran tonto, ¿has perdido la ocasión de ir a ver París?

Y alzando los hombros se reía con sarcasmo.

Tampoco creí yo necesario retener mi risa y dije:

—Entonces papá, ¿tú te imaginas que estar encerrado en un convento en París es ver París? Pero, papá, en mis quince meses pasados con los Hermanos Grises, no he ido una sola vez a Aix durante el día. Todas las semanas íbamos a los baños tan temprano que no encontrábamos a nadie y ninguna tienda estaba abierta. En San Pablo de los Tres Castillos no tuve tampoco suerte. Atravesé el villorrio una vez en pleno sol y una vez bajo la lluvia. Yo estaba en las filas, y si mis párpados cerrados se hubieran abierto al espectáculo profano, ¿qué castigo hubiera sido bastante para tal crimen? La comunidad, como cuando yo tuteaba a un confidente, hubiera lamentado en coro el **De profundis** durante mi confesión, y desde que como una flor hubiera traído mi absolución, se habría alegrado con un **Te Deum** o, por lo menos, con un **Magnificat**.

**

Siempre sin diccionario, yo trabajaba con el **Pro Arquia Poeta** que poseía por derecho de conquista y con el César del buen P. Juan María. Por meditaciones a tientas y adivinatoras, por la búsqueda de una misma palabra diversamente iluminada por contextos diferentes, enriquecía cada día mi léxico. Pero el Virgilio seguía siendo casi enteramente rebelde a mis esfuerzos.

Una mañana, ya no encontré más mi tesoro en su lugar. Desaparecidos, Virgilio y Cicerón, César y Lhomond. Desvanecido, mi laborioso léxico. Busqué por todas partes sin encontrar nada, en los lugares más inverosímiles. Con una sonrisa decepcionada mi madre miraba mis vanas búsquedas y mi nerviosismo en aumento.

(22) Los padres de Han Ryner eran oriundos de la Cataluña francesa, conocida en Francia por el Rousillón, cuya capital es Perpiñán. Como puede verse esta exclamación (Cólera de Dios) y en la que sigue más abajo (Soy catalán) el idioma en el cual escribió Jacinto Verdaguer difiere bastante del catalán que se habla en los valles del Canigou. - Trad.

Ella dijo enfín, sacudiendo la cabeza:

—No vale la pena, hijo mío, buscar por toda la casa. Sé lo que buscas y no lo encontrarás. Tu padre lo ha hecho desaparecer.

—¿Por qué?

—Debido a que el Seminario se ha cerrado para ti, debido a que no has sabido tener paciencia para quedarte con los Hermanos Grises, es demasiado cierto que tú no llegarás nunca al sacerdocio.

—¡Qué no! Vas a ver como llegaré. Tú sabes bien que tengo voluntad y que llegaré.

—Tu padre no lo cree y considera como tiempo perdido el tiempo que pierdes con el latín. Vas a tener dieciséis años y creces un poco. Quiere que te prepares, en lo que quieras, para el concurso de la Escuela Normal o del Supernumerario de Correos.

—No quiero ser ni cartero ni maestro.

—Quieres lo imposible, pobre hijo mío. Será necesario que te resignes a lo posible.

Pero yo dije, feroz:

—También la muerte es cosa posible. Si mi padre no quiere comprender, moriré.

En vano mi madre me consolaba con caricias. En vano me presentaba las perspectivas encantadas en donde el maestro era el más feliz de los hombres, a menos que no lo fuese el comisionado de correos. Nada calmaba mi desespero; nada sacudía mi resolución; nada me arrancaba a mi obstinación tenaz.

Se aproximaba la hora en la cual mi padre volvía del trabajo. Odiosamente, quise huir.

—Voy a pasearme.

—Sería mejor que fuéras a recoger hierba para los conejos. En fin, haz lo que quieras. Pero vuelve a mediodía. Sabes que tu padre quiere que todos estén en la mesa a esa hora.

—Sin embargo, no pienso estar presente. No comeré hasta que no me entreguen mis libros. Y no quiero que la presencia de alguien que no come os corte el apetito.

—Mi hijo, mi pobre hijo, mi terrible hijo...

Yo estaba ya afuera. Corrí todo el día por las bellas colinas desiertas desde donde se divisa el mar. Volví solamente para acostarme.

Al otro día, mi madre no tuvo éxito en hacerme aceptar el desayuno. Mi padre, me dijo, tomaba la cosa aún riendo: «Tendrá más ganas de comer mañana». Pero no había que obstinarse hoy: sería recalentar su gran enojo y hacer explotar una de esas escenas que volvían enferma a mi pobre madre.

—Búrlate de sus ridículas escenas como yo me burlo de sus absurdos caprichos.

Y me fui hasta el atardecer.

A mi retorno, libros y cuadernos estaban en su lugar. Mi padre no estaba allí. Había declarado:

—No debo ver demasiado pronto a ese testarudo. Tengo miedo de darle una gran paliza.

Pero tales tormentas no eran muy largas. Y las decisiones irrevocables de mi padre, cuando mi madre y yo nos obstinábamos contra ellas, duraban a lo más tres días.

Yo ya no sé como mi madre descubrió la existencia en Aix de la institución de Nuestra Señora, supo que se podían obtener grandes concesiones en los precios oficiales, negoció con el director y, aunque el sacrificio era terriblemente pesado, decidió a mi padre. Hacia mediados de abril, después de las vacaciones de pascuas, entré como pensionista en esta casa laica pero piadosa. De nuevo, me sentí el más feliz de los jóvenes.

El viejo señor Manuel —o, como decíamos todos nuestros días más educados, el tío Manuel— era el solo profesor de su establecimiento que agrupaba una sesentena de alumnos. Recuerdo que había cuatro o cinco retóricos y éramos una docena censados en quinto. Había unos pocos más en octavo. El resto sólo estudiaba el francés y las matemáticas.

El tío Manuel, si el juicio no me falla, era verdaderamente instruido y su actividad experimentada bastaba para toda la labor. Era ridículo, por lo que sentíamos de anticuado en sus palabras solemnes y en sus lentos métodos, pero sobre todo por un gesto verdaderamente simbólico: todos los lunes entregaba a cada uno de nosotros, con otros «abastecimientos», tres plumas de oca. Conocía la pluma de oca por mis lecturas y por los recuerdos de infancia de mis padres pero, antes de mi encuentro con el tío Manuel, yo no las conocía. ¿De cuando debía ser su inagotable y arcaico depósito? Nadie entre nosotros consentía a usar el instrumento fuera de moda. Los externos nos traían plumas metálicas: cinco por un céntimo.

En todas las clases los externos iban a la cabeza sin esfuerzo y el tío Manuel debía ser para ellos un excelente profesor. La desgracia radicaba en que era imposible trabajar en el estudio.

El día mismo de la entrada a clase en octubre, según parece, después de que el tío Manuel hubo presentado a los alumnos al infeliz mequetrefe que sería el repetidor y en el momento en que el patrón se hubo alejado, un retórico, el hercúleo Raimundo del Torrente silvó y el más ruidoso de los desórdenes comenzó. El desgraciado repetidor se desgañaba, pero sólo añadía más ruido y no lo dominaba. Sus gestos desolados, imitados por todos entre las danzas sobre los bancos y el barullo encima de las mesas, daban un alimento más a la alegría. Pero Raimundo del Torrente se le acercó y, con un gesto imperioso, obtuvo el silencio. Entonces, con el aspecto severo, preguntó al pobre diablo:

—¿Tú estás con osotros o con el patrón?

Sin dejarle el tiempo para responder, continuó:

—Si estás en contra nuestra, vas a recibir la primera paliza cotidiana.

Con la camisa arremangada, Raimundo mostraba sus impresionantes músculos de los brazos.

—Señor —balbuceaba el infeliz mequetrefe— solamente quiero ser indulgente. Pero no podría sin embargo tolerar por una segunda vez el desorden precedente.

Raimundo se echó encima del desgraciado repetidor, gratificándolo con algunos sólidos puñetazos. Luego, lo enderezó, agarrándolo por el cuello y sacudiéndolo brutalmente.

Y, mientras tanto, dijo:

—Expliquémonos leal y claramente. Las buenas cuentas hacen los buenos amigos; las explicaciones leales hacen los buenos compañeros. Si vas luego a contar al tío Manuel nuestro pequeño-desacuerdo, primero supongo que tal cosa te humillará un poco. Después, el tío Manuel te explicará que yo soy un buen muchachón al cual hay que dejar pasar por alto algunas fantasías. Al mismo tiempo, recordará que, con el pretexto de que tengo buen apetito, mis padres pagán pensión doble. Recordará también el viejo bibliomano, que le han hecho y le harán regalo de más de un libro raro. Entonces, amigo, escucha bien. Puesto que habrás comenzado, tu dignidad exigirá que continúes. Dirás más o menos así: «Es necesario que el señor Raimundo del Torrente o yo dejemos esta casa». Y el tío Manuel que no es un imbécil te responderá: «Como usted quiera, querido señor. Los repetidores se encuentran a trece la docena, mientras que un Raimundo del Torrente es más difícil de hallarlo».

Después de dos o tres tentativas de rebelión, cada una de las cuales le valió una paliza, el pobre repetidor doméstico no encontró otra solución que el hacerse cómplice de la pereza general y servidor del desorden universal. Fuera del estudio herméticamente cerrado, hacía de centinela, observando las raras e imprevistas llegadas del tío Manuel. Antes de abrir y de ir a su pupitre, daba la señal de alarma con cierto golpe dado en la puerta. El tío Manuel tenía así la satisfacción de encontrarnos a todos sumergidos en el trabajo; mis compañeros la felicidad de no hacer nada; el repetidor famélico, la suerte de no ser expulsado.

En un ruido infernal, entre los juegos diversos, las carreras entre las mesas, debajo de las mesas y encima de las mesas, intenté el primer día de traducir, a pesar de un dolor de cabeza a cada instante más pesado, mi fábula de Babrius. El verdadero amo de la casa, el gigantesco, el brutal, el temible Raimundo del Torrente me preguntó burlo:

(Continuará.)

APUNTES

El colectivismo en la revolución española

POR múltiples causas los sociólogos, desde los católicos a los comunistas ortodoxos, definen —con aviesa intención— al «Colectivismo anárquico» como un sistema caótico y de desorden económico.

En buena teoría, entendemos que para tener un criterio exacto sobre el «Colectivismo anárquico» precisa examinar los resultados experimentados en la Revolución española, y tener cuenta de los hechos.

La imparcialidad en materia social debe ser la norma a seguir para establecer la verdad. Y no es así.

Todos los juicios que hemos visto emitidos sobre la materia o sistema económico-social del «Colectivismo anárquico», parten del error de asimilarle a las concepciones del «Manifiesto Comunista» de Carlos Marx (1848). Un año de progreso en la Ciencia Social, aún no ha permitido a los sociólogos hallar las causas fundamentales que separan y dividen inconfundiblemente las dos concepciones. Admiten todos la posibilidad de una economía colectivizada pero vinculada a la evolución del Estado socialista. Esta fórmula es la que presentan como panacea que sucederá, en oposición, al sistema capitalista. Y en esta evolución de la economía privada hacia el colectivismo de Estado, sitúan la felicidad de los trabajadores, el principio de igualdad social.

Un error capitalísimo que cometen los doctos llegando a semejantes conclusiones. El colectivismo de Estado es la negación de la personalidad del productor. Y la careada igualdad social, brilla por su ausencia, puesto que dos clases subsisten; funcionarios dirigentes y obreros productores, obligados a una mecanización preconcebida por y para las necesidades del Estado.

Todas las apreciaciones hechas sobre el «Colectivismo anárquico» son excesivamente tendenciosas. Los más interesados en desvirtuarle son los socialistas y los comunistas. No analizaremos la falsedad de su lógica, porque ni esta existe en sus razonamientos. No ahondaremos en disquisiciones filosóficas. Nada aportarían de nuevo en los trabajos de teoría ampliamente definidos por los pensadores y filósofos de todas las escuelas. No falta más teoría; lo que se puede decir, ha sido ya expuesto en todos los tonos y en todas las formas.

No nos queda más que afianzar experiencias. En este crisol de las ideas es donde pensamos fundirlas y llegar a unas conclusiones —no particulares— que de ser así, no tendrían ningún valor. Las conclusiones serán los hechos. Estos, la historia no los dementirá jamás.

La naturaleza del «Colectivismo anárquico» se define por sus realizaciones controladas. Estas son una leyenda en los cerebros obtusos y cegados por la pasión política o religiosa, pero no en los miles de testigos, en los quintales de documentos que corroboran estas deducciones extraídas del examen de las realidades. Es innegable que el sistema colectivista — que ha regularizado la vida económica en Aragón, es un principio de economía socializada llamada a cristalizar en una Sociedad Comunista Libertaria.

La Confederación Nacional del Trabajo de España ofrece su experiencia a los trabajadores del Mundo como un medio seguro e infalible de llegar a la supresión del Estado y del Capitalismo. Su historial, sus luchas son el espejo de la verdad que oponemos a los sistemáticos detractores del anarquismo conceptualizado como expresión del desorden.

El «Colectivismo anárquico» es la esencia de la lógica social y económica bien especificada en el desarrollo, particularmente intenso, de las iniciativas individuales. El miembro de una colectividad anarquista no es un «robot», mas un hombre que piensa y determina, que posee un criterio, una personalidad que le niega el colectivismo socialista de Estado. Todo miembro de una colectividad anarquista es un valor positivo, al adaptarse por propia voluntad a los intereses generales de la Sociedad, a la cual le vinculan las relaciones humanas.

El «Colectivismo socialista de Estado» es la negación de toda iniciativa individual y colectiva. La prerrogativa sobre todas las iniciativas son función de Estado, soberano y único determinante en la economía político-social. Los Kolkohz son un ejemplo viviente de la negación misma del colectivismo estatal. Su existencia ha tenido que ser mantenida, dando facilidades a los mismos colectivos para traficar y especular al margen de los intereses del propio colectivismo. Mientras que en Aragón y en las colectividades de todo el territorio libre del fascismo, los propios productores refractarios a nuestro principio social, se sumaron voluntariamente a las colectividades. En estas abundaron los artesanos y los campesinos pequeños propietarios. En Rusia, estos se han separado de más en más de los «Kolkohz», fomentando una nueva clase privilegiada sumada a la de funcionarios. Esto porque el Estado, amo supremo y soberano, hace del hombre un simple número en el engranaje absurdo de su maquinismo funcional.

El «Colectivismo anárquico» se destaca por sus rasgos característicos en tres aspectos fundamentales: el jurídico, el económico y el filosófico.

Bernardo POU

Perfil y conciencia de un pueblo

por Juan de IBERIA

CON dólares y libras esterlinas se vive en España regaladamente. El régimen del caudillo de las manos rojas se pavonea del gran éxito turístico que ha tenido la nación en el curso del pasado verano. El turismo ha ofrecido siempre eso: viajes de placer, pintorescos paisajes, reductos de legendaria cultura artística, danzas y cantos seductores, hombres y mujeres fascinantes, espectáculos que electrifican cual las corridas de toros. La Dirección General del Turismo está explotando esta mina de manera magistral, con arte e inteligencia dignos de mejor causa.

Pero el señor Pemán no se engaña. El turismo que tanto nos ufana, ha dicho recientemente el señor Pemán: «Es la espuma de un bienestar económico que rebosa en otras partes.» «Y así como el turismo existen otras cosas —agrega el poeta académico: «La exportación de criadas y obreros entusiasma también a algunos y se convierte en una nueva hazaña.» De lo dicho por el poeta pegajoso se infiere que la invasión de poetas en nuestro país no es debido a su paz, a su tranquilidad, a su abundancia, y a sus... toros. Es una ilusión patrioterica. La España francofalangista se enorgullece de lo que a todos los españoles dignos de tal apelativo, nos avergüenza...

De lo que no habla el señor Pemán es de la exportación de profesores a los Estados Unidos. Los intelectuales que no pueden enseñar en su país se ven obligados a explicar las grandezas de nuestra cultura, desde el siglo de Oro a nuestros días, a los amigos de Golwater y de Mac Carthy, dándoles explicaciones sobre la catedral de Toledo, Burgos y Santiago de Compostela. ¿Pobre y desdichada España!

Catedráticos sin cátedra, campesinos sin tierra, y criadas hermosas como Dulcinea del Toboso que van a alquilar sus brazos al primer postor. El flamante señor Solís, secretario, ministro y rec-

tor del Movimiento, puede ufanarse de los tres millones de brazos vigorosos regalados al extranjero como mercancía barata. La España peregrina y desterrada que no sabe leer porque la han dejado huérfana de maestros, de profesores...

Pero España no es sólo eso: España es un pueblo maduro, de recio carácter histórico, que hay que recobrar para la democracia y la libertad. Quien desconozca la historia de España, no será capaz de comprender la sin igual grandeza de su tragedia. Y debido a la ignorancia, cuando no de la mala fe, o de la indiferencia que es la peor de las cobardías, no son pocos los turistas que caen en las tupidas redes de la propaganda facciosa.

Hay que ir a España con los ojos del entendimiento bien abiertos; y de una manera especial aquellos que se consideran liberales, humanistas, amigos de la verdad y no sé de cuantas otras zarrandajas por el estilo; los que vean en el semejante un ser hermano y gusten de la mutua comprensión como mejor vehículo que nos conduzca a la armonía universal, que es evolución y ciencia, progreso y solidaridad.

¡Que vayan a España todos los turistas del mundo! Que vean la España de los pueblos **vendidos de monte a monte, de mar a mar**. Así se darán perfecta cuenta de que la España de Hemingway no es la España de Unamuno, que el país de la **leyenda negra**, no es la patria de Don Quijote, de Zalacaín y de Marinet, el acuchillado por los sátrapas de Falange.

Es de esperar que esa España repelente, que nos disgusta y denigra, desaparezca pronto, y que la España árida, reseca, triste, trágica, se dé cita de honor en las cumbres de los Pirineos para entonar el canto del trabajo redimido, de la libertad recobrada, de la justicia social hecha cuerpo y acción para encaminar sus pasos no hacia la aventura, sino hacia la gran ventura. No hacia el odio que mata, sino hacia el amor y la paz que ha de salvar a todos nuestros queridos pueblos...



POETAS DE AYER Y DE HOY

El mañana efímero

por Antonio MACHADO

La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María,
de espíritu burlón y de alma inquieta,
ha de tener su mármol y su día,
su infalible mañana y su poeta.
El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura! pasajero.
Será un joven lechuzo y tarambana,
un sayón con hechuras de bolero;
a la moda de Francia realista,
un poco al uso de París pagano,
y al estilo de España especialista
en el vicio al alcance de la mano.
Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahir, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar de la cabeza,
aún tendrá luengo parto de varones
amantes de sagradas tradiciones
y de sagradas formas y maneras;
florecerán las barbas apostólicas,
y otras calvas en otras calaveras
brillarán, venerables y católicas.
El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura! pasajero,
la sombra de un lechuzo tarambana,
de un sayón con hechuras de bolero,
el vacío ayer dará un mañana huero.
Como la náusea de un borracho ahito
de vino malo, un rojo sol corona
de heces turbias las cumbres de granito;
hay un mañana estomagante escrito
en la tarde pragmática y dulzona.

Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

«CENIT» OFRECE A SUS LECTORES
LOS LIBROS SIGUIENTES

Energía atómica	10,50 frs.	Ideas universales en el pensamiento español, Alaiz	0,50 »
En torno al casticismo, Unamuno	4,50 »	Ideologías y regiones	3,60 »
Enfermedades de la mujer	1,00 »	Impotencia en el hombre	30,00 »
Espejo de la muerte, Unamuno	4,50 »	Importancia de llamarse Ernesto, Wilde.	4,00 »
Falsos redentores	8,00 »	Infancia entre dos esquinas	3,00 »
Fascismo en la ideología del siglo XX, C. Rama	2,50 »	Infancia en Nueva York	6,00 »
Fatalidad	2,00 »	Inquisición en hispanoamérica	11,00 »
Federación Local es el municipio, Alaiz.	0,50 »	Invernada en los hielos, Verne	2,00 »
Feria de discretos	2,00 »	Intruso, J. Ferrer	0,50 »
Ferrer Francisco	15,00 »	Indomable (la), Montseny	1,50 »
Fin de la Tierra	5,50 »	Influencia anarquista en el socialismo, Rucker	2,00 »
Final de norma, Alarcón	2,00 »	Incógnita de Indoamérica	1,50 »
Figón de la reina Patoja	2,00 »	Ira, Séneca	2,00 »
Filosofía de la Vida, Engels	2,00 »	Ivanhoe, Scott	3,00 »
Frente al mañana, Sánchez Albornoz	2,00 »	Jane Eyre, Bronte	4,00 »
Fuera de la ley, Bajatierra	0,50 »	Jardín de Acracia, Solano	3,00 »
Ganarás el pan	2,00 »	Jesucristo nunca ha existido	5,00 »
Gil Blas	5,00 »	Johas el errante	0,50 »
Genio del Cristianismo	5,00 »	Juan Azul	4,50 »
Grecia libertaria	1,20 »	Judios sin dinero	5,00 »
Gramática Castellana, Zuñiga	5,00 »	Juicio contra Franco	1,00 »
Guatemala	5,00 »	Kira Kiralina, Istrati	2,00 »
Guía de la archivera, Brauman	6,00 »	Laberinto español, Brenan	24,00 »
Guerra de España (la), Brué y Tamine ..	15,00 »	Lámpara que no ardió	4,00 »
Guzmán de Alfarache, Alemán	4,00 »	Lazarillo de Tormes	3,00 »
Guerra de Yugurta, Gayo	4,00 »	La Fontaine, Taine	6,00 »
Guerra civil, Pradas	2,50 »	Lenguáteres	1,50 »
Hacia el Norte	5,00 »	Ley del número, Mella	0,50 »
Hermanos Karamazof	5,00 »	León Trostky	3,00 »
Herencia de la sangre, Ala	2,00 »	Libro de Oro de la Revolución española ..	2,00 »
Héroe y el discreto, Gracián	2,00 »	Libro de tierras vírgenes Kipling	3,00 »
Heroínas, Montseny	1,50 »	Lozana andaluza	6,00 »
Herejías, J. Prat	0,50 »	Lógica, S. Mill	6,00 »
Hellen Key o la libertad de amar	1,20 »	Lucha por el pan	1,00 »
Historia de la civilización	5,00 »	Lluvia de primavera, Turgueniev	4,50 »
Historia de San Michele	7,00 »	Los que tuvieron 20 años	6,00 »
Hija de nieves	6,00 »	Napoleón y las mujeres	2,00 »
Historia de un crimen	0,50 »	Náufragos, A. del Valle	2,00 »
Historia del anarquismo	2,00 »	Niki	6,00 »
Hijo de nadie, Urales	0,50 »	Niño de la bola, Alarcón	2,00 »
Historia de los tiempos venideros	2,50 »	Norteamericanos en su salsa, Mikes	3,00 »
Historia de un perro	6,00 »	Nociones de historia natural	0,60 »
Higiene, salud y microbios	1,00 »	Novísimo diccionario escolar	3,00 »
Hombre que hace fortuna, Rondes	4,00 »	Nubes de estío	3,00 »
Hora del juicio final, C. Martínez	6,00 »	Nuestros primeros veinte años, Ramirez. 16,50 »	
Humanitarismo y terror	7,00 »	Nuevo Israel, Souchy	5,00 »
Humo, Turgueniev	4,00 »	Obras de Gabriel y Galán	4,00 »
Humanitarismo y eugenesia	0,60 »	Omnibus perdido, Steinbeck	6,00 »
		Objetivos, obstáculos y medios, Subirats.	6,00 »
		Olivario, Dickens	7,00 »
		Olmo del paseo	2,00 »

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Editorial. — **Eugen Relgis:** Los principios humanitarios.— **Abarrategui:** ¡Que no es hora de quimeras!.— **J. E. Hartzbusch:** Beneficios de la ley.— **Puyol:** Decíamos ayer... — **F. Ocaña:** De Unamuno a Benavente.—II Conferencia de **Muñoz Congost** en Casablanca.— **A. Samblancat:** El furor de los búfalos.— **J. Guiraud:** Los «sagrados» santuarios.—La Vida y los libros.— **Luis Bazal:** Los de la máscara negra.—El Valle de los caídos. — **Ramón Liarte:** Concepto de la libertad.— **A. S.:** Pragmatismo yanqui.—**Vicente Artés:** Universidad Internacional de Estudios Libres.— **Denis:** El cínico.— **Han Ryner:** Colgando los hábitos (folletón).

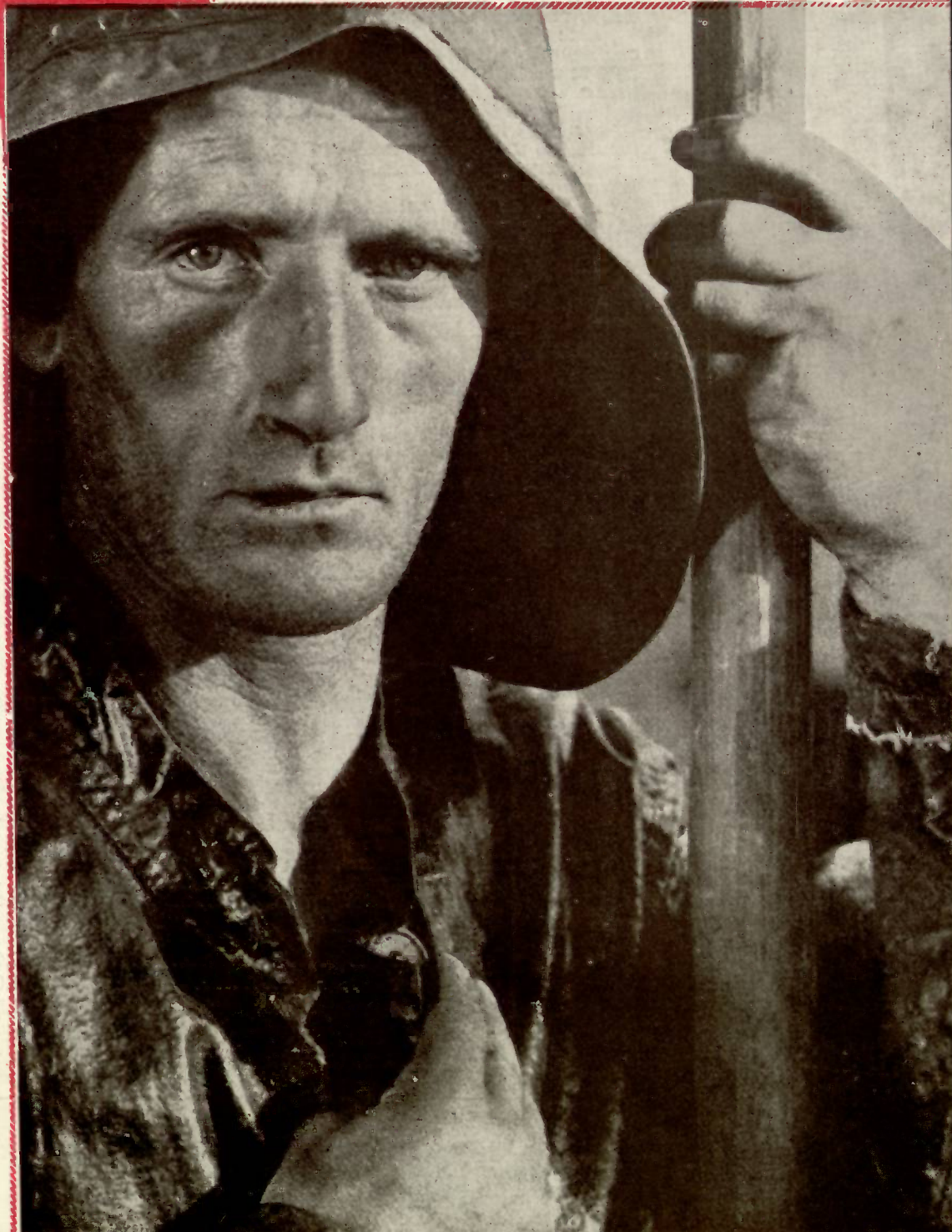
161

NOV. - DICIEMBRE 1964

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.

4P5523



NUESTRA PORTADA

El trabajo es la fuente de todas las virtudes; es la suprema nobleza: casta que encarna el pensamiento y la voluntad de los creadores que hacen y rehacen constantemente todas las obras del mundo. Sin el trabajo, el hombre viviría en las cavernas; y, es con su esfuerzo laborioso como ha podido escalar las cimas más altas de la sabiduría.

Desgraciadamente, el trabajo que debería ser manantial eterno de alegría y dicha, ha sido centro de dolor y esclavitud. Pero la mente humana no descansa. El músculo se crispa sin cesar para realizar nuevas creaciones. Y, en el centro de todas las obras está el hombre, buscando una sociedad en que se pueda querer a la especie humana sin hacer el payaso, donde el talento no esté reducido a manufacturas mercantiles.

Este remero de Iberia es la expresión más acabada de la grandeza física y moral de los navegantes que van en pos de un nuevo destino. ¡Ventura y realidad! Sueño y verbo hecho carne en la entraña misma del esfuerzo. La idea de nuestros clásicos, pidiendo «Cuerpo sano en mente sana», encuentra su configuración más perfecta en la estampa hecha humanidad, virilidad y serenidad del remero infatigable. Cuerpo de titán. Rostro enjuto, lleno de sin igual nobleza interior. Frente espaciosa como un frontón de pelota y alta como el vértice de la pirámide del entendimiento, la rebeldía y la justicia.

El remero del ideal empuña los remos de la revolución manumisora hasta hacerlos crujir formando olas de plata y azul que se transforman en espuma de evolución y progreso. Esfuerzo gigantesco, nervio vital de la vida: ¡Voluntad! Y energía, y acción. «Pensiero e volontà». Pensamiento y voluntad, como dijo Malatesta, enseñándonos el camino amplio de la existencia en su multiplicidad de formas libres y en la reconciliación humana mediante la moral del trabajo.

Remero de manos callosas, largas como remos y anchas como la redondez de la tierra madre: ¡Que nadie consiga torcer el curso de tu ideal, ni en los días de bonanza ni en las tardes de tormenta! La noche se ha puesto en las bardas de la tiranía; mas el día viene y, el sol también se levanta. Una nueva aurora de emancipación y libertad se perfila en el horizonte. ¡Que sólo navegan los que quieren llegar a la costa de los grandes ensueños!

CENIT

REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esглеas, René Lamberet, Miguel Valdivieso, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Victor Garcia, J. Guiraud, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38

4, rue Belfort, 2ème étage

F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetado, tienen cabida en estas columnas.)



GENIIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIV

Toulouse, Nov.-Diciembre 1964

Nº 161

EDITORIAL

Lo esencial es el hombre

POR encima de todo está la vida del hombre. Las doctrinas se suceden, los partidos pasan, los egoísmos fenecen; pero el hombre se cuenta porque es la medida de todas las cosas. ¿Qué sería de los dioses sin el hombre de carne y hueso?

El Estado es pasajero; el hombre es eterno. Las conveniencias sociales son transitorias, la ambición banderiza se esfuma. Mera especulación política es la concepción caduca de la patria. Cuando todo desaparece, el hombre queda en pie, como la base esencial de todo lo que existe.

Nuestra civilización parece haber anulado al individuo. Le ha quitado personalidad. Vivimos en pleno siglo de las masas. Es la era de la sumisión a cualquier precio. El mecanismo monstruoso de la autoridad moderna devora todo cuanto encuentra a su paso. Y, es que, el Estado, es el mayor de los déspotas; hiena insaciable que siempre va a lo suyo: desgarrar lo que le estorba para imponer su poderío asolador.

El Estado impone impuestos, roba, saquea; domina el territorio, empequeñece al hombre, somete al pueblo e impide la libre manifestación de la sociedad. Nació para esquilmar y vive del producto ajeno. Como no tiene fuerzas propias para crear, se sirve de la energía de los demás para extender su hegemonía avasalladora.

El hombre se basta a sí mismo.

De esta época de grandes cambios tecnológicos y descubrimientos fabulosos, cuyos alcances no podemos vaticinar, ha de salir, sin duda, un hombre nuevo. Que crea en la libertad y que sea capaz de disfrutarla; que ensalce a la ciencia como redentora de la especie humana, y que la utilice para forjar su felicidad. No hay máquina ni ley que valgan lo que vale un ser humano. Hay que reencontrar al hombre solidario y fraternal para decirle al oído, en esta hora de prueba, que debe salvaguardar su personalidad y que debe poner a salvo su patrimonio máspreciado: la libertad y la dignidad. Precioso tesoro que no puede confiarse a manos extrañas.

El hombre es la joya más valiosa del universo, ya que él lo crea todo. La cabaña y el palacio, la polea y la máquina, el cincel y el libro; es decir, todo cuanto tiene forma y sentido es trazado por el hombre. La nación es un producto artificial, como lo es el Estado que no puede sostenerse sin el hombre. Y es que el ser humano es la pieza maestra de la existencia.

Lo que importa es buscar al hombre perdido en la noche negra del absolutismo, y alentarle para que avance hacia la luz de la razón. Sólo así podrá encontrar el verdadero camino de la más alta sabiduría puesta al servicio del interés, recíproco.

Si todo está en nosotros mismos, como no cabe duda, debemos sacar fuerzas de flaqueza para emprender la nueva ruta. Hay que gritar nuevamente a la luz del día el Mensaje de la revolución social y humana. Una revolución llena de buen sentido, de sentido común, preñada de soluciones eficaces y delirios inmortales. No se trata solamente de hacer despensa y almacenar carbón, sino de remover la tierra húmeda y conseguir el pan de las ideas para que el hombre se alimente física y moralmente.

Mensajero de la revolución nueva, debe ser el hombre libertario. Y la auténtica revolución comienza por uno mismo: formando una conciencia ausente de rencores insanos, rebosante de tolerancia altruista, y no desprovista de la consecuencia laboriosa que eleva al hombre del cero al infinito. Así el hombre es raíz sublime, y no despreciable veleta de campanario.

Hay que encontrar al hombre que está en todas partes. Luchador infatigable: enciende la lámpara del entendimiento. Ten fe en tu obra prometeica y confianza en tu trabajo generoso. ¿Te has encontrado a ti mismo? Busca al amigo en la amistad, al compañero al pie del muro, y al hermano de ideas en la Organización. ¡Y al hombre en todas partes! Así harás labor verdaderamente humana, libertaria. Y siempre podrá decirte de ti: «ESE ES UN HOMBRE».

Los principios humanitarios

I

¡SOY HOMBRE! Tal es la respuesta que debemos dar a nuestra propia conciencia y a todos los que nos pregunten sobre la nacionalidad, la confesión o el Estado a que pertenecemos. Pero esta respuesta significa: —Sé que soy el producto de la evolución biológica; que en mí están el mono, el reptil, la planta, el mineral; sé también que debo desarrollar, en mí, la humanidad forjada por los esfuerzos de las generaciones desaparecidas: conservar la cultura y la civilización heredadas, y acrecentarlas tanto como esté a mi alcance. Pues, mirando en el pasado, presiento el porvenir: humanizándome a mí mismo, preparo para los que vendrán un nuevo peldaño en la escala del progreso.

II

Dos nociones, que son también dos realidades, forman la base de nuestra humanidad: el INDIVIDUO y la ESPECIE, la célula y el organismo. La libertad puede armonizarse siempre con la necesidad: mi voluntad de individuo halla su campo de acción creadora en el cuadro de la especie. Reconociendo las fatalidades naturales, las dominamos. En cuanto a las «fatalidades» sociales, no existen sino para los que no tienen conciencia individual, ni conciencia de especie.

Entre la unidad simple del hombre y la suprema unidad de la humanidad, no hay otras unidades naturales intermediarias, sino formas sociales y políticas: la familia, el clan, la tribu, la clase, la nación, el Estado, la raza... Todas estas formas son artificiales, transitorias: no las reconocemos de manera absoluta. Rompamos las cadenas de su tiranía si paralizan nuestra personalidad, y si no corresponden a las tendencias progresivas de la humanidad.

III

LA CREENCIA EN EL PROGRESO es la sabia de nuestra humanidad. No es una creencia mística o simplemente idealista. El ideal nace de realidades y no de sueños. El impulso vital de la naturaleza, hecho consciente por el hombre, halla expresiones cada vez más perfectas, a pesar de todas las catástrofes cósmicas y de todos los derrumbes provocados por la guerra. La base de todos los progresos materiales y espirituales reside en el progreso del cerebro; una idea superior no germina sino en un cerebro depurado de las brumas de la ignorancia, de los fantasmas de la superstición y de las obsesiones fetichistas. La mayoría de la humanidad tiene el cerebro en letargo; despertemos, por medio de una educación libre y positiva, las posibilidades que oculta. El sentido humano intuitivo, natural, que se halla en nuestros

corazones, verá y obrará mejor cuando sea dirigido por la inteligencia.

IV

El mandamiento central de la conciencia humana es éste: QUE LA IDEA SE VUELVA ACTO. Es el único medio de controlar nuestra sinceridad y nuestras posibilidades. Este mandamiento nos lleva, además, a la ley esencial de la armonía. Pues humanidad significa también armonía de los contrarios. Que nos sirva siempre de ejemplo el dualismo universal, en el que todo concurre, sin embargo, a una armonía tan unitaria.

¿Materia y espíritu? ¡Espiritualicemos la materia!
 ¿Individuo y muchedumbre? ¡Personalicemos a la multitud!

¿Arte y trabajo bruto? ¡Embellezcamos el esfuerzo creador!

¿Religión y ciencia? ¡Demos fe a la verdad!
 ¿Proletariado y capital? ¡Socialicemos los medios de producción y distribución!

¿Barbarie y civilización? ¡Demos a los pueblos el agua viva de la cultura!

¿Dios e iglesia? ¡Divinicemos al hombre!
 Que todas las actividades humanas, al quedar en los límites que les son asignados por la naturaleza, guarden entre sí los lazos vitales: que tiendan todas, cada una por su esfuerzo particular, al desarrollo omnilateral de la humanidad individualizada.

V

EL PACIFISMO es el primer eje del humanitarismo. Persuadámonos no sólo de la misión pacífica del hombre, sino también de su origen pacífico: la sociabilidad primordial, en el tiempo de sus antepasados antropoides y la anatomía de su cuerpo, muestran que el hombre no tenía al principio otras armas que la solidaridad numérica y el desarrollo de su inteligencia.

Que la acción pacifista tienda, en primer lugar, al despertar del pacifismo primario. El odio se ha injertado en el corazón del hombre a medida que las guerras se multiplicaron. Por medio del conocimiento del origen humano, de las condiciones de desarrollo de las civilizaciones y, sobre todo, por la ciencia positiva que tenemos del «organismo de la humanidad», fortalecemos el pacifismo individual. Explicando a todos que las guerras, especialmente en nuestra época, son vanas desde todos los puntos de vista —puesto que dan resultados contrarios a los que se persiguen— fortalecemos el pacifismo del pueblo.

Basados en principios científicos —biológicos, técnicos, económicos, culturales— podemos dar al pacifismo el poder de convicción que lleva a la acción. El mandato de la conciencia: ¡No mates!

(que significa respetar la vida de todo ser viviente) se unirá entonces al anhelo del corazón: ¡La paz sea con vosotros! (que significa fraternidad entre individuos y armonía entre los intereses de los pueblos libres).

VI

EL INTERNACIONALISMO es el segundo eje del humanitarismo. Surge del pacifismo, como las ramas en el tronco del árbol. Ha existido siempre, bajo diversas denominaciones. La solidaridad de horda o de raza, las alianzas entre naciones o clases sociales, la asociación entre grupos dispersos por todos los continentes —y también la división del trabajo entre los individuos y los pueblos—, todas son formas (unas embrionarias, otras híbridas) del internacionalismo, o mejor dicho: de la interdependencia supranacional.

El interés predomina por sobre todo y siempre. El internacionalismo económico hállase reconocido por todo el mundo, aun cuando revista todavía la forma del imperialismo político. El internacionalismo técnico se evidencia con cada progreso, el de los aviones y de la radio: de todas las máquinas que rempazan el trabajo bruto del hombre. El internacionalismo de la ciencia es demasiado evidente: la verdad afluye de todos los puntos cardinales, como el canto de los poetas, como el verbo de los profetas...

La cultura, así como el arte de las diversas naciones, tienen una esencia común; las mismas raíces les sirven para extraer la savia en el mismo suelo; tan sólo las flores y los perfumes son distintos. En esto reside la belleza del jardín de la humanidad, en el cual se armonizan, sometidas a un mismo destino, las individualidades nacionales, sociales o personales.

VII

LA TENDENCIA A LA UNIDAD: He ahí la significación esencial del pacifismo y del internacionalismo. La paz entre los órganos y la interdependencia de sus funciones, producen la sana unidad del organismo individual. La paz entre los pueblos y el internacionalismo económico, técnico, científico, cultural, preparan la unidad suprema de la humanidad. La tendencia a la unidad abarca los progresos locales o específicos: en la unidad, variedad.

Por medio de la unidad moral, cuya ley es la concordancia entre la idea y el acto;

Por medio de la unidad psicofísica, esto es, la armonía entre el cuerpo y el espíritu;

Por medio de la unidad social; que consiste en la comprensión y el equilibrio de los intereses de las diversas clases no parasitarias;

Por medio de la unidad nacional, síntesis de las unidades individuales y sociales de cierta región geográfica, pero sin tener carácter agresivo hacia otras naciones;

Por medio de la unidad de raza o de la unidad continental, que comprende las unidades nacionales vinculadas entre sí por la misma civilización,

por el «patriotismo cultural» o por la necesidad de una expansión pacífica.

Por medio de todas estas unidades progresivas, nos acercamos a la unidad planetaria de la humanidad.

La tendencia a la unidad de la especie existe de hecho, desde la aparición del hombre; su fuente se halla en la realidad del «organismo de la humanidad». Seamos conscientes de esta tendencia: todas las actividades convergen hacia la creación del Estado único de la humanidad. Ese «Estado universal» será la expresión social de la realidad biológica de la humanidad, del progreso técnico, económico, cultural y espiritual de ésta. Finalmente, el Estado universal desaparecerá, siendo absorbido en el organismo consciente de la humanidad entera, por el desarrollo natural y voluntario de las individualidades, productivas en los terrenos prácticos o creadoras en los dominios ilimitados del espíritu libre.

VIII

EVOLUCION CIVILIZADORA, ésta es el método y la práctica del humanitarismo. Esta resulta de los demás principios y no es sino una continuación de la evolución natural, dirigida por la fuerza y la inteligencia humanas.

El fruto no aparece mientras no haya habido raíces, un tronco, ramas, hojas, flores y, sobre todo, si antes no se ha tomado la savia de la tierra. Lo propio ocurre con el individuo, con el pueblo, con la humanidad. Es preciso tener todos los elementos y el tiempo necesario. ¡Cada cosa en su tiempo! De un escalón a otro, de una a otra cima, es así que el ideal se realiza. ¡Pero no definitivamente! Siempre mediante transformaciones imperceptibles, por impulsos naturales, por voluntades conscientes.

La perfección no existe, pero sí la tendencia hacia ella. El método revolucionario pertenece a los que creen que el ideal puede ser conquistado integralmente y que es posible anticipar el porvenir. Una revolución da nacimiento a otra revolución, lo mismo que de una guerra surge otra guerra. La verdadera revolución no es más que el término final de la evolución.

Los utopistas y los tradicionalistas son esclavos del Absoluto. El presente debe ser una síntesis viva del pasado y del porvenir: que el mono y el superhombre fraternicen en el hombre actual, que es solamente un eslabón en la cadena de la vida que asciende como una espiral infinita.

IX

AMOR Y LIBERTAD, éstas son las «armas» de la humanización, manejables según una sola ley: ¡Conócete a ti mismo! Por la auto-liberación de una tradición vuelta parasitaria, de los amores egocéntricos que no se manifiestan sino por el odio, por esa purificación en el vasto río de la vida humanizada, podemos llegar a amar verdaderamente al prójimo y a defender su libertad como la nuestra propia.

La fuerza en el dominio social y la intolerancia en el dominio moral e intelectual, no tienen otros efectos que determinar una fuerza y una intolerancia contrarias. Los tiranos —clases, Estados, razas— que oprimían a la mayoría de la humanidad, han perecido por su propia gigantasia. Se han engrandecido desmesuradamente, olvidando o negándose a saber que hay también otras tendencias de crecimiento y de conservación. Fue el peso de su propia fuerza el que les aplastó y les mató.

Y los dogmáticos —los fanáticos laicos o eclesiásticos— los tiranos del alma y los verdugos del libre pensamiento, han creído (y lo creen aún) que el alma y el espíritu de la humanidad pueden ser prensados en ciertos moldes sociales o intelectuales. Si no corresponden a los meandros trazados naturalmente por las tendencias del individuo y de la especie, el molde «ideal» de los supuestos reformadores y conductores de pueblos se rompe. El progreso de la civilización excede demasiado al progreso moral; que tu humanidad interior y la de toda individualidad social, corresponda a la humanidad real del planeta.

X

AHORA, NO MAÑANA, comenzarás a humanizarte. No esperes la orden ajena; obedece alegremente a tu propio mandato. ¡Hay tantas generaciones que murmuran en tu corazón y tantos tesoros reunidos en torno tuyo, que esperan para reflejarse en tu conciencia!

Libérate, no sólo de los grillos que entorpecen tus pies. ¿Qué puede un cuerpo libre si el espíritu se halla encadenado?

Ama e ilumina sin descanso a tu prójimo. ¿Qué puede un espíritu libre en una sociedad ignorante y esclavizada?

Sé hombre, y tan multilateral como te sea posible, pero, sobre todo, aplicate a realizar tu tarea cotidiana. Y podrás decir a no importa quién y no cuándo:

— Me he elevado por encima de mi propia **Individualidad**, harta de malas herencias;

Me he elevado por encima de la **Clase**, en la cual me situaba mi trabajo;

Me he elevado por encima del **Estado**, cuyas leyes me humillan, me oprimen y me rebelan;

Me he elevado por encima de la **Patria**, en la que nací casualmente —y por encima de la **Sociedad**, que especula sobre todas mis necesidades y sobre todos mis actos;

Me he elevado por encima de la **Raza** que me ha modelado —y, no conservando de todo esto sino lo que es bello, verdadero y bueno, lo he fundido todo en mi humanidad que permanece activa y fiel en esta Tierra donde mi especie ha crecido.

Y si alguien reclama tu carta de nacionalidad, repícale simple y resueltamente:

—No la tengo. Pero quiero ser, porque es así que me siento, un **CIUDADANO DE LA HUMANIDAD**, libre y, sin embargo, solidario, en la suprema armonía del mundo.

Eugen RELGIS

Coexistencia

Uno hay con el que irás junto toda tu vida, eres tú. Procura que no te sea una compañía desagradable.

J. Giono

¡Que no es hora de quimeras!

No es hora de pensar en quimeras, que es hora de abrir el pecho a bellas realidades cercanas, de una España cubierta de espigas y rebaños donde la gente coma su pan con alegría, en medio de estas anchas eternidades nuestras y esta aguda pasión de horizonte y silencio. ¡España entierra y pisa su corazón antiguo, su antiguo corazón de Península andante! y hay que salvarla pronto, con manos y con dientes»

(Pedro, en «Mariana Pineda», de F. G. L.)

¡No es hora y, sin embargo, las quimeras hicieron su cuartel en el limpio solar de tus olivos para desvanecer espadas, sin sentimientos que untasen alegría al pan de todas las gentes!

Y el pecho que ensanchó sus límites de ilusiones fue el del hombre de azañas en sangre preparadas. El laurel se horrorizó de su suerte en los ramos, como los perros palidecen cuando no hay luna.

¡La realidad de amor modesto y simple fijaba su mirada en un aire que se echó sobre el mar...! España iba creciendo en la hierba y en los montes; pero cerró su vientre a la concepción del agua.

¡Su herido corazón, ay, Federico, desangra después de largos años por todas las veredas! Y fue precisamente la quimera lo que obtuvo una oscura ganancia de enormes soledades.

Porque la quimera es un reptil adormecido sobre el granito inmóvil de los siglos, que escucha el musgo de su vientre aletargado y pretende que sea suyo el cielo con sus brotes eternos.

Extática, la andante, contempla su pasado con vana adoración y rodilla entumecida. Y come de sus frutos de dolor con el ritmo del llanto que encuentra su lágrima en la arena.

Se ufana de la flora, del perfume y del trigo forjados con la sangre de sus muertos. Se ufana de la canción que mastica el hombre acorralado y de la risa frágil de los niños sin norte.

¡La quimera es un ogro aterciopelado y bello que carcome las sienas, y en la saliva encuentra sustancia de palabras con sombras de misterios y celajes confusos como el campo sin sol.

La enorme geografía de España exige un rumbo para el pie que la pisa con tanto desespero, para el hombre que busca en sus arterias de ríos algo que en el alma concuerde con su perfume.

¡Pero no, no, Federico, no! Aún no tiene alegría de integridad dorada el pan que se mordisquea, y los rebaños se diezmaron por la llanura porque los pastores también se han prostituido.

¡El agua se pide con una sed ilegítima!
¡No hay más concierto que el de la luna con los perros!
Los balcones desgarran banderolas manchadas por el coito del tedio forzado entre barrotes.

La quimera se viste de atrevida Manola; va, impúdica, al altar, y la cruz de sus amores vende al beso del oro en clamor de castañuelas, enajenándose con locura mal pagada.

Las bellas realidades no lograron refugio en esa piel de toro reventado de horror, porque no basta al río hacer su calle infinita si el hombre no cosecha a la par sus libertades.

¡Y estuvieron tan cerca de la mano sencilla!
Pero la mano humilde se cerró tras la muerte del macho que la puso en el arado con tino.
¡Y esa muerte la paga en sus ritos la quimera!

¡Libertad sin cauces definida, tan remota!
¡Libertad en verdades de amor por sacrificio!
¿Dónde está tu sepulcro sin lápida y hollado?
¿Quién de España taló su silvestre desnudez?

¡La quimera, que hirió su vientre y el pecho antiguo de su ventura, prosigue la obra de letargos!
¡La quimera en las manos del capitán mediocre que ignoró la dignidad elemental del pueblo!

¡Se truncó el impulso de tu voz de cumbres altas porque gritaste al ritmo del aire y de la espiga!
¡Andante tú y la España que en tus labios buscaba un cálido sabor de verdades soberanas!

¡Federico, no! ¡Tú ya ves que no desde el polvo y el nardo de tu eternidad de sol sin salidas!
Quien tu muerte buscó para saciar su locura no contemplará España ensanchando el horizonte.

Beneficios de la ley

Caminaba a Santiago un peregrino
y le asaltó un ladrón en el camino.
«¡La bolsa —le gritó— ni no la vida!»
El infeliz devoto se intimida
y entrega su caudal como un cordero;
pero no satisfecho el bandolero,
a saco, luego, sus vestidos entra
y un relicario de valor le encuentra.
En ésto se aparece un cuadrillero.
Suelta el ladrón la alhaja y el dinero:
huye, y entre los árboles se embosca.
«¿Cómo —exclama el viajero agradecido
al ángel salvador recién venido—
cómo pagar a usted?». «Venga la mosca».
«Hombre, déjeme usted lo necesario...»
«Déme usted también el relicario».
«Pero, señor, con tales condiciones
nada en librarme del ladrón consigo».
«Yo tengo desgarrados los calzones:
cambiémoslos usted, y agur, amigo».

Ya que existe un poder que al ciudadano
libra del golpe de opresora mano,
¿por qué de ese poder es ley precisa
que deje al protegido sin camisa?

Juan Eugenio Hartzenbusch



¡Siempre es hora y ahora sigue siendo ese momento
de abrir el corazón a la verdad inmediata
que, apostada en los siglos, aguarda y persevera,
creyendo inminente el instante de España herida!

¡Con manos y con dientes, sí, Federico, amigo
de la claridad entre las hojas! Mas con manos
templadas en un fuego de amor, todo de luces,
como esa vara de nardos que esculpió tu anhelo...

¡Hay que salvarla con este corazón callado,
en esta parte blanca de los años perdidos!
¡Que caiga como sea y de donde sea el verbo
apacible que al pan le dé el sabor de su talla!

¡Y nosotros, Federico, nosotros que amamos
a España desde lejos y con ella en la sangre,
buscaremos en los campos de luz los nuevos granos
para sembrar de besos los yermos de nuestra tierra!

¡Una España cubierta de espigas y rebaños
donde la gente coma su pan con dignidades,
para que así perdure en la libertad concreta
la gesta inmarcesible del Hombre que se busca!

Abarrátegui

POSTUMOS

Decíamos ayer...

Antes de que italo-germano
o de la España canalla,
Valencia republicana
tendrá igual pies que una falla.

Antes que hacerse traición
morirá con arrogancia
por igual comparación
con los bravos de Numancia.

¡Isariotes y Escipiones
carentes de compañeros,
qué pareja de capones!

Comeré dentro de un rato
y Aldonza me hará saber
que lo que voy a comer
o es burro o es gato.

Pasaporte dio a los dos
para marchar la cocina
esta mujer asesina,
no habiendo perdón de Dios.

Primero me parta un rayo
por no hambrear sin desmayo;
yo no rebuzno ni mayo.

En las tiendas no se vende
en las farmacias hay nada,
la venta paralizada
a los estancos se extiende.

Lo que del agro proviene
entre mil inconvenientes
sin tardanza va a los frentes,
que buen cuidado se tiene.

Si la retaguardia ayuna,
que lo tenga por fortuna,
la queja no es oportuna.

La poesía acabada,
quizá sea desatino
por saber que agua pasada
no mueve molino.

PUYOL



La verdad y la mentira...

De Unamuno a Benavente

(CONTINUACION)

Los libertarios, los hombres y las mujeres de la Confederación Nacional del Trabajo de España, de la F. A. I. y de las J. J. LL. con su ejemplo, con su entusiasmo heroico, humanísimo, sin pensar siquiera que ponían en juego sus vidas, arrastraron a los trabajadores a la calle.

A no ser por las circunstancias políticas señaladas más arriba, por los errores y los horrores cometidos por la República antes y durante el alzamiento franquista, más la intervención de Hitler, de Mussolini, del dictador de Portugal y de otras fuerzas «extrañas» del interior y del exterior, el franquismo no hubiese triunfado. Este hubiera sido, seguramente, el resultado de la lucha, gracias al Pueblo —que se solidarizó con los libertarios— en el que no creían ni confiaban los líderes políticos más relevantes y copetudos de la República española. Estos perdieron el control de todo; quedaron desorientados, sin saber qué hacer, a merced de los acontecimientos, desesperados y acobardados, inmovilizados por el pánico unos y otros ocultándose o tomando las de Villadiego creyéndolo todo perdido. La noble y buena causa del Pueblo no importaba a los políticos: sólo vieron, de acuerdo con sus mezquinos egoísmos, poniendo al descubierto su inmensa miseria moral, que perdieron sus intereses políticos y corrían el peligro de perder los intereses económicos, de ser privilegiados del dinero y hasta de ser aniquilados por el franquismo.

El mismo 18 de julio de 1936 el Estado republicano se derrumbó como «castillo de naipes», pero el Pueblo se batió con denuedo tan enorme, con coraje y valor tan extraordinarios que los militares de profesión no podían comprender. Y estos fueron derrotados en Barcelona y en toda la región catalana. Las fuerzas franquistas, que estuvieron atacando al Pueblo barcelonés desde el Hotel Colón, se entregaron pocos minutos después de las catorce horas, a penas medio día después que iniciaron la rebelión.

No vamos a relatar lo que ocurrió en otras partes de Barcelona, en las demás provincias de Cataluña y en el resto de España en aquellas primeras horas trágicas y sangrientas que provocaron los franquistas. Otros lo han hecho ya, y con más exactitud deseamos lo hagan en el futuro mejores plumas que las nuestras extrayendo buenas enseñanzas sociales y humanas para todos nuestros semejantes. Concretamos lo sabido: que terrible fue el batallar de los «Hijos del Pueblo», con los libertarios en la vanguardia, haciendo frente, con sus pechos y sus puños, al bien armado ejército que

los atacó tan alevosamente. Nos referimos, en particular, a lo ocurrido en el Hotel Colón porque al cesar el fuego y ser detenidos cuantos sujetos se hallaban en su interior: militares, falangistas, sirvientes y huéspedes entre estos se encontraba uno que había estado alentando a los franquistas: ¡Jacinto Benavente!

En la zona franquista la orden de los jefes de la sublevación militar era terminante y cumplida al pie de la letra: en cada pueblo tomado, con o sin resistencia, muerte inmediata, en primer lugar, a todos los intelectuales —oradores y escritores, maestros, médicos, etc.— que simplemente simpatizaron con cualquier partido político u organización obrera: desde los republicanos más moderados a los anarquistas —a éstos en particular— pasando por los socialistas y todos los políticos izquierdistas hasta los escritores independientes como García Lorca. He aquí por qué los clericales, con los falangistas y los militares habían hecho, con anticipación, durante largos meses, en cada pueblo español, las listas de cuantos individuos humanos querían exterminar, a ser posible, en los primeros minutos de la rebelión. ¡Vaya «piedad cristiana», la suya!

La España libertaria no podía hacer lo mismo con Jacinto Benavente y demás intelectuales de tendencia conservadora como éste que, pese a su sentir y pensar reaccionarios, no empuñaban las armas o no proseguían usándolas contra el pueblo.

En revolución no abundan los «ángeles», se desbordan las pasiones, y en algunos malos sujetos se reavivan hasta viejos rencores y odios personales. Y en cualquier frente puede producirse un corto número de miserables actos de venganza ajenos, absolutamente, a los hechos revolucionarios: Miserables los sujetos que así obran, pero más miserables son los reaccionarios de todos los colores que aprovechan esos hechos para combatir y desprestigiar a la Revolución y al concepto mismo de ésta que significa progresar, mejorar, evolucionar en buen sentido social y humano.

Perversos y ridículos, en grado superlativo, los escritores al servicio de las clases privilegiadas o adineradas del mundo autoritario que escriben simulando escandalizarse, porque en periodo revolucionario ocurren unos pocos actos vengativos mientras cometen la enorme inmoralidad de justificar las guerras, callando, por ejemplo, cuando los Estados sacrifican 50 millones de personas, de todas las edades, de ambos sexos, en la segunda guerra mundial, y no cesan de cometer crímenes individuales y colectivos con los que la humanidad sólo obtiene más destrucción y más miserias de todas las clases.

En la revolución francesa, en la inglesa, en la guerra civil entre los Estados esclavistas del Sur y los Estados de América del Norte, en la Revolución mexicana, en todas, absolutamente en todas las revoluciones fueron y son inevitables, generalmente hablando, los actos de venganza. Pero su volumen es tan infimo, tan inapreciable, que nada pesa en la balanza de los acontecimientos, en pro o en contra de una Revolución.

En la zona antifranquista pudo repetirse lo sucedido en todas las revoluciones que registra la Historia aunque en proporciones muchísimo más reducidas dado el mayor contenido social y humano de la Revolución española no alcanzado, hasta el presente, por otra Revolución. Hasta hoy todas las que la precedieron y siguieron, incluyendo las revoluciones rusa y cubana, iniciadas en 1917 y en 1959, respectivamente, degeneraron al darles carácter político, antisocial, los logros de las revoluciones, los ambiciosos de poder y de dinero.

No negamos que pudieron suceder —el que escribe tuvo la suerte de no saber de uno siquiera— actos vengativos individuales en el campo del antifranquismo. Pero en la zona dominada por el fasciofranquismo desde el primer momento se desarrollaron hechos monstruosos, ordenados oficialmente, que jamás ocurrieron en ninguna Revolución ni en ninguna guerra civil. Miguel de Unamuno fue testigo en la misma Salamanca, de las crueldades que desencadenaron los franquistas con sadismo y frenesí inconcebibles en personas normales. Y se lo echó en cara en carta de la que transcribimos unas líneas:

«Aquí cada día fusilan a las personas más honradas y las más inocentes, porque son liberales y republicanas». Y después de contestarles, crudamente, que de ser cierto cuanto le contaban ocurría en la zona antifranquista «sólo eran pálidos incidentes comparado con los asesinatos organizados de forma oficial por las autoridades franquistas», añade:

«Aquí no se trata de actos individuales o indisciplinados, sino de órdenes colectivas dadas por el Estado Mayor que se dice Nacional.»

Jacinto Benavente gran literato, tan grandemente como sucio de franquismo, tenía mente y corazón, pudo salir de España, de la España antifranquista, de la España pensante, humana y trabajadora, de la España Quijote. ¿Lo agradeció acaso? Por otra parte, ¿nada le hacía pensar y sentir que a Miguel de Unamuno no lo dejaron alejarse del repulsivo mundo franquista, y que estuviera amenazado de ser acibillado a balazos en el mismo instante que lo intentara? ¿Pudo Benavente, Premio Nobel de Literatura, no advertir la terrible situación que vivía Unamuno? Es increíble y, por lo tanto, se hizo cómplice de los verdugos de éste, de García Lorca y de España toda.

Al mundo inmundo del franquismo Unamuno lo atacó de frente, con entereza, con superlativo heroísmo humano. Emuló las heroicas hazañas de Don Quijote lanzándose, sin titubear, a la lucha ética e intelectual con su gran corazón y su limpio y rebelde pensamiento por lanza contra los bien armados ejércitos fasciofranquistas. No le impor-

taba arriesgar su vida en tan desigual combate. Prefería perderla defendiendo la Libertad ya que no podía obtenerla como sus dos hijos que luchaban, animosos, voluntariamente, por conservarla y ampliarla, en las filas del antifranquismo.

Sin embargo, no faltan sujetos, como Alfonso Junco, que brillando, fugazmente, en el actual firmamento literario se adhieren, por ignorancia o por conveniencia (?), al régimen franquista colocándose, por consiguiente, a su mismo nivel psicológico y mental.

Hablamos claro. Como don Miguel de Unamuno no podemos ni queremos decir la verdad a medias como no la decíamos en 1936-39 frente a los stalinistas y a los demás istas políticos tan peligrosos para la Revolución limpiamente social como los franquistas y su parentela política negra, reaccionaria y retrógrada.

Las mujeres y los hombres de la C. N. T., de la F. A. I. y de las J. J. LL., pacifistas, cien por cien, militantes activos del humanismo libertario decimos y defendemos la verdad entera. Ni más ni menos. Hoy, como ayer, España, por considerar fracasada, totalmente, la civilización y la cultura mala, violenta, terrorista y destructiva del mundo autoritario fabricante de tiranías, de injusticias y de guerras permanentes entre los individuos humanos y los pueblos, del mundo considerado fracasado por Ezra Pound y todas las personas cultas buenas. Y si este mundo autoritario no lo destruimos prontamente, él nos aniquilará, porque aunque «consciente de sus propios errores y de sus propios horrores —como dice Ezra Pound refiriéndose al hombre educado por dicho mundo— por ley de biología política, que es inhumana, sigue adelante, sin poderse detener, cometiendo más errores y más horrores. Basando todas sus actividades en el principio de autoridad —puesto al principio de libertad— que es el de la iniquidad por sistema, llamado de gobierno, está elaborando el más terrible errores y de los horrores, que «sería el último», porque si dejamos que lo cometa todos pereceríamos: la guerra atómica.

Inútil que personas bien intencionadas esperan todavía algo bueno del mundo autoritario. En milenios no ha dejado de ser otra cosa, sin importar el nombre ni el color que adopte: Estado democrático, republicano, dictatorial, rojo, negro, amarillo, etc. Por otra parte, también es inútil que el Estado con Kruschev, o con Franco ayudado por el Tío Sam, u otro cualquier político, vestido de civil o de militar pretenda, destruyendo cuerpos de idealistas, de «Quijotes», aniquilar lo indestructible por ser lo que caracterizará a nuestra especie mientras exista: el pensamiento y el sentimiento humanista.

Francisco Franco Bahamonde con todas las fuerzas negras y retrógradas intentó lo precipitado inútilmente. Los «Quijotes», libertarios le van saliendo al paso en toda España, cada día que pasa en mayor número. Tiene conciencia que éstos acabarán, en día no muy lejano, con el régimen de opresión que él representa. Sin embargo, al pretender el franquismo, con todas sus energías liberticidas, terminar con las individualidades humanas evolu-

cionadas, con personalidad propia, libre, es tanto como expresar qué haría de España, de serle posible: un país de eunucos intelectuales, de impotentes, de incapaces para engendrar nuevas formas superiores de vida social entre los hombres, justas y equitativas; una España fea y estéril que moriría de asco con la civilización y la «kultura» medieval, oscurantista y militarizada, hitleriana roida por la miseria «espiritual» franquista, tan alabada por el escritor Alfonso Junco su vocero más destacado en el continente americano. Este pertenece al número de los escritores que se llaman «libres», porque escriben fuera de los límites geográficos, por ejemplo, de Rusia, de los EE. UU. y de España, aunque política y psicológicamente están a su lado (?), sin que medie distancia alguna, sin que nadie los separe.

Por Junco conocemos algunos de los escritos que Jacinto Benavente publicó en 1940, en «La Nación» de Buenos Aires (Argentina). Y se solidariza, con creces, con las partes de aquéllos que transcribe, al comentarlos desde las columnas del diario «Novedades» que aparece en la ciudad de México, capital de la República Mexicana. En el artículo «Ni héroe ni mártir», Jacinto Benavente dice: «Del lado republicano o gubernamental llegóse a extremos en que era forzoso repudiar tanta ignominia».

«Esto es lo que no podían ver —afirma Benavente— con claridad los de fuera, y esto es lo que disculpa el partidismo rojo fuera de España.»

«Y yo lo comprendo en parte: se hablaba de ideas. ¡Ideas! En la España roja se trataba de todo menos de ideas... Fuera de España los que sabían la verdad la ocultaban, por interés o por vergüenza; los demás no podían saberla.»

Por poco avisado que sea un sujeto cualquiera razonado por sí mismo, comprobará que Jacinto Benavente proyecta, con su propio estilo literario, cuán mentiroso e hipócrita es simulando comprensión e indulgencia, fingiendo disculpar al pueblo mexicano y a los individuos humanos de todo el mundo que no hicieron el juego al franquismo. Según él todos eran «pobres diablos», con menos de dos dedos de frente, que no podían saber la verdad sobre España.

El necio que obraba a necias era Benavente, pues el mundo evolucionado e imparcial comprendía o intuía la verdad en el mismo ejemplo de aquél: que por muchos menos de lo que él hizo en el Hotel Colón alentado a los militares facciosos asesinaron a miles y miles de españoles idealistas y a García Lorca sin importarles a los franquistas que éste fuera uno de los valores más excelsos de la literatura castellana. De haber ocurrido a la inversa: que Jacinto Benavente animara en la calle o en un edificio cualquiera a los antifranquistas a luchar contra los franquistas en la zona que éstos ocupaban, al caer en sus manos el mismo día de la sublevación militar es seguro que lo hubieran pasado por las armas con todos sus acompañantes, sin interrogarlos siquiera, en el mismo lugar que los atacaron. ¡No hacían prisioneros!

Más todavía pudieron y pueden comprobar los seres humanos de pensamiento libre con el propio Benavente: que si éste salió de España, hacia don-

de quiso, sin un rasguño siquiera fue, precisamente, porque en la zona antifranquista las mujeres y los hombres luchábamos por ideas, y respetábamos a las personas con ideas opuestas mientras toleraran las nuestras y no quisieran imponernos las suyas. Por el contrario, en la media España que los franquistas triunfaron, inmediatamente, repetimos, sin haber tenido oposición armada, para no tenerla, en el futuro, ni ideológica, hicieron correr ríos de sangre de idealistas, de las «personas más honradas e inocentes» como afirmó Unamuno por haberlo presenciado en Salamanca.

De modo tan bestial y cruel sólo podían obrar gentes deshumanizadas y sin ideas o peor que no tenerlas: dispuestas a acabar con las personas que las tienen, que estaban y continúan estando dispuestas a dar un sentido nuevo cultural, económico, social, humano, equitativo, en una palabra, a la vida del Pueblo español. Y no somos tan ingenuos para creer que tanto Benavente como Alfonso Junco —primer literato defensor (?) del franquismo en México— ignoraban que la rebelión militar se produjo para detener, violentamente, el progreso de las nuevas ideas sociales, antipolíticas, de libertad integral, comunistas libertarias, humanistas, realmente, que de forma normal e incruenta se abrían paso en España desde hacía medio siglo.

Defendiendo al franquismo como único movimiento que tenía ideas algo fundamental se les escapó a Benavente y a Junco o bien paricales en sus juicios, como perfectos dogmáticos, prefirieron cerrar los ojos para no verlo: que los militares que planearon y ejecutaron tan mecánica y friamente el movimiento del Ejército franquista es, desde el punto de vista más riguroso de la Psicología científica, lo que no tiene ideas propias lo que, en conjunto, o globalmente considerado, constituye un robot monstruoso organizado y equipado con aparatos letales y destructivos que se mueve, avanza o retrocede obedeciendo órdenes por desafortunadas que sean.

Los hombres con ideas libertarias, enemigos acérrimos de la guerra, antimilitaristas, nos vimos obligados a luchar en defensa de nuestras propias vidas y, sobre todo, de la Libertad. Tomamos las armas arrebatándoselas a los franquistas, pero decididos a no hacer la guerra por la guerra, a ser simple carne de cañón para provecho de una sucia política cualquiera.

Incalculable el número de vidas que iba a costar, se derramarían raudales de sangre generosa de las mujeres y de los hombres de pensar y sentir libres, y hubiera sido torpe, injusto e inmoral, una enorme e inexcusable necedad, suicida, que sacrificios tan inmensos sólo se hicieran para dar gusto a los políticos españoles de todos los colores devolviéndoles el poder que no supieron ni pudieron conservar, que permitieron y favorecieron el levantamiento militar.

El Movimiento Libertario Español, con todos los anarquistas luchando con, por y para el Pueblo, por su verdadera emancipación de todas las servidumbres, no podíamos ni queríamos desperdiciar la oportunidad que se nos presentó en julio de 1936: terminar con la propiedad privada, con la

explotación y la dominación del hombre por el hombre o de éste por el Estado de forma tan monstruosa como se ejerce en Rusia, actualmente, que supera en irracionalidad, en bestialismo y en tiranía al feudalismo de la Edad Media: el Estado patrón, agigantado señor feudal, dueño absoluto de todos los bienes y de los millones de vidas de seres humanos, bajo su férula, que existen en sus límites.

Comprueben tanto los individuos humanos estudiosos e inquietos como asimismo todos nuestros detractores, con Benavente-Junco, que los libertarios tenemos ideas muy claras y firmes. En España —particularmente en Aragón y en Cataluña— iniciemos las experiencias económicas, pedagógicas, sociales y culturales, en general, con el éxito que las circunstancias permitían, pese a los stalinistas, a los que han sucedido los kruschevistas— sin tener nada de comunistas éstos ni aquéllos—, y a todos los istas políticos que querían que en la España antifranquista se actuara, en el sentido bélico, hasta cierto punto, como en la zona franquista: hacer la guerra por la guerra.

«Primero ganar la guerra», decían los políticos esforzándose por desviar la corriente social-revolucionaria que se había iniciado y provocar su propia destrucción. Y no faltaron voces antipolíticas, bienintencionadas, que cayendo en la «trampa» política, negativa para el progreso social, les hicieron coro diciendo: «Si, primero ganar la guerra; después seguir con la Revolución». Felizmente el pueblo, influenciado, desde hacía décadas, por las ideas libertarias, no cedió todas las posiciones revolucionarias que la política deseaba. Los libertarios consecuentes considerábamos que era preferible realizar la Revolución y hacer la defensa —no la guerra— de la misma, porque así, en el futuro, de ser derrotados, podríamos hablar de las experiencias revolucionarias obtenidas en todas las actividades humanas y proclamar que no fracasaron, que si no continuaron haciéndose, superán-

dose y perfeccionándose fue porque lo impidieron fuerzas retrógradas internacionales muy superiores.

Los políticos republicanos españoles, con los marxistas, queriendo que se hiciera la guerra por la guerra, de modo absoluto, total: «todo por y para la guerra», a sabiendas que la actividad bélica, sin más fin que el ejercicio guerrero, deshumaniza y bestializa a los hombres se situaban, en realidad, en el mismo terreno antisocial, antibiológico, cruel, inhumano que los franquistas. A esta conclusión nos lleva cualquier estudio serio que se haga al respecto con rigorismo científico, ético, social y humano. Y es que la psicología política, la del mundo autoritario, sólo puede contribuir a formar «ovejismo» en los pueblos, pero ni en lo más mínimo hombres libres.

No exageramos, como lo prueban los hechos de 1936-39 en España: la República permitió que en su propio seno, en sus propias «entrañas», alimentado por ella, se gestara, naciera, creciera y se fortaleciera el franquismo. Ya vigoroso, sintiéndose con fuerzas suficientes se alzó contra aquella y el Pueblo español. ¿Y qué hubiera ocurrido de haber «triunfado» las armas republicanas después de hacer la guerra por la guerra y de aniquilar a los revolucionarios sinceros? «Sin personas con ideas libertarias», con obedientes guerreros solamente, degenerados moral, mental y psicológicamente por ejercer sólo el oficio de matar por matar fascifranquistas, en larga guerra, hubiera significado, de todas las maneras, para España peor situación que la que sufrió en la «preguerra»: volver los hombres a la llamada «normalidad», a la «paz», en peores condiciones psíquicas, mentales, morales y humanas, a correr peligros de dictaduras, con cualquier nombre y color, con el pretexto, por parte de los «nuevos» gobernantes, de imponer la «ley y el orden» que la guerra «perturbó».

(Continuará.)

FLOREAL OCAÑA

Choque de verdades

Si mis verdades chocan con las verdades ajenas,
lo deploro, pero no puedo ni tampoco quiero reme-
diarlo.

Gordón Ordás

II conferencia en Casablanca

..... por Muñoz Congost

(CONTINUACIÓN)

FACTORES INTERNOS Y EXTERNOS QUE ENTRAN EN JUEGO PARA LA REALIZACIÓN DE UN PROGRAMA SOCIAL RENOVADOR

Hemos, hasta ahora, puesto sobre el tapete un panorama de la situación para poder juzgar mejor a continuación de las posibilidades de realización social que permitan asegurar a las generaciones futuras españolas un porvenir más digno y una vida sin inquietudes, sin ese peligro constante, sin esa amenaza permanente sobre sus cabezas.

¿Resumen? Cualquier solución que se venga a propugnar encontrará naturalmente los factores de regresión y los de realización en lucha.

¿Contar la realización de una España mejor? Los detentadores de los privilegios ancestrales, la gran propiedad, la Iglesia, igualmente propiedad, y los esbirros encargados de la defensa de esos intereses, encaramados en la existencia de ese monstruo que es el Estado mismo.

Cualquier realización deberá dar al traste con la totalidad o con parte de los privilegios existentes hasta ahora.

¿A favor de esas realizaciones? Los desposeídos, la clase trabajadora, los explotados de todos los tiempos. Y no por un deseo de revancha sino por la necesidad de dignificar su propia existencia, dando un sentido a la vida y un horizonte más claro a las generaciones venideras.

Los grandes propietarios, la Iglesia, el Ejército... de un lado.

La burguesía española, la clase media, los defensores de la democracia parlamentaria de otro.

Los partidarios de la solución estatal comunista de otro...

La clase trabajadora española dispuesta a realizar lo que ansía de todo corazón.

Y con todo ello, la conjuntura internacional de hoy dividiendo al mundo en dos bloques gigantes, división de la que se ha aprovechado hasta hoy el régimen franquista para asegurar su supervivencia.

La natural repulsión de las democracias internacionales y del comunismo soviético a ver desarrollarse en nuestro pueblo una experiencia social que fuese ejemplo para las clases productoras del mundo.

Conjunción de fuerzas internacionales, cuya acción fue funesta en el periodo 1936-1939 para los destinos de nuestro pueblo.

Lección que debe aprovechar, al objeto de que los falsos pastores no vuelvan de nuevo a enarbolarse ante las nuevas posibilidades, la necesidad de

la convivencia, del buen semblante, de la tranquilidad de otros países que nunca miraron el interés del nuestro, sumido en la miseria, sino sus propios intereses.

Y para terminar con este análisis de los factores determinantes, ahogo de extrema importancia: las inversiones monumentales del capitalismo internacional en nuestro suelo, haciendo del mismo una colonia de los grandes trust del capitalismo. Monstruo pavoroso que representa una de las mayores amenazas para el porvenir de un pueblo que no podrá considerarse libre, si no se independiza de esa terrible hipoteca. El miedo de ese capitalismo a que cualquier transformación no reconozca, como no podrá reconocer en forma alguna, la legalidad, la justificación de esos intereses.

Planteado, pues, así el problema, vamos a pasar a la parte final de esta disertación.

SOLUCIONES POLITICAS QUE BREGAN POR LA SUCESION AL FRANQUISMO

Decimos mal al titular este apartado soluciones que bregan por la sucesión, cuando más debiéramos decir que esperan, ya que en realidad poco combate hay para facilitar la destrucción del régimen Franco-falangista por parte de muchos de los esperanzados en verse adelantados por tal destrucción.

Es verdad evidente que bajo el punto de vista internacional, la persistencia del régimen español es un anacronismo monstruoso y que al buen deseo de las democracias determinantes en el horizonte mundial, ya le habrían cambiado por otro que con un cambio de collares hubiese por lo menos dado la sensación de una verdadera democratización del régimen con la desaparición de la triste figura del que fue aliado y amigo de los dictadores fascistas vendidos en la última contienda mundial.

Pero el hecho cierto es que tal cambio ni se ha facilitado, ni se ha intentado facilitarlo siquiera hasta ahora.

¿Cuáles son las causas?

No nos llamemos a engaño, ni dejemos que las opiniones de nuestros políticos nos vengán con la cantilena doliente de nuestra desunión y otras zarandajas por el estilo.

A los señores del aerógrafo internacional no se les engaña con promesas de cuatro hombres políticos. De ellos es archisabido que la potencialidad real de las organizaciones democrático burguesas de la península, de matiz republicano o monárquico es nula en comparación con la temida potencialidad de las organizaciones revoluiconarias

españolas y las características y preparación del pueblo español.

Ninguna solución de las preconizadas por los prohombres políticos ofrece las suficientes garantías de continuidad interior, de aseguramiento de los intereses exteriores, de tranquilidad que no alborote las masas productoras de otros países...

De saber los jerifaltes de la escena política internacional, que en España una solución democrático-cristiana, tipo Italia o Alemania, o que incluso las realizaciones del socialismo español al estilo de los ingleses o franceses podían garantizar la continuidad de sus intereses, así como la de las perspectivas obreristas internacionales, de seguro que de buenas maneras se habría construido el puente de plata que Franco deseaba para, con otro 14 de abril, de jolgorio y desfiles trastocar el panorama político español.

Afortunadamente para el pueblo español, a las ansias populares no las puede hoy frenar ninguna tibia solución de tipo europeo. Y ello no por simple capricho de las ansias revolucionarias del pueblo, sino porque éstas están determinadas por las necesidades ineludibles de todo un pueblo, necesidades que ninguna de estas pretendidas soluciones puede ni podrá resolver.

Y he aquí la verdadera llave del misterio.

De nada sirve que nos vengan con los argumentos de la desunión de las fuerzas antifranquistas.

EL CAMBIO DEL REGIMEN

A mi criterio, el programa de transición que se encuentra preparado y en pleno desarrollo es el del cambio a largo plazo. Y para el mismo se está creando un ambiente de popularidad y de personalidad forjada de todas piezas para las organizaciones de tipo vaticanistas que pululan por Europa, y que siguen a la pretendida y necesaria liberalización de la Iglesia católica, a la par que por una política de cansancio se busca la solución sea cual fuere que elimine si posible las influencias determinantes aun hoy de las fuerzas de la revolución latentes en el país.

Esta línea de conducta, que, indudablemente, lleva trazas de conseguir sus propósitos a medida que se prolonga la trágica situación del pueblo español, no es sino el resultado como hemos dicho de las deliberaciones de los magnates de la política internacional, para los que Franco, estamos seguros, no es persona grata, no por lo que en sí representa, sino por los recuerdos históricos que se mantienen con su permanencia en el poder.

Línea de conducta que si bien ha sido forjada y determinada por los hombres del bloque occidental y la Iglesia, se encuentra terriblemente reforzada por la política oportunista de los comunistas españoles, cuya política de la hora es la de la reconciliación nacional, haciendo el juego con ello como lo hicieron el de los años de nuestra guerra a las tristes fuerzas de la reacción y del escarnio humano.

Por ello hemos de considerar que la política actual de los hombres políticos españoles que se llama

man más o menos demócratas liberales o republicanos, es la de la negación más absoluta de la visión política que dicen tener.

Sus pedigüeñas llamadas, sus campanas de clemencia internacional, sus antesalas ante los representantes del mundo ONUISTA no son sino una llamada en el desierto. Lo que resulta verdaderamente ridículo de su parte es la persistencia en su actitud limosnera, de mendicidad, esperando de las contingencias internacionales que se les facilite la accesión al poder, cuando debieran ver de manera clara, que la política de esos a quienes se dirigen va encaminada precisamente sea a desplazarles, sea a ahogar su personalidad en la de las nuevas figuras y las nuevas líneas políticas que con la misma aquiescencia del franquismo se van cruzando en el horizonte español.

Descartemos por lo tanto esa solución republicana, incruenta, sucesora de la república del 14 de abril de 1931, que las viejas figuras republicanas españolas sueñan aún con desenterrar, y que pretenden dar hoy vida ficticia con la existencia efímera e inútil de esa legalidad republicana que al calor de alguna democracia centroamericana les da aún la ilusión de perennidad.

Una solución republicana de ese tipo sería rápidamente sobrepasada por las circunstancias el medio ambiente y las necesidades perentorias de transformación social de nuestro pueblo y no les será nunca concedida a los republicanos españoles.

Les queda la solución de conseguirla por la acción subversiva.

¿Pero cuentan con fuerzas suficientes los partidos republicanos para lograr esta acción subversiva?

La clase media española, si es liberar por formación, no lo es lo suficientemente decidida para lanzarse a la pérdida de sus intereses permanentes en acción conspirativa. De serlo, hace veinticinco años que debiera haber comenzado y hemos de constatar de manera evidente que en estos cinco lustros, si se han manifestado los españoles en múltiples ocasiones, nunca lo fue ni bajo la inspiración ni con el apoyo de estas organizaciones, plejade de ateneístas antiguos funcionarios, hombres de la clase media cuya aspiración fue siempre la misma, esperar el cambio para aprovechar del mismo.

LA SITUACION

Es evidente que en España no existe hoy una conciencia republicana democrática. Hay una clase media o indiferente o pasiva que si desea el cambio lo es para por la acción del milagro. No es una fuerza, es una masa informe y sin personalidad. Frente a frente hay las masas populares de inspiración y ansias revolucionarias, una juventud con inquietudes insatisfechas, y frente a todos ellos, la fuerza de los mantenedores del régimen con su secuela de intereses, de temores a la justicia del pueblo, y ayudados por esa consciencia internacional de los capitalismo no dispuestos a ce-

der en España hasta que la propaganda y el canancio hayan creado las circunstancias favorables.

Al igual pudiéramos decir de la llamada solución monárquica. No hay monárquicos en España. Hay quizá hoy una masa de comerciantes e industriales descontentos de las vejaciones del régimen actual y deseosos de ver producirse un cambio, para el que preconizan sea la solución monárquica sea otra cualquiera que les garantice con el cambio la continuidad de la constitución social y la desaparición del peligro popular.

Para ese conglomerado, no de ideas ni de personas, sino de intereses, lo que menos interesa es el signo institucional y lo que más es la solución de régimen fuerte que garantice su seguridad, la perennidad de los intereses de la alta industria, los pequeños intereses de la clase media, la prosecución de la política de ligeras concesiones, sin que la solución de los problemas de orden económico y social tengan la más mínima importancia.

EL FACTOR TIEMPO Y LA IDEA DE ALIANZAS

Por lo antedicho, insistimos en nuestras afirmaciones de siempre de que el tiempo sigue haciendo el juego a las clases reaccionarias españolas, contra los intereses todos del pueblo y, en consecuencia, la actitud de la existente Alianza de Fuerzas democráticas es un contrasentido que no puede tener tras de sí más que su estandarte y los ruidos salones donde arrastran sus quiméricas ambiciones de restauración de sistemas desaparecidos. Su persistencia en la línea actual de conducta o es de la política internacional tendente como hemos dicho a retrasar el cambio hasta el momento en que se crea que el ambiente está preparado o en el mejor de los casos, ignorancia de las características fundamentales del trágico problema del pueblo hispano.

O viven en el más raso de los errores, demostrando una vez más su incapacidad, o de acuerdo con intereses extraños a nuestro suelo, juegan con su publicidad el papel del que entretiene las circunstancias con la esperanza de que llegado el momento de que las instituciones caigan en mano de los novísimos líderes de la democracia cristiana, alguna de las migajas del poder estatuido vaya a ellos como prueba de la existencia de un semblante de recuperación de la democracia.

Y ello sería más criminal que el error de la inactividad y de las consignas de la solución incruenta por cuanto que significaría traición a los principios que dijeron siempre defender, atendiendo más y más a sus propias posiciones personales.

Sea, pues, uno u otro el motivo que les guía, insistiremos nuestra oposición a tal política de abandono.

Y cuando se nos pide a nosotros nuestra incorporación en dichos organismos (hablamos de la Alianza), ¿se hace acaso con la intención de vigorizar a la misma y darle la potencialidad de lucha

que necesita? ¿O por el contrario, sólo se busca ahogar la voz de la revolución española en ese conglomerado de pretendidas fuerzas liberadoras?

De contestar afirmativamente a la primera interrogación, es decir, que suponiendo que se nos llame para una vigorización de la entente antifranquista para la lucha resultaría incomprensible, el que no se escuche la voz de las organizaciones que se sabe están empeñadas en esa lucha sin miras ni ambiciones políticas. Si se discuten hasta la exageración lo que se dicen exigencias de la C.N.T., es porque no se quiere dar la posibilidad de que las realizaciones que preconizamos se realicen, ya que las saben contrapuestas a los intereses que ellos defienden en realidad. Porque no debemos dejarnos llevar de ilusiones. La existencia del conglomerado antifranquista español, no es, no puede ser, una realidad. Que el pueblo entero se sienta frente al régimen es una verdad indiscutible, pero que todas las fuerzas que se encuentran frente al régimen puedan iniciar una actitud común permanente es ilusión de niños.

Como hemos dicho muchas veces y repetiremos hasta la saciedad, la lucha por el derrocamiento es el único lazo y el único objetivo en el que podemos coincidir. Unidad en un combate liberador, con libertad absoluta al llegar a este derrocamiento para la acción de cada una de las fuerzas populares. De ninguna manera mejor se podrá oír la voz del pueblo. Pero pretender que entre las premisas de la acción conjunta contra el régimen actual conste de antena no la aceptación de un sistema institucional cualquiera, y el compromiso de respetarlo para permitir su afianzamiento, es pretender jugar con esa misma voluntad del pueblo e hipotecar de antemano lo que este mismo pueblo pueda desear a las ambiciones particulares de fracción o partido.

Y nosotros que nos encontramos convencidos que las soluciones de tipo democrático y parlamentario burgués no representan para España sino la persistencia de los eternos problemas y el retorno periódico de las luchas de clase, no podemos de antemano aceptar ninguna concesión al mismo.

Por otra parte, no ignoramos, como hemos dicho anteriormente, que dicha Alianza y las fuerzas que la integran no representan una verdadera fuerza de combate y lucha, y que, en consecuencia, nuestra colaboración se requiere un tanto que niotor y acción de la misma. Y resulta verdaderamente ridículo por no decir otra cosa, requerir nuestra colaboración en un objetivo común, exigiéndonos al propio tiempo que nuestro sacrificio sirva exclusivamente para la consecución de sus intereses.

He aquí por qué no podemos ver con simpatía la existencia de esa alianza siempre que la misma no haga abstracción de todas sus exigencias en aras a una sola, el derrocamiento del régimen actual.

(Continuará.)

Conozcamos a Samblancat

El furor de los búfalos

HAY varias republicuetas indias, en que hace estragos la furia ciega de la manada búfala, que por ellas campa libérrimamente; que por su paja brava anda suelta y es dueña incontrolable de toda su substancia.

Una de esas praderas canadienses o dehesas de ganado bravío, en que el hombre está siempre a las patas de los caballos o gira volteado como un pelele en la cornamenta de los brutos, ya creo que dije que es Bolivia.

A Bolivia la llaman la República del Corazón o incordiación de Jesús. La sanguinolenta piltrafa del Padre Hoyos, se la mandan a usted de allí chorreando miseria humana, en todos los sellos.

Sólo Colombia rivaliza con su vecina, en diocesana, episcopal, sacristana y ciriopascuala.

La viscera divina, que los cebolludiso de Colombia se hacen servir en ajiaco o manchego pistraque en la sagrada mesa, es el cardias u órgano de la palpitación de María.

El analfabetismo semiilustrado de Colombia puede arar en yunta con el carente de betún o lustre, de Bolivia. Sólo lo superan las mulaterías y mesticerías, que el totalitarismo no siempre mal visto de Washington, ha hecho regresar a la animalidad más total y cabal: Nicaragua, El Salvador, Paraguay, Santo Domingo, etc.

En Bolivia, el que no es magnate del estaño, o criado y caporal de la «Mines and Enterprises Consolidated», se friega.

Está condenado a la escatofagia. A comer tunas o higos chumbos en el bosque, durante el verano; a recoger las semillas expulsadas en las violentas diarreas, que este fruto produce; a secarlas al sol, molerlas y hacerse con la harina en invierno unas tortas, de un exquisito gusto a retrete, que son una delicia.

Patiño, Aramayo y Hochschild, la Santísima Trinidad boliviana del estaño, mandan en un millón

de kilómetros cuadrados del Ande central, como Nabucodonosor, Senaquerib y Teglatfalasar mandaban en las Potamias de Asur.

El año pasado envié 15 libros a un corresponsal mío, de La Paz. Libros que, probablemente, descansan en paz incinerados, porque el Gobierno me los cambió desvergonzadamente. Las reclamaciones formuladas al director general de Correos, a la Secretaría de la Presidencia, etc., han sido coces pegadas contra el aguijón o los siete puñales del cardias de Da Lola.

Actualmente, tengo bloqueados otros 25 volúmenes en un Banco de la Polis o necrópolis antes dicha. El gitaneo de los secuestradores, para no entregar a su dueño ese papel, produciría al público un terremoto intestinal, si se le pormenorizara.

Hace poco hubo una revolución en Bolivia. Los bandidos del estaño azuzaron a una turba contra el Presidente Villarroel, que quería seguir cobrando en la postguerra al Sindicato capitalista, señor de horca y cuchillo en el altiplano bolivial, los mismos tributos que el Estado percibía durante la guerra contra el hitlerismo.

Los insurgidos bajo la protección de la policía, defenestraron al Primer Mandatario y colgaron su cadáver de un ahuehuate de la Plaza de Murillo, de La Paz.

Me guardaré muy bien de no alabarles el gusto a los sediciosos. Pero, para que el drama no quede en tablas y no trascienda a repugnancias atufadoras, ha de tener tres actos más.

En el 2.º, se ha de subir en el cabo de una cuerda a las alturas, donde lo reclama Dios, al triunvirato del estaño. En el 3.º, se ha de discernir ese mismo honor a los testafellos, que el trust ultracapitalista de los Metales ha elevado al poder en Bolivia. Y en el 4.º y último, hay que mandarle en una bandeja su ración de sogas al Sagrado Cucharón de Jesús.



Los «sagrados» santuarios

ES fácil, muy fácil convertir una leyenda en un hecho histórico y más aún si pertenece al género dicho religioso. La «fé» lo encubre todo y a su amparo, las tergiversaciones más incongruentes son posibles. Conozco una perfectamente. Su principio: Un burdel y unas prostitutas. Su resultante: Un santuario con «aquellas» envueltas en ropas monjiles. Su fin: «Hágase el milagro y el milagro se hizo». La leyenda hábilmente tergiversada sigue en pie empujada por la «fé». Héla ahí:

Nos hallamos a mediados del siglo XIV. Una niña de quince abriles escasos, huérfana y abandonada de todo el mundo, vivía en una casa situada en las afueras del lugar. Un día, tuvo la buena o mala suerte de enamorarse locamente de uno de tantos cautivos moros y de expansionarse con una de sus más íntimas amigas, compañera de sus juegos infantiles, la cual cayó también en idéntica debilidad. Dichos amores clandestinos duraron algunos años hasta que, un mal minuto se cruzó en el camino de sus jóvenes vidas, al quedar, por descuido o por lo que fuere en cinta la propietaria de la mansión. Espantadas y sin saber como salir del terrible trance, se declaró la «accidentada» al autor del desaguisado y el «morito» decidió trasladarlas a una de las tantas montañas que rodeaban y rodean el pueblo donde vieron la primera luz. Pero, ¡cosa rara! otros cautivos fueron sumándose al interfecto, aumentando el número de visitantes amorosos de manera alarmante, así como multiplicándose el dinero del «demonio» y seguramente inventor del putañerismo el que una vez en posesión de la suma anhelada para su «redención» desapareció como por ensalmo para no volver nunca más.

Poco a poco se cambió la clientela, sucediendo a los herejes, cristianos de pura cepa. Así creció la nacida, fruto de amores morunos, la que a los doce años justos perdió su virginidad convirtiéndose en una muñeca de placer más. La fama de su hermosura fue creciendo de manera inusitada, hasta que las dos «viejas», encontrando la montaña demasiado alejada y ante el temor de ser descubiertas y condenadas a ser desjarretadas y colgadas, idearon un plan verdaderamente diabólico. El siguiente:

Aprovechando la gran calamidad de la horrible peste negra que en 1348 devastó Europa entera y diezmó su pueblo, pasó por su mente observar diariamente a la puesta del sol, las cenicientas y pedradas rocas del monte que solitario se alzaba en frente de su agreste retiro, aparecían envueltas de celestiales resplandores y principalmente los sábados, días consagrados en aquel entonces a la señora madre de Dios, y cuyas maravillas se encargaron de hacer propalar por mediación de su ya escasa clientela y uno de ellos, el favorito de la jovencueta, encargado de esconder entre la maleza una estatua de la mentada señora madre. Esparcida y recogida

la fausta noticia, el pueblo subió como los cánones mandan en procesión, descubriendo la imagen. Se puso inmediatamente hilo a la aguja edificando un oratorio y pasando a regentarlo las tres prostitutas, perdón, las tres santas ermitañas autoras del milagroso hallazgo.

Dígame lo que se diga, cuéntese como se cuente y escribese como se escriba, ya en 1388 eran públicos tales sucesos, no siendo fácil negar el testimonio de un pueblo (quod in illis partibus pro notorio habetur) latinajo muy a propósito y que por fortuna o milagro (...) no he olvidado todavía.

Arrastrados los enfermos por el natural deseo de curarse, el ilusorio fanatismo subió de forma rápida, afluyendo los donativos y promesas de los que escaparon a la muerte. Negocio brillante para las inteligentes heteras, las que catorce años después vieron crecer la «cofradía» con motivo de una epidemia que atacó principalmente a los niños, ofreciéndose piadosas mujeres a la Virgen o señora madre (Aquí si me falla la memoria, con o sin latinajos, por no haber forma humana de descifrar el lío) en aquella altura como víctimas de penitencia para levantar el brazo de Cristo que con tanta saña castigaba a inocentes seres, libres de toda falta y pecado. De tal modo aumentó la comunidad que, en 1370 se habían unido a las tres fundadoras, las suficientes compañeras para constituir monasterio de religiosas con todas las formalidades canónicas. El 15 de Noviembre del año 1371, el Obispo encargó al Rdo. Jiame Arnau, vicario general de Mallorca y arcediano de Conflent en la iglesia de Elna (Elne, P. O.) la formación de las constituciones por las que se regiría la nueva comunidad.

Los abusos de las «nuevas monjitas», fallecidas las «maestras», fueron esparciéndose por todas partes, obligando al Ordinario a intervenir con toda firmeza, prohibiéndoles de continuar a salir sin más excusa que su gusto y conveniencia. Impuso perfecta clausura; prohibió que admitieran donativos personales; ordenó un solo confesor para todas y mandó fuesen despedidas del convento todas las jóvenes educandas por ser causa su estancia en el, de «frecuentes tratos con... ¡familias extrañas!» Y aquí fue Troya.

La priora o superiora y la mayoría de las heteras-religiosas ¡como no! rehusaron el someterse a lo que se les prescribía y recurrieron al Papa Paulo III. Pese a los «santos» enviados nada se pudo conseguir, como no fuesen más ruidosos escándalos, interviniendo en el pleito hombres especializados, nobles varones, curia y finalmente el pueblo, hasta que, ¡asombro de los asombros! apareció por allí una enfermedad extraña que atacaba el órgano del hombre que ejerce función especial y esencialísima y que tener autenticidad, desmiente que fuera introducida en España por primera vez por Hernán Cortés al regreso de uno de sus viajes de Méjico, pro-

LA VIDA Y LOS LIBROS

SOCIOLOGIA FEDERALISTA LIBERTARIA

(Ediciones del autor. Narbona. Francia, 1962)

Que el anarquismo sea primariamente una moral, una manera de comportarse el individuo en la sociedad presente, más bien que una doctrina social, he aquí lo que surge, particularmente bien, del presente libro.

Todos los pensadores que nos presenta el autor son, en efecto, ante todo (con la excepción tal vez de Bakunin, pero comprendiendo a Proudhon) moralistas. Lo que es esencial en sus escritos y lo que Respaut, como anarquista, se encuentra todo naturalmente llevado a poner en valor, son los principios morales, es decir la actitud que debe tener el individuo frente a sus congéneres y a sus instituciones.

Hasta el advenimiento de los anarquistas, la moral consistía esencialmente a predicar la sumisión a las reglas establecidas; el anarquista, al

ducto de ciertos contactos con nativas (indias) de aquel país, y, en el monasterio para la «misma vida de las religiosas», deficiente en observancia y que «favorecía las relaciones con los extraños con quienes comunicaban ellas a su gusto», y como el frecuente trato engendra intimidad peligrosa, «de ahí que entre la raza masculina y las monjas, se establecieran íntimas y corrientes relaciones humanas y sexuales muy difíciles de cortar. Unase a esto la educación que en el Monasterio recibían las niñas y... está todo dicho.

Todo no; pues, para reforzar la tesis de la «vox poulí» añadiré que, el Obispo D. Diego Arnedo, por mediación de su Procurador Juan Antich y Casellas, defendiéndose de los ataques que se le dirigían por la disolución de la Comunidad, escribió un informe que elevó al Papa en el que especifica: «Las religiosas vivían sin clausura; se juntaban con personas del sexo contrario, se producían nacimientos extraños y clandestinos; llevaban una vida liviana y en el Monasterio eran frecuentes las riñas y altercados producidos por libaciones y juegos rínicos con la decencia y con la enseñanza de que tales actos se «beneficiaban» niñas casi impúberes por las monjas iniciadas en actos de desvarios finalizados por los confesores.»

Y aquí termina la historia de uno de tantos santuarios, monasterios o conventos a la buena de Dios o de la Virgen levantados, historia que estoy seguro es la misma, puede que con ligeras variantes, pero en el fondo la misma, para los miles restantes, pues, la Religión Católica, Apostólica y... Romana, no ha sido, no es, ni será nunca, más que un vertedero de inmundicias y su base la traición, la falsedad y la mentira.

Con todos mis respetos... «aeternum vale...» (Adiós y para siempre).

J. Guiraud

contrario, declara: no debes respetar otras leyes que las que por tí mismo juzgas ser justas; a éstas solamente debes conformarte. Al margen, pues de las religiones, que pretenden dictarnos nuestro deber en nombre de un dios y de «verdades» reveladas; al margen del Estado, que, teniendo como rol el asegurar la defensa de los propietarios, entiende prescribirnos el «deber» de respetar la propiedad. «Dios y el Estado» son, para Bakunin, los dos grandes enemigos, porque es en nombre de Dios o del Estado que se pretende imponer al individuo las reglas de conducta que, al contrario, no deben depender más que de él solo.

Tal es lo que me parece constituir la idea central, o, si se prefiere, el motor central del anarquismo. Es esta llamada hecha a cada uno para que haga tabla rasa de lo que le han aprendido o de lo que se pretende enseñarle, para no reconocer como solo válido a su propio juicio. El juicio de cada uno es la medida del valor de todas las cosas, nadie debe pues aceptar que otros quieran imponerle sus propios juicios de valor. Es por tal cosa que el anarquista se niega tanto a la recompensa como a la reprimenda; no quiere ninguna «sanción», como tampoco honores o condenas.

Pero negarse a aceptar las reglas generalmente admitidas porque no están de acuerdo con lo que uno piensa, no querer incorporarse al conjunto de las ideas, los sentimientos y las creencias que son las del 99 % de las gentes, porque uno forma parte al 1 por ciento de las gentes que no las admiten, es colocarse por ésto al margen de la inmensa mayoría de los hombres, es ponerse fuera de la «sociedad». Y es así que el anarquista, el moralista anarquista, se vuelve un rebelde.

Ha partido de su sencillo derecho de no pensar como todo el mundo y se deduce que, no estando con todo el mundo, está necesariamente contra todo el mundo. Se vuelve pues un revolucionario; le es preciso transformar la sociedad a fin de que la nueva sociedad sea tal que en ella pueda practicar su moral, que pueda conducirse en ella como lo entiende y no como los otros lo entienden.

Tal es la impresión de conjunto que me parece surgir de la rápida exposición de las ideas de los principales pensadores anarquistas que hace Respaut.

Si Respaut estaba particularmente calificado para poner en valor este aspecto del anarquismo, es que él mismo es uno de esos anarquistas esencialmente morales para los cuales el deber consiste primero en vivir de acuerdo consigo mismo.

Lo conocí, de ésto hace unos veinticinco años, en Barcelona, durante la guerra civil; anarquista, había llegado con toda naturalidad a ponerse a la disposición de la primera revolución anarquista que se producía en el mundo, porque había juzgado que tal era su deber. Este deber, lo llenaba en uno de esos puestos calificados de humildes,

pero que sólo pueden ser dados a hombres de confianza y en los cuales se complacen los verdaderos orgullosos: aseguraba la conducción de uno de aquellos camiones que continuamente iban y venían de Barcelona a Perpiñán, para llevar a la primera de las ciudades los productos alimenticios y otros que los comités obreros antifascistas de Perpiñán reunían en Francia para llenar las necesidades más apremiantes de la población catalana.

Algunos años más tarde, en 1943, era detenido por la Gestapo por su actividad en la resistencia francesa, actividad a la cual se dedicaba, aquí también sin galones. Fue enviado a Buchenwald, en donde debería permanecer hasta el arribo de los americanos, y de donde trajo una obra, «Buchenwald, Tierra Maldita», que posee toda la nitidez, la precisión, la concisión y la emoción de un sumario.

Así el hombre y la obra están en estrecha relación. No se expresa bien sino aquello que se siente profundamente. E inversamente, sintiendo estrechecerse el alma del autor a través de sus exposiciones del pensamiento de los maestros del anarquismo, los lectores comprenderán al anarquismo.

R. Louzon

UN CENTENARIO BULGARO HABLA

por Nicolás Stoinoff

(Ediciones «Notre Route», París, 1963)

Descendidos de la alta meseta de Pamir, a través de estepas y llanuras, dejando sobre su paso a lo largo del Volga y sobre las costas del mar de Azov, las huellas duraderas de una cierta civilización, los búlgaros ocupan desde hace trece siglos esa encrucijada de tres continentes en donde chocaron diversas invasiones y cruzadas, en el curso de las edades, civilizaciones y potencias que —aún en nuestros días— se disputan el dominio del mundo. ¡Destino histórico! Este pueblo, joven y vigoroso, sólo pudo conocer cortos periodos de paz y de estabilidad.

Cinco siglos de dominio turco —de 1393 a 1878— marcaron particularmente su historia accidentada y modelaron el carácter del búlgaro: trabajador, sobrio, rudo y sombrío, pero sobre todo perpétuo rebelde. La organización autoritaria y estática primitiva de la sociedad, impuesta por el dominador, confundiendo, en la conciencia de los oprimidos, con todo lo que es «extranjero», por lo tanto —hostil y enemigo— contribuyó de manera decisiva, por la vía enteramente natural de la negación, a la formación de una mentalidad profundamente antiestatista.

Las múltiples rebeliones y los innumerables actos de venganza individuales caracterizaron toda la dominación extranjera, reforzaron su espíritu revolucionario y libertario cuyas raíces se hundían en las concepciones y tradiciones antiestatistas, antimilitaristas y comunales del «Bogomilismo» —movimiento social y religioso original, aparecido en el siglo X, que se extendió al Occidente, dando nacimiento al Catharismo de los Albigenses.

A la luz de estos hechos históricos, el carácter netamente social y verdaderamente revolucionario del movimiento de liberación nacional que, a favor de la guerra ruso-turca de 1877-1878 alcanzó este fin, no es de modo alguno sorprendente. En efecto, sus principales artesanos: Rakovsky, Levski, Karaveloff fueron republicanos fervientes, con matices de socialismo. En cuanto al gran poeta y héroe nacional Christo Botev —el ideal para la juventud de todas las generaciones— fue un anarquista realizado. Los mismos hechos explican en una larga medida el desarrollo importante que el movimiento libertario tuvo después de la liberación nacional, así como toda la evolución social y política ulterior.

«Notre Route» (Nuestra Ruta) —revista mensual búlgara apareciendo en París desde once años— se propone lanzando esta colección, hacer conocer los rasgos esenciales del pueblo y del movimiento libertario búlgaros en el curso de su historia moderna, vistos a través de la vida y de la obra de los militantes más representativos; la historia de un pueblo y de un movimiento no está constituida por la vida de los combatientes que se sacrifican por la felicidad de todos?

Nuestra elección en el primer número de esta serie no obedece a ninguna preferencia. Es la casualidad la que ha decidido: Nicolás Stoinoff, el educador infatigable de varias generaciones, el representante más auténtico de toda una época —la más interesante de la nueva historia búlgara— decano, en la hora actual de los libertarios y los pacifistas del mundo, cumpliendo en este fin de año el centenario de su vida íntegra.

El caso presenta un triple interés. Primero, biológicamente, no es un fenómeno ordinario que un centenario conserve con su salud, todas sus facultades humanas, la alta conciencia de sus responsabilidades y, merced a una asombrosa lucidez, la capacidad de expresarse por escrito con semejante lozanía de espíritu. Luego, su fidelidad a una concepción libertaria y pacifista que reviste de más en más importancia en nuestra turbulenta época, así como su toma de posición valerosa frente a una realidad consternante son su ejemplo a mostrar. En fin, por su relato adornado, el autor de estos pocos recuerdos nos transporta a una atmósfera agradable, pero olvidada.

El lector hubiera querido sin duda encontrar en las páginas de este libro sea la autobiografía completa de una vida, que, aunque calificada de «modesta», presenta un interés cierto, o bien las memorias de un centenario habiendo vivido la Comuna de París, la liberación nacional de Bulgaria, una media docena de guerras, revoluciones, golpes de Estado y tantos otros acontecimientos importantes, susceptibles de iluminar varios aspectos de nuestra historia. Leyendo se dará cuenta que Nicolás Stoinoff está altamente calificado para cumplir semejante tarea. Solamente, lo que el lector no sabe, es que este extraordinario anciano es no solamente prisionero de su avanzada edad que de ninguna manera facilita sus necesarios desplazamientos a las bibliotecas y exigiría el concurso de secretarios de los cuales está absolutamente pri-

vado, sino que al mismo tiempo —y sobre todo— es prisionero del régimen y de su familia, obedeciendo a las órdenes de las autoridades que lo condenan a un aislamiento completo. Nadie puede visitarlo y todo su correo está censurado. La persona que tuvo la suerte de verlo nos dijo:

«El abuelo en nada ha cambiado su vida. Se mantiene en buena forma. Su palabra sigue siendo clara y lógica. Lee con dificultad y pide a menudo que le hagan la lectura. Escribe correctamente. Pero vive en una soledad extrema. En Sofía, en donde pasa el invierno, no puede ver a nadie ni salir de la casa. Espera con impaciencia que el tiempo mejore para volver a ir a Choumen en donde se siente mejor, aunque la censura no lo deje en ninguna parte. Los acontecimientos en el plano internacional le interesan mucho. Toda injusticia lo emociona y lo rebela. A pesar de todo, de nada se queja y espera que los hombres se volverán más conscientes para que la justicia triunfe. «¡Libertad, iniciativa personal y tolerancia!», tal es su divisa. Dice que se encuentra en buena salud: «no sufro de nada, sólo los sufrimientos de

los demás hacen que me sienta desgraciado.» Cuando yo le solicité de continuar y terminar sus recuerdos, respondió sonriendo: «aún me quedan veinte años de vida».

Tal es nuestro «abuelo» en el día de su aniversario. Rechaza categóricamente toda adhesión al régimen y no acepta ninguna concesión. Hace algunos años, viéndose privado de toda posibilidad de expresión pública, redacta su propio «Boletín» manuscrito que difundía solo. Nosotros reproducimos un fragmento.

A fin de completar sus recuerdos, hemos encontrado útil reproducir dos artículos antiguos, abreviándolos un poco. La biografía completa de este educador apasionado no ha podido llegarnos, lo que de ningún modo es asombroso.

El título: «En torno a una vida modesta» dado por el autor a su relato refleja fielmente el pensamiento, las intenciones y el carácter de este hombre que, durante su larga vida, vivió y vive por encima de toda vanidad.

Notre Route

Sobre Dios

No necesito a Dios para concebir lógicamente el Universo, porque lo que me me explico sin El, tampoco con El me lo explico.

Unamuno

*

MAS SOBRE DIOS

Dios es una equis sobre una gran barrera situada en los últimos límites del conocimiento humano.

Carlos Vogt

Los de la máscara negra

La procesión nocturna de las «sacas»,
con su funeral cortejo,
para la gente de memoria corta
ha quedado ya muy lejos.

Los de la «Máscara Negra»...
¿Pero quién habla ya de ellos?
Y, sin embargo, dejaron
buena huella y mal recuerdo
para muchísimas viudas,
madres y huérfanos.

«Caballeros de la Muerte»,
era su enseña, dicha con respeto
por los golfos de Falange,
los señoritos y el clero.

Esto nos quiere decir
que, para ser caballero,
es preciso saber nadar en sangre,
sin mojarse los dedos.

Entre esta clase de gente
se fueron mis compañeros;
marcharon dando traspiés,
a puntapiés, culatazos y denuestos.

Se los llevaron deprisa,
como huracanado viento.
Para echarlos rodando a la cuneta
ya les faltaba tiempo.

Revuelo por el pasillo,
voces roncadas, improperios,
ruido de cerrojos, golpes
y, algo después... el silencio.

Mas, como llevaban máscara
para no reconocerlos,
no se llamaban verdugos;
sino, más bien, caballeros.

A eso se dice «hacer una limpieza»
con elegancia y salero;
algo que sabe a novela
y que hace soñar despierto.

Porque matar a cara descubierta,
como los «rojos» hacen con los «negros»,
«amarillos» y «blancos»,
de respetable sombrero,
eso da mala impresión,
sobre todo, al extranjero.

Y para probar al mundo
que son cristianos y buenos,
de vez en cuando, dan una amnistía.
(Ya van nueve, por lo menos).

Pero las dan por la «radio»,
y van demasiado lejos.
De esta manera,
ni una cogemos.

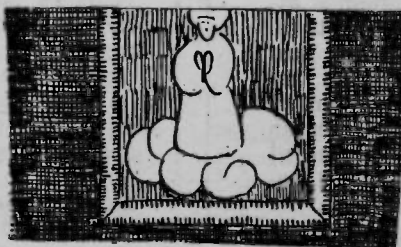
Las «pescan» en la Indochina;
mas no se entera ni un preso.
**Pero da buena impresión,
sobre todo, al extranjero.**

Luis Bazal

Amor

Debajo de las estatuas no hay amor. El amor está
en las carnes desgarradas por la sed; en la choza
diminuta que lucha con la inundación; el amor
está en los fosos donde luchan las sierpes del ham-
bre, en el triste mar que mece los cadáveres de las
gaviotas... y en el oscurísimo beso punzante debajo
de las almohadas.

García Lorca



Doctrina y acción

Concepto de la libertad

L
 A evolución del pensamiento, como la vida, no tiene fin. De ahí que, Quedo expresara con sumo acierto: «Lo que hay más allá de la vida, vida es». Los que pretenden encadenar la vida a un sistema social único para todos los tiempos, los poseídos por la teoría de lo infalible que degenera en la concepción absolutista, han aprendido muy pocas cosas de la marcha sucesiva del progreso, que no se detiene nunca. Cada día podemos hacer algo por los demás, dando un paso hacia adelante, a condición de que no creamos haber descubierto la piedra filosofal, la cuerda mágica para atar todos los secretos de la creación, del universo que nos rodea.

Nosotros somos el socialismo de la libertad del hombre, de la fraternidad humana. Por ser socialistas de calidad y por defender asimismo este principio experimental, hace muchos años que se nos viene difamando, diciendo que somos un movimiento de soñadores, que vivimos alejados de la realidad, que no tocamos tierra firme, que vamos, en una palabra, en alas del ensueño. ¿Acaso la existencia no es sueño?

Mientras haya hombres habrá sueños sublimes par ir en busca de una nueva realidad.

Desde que Carlos Marx se separó de la doctrina socialista libertaria descrita por Proudhon, se repite machaconamente que somos el socialismo utópico. ¿Que sería del mundo sin la utopía. Mas conveniente se hace afirmar a la luz de las experiencias históricas, que nosotros, eternos soñadores anarcosindicalistas, somos la representación más acabada y completa en nuestro tiempo del socialismo científico, humanista, técnico y experimental, que, teniendo en cuenta los hechos, vamos hacia la búsqueda de una organización superior así en la lucha político-social como en el desenvolvimiento económico.

Nuestro socialismo es del siglo actual y lo será del porvenir mientras no nos estaquemos en ninguna definición política, creyendo haber logrado todo lo que nos proponemos alcanzar... El mundo humano está de vuelta de los horribles ensayos totalitarios que se han venido haciendo, incluso en nombre de las ideas más avanzadas. Después de haber sufrido la humanidad los estragos de dos guerras mundiales, la única solución que se ofrece al común vivir, es el socialismo; pero no el socialismo decretado desde arriba como una ley providencial, sino el socialismo libertario que es la unidad de todos los hombres que quie-

ren hacer una obra, yendo de lo simple a lo compuesto, de lo natural a lo orgánico.

NUESTRO ESPIRITU

El Movimiento Libertario español ha dado ejemplos de preparación constructiva y funcional en este sentido, demostrando cual era el camino a seguir: el de las Federaciones Nacionales de Industria, el de los sindicatos obreros, intelectuales y campesinos articulados desde la escala local, comarcal, nacional para establecer la gran Confederación mundial de productores y consumidores libres. Enarbolamos la bandera del socialismo libertario, antiautoritario, internacionalista, como en los días inolvidables de la Primera Internacional soñada por el maestro Miguel Bakunin.

Son los acontecimientos, no las palabras, los que demuestran que tocamos tierra firme, ya que formamos parte de nuestro planeta. La filosofía metafísica imaginaba que todas las ideas descendían del cielo como un maná divino; mas para los sindicalistas libertarios el problema no se presenta tan sencillo como se quiere, esbozar.

Las ideas son un producto humano, y aunque evolucionan de acuerdo con la marcha del tiempo y las condiciones sociales, nunca alcanzan el estado de perfección definitiva. J. P. Proudhon, avizorando el proceso ulterior de la evolución humana, dijo con sumo acierto: «La anarquía es una finalidad a la cual podemos aspirar, pero cuyo último grado no puede lograrse nunca.»

Pero las ideas han de servirnos de norte para cerciorarnos, de que estamos en movimiento constante hacia la libertad. Y esto es lo que cuenta.

Continuando esta trayectoria y movido por el mismo pensamiento, el genial pensador Henrik Ibsen, durante las jornadas estelares de la Comuna de París, escribió lo siguiente:

«El que no posee la libertad como algo apetecible, la posee como algo muerto y desprovisto de alma, ya que la idea de la libertad tiene la característica de ensancharse y engrandecerse permanentemente durante el mismo acto de apropiación; pero si uno, en medio de la lucha, se para en el camino diciendo: «Ahora la tengo», entonces sólo demuestra que acaba de perderla. Y esta manera muerta que consiste en la creencia de que puede haber una idea de libertad concretamente determinada, es típica de los Estados existentes, y por ello digo que no tiene nada bueno.»

Pragmatismo yanqui

El pragmatismo norteamericano, hasta hace poco, era quesero, digo casero; y, como una mujer honrada, olía a cebolla frita. Total, que no había salido de los pesebres de la domesticidad. Primeramente, se continentalizó. Y ahora se ha mundializado. Terrible rueda dentada nos ha enganchado en sus chacalas mandíbulas.

Miga del longuete o bolillo ese del pragma, desde el segundo Bacon hasta William James (cuando puedas): lo más útil es lo más razonable siempre (pues toma una del nueve y arrea). En suma, que no hay en la vida más que problemas de báscula y de mostrador, sólo resolubles filosóficamente con criterio abarrotístico. Huelga, pues, plantear en Estados Unidos el elijan entre demócratas y republicanos. Que me los sirvan revueltos en albóndigas. Los yanquis no son fasciosos ni antifasciosos: son lerrouxistas del dólar, nudamente.

La pobreza para Cristo fue una buena ventura. Los cristeros la consideran la más aflictiva de las cadenas temporales y de las penas eternas. En Estados Unidos, es un escándalo, una inmoralidad, un crimen de lesa digestion eufórica. Nadie saluda allí a su padre pobre. El primer mendigo que se topa, al revolver de la aldea, es al autor del último robo de gallinas descubierto. En cada «unemployed» o «chômeur» hay cuando menos un delincuente potencial.

Por su exclusiva miserable condición, se petrolizó (para despetroleárselas) a las primitivas poblaciones indígenas a derecha e izquierda del «Misisipi... pipi» y sus afluentes. Por los mismos motivos, el linchamiento negrero está a la orden del día en las Vandalias del Sur, cueva ladrona y es-

La libertad no tiene una meta absoluta. Las cosas no serán jamás invariables por grandes que sean los progresos que vayamos obteniendo en el curso de la lucha. Por ser revolucionarios en el más digno y honroso sentido del vocablo, debemos estar predispuestos, en todo momento, a revisar nuestras propias experiencias. La evolución creciente del pensamiento libertario ha podido efectuarse porque siempre hemos estado alertados para cotejar ideas y métodos, normas y conceptos, sueños y realidades. Tal es nuestra visión de la historia y de la vida.

No cabe duda que la humanidad camina hacia el socialismo, que los pueblos rezagados avanzan para encontrar nuevas formas de vida; los adelantos científico-técnicos, los descubrimientos realizados en el laboratorio, en la mina, en el campo y en los talleres, ponen de relieve que la ciencia del hombre puede forjar la libertad humana si no nos separamos de la moral solidaria, de la ayuda mutua, de la fraternidad recíproca; es decir, si cada día hacemos un poco de socialismo verdadero con obras de provecho general.

Ramón Liarte

púrea matriz del Ku-Klus-Klan.

Las dos últimas hecatombes telúricas no han acabado con todo el «Lyon Noir» de Norteamérica. Entre el ébano sin valor, se incluye en Texas, California, Kansas, etc., a los mexicanos y a los americanos austriales. E incluso infinidad de policías y autoridades sólo autoras de crímenes, estiman de raza inferior a los morenos hispánicos. Son una especie de gitanería y de «bohémien», de demoniales tizones, para el rubio celestial y angloangélico, de oxigenada y ondulada crin o caballar cabellera.

La oligarquía capitalista, dueña de las reservas de oro y rancho estadounidense, se ha sobreinflado el buche en las dos recientes guerras máximas. La primera convirtió a Europa en una prisión por deudas al Shylock de Wall Street. La segunda la ha dejado hecha un cementerio de carroñas a medio echar flor.

Eso ha favorecido la ceba de Tío Sam, cuyo engorde hace delirar de lujuria al cuchillo. El numerario fugitivo de los pogroms antisemitas está en New York. El Yamato es una provincia imperial rascaceleste. Las mulaterias de debajo la línea del Bravo, no mueven pie ni pata sin permiso de la cuadrilla.

Pero volvamos al divino sacrificio, en Chicago, del puerco que se afeita. Liquidado el indio, acogotado el negro de mis entrañas — el 90 por 100 están ahora mismo en paro forzoso — procede echarle en seguida el camión al rojo de dentro y fuera de la barraca.

En las almorranerías del burocratismo y en el amante seno de las Uniones Obreras, la caza del bolchevique ha sido «sans merci». Se le ha hecho el lanzamiento de los puestos de trabajo, condenándolo por hambre a muerte más que eléctrica.

Practicada la limpieza y lavado del intestino, se impone la purga de la cara. El Plan Marshall actuará de jeringa en esa fumigación.

En Estados Unidos, con barberil inconsciencia, se expone corrientemente la teoría de que Europa se halla en estado salvaje y que la USA es la llamada a civilizar a esos jibaros, en colaboración con Pitimini, S. S. el Patata o Papa, los Laburus ingleses y otros pilares y mojones de la humana cultura.

Para los norteamericanos es cimarrón aperreable — ya lo hemos dicho — todo el que no tiene dos gordas. Atómica y radioactivamente se ha de irradiar y raer de la tierra a los que en ella están de más. Que son los que no cobran anualmente de diez mil dólares para arriba.

El Pentateuco dice que más vale morir que ser pobre. Columbia University ha encogido más esa manta de asfixiar perros, sirviéndosela a Morgan y and Company con estos salsifios: «Antes morir y matar que dejar un pobre vivo en toda la desnudez de la pú...trida tierra».

A la pelaza y la pelagra nos ha llegado la hora de hablar automáticamente.

A. S.

Coloquios libertarios

Universidad Internacional de Estudios Libres

Ponente: Vicente ARTES.

ORIGEN DEL PROYECTO

Permitidme unas palabras preliminares alrededor de dos hombres y de un castillo, origen indudable del Proyecto que voy a tener el placer de presentaros:

Un día, ya lejano, leía unos despropósitos o más bien unas incongruencias de Unamuno, a la sazón catedrático de griego y rector de la Universidad de Salamanca. Sus palabras me disgustaron y molestaron a muchos y en general a todos los que teníamos una preparación ambiental y cultural en el seno de la Escuela Moderna. Dícese de él —de Unamuno— que era un espíritu de «dimensiones excepcionales». No dudo que así fuera a juzgar por la profusión de obras que dejó escritas. Esas mismas dimensiones lo llevaron muchas veces a contradecirse consigo mismo al propio tiempo que contradecía a todo el mundo: al Rey, por ser Rey; a la República por sus incertidumbres y tal vez por ser o por no ser República de Trabajadores de Todas Clases. Y a Franco, porque «venció, pero no convenció». Digamos sinceramente en descargo suyo que fue el origen del esperpento lanzado a su rostro por la militarada que lleva por lema: «¡Abajo la Inteligencia!»

Pero el caso fue... y grave... que acababan de fusilar en el tristemente célebre castillo de Montjuich a Francisco Ferrer Guardia. La España ancestral y cavernícola, clerical y refractaria de entonces (la actual es una calcomanía de aquélla) subyugada por los Maura, La Cierva y demás troperío le acusaron de ser el jefe o cabecilla de la Semana denominada Trágica de Barcelona en 1909, pero en realidad lo fusilaron más bien por anarquista y ser el fundador de la Escuela Moderna la cual iba a revolucionar todos los sistemas pedagógicos en uso y abuso en los medios oficiales al propio tiempo que daba una idea constructiva para la educación racional de nuestra juventud. La idea era magnífica por lo sencilla y aplicable a todas las capas sociales de aquella España que deambulaba con un enorme retraso cultural y que al cabo de los años aún perdura con un lastre de tres millones de analfabetos, según los informes dados precisamente por el propio Ministerio de Instrucción Pública del régimen franquista.

Antes y después del fusilamiento de Ferrer se levantó en todo el mundo un enorme clamor de protestas y de críticas severas en contra de los que regentaban la política nefasta de España. Al Palacio de Oriente —sede del último Borbón— llegaron misivas conmovedoras pidiendo al Rey y a sus ministros el indulto del fundador de la Escuela Moderna, pero Ferrer murió fusilado en los fosos del Castillo de tal renombre y con él fue fusilada, más bien mutilada, la proyectada reforma pedagógica.

El catedrático de la Universidad de Salamanca, Unamuno, no estaba de acuerdo con este clamor de protestas, que según decía él, iba en descrédito de España. No se le ocurrió decir a Unamuno que los que descreditaban a España eran justamente los que fusilaron o mandaron fusilar a Francisco Ferrer. Además, Unamuno, con sus palabras menospreció con desdén olímpico a Ferrer y a la Escuela Moderna, después del criminal fusilamiento perpetrado en Montjuich. Sus palabras fueron tan desdi-

chadas que no se concibe que fueran pronunciadas, más que pronunciadas escritas —y lo escrito siempre queda— por un espíritu de «dimensiones excepcionales» como a quien le atribuye.

Decía así en uno de sus escritos, que a nuestro juicio era una necedad: «Tenía ya la pluma en la mano para decirnos algo de la agitación ridícula en contra de España que provocó entre la badulaquería internacional el fusilamiento del desdichado Ferrer, de quien ha querido hacerse poco más o menos que un genio, del cierre de las escuelas por él creadas y que se cerraron, no por anticatólicas, sino por anarquistas, por conspirarse en ellas contra la existencia del Estado —aparte de que, como escuelas eran detestables; focos de fanatismo, superstición e ignorancia— de la brutal ignorancia que respecto a las cosas de España reina en el extranjero y singularmente en Francia de...» Y más adelante dice: «... contra esa taifa de aventureros, anarquizantes, ilusos, fanáticos e ignorantes, que están reciamente desacreditado a mi patria por un asunto de que apenas están enterados...»

Estas palabras desatinadas de un catedrático de la «reina de las Universidades», podrían, solo ellas, ser motivo de una réplica razonada con el propósito de deslindar caminos, pero no de soltearlos ni de falsificarlos con la habilidad de un intelectual que cuando se le hablaba apenas escuchaba y «hacia pajaritas», un vicio bien estudiado de Unamuno. Ese detalle, amigos míos, sólo ese detalle, representaba un desdén vies a vis de los demás interlocutores considerados por él como de calidad intelectual inferior. Y esas palabras desconsideradas, inexactas, más bien torpes, de uno que se preciaba como intelectual deben ser puestas en el tamiz de la razón y de la sinrazón por los que estamos convencidos de todo lo contrario y que a la luz de los hechos no estamos arrepentidos de haber seguido una línea de conducta rectilínea antes y después del fusilamiento de Ferrer Guardia.

Nosotros no rendimos culto a la personalidad, a ninguna persona por elevada que se encuentre; pero apreciamos los acontecimientos tal como ellos son sin apelar a supersticiones dogmáticas ni a ritos trashumantes de badulaques del sectarismo. A Unamuno y a sus unamunianas debemos oponer nuestra rectitud de proceder y no sólo con hechos externos, al propio tiempo que borramos una leyenda que tiene el carácter de negra al decir o más bien «los decires» de muchos académicos de la Lengua oficial cuando pretenden confundir a sabiendas las palabras «caos» y «anarquismo».

Con nuestro proyecto tratamos de sepultar en los fosos del Castillo de Montjuich, no sólo las palabras de Unamuno, sino la de todos los aristarcos que hicieron de aquel célebre proceso una ganza de ángel exterminador. Pero se equivocaron, porque la semilla fue sembrada a voleo y el correr de los años han evidenciado que la sangre derramada no cayó en terreno yermo.

Porque es precisamente en lo que fue castillo fuerte de Montjuich donde vamos a emplazar la materialización del proyecto que nos ocupa. Es en la coronación de la montaña barcelonesa, frente al mar por donde llegaron civilizaciones milenarias y salieron empresas fabulosas; cima rocosa que se eleva a 205 metros de altura y que a ras de la misma fue edificado el triste Castillo fortificado en 1640 y cuyo lugubre renombre ha hecho estremecer a

los amantes de la Libertad, porque allí se encerraban y morían los hombres libres al grito de: «¡Viva la Escuela Moderna! ¡Viva la Libertad!»

Hoy el Castillo fatídico ha dejado de ser el coco de los luchadores, pero ha sido transformado en un Museo de Guerra. Nosotros queremos —pondremos en ello toda nuestra voluntad— para convertirlo en un Museo de Paz, de estudio y de progreso humanos; en un lugar de reflexión en donde todos los hombres libres y pensadores del mundo se puedan dar cita donde tengan lugar los coloquios internacionales y los intercambios culturales, sociológicos y enciclopédicos de la Península Ibérica, con destellos universales.

Montjuich puede convertirse en un Centro pedagógico de profundos estudios científicos y sociológicos al margen de toda influencia estatal dentro del plan constructivo que debemos y podemos trazar para mañana; un plan

no menos importante que los otros, tratándose de la transformación del ambiente cultural y pedagógico de España hoy sometido a un dogma religioso y político exclusivo, tiránico como todos los dogmas. No olvidemos que por tal motivo la Península Ibérica lleva varios siglos de retraso sometida a sistemas de una tradición ancestral y maquiavélica.

Los propios fosos de Montjuich nos podrán servir para levantar los basamentos de la moderna construcción que nos proponemos edificar. Los planos serán encargados a un arquitecto o grupo de arquitectos que tendrán en cuenta las características del edificio o edificio superpuestos en cuya cúspide se emplazara un faro de destellos relámpagos que simbolice la Ciencia, el Arte y la Libertad.

VICENTE ARTES

ESTUDIOS Y REFLEXIONES UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ESTUDIOS LIBRES

PREAMBULO

Es para nosotros un propósito primordial modificar, reformar profundamente la Enseñanza actual en España, en todos los centros docentes que dependan o no de Instrucción Pública. La enseñanza debe llegar a todos los rincones de la España montañesa y árida; a toda la España fluvial y marítima. La enseñanza no debe ser un privilegio sujeto a las disponibilidades económicas de cada uno.

La Escuela, con sus grados progresivos debe ser absolutamente libre y gratuita. Digo Libre porque no deben intervenir en ella, para nada, ninguna secta religiosa —focos implacables de superstición que en la ocasión del fusilamiento de Ferrer, Unamuno no mencionó en su vocabulario— ni Santo Tomás de Aquino ni San Ignacio de Loyola, ni cualquier otro santo por respetable que sea. Las devociones y las advocaciones deben estar al margen de la Escuela y seguir su rumbo propio.

Los estudios, incluso los superiores, deben ser gratuitos, desde la Escuela Primaria hasta no importa qué Instituto o Universidad. Es de tal forma que los niños dotados de inteligencia y que demuestren aptitudes para ello, sean de la clase, raza o religión que fueren podrán seguir su estudio sin ninguna traba ni coacción moral ni material.

Hasta aquí, hoy, a manera de preámbulo, expuesto en líneas generales presentamos un croquis ideológico de lo que entendemos por Enseñanza Libre.

MOTIVOS FUNDAMENTALES

Pero los motivos que nos guían en este Día de Estudios es exponer lo más detalladamente posible un tema que tenemos meditado a la luz de los hechos vividos y que guardan una

relación directa con el croquis que acabamos de esbozar en el preámbulo sobre la Enseñanza Libre. El tema o proyecto que nos ocupa es la creación en España de un Instituto o Universidad Libre de Estudios Superiores.

IDEAS GENERALES

Cada uno de los compartimentos estancos denominados Estados posee sus Centros de Estudios Superiores, cuya misión —subvencionada o avallada por los gobiernos respectivos— consiste en el perfeccionamiento del Profesorado Universitario y de personal especializado en las Investigaciones Técnicas o Científicas ligados a todos los problemas culturales, científicos, sociales o políticos de cada nación. Pero cuando una revelación se manifiesta en una o varias ramas de estos Centros si ella interesa a la estrategia militar, balística, nuclear, etcétera, aplicada a las guerras futuras, los gobiernos interesados hacen de ello un «invulnerable Secreto de Estado» o un Secreto por «razón de Estado» sin tener en cuenta el interés general o internacional del bienestar de los pueblos. Es para nosotros una aberración monstruosa considerar *patrimonio o Secreto de Estado* una comunicación de un descubrimiento de las maravillas de la ciencia y de la técnica las cuales quedan en tal situación metamorfoseadas en Ciencia y Técnica esclavizadas para fines inconfesables.

En la organización actual, social, política y diplomática de los pueblos, los profesores, los maestros, los hombres de ciencia generalmente son encuadrados dentro del Escalafón funcional del Estado-Patrón que contabiliza los servicios prestados de una forma incondicional. Otros pasan al servicio de empresas privadas y aun que algo más *independientes* depen-

den también del «secreto o razón mercantil» de las mismas. Por lo tanto, no existe un hombre trabajando en los Centros públicos o privados que sea verdaderamente libre, porque las insuperables —también— razones familiares, económicas y privadas de cada individuo le absorbe un elevado porcentaje de independencia, es decir, que tiene que enajenar, vender o hipotecar su ciencia y su inteligencia por razones económicas.

En la Unión Soviética, por ejemplo, intelectuales y hombres de Ciencia se hallan totalmente sujetos, más bien esclavizados por esas arbitrarias razones de Estado y no pueden dar un paso sin que esas sinrazones no les impidan la marcha serena, objetiva y libre de sus estudios en sentido universalista y humano.

En los Estados Unidos de América del Norte ocurre lo mismo con una ligera salvedad que trataremos de destacar, pronto ensombrecida por esas mismas sinrazones que representan un serio obstáculo para el entendimiento racional en las relaciones entre los pueblos.

Los EE. UU. poseen actualmente un Instituto de Estudios Superiores que goza de relativa independencia y se encuentra desligado de casi toda influencia estatal. Pero no está tan desligado como a simple vista parece por el solo hecho de encontrarse emplazado en la Ciudad Universitaria de Princeton, Estado de Nueva Jersey, a 80 kilómetros de Nueva York. El que proyectamos para España, aun siendo en principio similar, debe de estar desligado y fuera de toda razón de Estado.

Este Instituto, poco conocido por el público, es uno de los Centros eruditos de mayor influencia del mundo. Fue fundado en 1930 con el propósito de proporcionar un tranquilo retiro a destacados sabios de todo el mundo. El Instituto no posee aulas, laborato-

rios, estudiantes ni profesores en el sentido corriente de la palabra, pero en sus instalaciones los sabios pueden trabajar ininterrumpidamente sin que les molesten en su labor las distracciones de la vida universitaria o profesional.

Fue concebida la idea de este Instituto precisamente por Abraham Flexner, que sin ser hombre de ciencia ni profesor universitario dedicó muchos años al estudio y a la severa crítica de las Universidades tanto de los Estados Unidos como del extranjero, porque consideraba, como así lo consideramos nosotros, que las «enormes instituciones oficiales de Enseñanza eran contrarias o adversas—según su propia expresión— al saber, mientras que la flexibilidad y la libre imaginación eran su esencia.

Flexner era, ante todo, un hombre de acción y fue por tal razón afortunado en su obra creadora. En 1930, un donativo hecho por un hombre eminente y altruista —aunque se trataba de un hombre de «affaires»— hizo que se pudiera materializar el proyecto de su concepción de un Instituto de científicos y sabios.

En la relación de hombres de ciencia que dieron su adhesión, después de ser consultados por Flexner, se hallaban representadas las siguientes naciones: India, Israel, Inglaterra, Japón, Noruega, Dinamarca, Turquía, Alemania, Francia, Hungría, Suecia, Suiza, Méjico, Italia, China, Grecia, Canadá, además de los Estados Unidos.

Para nada se cita la adhesión de España a este notable organismo. Y si tiempo después España se adhirió a la UNESCO por causas imponderables de todos sabidas, fue de cara a la galería, preludio de su ingreso en la O.N.U., su pretensión de ingreso en el Pacto Atlántico y más tarde sus «marchandages» pro Mercado Común europeo.

El Instituto fundado por Flexner es más conocido por sus matemáticos por el saber «pro» de sus miembros. Pero proyectó también que tuvieran cabida las otras ramas del saber y fundó la Escuela de Economía Política. (Nosotros llegaremos —podemos llegar— más allá de la Economía Política. Varios miembros de esta Escuela han desarrollado destacadas actividades en el mundo de los negocios y en las esferas gubernamentales. Es decir, que este Instituto que fue creado para la expansión del saber «puro» y al margen de las esferas oficiales ha caído con el tiempo, todo o en parte, en manos de las tramas y actividades del Estado.

Y ahí está el peligro, un peligro que puede ir creciendo, más bien que ha crecido ya, al depender económi-

camente de los presupuestos ministeriales.

Bien es verdad que a esta institución acudieron destacados hombres de ciencia como Albert Einstein y Robert Oppenheimer; Oswald Veblen especialista matemático en el terreno de la geometría diferencial; el físico dinamarqués Niel Bohor, que desempeñó un papel tan importante en la desintegración del átomo y otros muchos, que no es nuestro objetivo citar hoy, alentados o subvencionados por las finanzas de Occidente, que acudían y siguen acudiendo allí no precisamente por motivos económicos o financieros, sino por inquietudes científicas y humanas, no han podido evitar el caer dentro de las redes del Estado al situar sus revelaciones científicas en proyectos militares, estratégicos, balísticos y guerreros.

Y lo han hecho, al parecer, sin darse cuenta que lo hacían y porque, además, dentro del engranaje universal de los asuntos generales de la vida existe el axioma tiránico que «lo primero es vivir». Y a este axioma queda sujeto todo el panorama de los hombres en la lucha por la vida dentro de un materialismo atroz, como así les ocurrió a los artistas del Renacimiento.

En primer lugar nos proponemos independizar a los hombres de ciencia, a los profesores y a los intelectuales en general de esa «razón de Estado» y que puedan trabajar al servicio de la Humanidad y no al servicio de las patrias. Dejaríamos de ser universalistas si no obráramos así porque todos los males y todo el desorden existente en la vida de los pueblos tiene el mismo origen al convertir la sociedad en compartimentos estancos.

Lo que vamos a exponer, y lo que ya vamos esbozando no tiene otra finalidad que llegar a una comprensión mutua del caos existente provocado por las llamadas gente de orden. Y lo que nos proponemos planear ni es utópico ni difícilmente realizable en un próximo mañana, cuando las circunstancias permitan en España libre expansión de sanas y honradas ideas propulsoras del progreso moral y material de nuestro pueblo.

Hoy existen entre los medios sociales internacionales unos intercambios de opiniones, de puntos de vista que antes no existían debido a los escasos y lentos medios de comunicación. ¿Y por qué no puede ser la Península Ibérica un centro convergente, sin egoísmos partidistas preconcebidos en donde la comprensión y la convivencia entre los pueblos tenga una base tangible y sean una realidad sin patrias, sin razas y sin religiones?

Hace poco se reunían en Francia en un interesante Coloquio internacional representaciones de diversos países para dialogar sobre los diferen-

tes sistemas pedagógicos existentes allí presentes. Entre estas representaciones se hallaba España. No es extraño que se encontrara esta representación porque el Coloquio se hizo bajo los auspicios de la UNESCO, a cuyo organismo, como hemos dicho antes, pertenece la España de Franco. En este organismo creado concretamente para la Ciencia, la Educación y la Cultura, la España del generalísimo hace un menguado papel de contrastes inverosímiles. El ingreso de la España totalitaria fue apoyada por varias naciones denominadas democráticas, especialmente por Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. No hablemos de la URSS porque esta nación forma ella sola un Continente político con luces y sombras indeterminadas.

Se trataba en este Coloquio de exponer el esbozo funcional de la Instrucción Pública en diversos países allí representados.

La muchacha que representaba al profesorado español hablaba con toda naturalidad de las diferentes facetas que caracterizan la Escuela y la Universidad españolas puestas en el régimen franquista bajo la advocación de la Iglesia Católica Apostólica Romana. (Y así marchan ellas, añadimos nosotros.)

Permitidme unas acotaciones marginales que a nuestro entender se encuadran en el tema objetivo de nuestras reflexiones. En España, desde nuestra ausencia, se suprimió la libertad de enseñanza, como se suprimieron las otras libertades preciadas en todos los pueblos libres. Se suprimieron las escuelas laicas, las racionalistas, las escuelas nuevas, en fin, que eran verdaderamente libres. Quedó un profundo vacío pedagógico y los niños quedaron sin escuelas propiamente dichas, sin maestros y sin los Centros educacionales al margen de toda influencia religiosa o dogmática. Los niños y los estudiantes universitarios en general quedaron como «aquella banda» de parajicos sueltos, por qué ya remató el maestro, que nos hablaba el poeta murciano Vicente Medina:

No mandes los nenes a la Escuela porque aún no la han abierto; y está, si es que Dios no hace un micerraica pa tiempo. [lagro.

Y ese milagro que espera la escuela española del Dios del Sermón de la Montaña lo hizo el franquismo descorchando una Ley que lleva fecha 29 de julio de 1943 en la cual se precisa: «... que uno de los objetivos del régimen es hacer de la Universidad el baluarte más sólido del falangismo». El art. 3º de dicha Ley dice concretamente: «La Universidad, inspirándose en el sentido católico, con-

sustancial a la tradición Universitaria española, acomodará sus enseñanzas a los del dogma y la moral católica y a las normas del Derecho canónico en vigor». (Ya veremos en qué consiste esa *tradición universitaria* de cuyo recurso hace gala la enseñanza confesional del Caudillo.)

ANEXOS FUNDAMENTALES

La «tradición Universitaria» a que se refiere el artículo 3.º es lo que la historia de la Universidad denomina con el nombre genérico de «Maestrescuelas», cuya palabra se refiere a «la dignidad que tenían en la Edad Media algunas Catedrales —y también antiguamente— de enseñar las ciencias eclesiásticas... Es decir, las Catedrales tenían en muchos casos la misión de enseñar a alumnos y profesores «su ciencia» dentro del dogma cerrado de la Iglesia y a ella se debía de someter el estudiante y el profesor.

Actualmente las Universidades Españolas en todos sus grados y hasta en el llamado sistema de Universidad Laboral en donde se debía enseñar problemas de carácter profesional y técnico se persigue al alumno con la implacable exclusividad religiosa y si alguien —profesor o alumno— se aparta de los sagrados cánones del dogma queda por tal hecho postergado o eliminado del Centro de Enseñanza o de aprendizaje en donde había puestos sus esperanzas profesionales y educativas.

El rector o los rectores de casi todas las Universidades españolas de la era franquista representan lo que antiguamente se denominan las «autoridades cancelarias». El cancelario era el que en las Universidades medievales tenían la autoridad Pontificia y regía en *Señor* para dar los grados como rector omnipotente de la Universidad. Esa, y no otra, es la tradición universitaria que trata de imponer el franquismo a sus Centros de enseñanza, persiguiendo a sus alumnos con la cruz y la espada desde la Escuela Maternal hasta los grados superiores.

Pero a nuestro juicio el régimen franquista y las autoridades del exclusivismo eclesiástico se han equivocado en sus cálculos psicológicos, si observamos la evolución estudiantil de estos últimos tiempos que corroboran lo que nos proponemos contrastar en el curso de nuestra exposición.

Una revista estudiantil editada en Barcelona que llegó oportunamente a nuestras manos titulada «Universidad 61», dice objetivamente: «Apenas un 50 por 100 de estudiantes llega al final del curso. La cuestión es pues: ¿Por qué el universitario español abandona a la mitad del curso? ¿Por falta de medios económicos? ¿Por falta de ar-

tículo? ¿Por falta de vocación? ¿O por las tres cosas a la vez?

» Nuestros universitarios, en general, son elementos de la burguesía española. La burguesía española carece de perseverancia y de valentía. Sólo tiene una ambición, pero una ambición a ras de tierra, sin transcendencia.

» Remedio: *Una buena inyección de pueblo*. Una reforma absoluta de la Universidad, con *estudiantes de verdad* y una verdadera extensión geográfica de las Facultades mejor repartidas por las tierras de España y asequibles a un mayor número de españoles.» (Hasta aquí «Universidad 61».)

Un malestar interno, profundo, reina en las Universidades españolas que ya en estos momentos se exterioriza como un cáncer incurable que iba mordiendo en las entrañas del mundo estudiantil desde que quedó establecido oficialmente el carácter resueltamente falangista y regimental que señala de una forma elocuente el artículo 4.º de sus Estatutos funcionales: «La Universidad española, en armonía con los ideales del Estado nacional-sindicalista ajustará sus enseñanzas y sus tareas educativas a los puntos y programas del Movimiento». Y en fin, en su artículo 9.º afirma rotundamente: «El Estado español reconoce a la Iglesia (Católica, apostólica y romana) en la enseñanza conforme a los sagrados cánones y a lo que el día llegado, será determinado por medio de un materia Universitaria, sus derechos a acuerdo entre las dos supremas potencias.»

No vamos a destacar todo el contenido omnipotente de tal cerrazón mental, de tal intolerancia frenética puesta al servicio de lo que no puede ser enseñanza ni denominarse Universidad, porque ni siquiera representa la *tradición universitaria española* que fue en la mayoría de las épocas resueltamente de carácter civil y laico.

El carácter resueltamente civil de las Universidades españolas, en contra del régimen pedagógico del franquismo que alega el tradicionalismo católico de la Universidad, lo atestigua que de las tres Universidades de Castilla en el siglo XIII, Palencia, Salamanca y Valladolid, sólo la primera de efímera duración es de fundación episcopal, la segunda, es real, y la tercera, municipal. Ya señalaba el historiador Lafuente que «los que suponen creadas las Universidades para estudiar las ciencias eclesiásticas en la Edad Media, faltan a la verdad histórica; ni en Salamanca, ni en Coimbra, ni en Valladolid, ni en Lérida, hubo hasta el siglo XV más enseñanza de este género que alguna aislada de derecho canónico. Se comete por lo tanto una inexactitud

queriendo considerarla como establecimientos eclesiásticos.»

Recordemos al efecto, que saltando por encima de todos los privilegios acordados a ciertas Universidades de origen eclesiástico y por encima del monopolio pedagógico de dichos Centros, Jaime I, excepcionalmente, dio privilegio a la ciudad de Valencia para que todos sus ciudadanos pudiesen abrir cátedra y enseñar gramática y demás artes, así como la Medicina, Leyes y Cánones, *libremente, sin condición ni tributo*.

Queda, por lo tanto, maltrecha la pretensión monopolista de la tradición —pretendida pretensión!— estilo franquismo si anotamos que en cuanto a lo que podríamos llamar gobierno de aquellas Universidades, eran verdaderas Repúblicas casi independientes, apenas subordinadas al Estado y a la Iglesia y además Repúblicas Federales de Facultades y Naciones con peculiar autonomía. En Lérida, por ejemplo, los estudiantes intervenían de forma casi directa en la elección de rector.

Por lo tanto, consideramos que la Universidad española del porvenir debe de estar bien compenetrada de su autonomía no sólo de sus relaciones con el Estado sino también con no importa qué Confesión religiosa, política o racial.

Bien es verdad que el precursor de las Universidades, Pierre Abelard, fue también el primer fundador del primer Seminario de Europa y por eso fue calificado como el primer profesor de Enseñanza Superior y el primer de los filósofos franceses precursor de Ramus y Descartes. Y que este «precursor» tuvo como alumnos a veinte cardenales, cincuenta obispos y un Papa. Pero en aquella época no se podía hacer otra cosa debido al medio ambiente absorbente y dominador de la Corte Romana que trajo como consecuencia la escisión de la Iglesia y la calamidad de las guerras de Religión que arruinaban a los pueblos y los condenaban a la miseria y a la esclavitud económica y moral.

El propio Abelard, ya en aquella época tuvo que rebelarse contra las exigencias de la Iglesia y enseñaba sus doctrinas universitarias en el propio Monte de Santa Genoveva. Después, protegido del rey contra la Iglesia que había condenado sus doctrinas se instaló en el célebre Paracleto, cerca de Troyes y que pronto atrajo una gran muchedumbre de discípulos que, por oírle, acampaban debajo de cobertizos y tiendas y aun en campo raso.

Aparte de la Universidad de Bolonia (Italia) que se consideraba como la más antigua del mundo, antiguas son también las de Tolosa, Valladolid, Cambridge, Salamanca, Lérida,

Nápoles, Lisboa, Alcalá, Valencia y la de Palencia que sólo duró unos treinta años. Y cuando empezó a florecer la Edad Media, al margen de todo oscurantismo dogmático, los profesores y los alumnos españoles se hallaban presentes en las Universidades de París, Bolonia, Aviñón, Oxford, Montpellier, Roma, Nápoles, Lovaina y desde los primeros tiempos universitarios a los contemporáneos los españoles mantuvieron nuestra prosperidad intelectual allí donde lo exigían los intercambios culturales entre los pueblos. Excuso decir a costa de cuántos sacrificios físicos ocasionados por los largos desplazamientos debido a la carencia de los medios actuales de comunicación, esos intercambios se llevaban a efecto...

Debido a la forma y estilo documental de nuestra exposición hemos olvidado brevemente a la muchacha que representaba la Instrucción Pública Española en el Coloquio que hacíamos mención en párrafos anteriores. Esta joven profesora no podía hablar de otra forma porque hubiera mentido, faltando a la verdad objetiva sobre la situación actual pedagógica en España. La mayoría de Escuelas y Universidades —decía la exponente— se hallan en manos de eclesiásticos con sotana o sin ella, porque ningún profesor puede apartarse de los preceptos establecidos en el articulado reglamentario que señalábamos antes. Los profesores no son libres de enseñar, no solamente a su albedrío y sentimientos, pues ni siquiera pueden aludir a los métodos de Rousseau conforme a la Naturaleza y a los principios racionales humanos.

La joven profesora no hablaba con acritud de los sistemas pedagógicos establecidos por el régimen franquista y sólo de una manera natural, catalogal y objetiva nos hacía un reportaje detallado de lo que es y representa actualmente la Escuela y la Universidad española. Pero esta muchacha volvía después a su puesto educativo en la Península Ibérica y ella tomaba notas de lo que exponían otras profesoras alemana, inglesa, francesa y de otros países. Ella vería, cotejando los diferentes sistemas pedagógicos y con todo ese bagaje se reuniría con los demás profesores, estudiante y universitarios españoles sometidos al régimen arbitrario de la intolerancia dogmática en virtud de la cual se persigue al niño desde las escuelas maternas hasta las Universidades laborales, científicas o de estudios superiores.

Y es por ahí donde nosotros debemos encaminar nuestros paseos para que la enseñanza en España sea verdaderamente libre, natural y humana.

La Universidad no ha estado siempre en España tradicionalmente en manos del Estado o encajonada dentro de la riqueza del dogma católico, apostólico y romano. Recordemos al efecto que estamos ya lejos de aquel año 1000 en el que el Papa Gerberto fue acusado de tener tratos con el diablo por su instrucción, principalmente adquirida en España, sea en las escuelas árabes o en las de Cataluña. Tengamos en cuenta que nuestras renombradas Escuelas Árabes habían mezclado a musulmanes, cristianos y judíos alrededor de sus maestros que buscaban con ello el vínculo de una Sociedad Internacional en «vivo movimiento» —como decía Giner de los Ríos— con ser entonces tan difíciles las comunicaciones entre los pueblos.

La palabra Universidad no se refiere exclusivamente a la enciclopedia científica, sino también a la corporación o asociación formada por los maestros entre sí y por los maestros y los alumnos. Es este carácter que nosotros nos proponemos dar a nuestro proyecto de Universidad o Instituto Libre de Estudios Avanzados de marcada tendencia universalista, porque la cultura y la enseñanza en general deben estar por encima de todo compartimento estanco delimitado por las fronteras políticas del nacionalismo ambiental.

Además, debemos enfocar todos los asuntos de carácter cultural o científico al margen del Estado, procurando que no intervenga con sus decisiones partidistas y regimentales en el sistema funcional de nuestros Centros docentes. No olvidemos que ya han existido en España Instituciones o Universidades, como por ejemplo las de Aragón, las Universidades de Lérida, que son las más antiguas de aquel Reino (que ya existían en 1300) las de Barcelona, Valencia, Huesca, Zaragoza, en las cuales el Estado no intervenía, o si lo hacía era lo más discretamente posible para no dañar las relaciones autónomas entre las ciudades, respetando que estos Centros de Enseñanza eran obra de las ciudades mismas. Solamente Castilla tenía estos Institutos dependientes del poder administrativo de los reyes. Por el contrario, el Municipio Aragonés no dejaba la Institución enteramente en manos de la Iglesia como en Castilla en manos del rey, como bien nos dice el célebre historiador Lafuente, autor de la Historia General de España.

La autonomía municipal en materia de Instrucción Pública era respetada en dichas regiones de España y con más motivo lo puede ser en nuestros días si logramos enfocar el problema en sus verdaderas dimensiones sociológicas, culturales y humanas.

La Universidad Internacional Libre que nos proponemos esbozar en este

estudio, es bajo todos los aspectos un tema atrayente como entendemos deben ser las relaciones o intercambios intelectuales y sociológicos entre los pueblos, entre todos los pueblos que sientan las inquietudes culturales de hoy y de mañana. Y digo «mañana» porque no concibo que se diga por algunos misántropos convencionales «que el mañana no existe», porque tal afirmación es puro egoísmo vis a vis de las generaciones futuras.

Estos intercambios internacionales no eran posible en siglos pasados con la amplitud que pueden ser realizados en la actualidad; o eran incompletos y sin las dimensiones que pueden alcanzar en nuestra época debido a la profusión creciente de los medios de locomoción.

Pero debemos procurar que en estos intercambios el Estado, es decir, las Instituciones de Enseñanza sometidas a la disciplina oficial, intervengan lo menos posible y que nuestra Fundación se desarrolle con el máximo de libertad y autonomía.

Serán invitados a tomar parte en estos Coloquios Libres, intelectuales, científicos, sociólogos, economistas, técnicos, etc., hombres en fin, de todas tendencias políticas, religiosas y raciales de todo el mundo.

PUESTA EN MARCHA

Como este Proyecto será debatido en su día —si el caso lo requiere— con la amplitud debida y en este debate se podrá ampliar, modificar, o se aceptará en su espíritu y forma, vamos a esbozar brevemente de qué forma podríamos poner en marcha la fundación del Instituto o Universidad de Estudios Libres.

Primero: Constituir una Comisión Organizadora compuesta por todas las ramas del Trabajo manual e intelectual de España. Esta Comisión podrá ser a su vez ampliada por elementos y entidades internacionales de solvencia a juicio de la Comisión inicial.

Toda ayuda económica que reciba la Comisión organizadora será aceptada a condición de no hipotecar la libertad y el libre acuerdo de la misma.

Considerando que en esta Institución muchas veces los profesores se convertirán en alumnos y los alumnos en profesores será invitada a nombrar una representación en el seno de la Comisión, con voz y voto, a las Asociaciones Juveniles de Estudiantes.

Para sufragar los gastos preliminares se podrá recurrir al capital internacional privado, Asociaciones benéficas, intelectuales, científicas, etc., procurando siempre independizarlo de la tutela del Estado y de la usura bancaria. Se podrán contactar «Com-

promisarios» internacionales que aporten al fondo del Proyecto cuotas mínimas, según las disponibilidades económicas.

Entre los recursos financieros que se podrían emplear, uno de ellos, lo encuentro viable de la siguiente forma:

a) Previo un concurso entre los artistas, pintores y dibujantes españoles ampliándolo a la escala internacional, en el cual dictaminará un Jurado nombrado al efecto, lanzar una Emisión de Sellos representando o simbolizando el Proyecto.

Esta emisión se editará en varios idiomas y colores y con el mismo símbolo.

El precio de los mismos lo fijará en su día la Comisión Organizadora y su adquisición será voluntaria y se difundirá acompañada de Circulares explicativas entre las Asociaciones de profesores, estudiantes y trabajadores de todos los países.

b) Se harán gestiones directas entre los Sindicatos de Servicios, especialmente en los de Comunicaciones, para el lanzamiento de una Colección Filatélica cuyo precio por unidad y gama fijarán de común acuerdo con la Comisión Organizadora.

Estos sellos de Colección también serán de adquisición voluntaria y tendrán valor de franqueo en la correspondencia cursada por correo ordinario y aéreo.

El importe recaudado, una vez cubiertos los gastos de tiraje y emisión pasarán a la Comisión Administrativa correspondiente cuya Secretaría contabilizara en su deber y haber.

Podría ocurrir que algún Municipio o Comuna Libre se interesara por el Proyecto. En tal caso, previa consulta vecinal, este sello de Colección Filatélica podría establecerse como franqueo anexo al sello oficial, como ya existen antecedentes, por ejemplo en el Ayuntamiento de Barcelona con el sello lanzado por dicha corporación municipal para paliar el déficit de la Exposición inaugurada en la Ciudad Condal y Sevilla durante la dictadura de Primo de Rivera, y largo tiempo después los habitantes de Barcelona estuvieron pagando un error de cálculo financiero imputable exclusivamente a los organizadores a las órdenes del pintoresco «Caudillo» de aquellos años que tenían la misión de sacar la parte del león del fabuloso y espectacular negocio.

Nosotros no pedimos saldar ningún déficit ni subsanar error alguno y si solo darle viabilidad a un proyecto realizable que depende en gran parte de la acogida que se le dispense en los medios confederales y libertarios por una parte y de las agrupaciones científicas e intelectuales por otra.

Podría ocurrir también que algún Ministerio de Instrucción Pública de algún país simpatizara y se interesara por el Proyecto. Si tal cosa ocurriera es casi seguro que dicho organismo pidiera ostentar una representación en la Comisión organizadora. Dicha hipotética representación no tendría más valor ni más importancia cuantitativa y moral que la de no importa qué representación estudiantil, del Profesorado, Cultural, Social o Científica.

No hay que darle más alcance a esta posible intervención de cierto organismo oficial que la que tenga con la puesta en práctica y desarrollo del Proyecto, considerando que hablamos en sentido hipotético y siempre que ello facilite el implantamiento de su instalación definitiva sin apartarse del espíritu inicial que tratamos de impulsar desde el principio básico hasta la coronación terminal de la Universidad Internacional de Estudios Libres.

2.º Una vez establecido el Proyecto en su emplazamiento definitivo, se podrá nombrar una Comisión de Control de carácter internacional la cual tendría por misión asegurar la total independencia del Instituto o Universidad. La Comisión Internacional de Control (C.I.C.) deberá estar compuesta por profesores, estudiantes, científicos, sociólogos y técnicos de probada solvencia y libres de todo prejuicio político, patriótico, racial o religioso. En suma; en esta Comisión estarán representadas todas las ramas del trabajo manual e intelectual de España y Extranjero.

La C.I.C. deberá tener en sus diferentes secciones técnico-administrativas que además de orientar y establecer los planes de trabajo fijara en cifras aproximadas los presupuestos económicos a fin de dotar a la Universidad del material docente necesario así como de las reformas que se vayan estableciendo para su perfeccionamiento técnico.

3.º La fundación en el Seno de la Institución de una Cátedra de Sociología Experimental, tendrá una importancia capital y se la dotara de todo el material pedagógico necesario a juicio del profesorado y alumnos. Esta Cátedra estará compenetrada y deberá ser invitada a intervenir con carácter informativo en todas las reuniones técnicas, científicas o culturales y en todos los intercambios internacionales entre profesores y alumnos entre sí.

A la reunión de la Cátedra de Sociología Experimental serán a su vez invitadas las diferentes representaciones científicas, culturales pedagógicas, técnicas, etc., que integren la Fundación Internacional de Estudios Libres.

De tal forma se establecerá una relación constante entre unos y otros al efecto que todos los descubrimientos, perfeccionamientos y estudios avanzados en general sean de utilidad práctica y de interés común en beneficio de la sociedad humana y no en provecho de una clase determinada del Estado, de la estrategia militar o de táctica guerrera.

4.º La Institución creará asimismo una Cátedra de Coordinación Internacional de Academias de la Lengua entre las cuales contamos con todos sus derechos a profesores y alumnos del idioma Esperanto.

Nota aclaratoria

Es importante no olvidar que este proyecto, nosotros *exclusivamente*, a nuestra cuenta y riesgo tal vez no podamos implantarlo en un porvenir inmediato por falta de recursos económicos y el no poseer la suficiente radiación dentro de los medios científicos, intelectuales, sociales y filosóficos internacionales; por lo tanto, debemos reivindicar, como una exigencia cultural perentoria, que los medios oficiales ayuden económicamente. Esta reivindicación cultural debemos hacerla no en carácter de pedigueños sino como un derecho humano a que se nos reintegre lo que diariamente se nos enajena en la explotación del hombre por el hombre.

En este caso, como en las luchas reivindicativas de carácter económico, *al Estado hay que considerarlo como un Patrón más* con el cual hay que enfrentarse en la lucha moral y material por la vida, como lo hacemos frente a los organismos financieros anexos, públicos y privados, teniendo en cuenta la evolución progresiva del capital, la industria y el agro que pasan a manos del Estado-Patrón en los regímenes de nacionalizaciones crecientes.

Y en fin: Presentamos este Proyecto al estudio y consideración de las Comisiones correspondientes de la C.N.T. de España en el Exilio y demás organismos simpatizantes que en su día puedan imputarlo materializando los estudios y reflexiones que exponemos, cuando España se vea libre de los tiranuelos que un día secuestraron las libertades y los valores morales y culturales de nuestro pueblo.

Lourdes, 1.º de mayo de 1964.

V. ARTES

NOTA ADICIONAL:

Este Proyecto fue expuesto por el Ponente en un acto celebrado en Tarbes (H.-P.), organizado por el Núcleo de Altos y Bajos Pirineos de la C.N.T. de España en Exilio, con fecha 30 de junio de 1963.

VERSIONES

por DENIS

EL CINICO

ERASE un hombre que decía siempre lo que pensaba: de los acontecimientos, de los demás hombres, de sí mismo.

Actitud magníficamente cínica. La sociedad se desmoronaría si cada cual hiciera lo propio.

Para no desmoronarse, la sociedad en que el cínico vivía le había echado de su seno. Poco a poco se le habían cerrado todas las puertas, hasta la de los amigos. Ni el amigo más amigo soporta la sinceridad plena. Todo lo que nos rodea es bajo, y nos adaptamos, no siempre con disgusto, a la baja. Pero no sufrimos que se nos diga. El amigo pasa a ser enemigo si se nos dice: Enemigo mortal.

El cínico se había quedado sin amigos. No lamentaba su pérdida. No era gran pérdida.

Vivía aislado, no se sabía dónde, ni de qué. Otro cinismo. El aislamiento no le pesaba. La existencia más gozosa es la que transcurre lejos de los hombres, que tan pocas veces inspiran respeto, que cuanto más cerca se está de ellos más se les menosprecia. Para conservar el amor al hombre se ha de estar lejos de él. Se acaricia entonces la imagen de algo que no existe, pero en lo que se cree.

La soledad, tan dulce cuando se busca, tan amarga cuando se nos impone, no era, no, para el cínico, mal mayor, aunque en parte impuesto. Le habían desterrado al lugar de su preferencia.

Y cuando se le antojaba, abandonaba su destierro y aparecía entre los hombres, sonriendo, sonriendo. Bastaba esa sonrisa para intranquilizar a cuantos hallaba a su paso. Iba certera al blanco. Saeta bien afilada.

Se le volvía, desde lejos, la espalda. Nadie quería se desnudara, aunque a solas, su vileza. Nadie quería ser herido. Y todas las palabras del cínico, simples, simples, herían.

Pero no siempre podía rehuirse el encuentro. Vergüenza insoportable tener que bajar la mirada ante un hombre que apenas era otra cosa que un vagabundo; ante un hombre que no se sabía de que vivía, ni cómo; ante un hombre que una sociedad bien organizada no permitiría deambulara en libertad.

Era cierto que se hacían cosas censurables. Tal vez demasiadas cosas censurables. Pero la vida es difícil, y hay que afrontarla como sea. No se lucha por la existencia con contemplaciones. Cada cual quiere para sí la mejor parte, y es preciso disputársela. Con buenas o malas armas.

Conocía el cínico estas disculpas, que juzgaba miserables, como la conducta que querían justificar. Preguntaba siempre: «¿Y la dignidad?». Preguntaba a todas luces ofensiva, que sacaba de quicio a los interrogados.

A veces, con gran contento de los que le conocían, el cínico desaparecía de la ciudad durante meses y meses. Se rumoreaba que vivía en una cueva, en

la montaña, en la parte más inaccesible de la montaña, entre animales, y que se alimentaban de raíces y frutas silvestres. Vida de perro: de lo que era.

Al volver de una de estas ausencias, que había durado varios años —el menosprecio de los hombres se había tornado náusea que amenazaba ahogarle— se encontró con que había caído sobre el país, como una tormenta, una terrible revolución.

Todo había sido destruido y construido de nuevo. Se había acabado con todas las instituciones y se habían instaurado otras, que parecían diferentes, pero que eran semejantes. Se había cambiado hasta el nombre del país, pero el nombre nuevo significaba exactamente lo mismo que el antiguo. Y lo propio que con el nombre había sucedido con todo. Todo era distinto y todo era igual. Al déspota que se había derribado lo había sustituido otro no como él —única diferencia— sino como sus más lejanos antepasados. Millares y millares de hombres simples, bondadosos, habían sido arrastrados a perpetrar los más abominables actos para ese fin: para que el látigo que los azotaba cambiara de manos.

Había algo, sí, transformado radicalmente. No había ya hombres, menospreciados en su mayor parte, pero hombres, que algún día habrían podido salvarse del menosprecio. No había sino masas, que habían multiplicado infinitamente las razones de ese menosprecio, y que jamás podrían salvarse de él. Las masas no se salvan jamás de nada.

El hombre sólo no existía. No existía más que el rebaño. Arriba y abajo. Y un pastor único, también rebaño: el detentador del látigo.

El cínico percibió que, por primera vez, le acechaba un peligro cierto. No titubeó en afrontarlo.

Grandes porciones del rebaño se reunían en asambleas, no se sabe por qué, ni para qué, puesto que todo estaba ordenado por el déspota. Acudió a una de esas asambleas, con todas sus armas dispuestas.

No se le quiso dejar hablar. Habló, entre gritos e insultos, sonriendo a los gritos y a los insultos. No ofende quien quiere, sino quien puede.

— Habéis hecho una revolución — dijo — en el verdadero sentido de la palabra. Habéis vuelto hacia atrás. Revolver es eso, volver hacia atrás, hacia el punto de partida. Y habéis traspasado ese punto. Habéis vuelto a un despotismo que ya no existía. Más atrás de donde habéis partido. Hacia el lejano, oscuro pasado.

Alguien le arrojó una silla a la cabeza. Desvió el proyectil y continuó, en un tumulto de rebaño espantado:

— No hay revolución, en el sentido que la palabra ha tomado, que no es el suyo, sino en el hombre. Si el hombre no cambia, todos los cambios exteriores son vanos. A un gobierno lo sustituye otro, una institución nueva se alza en el lugar de la antigua. Se sale de una esclavitud para entrar en otra,

que no es distinta; se torna por la puerta posterior al lugar que se ha abandonado por la delantera.

El tumulto arreció. Los balidos del rebaño ahogaban la voz del cinico, que, encantado del escándalo —nunca se ha hecho nada que valga sin escándalo—, prosiguió:

—Y esa revolución es ya imposible para vosotros, porque no sois hombres, porque se os ha reducido a masa.

No se le dejó decir una palabra más. Fue lanzado a la calle, a empujones. Y es inexplicable que no fuera llevado a la cárcel, cuidadosamente conservada para delincuentes como él, los peores delincuentes desde que se había establecido el régimen nuevo.

Sabía el cinico que sus días estaban contados. Sólo le inquietaba el pensamiento de no poder aprovecharlos. Todo estaba por hacer y nada se podía hacer. Nunca se había sentido tan desolado.

Pocos días después fue fiesta. No sabía por qué, ni quiso averiguarlo. Se dirigió a la gran plaza de la ciudad, donde iban a desfilar, ante el déspota,

millones de partículas de la masa. Cuando llegó, la plaza estaba ya intransitable. Un inmenso hormiguero la ocupaba. Se acordó de uno de sus antepasados, y una sonrisa, fina, fina, se dibujó en sus labios.

El déspota apareció en una especie de balcón, allá en la altura, lejos de todo peligro, y el inmenso hormiguero entonó un cántico jubiloso. Jamás se había visto a los esclavos tan contentos de su esclavitud. Fruto infecto de la revolución.

El cinico se lanzó a la plaza como si en la plaza no hubiera nadie. Y su mirada buscaba los ojos de todos aquellos con quienes tropezaba. En vano. Pronto la desviaba, desalentado. «No, no es eso», murmuraba.

Alguien que le conocía, le dijo en tono despectivo:

—¿Qué buscas tú aquí?

Y como el recuerdo de su antepasado persistía, respondió:

—Algo que no encuentro: un hombre.

El Valle de los caídos

Me asomé, en un ensueño,
a la jamás explorada por mis ojos
caverna del olvido.

En ella, según dicen,
en silencio nos habla una honda fosa,
de coronas funerarias
y esqueletos dislocados,
todos hermanos e iguales,
reconciliados, por fin.

Es un gran santuario,
al decir de las ánimas devotas
(aunque para mí una caverna),
en el llamado farisaicamente:
«Valle de los caídos».

Fue levantado por el muy católico
y victorioso Hitlerito (que Dios guarde)
para echar sobre el alma de sus muertos
una palada de olvido.

Lo concibió en su cerebro faraónico,
atiborrado de glorias
y de grandezas patrias,
con el heroico propósito
de superar con mucho (si posible)
las tan decantadas
y milenarias pirámides.

Lo que, con tanto sudor
y a fuerza de tantos años,
consiguieron hacer para su tumba
los reyezuelos idólatras,
él lo haría, como buen cristiano,
para cavar la tumba de sus muertos,
con su dolorida próstata.

Con su cabeza de Anubis,
o de chacal divino,
pasa velardo los días y las noches

sobre sus queridas tumbas.
Y no cierra el ojo, ni un segundo...

¿Qué camino tomarían
las cruces de su guerrera,
la borla de su gorrete,
su cabeza de chacal
y su cacareada victoria
si se levantaran los muertos?...

L. B.

EL IDIOMA, EL INTELLECTUAL Y LA POLITICA

El lenguaje, desde sus comienzos, ha servido para dos cosas: una, engañar, y otra, transmitir la verdad. Uno tiene que alcanzar una edad perfectamente madura antes de llegar a comprender plenamente cuán difícil es hacer lo segundo. Las mentiras son más fáciles. La verdad es difícil de alcanzar y cuando uno consigue hacerse con fragmentos de ella es probable que la encuentre tan peligrosa como el «Strontium 90». Hasta un minúsculo fragmento de verdad tiende a veces a producir una infracción en el orden público.

Los defectos de su manera de pensar encierran a un intelectual en un universo conceptual divorciado de la vida, tal como es ésta realmente.

A medida que se aturde con el poder, la utilidad de la clase intelectual —como tal clase— para la causa de la civilización se hace más y más dudosa.

Los términos que hemos de usar han sido tan mutilados por las lenguas de los políticos que uno difícilmente puede pronunciar las grandes y antiguas palabras, como, libertad y democracia sin un apologetico rubor.

John DOS PASOS

Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

(CONTINUACION)

—¿Qué es lo que tú haces ahí?

—Ya lo ves, intento hacer mi deber.

—Aprende para tu gobierno, pequeño, que el primer deber aquí es el no hacer el deber.

—Precisa, sin embargo, que entregue una copia al señor Manuel.

—Decididamente, mi pequeño Henri, toda tu educación está por hacer. Nunca se dice señor Manuel. Se dice: el tío Manuel, la ruina Manuel el «pélot» (23). Pero, en los días que nos sentimos particularmente educados, pronunciamos: el Mono. Y sobre todo, no te ocupes más de mis asuntos, pues soy bastante grande para... Bueno, lo que pondrás en tu copia, yo te lo dictaré a tiempo. Por el momento, seamos serios... ¿Quién me ha dicho que eres fuerte en el juego de damas? Vamos a hacer una pequeña partida, nosotros dos.

Extrajo de sus grandes bolsillos, cartas, un juego de dominó, bolitas, trompos, un cuchillo, cordones y no sé que más cosas aún, terminando por extraer un cartón grasoso que, desplegado, se volvió un juego de damas. Encontró también una pequeña bolsa de donde salieron las fichas. Hicimos tres partidas que gané con facilidad.

—¡Caramba! eres demasiado fuerte en el juego; no pienso más retarte a las damas.

Y mirando un grueso reloj de bolsillo, todo de oro, declaró:

—¡Eh, compañeros!, la hora de las tonterías ha llegado. A vuestras plumas de oca.

Dictó a los retóricos, al mismo tiempo que escribía su propia composición, con una rapidez casi estenográfica. Teniendo bajo sus ojos nuestro texto griego del cual no comprendía nada, dictó a los del quinto una versión fantástica. Hizo el mismo servicio a los del octavo y a los del «francés».

—Ahora —concluyó—, que nuestras conciencias de traviosos pequeños niños y de buenos gruesos muchachones estén tranquilas y habiendo llenado conscientemente nuestros deberes, vamos a abrir la puerta al compañero repetidor. El Mono llega en seis o siete minutos. Démosle el placer de que nos vea con nuestra nariz encima del libro.

Abrió la puerta y, luego de decirnos a todos: «¡A los nichos!»:

—¡Eh, compañero, a tu pupitre!

Todos los días, todos los estudios se pasaron así, salvo que Raimundo no me hizo jugar más a las damas, sino al dominó y a las cartas. Además, prefería juegos más animados y ruidosos.

A veces, me gritaba de lejos:

—¡Cuidado! Estamos jugando al ogro y al pequeño enano. Si el ogro te agarra, te devora.

Luego, por encima de los bancos y de las mesas, corría con gesticulaciones ruidosas. Debajo de los bancos y debajo de las mesas yo me deslizaba, por mucho tiempo, sin que pudiera atraparme. Cuando, al fin, me atrapaba, me pesaba desdeñosamente con sus dos manos.

—¡Caramba! —decía con su gran voz jovial—, no tendría bastante para mi diente agujereado. Pequeño enano, si quieres el honor de ser comido por el ogro, debes engordar un poco.

Yo reía, casi de buen corazón. Pero, desde que por un minuto podía reflexionar, me desolaba por el tiempo perdido y por los sacrificios inútiles con los que aplastaba a mi familia.

Yo escuchaba apasionadamente las sabias lecciones del tío Manuel. No solamente las que estaban destinadas a mi clase, sino las que eran para los retóricos, los del octavo y los del «francés». Solamente había una sala para el estudio y para las clases. Por la mañana de ocho a diez y por la tarde de dos a cuatro, delante de todo el mundo, el Pelot enseñaba sucesivamente con el mismo celo a unos y a otros. Yo aprovechaba de todo.

Hacia el fin de los estudios, cuando Raimundo del Torrente dictaba los diversos deberes, yo no escuchaba y hacía con mis propios medios una copia mediocre, superior, sin embargo, a su elucubración. Pero mi celo era un crimen que yo debía esconder cuidadosamente: el diccionario consultado me hubiera hecho que me golpearan. Mis deberes tenían el mismo valor, más o menos, que los de los externos de mi clase. ¿Cómo podría igualmente saber más o menos mis lecciones? Por la noche, en mi cama, cuando las almohadas no valsaban demasiado por el dormitorio, me repetía todo lo que había aprendido durante el día. Así a través de los frecuentes dolores de cabeza, avanzaba por la ciencia como el antiguo presidario avanzaba por el camino arrastrando las cadenas que martirizaban a sus tobillos.

Desde el principio de junio, el tío Manuel se sintió fatigado y comenzó a mostrar menos celo. A menudo, a las ocho de la mañana, era la señora Manuel (24) la que aparecía, anunciando que, por orden del médico, el señor Manuel estaría en la cama todo aquel día. Desde que ya se encontraba demasiado lejos para escuchar y que el infeliz repetidor, privado de sus solos ocios había, ante una señal imperiosa de Raimundo del Torrente, ido a su puesto de observación, al joven hércules, trompeteaba, triunfante:

(23) Pelote, palabra provenzal que significa más o menos: el patrón.—H. R.

(24) En francés, la esposa toma el apellido del marido.—Trad.

—¡Qué suerte! Cuatro horas de más hoy para divertirnos y alegrarnos honradamente... Pequeño enano, cuidado. Si el ogro esta vez te agarra, te devora, o que el bastón me aplaste.

La locura se desencadenaba, peor aun que en las otras horas. Los veinte externos, encantados por la suerte, gozaban con plena alegría.

El viejo Pelot encontraba, no sin razón, que había bastante trabajado en su vida. Sin duda había también economizado bastante dinero. A pesar de lo que decía y el aspecto desdichado de la tía Manuel, sospecho que, cuando él nos abandonaba, no se iba a la cama, sino que se encerraba celosamente en su biblioteca llena de libros raros y que, nos decíamos por lo bajo nosotros, valía más de cien mil francos. El señor cura de San Salvador se lo había dicho él mismo al padre de un externo.

Hacia mediados de julio, el Pelot nos informó que ya no abriría las clases en octubre y que los padres de cada uno de nosotros tendrían que buscar otro lugar para estudiar.

¿Estaba yo más triste por perder sus sabias lecciones y por ver comprometida una vez más la continuación de mis estudios? ¿Me encontraba yo más feliz por escapar a la tiranía jovial y sórdida de Raimundo del Torrente y al escándalo creador de mis dolores de cabeza?

Más feliz, me parece, mientras duraron mis vacaciones libremente laboriosas. Más infeliz cuando vi que octubre se aproximaba y llegó noviembre sin que me encontraran un nuevo lugar al alcance del bolsillo paterno.

Lo que sobre todo me desolaba es que mi madre que, el año pasado, hacía todo lo posible por buscar y que había por fin descubierto la institución Manuel, parecía desinteresarse de mí. Todas sus inquietudes, sino todos sus cuidados, iban a su pequeño que había nacido el último. Aquel pobre León estaba enfermo, sin que ella ni el médico llegaran a saber de qué. Nada le hacía bien de todo lo que se le daba con el fin de volverlo a la salud y cada día se encontraba más débil.

Una noche, sentí gritos en la habitación donde dormían mis padres y el pequeño León. Yo me levanté con el corazón latiendo fuertemente, corrí a ver lo que pasaba y con la idea de ayudar en algo si fuera preciso. Llegado a la puerta, comprendí aquellas palabras que mi padre decía entre sollozos:

—Contente amor mío, contente. No despertemos a los hijos. Eso sería demasiado penoso.

Había, pues, que dejar creer que yo dormía. Renuncié, pues, a llamar en la puerta o a entreabrir la para preguntar si podía ser útil en algo. Pero un tenaz deseo por saber lo que creía adivinar me clavó en aquel lugar. ¡Desgraciadamente, sí! Había adivinado.

Mi piadosa madre, en gritos mal ahogados —y creía ver como sus brazos se retorcián—, gritaba blasfemias y desesperanzas. Dios era, en sus palabras desgarradas, el más innoble de los monstruos, el más infame de los verdugos: le había dado aquel pequeño León entre el sufrimiento y el desgarramiento físicos; lo había dejado tres años en la fatiga, en el temor, en el aplastamiento de

verlo sufrir y desmejorarse y ahora, robando tantos trabajos y penas, se atrevía a matarlo.

—Mi padre decía, un poco asustado:

—Dios comprende tu dolor y te perdona.

Yo me fui corriendo hacia mi habitación, hacia mi cama, llevando conmigo, tesoro ardiente, la contestación de mi madre:

—Pero yo, ¿es que acaso se lo voy a perdonar?

**

La estación de Rognac tenía, en aquella época, una cierta importancia. Se cambiaba allí de tren para ir a Aix o subir por la línea que cada día remontaba un poco más por los Alpes.

Muy locuaz, muy amistoso, mi padre, del cual era yo la gloriosa espina, hablaba de mí a cada sotana que esperaba allí el cambio de tren. Así conoció al abate Serafin Lemoulin y de él obtuvo que me tomaran como pensionista por trescientos francos anuales —el precio fuerte era, según creo, de quinientos veinte—, en un establecimiento pretendido de enseñanza secundaria que se llamaba con indiferencia el colegio de Forcalquier o la institución San Luis de Gonzague.

La ciudad de Forcalquier poseía —posee probablemente siempre—, una inmensa mansión, antiguo colegio de jesuitas, construida para albergar a mil doscientos o a mil quinientos alumnos. Para tener algo que se llamase gloriosamente el colegio de Forcalquier y para imaginar que sus hijos harían, sin dejar la subprefectura, algo que se podría llamar por gran conveniencia, estudios, los consejeros municipales no cobraban nada por el alquiler de esta mansión al hermano Lemoulin, que también poseía grandes patios y la huerta adjunta, tan extensa que, para un especialista hubiese representado una fortuna. A estos favores añadían, si no me engaño, una pequeña subvención en dinero.

El abate Serafin no tenía ningún diploma universitario, pero su hermano Valentin que ante la municipalidad hacía de director oficial, si era bachiller de ciencias. Sin embargo, por su actividad más exterior y porque era el gran reclutador de alumnos, el abate era conocido por las familias no como codirector, sino como el único director. ¿Tenía para la municipalidad un título oficial? En este caso debía ser el de señor limosnero del colegio de Forcalquier. Era sobre todo en Marsella donde recogía alumnos. Los devolvía a sus hogares en las grandes vacaciones de navidad y de pascuas. Los volvía a buscar después de los permisos y esperaba en Marsella los prospectos astutos e impudentes en los cuales Forcalquier que ni siquiera estaba en la línea del ferrocarril, sino a una quincena de kilómetros de la estación más próxima, se volvía el «arrabal de Marsella». A pesar de sus esfuerzos, a pesar de su don de gentes y de que en negocios fuera el más conciliador de los hombres, no llegaba a poblar la mansión demasiado vasta. En la época de su mayor prosperidad no llegamos a ciento veinte, incluyendo a los externos.

A pesar también de lo módica que era mi pensión, el abate Lemoulin se sintió feliz por llevarme

con el pequeño rebaño de marseleses después de las fiestas de navidad. Doblemente feliz, como comerciante de sopa rebajada y como sacerdote: esperaba entregarme más tarde, con algunos otros, al gran seminario de Digne.

Limosnero, sargento de reclutamiento, verdadero director de la casa, también profesaba un poco. No solamente instrucción religiosa, sino aun lo que llamaba, Dios sabrá por qué, el curso de literatura. En él reunía, pequeños y grandes, a todos los alumnos, y la enseñanza era remplazada ordinariamente por charlas anecdóticas o edificantes sobre no importa qué tema. Particularmente sobre los brujos y los revenidos, cosas en las que Serafin firmemente creía. Cuantas veces lo oí contar yo los crímenes de Urbain Grandier (25) y el peligro de oler rosas cuando un brujo las ha tocado. Aprobaba a los jueces que hicieron quemar a aquel miserable y, a los que, una treintena de años antes, habían enviado a la hoguera a Gaufridy. ¡Desgraciadamente! El incrédulo siglo dieciocho negaba lo que resalta a los ojos. En 1730, el parlamento de Aix se atrevió a liberar al mago Girard que había embrujado a Catalina Cadière del mismo modo que Grandier y Gaufridy habían librado a los demonios a Juana de Belciel y a Magdalena de Pauid. Esta sentencia escandalosa parecía el ingenuo Serafin un primer anuncio de la diabólica Revolución Francesa.

¿Por qué el demonio sería más activo hoy que en otros tiempos? Serafin exorcizó en gran solemnidad a un pobre diablo de alumno bien inquietante, aunque casi idiota, porque tenía seis dedos en cada mano y que su aspecto y sus muecas a veces eran un poco convulsivas.

El buen abate no dudaba que uno de sus antiguos hermanos, habiendo robado en una misa de navidad parte del ritual, rondaba cada medianoche por las ruinas de alguna capilla. Siempre volvería hasta que encontrase un ser valiente y caricativo que le sirviera una misa compensadora y liberadora.

Después de semejantes narraciones, Serafin nos advertía que no había recitado un artículo de fe. Pero largos e ingenuos raciocinios nos demostraban que tales hechos no eran menos inverosímiles que el crecimiento y la multiplicación del trigo y la regularidad en el movimiento de los astros. Lo

(25) Cura de Loudon (1590-1634). Acusado de haber hecho quemar en la hoguera a las religiosas de Loudon, fue a su vez juzgado y quemado vivo.—*Trad.*
sobrenatural le parecía, si no me engaño, más

natural, aunque un poco menos frecuente o un poco mejor escondido, que lo natural.

Nadie, afirmaba, ha intentado jamás negar a la brujería. La misma *Enciclopedia* (26) «el más absurdo, el más superficial y el más impío de los libros» vese obligado a confesar: «Sería insensato el no creer que a veces los demonios tienen con los hombres relaciones que se llaman brujerías». En cuanto al «demasiado famoso Pedro Bayle (27), escéptico hasta la demencia y que ha dado a los pretendidos filósofos del siglo XVIII sus armas más venenosas contra la religión», no se atreve por lo tanto a negar que «los filósofos más sutiles y los más incrédulos no pueden desprenderse de los fenómenos concernientes a la brujería».

Ignoro dónde el buen Serafin recogía estas citas y si eran de segunda o de décima mano. Nunca tuve la curiosidad de verificarlas a través de los treinta y cinco volúmenes de la *Enciclopedia* o en las notas esparcidas de los cuatro infolios del *Diccionario histórico y crítico*.

Hay que convenir que el abate tenía sus días de celo profesional. Entonces nos dictaba, no sé de qué cuaderno ni de qué época, muy lindas tonterías sobre el «estilo epistolar». Aprendíamos cómo se pliega una carta, es decir, supongo, lo que era de buen uso antes de la invención de los sobres. Tampoco se nos dejaba ignorar cómo se escribe la dirección según el grado de respeto que se debe a quien se escribe.

El limosnero no era menos hablador que el profesor. Cada domingo, interrumpía su misa con un largo sermón. En su abundante locuacidad los ridículos milagros tenían un gran lugar y se acompañaban con esta exclamación, veinte veces repetida: ¡Cosa asombrosa! «Entonces, ¡cosa asombrosa!, vióse al muerto cómo a medias se levantaba, arrodillándose para la confesión. Cuando hubo terminado dicha confesión y recibió la absolución, volvió a caer, ¡cosa asombrosa!, muerto de nuevo mientras que el alma de aquel gran pecador perdonado ascendía, ¡cosa asombrosa!, hacia el cielo abierto en donde los ángeles, ¡cosa asombrosa!, cantaban el himno de bienvenida.»

(26) Vasta publicación dirigida por Alambert y Diderot (1751-1772).—*Trad.*

(27) Escritor francés (1647-1706), autor de un *Diccionario histórico y crítico*, cuyo espíritu crítico anunciaba el librepensamiento del siglo XVIII.—*Trad.*

HAN RYNER

(Continuará.)

SILOGISMO

Aquí yace un cardenal que hizo más mal que bien; el bien lo hizo mal, el mal lo hizo bien.

Voltaire



POETAS DE AYER Y DE HOY

Oda a Espanya

Escolta, Espanya—la veu d'un fill
que et parla en llengua—no castellana:
parlo en la llengua—que m'ha donat
la terra aspra:
en questa llengua—pocs t'han parlat;
en l'altra, massa.

T'han parlat massa—dels saguntins
i dels que per la pàtria moren:
les teves glòries—i els teus records,
records i glòries—només de morts:
has viscut trista.

Jo vui parlarte—molt altrament
Per què vessar la sang inútil?
Dins de les venes—vida és la sang,
vida pels d'ara—i pels que vindran:
vessada és morta.

Massa pensaves—en ton honor
i massa poc en teu viure:
tràgica duies—a mort els fills,
te satisfieies—d'honres mortals,
i eren tes festes—els funerals,
oh trista Espanya!

Jo he vist els barcos—marxar replens
dels fills que duies—a que morissin:
somrients marxaven—cap a l'atzar;
i tu cantaves—vora del mar
com una folla,

On són els barcos?—On són els fills?
Pregunta—ho al Ponent i a l'ona brava:
tot ho perderes—no tens ningú.
Espanya, Espanya—retorna en tu,
arrenca el plor de mare!

Salva't, oh! salva't—de tant de mal:
que el plò et norni feconda, alegre i viva;
pensa en la vida que tens entorn:
aixeca el front,
somriu als set colors que hi ha en els núvols.

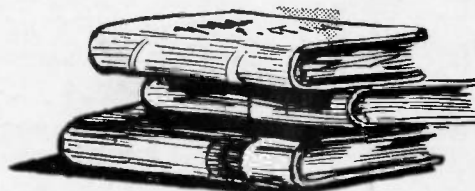
On ets, Espanya?—no et veig enlloc.
No sents la meua veu atronadora?
No entens aquesta llengua ..que et parla entre
[perills?
Has desaprès d'entendre an els teus fills?
Adéu, Espanya!

JOAN MARAGALL

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

«CENIT» OFRECE A SUS LECTORES LOS LIBROS SIGUIENTES

Simón Radowitzky, Souchi	2,50 frs.	Rafael, Lamartine	3,00 »
Ante la bandera, Verne	2,00 »	Raúl Carballeira	2,00 »
Abajo las armas, Suttner	4,40 »	Rayo Verde, Verne	2,00 »
Alimentación Humana, Dr. Alvarez	0,50 »	Reconstrucción de Europa	6,00 »
Aventuras de un perseguido político, Urales	1,00 »	Revoluciones sociales en el siglo XX, Rama ..	2,50 »
Andanzas y visiones españolas, Unamuno	4,50 »	Retrato de matrimonio	5,00 »
Alma de jóvenes, Unamuno	4,50 »	Revolución española, Bolloten	22,00 »
Algunas consideraciones sobre literatura, Unamuno	4,50 »	Reliquia (la), Queiroz	2,00 »
Aberraciones sexuales	0,50 »	Revolución de los siglos	2,00 »
Sol naciente, Relgis	2,00 »	Revolución Popular húngara	2,00 »
Sombra del convento, Gálvez	2,00 »	Reivindicación de la libertad, Ernestan	2,00 »
Sobre la piedra inmaculada, A. France	2,00 »	Revolución y el Estado, Garcia Pradas	2,00 »
Socialismo autoritario y libertario	3,00 »	Reflejos, Monros	10,00 »
Soledad, Unamuno	4,50 »	Revolución a través de los siglos	2,00 »
Soliloquios, Unamuno	4,50 »	Religión al alcance de todos, 1a. y 2a. parte ..	1,00 »
Stuart Mill, Taine	5,00 »	Recuerdos de niñez y mocedad, Unamuno	4,50 »
Tablas de la ley,	6,00 »	Rebelión de las masas, Ortega y Gasset	4,50 »
Teatro, Sófloques	3,50 »	Resurrección, Tolstoi	3,00 »
Tejidos vivos,	6,00 »	Reformismo, dictadura y federalismo, Esteve ..	0,60 »
Terrible experimento, A. France	2,60 »	Río se anima de noche (el)	6,00 »
Teoría de la acción, Dos Reis	3,00 »	Río abajo,	5,00 »
Tipos españoles, Alaiz	7,00 »	Río de fuego	5,00 »
Toma de la Bastilla, Kropotkin	0,50 »	Ricardo, Castelar	2,00 »
Torre de Nesle	3,00 »	Robinson Crusoe, Poe	3,00 »
Triunfo del no ser, Relgis	3,50 »	Roben Hood	2,00 »
Tratado de clasificación y archivo	15,00 »	Robespierre	8,00 »
Tres novelas picarescas	3,00 »	Romancero de la libertad, Oliván	2,50 »
Tres novelas ejemplares, Unamuno	4,50 »	Romeo y Julieta, Shakespeare	2,00 »
Una hija de las nieves, London	6,00 »	Salambó, Flaubert	6,00 »
Una vida por un ideal, Souchy	2,50 »	Salvador Seguí	4,00 »
Utilitarismo, S. Mill	6,00 »	Salvador Seguí	0,60 »
Vampiresa, (la)	2,00 »	Sacco y Vanzetti	1,70 »
Vaso de lágrimas, Bazal	3,50 »	Salazar	8,00 »
Veinte años de luchas	6,00 »	Sabor de la tierra	4,00 »
Veinte mil leguas, Verne	4,00 »	Semana trágica	1,00 »
Verharen	2,00 »	Seis cuentos de un desconocido	2,50 »
Verbo de admonición y de combate, V. Vila	4,00 »	Sentido común	6,00 »
Verdades a todas horas, Esgleas	1,00 »	Secreto de Mastón, Verne	2,00 »
Viaje al Congo	6,00 »	Secreto de Wilhelm, Verne	2,00 »
Vida del Congo, Gide	6,00 »	Señor Bergerer, A. France	2,60 »
Vives, Lenge	5,00 »	Séptimo día, Barclay	2,00 »
Vida Bohemia, Murger	2,00 »	Sicología y reeducación	4,00 »
Vida en flor, A. France	2,00 »	Siivia	3,00 »
Vida de Rabelais, A. France	2,00 »	Sicología de la forma	7,00 »
Vida de las abejas	2,00 »	Sindicalismo	7,00 »
Visiones y comentarios, Unamuno	4,50 »	Sión hispánica, Peirats	1,00 »
Viejos y jóvenes, Unamuno	4,50 »	Siempre adelante, Swett	2,00 »
Vida e historia, Marañón	4,50 »		
¿Qué es el anarquismo?, Cano Ruiz	1,50 »		
¿Qué es el arte?, Tolstoi	2,00 »		
¿Qué es el humanitarismo?, Relgis	2,00 »		
¿Qué es la Anarquía?, Fabbri	0,50 »		
Quinet, Alaiz	5,00 »		
Racismo	3,50 »		



Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)